

Edgar Rice Burroughs

Trilogía de la Luna

Índice de contenido

La doncella de la Luna Prólogo I. Una aventura en el espacio II. El secreto de la Luna III. ¿Hombres o bestias? IV. Capturados V. A salvo de la tormenta VI. La doncella de la Luna VII. Una pelea y una oportunidad VIII. Una lucha con una antorcha IX. El ataque de los kalkars X. La ciudad Kalkar XI. Reunión con Ko-tah XII. El peligro aumenta XIII. ¡Muerte dentro y fuera! XIV. ¡La *Barsoom!* Los hombres de la Luna I. Un extraño encuentro II. Soor, el recaudador de impuestos III. La Jauría del Infierno IV. El hermano general Or-tis V. La lucha del día de mercado VI. El consejo de guerra VII. Traicionados VIII. El arresto de Julian VIII IX. El azote al oficial X. Revolución XI. El Matarife El Halcón Rojo I. La Bandera II. Éxodo III. Armagedón IV. El Capitolio V. El mar VI. Saku, el nipón VII. Bethelda VIII. Raban IX. Reunión X. Paz Posfacio Glosario

La doncella de la Luna

Prólogo

Nos conocimos en la Sala Azul del crucero transoceánico *Harding* la noche marciana del 10 de junio de 1967. Durante las largas horas anteriores al despegue de la nave, había estado vagando por la ciudad contemplando la celebración, visitando diferentes lugares que me parecían escenarios de sucesos sin parangón... un mundo enloquecido por la alegría. Solo había un sillón vacante en la Sala Azul, y se encontraba frente a la mesa en la que él ya ocupaba un lugar, solo.

Le pedí permiso para sentarme y él me invitó con gran educación a que le hiciera compañía mientras se levantaba y una fugaz sonrisa iluminaba su rostro; una sonrisa que hizo que aquel hombre me gustara desde el principio.

Jamás me imaginé que el Día de la Victoria, que habíamos celebrado hacía dos meses escasos, pudiera verse eclipsado en términos de desbocados sentimientos nacionales, pero, aparentemente, la noticia que se había difundido aquel mismo día parecía haber tenido un efecto mayor sobre la mente y la imaginación de la gente.

Los más de cincuenta años de guerra que se habían sucedido casi ininterrumpidamente desde su inicio en 1914 habían desembocado en la dominación absoluta de la raza anglosajona sobre el resto de razas del mundo, y prácticamente por primera vez desde aquel lejano pasado la supervivencia de la raza humana no se veía amenazada por alguna nación sin civilizar, o semicivilizada, que estuviera en guerra constante con alguna porción del globo. La guerra había terminado, definitivamente y para siempre. Las armas y las municiones fueron arrojadas a los cinco océanos; las naves de las enormes armadas aéreas estaban siendo desmanteladas o reconvertidas en transportes para propósitos pacíficos y comerciales.

Los pueblos de todas las naciones habían celebrado aquel final, vencedores y vencidos por igual, debido a su cansancio por la guerra. O al menos, pensaban que estaban cansados de la guerra, ¿pero era así? ¿Qué más conocían aparte de la guerra? Solo los más ancianos eran capaces de recordar vagamente un mundo en paz; los demás no conocían otra cosa que aquel conflicto armado. Aquellas personas habían nacido, vivido y muerto con sus nietos agrupados en torno a ellos y el sonido de las alarmas tronando constantemente en sus oídos. Quizá, gracias al más puro azar, la diminuta zona donde habían vivido sus vidas jamás había sido aplastada por la pezuña de hierro de la batalla; pero siempre, en algún lugar, se luchaba una, retrocediendo como el agua del mar para regresar de nuevo. Hasta 1959: aquel año se produjo la gran marea de la locura humana que devastó todo el planeta en una sola batalla que duró ocho largos y sangrientos años y que, cuando se retiró, tan solo dejó un mundo agostado y quemado.

Ya habían pasado dos meses... dos meses durante los cuales había parecido que el mundo permanecía completamente quieto, manteniendo la respiración, mientras contaba el paso del tiempo. ¿Y ahora qué? Ya teníamos la paz y... ¿qué hacíamos con ella? Nuestros líderes habían sido entrenados para pensar y llevar a cabo acciones... de guerra. Tras la alegría llegó el desaliento... nuestros nervios, acostumbrados al estímulo constante de la excitación, gritaban contra la monotonía de la paz, y no obstante nadie deseaba la guerra. No sabíamos qué queríamos.

Y entonces llegó el anuncio que salvó al mundo de la locura, pues enfocó nuestras mentes a lo largo de una nueva línea de atención que conducía a algo mucho más fascinante que aquellas prosaicas guerras e igual de estimulante para la imaginación y el nervio... ¡Al fin se había conseguido establecer una comunicación inteligible con Marte!

Aquella sucesión de guerras había estimulado la investigación científica con el objetivo de ser capaces de matarnos con una mayor eficacia, de enviar con mayor celeridad a nuestros jóvenes a la tumba en suelo extraño, de transmitir nuestras órdenes de masacre con mayor secreto y más velocidad. Y siempre, generación tras generación, habían surgido aquellos individuos que habían sido capaces de apartar su mirada de las matanzas y enfocarla hacia una época más feliz, de concentrar su talento y sus energías en la aplicación de los avances científicos para mejorar la humanidad y reconstruir la civilización.

Entre aquellas personas existía un grupo exclusivo, constantemente ridiculizado, que había enfocado tenazmente sus esfuerzos en establecer comunicación con Marte. Jamás habían permitido que esa ilusión muriera, sino que la habían transmitido de maestro a pupilo con un entusiasmo cada vez mayor mientras el resto de la humanidad se burlaba de ellos de la misma manera que, según nos habían contado, cientos de años antes se había burlado de aquellos que experimentaban con *máquinas voladoras*, que era como las denominaban entonces.

A comienzos de la década de 1940 llegó la primera recompensa por tantos esfuerzos y esperanzas en el perfeccionamiento de un instrumento que era capaz de indicar con gran exactitud la distancia y dirección del foco de cualquier emisión de radio que recibiera. Varios años antes de este logro, los receptores más sensibles habían conseguido captar una señal que consistía en tres puntos y tres rayas y cuya emisión se efectuaba exactamente a intervalos de veinticuatro horas y treinta y siete minutos. Aquellos mensajes duraban aproximadamente quince minutos. Aquel nuevo instrumento indicó con exactitud que aquellas señales, si eran ciertamente señales, se originaban siempre a la misma distancia de la Tierra y desde un punto constante del espacio que ocupaba el planeta Marte.

Hubieron de pasar cinco años más antes de que se pudiera diseñar un aparato lo suficientemente potente como para poder hacer llegar un mensaje de la Tierra a Marte. Al principio se repitió el mismo mensaje que habíamos recibido: tres puntos y tres rayas. Aunque aún no había transcurrido el intervalo de tiempo habitual para la recepción diaria de la señal, nuestra emisión recibió una respuesta inmediata. A continuación, enviamos un mensaje consistente en cinco puntos y dos rayas que se alternó con el primero. Nos respondieron de inmediato con cinco puntos y dos rayas y en ese momento supimos sin duda alguna que estábamos comunicándonos con el Planeta Rojo; no obstante, hizo falta que pasaran veinticinco años de ininterrumpido esfuerzo por parte de los cerebros más brillantes de ambos mundos para el desarrollo y perfeccionamiento de un sistema de intercomunicación inteligente entre ambos planetas.

Hoy, diez de junio de 1967, se había emitido a escala mundial el primer mensaje recibido desde Marte. Estaba remitido desde Hélium, Barsoom, y simplemente nos saludaba como a un planeta hermano y nos deseaba lo mejor. Pero aquello solo fue el comienzo.

Supongo que la Sala Azul del *Harding* era como cualquier otro lugar de reunión del mundo civilizado. Hombres y mujeres comían, bebían, reían y charlaban. El crucero navegaba a través del aire a una altitud levemente superior al millar de pies. Sus motores, impulsados sin necesidad de cableado gracias a unas plantas energéticas situadas a varios miles de kilómetros de distancia, impulsaban la nave sin emitir ruido alguno y con

celeridad durante su singladura nocturna entre Chicago y París.

Evidentemente yo ya había realizado aquel viaje en varias ocasiones, pero aquel caso era único debido a aquel momento histórico que los pasajeros estaban celebrando; por tanto, tuve que ocupar mi asiento en una mesa más grande de lo habitual y observé a mis compañeros de mesa con lo que, imagino, era una sonrisa levemente indulgente dibujada en mis labios (detalle que menciono sin ápice de egotismo), ya que había disfrutado del inmenso privilegio de asistir a la consumación de un centenar de años de esfuerzos que aquel día habían dado sus frutos. Miré a mi alrededor contemplando a mis compañeros de mesa y, a continuación, volví la atención a mi vecino.

Era un tipo de aspecto agradable, delgado y bronceado. No habría hecho falta advertir que vestía un uniforme del servicio en ultramar del Cuerpo Aéreo, las estrellas y anclas de almirante o los galones de heridas de guerra para comprender que era un combatiente; tenía todo el aspecto; cada centímetro de su cuerpo, que no medía menos de ciento ochenta y tres centímetros, lo delataba.

Charlamos un rato sobre la gran victoria y el mensaje de Marte, por supuesto, y aunque sonreía constantemente advertí alguna sombra de tristeza en sus ojos y en una ocasión, tras una explosión particularmente jocosa por parte de los celebrantes, meneó la cabeza mientras murmuraba:

—¡Pobres diablos! —Y añadió a continuación—: Mejor así... que disfruten de la vida mientras puedan. Envidio su ignorancia.

—¿Qué quiere decir? —le pregunté.

Se sonrojó levemente y me sonrió.

—¿Hablaba en voz alta? —me preguntó a su vez.

Le repetí sus palabras y él me miró directamente a los ojos durante un largo minuto antes de volver a hablar:

—¿Y de qué serviría? —exclamó casi con petulancia—. No lo entendería y, por supuesto, no me creería. Ni tan siquiera yo me entiendo; pero he de creer, ya que sé... lo sé por mis observaciones personales. ¡Dios! Si usted hubiera visto lo mismo que yo.

—Cuénteme —le rogué. Sin embargo, él meneó la cabeza dubitativamente.

—¿Es consciente de que no existe algo como el Tiempo? —me preguntó bruscamente—. ¿Es consciente de que es el hombre el inventor del Tiempo con objeto de justificar las limitaciones de su mente limitada, que le ha dado nombre como hace con todas las cosas; que tampoco es capaz de entender o explicar el Espacio?

—He escuchado esa teoría —le respondí—, pero jamás lo he creído o lo he negado... sencillamente lo ignoro.

Creí que así le había dado pie, y con esa esperanza esperé, tal y como había leído en las obras de ficción, a que aquel desconocido iniciara la narración de su historia. Él miraba más allá de mí e imaginé que la expresión de sus ojos denotaba que estaba contemplando de nuevo aquellas extrañas escenas de su pasado. Sin embargo, debí errar en mi juicio... de hecho, cuando volvió a hablar estuve seguro de ello.

—Si esa muchacha no tiene cuidado —dijo—, la mesa va a volcar y va a sufrir una terrible caída... está demasiado cerca del borde.

Me giré y vi una jovencita elegantemente vestida y bastante despeinada que danzaba frenéticamente sobre una mesa mientras sus amigos y los comensales de alrededor la jaleaban animadamente.

Mi compañero se levantó.

—He disfrutado inmensamente de su compañía —me dijo—, y espero verlo de

nuevo. Ahora voy a buscar un lugar en el que dormir, ya que no han podido ofrecerme un camarote. Parece que no soy capaz de dormir mucho desde que me hicieron regresar — añadió sonriendo.

—Supongo que echará de menos los proyectiles de gas y las bombas de radio — observé.

—Sí —me respondió—, con la misma intensidad que las damas convalecientes añoran la viruela.

—Tengo un camarote con dos camas —le dije—. Mi secretaria enfermó en el último momento. Me alegrará compartirlo con usted.

Me dio las gracias y aceptó mi hospitalidad por aquella noche... a la mañana siguiente habríamos llegado a París.

Cuando caminábamos por entre las mesas llenas de comensales alegres y rientes, mi compañero se detuvo junto a la que se sentaba la jovencita que anteriormente había atraído su atención. Sus miradas se encontraron y en los ojos de ella se reflejó la perplejidad y un vago reconocimiento. Él le sonrió abiertamente, asintió y continuó su camino.

—¿Entonces la conoce? —le pregunté.

—La conoceré... dentro de doscientos años —fue su enigmática respuesta.

Localizamos mi camarote y encargamos una botella de vino, algunos pastelillos y unos puros de buena calidad que facilitarían nuestro mutuo conocimiento.

Él fue quien retomó al tema de nuestra anterior conversación en la Sala Azul.

—Voy a contarle algo —comenzó— que jamás le he contado a otra persona; sin embargo, mi condición es que si usted vuelve a contarlo, ha de omitir mi nombre. Aún me quedan varios años de esta Vida por delante y no me apetece en absoluto que me califiquen de lunático. Primero, permítame asegurarle que no tengo intención de explicarle nada, excepto que no creo que la presciencia sea la repuesta adecuada. Deseo asegurarle que he vivido todas las experiencias que voy a narrarle, y que la chica que hemos visto esta noche bailando sobre la mesa las vivió a mi lado; sin embargo, ella lo desconoce. Si así lo desea usted, puede tener presente la teoría de que no existe eso que llamamos Tiempo (mejor téngalo presente) y que no puede entender su entidad, o al menos yo no puedo. Comencemos.

I

Una aventura en el espacio

Tenía intención de contarle la historia de los días del siglo Veintidós, pero me parece mejor idea si hago como si usted lo supiera todo al respecto y le relato primero la historia de mi tatarabuelo, que nació en el año 2000.

En ese instante debí mirarlo con gesto burlón, pues sonrió y meneó la cabeza con el aspecto de alguien a quien le cuesta encontrar una explicación que se ajuste a la capacidad mental de su oyente.

Mi tatarabuelo fue, en realidad, el tataranieto de mi anterior encarnación, que se inició en 1896. Contraje matrimonio en 1916, a la edad de veinte años. Mi hijo, Julian, nació en 1917.

Jamás llegué a conocerlo. Me mataron en Francia en 1918... el Día del Armisticio.

Volví a reencarnarme en el cuerpo del hijo de mi hijo en 1937. Tengo treinta y siete años. Mi hijo vio la luz en 1970 (quiero decir, el hijo de mi encarnación de 1937) y su hijo, Julian V, el año en el que regresé a esta Tierra, en 2000. Veo que se siente confuso, pero le ruego que tenga en mente la teoría que sostiene que no existe un concepto tal como el Tiempo. Nos encontramos en el año 1967, y no obstante recuerdo cada instante de mi vida sucedido durante mis cuatro reencarnaciones. Lo último que recuerdo es la que tuvo lugar en el año 2010. Desconozco si he elegido saltarme tres generaciones, o si por un capricho del Destino soy incapaz de recordar alguna encarnación intermedia.

Mi teoría al respecto es que me diferencio de mis semejantes tan solo en que yo puedo recordar los sucesos acaecidos en muchas reencarnaciones, mientras que ellos tan solo son capaces de recordar unos cuantos episodios relevantes de la vida que viven en ese momento; o quizá esté equivocado. Carece de importancia. Voy a contarle la historia de Julian V, nacido en el año 2000, y a continuación, si disponemos de tiempo y aún se siente usted interesado, le contaré sobre los suplicios que sucedieron durante los terribles días del siglo Veintidós que siguieron al nacimiento de Julian IX, en el año 2100.

Intentaré contarle la historia por medio de sus propias palabras en tanto en cuanto sea capaz de recordarlas; pero por diferentes motivos, uno de los no menos importantes es que me siento perezoso, omitiré todos los detalles superfluos... con su permiso, por supuesto.

Me llamo Julian, aunque me llaman Julian V. Provengo de una ilustre familia. Mi tatarabuelo, Julian I, comandante del ejército a la edad de veintidós años, murió en Francia durante la Gran Guerra. Mi bisabuelo, Julian II, murió en 1938, en un campo de batalla en Turquía. Mi abuelo, Julian III, combatió sin descanso desde los dieciséis años hasta que se firmó la paz, treinta años más tarde. Murió en 1992, y durante sus últimos veinticinco años fue Almirante del Aire. Al finalizar la guerra fue destinado a la Flota de Paz Internacional, cuya misión era patrullar el mundo y cuidar de la paz. También murió en acto de servicio, al igual que le sucedió a mi padre, que lo sucedió en la milicia.

A los dieciséis años me gradué en la Escuela Aérea y me destinaron a la Flota de Paz Internacional, y así me convertí en la quinta generación de mi familia que vestía el uniforme de mi país. Aquello sucedió en 2016 y recuerdo que me sentí lleno de orgullo cuando advertí que había pasado exactamente un siglo desde que el primer Julian se graduase en West Point, y que a lo largo de esos cien años ningún miembro masculino de mi familia había vestido ropas civiles.

Ya sabe que no se desencadenaron más guerras, y no obstante se continuaba combatiendo. Ahora luchábamos contra los piratas del aire y, ocasionalmente, alguna tribu sin civilizar de Rusia, África o Asia Central nos provocaba para que montáramos una expedición de castigo. Sin embargo, la vida nos resultaba monótona e insípida cuando leíamos las hazañas de nuestros antepasados desde 1917 hasta 1967, aunque ninguno de nosotros deseaba la guerra. Se nos había instruido bien para que no pensásemos en conflictos armados, y la Flota de Paz Internacional evitaba tan eficientemente cualquier tentativa de desencadenar una guerra que sabíamos con certeza que jamás habría otro conflicto a gran escala.

No había en todo el planeta más armas que las que utilizábamos nosotros, aparte de unas cuantas reliquias guardadas como herencia, o expuestas en las vitrinas de los museos, o las que poseían las tribus salvajes, carentes de municiones debido a la prohibición de fabricarlas que habíamos establecido. No había ni proyectiles de gas ni bombas de radio, ni naves que las lanzaran o artillería que las descargara; no había un solo cañón de gran calibre en todo el planeta. Por todos lados se decía que un millar de hombres equipados con todo aquel armamento que tan sofisticadamente había evolucionado hasta el final de la guerra en 1967 habría podido conquistar la totalidad del planeta; pero no existía ese millar de hombres armados de tal manera... jamás volvería a haber sobre la faz de la Tierra ese millar de hombres. La Flota de Paz Internacional estaba equipada y comandada para evitar semejante calamidad.

Pero parecía que la intención de la Providencia era que el mundo siguiera sufriendo semejantes calamidades. Si bien el hombre había conseguido eliminar cualquier amenaza interna, ni tan siquiera soñábamos alguna amenaza sobre la que no tuviéramos control alguno. Y fue una de ellas la que resultó ser nuestra ruina. Su semilla había sido plantada treinta y tres años antes de que yo naciera, el 10 de junio de 1967, cuando la Tierra había recibido el primer mensaje desde Marte, momento desde el cual ambos planetas han mantenido una comunicación constante y amistosa, para nuestra mutua alegría.

Los marcianos, o Barsoomianos, como ellos se autodenominan, nos aventajan en ciertas disciplinas artísticas, mientras que en otras nosotros hemos evolucionado mucho más que ellos.

Y así, se produjo un intercambio de conocimientos constante para beneficio de ambos mundos.

Nosotros aprendimos su historia y costumbres y ellos las nuestras, aunque ya sabían de nosotros mucho tiempo antes que nosotros de ellos. Las noticias de Marte siempre ocuparon un lugar prominente en los periódicos desde el principio.

Es probable que ellos nos ayudaran más en los terrenos de la medicina y la aeronáutica, proporcionándonos en el primer caso acceso a sus maravillosos sanatorios en Barsoom, y en el segundo caso dándonos a conocer el Octavo Dominio, que entre nosotros se conoce comúnmente como Rayo de Barsoom, y que en la actualidad se almacena en los tanques de flotabilidad de todas las naves y que ha vuelto obsoletos los antiguos modelos de avión que dependían del momentum para mantenerse en el aire.

Que fuéramos capaces de comunicarnos de forma inteligible con ellos se debe a la presencia en el planeta rojo de ese virginiano inmortal, John Carter, cuyo viaje milagroso a Marte tuvo lugar el 4 de marzo de 1866, como sabe cualquier escolar del siglo Veintiuno. Si no hubiera sido porque ese pequeño grupo de científicos marcianos empeñados en comunicarse con la Tierra se convirtió, por un malentendido, en una organización secreta movida por motivos políticos, el intercambio de mensajes entre los dos planetas se hubiera

producido medio siglo antes, pero eso no sucedió hasta que no recurrieron a la ayuda de John Carter.

Casi desde el principio, lo que más nos atraía era la posibilidad de intercambiar de forma real visitas entre la Tierra y Marte. Cada planeta esperaba ser el primero en llevar a cabo ese tipo de viajes, aunque jamás le ocultó al otro cualquier información que le impidiera llevar a cabo tal logro. Era una rivalidad generosa y noble en la que, en el momento de mi graduación en la Escuela Aérea, parecía, al menos en teoría, que cualquiera de los dos iba a alzarse con el triunfo de un momento a otro. Disponíamos del Octavo Dominio, los motores, los elementos para suministrar oxígeno y los conocimientos para crear ambientes aislados... todo lo necesario, en fin, para efectuar un viaje seguro y confortable a Marte a bordo de una nave diseñada al respecto, como si Marte fuera el único otro mundo habitado del Sistema Solar. Sin embargo, no era tal y como pensábamos; había otros planetas circundando el Sol que debíamos temer.

En 2015 Marte envió una nave tripulada por cinco hombres y cargada con suministros para diez años. Esperaban que, con un poco de suerte, el viaje tan solo duraría cinco años, ya que habían conseguido que la nave alcanzara una velocidad de mil millas por hora. En el momento de mi graduación la nave se había apartado de su rumbo en casi un millón de millas y en general ya se había asumido su pérdida. La tripulación, que se había mantenido en contacto por radio tanto con la Tierra como con Marte, aún mantenía la esperanza, pero los científicos de ambos planetas se habían dado por vencidos.

Nosotros ya disponíamos de una nave en el momento del despegue marciano, pero el Gobierno de Washington había prohibido su lanzamiento en cuanto se supo que la nave de Barsoom estaba condenada (una sabia decisión, ya que nuestra nave no estaba mejor equipada que la de ellos). Tuvieron que pasar casi nueve años antes de que se consiguieran nuevos avances que aseguraran el buen fin de una nueva empresa interplanetaria, y aquel avance en concreto se debió directamente al descubrimiento hecho por un antiguo compañero de clase mío: el capitán de corbeta Orthis, uno de los hombres más brillantes que jamás he conocido, y al mismo tiempo uno de los tipos con menos escrúpulos y, al menos para mí, más detestable.

Habíamos ingresado en la Escuela del Aire juntos (él había llegado de Nueva York, yo de Illinois), y desde el primer día nos dimos cuenta de nuestro mutuo antagonismo que, especialmente en lo que a él se refería, se veía considerablemente alimentado por los numerosos y desafortunados sucesos que tuvieron lugar durante los cuatro años que pasamos bajo el mismo techo. En primer lugar, no era un joven muy popular ni entre los cadetes, ni entre los instructores, y ni tan siquiera entre los oficiales de la escuela, mientras que yo fui más afortunado al respecto. En las diferentes disciplinas deportivas en las que se consideraba a sí mismo particularmente experto, era siempre yo, desafortunadamente, el que lo superaba y evitaba que se alzara con los más grandes honores. En clase nos eclipsaba a todos (incluso los instructores se asombraban por la grandeza de su intelecto) y, sin embargo, a medida que avanzábamos curso tras curso, yo siempre lo superaba en los exámenes finales. Mientras fuimos cadetes, yo siempre fui su superior, y cuando llegó el día de nuestra graduación, yo recibí una puntuación mayor que la suya... una graduación de la que disfruté muchos años antes de jubilarme, pero que he recuperado recientemente.

A partir de entonces lo volví a ver en contadas ocasiones, los destinos que recibía solían mantenerlo en tierra, mientras que los míos me mantenían en el aire y en diferentes partes del mundo. A veces oía hablar de él; por regla general se trataba de comentarios poco afortunados: había contraído matrimonio con una chica preciosa y ella lo había

abandonado, el Auditor General de Ejército estaba inspeccionando sus cuentas... la última noticia que tuve de él fue que se había unido a una organización secreta que buscaba derrocar el Gobierno. Algunas noticias podía creerlas propias de Orthis, pero esta última no.

Durante aquellos nueve años transcurridos desde nuestra graduación, a medida que nuestros intereses nos apartaban cada vez más, también lo hacía la brecha de nuestros respectivos escalafones. Cuando en el año 2024 él anunció su descubrimiento del Octavo Rayo Solar y su aislamiento, era capitán de corbeta y yo capitán de navío. Dos meses más tarde anunció el descubrimiento de los rayos correspondientes a la Luna, Mercurio, Venus y Júpiter. Los octavos rayos Barsoomiano y terrestre ya habían sido aislados, y en la Tierra este último fue bautizado por error con el nombre del primero.

Los descubrimientos de Orthis fueron considerados en ambos planetas como la clave para los viajes entre la Tierra y Barsoom, ya que gracias a estos diversos rayos la atracción del Sol y los planetas, a excepción de Saturno, Urano y Neptuno, podía vencerse finalmente y cualquier nave podría poner rumbo a Marte a través del espacio sin impedimentos. La fuerza gravitatoria de los tres remotos planetas resultaba insignificante, debido a la gran distancia que los separaba de Marte y de la Tierra.

Orthis quería equipar una nave y despegar de inmediato, pero el Gobierno volvió a intervenir y prohibió que se tomaran tan innecesarios riesgos. En su lugar, le encargaron que diseñara una nave de pequeñas dimensiones operada por radio y sin tripulación que pudiera autopilotarse al menos durante la mitad de su singladura entre ambos planetas. Una vez que hubo finalizado sus diseños, puede usted imaginar su enorme disgusto, así como el mío, cuando me ordenaron que supervisara la construcción de la nave. No obstante, debo decir a favor de Orthis que era capaz de disimular perfectamente sus emociones y me ofreció su plena colaboración en aquella tarea que tuvimos que afrontar juntos, y que resultaba igualmente desagradable tanto para él como para mí. En lo que a mí respecta, intenté hacer la situación lo más llevadera posible, trabajando junto a él y no por encima de él.

Hizo falta muy poco tiempo para finalizar la nave experimental, y durante todo aquel tiempo tuve la oportunidad de poder ser testigo directo de la increíble y maravillosa habilidad intelectual de Orthis, aunque jamás tuve acceso a sus pensamientos o a su corazón.

La nave fue lanzada al espacio a finales de 2024 y, por recomendación mía, los trabajos para perfeccionar la nave de tamaño real, que había comenzado a construirse en 2015 y que se habían detenido de inmediato en cuanto se produjo la pérdida de la nave marciana, comenzaron casi de inmediato. Aquella tragedia había disuadido al Gobierno de llevar a cabo nuevos intentos hasta que no se superaran aquellos obstáculos insalvables. Orthis pasó a ser de nuevo mi ayudante, y con los medios necesarios a nuestra disposición tan solo fue cuestión de ocho meses que la *Barsoom*, tal y como la habíamos bautizado, quedara completamente mejorada y equipada para su viaje interplanetario. Los ocho rayos diferentes que nos ayudarían a esquivar las fuerzas gravitatorias del Sol, Mercurio, Venus, la Tierra, Marte y Júpiter fueron almacenados en unos tanques cuidadosamente diseñados y contruidos dentro del propio casco, mientras que el tanque más pequeño que contenía el Octavo Rayo lunar quedó situado en la proa, de manera que pudiéramos atravesar la zona de influencia de la Luna sin correr el peligro de vernos arrastrados hacia su descamada superficie.

Durante los siguientes cinco años siguieron recibándose, de vez en cuando,

mensajes provenientes de la nave marciana original. Su comandante, en heroica lucha contra la atracción del Sol, había conseguido que la nave cayera en el campo gravitatorio de Júpiter, y la última vez que se tuvieron noticias de ella se encontraba vagando en el gran vacío que se abre entre este planeta y Marte. Durante los últimos cuatro años tan solo había podido conjeturarse el destino de la nave... tan solo teníamos la certeza de que su desafortunada tripulación jamás regresaría a Barsoom.

Nuestra propia nave experimental había estado acelerando durante los últimos ocho meses de su solitario viaje, y las deducciones científicas de Orthis se habían demostrado tan acertadas que ni el instrumento más sensible podía detectar la menor desviación de su curso establecido. Fue justamente entonces cuando Orthis comenzó a importunar al Gobierno para que le permitieran despegar con la nave que acabábamos de construir. Sin embargo, las autoridades le denegaron el servicio hasta el año 2025, justamente cuando el viaje de la nave experimental cumplía un año sin que mostrara señales de desviarse de su curso, cuando se sintieron razonablemente seguros de que la aventura sería un éxito y que no correría peligro vida alguna.

La *Barsoom* necesitaba una tripulación mínima de cinco hombres para su gobierno y, como venía siendo habitual a lo largo de los siglos, cuando se llevaba a cabo una empresa en la que se corrían más riesgos de lo habitual, se pidieron voluntarios con el resultado de que más de la mitad del personal operativo de la Flota de Paz Internacional solicitó que se le permitiera pasar a formar parte de la tripulación. Finalmente, fue el Gobierno el que se hizo cargo de seleccionar a la tripulación de entre toda aquella multitud de voluntarios, con el resultado, una vez más, de que Orthis se sintió decepcionado y disgustado al ver que a mí me ponían al mando de la expedición, mientras que él, dos capitanes de navío y un teniente de corbeta completaban la tripulación.

La *Barsoom* era una nave mucho más grande que la que habían enviado los marcianos, con el resultado de que éramos capaces de cargar suministros para quince años, disponía de motores más potentes que nos permitirían mantener una velocidad de crucero de mil doscientas millas por hora y llevaba, en adición, un generador recientemente desarrollado por Orthis que generaba suficiente energía a partir de la luz como para propulsar la nave a la mitad de su velocidad en caso de que los motores principales se averiasen. Ninguno de nosotros estaba casado. La esposa de Orthis, que lo abandonó, había fallecido recientemente. Todos nuestros bienes y propiedades fueron depositados en fideicomiso bajo la administración del Gobierno. Nuestra despedida se llevó a cabo en un exclusivo baile en la Casa Blanca el 24 de diciembre de 2025, y la mañana de Navidad despertamos en las instalaciones en las que había sido amarrada la *Barsoom*.

Despegamos majestuosamente hacia el cielo azul entre los himnos que interpretaba una banda y los vítores de nuestros conciudadanos.

No voy a aburrirle con las monótonas descripciones técnicas de los motores y el equipamiento de la nave. Será suficiente con que le diga que los primeros eran de tres tipos: los que impulsaban la nave dentro de la atmósfera y los que la impulsaban en el espacio; finalmente, el último motor, el más importante, consistía en un grupo de múltiples instrumentos que aislaban el Octavo Rayo Barsoomiano en enormes cantidades y que, al transmitirlo a la Tierra a enormes velocidades, impulsaban la nave hacia Marte. Se había diseñado esta máquina de manera que aislara el Octavo Rayo Terrestre con la misma facilidad, de manera que nos facilitara el regreso a la Tierra. El motor auxiliar, que ya he mencionado anteriormente y que constituía el último invento de Orthis, se podía ajustar fácilmente para que aislara el Octavo Rayo de cualquier planeta o satélite, o incluso del Sol,

con lo que nos aseguraría el movimiento a través del universo por el simple procedimiento de generar y propulsar el Octavo Rayo de cualquier cuerpo celeste cercano. Un generador extraía oxígeno del éter, mientras que otro emitía rayos aislantes que nos proporcionaban una temperatura y presión uniformes, de manera que su acción era análoga a la de la atmósfera que rodea la Tierra. Bajo esta perspectiva, la ciencia nos permitía construir un pequeño mundo que se movía bajo nuestra voluntad a través del espacio... un diminuto mundo habitado por cinco almas.

Si no hubiera sido por la presencia de Orthis, habría previsto un viaje razonablemente tranquilo, pues West y Jay eran unos muchachos extremadamente afables y lo suficientemente maduros como para aguantar semejante aislamiento, mientras que el joven Norton, el teniente de corbeta, aunque acababa de cumplir los diecisiete años, nos ganó a todos desde el comienzo del viaje con sus maneras formales, su respeto y el escrupuloso cumplimiento de sus obligaciones.

La *Barsoom* contaba con tres camarotes, uno de los cuales ocupaba yo en solitario, mientras que West y Orthis ocupaban uno, y Jay y Norton el tercero. West y Jay eran capitanes de navío y habían sido compañeros desde el colegio. Evidentemente, habrían preferido compartir el camarote, pero no lo harían a menos que yo se lo ordenara o que Orthis lo solicitara. Sin deseo alguno por darle a Orthis motivos para que se sintiera ofendido dudé sobre si ordenar tal cambio, mientras que a Orthis, que jamás se había molestado por ser cortés o diplomático, jamás se le pasó por la imaginación aquel detalle. Los cinco comíamos juntos, y eran West, Jay y Norton los que se turnaban en la cocina. Tan solo observábamos estrictamente el escalafón cuando se trataba de gobernar la nave. En todas las demás ocasiones nos tratábamos como iguales, ya que ningún otro comportamiento habría funcionado en aquellas circunstancias, en las que podíamos considerarnos prisioneros recluidos durante no menos de cinco años en una pequeña celda.

Disponíamos de una biblioteca, material de escritura y juegos y, por supuesto, manteníamos una comunicación constante por radio tanto con la Tierra como con Marte, y recibíamos noticias actualizadas desde ambos planetas. Escuchábamos óperas y oratorios, y la música de ambos mundos. No nos faltaba el entretenimiento. Orthis siempre se mostró un tanto tirante conmigo, aunque debo reconocer que su comportamiento siempre fue admirable. A diferencia de con el resto de la tripulación, él y yo jamás intercambiamos bromas; me sentía incapaz de hacerlo sabiendo que Orthis me odiaba y que yo lo despreciaba por culpa de su carácter. En el terreno intelectual contaba con mi admiración más completa, y cuando se trataba de asuntos de esas características nos comunicábamos sin reservas ni tirantezas, y muchas fueron las largas discusiones que mantuvimos durante las primeras etapas de lo que prometía ser un viaje muy entretenido.

El segundo día observé con cierta sorpresa que Orthis mostraba un amistoso interés hacia Norton. Aquella jamás había sido la manera en la que Orthis hacía sus amistades, pero comprobé que él y Norton pasaban mucho tiempo juntos y que ambos disfrutaban con la mutua compañía.

Orthis era un excelente contertulio; conocía perfectamente su profesión y era un inventor y científico de enorme reputación. Norton, aunque no era más que un joven, era dueño de una mente privilegiada; había sido el primero de su promoción, y había encabezado la lista de los tenientes de corbeta de aquel año. No pude dejar de advertir que bebía cada palabra que Orthis le dirigía durante sus largas explicaciones.

Nuestro viaje duraba ya seis días cuando Orthis vino a buscarme y me propuso que, ya que West y Jay habían sido compañeros desde el colegio y eran amigos íntimos, se les

permitiera compartir camarote, y que él ya había hablado con Norton y este le había asegurado que estaría dispuesto a mudarse y ocupar la cama de West en el camarote de Orthis. Me alegró mucho escuchar aquel ofrecimiento pues aquello significaba que mis subordinados se emparejaban de la manera más conveniente para todos y, si ellos estaban satisfechos, el viaje resultaría a partir de aquel momento mucho más soportable. Evidentemente, me sentí un tanto responsable por permitir que un joven tan excelente como Norton quedara bajo la influencia de Orthis, aunque estaba convencido de que cualquier pequeño daño que se produjera sería corregido por la influencia de las personalidades de Norton, Jay o la mía o compensada por la educación liberal que recibiría cualquier hombre que se viera sometido a la influencia de Orthis durante cinco años, siempre y cuando Orthis se dignara a dirigirle la palabra.

Comenzábamos a sentir la influencia de la Luna cada vez con más intensidad. A la velocidad a la que estábamos viajando, pasaríamos junto al satélite durante nuestro duodécimo día de travesía, el 6 de enero de 2026.

El rumbo que llevábamos nos llevaría a veinte mil millas de la Luna, y mientras nos aproximábamos a ella tuve el convencimiento de que aquella visión era la más espectacular que los ojos de un humano hubieran visto jamás. A ojo desnudo, nuestro satélite resultaba espectacular y sobrecogedor flotando en el vacío, con un tamaño diez veces superior al que están acostumbrados a contemplarlo los espectadores terrestres, mientras que si lo contemplábamos a través de nuestros potentes aparatos de observación, su superficie se aproximaba de una manera tan asombrosa que uno quedaba convencido de poder alargar una mano y tocar sus desgarradas rocas y torturadas montañas.

Esta aproximación al satélite nos impulsó a descubrir la autenticidad o la falsedad de la teoría tan largamente sostenida por algunos científicos que afirman que sobre la superficie de la Luna se da algún tipo de vegetación. Nuestra atención se vio atraída al principio por una sugerencia de movimiento sobre la superficie de algunos valles y en los barrancos más profundos de las montañas. Norton exclamó que allá abajo debía haber criaturas moviéndose, pero una inspección más detallada reveló la existencia de una extraña vegetación parecida a los hongos que crecía con tal celeridad que podíamos ver claramente el fenómeno. Los diferentes estudios que llevamos a cabo durante los días que estuvimos viajando a corta distancia de nuestro satélite nos llevaron a la conclusión de que la vida de aquella vegetación se limitaba a un mes sideral.

Durante un plazo no mayor a veintisiete días, una de aquellas esporas se desarrollaba hasta convertirse en una planta adulta que en algunas ocasiones alcanzaba una altura... ¡de varios cientos de pies! Sus ramas se torcían en ángulos grotescos y sus hojas eran muy anchas y gruesas, y en las que conseguimos distinguir más claramente pudimos apreciar los siete colores primarios sin margen de error. A medida que la superficie de la Luna entraba en la zona de oscuridad, la vegetación comenzaba a perder sus hojas, a continuación sus ramas hasta que, finalmente, las plantas se derrumbaban en el suelo convirtiéndose casi inmediatamente en un material fino y harinoso semejante al polvo hasta que desaparecían en la nada. Los movimientos que advertimos al principio se debían al rápido crecimiento de la vegetación, ya que la superficie de la Luna carece de viento. Tanto Jay como Orthis afirmaban seriamente que habían distinguido a través de los instrumentos ópticos algún tipo de vida animal, aunque no sabían si eran reptiles o insectos. Yo fui incapaz de verlos, aunque sí pude observar que muchas de las anchas y aplanadas hojas estaban parcialmente devoradas, lo que apoyaba evidentemente la teoría de que existía otro tipo de vida, aparte de la vegetal, sobre la superficie de nuestro satélite.

Presumo que una de las mayores emociones que experimentamos durante nuestra aventura, que a la larga demostró ser la caja de Pandora de todas las emociones, fue cuando comenzamos a penetrar lentamente en la cara oculta de la Luna y nuestros ojos se posaron por primera vez donde jamás se habían posado unos ojos humanos: sobre las dos quintas partes de la Luna invisibles para el hombre.

Contemplamos con asombro el Mare Crisium, el Lacus Somniorum, el Sinus Roris, el Oceanus Procellarum y las cuatro grandes cadenas montañosas. Habíamos conseguido contemplar a corta distancia los volcanes Opollonius, Secchi, Borda, Tycho y sus compañeros, pero todos empalidecieron en su propia insignificancia ante el desconocido panorama que se desplegó ante nosotros.

No puedo decir que aquel nuevo territorio difiriera mucho en sus aspectos físicos respecto a la cara visible de la Luna... nuestras emociones se debían más bien al glamour del misterio que había rodeado la cara oculta desde el comienzo de los tiempos. Allí observamos grandes cadenas montañosas y enormes llanuras ondulantes, volcanes gigantescos y colosales cráteres y la misma vegetación con la que ya nos habíamos familiarizado.

Hacia ya dos días que habíamos rebasado la Luna cuando comenzaron los problemas. Entre nuestras provisiones había ciento veinte frascos de un cuarto de galón de licor por hombre; el suficiente para que nos pudiéramos permitir el lujo de tomar un par de onzas por día durante cinco años. Todas las noches, después de la cena, brindábamos a la salud del Presidente con un cóctel que consistía en una sola onza de licor, de manera que así seríamos capaces de mantener nuestro suministro en caso de que nuestro viaje se prolongara excesivamente o, en caso contrario, que dispusiéramos de un licor con que celebrarlo si se presentaba alguna ocasión en particular.

Aproximadamente a la hora de la tercera comida del decimotercer día de viaje, Orthis entró en el comedor visiblemente afectado por el alcohol.

La historia nos cuenta que durante la Ley Seca el alcoholismo se volvió un mal muy común y que creció en tal proporción que llegó a convertirse en una amenaza nacional, pero con que la abolición del Acta de Prohibición, hace ya casi cien años, el hábito de beber hasta emborracharse fue decayendo, de manera que mostrarse bebido se convirtió en un motivo de vergüenza, y en el servicio tal actitud se consideraba tan despreciable como cometer un acto de cobardía en tiempo de guerra. Ante todo esto, solo me quedaba una cosa por hacer: ordené a Orthis que se retirara a su camarote, pero él estaba tan borracho que se revolvió contra mí como un tigre.

—¡Tú, maldito perro! —me gritó—. Durante toda mi vida te has dedicado a robar lo que me pertenecía; te has llevado los frutos de todos mis esfuerzos mediante triquiñuelas y traiciones, e incluso ahora, cuando estamos a punto de alcanzar Marte, es a ti a quien tratan como a un héroe, no a mí, gracias a cuya inteligencia y trabajo ha sido posible este logro. ¡Pero por Dios que no llegaremos a Marte! No vas a aprovecharte de mis esfuerzos otra vez. Esta vez has llegado demasiado lejos, y además te atreves a tratarme como a un ser inferior... ¡A mí, cuyo cerebro a hecho de ti lo que eres!

Mantuve la calma, ya que me di cuenta que aquel hombre no era dueño de sus palabras.

—Vete a tu camarote, Orthis —repetí mi orden—. Volveremos a hablar por la mañana.

West, Jay y Norton estaban presentes. Al principio se quedaron paralizados al ver en qué condiciones estaba aquel hombre y cómo se había insubordinado. Sin embargo,

Norton fue el primero en recuperarse: se situó rápidamente al lado de Orthis y posó una mano sobre su brazo.

—Vamos, señor —le dijo y, para mi sorpresa, Orthis, lo acompañó mansamente hasta el camarote.

Durante todo nuestro viaje mantuvimos conscientemente el engaño de que existía un día y una noche, estableciendo sus tiempos por medio de nuestros cronómetros, ya que nos movíamos en medio de una oscuridad absoluta rota tan solo por la desvaída nebulosa de luz que nos rodeaba generada por el reflejo de los rayos solares sobre la radiación que emitía nuestro generador del campo aislante. Por tanto, antes del desayuno a la mañana siguiente, mandé llamar a Orthis a mi camarote. Entró con aire arrogante, y por sus primeras palabras entendí que, si bien no había seguido bebiendo, no sentía el menor arrepentimiento por su injustificado ataque de la noche anterior.

—¿Y bien? —me preguntó—. ¿Qué puñetas piensas hacer al respecto?

—Soy incapaz de entender tu actitud, Orthis —le dije—. Jamás he intentado ofenderte conscientemente. Cuando las órdenes del Gobierno hicieron que nos volviéramos a reunir, me sentí tan incómodo como tú. Trabajar a tu lado me resulta tan incómodo como para ti trabajar junto a mí. Me he limitado a hacer lo mismo que tú... obedecer órdenes. No tengo ninguna intención de robarte nada, pero esa no es la cuestión ahora. Eres culpable de insubordinación grave y embriaguez. Puedo evitar que vuelva a suceder esto último confiscándote el licor y vigilándote estrechamente para que no consumas más durante el resto del viaje, y una disculpa por tu parte reparará el asunto de la insubordinación. Te doy veinticuatro horas para que tomes una decisión.

»Si no veo que sacas provecho de mi... clemencia, Orthis, viajarás hasta Marte y regresarás encadenado. La decisión que tomes ahora y tu comportamiento durante lo que resta de viaje decidirá tu destino para cuando regresemos a la Tierra; y escúchame bien, Orthis: haré uso de todo el poder de mi autoridad para eliminar del cuaderno de bitácora el apunte sobre tus transgresiones de anoche y de esta mañana. Regresa ahora a tu camarote; te llevaremos la comida durante las siguientes veinticuatro horas y, cuando se cumpla el plazo, me harás llegar tu decisión. Mientras tanto, te prohibiré el acceso al licor.

Me fulminó con su mirada, se dio la vuelta y abandonó la sala.

A Norton le correspondía la guardia de la noche. Ya hacía dos días que habíamos dejado atrás la Luna. West, Jay y yo estábamos durmiendo cuando Norton entró a la carrera en mi camarote y me agitó violentamente por el hombro.

—¡Por Dios, capitán! —gritó—. ¡Venga deprisa, el capitán de corbeta Orthis está destruyendo los motores!

Me puse en pie de un salto y seguí a Norton hacia la sala de máquinas mientras llamaba a West y a Jay al pasar junto a su camarote. A través del ojo de buey de la escotilla de la sala de máquinas pudimos ver a Orthis afanándose sobre los generadores auxiliares, que se suponía serían nuestra tabla de salvación en caso de emergencia, ya que gracias a ellos podríamos superar la atracción de cualquier planeta junto al que pasáramos. Suspiré de puro alivio al advertir que el grupo principal de maquinaria aún funcionaba con toda normalidad, aunque, a decir verdad, como no teníamos previsto depender del generador auxiliar, habíamos almacenado suficiente carga del Octavo Rayo a partir de los diferentes cuerpos celestes como para concluir el viaje con completa seguridad. West y Jay se nos unieron unos momentos más tarde y yo llamé a Orthis, ordenándole que desatancara la puerta. Le hizo algo más al generador y, a continuación, se levantó, cruzó la sala de máquina directamente hacia la puerta, la desatancó y la abrió por completo. Estaba

despeinado, su rostro reflejaba un gran cansancio y sus ojos brillaban de manera extraña, y sin embargo mostraba la típica euforia producida por el alcohol que en aquel momento no fui capaz de entender.

—¿Qué estabas haciendo, Orthis? —le interrogué—. Te encuentras bajo arresto, y se supone que deberías estar encerrado en tu camarote.

—Ya verás qué es lo que he hecho —me respondió con tono truculento—. Lo he hecho... lo he hecho... y jamás podrás repararlo... me he ocupado de ello.

Lo así violentamente por un hombro.

—¿Qué quieres decir? Dime qué has hecho, o por Dios que te mataré con mis propias manos.

Y en aquel momento supe, por su expresión, que había hecho algo que hasta él mismo consideraba terrible.

Aquel tipo era un cobarde, y se encogió frente a mis amenazas.

—¡No te atreverás a matarme! —gritó—. Además, qué me importa; en pocas horas todos habremos muerto. Ve a mirar tu maldita brújula.

II

El secreto de la Luna

Norton, que seguía de guardia, ya había salido a la carrera hacia el puente de mando, donde se encontraban agrupados todos los controles e instrumentos de navegación. El puente, que se encontraba a continuación de la sala de máquinas, era una construcción de planta circular con un mirador que sobresalía unas doce pulgadas del casco superior. La totalidad de la circunferencia de aquella superestructura estaba formada por ojos de buey de grueso cristal.

Mientras me daba la vuelta para seguir a Norton me dirigí a West:

—Señor West —le dije—, les ordeno a usted y al señor Jay que encadenen inmediatamente al capitán de corbeta Orthis. Si se resiste, mátenlo.

Mientras corría tras los pasos de Norton escuché una sarta de maldiciones por parte de Orthis y a continuación una carcajada propia de un demente. Cuando alcancé el puesto del piloto encontré a Norton concentrado sobre los controles. Sus movimientos no demostraban el menor nerviosismo, pero su rostro estaba blanco como el papel.

—¿Qué problema hay, señor Norton? —le pregunté, pero en el mismo momento en que le interrogaba eché un vistazo a la brújula y allí encontré la respuesta a mi pregunta. Nos estábamos moviendo en ángulo recto respecto a nuestro curso.

—Estamos cayendo hacia la Luna, señor —me respondió—, y los controles no responden.

—Apague los motores —le ordené—. Lo único que hacen es acelerar nuestra caída.

—A la orden, señor —me respondió.

—El depósito del Octavo Rayo lunar posee suficiente capacidad como para mantenernos apartados de la Luna —le dije—. Si no ha conseguido manipularlo, no correremos el peligro de caer sobre la superficie de la Luna.

—Si no ha conseguido manipularlo, sí, señor; eso es lo que yo estaba pensando, señor.

—Pero este medidor indica que la carga del depósito está al máximo —le señalé.

—Lo sé, señor —replicó él—, pero si estuviera al máximo de su capacidad, no caeríamos a tanta velocidad.

Me agaché para examinar el medidor y descubrí de inmediato que había sido manipulado de manera que la aguja indicara siempre la carga máxima. Me giré hacia mi compañero.

—Señor Norton —le dije—, diríjase hacia la proa y revise el depósito del Octavo Rayo lunar y regrese de inmediato para informarme.

El joven me saludó y se marchó. Para poder llegar hasta el depósito era necesario que se arrastrara por un conducto muy estrecho bajo la cubierta.

Norton regresó cinco minutos más tarde. No estaba tan pálido como antes, pero parecía agotado.

—¿Y bien? —le pregunté cuando lo tuve enfrente.

—Han manipulado la válvula exterior de entrada para poder abrirla, señor —me informó—. Los rayos estaban escapando al vacío. La he cerrado, señor.

La válvula a la que se refería se utilizaba exclusivamente cuando la nave estaba en dique seco con objeto de rellenar el depósito de flotabilidad y como se la manipulaba tan raramente, y también para evitar accidentes, la habían situado en un lugar casi inaccesible

del casco, donde se suponía que no podía ser abierta accidentalmente.

Norton miró de reojo un instrumento.

—Ya no caemos con tanta rapidez —me informó.

—Sí, ya lo había observado. He sido capaz de ajustar el indicador del Octavo Rayo lunar; ahora señala la mitad de la presión original.

—No es suficiente para evitar que caigamos —me comentó.

—No; no aquí, donde no hay atmósfera. Si la Luna dispusiera de una atmósfera, al menos podríamos mantenernos fuera de ella. Sin embargo, tal y como están las cosas, creo que al menos seremos capaces de tomar tierra sin peligro aunque, evidentemente, eso nos beneficiará en muy poco. Supongo que entenderá usted, señor Norton, que esto es el fin.

Él asintió.

—Será un revés muy amargo para los habitantes de ambos mundos añadió, demostrando una completa ausencia de egotismo que demostró la nobleza de su carácter.

—Va a resultar una noticia muy triste de emitir —añadí—, pero debemos hacerlo, y de inmediato. Haga el favor de emitir el siguiente mensaje dirigido al Secretario de la Paz:

U. S. S. Barsoom, 6 de enero de 2026, aproximadamente a veinte mil millas de la Luna. El capitán de corbeta Orthis, hallándose bajo los efectos del alcohol, ha destruido el motor auxiliar y ha manipulado la válvula exterior de entrada del tanque de flotabilidad del Octavo Rayo lunar para abrirla. La nave cae rápidamente. Les mantendremos...

Norton, que se encontraba sentado ante el equipo de radio se puso en pie bruscamente y se giró hacia mí.

—¡Dios mío, señor! —exclamó—. También ha destruido el equipo de radio. No somos capaces ni de enviar ni de recibir.

Un detenido examen de los aparatos reveló el hecho de que Orthis había destruido los instrumentos con tanta meticulosidad que no quedaba la menor esperanza de repararlos. Miré a Norton.

—No solo estamos muertos, Norton, sino también enterrados.

Mientras le decía aquellas palabras le sonreí, y él me devolvió una sonrisa que denotaba su falta de temor ante la muerte.

—Solo lamento una cosa, señor —me dijo—, y es que el mundo jamás sabrá que nuestro fracaso no se debió a un fallo de nuestra maquinaria, de la nave o del equipamiento.

Llamé a West y a Jay, que a aquellas alturas ya habían encadenado a Orthis y lo habían encerrado en su camarote. Cuando llegaron les relaté todo lo sucedido, y se lo tomaron con la misma frialdad que Norton. Aquella actitud no me sorprendió lo más mínimo, pues aquellos hombres eran la elite de entre lo mejor que podía ofrecer aquella espléndida organización que era la Flota Internacional de Paz.

Llevamos a cabo juntos una cuidadosa inspección de la nave que no reveló otros daños aparte de los que ya habíamos descubierto, pero que eran suficientes, como bien sabíamos, para evitar que nos libráramos de la atracción de la Luna.

—Caballeros, entienden nuestra situación tan bien como yo —les dije—. Si pudiéramos reparar el generador auxiliar, aislaríamos el Octavo Rayo lunar, rellenaríamos el depósito y reanudaríamos nuestro viaje; sin embargo, la diabólica inteligencia con la que el capitán de corbeta Orthis ha averiado la maquinaria hace que esto sea imposible. Podríamos navegar lejos de la superficie de la Luna durante un período de tiempo importante, pero finalmente no nos valdría de nada. Dicho esto, mi objetivo es tomar tierra. En lo que respecta a las verdaderas condiciones lunares, tan solo disponemos de una multitud de teorías, muchas de las cuales entran en conflicto directo unas con otras. Por

tanto, para nosotros el aterrizar sobre este mundo muerto y estudiarlo atentamente supondrá una oportunidad única, aunque desaprovechada; sin embargo, existe la posibilidad, remota les garantizo, de que descubramos que allá abajo se desarrollan unas condiciones que sean capaces de aliviar nuestra situación. Al menos esta no irá a peor. Sé que resulta impensable el pasar los siguientes quince años viviendo aprisionados dentro de una nave naufragada. Puede que esté hablando tan solo por mí mismo, pero preferiría morir inmediatamente que vivir de esa manera, sabiendo que no hay esperanza de rescate. Si Orthis no hubiera destruido el equipo de radio, habríamos podido comunicar con la Tierra y habrían enviado una nave de rescate en no más de un año. Pero nos resulta imposible llamarlos, por lo que jamás conocerán nuestro destino. No obstante, la actual emergencia ha cambiado de tal manera el estado de las cosas que no deseo tomar la siguiente decisión sin consultarles, caballeros. Quiero hablarles sobre nuestra perspectiva de vida. Yo... ya no voy a poder llevar a cabo la misión que se me ha asignado, y tampoco puedo regresar a la Tierra; por tanto, deseo que ustedes se expresen libremente respecto a la situación que acabo de exponerles.

West, que era el más veterano, fue lógicamente el primero en responder. Me aseguró que estaba dispuesto a seguirme dondequiera que lo condujera, y Jay y Norton mostraron igual inclinación a obedecer cualquier decisión que yo tomara. También me aseguraron que estaban tan ansiosos por explorar de cerca la superficie de la Luna como yo, y que no se les ocurría mejor manera de pasar el resto de sus vidas que viviendo nuevas experiencias y contemplando nuevos lugares.

—Muy bien, señor Norton —le dije—. Establezca un curso directo hacia la Luna.

Ayudados por la gravedad lunar, nuestro descenso fue muy rápido. A medida que nos precipitábamos a través del espacio a una velocidad vertiginosa, el satélite parecía dirigirse hacia nosotros como un suicida, y tras quince horas de descenso di orden de reducir la velocidad hasta casi dejar la nave al paio a una altura de nueve mil pies sobre el nivel del pico lunar más alto.

Nunca antes había contemplado un paisaje tan sobrecogedor como aquel que formaban aquellos impresionantes picos que se elevaban a más de cinco millas sobre los extensos valles a sus faldas. La presencia de vertiginosos acantilados de tres o cuatro mil pies no era nada fuera de lo común, y todo ello extravagantemente adornado con los raros colores de las rocas y los extraños tonos prismáticos de aquella vegetación de veloz desarrollo que se daba en los valles. Desde nuestra elevada posición sobre los picos podíamos distinguir varios cráteres de dimensiones diferentes, algunos de los cuales formaban profundas simas de hasta tres y cuatro millas de diámetro. A medida que descendíamos lentamente, planeamos sobre uno de aquellos abismos, en cuyas profundidades dejamos descansar nuestros agotados ojos. Algunos creímos detectar una pálida luminosidad muy en el fondo, pero no estuvimos seguros de ello. La opinión de Jay fue que podía deberse al reflejo del núcleo fundido. Yo tuve la certeza de que si este fuera el caso, la temperatura se elevaría considerablemente cuando penetráramos a través del cono del cráter.

A aquella altitud hicimos un interesante descubrimiento. La Luna posee una atmósfera; es extremadamente tenue, pero nuestro barómetro fue capaz de medirla a una altitud de mil quinientos pies sobre el pico más alto que sobrevolamos. Evidentemente, su densidad ha de ser mayor en los valles y cuyos barrancos más profundos, aunque no soy capaz de afirmarlo categóricamente, ya que jamás llegamos a aterrizar sobre la superficie de la Luna. A medida que la nave avanzaba, observamos que tomaba un curso circular que

discurría en paralelo al borde del enorme volcán a través del cual estábamos descendiendo. Impartí órdenes de inmediato para que se alterara nuestro curso ya que, como nuestro descenso era continuado, de un momento a otro penetraríamos en el cráter y, al estar incapacitados para elevarnos, quedaríamos atrapados para siempre en su interior. Mi plan consistía en planear suavemente sobre uno de los enormes valles mientras descendíamos y aterrizar sobre la espesa vegetación que habíamos observado crecer imparablemente bajo nosotros. Pero cuando West, que estaba de guardia, intentó alterar el curso de la nave, se dio cuenta de que no respondía; por el contrario, continuó trazando lentamente un enorme círculo que recorría todo el contorno interior del cráter. En el momento de producirse aquel suceso no nos encontrábamos a más de quinientos pies sobre la cima del volcán y descendíamos lenta y constantemente. West levantó la mirada hacia nosotros, sonrió y agitó la cabeza.

—No vale la pena molestarse, señor —me dijo—. Esto casi ha terminado y no habrá salvos de honor para nosotros, señor. Estamos atrapados en algo que podríamos llamar un torbellino lunar; ya habrá observado, señor, que trazamos círculos cada vez más pequeños.

—Nuestra velocidad no parece aumentar —señalé—, tal y como sucedería si nos estuviéramos aproximando al vórtice de un auténtico torbellino.

—Creo que puedo explicar este fenómeno, señor —me dijo Norton—. Se debe a la acción del Octavo Rayo lunar, del que aún está lleno el tanque de flotabilidad de proa. Reacciona de forma natural alejándose de la Luna que, en lo que a nosotros respecta, se ve representada por el borde de este enorme cráter. Mientras que su superficie nos repele, al mismo tiempo nos vamos aproximando a ella trazando un círculo que disminuye poco a poco, pues cuanto más nos acercamos a la cima del cráter mayor es el impulso contrario del Octavo Rayo lunar. Si mi teoría no está equivocada, nuestro círculo terminará de estrecharse una vez hayamos sobrepasado el borde del cráter.

—Creo que está en lo cierto, Norton —le dije—. Al menos su teoría se sostiene mejor que afirmar simplemente que estamos siendo atraídos hacia el vórtice de un enorme torbellino. Me parece que en este satélite no hay atmósfera suficiente como para crear uno.

Mientras descendíamos a lo largo de la chimenea del cráter, la certeza de la teoría de Norton se fue haciendo mayor, pues era cierto que, aunque nuestra velocidad había aumentado sensiblemente, el diámetro de nuestro trazado se mantuvo constante, y una vez alcanzada una cierta profundidad, le sucedió lo mismo a nuestra velocidad.

En ese momento descendíamos a una velocidad no superior a las diez millas por hora, mientras que el barómetro registraba una presión atmosférica en constante aumento, aunque jamás llegó a alcanzar los mínimos exigibles para la vida terrestre. La temperatura aumentó levemente, aunque no fue nada llamativo; cuando penetramos en la sombra del interior del cráter, la temperatura era de veinticinco o treinta grados bajo cero, pero cuando penetramos en la sombra del interior del cráter y hubimos descendido hasta una profundidad de ciento veinticinco millas en su interior, ascendió gradualmente hasta el cero.

Durante las siguientes diez millas, nuestra velocidad disminuyó considerablemente, hasta que caímos en la cuenta de que ya no descendíamos, sino que nuestro movimiento era ahora de ascenso. Nos habíamos elevado aproximadamente ocho millas cuando comenzamos a descender de nuevo bruscamente. Nuestro descenso se prolongó tan solo seis millas y entonces volvimos a ascender, esta vez cuatro millas. Este descenso irregular continuó hasta que finalmente nos detuvimos a una distancia estimada de la boca del cráter de ciento treinta millas. Nos rodeaba una profunda oscuridad, y tan solo disponíamos de

nuestros instrumentos para comprender lo que estaba sucediendo con la nave, cuyo interior estaba, por supuesto, brillantemente iluminado y confortablemente caliente.

Habíamos observado una luminosidad que se producía, ya encima, ya debajo de la nave (pues esta giraba sobre su eje horizontal cada vez que cambiaba de sentido), y que Norton había advertido previamente cuando nos encontrábamos sobre la boca del cráter. Cada uno de nosotros estaba intentando imaginar a qué se debía el fenómeno, cuando Norton no pudo contenerse más.

—Le ruego que me disculpe, señor, ¿pero no va a contarnos qué piensa; no va a exponernos su teoría sobre dónde estamos y por qué nos encontramos flotando, y por qué la nave gira sobre sí misma cada vez que sobrepasamos este punto?

—Solo puedo explicarlo —le dije— si me baso en una teoría muy simple, aunque bastante absurda, que se basa en el hecho de que la Luna es una esfera hueca, con una corteza sólida de doscientas cincuenta millas de grosor. La gravedad nos impide elevarnos más allá del punto en el que nos encontramos, mientras que la fuerza centrífuga evita que descendamos.

Los otros asintieron frente a mis palabras. Ellos también se estaban viendo forzados a aceptar la misma teoría, aparentemente ridícula, mientras no fuéramos capaces de encontrar otra explicación más razonable. Norton cruzó la sala para leer el barómetro, que habíamos descuidado mientras la nave se había comportado de manera tan excéntrica en su descenso desde la superficie de la Luna. Vi cómo fruncía el ceño mientras hacía la lectura del aparato; entonces comenzó a estudiar los datos con más detenimiento, como si quisiera asegurarse de no cometer ningún error. Finalmente se giró hacia nosotros.

—Este aparato debe tener algún componente averiado, señor —me informó—; está registrando una presión atmosférica equivalente a la de la Tierra.

Me acerqué al instrumento y lo estudié. Ciertamente estaba registrando la presión atmosférica que había informado Norton y el aparato parecía funcionar con normalidad.

—Hay una manera de comprobarlo —le dije—. Podemos aumentar la potencia del generador del campo aislante y abrir brevemente una válvula exterior. Tan solo necesitaremos cinco segundos para determinar si el barómetro funciona o no.

Evidentemente aquello era en todos sus aspectos un procedimiento arriesgado, pero con West atento al generador, Jay operando la válvula y Norton a los mandos de la bomba de aire sabía que estaríamos razonablemente seguros, incluso aunque se demostrara que el exterior carecía por completo de atmósfera. El único riesgo no calculado residía en la posibilidad de que dejáramos entrar algún tipo de gas venenoso que poseyera la misma densidad que la atmósfera terrestre, pero como tampoco sentíamos una especial ansiedad por continuar vivos dadas las circunstancias, todos opinábamos que daba lo mismo la decisión que tomáramos, ya que nada variaría el resultado final de nuestra expedición.

Quiero remarcar la tensión del momento cuando mis tres hombres tomaron posiciones a la espera de mis órdenes. Si en verdad habíamos descubierto una atmósfera verdadera bajo la superficie de la Luna, ¿qué más podríamos descubrir? Si ahí afuera había una atmósfera, podríamos conducir la nave hasta su interior, y si no, al menos podríamos salir al exterior y respirar aire fresco. Les dejé claro que, a mi orden, West debía desconectar el generador, Jay debía abrir la válvula y Norton activar la bomba de aire. Si lo que finalmente penetraba en la nave no era aire fresco, Jay debería dar una señal ante la cual Norton revertiría el bombeo, West conectaría el generador y Jay debería cerrar de inmediato la válvula.

Como la mayor responsabilidad iba a recaer sobre Jay, me situé a su lado y situé mi

nariz tan cerca de la válvula como la suya. Entonces di la orden. Todo funcionó perfectamente, y un instante más tarde una corriente de aire fresco y frío se introdujo en el interior de la *Barsoom*.

West y Norton habían estado muy atentos a nuestra reacción, de manera que supieron que el resultado de la prueba había sido satisfactorio al mismo tiempo que nosotros dos. Éramos todo sonrisas, aunque aún soy incapaz de explicar el motivo de nuestra felicidad. Posiblemente se debiera a que habíamos dado con unas condiciones ambientales idénticas a las terrestres, y aunque jamás volveríamos a ver nuestro mundo, al menos podríamos respirar un aire similar al suyo.

Les ordené que volvieran a poner en marcha los motores y poco después avanzábamos trazando una amplia espiral ascendente hacia el interior de la Luna. Nuestro avance era muy lento, pero a medida que ascendíamos también lo hacía la temperatura, mientras que el barómetro mostraba cómo la presión atmosférica descendía muy lentamente. La luminosidad, situada ya por encima de nuestras cabezas, se hizo más brillante mientras ascendíamos, hasta que finalmente las paredes del enorme pozo a través del cual nos movíamos se iluminaron levemente.

Durante todos estos sucesos Orthis había permanecido encadenado en su camarote. Yo había dado las instrucciones oportunas para que se le proporcionaran agua y alimento, pero había prohibido que hablaran con él y había ordenado a Norton que se trasladara a mi camarote.

Sabiendo que Orthis se había convertido en un alcohólico, un traidor y un asesino en potencia no sentía la menor simpatía hacia él. Había decidido someterlo a consejo de guerra y no tenía la menor intención de pasar las últimas horas o años de mi vida encerrado con él en una pequeña nave, y yo sabía bien que el veredicto de cualquier tribunal, ya estuviera compuesto por el resto de la tripulación de la *Barsoom*, o nombrado por el Cuerpo Jurídico Militar de la Armada, no sería otro que el de pena de muerte para Orthis. No obstante, había aparcado el asunto hasta que otros asuntos de mayor envergadura dejaran de atraer toda nuestra atención, de manera que aún seguía vivo, aunque no compartía nuestros temores, esperanzas y alegrías.

Unas veintiséis horas después de nuestra entrada en la boca del cráter de la superficie de la Luna, surgimos repentinamente por el otro extremo frente a una escena tan maravillosa como extraña si la comparábamos con el paisaje de la superficie del satélite, al igual que el paisaje de esta última nos lo había parecido al compararlo con el de la Tierra. Una luz difusa y suave reveló frente a nosotros cadenas montañosas, valles y un mar cuyos detalles apreciaban lentamente nuestras mentes. Las montañas eran tan escabrosas como las de la superficie del satélite, e igualmente elevadas. Sin embargo, estas estaban cubiertas de vegetación casi hasta sus cimas, o al menos lo estaban todas las que abarcaba nuestra vista. También había bosques; bosques extraños, de raros árboles, tan ajenos a nuestro entendimiento que evocaban la extravagante fantasmagoría de un sueño.

No nos habíamos elevado más de quinientos pies de la apertura del pozo a través de la cual habíamos salido del espacio exterior cuando descubrí una excelente zona de aterrizaje y tomé la decisión de descender. La maniobra se llevó a cabo con gran habilidad y aterrizamos suavemente junto a un bosque de grandes dimensiones y cerca de la orilla de una pequeña corriente. A continuación abrimos la escotilla externa y salimos a la cubierta exterior de la *Barsoom*; los primeros terrestres que respiraban el aire de la Luna. De acuerdo al tiempo terrestre, eran las 11 a. m. del 8 de enero de 2026.

Creo que lo primero que atrajo nuestra atención e interés fue aquella extraña

luminosidad, de fuente desconocida, que reinaba en el interior de la Luna. Sobre nuestras cabezas flotaban grupos de nubes algodonosas, cuyos vientres parecían iluminados desde tierra, mientras que, a pesar de que a través de los claros de las nubes podíamos ver un firmamento luminoso, no éramos capaces de descubrir un orbe incandescente que emitiera luz y calor al estilo de nuestro Sol. Las nubes no proyectaban sombra alguna sobre el suelo; de hecho, ni tan siquiera el casco de la nave formaba una sombra definida o los árboles que formaban espesos bosques al alcance de nuestra mano. Las sombras eran vagas y nebulosas, y sus bordes se difuminaban hasta desaparecer. Nosotros mismos no proyectábamos sobre la cubierta de la *Barsoom* una sombra mucho más definida que la que se habría formado en la Tierra durante un día completamente nublado. Y, sin embargo, la luz que nos rodeaba se asemejaba mucho a la de un día brumoso en nuestro planeta. Esta extraña luz lunar nos interesó profundamente, pero hubo de pasar un tiempo antes de que diéramos con una explicación para su verdadero origen. Este en realidad era de dos tipos, y emanaba de dos fuentes muy diferentes, la principal de las cuales venía dada por el elevado contenido en radio del suelo lunar interno, y principalmente de las rocas que daban forma a las elevadas cadenas montañosas; así era como el radio difundía una suave luz permanente que iluminaba el interior de la Luna. La fuente secundaria era la luz del Sol, que penetraba en el interior de nuestro satélite a través de cientos de miles de enormes cráteres que atravesaban la corteza lunar. La luz solar era la que calentaba el mundo interior y mantenía una temperatura constante de ochenta grados Fahrenheit.

La fuerza centrífuga, combinada con la gravedad de la corteza lunar, confinaba la atmósfera interior, que formaba una capa de un grosor aproximado de cincuenta millas sobre la superficie de este mundo interior. Esta atmósfera se enrarece rápidamente en cuanto se intenta escalar los picos más altos, con el resultado de que sus cimas están cubiertas de hielo y nieve perpetuos que se extienden formando inmensos glaciares que descienden a lo largo de enormes gargantas hasta los mares interiores. Quizá se deba a esta condición que la atmósfera no se ha perdido y ha quedado confinada como si se encontrara encerrada en el interior de una esfera casi sólida sin volverse ardiente a través de incontables eras.

El paso de las estaciones también tiene lugar, aunque apenas perceptiblemente, en la Luna; apenas hay unos grados de diferencia entre el verano y el invierno. No obstante, a veces se producen tifones, que se repiten durante cada mes sideral a causa, imagino, a la desigual distribución de los cráteres por la corteza de la Luna, un hecho que debe provocar una absorción desigual del calor en momentos y lugares diferentes. La circulación natural de la atmósfera lunar, afectada como se ve por la cantidad y dirección perpetuamente cambiantes de los rayos solares, al igual que por las diferencias térmicas entre los valles y las montañas cubiertas de nieves perpetuas, provocan tormentas de mayor o menor intensidad. Los vientos más veloces vienen acompañados siempre de intensas lluvias que suelen caer en los terrenos más bajos, mientras que las ventiscas se desatan en las alturas desnudas de vegetación.

Las lluvias que caen de las nubes de baja cota son templadas y agradables; las que provienen de las nubes más altas son frías e incómodas; sin embargo, por muy violentas y prolongadas que sean las tormentas, la iluminación permanece constante... jamás oscurece, y los días no conocen el paso a la noche.

III ¿Hombres o bestias?

Evidentemente, no llegamos a todas esas conclusiones inmediatamente, pero se las detallo todas a la vez como resultado de la suma de los descubrimientos que hicimos durante nuestra aventura en la Luna. A varias millas de distancia se elevaban unas estribaciones que trepaban de manera caprichosa hasta las nubladas alturas de unas majestuosas montañas y, mientras mirábamos en su dirección y, más tarde, hacia el bosque, nos invadió una sensación muy extraña que al principio no fuimos capaces de identificar, pero que más tarde descubrimos que se debía a la carencia de horizonte y a que la distancia que podía alcanzar la mirada de uno dependía exclusivamente de la propia agudeza de la vista. El efecto general se asemejaba al de encontrarse en el fondo de un colosal tazón con paredes tan altas que no pudiera verse su borde.

El terreno que se extendía sobre nuestras cabezas estaba cubierto por diferentes tipos de vegetación de tonos pálidos: lavandas, violetas, rosas y amarillos eran los colores predominantes.

Una hierba de color rosa, que adquiría un aspecto carnoso al madurar, predominaba sobre todas las demás, mientras que los pedúnculos de la mayoría de las plantas que florecían presentaban un tono similar. Todas las flores tenían una configuración compleja, poseían tonos pálidos y delicados, y eran de gran tamaño y rara belleza. Había arbustos achaparrados que daban unas frutas semejantes a bayas, y una gran variedad de los árboles que componían el bosque daban frutas de enorme tamaño y gran variedad de colores y formas. Norton y Jay se enzarzaron en una discusión sobre si algunas serían comestibles o no, pero les ordené que no probaran nada hasta que no lleváramos a cabo los necesarios análisis y pudiéramos concretar cuáles eran las variedades no tóxicas.

La *Barsoom* estaba equipada con un pequeño laboratorio preparado especialmente para llevar a cabo análisis sobre los vegetales y minerales marinos de acuerdo con los estándares terrestres, amén de otros instrumentos para llevar a cabo una investigación completa de nuestro planeta hermano. Como disponíamos a bordo de alimentos suficientes para cubrir nuestras necesidades durante quince años, no se presentó la necesidad inmediata de consumir frutas lunares; no obstante, estaba ansioso por analizar las propiedades químicas del agua, ya que la fabricación de este elemento era muy lenta, laboriosa y costosa. Por todo ello, di instrucciones a West para que recogiera una muestra de la corriente vecina y la sometiera a todas las pruebas de laboratorio; a los demás les ordené que bajaran a descansar.

Mis hombres se inclinaban más por montar una expedición, cosa de la que no pude culparles, pero como ninguno de nosotros habíamos dormido en condiciones durante las últimas cuarenta y ocho horas, consideré de la mayor importancia que recuperáramos las fuerzas necesarias para poder enfrentarnos a cualquier contingencia que se nos presentara en este mundo desconocido.

Aquí había aire, agua y vegetación: los tres requisitos imprescindibles para el mantenimiento de vida animal, así que consideré razonable asumir que había vida en el interior de la Luna. Sí era así, debía tratarse de una forma de vida ferozmente depredadora, ante la que deberíamos desplegar todos nuestros recursos para defender nuestras vidas. Por tanto, insistí en que cada uno de nosotros disfrutara de su cuota completa de descanso antes de aventurarnos fuera de la *Barsoom*.

Ya habíamos descubierto seres vivos, aunque de orden muy bajo: reptiles e insectos, aunque sería mejor definir a estos últimos como reptiles voladores, tal y como finalmente demostraron ser. Eran una especie de sapos equipados con alas de murciélago que revoloteaban por entre las ramas carnosas del bosque mientras lanzaban unos gritos lastimeros. Tan solo habíamos descubierto un ser vivo en el terreno que rodeaba la nave, aunque por la forma en la que se agitaba la hierba debía haber muchísimos más. El ser que habíamos visto se había mostrado ante nosotros claramente, y como mejor podía describirse era como una serpiente de cinco pies de longitud, con cuatro patas semejantes a las de los batracios y una cabeza aplanada con un solo ojo en el centro de la frente. Sus patas eran muy cortas, y mientras avanzaba por el terreno serpenteaba como un verdadero ofidio, mientras que en otras ocasiones lo hacía torpemente sobre sus cuatro patas. La estuvimos contemplando moviéndose por la orilla del río hasta que se zambulló en él y desapareció bajo la superficie.

—Un amiguito de extraño aspecto —comentó Jay—, y completamente desconocido.

—No estoy de acuerdo —le respondí—. No hemos visto nada que no nos resultara familiar en otras criaturas terrestres. Puede que fuera reensamblado tras un cambio de planes respecto a la creación de las criaturas de la Tierra; pero, aparte de eso, es una criatura familiar, incluso por lo que respecta a sus costumbres anfibias. ¿Y qué me dice de esos sapos voladores? No veo en ellos nada particularmente llamativo. En la Tierra existen criaturas tan extravagantes como esa, aunque no exactamente iguales. Y Marte también posee una fauna y una flora propias de sus características, y no obstante su existencia no sería en absoluto imposible sobre la Tierra; y también existen sobre su superficie formas humanas casi idénticas a nosotros mismos. ¿Ve a dónde quiero llegar?

—Sí, señor —replicó Jay—. Que puede que en el interior de la Luna exista una forma de vida similar a la nuestra.

—No veo motivos para que nos sintamos sorprendidos en caso de que encontremos seres humanos en este lugar —le dije—, y tampoco nos debería sorprender el encontrar una criatura inteligente que presentara una forma totalmente divergente. No obstante, sí me sorprendería no encontrar una forma de vida análoga a la raza humana de la Tierra.

—¿Se refiere a una raza dominante con facultades mentales bien desarrolladas? —me preguntó Norton.

—Sí, y precisamente es por esta posibilidad por la que debemos descansar y mantenernos en forma, ya que desconocemos la disposición de estas criaturas, suponiendo que existan, ni la recepción que podrían dispensarnos. Por tanto, señor Norton, si se hace con un recipiente y trae agua de esa corriente, permitiremos que el señor West haga su guardia y sus análisis y el resto descansaremos.

Norton regresó al interior y volvió con un recipiente de cristal en el que transportar agua mientras el resto de nosotros nos alineábamos en el pasamanos y cubríamos la zona con nuestros revólveres listos por si se producía una emergencia. Ninguno de nosotros había caminado más que unos pasos por cubierta desde que habíamos aterrizado. Sentí una extraña sensación de ligereza, pero a causa de las numerosas distracciones no le di importancia. Mientras Norton terminaba de bajar la escalerilla y posaba los pies sobre el suelo lunar le dije que se diera prisa.

Justo frente a él había un arbusto muy bajo a cuyas espaldas corría el río, a no más de treinta pies de distancia. En respuesta a mi premura, dio un salto para salvar el arbusto y, para nuestro asombro y mi propia consternación, se elevó a más de ocho pies de altura,

cruzó un espacio de unos treinta y cinco pies y cayó en el centro del río.

—¡Vamos! —llamé a los otros para que me siguieran en ayuda de Norton mientras saltaba sobre el pasamanos. Yo también me mostré excesivamente impetuoso.

Jamás llegué a tocar el pasamanos, sino que lo salvé por varios pies, crucé la franja de terreno y desaparecí bajo las heladas aguas del río lunar. Ignoro cuál era su profundidad, pero como poco me cubría la cabeza. Me encontré en medio de una corriente lenta pero de gran fuerza, cuyas aguas parecían moverse como el aceite denso se mueve bajo la gravedad terrestre.

Cuando salí a la superficie, vi a Norton nadando con poderosas brazadas hacia la orilla y un segundo más tarde Jay emergió no muy lejos de mí. Eché una rápida mirada a mi alrededor en busca de West, a quien descubrí inmediatamente sobre la cubierta de la *Barsoom*, donde, evidentemente, seguía cumpliendo con su deber, ya que era su turno de guardia.

Cuando comprobé que todos mis compañeros estaban a salvo no pude por menos que sonreír, mientras que Norton y Jay se reían a carcajadas, y aún nos reíamos cuando salimos del río a escasa distancia de la nave.

—¿Ha conseguido su muestra, señor Norton? —le pregunté.

—Todavía tengo el recipiente, señor —me respondió, y en verdad que no lo había soltado en ningún momento a lo largo de aquel incidente, al igual que habíamos hecho Jay y yo, afortunadamente, con nuestras armas. Norton destapó la botella y la introdujo en el agua. A continuación alzó la mirada y me sonrió.

—Creo que le hemos ahorrado el trabajo al señor West, señor —me dijo—. Parece agua de gran pureza, señor, y creo que cuando me sumergí en ella consumí algo más de un galón.

—Yo también he saboreado un poco —le respondí—. Por lo que a nosotros tres concierne, el análisis del señor West no nos valdrá de nada aunque descubra que el agua lunar está saturada de veneno, pero permitiremos que haga sus análisis por su propia seguridad.

—Me resulta muy curioso, señor —comentó Jay—, que ninguno pensáramos en los efectos naturales de la menor gravedad lunar. Hemos comentado este asunto en repetidas ocasiones, tal y como usted recordará; y no obstante, cuando se ha presentado la ocasión, ninguno lo ha tenido en cuenta.

—Me alegro por no haber intentado cruzar el río —añadió Norton—. Aún estaría en el aire, o quizá habría aterrizado en la cima de alguna montaña.

Mientras nos aproximábamos a la nave, vi que West nos aguardaba con su gesto más compuesto y digno; pero cuando vio que los tres estábamos riendo se nos unió, y una vez que hubimos subido a la cubierta nos contó que jamás en su vida había presenciado un espectáculo más llamativo y absurdo.

Descendimos detrás de él y tras cerrar y bloquear la escotilla, los tres nos encaminamos a nuestras literas mientras que West, con su muestra de agua lunar, se dirigía al laboratorio. Yo estaba muy cansado, y dormí profundamente durante unas diez horas seguidas, pues cuando desperté nos encontrábamos a mitad de la guardia de Norton.

La única entrada importante en el cuaderno de bitácora desde mi despertar fue el informe analítico de West del agua lunar, que mostraba que no era completamente potable, aunque era bastante pura y su contenido salino era extremadamente bajo.

Llevaba en pie no más de media hora cuando West vino a mi encuentro para informarme que Orthis pedía permiso para hablar conmigo. Veinticuatro horas antes habría

estado absolutamente dispuesto a arrastrar a Orthis frente a una corte marcial y a ejecutarlo posteriormente, pero aquello había sido cuando había tenido el absoluto convencimiento de nuestra condena a muerte por su culpa. Sin embargo, ahora, con un lugar habitable bajo nuestros pies y unas condiciones ambientales casi idénticas a las terrestres, nuestro futuro parecía menos sombrío y yo me vi en el dilema de qué decisión tomar respecto al castigo de Orthis. Que era merecedor de la pena de muerte estaba fuera de toda discusión, pero cuando un hombre se ha enfrentado a la muerte cierta y ha conseguido escapar de su abrazo, al menos momentáneamente, soy de la opinión de que debe contemplar la vida como algo sagrado y debe ser menos proclive a negarle la vida a los demás. Sea como fuere, el hecho es que ordené que trajeran ante mi presencia a Orthis y lo recibí en un estado menos inflexible e intransigente, en lo que a hacer justicia se refiere, que veinticuatro horas antes. Cuando penetró en mi camarote y quedó en pie frente a mí le pregunté por su motivo para verme. Él estaba completamente sobrio y se comportaba con una dignidad no carente de cierta humildad.

—Ignoro todo lo que ha sucedido desde que me mandase encadenar, ya que ha dado órdenes precisas de que no se me dirija la palabra ni se respondan mis preguntas. Sin embargo, sé evidentemente que la nave ha tomado tierra y que por sus conductos circula aire fresco, también he oído cómo abrían la escotilla y cómo caminaban sobre la cubierta superior. Debido al tiempo transcurrido desde que me puso bajo arresto, sé que solo hemos tenido tiempo de aterrizar sobre un mundo: la Luna, y por tanto he de deducir que hemos tomado tierra sobre ella. He dispuesto de una considerable cantidad de tiempo para reflexionar sobre mis actos. Evidentemente, de nada valdrá alegar que estaba bajo los efectos de una intoxicación etílica, y sin embargo es la única excusa que puedo presentar. Le ruego, señor, que acepte mis más sinceras disculpas por los hechos imperdonables que he llevado a cabo, y que me permita vivir y corregir todos mis errores, pues si en verdad estamos sobre la superficie de la Luna, no podremos permitirnos el lujo de prescindir de un solo miembro de nuestra pequeña tripulación. Señor, me someto a su clemencia, pero me permito rogarle que me dé otra oportunidad.

Consciente de mi antipatía natural hacia aquel hombre y con el sincero deseo de que mis sentimientos no influyeran en mi juicio, permití que sus ruegos afectaran mi buen juicio con el resultado de que le prometí que estudiaría su caso detenidamente, comentarlo con el resto de la tripulación y tener muy en cuenta sus decisiones. Ordené que lo devolvieran a su camarote y a continuación mandé llamar a los demás. Haciendo uso de toda mi memoria repetí fielmente cada palabra dicha por Orthis en su petición de clemencia.

—Y ahora, caballeros —les dije—. Me gustaría escuchar sus opiniones al respecto. Este momento es tan bueno como cualquier otro, dadas las circunstancias actuales en las que nos encontramos, y estoy dispuesto a someterme a la decisión de la mayoría hasta donde me sea posible. Sea cual sea mi decisión final, la responsabilidad será mía por completo; no tengo la intención de compartir semejante carga, y puede que en general dé órdenes que se opongan a los deseos de la mayoría, pero en este caso que nos ocupa estoy dispuesto a someterme al voto de la mayoría debido al antagonismo que ha existido entre el capitán de corbeta Orthis y yo desde nuestra juventud.

Sabía que a ninguno de aquellos hombres les gustaba Orthis, aunque también era consciente de que estudiarían aquel asunto con un espíritu de justicia fortalecido por su propia misericordia, y así no me sentí sorprendido cuando uno detrás de otro me aseguraron que se sentirían muy contentos si se le daba a aquel hombre una oportunidad más.

Volví a ordenar que trajeran a Orthis ante mi presencia y, tras explicarle que si me daba su palabra de no cometer ningún acto desleal a partir de ese momento lo pondría en libertad condicional y que su destino dependería exclusivamente de su conducta, ordené que le quitaran las esposas y le pedí que regresara a sus obligaciones. Se mostró extremadamente agradecido y me aseguró que jamás haría nada por lo que me retractara de mi decisión. ¡Hubiera querido Dios que, en lugar de liberarlo, hubiera desenfundado mi revólver y le hubiera descerrajado un disparo en el corazón!

Por aquel entonces ya estábamos muy descansados, y emprendí la tarea de explorar los alrededores de la nave, saliendo de reconocimiento unas pocas horas cada día y siempre acompañado por un compañero mientras que los otros tres permanecían en la nave. Al principio no me atreví a distanciarme de la nave y me mantuve dentro de un área de cinco millas entre el cráter y el río. Ambas orillas del río, más abajo de donde habíamos tomado tierra, estaban cubiertas por un espeso y amplio bosque. Nos aventuramos en él en varias ocasiones y en una ocasión, justo en el momento en el que regresábamos a la nave, dimos con un sendero que debía ser muy transitado dada su profundidad y en cuyo polvo pudimos distinguir unas huellas de tres dedos. Todos los días, antes de salir de exploración, establecía el tiempo de mi ausencia de la nave y daba instrucciones concisas a dos de los restantes tripulantes para que salieran en mi búsqueda y la de mi acompañante en caso de que nos ausentáramos durante un número dado de horas. Por tanto, no me fue posible seguir aquel sendero el día que lo encontré ya que prácticamente habíamos consumido todo el tiempo del que disponíamos en examinar aquellas huellas y debíamos regresar a la nave si queríamos llegar a tiempo.

Sucedió que Norton me acompañaba aquel día y, a su manera lacónica, estaba muy excitado por nuestro descubrimiento. Ambos estábamos convencidos de que aquellas huellas las había dejado un animal cuadrúpedo, algo con un peso aproximado de doscientas cincuenta o trescientas libras. No éramos capaces de estimar cuándo habían sido hechas, pero el propio sendero parecía muy antiguo. Lamenté que no dispusiéramos de tiempo suficiente para seguir al animal autor de aquellas huellas, pero tomé la determinación de hacerlo al día siguiente. Llegamos a la nave y contamos a los demás nuestro descubrimiento.

Se mostraron muy interesados, y sus conjeturas respecto al animal que había dejado aquellas huellas fueron tantas como variadas.

Tras la liberación de Orthis, Norton me pidió autorización para regresar a su antiguo camarote. Autoricé su solicitud y, a partir de ese momento, ambos pasaban cada vez más tiempo juntos. No podía entender la aparente amistad que Norton sentía hacia Orthis y casi me hizo dudar del joven alférez. Llegaría el momento en que entendiera el secreto de aquella amistad, pero he de confesar que en aquellos momentos me sorprendía e irritaba considerablemente, pues entre Norton y yo se habían creado fuertes lazos y me molestaba sobremanera verle con tanta frecuencia en compañía de un hombre con un carácter como el de Orthis.

Llegó un momento en que todos los miembros de la tripulación me habían acompañado en mis breves exploraciones a excepción de Orthis. Su puesta en libertad lo había reinsertado, al menos en teoría, de tal manera entre nosotros que yo no podía discriminarlo y hacer de él el único tripulante que no abandonara la nave mientras yo continuaba mis investigaciones a su alrededor.

El día siguiente a nuestro descubrimiento del sendero, le invité como es debido a que me acompañara; así que salimos temprano, cada uno armado con un revólver y un rifle.

Informé a West de nuestra salida y de que esta podría prolongarse más de lo normal, por lo que el mando pasó automáticamente a él durante mi ausencia, también le ordené que no se dejara llevar por la preocupación y que no enviara a nadie a buscarnos a menos que nos demoráramos más de veinticuatro horas, ya que yo deseaba seguirle la pista a aquel animal, descubrir a dónde conducía el sendero y echarle un vistazo al ser que lo había hecho.

Nos dirigimos directamente al lugar en el que había descubierto el sendero, a unas cuatro millas río abajo de la nave y aparentemente en el mismo centro del espeso bosque.

Los sapos voladores saltaban de un árbol a otro por encima de nuestras cabezas mientras lanzaban sus extraños y lastimeros gritos. En varias ocasiones, como ya nos había sucedido con anterioridad, vimos serpientes de cuatro patas parecidas a la que habíamos visto el día de nuestra llegada. Ni los sapos ni las serpientes nos molestaron; por el contrario, parecían evitarnos.

Poco antes de localizar el sendero, tanto Orthis como yo creímos escuchar sonidos de pasos por delante de nosotros (un sonido semejante al galope de un animal) y alcanzamos el sendero justo en el momento en que el polvo levantado volvía a asentarse lentamente sobre la vegetación circundante. Por consiguiente, algo había pasado por el sendero un minuto o dos antes de nuestra llegada. Un breve examen de las huellas nos reveló el hecho de que el animal que había pasado por allí poseía tres dedos, que se dirigía hacia nuestra derecha y en dirección al río, que en aquel punto se encontraba a media milla de distancia.

No pude evitar sentirme interiormente excitado y lamenté que los demás no se encontraran presentes, pues no llegaba a sentirme completamente tranquilo en compañía de Orthis. Yo había practicado en varias ocasiones la caza en los diferentes lugares del mundo en los que aún existen ciervos en libertad, pero nunca antes había sentido la emoción que me embargó en el momento en que comencé a seguir las huellas de aquella bestia desconocida a través de un sendero desconocido en un mundo igualmente desconocido. Ignoraba por completo adónde me llevaría aquella senda, o qué encontraría al final de la misma, y aquel aliciente para mí era irresistible. El hecho de que me rodearan casi nueve millones cuadrados de millas para explorar, y que jamás un terrestre hubiera posado su pie sobre una sola pulgada de aquel suelo me ayudó grandemente a compensar la certeza de que jamás regresaría a mi hogar.

El sendero nos condujo hasta la orilla del río, que en aquel punto adquiría una gran anchura, pero poca profundidad. En la orilla opuesta pude ver cómo se reanudaba el sendero directamente frente a nosotros, por lo que deduje que aquello era un vado. Penetré en el río sin dudarle, y mientras lo hacía eché un vistazo a mi izquierda, donde la vasta extensión de agua se estrechaba por efecto de la distancia hasta perderse de vista. Había dado con la desembocadura del río y, más allá, con el mar lunar.

El terreno firme al otro lado del río era ondulado y estaba cubierto de hierba pero, hasta donde me alcanzaba la vista, carecía de árboles. Mientras desviaba la mirada del mar hacia la orilla opuesta, vi algo que hizo que me detuviera, alzara mi fusil y le hiciera un gesto de silencio a Orthis, pues frente a nosotros, sobre la cima de una pequeña loma, se encontraba un pequeño animal semejante a un caballo.

Iba a ser un disparo a larga distancia, posiblemente unas quinientas yardas, y habría preferido acercarme un poco más, pero eso no era posible, ya que nos encontrábamos en el centro del río a plena vista de aquel animal, que permanecía muy quieto y mirándonos atentamente. No obstante, apenas me había llevado el fusil a la cara, aquel ser dio media vuelta y desapareció tras la cima de la loma sobre la que había estado observándonos.

—¿Qué crees que era, Orthis? —pregunté a mi compañero.

—Estaba muy lejos —repuso— y apenas logré enfocararlo con mis prismáticos justo cuando desaparecía, pero juraría que llevaba puesto algún tipo de correa. Diría que tenía el tamaño de un poni pequeño, pero no tenía su cabeza.

—A mí me ha parecido que carecía de cola —añadí.

—Yo tampoco he visto una cola —confirmó Orthis—, ni orejas ni cuernos. Era algo endemoniadamente difícil de interpretar. No consigo entenderlo. —Hizo una pausa—. Dios mío, ese ser tenía algo de humano.

—A mí también me ha dado esa impresión, Orthis, y dudo que hubiera sido capaz de abrir fuego, pues justo cuando lo tenía enfocado he sentido la misma sensación de la que me estás hablando. Ese ser tenía algo de humano.

Cruzamos el vado mientras charlábamos, y este resultó ser un camino excelente, pues el agua nos llegaba apenas a las caderas y la corriente resultaba casi inapreciable. Finalmente llegamos a la otra orilla, y un instante después volvimos a ver, esta vez a nuestra izquierda, a la extraña criatura. Se encontraba sobre otra loma distante, y estaba claro que nos vigilaba.

Orthis y yo nos llevamos los prismáticos a los ojos casi simultáneamente y pudimos examinar a aquel ser durante un minuto completo, sin decir palabra hasta que bajamos los binoculares y nos miramos el uno al otro.

—¿Qué opinas al respecto? —me preguntó.

Meneé la cabeza.

—No sé qué pensar, Orthis —respondí—; pero habría jurado que estaba mirando directamente a un rostro humano, aunque, sin embargo, el resto del cuerpo correspondía a un cuadrúpedo.

—De eso no me cabe ninguna duda —replicó Orthis—, y esta vez he podido ver claramente el correa y la ropa. Creo que llevaba un arma colgando del costado izquierdo. ¿Te fijaste?

—Sí, pero no consigo entender el por qué.

Estuvimos contemplando la criatura durante un rato más, hasta que giró, se alejó galopando y desapareció tras la loma sobre la que había estado. Decidimos seguir el sendero, que continuaba hacia el sur, sintiéndonos razonablemente seguros de que tendríamos mayores oportunidades de volver a encontrarnos con aquella criatura, o con otra similar, si nos manteníamos más en el sendero que fuera de él.

No habíamos llegado muy lejos cuando el sendero volvió a torcer hacia el río, cosa que me extrañó en aquel momento, ya que en apariencia habíamos estado alejándonos del río desde que salimos del vado, aunque tras recorrer aproximadamente una milla y media dimos con la explicación, ya que fuimos a parar a otro vado desde el que pudimos contemplar el río vertiéndole en el mar y entonces nos dimos cuenta de que habíamos cruzado una isla situada en la boca del río.

Estaba dudando si cruzar el vado y continuar el camino que nos marcaba el sendero o si retroceder y explorar la isla en busca de la extraña criatura que habíamos descubierto. Guardaba la esperanza de poder capturarla, pero como finalmente yo había decidido que poseía un rostro humano, había dejado a un lado cualquier intención de dispararle a menos que fuera imprescindible como último recurso para mi propia defensa. Mientras permanecía allí en pie, indeciso, nuestra atención se vio atraída de regreso a la isla por un suave sonido, y mientras mirábamos en su dirección, vimos a cinco criaturas que nos observaban atentamente desde un altozano a un cuarto de milla de distancia.

Cuando se dieron cuenta de que habían sido descubiertas, iniciaron un garboso trote hacia nosotros. Se encontraban a muy corta distancia cuando volvieron a detenerse, esta vez sobre una loma, y uno de ellos alzó el rostro hacia el cielo y emitió una serie de agudos aullidos. A continuación volvieron a iniciar la marcha hacia nosotros, y ya no se detuvieron hasta que no estuvieron a cincuenta pies de distancia, donde lo hicieron bruscamente.

IV Capturados

La primera visión que tuvimos de aquellas criaturas demostró más allá de cualquier duda razonable que se trataba de humanos cuadrúpedos. Sus rostros eran anchos, mucho más anchos que cualquier rostro humano que hubiéramos visto anteriormente, pero sus perfiles recordaban a los de los antiguos nativos norteamericanos. Tenían el cuerpo cubierto con una prenda de perneras cortas que les llegaban hasta las rodillas y que estaba adornada en el cuello y en los bajos de las perneras con un imaginativo diseño geométrico. El extremo anterior del cuerpo estaba rodeado por una sobrecincha que estaba abrochada, sobre el lomo, a una pieza de cuero semejante a las baticolas de los arneses de las caballerías. El lugar en el que se entrecruzaban las correas de cuero estaba adornado por un pequeño disco labrado desde el que partía una nueva correa a modo de tirante que se ajustaba al cuello y pasaba bajo un nuevo disco, este más grande, que parecía sujeto a la sobrecincha. De dos pequeñas cinchas que partían de los dos ornamentos del lado izquierdo colgaba una funda que contenía lo que parecía ser un cuchillo. Del costado derecho colgaba un carcaj conteniendo una lanza sujeto por dos cinchas parecidas a las anteriores y que se asemejaba enormemente al estuche de la carabina de nuestra antigua caballería. La lanza, que mediría unos seis pies de largo, poseía un diseño muy peculiar: estaba rematada por una punta estilizada y bien torneada desde cuya base arrancaba una hoja en forma de media luna curvada hacia atrás, mientras que en el lado opuesto la media luna formaba una punta más pequeña y dispuesta en ángulo recto respecto al eje del arma.

Durante unos instantes estuvimos observándonos los unos a los otros, y por su aspecto juzgué que estaban tan interesados en nosotros como nosotros en ellos. Me di cuenta de que miraban más allá de nosotros, a través del río y hacia tierra firme. Entonces me giré para mirar en la misma dirección y más allá del bosquecillo distinguí una nube de polvo que parecía moverse velozmente en nuestra dirección. Llamé la atención de Orthis sobre este fenómeno.

—Refuerzos —le dije—. Es lo que pedía ese amigo cuando comenzó a gritar. Mi opinión es que tomemos una decisión mientras tengamos a estos cinco en frente y antes de que lleguen más. Nos mostraremos primero amistosos, pero si fracasamos lucharemos para abrirnos paso hasta la nave.

De acuerdo con el plan, me acerqué un paso hacia los cinco extraños con una sonrisa y una mano extendida. No se me ocurría otra forma de transmitirles mi deseo de amistad. Al mismo tiempo dije unas palabras en inglés, en un tono conciliatorio y tranquilo. Aunque sabía que mis palabras carecerían de sentido para ellos, mantuve las esperanzas de que interpretarían correctamente mis intenciones.

Ante mi avance, una de aquellas criaturas se giró y habló, cosa que nos indicó por primera vez que aquellas criaturas poseían un lenguaje hablado. A continuación volvió a girarse y se dirigió a mí en un idioma que, evidentemente, me resultaba por completo incomprensible; no obstante, si él había malinterpretado mi acción, yo interpreté perfectamente bien la que acompañó con sus palabras, pues se alzó sobre sus cuartos traseros y simultáneamente extrajo su lanza y una espada corta o daga de aspecto cruel. Sus compañeros lo imitaron hasta que me encontré frente a un orden de batalla compuesto por armas blancas y rostros ceñudos y malignos. Su líder dijo una sola palabra que yo interpreté como una orden para detenerme, y así lo hice.

Señalé a Orthis y a mí mismo, y a continuación el sendero por el que habíamos llegado, y seguidamente señalé hacia la nave. Estaba intentando darles a entender que tan solo deseábamos regresar por donde habíamos venido. Finalmente, me dirigí a Orthis:

—Saca tu arma —le dije— y sígueme. Si oponen resistencia tendremos que abrir fuego. Debemos salir de aquí antes que lleguen los demás.

En el momento en el que nos volvimos para retomar nuestro camino, los cinco se dejaron caer sobre sus patas delanteras sin soltar las armas que sostenían en las manos y galoparon rápidamente hasta una posición que nos impediría continuar con nuestro regreso.

—¡Apartaos! —ordené mientras abría fuego con mi pistola por encima de sus cabezas.

A juzgar por su reacción, jamás anteriormente habían escuchado el disparo de un arma de fuego, pues se quedaron momentáneamente paralizados a causa de la sorpresa y, a continuación, volvieron grupas y se alejaron al galope un centenar de yardas, donde se giraron y se detuvieron, vigilándonos. Aún bloqueaban nuestro paso, por lo que Orthis y yo avanzamos cautelosamente hacia ellos. Hablaban entre ellos sin quitarnos la vista de encima.

Cuando llegamos a pocas yardas de ellos, volví a amenazarlos con una pistola, pero ellos se mantuvieron firmes, convencidos evidentemente del hecho de que aquella cosa que yo sostenía en la mano, aunque resultaba muy ruidosa, no causaba daño alguno. Yo no quería disparar contra ninguno de ellos si era posible evitarlo, así que continué avanzando con la esperanza de que se apartaran para permitirnos pasar; muy al contrario, volvieron a alzarse sobre sus patas traseras y nos amenazaron con sus armas.

Evidentemente, yo era incapaz de determinar en aquel momento cuán formidables eran sus armas; pero imaginé que, si eran guerreros bien entrenados, aquellas lanzas debían ser armas impresionantes. Al poco me encontré muy cerca de ellos y su actitud se volvió aún más hostil, convenciéndome inicialmente de que no nos permitirían pasar de forma pacífica.

Sus rasgos, que ahora pude distinguir claramente, eran duros, feroces y crueles en extremo.

Parecía que su líder se dirigía a mí aunque, evidentemente, fui incapaz de entenderle; pero cuando, finalmente, alzado sobre sus hendidas pezuñas traseras, sobre las que parecía sentirse tan cómodo como yo sobre mis dos pies, echó hacia atrás su lanza en un movimiento particularmente amenazador, entendí que debía actuar con presteza.

Disparé cuando tuve el convencimiento de que el sujeto que me apuntaba con su lanza estaba a punto de arrojármela. Se derrumbó sin emitir sonido alguno, como un árbol abatido, cuando la bala le alcanzó exactamente entre los ojos. Al instante, sus compañeros giraron grupas y huyeron al galope, esta vez a una velocidad vertiginosa que les hacía cubrir un centenar de pasos con cada tranco incluso entorpecidos como debían sentirse a causa de las armas que sostenían entre las manos.

Eché una mirada por encima del hombro y pude ver una nube de polvo que se aproximaba rápidamente al río desde el interior. Llamé a Orthis para que me siguiera y corrimos a lo largo del sendero que nos conduciría de vuelta a la nave.

Las cuatro criaturas lunares se retiraron hasta una distancia de media milla y finalmente se detuvieron. Aún se encontraban ocupando nuestra vía de retirada, y allí permanecieron, evidentemente discutiendo un plan. Nosotros nos aproximábamos rápidamente, pues habíamos descubierto que también nosotros éramos capaces de desarrollar altas velocidades al vernos sometidos a una gravedad que tan solo era un sexto

de la terrestre. Salvar cuarenta pies de un salto era apenas nada; nuestra mayor dificultad residía en que tendíamos a dar saltos demasiado elevados que daban como resultado que reducíamos la distancia horizontal recorrida. Cuando nos aproximábamos a los cuatro, que habían tomado posiciones sobre la cima de un montículo, escuché un ruidoso chapoteo en el río a nuestras espaldas, y al girarme vi que sus refuerzos estaban cruzando el vado y que pronto caerían sobre nosotros. Parecía un grupo compuesto por un centenar de sujetos, y nuestra causa tenía todos los visos de estar perdida a menos que consiguiéramos pasar a través de los cuatro que nos esperaban y alcanzar la relativa seguridad del bosque que se extendía más allá del primer vado.

—Prepárate para abrir fuego, Orthis —le dije—. Dispara a matar. Derriba a los dos de la izquierda, y yo me ocuparé de los de la derecha. Será mejor que nos detengamos y apuntemos con cuidado; no podemos permitirnos desperdiciar munición.

Llegamos a una colina que se encontraba a unas veinticinco yardas de la criatura más cercana, lo que supone un disparo bastante largo para una pistola; pero se encontraban completamente inmóviles sobre el montículo y sus grandes siluetas estaban claramente recortadas contra el cielo, así que suponían un blanco excelente. Disparamos al unísono. La criatura de la izquierda a la que había apuntado Orthis dio un salto en el aire y se derrumbó en el suelo, donde quedó pataleando convulsamente. La de la derecha emitió un agudo chillido, se llevó las manos al pecho, y cayó muerta. A continuación Orthis y yo disparamos contra las dos restantes, mientras a nuestras espaldas aumentaban de volumen los extraños gritos y el ruido de los cascos al galope. Las dos criaturas que teníamos enfrente no se retiraron esta vez, sino que avanzaron a nuestro encuentro, por lo que nos detuvimos y volvimos a disparar. Esta vez estaban tan cerca que nos fue imposible errar el tiro, y un instante después nuestros últimos enemigos lunares originales yacían muertos en el suelo.

Entonces salimos corriendo como ser humano alguno había corrido jamás. Sé que recorríamos más de cincuenta pies con cada zancada, pero comparado con las criaturas que nos perseguían, muy bien podríamos habernos quedado parados. Volaban sobre el césped de color lavanda y, por lo que entendí en aquel momento, aquellos que nos habían descubierto en primer lugar no habían tenido ninguna intención de escapar a nuestros disparos. Me aventuraré a afirmar que algunos de nuestros perseguidores daban saltos que alcanzaban los trescientos pies de longitud y por cada salto que daban lanzaban fieros y terribles aullidos, que asumí debía tratarse de un grito de guerra dirigido a intimidarnos.

—Es inútil, Orthis —le dije a mi compañero—. Igualmente podríamos quedarnos aquí y entablar combate. No podremos llegar al vado. Son demasiado veloces para nosotros.

Poco después nos detuvimos y les hicimos frente, y cuando descubrieron que nuestra intención era mantenernos firmes, nos rodearon por completo y se detuvieron a un centenar de yardas de distancia. Ya habíamos matado a cinco de sus compañeros y era consciente de que no nos darían cuartel. Evidentemente, nos enfrentábamos a unas criaturas fieras y belicosas cuyo aspecto no ofrecía la más mínima señal de esa bondad tan reverenciada por la humanidad que habita la Tierra. Tras contemplar durante un buen rato a uno de ellos me sentí incapaz de imaginar que aquella criatura pudiera conocer mínimamente el concepto de la palabra piedad, y supe que si éramos capaces de escapar de aquel cordón de enemigos, no se debería más que a que nos habríamos abierto camino luchando.

—Vamos —dije a Orthis—, directos hacia el vado.

Me giré en aquella dirección y comencé a avanzar lentamente por el sendero

mientras abría fuego incesantemente con mi pistola. Orthis estaba a mi lado, y disparaba con la misma velocidad que yo. Cada vez que nuestras armas hablaban, un hombre de la Luna caía. Poco después comenzaron a acosarnos en círculos, tal y como los indios de las llanuras del Oeste hacían con las carretas de nuestros antiquísimos antepasados de Norteamérica. Nos arrojaron sus jabalinas, pero creo que el estampido de nuestros revólveres y el efecto de los disparos los habían puesto un tanto nerviosos, ya que su puntería era pobre y en ningún momento nos sentimos seriamente amenazados.

Mientras avanzábamos lentamente, disparando, hicimos muchos blancos, pero me sentí horrorizado al ver que cada vez que caía una de aquellas criaturas, sus compañeros inmediatos le saltaban encima y le cortaban el cuello de oreja a oreja. A algunos de ellos les bastaba con caer al suelo para que sus compañeros se lanzaran sobre él. Un disparo de Orthis destrozó una de las patas traseras de uno de los guerreros, que cayó al suelo. Evidentemente no se trataba de una herida mortal, pero apenas la criatura había golpeado el suelo cuando su compañero más cercano se aproximó a él a toda prisa y lo ejecutó. Y así avanzamos lentamente hacia el vado, y yo comencé a alimentar la esperanza de que conseguiríamos llegar a él y podríamos escapar. Si nuestros antagonistas hubieran sido un poco menos temerarios, yo habría estado seguro de ello, pero parecían indiferentes ante el peligro, evidentemente confiados en que su velocidad los haría inmunes a nuestras balas. Puedo asegurarle que eran un blanco de lo más difícil, ya que se movían a grandes saltos y brincos. Creo que nuestros aciertos se debían más a su elevado número que a nuestra puntería.

Casi habíamos llegado al vado cuando rompieron súbitamente el círculo y formaron una línea paralela a nosotros con su líder agitando una lanza, sujeta por un extremo, sobre su cabeza. El arma giraba a gran velocidad en un plano casi horizontal. Me preguntaba por el propósito de tal acción, cuando advertí que tres o cuatro guerreros que se encontraban a sus espaldas habían comenzado a mover sus lanzas de igual manera. Aquel movimiento me resultaba extrañamente amenazador y me llenó de alarma. Disparé contra el líder pero fallé, y al sonido del disparo media docena de nuestros enemigos soltaron sus lanzas, que ya giraban velozmente; un instante después me di cuenta del propósito de aquella extraña maniobra: aquellas pesadas armas se aproximaron a nosotros a gran velocidad, primero con el regatón por delante y luego, girando con la velocidad de un rayo con la hoja en forma de media luna, que se nos enganchó en una pierna, un brazo o el cuello, y nos arrojó de espaldas al suelo. Cada vez que intentábamos levantarnos volvían a alcanzarnos hasta que acabamos allí tirados, heridos y medio inconscientes y a completa merced de nuestros antagonistas que se nos acercaron al galope y nos arrebataron las armas. Aquellos que nos habían arrojado sus armas las recuperaron y se unieron al resto, a nuestro alrededor, examinándonos y parlotando entre ellos.

Poco después, el líder me habló mientras me pinchaba con la aguzada punta de su lanza.

Interpreté que quería que me levantara, así que lo intenté, pero estaba demasiado débil y caía al suelo cada vez que lo intentaba. Entonces se dirigió a dos de sus seguidores que me alzaron en vilo y me arrojaron sobre la grupa de un tercero. Allí me ataron con tiras de cuero crudo que obtuvieron de los correajes de varias criaturas, en la posición más incómoda posible. Orthis fue atado de manera parecida a la grupa de otro de ellos y, posteriormente, comenzamos una marcha lenta de regreso a la dirección por la que habían llegado, deteniéndonos para recoger los cadáveres de sus caídos, que ataron a los de otros guerreros. La criatura sobre la que yo iba atado poseía diferentes maneras de caminar, una

de las cuales, un trote corto, resultó ser el súmmum de la tortura para mí pues, aparte de estar magullado y lleno de cortes, me encontraba tumbado boca abajo a través de su grupa; no obstante, este paso también debía ser enormemente fatigoso para mi montura, que debía cargar con todo mi peso, de manera que apenas lo adoptaba para mi enorme agradecimiento. Cuando cambiaba a un paso largo, cosa que sucedía con bastante frecuencia, me sentía bastante más cómodo.

Estuve a punto de ahogarme cuando cruzamos el vado en dirección a tierra firme, ya que la cabeza se me hundía en el agua casi hasta los hombros y no pude por menos que alegrarme cuando alcanzamos la otra orilla. Parecía que yo no le importaba en absoluto al ser que me transportaba, ya que me hacía chocar contra sus otros compañeros y contra los cadáveres atados a sus grupas. Me parecía que se encontraba menos fatigado que los demás, y a veces recorríamos largas millas a paso rápido. Evidentemente, mi peso lunar equivalía tan solo a unas treinta libras terrestres, mientras que nuestros captores parecían pesar lo que físicamente aparentaban; pequeños y musculosos caballos que, tal y como pudimos comprobar más tarde, eran capaces de transportar enormes pesos.

Ignoro cuánto tiempo duró nuestra marcha, pues donde siempre es de día y no existe un Sol u otro medio de medir el tiempo, uno tan solo puede limitarse a suponer el paso del tiempo y el resultado puede verse influido considerablemente por las sensaciones físicas y mentales recibidas durante ese período. Siendo así, podríamos haber estado recorriendo nuestro camino durante horas, pues yo no solo me encontraba agotado físicamente, sino también mentalmente. Sea como sea, tan solo sé que fue un viaje terrible; que cruzamos dos ríos antes de llegar a tierra firme, y que finalmente llegamos a nuestro destino: un llano entre colinas bajas moteado por extraños árboles. Allí soltaron nuestras ataduras y nos arrojaron al suelo, más vivos que muertos, y nos vimos rodeados de inmediato por un enorme número de criaturas idénticas a aquellas que nos habían capturado.

Cuando finalmente pude sentarme y mirar a mi alrededor, vi que nos encontrábamos en el umbral de una aldea o un pueblo, formado por varias cabañas rectangulares de altos tejados puntiagudos hechos con un entramado o entablillado de las anchas hojas redondas de los árboles cercanos.

Por primera vez vimos a las hembras y a los ejemplares más jóvenes. Estos últimos eran similares a los machos, aunque eran de constitución menos robusta y mucho más numerosos.

Ellas poseían ubres, compuestas por entre cuatro y seis tetas, y a muchas las seguían sus numerosas progenies; tanto así que llegué a ver a una hembra muy joven seguida por una camada de seis crías. Los más jóvenes iban desnudos, pero las mujeres vestían unos corrajes parecidos a los de los machos, excepto que estos estaban menos ornamentados. Por la manera en que se aproximaron a nosotros las mujeres y los más jóvenes mientras nos descargaban en el campamento, juraría que nos habrían hecho pedazos si nuestros captores no lo hubiesen impedido. Evidentemente, se corrió la voz de que no debían herirnos, pues ante aquel primer impulso, se contentaron con examinarnos y, de vez en cuando, con palparnos a nosotros y nuestra ropa mientras no cesaban de parlotear; sin embargo, su comportamiento con aquellos que habían muerto fue muy diferente, pues cuando descubrieron los cadáveres en el lugar donde habían sido descargados, se arrojaron sobre ellos y comenzaron a devorarlos. Los guerreros se les unieron dando lugar a un festín terrible y cruel. Orthis y yo comprendimos al instante que los habían degollado para desangrarlos en previsión de aquella comida.

A medida que comenzábamos a entenderlos a ellos y las condiciones bajo las que

vivían, muchas interrogantes comenzaron a despejarse. Por ejemplo, dos tercios de los nacimientos son de varones, y aun así tan solo suponen un sexto de la población adulta, estando compuesta el resto por hembras. Son de naturaleza carnívora, pero a excepción de otra criatura a la que dan caza, no existe animal alguno en aquella zona del interior de la Luna con el que yo esté familiarizado con cuya carne puedan alimentarse con seguridad. El sapo volador y la serpiente andadora y el resto de los reptiles son venenosos y ningún ser se atreve a devorarlos. Más adelante me enteré que en otros tiempos, en otras eras, no obstante, sí fue posible, cuando la superficie interior de la Luna estaba poblada por muchas otras clases de animales; pero hacía eras que todos se habían extinguido a excepción de nuestros captores y otro tipo de criaturas de las que, en el momento de nuestra captura, lo ignorábamos todo. Estas dos razas se daban caza mutuamente, aunque la especie representada por aquellos en cuyas manos habíamos caído asaltaban a las tribus y los poblados de sus iguales en busca de comida y devoraban a sus muertos, tal y como habíamos presenciado. Como era a las mujeres a las que debían procurar alimentos animales, jamás las mataban si eran de su misma especie y jamás devoraban el cuerpo de una.

Cuando capturaban hembras enemigas de la misma especie las llevaban hasta el poblado y cada guerrero agregaba a su rebaño las que él había capturado. Como tan solo eran guerreros los varones, y como nadie osaba devorar la carne de las hembras, la mortalidad de los varones era, por consiguiente, extremadamente elevada en proporción al número infinitamente superior de hembras adultas. A ellas las trataban muy bien, ya que la posición de un varón en la comunidad dependía en gran medida del tamaño de su rebaño. La principal mortandad entre las hembras se debía a tres causas: incursiones de otras tribus caníbales que habitaban el interior lunar, problemas de celos en el interior del propio rebaño y fallecimiento durante el parto, especialmente durante las estaciones en las que los guerreros del poblado sufrían una derrota durante la batalla y eran incapaces de proporcionarles carne.

Estas criaturas se nutrían de frutas, hierbas y nueces con tanta frecuencia como de carne, aunque apenas les alimentaban. Por todo ello, su existencia dependía de la ferocidad y el valor de sus machos, que sacrificaban sus vidas en incursiones y asaltos contra las tribus vecinas y en defender su poblado contra los enemigos.

Cuando Orthis y yo nos sentamos para contemplar la sangrienta orgía de canibalismo que se estaba desarrollando a nuestro alrededor, el líder de la partida que nos había capturado vino hacia nosotros desde el centro del poblado y, diciendo una sola palabra, que más tarde aprendí que significaba «vamos», nos empujó con la punta de su lanza hasta que finalmente nos pusimos en pie. Repitió la palabra y comenzó a andar hacia el poblado.

—Creo que quiere que lo sigamos, Orthis —le dije.

Por consiguiente, comenzamos a seguir a la criatura, ya que evidentemente era lo que deseaba, pues al vernos asintió, y nos dirigimos en la dirección que seguía y que conducía a una enorme choza, con mucho, la más espaciosa del poblado.

La fachada de la choza que miraba hacia nosotros parecía tener tan solo una abertura; una gran puerta cubierta por una pesada colgadura que nuestro guía echó a un lado mientras pasábamos al interior en su compañía. Nos encontramos en una habitación grande carente de otras aberturas a excepción de la puerta, que volvía a estar cubierta por la colgadura, aunque el interior estaba iluminado por una luz no tan intensa como la del exterior y cuya fuente fuimos incapaces de averiguar. Las paredes estaban cubiertas de

armas, huesos y cráneos de criaturas similares a nuestros captores, aunque Orthis y yo descubrimos algunos cráneos mucho más estrechos que el resto y que, por su aspecto, podrían haber pertenecido a habitantes de la Tierra, aunque cuando lo comentamos más tarde llegamos a la conclusión de que se trataba de los cráneos de las hembras y los miembros más jóvenes de aquella especie cuyos rostros no son tan anchos como los de los machos adultos.

Descansando sobre un lecho de hierba colocado en el otro extremo de la habitación se encontraba un gran macho cuya piel poseía un tono lavanda mucho más intenso que el de los demás ejemplares que ya habíamos visto; tan intenso que era casi púrpura. Su rostro, aunque tremendamente desfigurado por las cicatrices, y sombrío y feroz en extremo, poseía inteligencia, y en el mismo instante en que miré en aquellos ojos, supe que estábamos en presencia del líder.

No estaba equivocado, pues aquel era el caudillo o el rey de la tribu a cuyas garras el destino nos había arrojado.

Ambos cruzaron unas cuantas palabras, y entonces el guerrero se levantó y se dirigió a nosotros. Nos examinó con ojo crítico, y nuestra ropa pareció atraerle enormemente. Intentó hacerse entender, evidentemente haciéndonos preguntas, y pareció muy disgustado cuando se le hizo claro que no podíamos entenderlo, ni él a nosotros, pues Orthis y yo hablamos en varias ocasiones señalándolo a él. El caudillo le dio varias instrucciones al sujeto que nos había conducido hasta allí, volvimos al exterior y nos condujeron a otra cabaña, en la que había un trozo de cadáver de una de las criaturas que habíamos matado antes de que nos apresaran. Sin embargo, yo me sentía incapaz de devorarlo, al igual que Orthis; y tras un rato de gestos y señales conseguimos hacerle entender que deseábamos otro tipo de alimento con el resultado de que, un poco más tarde, nos trajeron frutas y vegetales, mucho más apetitosas y, tal y como descubrimos más tarde, lo suficientemente nutritivas como para mantenernos bien alimentados y en plenas facultades físicas. Sentí sed y, simulando beber, conseguí finalmente hacerles entender sin ningún género de dudas que aquel era mi deseo, con lo que conseguí que nos condujeran hasta una pequeña corriente que atravesaba la aldea donde saciamos nuestra sed.

Aún nos sentíamos muy débiles y entumecidos por el trato que habíamos recibido, pero nos sentíamos felices por no estar seriamente heridos y por no sufrir ninguna rotura.

V

A salvo de la tormenta

Poco después de llegar al poblado nos arrebataron los relojes, las navajas y todo lo que poseíamos de naturaleza similar y que ellos consideraron curiosidades. El jefe llevaba el reloj de pulsera de Orthis en una de sus patas delanteras y el mío en la otra, pero como ignoraba cómo darles cuerda ni para qué servían, aquello no le benefició ni a él ni a nosotros. Sin embargo, el resultado fue que no pudimos medir el tiempo de forma alguna, e ignoro, incluso al día de hoy, cuánto tiempo permanecemos en aquel poblado. Comíamos cuando sentíamos hambre, dormíamos cuando nos sentíamos cansados. Siempre era de día, y nos parecía que siempre había partidas yendo y viniendo, de manera que nunca faltaban los suministros de carne fresca; también llegamos a aceptar nuestro destino respecto a ser devorados, pero el motivo por el que nos mantenían con vida cuando habíamos matado a tan gran número de guerreros se nos escapaba.

Debió ser al poco de nuestra llegada que intentaron enseñarnos su idioma. Asignaron a dos hembras para este cometido. Disfrutábamos de una libertad completa dentro de ciertos límites, bien señalados por varios centinelas que nos vigilaban desde las cimas de las colinas que circundaban el pueblo. No podíamos sobrepasar aquellos límites, aunque no recuerdo que sintiéramos un deseo especial por hacerlo, ya que comprendíamos perfectamente que, aun en el caso de que consiguiéramos escapar de la aldea, no seríamos capaces de llegar hasta nuestra nave, especialmente porque ignorábamos por completo en qué dirección se encontraba.

Nuestra única esperanza residía en aprender su lenguaje y posteriormente en utilizar nuestros conocimientos para adquirir toda la información posible sobre el territorio que nos rodeaba y la localización de la *Barsoom*.

No me dio la impresión de que nos costara mucho aprender su idioma aunque, evidentemente, soy consciente de que en realidad debieron pasar meses. Casi antes de darnos cuenta, ya éramos capaces de mantener una conversación fluida con nuestros captores. Quizá exagero un tanto cuando digo fluida, pues aunque podíamos entenderlos perfectamente, nosotros nos hacíamos entender no sin cierta dificultad, aunque lo conseguíamos en gran medida, debido a que aquel se trataba del idioma más extraño que nunca haya conocido.

Era un idioma muy difícil de pronunciar, y como lengua escrita resultaba prácticamente imposible transcribirla. Por ejemplo, la palabra *gu-e-ho*, poseía, según descubrimos Orthis y yo, veintisiete significados diferentes e independientes y otros de los que aún guardo mis dudas. Su fonética podía describirse más bien como un canto en el que el significado de cada sílaba venía dado por la nota con la que se emitía. Hablaban con cuatro notas, que podríamos describir como la, si, do y mi. *Gu* emitida en *la* poseía un concepto radicalmente diferente que *gu* emitida en *mi*, y de nuevo si emitíamos *gu* en *la* seguida inmediatamente por *e* en sol menor. También poseía un significado diferente si la hubiéramos pronunciado en re menor seguida por *e* en la mayor.

Afortunadamente para nosotros, no existían palabras que excedieran las tres sílabas, y la mayoría de ellas eran bisílabos o monosílabos, de lo contrario habríamos estado perdidos. Sin embargo, el idioma resultante era extremadamente bello, y Orthis solía decirme que, si cerrábamos los ojos, podía imaginarse a sí mismo viviendo en una gran ópera sin fin.

Según nos enteramos, el nombre del caudillo era Ga-va-go; el nombre de su tribu o aldea era No-van; mientras que la raza a la que pertenecían se denominaba Va-gas.

Cuando tuve la certeza de que manejaba el idioma lo suficientemente bien como para hacerme entender, al menos parcialmente, pedí hablar con Ga-va-go, y poco después me llevaron ante su presencia.

—¿Has aprendido nuestra lengua? —me preguntó.

Asentí en respuesta.

—Así es —le dije—, y he venido para preguntarte por qué nos mantienes cautivos y qué pretendes hacer con nosotros. No buscábamos tener problemas con vosotros. Tan solo queremos ser vuestros amigos y que se nos permita continuar nuestro camino en paz.

—¿Qué tipo criaturas sois —me interrogó— y de dónde venís?

Le pregunté si había oído hablar alguna vez del Sol y las estrellas o de otros planetas o de otros mundos aparte de aquel, y me respondió que jamás y que tales cosas no existían.

—Pues existen, Ga-va-go —le dije—, y mi compañero y yo venimos de otro mundo, muy, muy lejos del vuestro. Un accidente nos trajo hasta este lugar. Devolvednos nuestras armas y permitidnos marchar.

Meneó la cabeza como negativa.

—¿De dónde venís os devoráis unos a otros? —me preguntó.

—No —repliqué—, jamás lo hacemos.

—¿Por qué? —me preguntó, y vi que sus ojos se estrechaban mientras esperaba mi respuesta.

La telepatía o la pura suerte pusieron la respuesta correcta en mis labios pues, de alguna manera, intuitivamente, aprehendí lo que aquella criatura tenía en mente.

—Nuestra carne es venenosa —le informé—, aquellos que la consumen mueren.

Me contempló durante un largo rato, con una expresión en el rostro que fui incapaz de interpretar. Pudiera ser que dudara de mis palabras, o una vez más pudiera ser que mi respuesta confirmara sus sospechas, lo ignoro; pero en aquel momento me hizo otra pregunta.

—¿Hay muchos como tú en el territorio en el que vives?

—Millones de millones —repliqué.

—¿Y qué comen?

—Comen frutas y vegetales y la carne de los animales —le respondí.

—¿Qué animales? —quiso saber.

—No he visto aquí animales semejantes a aquellos —le expliqué—, pero existen de muchas clases, de manera que no tenemos que comer de la carne de nuestros iguales.

—¿Entonces disponéis de toda la carne que queréis?

—Disponemos de toda la carne que queremos comer —respondí—. Criamos a esos animales por su carne.

—¿Dónde está tu territorio? —me interrogó—. Condúceme hasta él.

—No puedo conducirte hasta él —le dije sonriendo—. Se encuentra en otro mundo.

Resultaba evidente que no me creía, pues me miró con ferocidad.

—¿Deseas morir? —me preguntó.

Le respondí que no guardaba semejante deseo.

—En ese caso, me conducirás a tu territorio —me dijo—, donde hay mucha carne para todos. Puedes pensar en ello hasta que vuelva a llamarte.

Y así me despidió. A continuación, mando buscar a Orthis, pero jamás supe qué le

dijo Orthis exactamente, pues no me lo contó y nuestras relaciones, aún en cautiverio, estaban muy lejos de ser amistosas. Yo tampoco lo animé a intercambiar confidencias. No obstante, tuve ocasión de observar que por entonces Ga-va-go mostraba una clara preferencia por Orthis, y este siempre era invitado a su tienda.

Esperaba ser llamado de un momento a otro a presencia de Ga-va-go para enfrentarme a mi destino en cuanto descubriera que era incapaz de conducirlo hasta mi territorio, donde la carne era tan abundante. Pero por aquel entonces levantamos el campamento y, en la confusión del momento, Ga-va-go renunció evidentemente a llevar a cabo una acción inmediata respecto a mí o, al menos, así lo pensé entonces, hasta que sospechara que no necesitaba depender de mí para llegar hasta la tierra de la leche y la miel.

La de los Va-gas era una raza nómada que se mueve de un lado a otro sin cesar. Ya fuera porque un enemigo los amenazara o porque las demás tribus se sintieran demasiado amenazadas por su presencia, siempre están en marcha buscando nuevos territorios. En aquel momento nuestra marcha se vio impulsada por el hecho de que las tribus restantes habían huido ante la ferocidad de los No-vans, cuyos repetidos y exitosos ataques habían mermado las poblaciones vecinas y aterrorizado a sus habitantes.

La acción de levantar el campamento fue realmente simple. Sus pocas pertenencias, que consistían en alguna ropa extra, prisioneros, armas y el tesoro compuesto por los cráneos y los huesos de sus víctimas, fueron cargadas sobre los lomos de las hembras. Orthis y yo montamos cada uno a lomos de un guerrero asignado por Ga-va-go para que nos transportara y así abandonamos la aldea, dejando atrás las chozas.

Ga-va-go, junto con una docena de guerreros, galopaba en vanguardia. A continuación lo seguían un destacamento de guerreros con las mujeres tras ellos, otro destacamento de guerreros cubría la retaguardia de los niños y las mujeres, y finalmente otros dos cubrían los flancos.

Aproximadamente a una milla de nuestra retaguardia nos seguían tres guerreros, mientras que a una distancia semejante de nuestros flancos avanzaban otros dos o tres. Así avanzábamos, completamente protegidos contra cualquier sorpresa y regulando nuestra velocidad para mantener una distancia constante entre nuestro grupo y Ga-va-go.

Debido a las mujeres y los niños nos movíamos más lentamente de lo que lo suelen hacer los guerreros cuando viajan ellos solos, momentos en los que raramente lo hacen al trote ya que, por regla general, avanzan a galope rápido. Nos movíamos a lo largo de un sendero bien trazado, atravesando poblados desiertos de los que habían huido las presas de los No-vans. Vadeamos varios ríos, ya que en el mundo lunar abundan las corrientes de agua. Bordeamos algunos lagos y, al acceder a un terreno más elevado, pude ver, muy lejos a nuestra izquierda, las aguas de lo que me pareció un gran océano. En ningún momento nos vimos Orthis y yo faltos de abundantes alimentos, pues el territorio que cruzábamos abundaba en comida; sin embargo, los No-vans habían pasado varios días sin carne y, en consecuencia, el hambre los hacía enfurecer, ya que los vegetales y las frutas parecían no saciarlos.

Avanzábamos a un trote ligero cuando, sin previo aviso, nos alcanzó un viento frío y vivificante que debía provenir de alguna cadena montañosa nevada. El efecto sobre los No-vans fue impactante. No me hubiera hecho falta entender su idioma para entender que se sentían aterrorizados. Miraba asustados a su alrededor y aumentaron su velocidad en un intento por alcanzar a Ga-va-go, quien se encontraba muy lejos en la vanguardia. Un instante después nos cayó encima un chaparrón y se desató el caos, pues todo el mundo rompió la formación en una salvaje estampida intentando cada cual estar lo más cerca

posible del jefe. Su histérica cabalgada fue semejante a la aterrorizada estampida del ganado salvaje. Se empujaban unos a otros, todo el mundo daba tropezones y algunos individuos caían al suelo y eran pisoteados por los que intentaban escapar.

El viejo Ga-va-go se había detenido y nos estaba esperando. Aquellos que lo acompañaban parecían tan aterrorizados como el resto, pero evidentemente no se atrevían a huir sin que Ga-va-go diera la orden. Sin embargo, creo que se sentían a salvo cuando se encontraban cerca de él, pues tenían depositada toda su confianza en él aunque se sentían muy asustados y no habría costado mucho desviarlos por otra ruta. Ga-va-go esperó hasta que hubo llegado el último guerrero de la retaguardia y a continuación se dirigió directamente hacia las montañas con la totalidad de la tribu avanzando en una masa compacta, aunque eso les hubiera supuesto ser presa fácil en caso de emboscada o ataque repentino. No obstante, sabían lo que yo había sospechado: que sus enemigos estaban tan aterrorizados como ellos a causa de la tormenta y el peligro de ser atacados era escaso... de hecho, no corríamos peligro alguno.

Finalmente alcanzamos la ladera de una colina cubierta por enormes árboles que nos ofrecían alguna protección contra el viento y la lluvia, cuya intensidad había ya alcanzado las proporciones de un huracán.

Cuando nos detuvimos me dejé caer del lomo del guerrero que había estado transportándome y me encontré al lado de una de las hembras que nos había enseñado a Orthis y a mí el idioma de los Va-gas.

—¿Por qué están todos tan asustados? —le pregunté.

—Se trata de Zo-al —susurró ella llena de temor—. Está irritado.

—¿Quién es Zo-al?

Ella me miró con los ojos abiertos de par en par a causa del asombro.

—¡Que quién es Zo-al! —repetió—. Me han contado que llegasteis de otro mundo, y bien puedo creérmelo si me preguntas quién es Zo-al.

—Bien ¿y quién es? —Insistí.

—Es la gran bestia —susurró ella—. Está en todos lados. Vive en todos los grandes agujeros del suelo, y cuando está hambriento, sale y hace que el agua caiga y el aire corra veloz. Sabemos que ahí arriba no hay agua —afirmó mientras señalaba al cielo—; pero cuando Zo-al está hambriento, hace que el agua caiga desde donde no hay agua, así es de poderoso Zo-al, y hace que el aire corra veloz para que los árboles caigan a su paso, y las cabañas queden tiradas en el suelo o vuelen a través del cielo. Y entonces, oh, terror de terrores, hace un gran sonido, ante el que los guerreros más poderosos se encogen en el suelo y se tapan los oídos. Hemos irritado a Zo-al, y nos está castigando, y no me atrevo a pedirle que no envíe el gran ruido.

Fue en ese preciso instante cuando mis oídos reventaron a causa de la detonación más brutal que jamás he escuchado. Fue tan violenta que pensé que los martillos de mis oídos habían quedado destrozados, y simultáneamente una gran bola de fuego pareció precipitarse hacia nosotros rodando por la ladera de la montaña.

La mujer, cubriéndose los oídos, se encogió y cuando vimos la bola de fuego su voz se convirtió en un agudo chillido.

—¡La luz que devora! —gritó—. Cuando ella aparece también anuncia el fin, pues Zo-al ha enloquecido de pura ira.

El suelo tembló a causa del terrible sonido, y aunque la bola de fuego no pasó cerca de nosotros pude sentir su calor incluso cuando se alejaba dejando a su paso un sendero de vegetación carbonizada y humeante. Las llamas que dejó en su estela fueron extinguidas

por la torrencial lluvia casi de inmediato. La bola debió viajar unas diez millas en dirección al mar, atravesando las suaves colinas y los lisos valles, cuando explotó repentinamente, acompañando su destrucción con una detonación infinitamente más violenta que la anterior. Un terremoto apenas habría sido capaz de agitar el suelo con mayor intensidad que aquel trueno lunar.

Acababa de presenciar mi primera tormenta lunar, y por ello no me extrañaba que los habitantes de aquel extraño mundo se sintieran aterrorizados ante ella. Aquellas tormentas, como hacían con todo aquello que les causara problemas, las atribuían a Zo-al, la gran bestia, que se supone habita en lo más profundo de los cráteres lunares, cuyos fondos se abrían al mundo lunar interior. Me pregunté, mientras permanecían encogidos de miedo entre los árboles, si no temerían que el viento desgajara los árboles y los hiciera caer sobre ellos, así que se lo pregunté a la mujer que se encontraba a mi lado.

—Sí —me respondió—, a veces sucede, pero sucede con más frecuencia que si uno de nosotros se ve sorprendido al descubierto, el viento que corre lo alza y lo lleva lejos hasta dejarlo caer desde gran altura sobre el duro suelo. Los árboles se doblan antes de romperse, y los que se fijan en esas cosas están sobre aviso, y pueden escapar de la destrucción si son rápidos. Cuando el viento que corre te atrapa, no tienes escapatoria.

—Es mi opinión —le respondí— que habríamos estado más seguros si Ga-va-go nos hubiera conducido hasta el amparo de aquellas quebradas —y señalé hacia un desfiladero que corría por la ladera de la colina a nuestra derecha.

—No —replicó ella—, Ga-va-go es sabio. Nos ha traído hasta el lugar más seguro. Estamos protegidos contra el viento que corre, y quizá también contra la luz que devora; las aguas que ahogan tampoco pueden alcanzarnos aquí, pues en realidad van a inundar por completo aquella quebrada.

No estaba equivocada. El agua que bajaba por la ladera de la colina en torrentes anegó la quebrada y, aunque debía tener una profundidad de veinte o treinta pies, poco después estaba completamente desbordada. Cualquiera que hubiera buscado refugio allí habría perecido ahogado y habría sido arrastrado hasta el gran océano. Saltaba a la vista que Ga-va-go no había actuado cegado por el terror, aunque fui consciente de que debía haber sentido miedo, pues aquellas terribles tormentas eléctricas por sí solas eran capaces de inculcar un profundo temor en el pecho de aquel pueblo feroz y temerario.

La tormenta duró un largo tiempo, y aunque evidentemente desconozco su duración, me pude hacer una idea debido a que en su momento llegué a sentirme hambriento y comí de la fruta de los árboles bajo los que nos cobijábamos al menos en seis ocasiones y dormí otras dos.

Estábamos completamente empapados y sentíamos mucho frío, pues era evidente que la lluvia caía desde una gran altura. Los No-vans apenas se movieron durante la tormenta de sus lugares bajo los árboles y permanecieron de espaldas a ella y con las cabezas gachas como si fueran ganado. Escuchamos doce violentísimas detonaciones producidas por los truenos, y presenciamos seis manifestaciones de la luz que devora. Los árboles habían caído a nuestro alrededor, y hasta donde nos alcanzaba la vista la hierba estaba apelmazada y mustia. Me dijeron que tormentas de tal violencia eran infrecuentes, aunque la lluvia y el viento, acompañados de aparato eléctrico, eran previsible en cualquier época del año (utilizo esta expresión por pura costumbre, ya que no puede decirse que existiera tal cosa), y que estas marcaban los cambios de estación en el interior de la Luna que podrían semejar a los de la Tierra. Por lo que fui capaz de colegir a través de lo que observé y de lo que pregunté a los Va-gas, la vegetación lunar se autoreproducía

independientemente de las restricciones estacionales, siendo en apariencia la frecuencia y la temperatura de las lluvias las que provocaban su desarrollo. Un período de sequía seguido de lluvias frías retrasaba la germinación y el crecimiento, mientras que los períodos de lluvias calientes y frecuentes provocaban el efecto opuesto, por lo que podía hallarse vegetación de la misma variedad en todos sus estadios, unos ejemplares junto a los otros: un árbol cuajado de capullos, otro lleno de frutas y las secas vainas de semillas colgando de las ramas de un tercero. En consecuencia, ni tan siquiera a través del desarrollo de una planta podía medirse el paso del tiempo en el interior de la Luna, y el período de gestación de los Va-gas era igualmente irregular, viéndose este afectado únicamente, me imagino, por la condición física de la hembra y por las condiciones climáticas. Cuando los miembros de la tribu se encontraban bien alimentados, la temperatura era cálida, los guerreros habían resultado victoriosos y en las mentes de las hembras solo había lugar para la paz, estas procreaban en un período de tiempo increíblemente corto. Por el contrario, cuando el tiempo era frío, o se padecía una hambruna y había que llevar a cabo largas marchas tras sufrir una derrota, el resultado era exactamente el contrario. Me daba la sensación de que las hembras cuidaban de sus hijos durante un período de tiempo muy breve, pues estos crecían rápido, y tan pronto como sus molares habían brotado y podían comenzar a alimentarse de carne eran destetados. Eran unas crías diabólicas que daban salida a los fuegos de su exuberante juventud a través de actos de terrible crueldad. Como no poseían la fuerza suficiente para infligir sus torturas a los adultos, se limitaban a perpetrarlas unos contra otros, con el resultado de que los más débiles morían tras ser destetados y apartados de sus salvajes madres. Por supuesto, intentaron sus diabólicos juegos sobre Orthis y sobre mí, pero después de que derribáramos a golpes a unos cuantos nos dejaron en paz. Durante la tormenta se apiñaron, temblorosos y helados, alrededor de los adultos. Quizá me llegue a arrepentir de esta afirmación, pero no sentí la más mínima lástima por ellos y, por el contrario, rogué porque murieran de frío, tan gratuitamente crueles y odiosos me eran. A medida que se convertían en adultos, se volvían menos gratuitos en sus atrocidades, aunque no menos crueles; no obstante, enfocaban sus energías sobre los dos principales intereses en sus vidas: procurarse carne y hembras.

El viento amainó poco después de que cesara la lluvia, y como yo sentía frío, estrechez e incomodidad, salí a campo abierto en busca de algún ejercicio que estimulara mi circulación sanguínea y me procurara calor. Mientras caminaba a paso vivo de acá para allá contemplando las evidencias de la reciente tormenta, mis ojos se elevaron hacia el cielo, y allí vi lo que parecía ser un pájaro enorme levitando a un centenar de pies del bosque en el que habíamos buscado refugio. Agitaba pesadamente sus enormes alas y parecía al borde del agotamiento, y me di cuenta de que aunque intentaba regresar volando en dirección a las montañas, el viento lo estaba empujando hacia las tierras bajas y el mar. Poco después se encontraría directamente sobre mí, y cuando así sucedió fruncí el ceño con perplejidad, pues a excepción de sus alas y lo que parecía ser una gran joroba en su espalda, su forma se asemejaba grandemente a la de un ser humano.

Evidentemente, algunos No-vans me sorprendieron mirando hacia arriba con interés y, espoleados por la curiosidad, se unieron a mí. Cuando vieron a la criatura aleteando desmayadamente sobre nosotros, prorrumpieron en gritos hasta que toda la tribu salió al exterior y permaneció mirando al cielo.

El viento amainaba rápidamente, pero aún poseía la suficiente fuerza como para empujar suavemente a la criatura en nuestra dirección, y al mismo tiempo percibí que, fuera lo que fuese, caía lentamente o, para ser más exactos, se hundía lentamente.

—¿Qué es? —le pregunté al guerrero que estaba a mi lado.

—Es un U-ga —me respondió—. Ahora tendremos comida.

No había visto pájaros en aquel mundo lunar, y como sabía que no se alimentaban de reptiles voladores, supuse que aquel animal debía pertenecer a alguna especie aviaria, pero cuanto más descendía más convencido estaba de que se trataba de un ser humano alado, o al menos de una criatura alada con forma humana.

A medida que se acercaba al suelo, los No-vans corrían para recibirlo mientras esperaban a que se situara a su alcance. Mientras así hacían, Ga-va-go les ordenó que llevaran la criatura, sin daño alguno, ante su presencia.

Yo me encontraba a un centenar de yardas de distancia cuando aquella desgraciada criatura cayó en sus garras. La arrastraron brutalmente por el suelo, y un instante después quedé aterrorizado al presenciar cómo le arrancaban las alas y la joroba. Se produjo un gruñido general de descontento cuando Ga-va-go repitió sus órdenes, ya que tras la tormenta y el largo ayuno, la tribu estaba vorazmente hambrienta.

—¡Carne, carne! —gruñían—. Estamos hambrientos. ¡Danos carne!

Sin embargo, Ga-va-go, en pie junto a un árbol, no les prestó atención mientras llevaban al prisionero a su presencia.

VI

La doncella de la Luna

Orthis, que estaba convirtiéndose prácticamente en el único acompañante del caudillo, estaba junto a este mientras que yo me encontraba a unas veinticinco o treinta yardas de distancia y directamente entre Ga-va-go y los guerreros que se aproximaban escoltando al prisionero, por lo que necesariamente debían pasar junto a mí. Por tanto, permanecí donde me encontraba para poder verlo mejor, cosa que me iba a resultar complicada debido a que estaba completamente rodeado por los No-vans.

No obstante, mientras se aproximaban a mí, se abrió una brecha momentánea entre las filas y tuve una oportunidad, aunque breve, de poder observar más de cerca al cautivo; lo que mis ojos me revelaron me impactó profundamente, pues ante mí se encontraba la hembra humana más perfectamente formada que jamás había contemplado. Según los estándares terrestres, tenía el aspecto de una muchacha de unos dieciocho años, con una brillante melena negra que me recordaba sobre todo el color del ala de un cuervo y una piel pálida como el mármol suavemente teñida de un tono cremoso. Tan solo el color de su piel la diferenciaba de las muchachas terrestres, aunque era mucho más hermosa que cualquiera de ellas. Tal perfección física me parecía imposible. Si la primera vez que la vi hubiera estado inmóvil, hubiera jurado que estaba tallada en mármol, aunque nada en su aspecto sugería frialdad. Irradiaba vida y emociones. Si mi primera impresión me había resultado impactante, no fue nada en comparación con lo que sentí cuando sus ojos giraron hacia mí. Sus cejas eran dos delicadas líneas trazadas con lápiz bajo las cuales se abrían dos pozos de brillante oscuridad que competían en negrura con su melena. Sus mejillas estaban tenuemente teñidas de un tono cremoso ¡Pensar que aquellas odiosas criaturas veían en aquel cuerpo divino nada más que carne para alimentarse!

Me estremecí ante aquel pensamiento y, de repente, mis ojos se encontraron con los suyos y vi en sus retinas reflejadas la incredulidad y la sorpresa. Su mirada me siguió mientras la arrastraban lejos de mí, como si estuviera tan sorprendida por ver a un ser como yo tanto como yo lo estaba de ver a una criatura como ella.

Di un paso adelante involuntariamente. Ignoro si vi en sus ojos una llamada de auxilio, pero su mirada despertó inmediatamente en mí el instinto natural del macho humano de defender al débil. Y así me vi caminando tras ella y a su derecha cuando la detuvieron frente a Ga-va-go.

El salvaje caudillo de los Va-gas la miró fríamente, mientras que a nuestro alrededor se elevaban gritos de «¡Danos carne! ¡Danos carne! ¡Estamos hambrientos!». Ga-va-go no les prestó la menor atención.

—¿De dónde procedes, U-ga? —la interrogó.

—De Laythe —respondió ella con la cabeza levantada y el rostro cubierto por una máscara de fría dignidad.

El No-van alzó las cejas.

—Ah —suspiró—, de Laythe. La carne de las mujeres de Laythe es buena —dijo mientras se pasaba la lengua por los labios.

—¡Rymph! —exclamó asqueada la joven mientras entrecerraba los ojos y alzaba aún más su barbilla.

Como rymph es el nombre de la serpiente cuadrúpeda de Va-nah, el mundo lunar interior, y está considerada la criatura más repugnante y baja de todas las que existen,

difícilmente podría la joven haber aplicado un epíteto más insultante al caudillo No-van; pero si su intención era ofenderlo, la expresión de él no mostró que la joven lo hubiera conseguido.

—¿Tu nombre? —le preguntó.

—Nah-ee-lah —respondió ella.

—Nah-ee-lah —repitió él—. Ah... eres la hija de Sagroth, Jemadar de Laythe.

Ella asintió con ademán indiferente, como si cualquier cosa que él pudiera decirle tan solo le causase indiferencia.

—¿Qué esperas que hagamos contigo? —la interrogó Ga-va-go, una pregunta que sugería la idea de un gato jugando con un ratón antes de destruirlo.

—¿Qué puedo esperar de los Va-gas, excepto que me maten y me devoren? —replicó ella.

Un rugido de salvaje asentimiento se elevó de las criaturas que la rodeaban. Ga-va-go le dirigió una rápida mirada de ira y desagrado a su gente.

—No estés tan segura de eso —le dijo bruscamente—. No supones más que una de las comidas diarias de Ga-va-go. Tu carne no haría más que abrirle el apetito aún más a mi pueblo.

—Hay dos más —le dijo un fornido guerrero mientras nos señalaba a Orthis y a mí.

—¡Silencio! —gritó Ga-va-go—. ¿Desde cuándo te has erigido en jefe de los No-vans?

—Podemos morir de hambre sin un jefe —refunfuñó el guerrero que había hablado y los dos o tres que le rodeaban gruñeron su asentimiento.

Ga-va-go respondió a aquello con rapidez: se alzó sobre sus patas y, en el mismo movimiento, extrajo y arrojó su lanza, que fue a clavarse en el pecho del guerrero atravesándole el corazón. Mientras la criatura caía, uno de los guerreros más cercanos lo degolló y otro le extrajo la lanza de Ga-va-go y se la devolvió al caudillo.

—Repartios el cadáver —les ordenó—, y el que crea que esa no es comida suficiente, que lo diga con la misma claridad que habló ese otro, y así dispondremos de más carne.

Y así era como Ga-va-go, caudillo de los No-vans, mantenía la obediencia de los salvajes miembros de su tribu. A partir de ese momento, nadie volvió a murmurar aunque pude observar que varios de ellos me contemplaban con mirada hambrienta... una mirada que no auguraba nada bueno para mí.

En lo que me pareció un plazo de tiempo extremadamente corto, trocearon el cadáver del guerrero muerto, lo repartieron y lo devoraron, y una vez más emprendimos la marcha en busca de nuevos territorios que conquistar y carne fresca que devorar. Ga-va-go envió exploradores por delante con este objetivo en mente, pues nos estábamos adentrando en un territorio que no habían invadido desde hacía largo tiempo, una verdad que se hacía evidente por el hecho de que en la tribu tan solo había veinte guerreros, aparte de Ga-va-go, que estaban familiarizados con aquel territorio. De naturaleza pendenciera y desagradable, los No-vans estuvieron muy lejos de ser una compañía agradable durante aquella memorable marcha, ya que no se habían recuperado del miedo y la incomodidad que les causó la tormenta y, además, estaban furiosamente hambrientos.

Me imagino que ningún otro que no fuera Ga-va-go habría sido capaz de refrenarlos. Ignoro el motivo por el que estaba empeñado en mantener a salvo a sus tres prisioneros, cuando constituíamos un excelente alimento para la tribu; sin embargo, no fuimos sacrificados. No obstante, tuve el convencimiento de que el guerrero que me

transportaba no habría dudado un instante en devorarme, y que trotaba siempre hasta el límite de sus fuerzas para dar rienda suelta a tal deseo, y puedo dar fe de que poseía el trote más diabólico y execrable de todos. Tuve la sensación de que intentaba hacerme caer de su grupa disimuladamente, pues yo ya había advertido que tenía por lo general un paso suave que habría hecho del viaje algo mucho más cómodo para ambos, y como hasta el momento yo me encontraba bajo la protección de Ga-va-go, decidí enseñarle una lección a aquel sujeto, cosa que finalmente hice, aunque resultó tan molesta para él como para mí, dejándome llevar por el trote de manera que con cada paso yo me alzaba y caía sobre su espalda, tan atrás como me era posible de manera que le castigaba dolorosamente los riñones. Aquello desató su ira y comenzó a amenazarme con toda clase de cosas si yo no cesaba de inmediato, a lo que yo me limité a responderle que adoptara un paso más suave, cosa que al final se vio obligado a hacer. Como ya era habitual, Orthis cabalgaba en cabeza junto a Ga-va-go, mientras que la nueva prisionera, a lomos de un No-van, cabalgaba junto con el resto al igual que yo.

En una ocasión en la que los guerreros sobre los que cabalgábamos se situaron el uno junto al otro, sorprendí a la muchacha mirándome de manera inquisitiva. Parecía muy interesada en los restos de mi uniforme, que debían diferir enormemente de cualquier otra confección que estuviera acostumbrada a ver en su propio mundo. Parecía entender y hablar el mismo idioma que Ga-va-go, así que finalmente reuní el valor suficiente para hablarle.

—Me parece un infortunio que hayas ido a caer en manos de estas criaturas —le dije—. Desearía poder serte de alguna ayuda, pero yo también soy un prisionero.

Ella recibió mi discurso con una leve inclinación de cabeza, y al principio creí que no iba a responderme, pero finalmente me respondió mirándome directamente a los ojos:

—¿Quién eres?

—Soy un habitante del planeta Tierra.

—¿Dónde está eso y qué es un planeta? —me preguntó, ya que yo había utilizado la palabra Tierra debido a que no existía una palabra con significado parecido en el idioma de los Va-gas.

—Sabes, por supuesto, que el espacio fuera de Va-nah está lleno de otros mundos —le dije—. El más cercano a Va-nah es la Tierra, que es muchas, muchas veces más grande que tu mundo. Es de allí de donde vengo.

—No lo entiendo —me respondió ella meneando la cabeza. Cerró los ojos y realizó un gesto amplio con una mano que podría haber incluido al universo—. Todo, todo es roca excepto aquí, en el centro de todo, en el espacio que llamamos Va-nah. Todo lo demás es roca.

Reprimí una sonrisa ante aquel vasto alarde de egotismo va-nahio, pero cuán poca diferencia había entre este y el de muchos terrestres que están convencidos que la totalidad del cosmos existe solo para los habitantes de la Tierra. Incluso conozco algunos individuos en nuestro muy ilustrado siglo Veintiuno que afirman que Marte está deshabitado y que los mensajes que se suponen vienen de nuestro planeta hermano no son más que la evidencia de un enorme engaño mundial, o la voz del diablo atrayendo a la gente para evitar que adore al verdadero Dios.

—¿Alguna vez has visto hombres parecidos a mí en Va-nah? —le pregunté.

—No —me respondió—, nunca antes, pero no he estado en todos los rincones de Va-nah. Va-nah es un mundo muy grande, y existen muchos rincones que no conozco.

—Yo no soy de Va-nah —repetí—; soy de un mundo muy, muy lejano.

A continuación intenté explicarle algunas cosas del universo: el Sol y los planetas y

sus satélites, pero entendí que aquello estaba tan fuera del alcance de su comprensión como los conceptos de eternidad y espacio infinito lo están de la comprensión del hombre terrestre. Sencillamente, aquella joven era incapaz de concebirlo. Para ella, lo que nosotros entendemos por espacio estaba compuesto por sólida roca; no obstante, estuvo meditando durante un buen rato y a continuación me dijo:

—Ah, quizá después de todo existan otros mundos aparte de Va-nah. Los grandes Hoos, esos enormes agujeros que discurren a través de la roca eterna puede que conduzcan a otros mundos parecidos a Va-nah. He oído comentar esa teoría, pero ningún habitante de Va-nah la cree.

»¡Entonces es cierto! —exclamó entusiasmada—. Y tú has venido de otro mundo semejante a Va-nah. Has llegado a través de uno de los Hoos, ¿verdad?

—Sí, he venido a través de uno de los Hoos —le respondí utilizando la palabra que significa «agujero» en el idioma de los Va-gas—, pero no vengo de un mundo parecido a Va-nah. Aquí vivís en el interior de una esfera; nosotros, los habitantes de la Tierra, vivimos sobre el exterior de un lugar similar a este pero mucho más grande.

—¿Pero qué os sujeta? —exclamó riendo.

Era la primera vez que la veía reír, y resultaba una risa muy contagiosa a la par que encantadora. Aunque era consciente de que resultaría un gesto inútil, intenté explicárselo todo, comenzando por las hipótesis nebulares y enredándome con las relaciones que existen entre la Luna y la Tierra. Si no conseguí mi objetivo, al menos le di algo con lo que distraerse de su gravísima situación y con lo que entretenerse momentáneamente, pues no dejaba de reírse ante mis nuevas afirmaciones. Jamás antes había visto una criatura tan alegre y vivaz, ni tan perfectamente bella. La escasa túnica sin mangas que vestía no le llegaba a las rodillas, y por cada zancada que daba el guerrero No-van que ella montaba la prenda revoloteaba dejando al descubierto su cuerpo hasta las caderas. Poseía un cuerpo de una perfección divina, y sus voluptuosos contornos se veían más acentuados que ocultos por el diáfano material del que estaba confeccionada su delicada túnica. Cuando reía, exponía dos hileras gemelas de blanquísimos dientes que habrían supuesto la envidia de la más hermosa doncella terrestre.

—Supón —me dijo ella— que tomara un puñado de gravilla y la lanzara al aire. De acuerdo con tu teoría, los granos más pequeños comenzarían a rotar en torno a los más gruesos y todos comenzarían a dar vueltas en el aire para siempre. No obstante, eso no va a suceder. Si arrojo un puñado de gravilla al aire, caerá al suelo de inmediato, y si los mundos de los que me has hablado flotarán así en el aire, también caerían, exactamente igual que esta gravilla.

Era inútil, pero lo había supuesto desde el principio. Más interesante resultaría interrogarla, y así deseé hacerlo durante un rato, pero cada vez que lo hacía me rechazaba con un gracioso gesto mientras meneaba la cabeza, insistiendo en que primero respondiera yo a unas cuantas preguntas, pero esta vez me mostré insistente.

—Por favor, respóndeme —la interrogué—. ¿Cómo llegaste hasta el lugar en el que te capturaron? ¿Cómo consigues volar? ¿Qué ha sido de tus alas? ¿Por qué no te hirieron cuando te las arrancaron?

Ella se echó a reír alegremente ante aquel torrente de preguntas.

—No nos crecen alas —me explicó—; las fabricamos y nos las ajustamos a los brazos.

—¿Entonces eres capaz de sostenerte en el aire con unas alas sujetas a los brazos? —le pregunté lleno de incredulidad.

—Oh, no —me respondió—; las alas tan solo las utilizamos para impulsarnos a través del aire. Colgando de la espalda llevamos una bolsa llena de un gas más ligero que el aire. Este gas es el que nos mantiene a flote, y lo cargamos en cantidad suficiente como para mantener un equilibrio perfecto, de manera que podamos flotar a cualquier altitud y elevarnos o descender suavemente gracias a nuestras alas. Cuando me encontraba sobre Laythe me sorprendió el viento que corre, me atrapó entre sus poderosos brazos y me transportó sobre la superficie de Va-nah. Luché fútilmente contra él hasta que quedé agotada, y entonces, como mi bolsa de gas estaba vacía, me arrojó sobre este grupo de Va-gas; la había llenado con la intención de mantenerme en el aire durante no mucho tiempo.

Había utilizado una palabra que, según me explicó cuando la interrogué, utilizaban para designar el tiempo. A continuación le pregunté qué entendía por tiempo y cómo lo medían, ya que no había observado en los Va-gas señal alguna que me indicara que fueran capaces de concebir el aspecto mensurable de su duración.

Nah-ee-lah me explicó que los Va-gas, que formaban un orden inferior, carecen de medios para medir el tiempo, pero que los U-gas, la raza a la que ella pertenecía, habían sido desde siempre capaces de computar el paso del tiempo a través de varias observaciones realizadas del hecho de que durante ciertos períodos el fondo de los Hoos, o de los cráteres, quedaba iluminado y que, durante otros períodos, quedaban a oscuras, de manera que tomaron como unidad de medida un período que duraba desde que la luz comenzaba a iluminar cierto cráter hasta que comenzaba a hacerlo de nuevo, y a este período lo llamaron ula, y viene e corresponderse con un mes espacial. Dividen este período por medios mecánicos en un centenar de partes llamadas ola, que vienen a durar unas seis horas y treinta y dos minutos terrestres. Diez ulas hacen un keld, que podríamos compararlo con un año lunar compuesto por doscientos setenta y dos días terrestres.

Le hice multitud de preguntas que me respondió con gran placer, pues era una jovencita brillante e inteligente, y aunque observé muchas evidencias características de una regia dignidad, su comportamiento conmigo fue natural y carente de afección aunque no pude dejar de pensar que debía ocupar una posición de importancia entre su pueblo.

Sin embargo, nuestra conversación se vio interrumpida por la llegada de un mensajero que, desde la vanguardia, llegó a galope tendido con un mensaje de Ga-va-go en el que nos comunicaba que los exploradores habían descubierto un pueblo grande y que los guerreros se estaban preparando para combatir.

Nos pusimos en marcha de inmediato para encontrarnos con Ga-va-go, y a continuación avanzamos hasta la posición de un explorador situado sobre un altozano. Se nos ordenó mantener silencio, y mientras avanzábamos a medio galope sobre la suave vegetación color lavanda propia del interior de la Luna, los cascotes de los Va-gas no hicieron ruido alguno. Ante mis ojos terrestres se desplegó una imagen extraña y misteriosa en extremo.

Cuando llegamos a la posición del explorador, nos informaron que el pueblo estaba situado poco más allá de una cadena de colinas cercana, de manera que Ga-va-go impartió órdenes para que las hembras y las crías, junto con los tres prisioneros, permaneciéramos allí protegidos por un pequeño destacamento hasta que ellos alcanzaran las colinas, momento en el que avanzaríamos hasta una posición desde la que podríamos contemplar el pueblo y desde la que podríamos retirarnos si se daba el caso de que la batalla fuera contra los No-vans. Aquel sería el punto de reunión, pues en caso de derrota, los guerreros Va-gas se dispersaban en todas direcciones, evitando con esa maniobra que un número superior de enemigos persiguiera y acabara con un número importante de guerreros.

Mientras permanecíamos sobre el altozano observando cómo Ga-va-go y sus salvajes guerreros galopaban ágilmente hacia las distantes colinas, no pude evitar preguntarme si los habitantes del pueblo que estaban a punto de atacar no habrían apostado centinelas a lo largo de la cadena de colinas para evitar una sorpresa semejante, pero mientras divagaba de tal manera uno de los guerreros que había sido dejado atrás para que nos vigilara me comentó que no todas las tribus Va-gas estaban acostumbradas a apostar centinelas cuando se sentían a salvo de ataques. Sin embargo, esa había sido siempre la costumbre de Ga-va-go, y a ella le atribuían su supremacía sobre el resto de las tribus de aquel vasto territorio.

—Cuando una tribu lleva a cabo con éxito varios ataques y sus guerreros regresan victoriosos, todos se sienten orgullosos —me explicó el guerrero—, y en verdad comienzan a pensar que nada osará atacarles y entonces se vuelven descuidados, y poco a poco comienza a perderse la costumbre de apostar centinelas. El simple hecho de que no tengan centinelas nos indica que se trata de una tribu grande, poderosa y próspera. Vamos a alimentarnos bien durante mucho tiempo.

La sola idea de lo que pasaba por la cabeza de aquel guerrero me resultó repugnante en extremo, y me estremecí visiblemente cuando se me hizo patente la insensibilidad de aquella criatura mientras me comentaba la orgía que se aproximaba y en la que esperaba saciarse de carne de sus semejantes.

Poco después vimos que nuestras fuerzas desaparecían tras las colinas y entonces avanzó nuestro grupo. Mientras avanzábamos nos llegó el grito de guerra feroz y salvaje de los No-vans, que un momento después encontró su réplica en otro no menos terrible que surgió del pueblo que se alzaba más allá de las colinas. En ese momento nuestro guardia nos instó a que aceleráramos el paso hasta que finalmente nos vimos corriendo, coronamos la colina y nos detuvimos.

A nuestros pies se extendía un extenso valle, cuyo centro estaba ocupado por un amplio y precioso lago; su orilla contraria estaba ocupada por un espeso bosque mientras que la que quedaba a nuestro lado estaba despejada y me recordó a uno de nuestros parques; punteado aquí y allá por preciosos árboles y con una poblada aldea en el centro.

La ferocidad de la escena que se desarrollaba bajo nosotros resulta casi indescriptible. Los guerreros No-vans estaban rodeando la aldea en un rápido galope con el objetivo de mantener al enemigo reunido en una masa compacta que presentaría un mejor blanco para sus lanzas. El suelo ya estaba sembrado de cadáveres. No había heridos, pues tan pronto un guerrero caía, el guerrero más cercano a él, ya fuera amigo o enemigo, lo degollaba, pues el vencedor los devoraría a todos sin distinción. Las hembras y las crías habían buscado refugio en las cabañas, desde cuyos umbrales observaban el progreso de la batalla. Los defensores intentaban repetidamente romper el cerco de los No-vans. El guerrero con el que había estado charlando me explicó que, si conseguían romper el cerco, las hembras y las crías se abrirían paso a través de la brecha y huirían en todas direcciones mientras sus guerreros intentarían poner cerco a los No-vans. Resultaba evidente que la ventaja estaría de parte de la fuerza de guerreros que consiguiera estabilizar un veloz cerco alrededor del enemigo y lo mantuviera en su interior hasta que todos hubieran muerto, pues los guerreros que galopaban en círculo presentaban un blanco muy difícil, mientras que la compacta masa de guerreros del centro era una diana difícil de errar.

Tras varios intentos infructuosos por romper el cerco de sus salvajes enemigos, los defensores formaron de repente un círculo interior más pequeño que comenzó a rotar en sentido contrario al de los No-vans cada vez a mayor velocidad. No volvieron a arrojar sus

lanzas contra el enemigo, sino que se contentaron con correr al galope. Al principio tuve la sensación de que habían perdido la cabeza a causa del terror, pero finalmente advertí que estaban llevando a cabo una maniobra estratégica que demostraba una gran agudeza y una férrea disciplina. En las primeras fases de la batalla, cada bando había dependido de sus armas frente a las que le arrojaba el enemigo, pero ahora los defensores no arrojaban sus lanzas y se me hizo evidente que en breve los No-vans carecerían de lanzas que arrojar. Los defensores también estaban consiguiendo disminuir su número de bajas al acelerar la velocidad de su círculo y hacerlo girar en sentido contrario al de los atacantes; aunque debía exigir mucho valor y una disciplina considerable conseguir este resultado ya que resulta casi imposible convencer a un hombre para que se ofrezca como escudo humano frente al enemigo mientras se le prohíbe terminantemente que responda a los ataques.

En apariencia, Ga-va-go estaba familiarizado con aquella treta, pues de repente soltó un grito que era claramente una orden. Al instante, la totalidad de su fuerza giró y comenzaron a cabalgar en la dirección opuesta, situándose en paralelo a los defensores del pueblo, y comenzaron a arrojar sus lanzas restantes a unos blancos que se habían vuelto comparativamente más fáciles.

Los defensores, que pertenecían a una tribu llamada Lu-than, giraron inmediatamente para cambiar el curso de su carrera. Aquellos que habían sido heridos en el repentino ataque comenzaron a tropezar y caer, entorpeciendo a los demás y ralentizando su galope, con el resultado de que durante un momento los guerreros se convirtieron en una masa confusa sin orden ni disciplina. Justo entonces Ga-va-go y sus guerreros No-vans saltaron sobre ellos empuñando sus crueles espadas cortas. La batalla degeneró en una feroz y sangrienta lucha cuerpo a cuerpo en la que las espadas, los dientes y las zarpas de tres garras hicieron su parte para infligir las peores heridas al enemigo. En un esfuerzo por esquivar los ataques o por situarse en una posición ventajosa, muchos de los combatientes saltaban por el aire, a veces hasta una altura de treinta o cuarenta pies. Los gritos y aullidos eran constantes y ensordecedores. Los cadáveres se apilaban a tal altura que a veces impedían el movimiento de los guerreros y el suelo se había convertido en un barro sanguinolento y resbaladizo, aunque todos seguían luchando hasta que comencé a creer que no sobreviviría ninguno.

—Casi ha terminado —anunció el guerrero que estaba a mi lado—. Mira, ahora hay dos o tres No-vans atacando a cada Lu-than.

Era cierto, y comprendí que la batalla no duraría mucho más. De hecho, terminó casi de inmediato, cuando los Lu-thans supervivientes intentaron de repente abrirse paso y desperdigarse en diferentes direcciones. Algunos consiguieron escapar, quizá unos veinte, aunque estoy seguro de que no fueron más, y el resto cayó.

Ga-va-go y sus guerreros no persiguieron a los pocos enemigos que habían conseguido escapar; evidentemente consideraban que el esfuerzo no merecía la pena, ya que no eran suficientes como para amenazar el pueblo y disponían de gran cantidad de carne fresca yaciendo en el suelo.

Entonces se nos mandó llamar, y mientras descendíamos hacia el poblado se hizo patente el gran regocijo de nuestras hembras y cachorros.

Se dispusieron guardias alrededor de las hembras y las crías de los Lu-thans y entonces, a una señal de Ga-va-go, los No-vans cayeron sobre los despojos del combate. Resultaba un espectáculo repulsivo el contemplar cómo las madres devoraban a sus hijos, y las mujeres a sus esposos. Intento no pensar demasiado en ello.

Una vez que los vencedores hubieron saciado su apetito, los prisioneros, escoltados

por una numerosa guardia, fueron divididos por los Va-gas entre los guerreros No-vans supervivientes.

No mostraron ningún favoritismo en el reparto de prisioneros, excepto que Ga-va-go tuvo el privilegio de elegir primero y recibió además el mismo número de prisioneros que el resultado de aquella división. Me esperaba que hubiesen masacrado a las crías de sexo masculino, pero no fue así, sino que pasaron a formar parte de la tribu en igualdad de condiciones que aquellos que habían nacido en su seno.

Como carecían de cualquier sentimiento de afecto o de lealtad, para aquellas criaturas resultaba indiferente si pertenecían a una tribu u otra; pero una vez que se les introducía en una tribu, el instinto de supervivencia los mantenía dentro de ella, pues de otra manera serían muertos por los miembros de cualquier otra tribu.

Poco después de este enfrentamiento supe que Ga-va-go había perdido más de la mitad de sus guerreros, y que esta había sido una de las batallas más importantes libradas por la tribu. Sin embargo, el botín había sido grande, pues había tomado prisioneras unas diez mil hembras y más de cincuenta mil crías, así como grandes cantidades de armas, arneses y complementos.

Envolvieron y enterraron la carne que no pudieron consumir; me dijeron que se mantendría en excelentes condiciones casi indefinidamente.

VII

Una pelea y una oportunidad

Tras ocupar aquel nuevo pueblo, Orthis y yo fuimos separados; a él le asignaron una cabaña cercana a la de Ga-va-go, mientras que a mí me alojaron en otro sector del pueblo. Si alguien me hubiera pedido que simpatizara con alguna de aquellas terribles criaturas que formaban la tribu, indudablemente habría elegido la hembra que me enseñó el idioma de los Va-gas, ya que a través de ella me enteré del motivo por el que Ga-va-go agasajaba con semejante distinción a Orthis; el motivo se debía a que este último le había prometido guiarlo hasta nuestra tierra de origen donde, había asegurado al salvaje caudillo, encontrarían carne en abundancia.

A Nah-ee-lah la confinaron en otro lugar del pueblo, y tan solo pude verla en contadas ocasiones. Resultaba evidente que Ga-va-go quería que los prisioneros estuvieran aislados. En una ocasión en que la encontré a la orilla del lago le pregunté por el motivo por el que no la habían matado y devorado, a lo que ella me respondió que cuando Ga-va-go se había enterado de su identidad y de que su padre era un Jemadar, el gobernante de una gran ciudad, había enviado mensajeros con la oferta de liberar a Nah-ee-lah a cambio de un rescate de cien muchachas jóvenes de la ciudad de Laythe.

—¿Crees que tu padre enviará el rescate? —inquirí.

—Lo ignoro —replicó ella—. No veo cómo podrían hacerle llegar semejante mensaje; pues de ordinario mi raza mata a los Va-gas en cuanto los ven. Sin embargo, puede que lo consigan y, aún así, mi padre podría no enviar el rescate. No deseo que lo haga. Las hijas de los súbditos de mi padre le son tan queridas como yo misma. Sería un error entregar un centenar de hijas de Laythe a cambio de una sola, aunque esta fuera la mismísima hija del Jemadar.

Ya habíamos bebido, y nos disponíamos a regresar a nuestras cabañas, cuando, deseoso de prolongar nuestra conversación y de disfrutar de nuestra mutua compañía, le propuse que nos dirigiéramos al bosque a buscar fruta. Nah-ee-lah me expresó su acuerdo, y juntos paseamos fuera del pueblo hasta el espeso bosque que se extendía a sus espaldas, donde encontramos una fruta especialmente deliciosa que crecía en abundancia. Reuní unas cuantas piezas y se las ofrecí, pero las rechazó llena de agradecimiento diciéndome que acababa de comer.

—¿Te dan fruta? —la interrogué—. ¿O tienes que venir y procurártela tú misma?

—Recojo toda la fruta que deseo —respondió ella—, pero la carne me la proporcionan ellos. Ahora mismo he terminado con la que me han traído hoy, así que hoy no deseo fruta.

—¡Carne! —exclamé—. ¿Qué tipo de carne?

—La carne de los Va-gas, por supuesto —replicó ella—. ¿Qué otro tipo de carne comería una U-ga?

Me temo que no conseguí ocultar enteramente mi sorpresa y rechazo ante la idea de que la preciosa Nah-ee-lah devorara la carne de los Va-gas.

—¿Tú también comes la carne de esas criaturas? —inquirí.

—¿Por qué no? —me respondió—. ¿Acaso tú no te alimentas de carne en tu propio país? Tú mismo me has contado que os dedicáis a criar bestias tan solo por su carne.

—Sí —respondí—, es cierto, aunque nosotros tan solo consumimos la carne de criaturas de un orden inferior; no comemos carne de humanos.

—¿Quieres decir que no coméis la carne de los de vuestra especie? —me interrogó.

—Sí, eso quería decir.

—Yo tampoco —le dijo ella—. Los Va-gas no pertenecen a la misma especie que los U-gas. Ellos pertenecen a un orden inferior, al igual que las criaturas de cuya carne os alimentáis en tu país. Me has hablado de la ternera, del cordero y del cerdo, que según has descrito son criaturas que caminan sobre sus cuatro patas, al igual que los Va-gas. ¿Cuál es la diferencia, entonces, entre comer la carne de un cerdo, de un cordero o de una ternera y comer la carne de un Va-ga, que también es una criatura inferior?

—¡Pero poseen rostros humanos! —exclamé—. ¡Y un lenguaje!

—Será mejor que aprendas a comerlos —me cortó—. De lo contrario, no comerás carne en Va-nah.

Cuanto más pensaba en ello, más razonable veía su punto de vista. Estaba en lo cierto, no transgredía ley natural alguna al alimentarse de los Va-gas más que lo que hacemos nosotros al comernos la carne del ganado. Para ella, los Va-gas eran aún menos que ganado. Eran enemigos temidos y odiados. Cuanto más analizaba aquel asunto, más claro estaba para mí que nosotros, los humanos de la Tierra, transgredíamos más las leyes naturales al devorar nuestros animales domésticos, muchos de los cuales habíamos llegado a amar, que los U-gas de Va-nah al devorar la carne de sus enemigos cuadrúpedos, los Va-gas. En nuestras granjas de la Tierra criamos terneros y ovejas y cerdos, y con demasiada frecuencia sentimos tanto apego por ejemplares de estas razas como ellos por nosotros. Nos ganamos su confianza, y ellos sienten una confianza implícita en nosotros, y, sin embargo, cuando alcanzan la madurez deseada, los sacrificamos y los devoramos. La verdad es que no debería resultarnos extraño o antinatural que Nah-ee-lah se alimentara de la carne de los Va-gas, pero en lo que a mí respecta, jamás lo conseguí, ni creo que lo consiga.

Habíamos salido del bosque y ya regresábamos al pueblo para encerrarnos en nuestras chozas, cuando cerca de la más grande, ocupada por Ga-va-go, nos encontramos con Orthis. Al vernos frunció el ceño.

—Si yo fuera tú —me dijo—, no me encariñaría en exceso de ella. Puedes provocar el desagrado de Ga-va-go.

Era la primera vez que Orthis me dirigía la palabra desde que habíamos ocupado aquel poblado. No me gustaron ni su tono ni su actitud.

—Te ruego que tengas a bien ocuparte de tus propios asuntos, Orthis —le dije mientras continuaba caminando junto a Nah-ee-lah. Vi que sus ojos se entornaban en un gesto lleno de maldad; a continuación se giró y penetró en la choza de Ga-va-go, el caudillo de los No-vans.

Cada vez que bajaba al río, pasaba junto a la choza de Nah-ee-lah. Aunque quedaba un poco apartada de mi ruta, siempre me desviaba con la esperanza de encontrarla, aunque jamás había entrado en su choza ni la había llamado, ya que jamás me había invitado a ello y yo, consciente de su posición y de que yo era un completo desconocedor de las costumbres sociales de su pueblo, no quería darle motivos para que se ofendiera.

Sucedió que la siguiente vez que me encaminé a la orilla del lago siguiendo el sendero que habíamos abierto a través del bosque, me desvié como era habitual para pasar junto a la choza de Nah-ee-lah. A medida que me aproximaba pude escuchar unas voces, una de las cuales pude reconocer como la de Nah-ee-lah mientras que la otra pertenecía a un varón. El tono de voz de la muchacha era irritado e imperioso.

—¡Apártate de mi presencia, criatura! —fueron las primeras palabras que pude distinguir. A continuación habló el varón.

—Vamos —le dijo en tono conciliador—. Seamos amigos. Ven a mi choza y estarás a salvo, ya que Ga-va-go es mi amigo.

Era la voz de Orthis.

—¡Vete! —le volvió a ordenar ella—. Antes yacería con Ga-va-go que contigo.

—¡Sabe, entonces —le gritó Orthis lleno de ira—, que te doblegarás, lo desees o no, pues Ga-va-go te ha dado a mí! ¡Ven!

En ese momento debió agarrarla, pues la oí gritar:

—¡Cómo osas ponerme las manos encima a mí, Nah-ee-lah, princesa de Laythe!

Ya me encontraba cerca de la puerta de la choza y no deseaba escuchar nada más, así que eché a un lado la cortina que hacía las veces de puerta y entré. Allí estaban, en el centro de la única habitación, Orthis forcejeando con la muchacha por arrastrarla hacia la salida mientras que ella se resistía golpeándolo. Orthis me daba la espalda y no supo que había alguien más en la choza hasta que me aproximé a él y lo agarré violentamente por un hombro, apartó a la muchacha de un empujón y se volvió hacia mí.

—Eres un canalla —le dije—. Sal de aquí antes de que te saque yo a patadas, y procura que no vuelva a enterarme que molestas a esta joven.

Sus ojos se estrecharon mientras me miraba con una peligrosa luz brillando en ellos.

—Has estado quitándome todo lo que deseo desde que éramos niños. Me arruinaste la vida en la Tierra, pero las condiciones han cambiado ahora. Las tornas han cambiado. Créeme; si vuelves a entrometerte en mis asuntos será como si firmaras tu propia pena de muerte. Si sigues vivo, es tan solo porque yo lo quiero así. Si se lo pidiera, Ga-va-go te daría muerte de inmediato. Regresa a tu choza y deja de meterte en la vida de los demás... un hábito que desarrollaste hasta límites intolerables en la Tierra, pero que no te valdrá de nada aquí, en el interior de la Luna. La chica es mía; Ga-va-go me la ha regalado. Incluso si su padre no consiguiera enviar el rescate, respetaría su vida tanto como yo deseara tenerla. Por tanto, tu interferencia tan solo provocaría su propia muerte y no la beneficiaría en absoluto, y como ya se ha demostrado que tienes éxito en apartarla de mí, no harías más que condenarla a muerte en caso de que su padre no enviara el rescate, y Ga-va-go me ha dicho que hay pocas posibilidades de que lo haga, pues no es probable que sus mensajeros puedan entregar el mensaje de Ga-va-go a Sagroth.

—Ya lo has oído —le dije a la chica girándome hacia ella—. ¿Cuáles son tus deseos al respecto? Quizá nos esté diciendo la verdad.

—No me cabe duda de que nos está diciendo la verdad —me respondió ella—, pero sabed, extranjeros, que el honor de una princesa de Laythe es más precioso que su vida.

—Muy bien, Orthis —le dije al hombre—. Ya la has oído. Ahora lárgate.

Estaba casi pálido de ira, y por un instante pensé que iba a atacarme, pero siempre fue un cobarde y, contentándose con echarme una mirada cargada de veneno, se marchó sin decir una palabra más.

Me volví hacia Nah-ee-lah tras dejar caer la cortina tras la salida de Orthis.

—Me parece terrible —le dije— que tras todos los sufrimientos que has soportado a manos de los Va-gas, ahora además tengas que verte acosada por uno de tu propia especie.

—Tu amabilidad lo compensa sobradamente —me respondió gentilmente—. Eres un hombre valiente, y me temo que vas a pagar las consecuencias de protegerme. Ese hombre es poderoso. Le ha prometido cosas maravillosas a Ga-va-go. Va a enseñarle cómo utilizar las extrañas armas que habéis traído de vuestro propio mundo. La mujer que trae mi comida me ha contado todo esto y que la tribu está muy excitada por las promesas que tu amigo le ha hecho a Ga-va-go. Les va a enseñar a fabricar las armas con las que matasteis a

los guerreros de manera que sean invencibles y puedan extenderse por Va-nah acabando con todos aquellos que les hagan frente; incluso van a asaltar las ciudades de los U-gas. Les ha dicho que los guiará hasta esa extraña cosa que os trajo desde vuestro mundo a Va-nah, y que allí encontrarán otras armas, como aquellas que tú llevabas y que resultaban tan ruidosas, y otras cosas con las que podrán causar una matanza. Les dijo que tendrían todo eso, y que después construirá otras cosas, como la que os trajo de vuestro mundo a Va-nah, y que llevará a Ga-va-go y a todos los No-vans al lugar que tú llamas Tierra.

—Si existe un hombre en todo el universo capaz de hacer algo así, ese es él —le respondí—, pero no es muy probable que lo haga. Está simplemente engañando a Ga-va-go con la esperanza de prolongar su propia vida a la espera de que surja la posibilidad de una fuga, entonces llegará hasta la nave y se reunirá con nuestros amigos. Sin embargo, es un mal hombre, Nah-ee-lah, y debes tener mucho cuidado con él. Hay una cabaña vacía cerca de la tuya, así que me voy a mudar a vivir en ella. De nada vale preguntarle a Ga-va-go, pues siente simpatía por Orthis y no me permitiría hacer el cambio. Si alguna vez me necesitas, di «Julian» en voz alta y acudiré.

—Eres muy bueno —me dijo—. Eres como los mejores hombres de Laythe, la alta nobleza del Jemadar, Sagroth, mi padre. También son hombres honorables, y cualquier mujer puede buscar protección en ellos, pero ya no hay más en Va-nah desde que los Kalkars se alzaron hace miles de kelds y destruyeron el poder de los nobles y de los Jemadars, y toda la civilización de Va-nah. Tan solo en Laythe hemos mantenido un reflejo del antiguo orden. Desearía poder llevarte a Laythe conmigo, pues allí estarías a salvo y serías feliz. Eres un hombre valiente. Me resulta extraño que no estés casado.

Estaba a punto de responderle, cuando apartaron las colgaduras de la entrada y entró un guerrero No-van. Tras él entraron otros tres. Todos caminaban erguidos y con las lanzas desenfundadas.

—Aquí está —les dijo el líder, y dirigiéndose a mí—: ¡Vamos!

—¿Por qué? —le pregunté—. ¿Qué queréis de mí?

—¿Te corresponde a ti preguntar cuando Ga-va-go da una orden? —demandó.

—¿Os ha enviado a buscarme? —volví a preguntarle.

—¡Vamos! —repitió al líder, y un instante más tarde engancharon sus lanzas a mis brazos y cuello y sin delicadeza alguna me arrastraron fuera de la cabaña.

De alguna manera presentía que este iba a ser el fin. En el umbral giré la cabeza para mirar a la chica. Ella estaba en pie, tensa y con los ojos muy abiertos observando cómo me apartaban de ella.

—Adiós... Julian —me dijo—. No volveremos a encontrarnos, pues no hay nadie que conduzca nuestras almas hasta una nueva reencarnación.

—Aún no estamos muertos —le respondí por encima del hombro—, y recuerda: si me necesitas, llámame.

Entonces la cortina cayó entre nosotros y ella desapareció de mi vista.

No me condujeron a mi propia cabaña, sino a otra, a no mucha distancia de la de Nah-ee-lah, y allí me ataron de manos y pies con tiras de cuero y me arrojaron al suelo. Posteriormente me dejaron solo y dejaron caer las colgaduras de la puerta. No creía que me fueran a devorar, pues Orthis y yo habíamos hecho equipo explicándole a Ga-va-go y los demás que nuestra carne era venenosa, y aunque podrían haberse cuestionado la veracidad de nuestras afirmaciones, estaba completamente seguro de que no se habrían arriesgado a que no les hubiéramos contado la verdad.

Los Va-gas obtenían sus pieles curando los pellejos de sus muertos. Los mejores

trozos los utilizaban para fabricar sus arreos y arneses. El resto lo cortaban en tiras que utilizaban como cuerdas. Estas suelen ser muy recias, pero algunas son débiles, en especial las que no curan bien.

Apenas habían salido de la cabaña los guerreros que habían sido enviados a apresarme, cuando comencé a luchar contra mis ataduras en un intento por liberarme o romperlas. Ejercí toda mi fuerza en aquel esfuerzo, hasta que advertí que las que me apresaban las manos comenzaban a estirarse. El esfuerzo, sin embargo, resultaba agotador, y tuve que detenerme frecuentemente para descansar. Ignoro cuánto tiempo estuve esforzándome, pero debió pasar un largo rato hasta que quedé convencido que por mucho que cedieran no iban a romperse. Ignoro qué pensaba hacer una vez que me liberara, pues no tenía ninguna posibilidad de huir del poblado. La luz perpetua tiene sus desventajas, y esta era una de ellas, pues no existía una oscuridad nocturna que pudiera ocultarme mientras abandonaba furtivamente el lugar.

Mientras descansaba de mis esfuerzos fui repentinamente consciente de un sonido plañidero que venía del exterior y, de repente, la cabaña se agitó y advertí que se aproximaba otra tormenta. Poco después escuché el golpeteo de la lluvia sobre el techo y entonces el abrumador sonido ensordecedor del trueno lunar. A medida que la tormenta cobraba intensidad pude imaginar el terror de los No-vans, y ni mi apurada situación pudo evitar que sonriera ante su turbación.

Sabía que estaban ocultos en sus cabañas, por lo que renové mis esfuerzos por romper las ataduras de mis muñecas aunque con poco efecto; entonces, de repente, por encima del aullido del viento y el redoble de la lluvia, escuché claramente el grito de una sola palabra: «¡Julian!».

«Nah-ee-lah», pensé. «Me necesita. ¿Qué están haciéndole?». Una docena de escenas cruzaron rápidamente por mi imaginación, en cada una de las cuales podía ver claramente la figura perfecta de la Doncella de la Luna, víctima de alguna diabólica atrocidad. En una de ellas estaba siendo devorada por Ga-va-go; en otra, algunas hembras la cortaban en trozos; en otra más, los guerreros atravesaban su maravillosa piel con sus crueles lanzas; o ahora era Orthis, que reclamaba el regalo de Ga-va-go. Creo que fue esta última imagen la que casi me volvió loco y dotó mis músculos de la fuerza de una docena de hombres. Siempre me he tenido por un hombre fuerte, pero en aquel instante en que su dulce voz me llamaba a través de la tormenta y mi imaginación la dibujaba en brazos de Orthis, algo en mi interior me dio una fuerza hercúlea que sobrepasó cualquier esfuerzo que hubiera hecho hasta el momento. Las ataduras que inmovilizaban mis muñecas saltaron hechas trizas como si fuesen de algodón, y un instante más tarde desgarré las que me aprisionaban los tobillos y me puse en pie. Corrí hacia la puerta y salí al exterior, donde me encontré en el centro de un maelstrom de viento y lluvia. Crucé el espacio que separaba la cabaña en la que había estado prisionero de la que ocupaba Nah-ee-lah, desgarré las colgaduras y me precipité en su interior; y entonces se materializó mi última visión: allí estaba Orthis con un brazo alrededor del estilizado cuerpo de la joven inmovilizando los suyos, mientras que con su otra mano le apretaba la garganta, asfixiándola y empujándola lentamente hacia el suelo.

Él estaba de cara a la puerta, por lo que me vio entrar, y cuando se dio cuenta de quién era yo, apartó bruscamente a un lado a la chica y se alzó para hacerme frente. Por una vez en su vida pareció desconocer qué era el miedo, y creo que su pasión por la joven y su odio hacia mí, y la ira que le había causado mi intervención, hicieron que enloqueciera momentáneamente, pues saltó sobre mí violentamente como si hubiera perdido la razón, y

por un instante estuve a punto de caer bajo sus golpes... pero tan solo fue por un instante, pues a continuación le estrellé mi puño izquierdo en la mandíbula y seguidamente le asesté un directo con el derecho, y aunque era un excelente boxeador, quedó a merced de mis puños. Ninguno teníamos armas, pues de lo contrario uno de los dos habría caído muerto en breve. En realidad, intenté matarlo con mis puños desnudos hasta que, finalmente, cuando hubo caído una docena de veces y yo lo hube levantado otras tantas veces para golpearlo repetidamente una y otra vez, no volvió a moverse y yo tuve la certeza de que había muerto, y con el sentimiento de alivio y satisfacción que provoca un trabajo bien hecho miré su cuerpo inerte. Entonces me volví hacia Nah-ee-lah.

—Vamos —le dije—, se nos ha dado una oportunidad para escapar. Puede que no vuelva a producirse semejante combinación fortuita de circunstancias. Los Va-gas van a quedarse refugiados en sus cabañas temblando de terror. Ignoro a dónde podremos huir, pero sea a donde sea, no nos encontraremos en un mayor peligro que aquí.

Ella tembló levemente ante la perspectiva de exponerse a los terrores de la tormenta. Aunque sin sentir el miedo cerval de los ignorantes Va-gas, aún sentía temor por la ira de los elementos, tal y como lo sentían todos los habitantes de Va-nah; pero aun así no dudó cuando le tendí una mano, ella enterró una de las suyas entre las mías y juntos salimos a la cegadora lluvia y el viento.

VIII

Una lucha con una antorcha

Nah-ee-lah y yo cruzamos el poblado sin ser advertidos; la gente de Ga-va-go estaba oculta en sus cabañas aterrorizada por la tormenta. La chica me condujo de inmediato a terreno elevado y a lo largo de una cumbre desnuda en dirección a las elevadas montañas distantes. Vi que estaba asustada, aunque trataba de ocultármelo mostrando un rostro firme que yo tenía el convencimiento de estar muy lejos de sus verdaderos sentimientos. Mi admiración por ella aumentó, ya que siempre había respetado el valor, y creo firmemente que hace falta el más alto valor para enfrentarse a eso que uno más teme. El hombre que lleva a cabo un acto heroico sin sentir miedo es menos valiente que aquel que se sobrepone a su propia cobardía.

Advirtiendo su miedo, retuve su mano en la mía para que su contacto pudiera transmitirle un poco de la confianza que yo sentía, ahora que estaba temporalmente libre de las garras de los Vagas.

Habíamos llegado a la cima de una colina que se alzaba sobre el poblado cuando la idea de que estábamos desarmados y sin medios para protegernos me golpeó. Me había sentido tan ansioso por abandonar el poblado que había pasado por alto tan importante consideración. Se lo conté a Nah-ee-lah y le dije que lo mejor era regresar al poblado e intentar recuperar mis propias armas y municiones. Ella intentó disuadirme; me dijo que aquel intento estaba condenado al fracaso y profetizó que me volverían a capturar.

—Nah-ee-lah, no podremos atravesar este mundo salvaje tuyo sin medios para protegernos —la alenté—. Ignoramos en qué momento puede atacarnos una criatura fiera... piensa cuán desamparados estaremos sin armas con las que defendernos.

—En esta parte de Va-nah —me dijo— tan solo tenemos que preocuparnos por los Va-gas. No conocemos otra bestia peligrosa, a excepción del tor-ho. A estos últimos apenas se los ve. Tus armas resultarían inútiles contra los Va-gas, tal y como ya has descubierto. El riesgo de encontrarnos con un tor-ho es infinitamente inferior a la posibilidad que tendrías de penetrar en la cabaña de Ga-va-go para recuperar tus armas. Sencillamente, no podrías hacerlo y salir de allí, pues no me cabe duda de que la cabaña del caudillo estará llena de guerreros.

Finalmente, tuve que reconocer la lógica de su razonamiento y desistir de recuperar mi rifle y mi pistola, aunque puedo asegurarle que me sentía perdido sin ellos, especialmente en aquel momento en el que nos aventurábamos en Va-nah, aquel mundo nuevo tan extraño y tan salvaje.

De hecho, por lo que pude inferir de las palabras de Nah-ee-lah, tan solo había un lugar en todo el mundo lunar en el que ella y yo teníamos la esperanza de sentirnos razonablemente a salvo del peligro, y ese era su ciudad natal de Laythe. Me dijo que incluso allí podría tener yo enemigos, pues su raza sospechaba por naturaleza de los extraños, pero me aseguró, apretándome amistosamente la mano, que la amistad de la princesa sería mi protección.

La lluvia y el viento debieron persistir durante un tiempo considerable, pues cuando finalmente cesaron y miramos hacia atrás a través del limpio aire, descubrimos que una cadena de bajas montañas se interponía entre nosotros y el distante mar. La habíamos cruzado y nos encontrábamos sobre una meseta junto a la falda de los elevados picos. El mar parecía muy lejano, y no éramos capaces de adivinar la ubicación del poblado de los

No-vans del que habíamos escapado.

—¿Crees que nos perseguirán? —le pregunté.

—Sí —me respondió—; intentarán dar con nosotros, pero será como buscar una gota de lluvia en el océano. Son habitantes de las tierras bajas, mientras que yo lo soy de las altas. Ahí abajo —me dijo señalando el valle— podrían encontrarme fácilmente, pero no en mis montañas.

—¿Estamos cerca de Laythe? —la interrogué.

—Lo ignoro. Es muy difícil encontrar Laythe... está muy bien oculta. Después de todo, es por eso precisamente que sigue existiendo. Sus fundadores fueron perseguidos por los Kalkars, y si no hubieran hallado un lugar tan inaccesible habrían sido descubiertos y masacrados mucho antes de que hubieran podido levantar esa ciudad impenetrable.

Entonces me condujo a las gigantescas montañas de la Luna, pasando junto a las bocas de los enormes cráteres que atravesaban la corteza del satélite y conducían al exterior y a los bordes de profundos precipicios que descendían hasta una profundidad de tres, cuatro y a veces hasta cinco millas y que se abrían en impresionantes gargantas, y más tarde a través de extensísimas mesetas, pero siempre hacia el pico más alto, que parecía cernirse sobre nosotros en la distancia. Por lo general, los cráteres ocupaban profundos barrancos, pero nos encontramos con algunos en las mesetas, e incluso algunos se abrían en las cimas de las montañas como sucede con aquellos en las superficies de los planetas. Creo que los que encontramos en las zonas más bajas eran por los que había surgido la lava original que ocupaba el interior de la Luna y que fue vomitada por los volcanes de la corteza exterior.

Nah-ee-lah me contó que la entrada secreta a Laythe se encontraba justo en el borde de uno de esos cráteres y que eso era lo que buscaba. Aquella búsqueda me pareció desesperanzada, pues hasta donde la vista alcanzaba nada había salvo una mezcla indescriptible de picos dentados, impresionantes abismos y cráteres sin fondo. Y sin embargo, la chica parecía hallar su camino por entre ellos, por lo que pensé que era por puro instinto que ella encontraba sendas y puntos de apoyo donde, en apariencia, no había ni una vereda y donde un rebeco habría tenido problemas para encontrar un lugar en el que mantenerse en pie.

En aquellas alturas encontramos una vegetación que difería considerablemente de la nativa de las tierras bajas. Sin embargo, las bayas y frutas comestibles abundaban lo suficiente como para mantenernos razonablemente bien provistos de alimento. Cuando nos sentíamos cansados, nos las apañábamos para encontrar una cueva en la que poder descansar relativamente seguros, y cuando era posible hacerlo, Nah-ee-lah insistía en que levantáramos una barricada con rocas a la entrada, ya que me contó que siempre existía el peligro de que nos atacaran los tor-hos. Estas criaturas sedientas de sangre, aunque eran escasas, eran merecedoras de un gran temor, ya que no solo eran unas voraces devoradoras de carne y con un temperamento tan salvaje que atacaban prácticamente cualquier cosa con la que se encontraban con una desenfundada ferocidad, sino que la más mínima herida causada por sus colmillos o sus garras siempre resultaba fatal debido al hecho de que su dieta principal se componía de la carne venenosa del rymph y del sapo volador.

Intenté que Nah-ee-lah me describiera aquella criatura, pero como no conocíamos ninguna criatura en común con la que ambos nos sintiéramos familiarizados para poder compararla, aprendí poco más de ella que tenía una alzada de entre dieciocho pulgadas y dos pies, poseía colmillos grandes y afilados, cuatro patas y que carecía de pelaje.

Rompí una rama muy recia y verdaderamente pesada de uno de los árboles de la montaña para que me sirviera de ayuda para la escalada, y también para sentirme algo

protegido. La madera de whirli era más dura que cualquiera de las que había visto en las tierras bajas. Vagar por un mundo desconocido y salvaje armado con una vara de madera me parecía el súmmum de la imprudencia, pero no había otra alternativa hasta que llegáramos donde pudiera encontrar materiales con los que construirme armas más poderosas. Tenía en mente un arco y flechas, y buscaba constantemente madera que considerara apta para fabricar el primero, y también decidí renunciar a convertir mi vara en una lanza, pues aunque el material para fabricarla estaba al alcance de mi mano, no tenía tiempo para ello, pues me parecía que cuando no estábamos durmiendo, estábamos en movimiento constante, con Nah-ee-lah volviéndose cada vez más y más impaciente por encontrar su ciudad natal a medida que las oportunidades disminuían... y tenía para mí que disminuían constantemente. En cierto momento, estuve absolutamente seguro de que ella no tenía ya mayor idea que yo de dónde podía encontrarse Laythe, y aunque avanzábamos incesantemente tambaleándonos a través de las más espectaculares cadenas montañosas que la imaginación del hombre pueda imaginar, Nah-ee-lah no pudo descubrir una sola marca familiar sobre la que depositar una mínima esperanza sobre nuestra próxima llegada a Laythe.

Jamás había visto una persona tan optimista y esperanzada como Nah-ee-lah. Creía constantemente que Laythe se encontraba más allá de la siguiente montaña, a pesar del hecho de que invariablemente se equivocaba... cosa que jamás disminuía su entusiasmo ante la siguiente conjetura, que yo sabía de antemano que iba a ser errónea.

En una de las ocasiones en que rodeábamos el lomo de una montaña, llegamos a una porción de terreno llano que colgaba precariamente junto a un acantilado que caía a plomo. Y allí me quedé parado, mientras asía mi endeble vara con ambas manos. Apenas sabía qué sería capaz de hacer con ella hasta el momento en que nos encontramos en aquella cara de la elevada montaña.

Yo iba en cabeza, una posición que intentaba mantener siempre a menos que fuera absolutamente necesario que la ocupara Nah-ee-lah para que encontrara alguna senda. Cuando rodeé el lomo de la montaña y tuve a la vista aquella pequeña porción de terreno llano estuve completamente seguro de que había visto movimiento entre unos arbustos que crecían a mi derecha, a medio camino de la pequeña terraza.

Cuando nos aproximamos en fila india al lugar sobre el que mantenía fija la mirada, nuestros oídos se vieron inundados por el aullido más violento que jamás hube escuchado, y simultáneamente surgió del escondrijo de los arbustos una criatura del tamaño aproximado de un puma, aunque también se asemejaba a un reptil, y que debía tratarse de un tor-ho, como finalmente se demostró. Había algo en su cabeza y su cara que recordaba la familia de los félidos, aunque en realidad no existía ningún parecido entre ese ser y los felinos terrestres. Se aproximó a mí con aquellos terribles colmillos curvados desnudos y los pelos erizados y emitiendo los más terribles sonidos... los he llamado aullidos, pues es la palabra que mejor los describe y, sin embargo, eran una combinación de chillidos y gemidos; el sonido más espeluznante que jamás he oído.

—¡Corre! —me gritó Nah-ee-lah mientras tiraba de mi brazo—. ¡Corre!

Sin embargo, yo la solté y me mantuve firme. Debo admitir que deseaba huir pero, ¿adónde? La criatura cruzaba el terreno a una velocidad tremenda y nuestra única vía de escape era el estrecho sendero por el que acabábamos de llegar, y el tor-ho estaba ya casi sobre mí. Entonces blandí mi vara contra su cabeza como si bateara una bola recta. Lo golpeé de lleno en el morro; un golpe terrible que no solo lo detuvo, sino que lo derribó. Escuché crujir los huesos bajo el impacto de mi primitiva arma y pensé que me había

librado de aquella criatura con un solo golpe, pero entonces ignoraba la vitalidad de la bestia. Casi al instante estuvo en pie y sobre mí, y volví a golpearla, esta vez en un lado de la cabeza, y una vez más escuché el chasquido de los huesos y una vez más cayó al suelo.

De su cara herida comenzó a manar lentamente lo que me pareció sangre fría mientras me atacaba por tercera vez, sus ojos brillando de odio y sus rotas mandíbulas abiertas para atraparme mientras sus chillidos y gemidos se elevaban hasta alcanzar un frenesí de ira y dolor. Retrocedió y esta vez me atacó con sus garras, pero volví a hacerle frente con mi vara y esta vez le rompí una pata delantera.

No puedo ni tan siquiera aventurar cuánto tiempo estuve enfrentándome a aquel terrible ser.

Cargó contra mí furiosamente una y otra vez y en cada ocasión, aunque siempre por puro milagro o por suerte, me las apañé para evitar que se aproximara, y cada golpe que le propinaba aplastaba sus huesos y le lisiaba un poco más, hasta que finalmente no quedó más que una masa sanguinolenta que todavía intentaba arrastrarse hacia mí sobre sus patas rotas y atraparme y derribarme con sus mandíbulas desencajadas y sin dientes. Incluso entonces me resultó muy difícil matarla y liberarla de su miseria.

Me giré para buscar a Nah-ee-lah verdaderamente agotado y, para mi gran sorpresa, la encontré manteniéndose firme a mis espaldas.

—Creía que habías huido —le dije.

—No —me dijo—; tú no huiste así que yo tampoco, aunque jamás imaginé que serías capaz de matarla.

—¿Entonces creíste que iba a acabar conmigo? —le pregunté.

—Por supuesto —me respondió—. Incluso ahora soy incapaz de comprender cómo has sido capaz de superar a un tor-ho con un palito de madera.

—Pero si estabas convencida de que iba a matarme —insistí—, ¿por qué no intentaste salvarte huyendo?

—Si tú hubieras muerto, yo no habría querido seguir viviendo —me dijo con naturalidad.

No entendí por entero su actitud y apenas supe qué responderle.

—Eso ha sido una tontería —la regañé finalmente con absoluta torpeza—, y si vuelven a atacarnos, debes huir inmediatamente.

Me miró durante un momento con una peculiar expresión en la cara que fui incapaz de interpretar y, a continuación, se giró y continuó su camino en la misma dirección que llevábamos antes de que nuestro viaje se viera interrumpido por el tor-ho. No dijo una palabra más, pero yo pensé que la había ofendido y lo lamenté. Sin embargo, no quería que se enamorara de mí, y de acuerdo con los estándares de la Tierra, su afirmación de que habría preferido morir a vivir sin mí podría haberse interpretado, sin lugar a dudas, como una declaración de amor. No obstante, cuanto más pensaba en ello mientras avanzábamos en silencio, más convencido estaba de que sus convenciones podían diferir sustancialmente de las mías y de que yo no era más que un majadero egotista al asumir que Nah-ee-lah estaba enamorada de mí. Deseaba explicarle unas cuantas cosas, pero eran de esas cosas que resultan difíciles de expresar, y me di cuenta que si lo intentaba podía empeorarlo.

Habíamos sido muy buenos amigos, y nuestro compañerismo había sido tan perfecto que aquel silencio tan aparentemente tenso que había caído entre nosotros era verdaderamente deprimente. Nah-ee-lah siempre había sido una personita muy habladora y siempre estaba alegre y animada, incluso bajo las condiciones más difíciles.

Yo me sentía agotado tras nuestro encuentro con el tor-ho y me habría gustado

detenerme para poder descansar, pero no lo sugerí y tampoco lo hizo Nah-ee-lah, y así continuamos con nuestro aparentemente interminable camino, de manera que, exhausto como estaba, me fui separando paulatinamente de mi bella guía.

Ella ya estaba fuera de mi vista, muy adelante por la tortuosa senda, cuando de repente la oí llamarme a gritos. Le respondí mientras que al mismo tiempo echaba a correr, pues ignoraba si estaba en peligro aunque su voz no sonaba como tal. Se encontraba a muy poca distancia y cuando la tuve a la vista vi que se encontraba sobre el borde de un inmenso cráter. Me miraba y sonreía.

—¡Oh, Julian! —gritó—. Lo he encontrado. Estoy en casa y finalmente estamos a salvo.

—Me alegro, Nah-ee-lah —le dije—. Estaba muy preocupado a causa de los peligros a los que has estado constantemente expuesta y porque jamás fueras capaz de encontrar Laythe.

—¡Vaya! —exclamó—. Sabía que podría encontrarla. La habría encontrado aunque hubiera tenido que escalar cada cadena montañosa de Va-nah.

—¿Estás completamente segura de que este es el cráter en el que se encuentra la entrada a Laythe? —la interrogué.

—No me cabe la menor duda, Julian —me respondió y señaló hacia la parte inferior de la boca del cráter, hacia un estrecho reborde que sobresalía a unos veinte pies por debajo y en el que vi lo que me pareció ser la entrada de una caverna que se abría en la pared del cráter.

—¿Pero cómo vamos a llegar allí? —le pregunté.

—Puede ser difícil —respondió—, pero encontraremos la manera.

—Eso espero, Nah-ee-lah, pero sin una cuerda o sin alas no veo cómo vamos a conseguirlo.

—En la entrada del túnel —me explicó Nah-ee-lah—, hay unas pértigas muy largas, y cada una de ellas tiene un garfio en un extremo. Hace largo tiempo, no había otra manera de entrar o salir de la ciudad y aquellos que salían a cazar o para cualquier otro propósito, salían de la ciudad a través de ese largo túnel, y desde ese reborde alzaban las pértigas y enganchaban los garfios en el borde del cráter; después de eso, todo era cuestión de trepar arriba o abajo por las pértigas; pero hace mucho que las gentes de Va-nah utilizaron por última vez esos túneles, pues ya no los necesitan tras el perfeccionamiento de las alas que me viste utilizar cuando me capturaron los Va-gas.

—Si ellos pudieron utilizar las pértigas, nosotros también podremos —le dije—, ya que hay una gran cantidad de árboles jóvenes muy cerca de la boca del cráter. La única dificultad va a ser talarlos.

—Si somos capaces de encontrar un fragmento afilado de roca —me explicó Nah-ee-lah—, podremos hacerlo. Será un trabajo muy lento, pero podrá hacerse.

Inmediatamente comenzó a buscar un fragmento que tuviera el borde afilado. Me uní a su búsqueda y poco después habíamos encontrado varios trozos de obsidiana con los bordes verdaderamente agudos. Comenzamos a trabajar en un árbol muy joven de unas cuatro pulgadas de diámetro que crecía casi recto alcanzando una altura de unos treinta pies.

Talar el árbol con nuestros trozos de lava resultó un trabajo tedioso, pero finalmente lo conseguimos y nos sentimos entusiasmados cuando el árbol se inclinó y cayó al suelo. Quitarle las ramas nos ocupó un tiempo casi igualmente largo, pero finalmente aquello también quedó hecho. El siguiente problema al que tuvimos que enfrentarnos fue el de

asegurar el extremo de la pértiga para que aguantara mientras descendíamos por el borde hasta llegar a la boca del túnel.

No teníamos cuerdas ni nada con lo que pudiéramos fabricar una, aparte de mis ropas, que estaba poco dispuesto a destruir, sobre todo a causa del frío que hacía en aquellas alturas. Sin embargo, poco después di con un plan que, si los músculos de Nah-ee-lah aguantaban y si mis nervios soportaban la tensión que deberían aguantar, estaría abocado al éxito. Bajé la larga pértiga por el borde del cráter hasta que su extremo descansó en el reborde en el que se abría la entrada del túnel. A continuación me giré hacia Nah-ee-lah.

—Túmbate y estírate todo lo que puedas, Nah-ee-lah —le pedí—, y sujeta la pértiga con las dos manos. Tan solo tendrás que asegurarte de que no cae hacia los lados o hacia atrás, y para hacer eso creo que basta con tu fuerza. Mientras tú la sujetas, yo descenderé hasta la boca del túnel y levantaré una de las pértigas engarfiadas que dices que hay allí. Si no hay nada, creo que podré sujetar la pértiga desde abajo para que tú puedas descender con seguridad.

Ella miró hacia el profundo abismo y se estremeció.

—Podré sujetarla —me aseguró—, si el extremo no se resbala del borde.

—Es un riesgo que deberé correr —respondí—, pero voy a descender con mucho cuidado y no creo que eso vaya a suceder.

Tras inspeccionar con más detenimiento el reborde de abajo, pude ver que el riesgo de sufrir un accidente, tal y como ella me había comentado, era muy real.

Nah-ee-lah se situó como yo le había indicado, al borde del cráter, que en ese punto era completamente perpendicular, y agarró el extremo de la pértiga con ambas manos y yo me preparé para llevar a cabo el peligroso descenso.

Puedo asegurarle que mis sensaciones estaban muy lejos de ser placenteras mientras contemplaba aquel terrorífico abismo. El cráter medía unas cuatro o cinco millas de diámetro y, tal y como yo había sospechado, se extendía más de doscientas cincuenta millas a través de la corteza lunar hasta alcanzar la superficie de la Luna. Aquel fue uno de los momentos más impresionantes de mi vida, mientras colgaba balanceándome sobre el borde de aquel enorme agujero y miraba hacia aquellas silenciosas y misteriosas profundidades. Y entonces agarré la pértiga muy suavemente y comencé a descender sobre el borde.

—¡Valor, Julian! —susurró Nah-ee-lah—. Voy a sujetar muy fuerte.

—Estaré muy seguro, Nah-ee-lah —le aseguré—. Debo estar seguro, pues si no es así, ¿cómo vas a llegar hasta el reborde y a Laythe?

Mientras descendía lentamente intentaba no pensar en nada para expulsar de mi mente cualquier consideración sobre las espantosas profundidades que se abrían a mis espaldas. No había descendido más que un par de pies desde el borde cuando aquello que nos preocupaba tanto a ambos sucedió: un trozo astillado de la pértiga se deshizo bajo mi peso y aquella pequeña agitación fue suficiente para que mi precaria escalera resbalara hacia el borde del estrecho reborde sobre la que descansaba y más allá del cual se abría la eternidad. Escuché por encima de mi cabeza un breve grito y entonces la pértiga terminó por resbalar del reborde y yo caí.

Todo terminó en un instante. Mis pies golpearon el reborde y yo me arrojé hacia la boca del túnel. Y entonces escuché arriba la voz de Nah-ee-lah gritando con angustia:

—¡Julian! ¡Julian! ¡Me caigo!

Me levanté al instante y alcé la mirada desde la boca del túnel para ver una imagen tan terrible que me heló la sangre, pues por encima de mí, aún agarrando la pértiga, estaba

Nah-ee-lah con todo el cuerpo, salvo las piernas, colgando por el borde del cráter. Justo cuando miraba hacia arriba, ella soltó la pértiga y aunque hice intento de agarrarla, fallé y cayó hacia las profundidades del cráter.

—¡Julian! ¡Julian! ¡Estás a salvo! —gritó—. Estoy muy contenta. Me aterrorizó pensar que habías caído e intenté sujetar la pértiga todo lo que pude, pero tu peso me arrastró por encima del borde del cráter. Adiós, Julian, no me puedo sujetar por más tiempo.

—¡Debes hacerlo, Nah-ee-lah! —grité—. No te olvides de las pértigas engarfiadas de las que me hablaste. Encontraré una y podrás bajar en breve.

Y mientras hablaba me giré y penetré en el túnel; pero el corazón se me paró ante el pensamiento de que las pértigas ya no estuvieran allí. Un primer vistazo tan solo reveló paredes, techo y suelo de roca desnuda y ninguna pértiga engarfiada a la vista; corrí adentrándome más en el túnel, que giraba bruscamente unas pocas yardas más adelante y, al dar la vuelta a la esquina, mis ojos se recrearon ante la visión de una docena o más de las pértigas que Nah-ee-lah me había descrito. Cogí una de ellas y regresé a la carrera a la entrada. Casi temía mirar hacia arriba, pero lo hice y me vi recompensado por la visión del rostro sonriente de Nah-ee-lah... era capaz de sonreír incluso ante la muerte. Así era Nah-ee-lah.

—¡Tan solo un momento más, Nah-ee-lah! —le grité mientras levantaba la pértiga y enganchara el garfio al borde del cráter. A todo lo largo de la pértiga había pequeñas protuberancias que hacían comparativamente simple su escalada.

—¡Aprisa, Julian! —gritó ella—. ¡Estoy resbalando!

No le hizo falta pedirme que me diera prisa. Creo que jamás en mi vida hice algo más deprisa que cuando trepé por aquella pértiga; pero no llegué a ella ni tan siquiera un instante antes, pues justo cuando la rodeaba con mi brazo, aquella porción del borde del cráter se desprendió y ella casi cayó de cabeza sobre mí. No tuve dificultad alguna en agarrarla y aguantar su peso. Mi único temor era que el garfio no pudiera sostener el peso añadido de ella y la tensión de su cuerpo al detenerse bruscamente durante la caída. Pero aguantó, y yo bendije al artesano que lo había hecho así de fuerte.

Un momento después descendí hasta la boca de la caverna y conduje a Nah-ee-lah a su interior. Todavía tenía mi brazo alrededor de su cintura y ella me rodeó con los suyos mientras apoyaba la cabeza contra mi pecho y sollozaba. Finalmente se relajó y su delicado cuerpo se derrumbó tan bruscamente contra mí que en mi interior despertaron unos sentimientos que jamás antes había experimentado... un sentimiento ciertamente indescriptible, aunque provocaba, en apariencia, un deseo irresistible y ridículo de dar un paso adelante y masacrar ejércitos enteros para proteger a aquella pequeña Doncella de la Luna. Debí experimentar un retroceso mental hacia algún antiguo ancestro Cruzado de la Edad Media, algún tipo de caballero con armadura de cuya semilla yo debía haber descendido y que me había transmitido su extravagante, aunque no por ello menos admirable, caballerosidad. Aquel sentimiento me sorprendió de verdad, pues siempre me había considerado un hombre más o menos práctico y realista. Sin embargo, el pensamiento racional me convenció finalmente de que aquello no era más que una reacción nerviosa por los apasionantes momentos por los que acabábamos de pasar, junto con la indefensión de la muchacha y su entera dependencia de mí. Pero sea como fuere, solté sus brazos de mi cuello tan suave y rápidamente como pude y la dejé con sumo cuidado sobre el suelo del túnel, de manera que se sentó con la espalda apoyada contra la pared.

—Eres muy valiente, Julian —me dijo—, y muy fuerte.

—Me temo que no soy tan valiente —le respondí—. Incluso ahora siento el cansancio de la lucha... estaba tan asustado de no poder alcanzarte a tiempo, Nah-ee-lah...

—El valiente siente el miedo una vez que el peligro ha pasado —me dijo—. El valiente no tiene tiempo de pensar en el miedo hasta que no ha pasado todo. Puede que temieras por mí, Julian, pero no temías por ti, o de lo contrario no habrías corrido el riesgo de agarrarme mientras caía. Incluso ahora no puedo entender cómo pudiste cogerme.

—Quizá —le recordé— es que soy más fuerte que los hombres de Va-nah, pues mis músculos terrestres están acostumbrados a soportar una gravedad seis veces mayor que la de tu mundo. Si el mismo accidente hubiera tenido lugar en la Tierra, no habría sido capaz de detener tu caída.

XI

El ataque de los kalkars

El túnel en el que me encontraba y a través del cual me guiaba Nah-ee-lah hacia la ciudad de Laythe era notable en varios aspectos. En su mayor parte era de origen natural y consistía, aparentemente, en una serie de cuevas que debían haberse formado por burbujas de lava enfriada procedente del torrente original y que más tarde habían sido interconectadas por la mano del hombre para formar un pasillo subterráneo ininterrumpido. Por lo general, las propias cuevas eran más o menos esféricas y la rocalla de los pasillos que las conectaba había sido utilizada para rellenar el suelo de las cuevas e igualarlos entre sí. Por lo general, el sentido que seguía el túnel a partir de la entrada era ascendente, y se sentía una corriente de aire constante que se desplazaba en la misma dirección en la que nos movíamos, cosa que me hizo comprender que estaba bien ventilado en toda su longitud. Las paredes y el techo estaban cubiertos por una sustancia de la que, indudablemente, formaba parte el radio, pues incluso una vez que hubimos perdido de vista la entrada a las cuevas estas seguían bien iluminadas. Habíamos avanzando en silencio durante un buen trecho hasta que finalmente me dirigí a Nah-ee-lah.

—Debe resultar agradable —le dije— volver a recorrer este túnel tan familiar hasta tu ciudad natal. Yo también me sentiría muy feliz si me estuviera acercando a mi lugar de nacimiento.

—Me siento muy contenta por regresar a Laythe —me respondió— por varios motivos, pero me siento triste por otro; respecto a este túnel, no lo conozco mejor que tú, pues tan solo lo he atravesado en una ocasión con anterioridad, y fue cuando era muy pequeña y me trajo aquí mi padre, junto con su corte, para la inspección periódica de este túnel que hoy en día apenas tiene uso.

—Si no estás familiarizada con el túnel —le pregunté—, ¿estás segura de que no corremos el riesgo de extraviarnos en algún cruce equivocado o en una bifurcación errónea?

—No hay más que un camino —me respondió— que conduzca desde el cráter hasta Laythe.

—¿Y qué longitud tiene? —volví a preguntar—. ¿Llegaremos pronto a la ciudad?

—No —replicó—. Hay una gran distancia entre el cráter y la ciudad.

En aquel momento habíamos recorrido muy poca distancia, quizá unas cinco o seis millas, y ella apenas había terminado de hablar cuando un recodo del pasillo nos condujo hasta una cueva de mayores dimensiones que las que anteriormente habíamos atravesado y de la que partían dos pasillos divergentes.

—Creía que no había bifurcaciones —observé.

—No lo entiendo —dijo ella—. No existe ninguna bifurcación en el túnel de Laythe.

—¿Puede ser que nos encontremos en el túnel equivocado —le pregunté— y que este no conduzca a Laythe?

—Un momento antes estaba segura de que estábamos recorriendo el túnel correcto —me respondió—, pero ahora, Julian, no lo sé, pues jamás había oído hablar de una bifurcación en nuestro propio túnel.

Había avanzado hasta el centro de la cueva y nos encontrábamos entre las aberturas de los dos túneles divergentes.

—¿Cuál deberíamos tomar? —la interrogué, pero ella volvió a menear la cabeza.

—Lo ignoro —me dijo.

—¡Escucha! —exclamé—. ¿Qué ha sido eso?

Estaba seguro de que había escuchado un ruido surgiendo de uno de los túneles.

Estuvimos observando una de las aberturas desde la que se veía aproximadamente un centenar de yardas de túnel hasta que una curva lo ocultaba a nuestra vista. Escuchamos un ruido que poco después se demostró ser el sonido amortiguado de unas voces que se acercaban a lo largo del pasillo, y entonces repentinamente apareció tras la curva la figura de un hombre. Nah-ee-lah saltó a un lado arrastrándome con ella para ocultarnos de la vista.

—¡Un Kalkar! —susurró—. Oh, Julian, si nos descubren estamos perdidos.

—Si es solo uno, puedo ocuparme de él —le dije.

—Habrá más de uno —me aseguró—. Habrá muchos.

—Entonces, regresemos por el mismo camino por el que vinimos y subamos al borde del cráter antes de que nos descubran. Podemos arrojar al cráter las pértigas engarfiadas, incluyendo la que utilizamos para descender hasta la boca del túnel y así evitar que nos persigan.

—No podemos atravesar esta cueva hasta el lado opuesto sin que nos atrapen —me respondió—. Nuestra única esperanza está en ocultarnos en el otro túnel hasta que hayan pasado y esperar no encontrarnos con más en el interior.

—Entonces, vamos —dije—. Me desagrada la idea de huir como un conejo asustado, pero tampoco sería muy sabio enfrentarme a hombres armados sin una sola arma con la que defendernos.

Aunque nos habíamos comunicado en susurros brevemente, nos dimos cuenta de que las voces del otro túnel se habían acercado y creí notar una nota de excitación en ellas, aunque sus propietarios estaban demasiado lejos como para entender sus palabras. Avanzamos aprisa por el otro túnel con Nah-ee-lah a la cabeza, y tras girar en el primer recodo nos sentimos completamente a salvo, pues Nah-ee-lah estaba segura de que los hombres que habían interrumpido nuestro avance eran una partida de cazadores de camino al mundo exterior a través del cráter por el que habíamos penetrado en el túnel y que no tomarían la bifurcación en la que nos estábamos ocultando. Con esa seguridad nos detuvimos tras asegurarnos que no estábamos a la vista ni nos oirían desde la enorme cueva que acabábamos de abandonar.

—Ese hombre era un Kalkar —me explicó Nah-ee-lah—, y eso significa que nos encontramos en el túnel equivocado y que debemos volver sobre nuestros pasos y reanudar nuestra búsqueda de Laythe por la superficie.

El tono de su voz era cansado y apático, como si la esperanza hubiera abandonado de repente su valiente corazón. Estábamos de pie hombro con hombro en medio del estrecho pasillo y no pude reprimir el impulso de rodearla con un brazo y consolarla.

—No te desespere, Nah-ee-lah —le rogué—, no estamos peor que antes, y estamos mucho mejor que antes de escapar de los Va-gas de Ga-va-go. ¿Recuerdas que mencionaste un inconveniente en tu regreso a Laythe... que preferirías estar aquí que allí? ¿Por qué lo dijiste, Nah-ee-lah?

—Ko-tah quiere casarse conmigo —me contó—. Ko-tah es muy poderoso. Espera ser algún día Jemadar de Laythe. No podrá serlo mientras yo viva, a menos que me despose.

—¿Quieres casarte con él? —la interrogué.

—No; ahora ya no. Antes... —dudó un instante—, antes de abandonar Laythe no

me importaba mucho; pero ahora sé que no puedo casarme con Ko-tah.

—Y tu padre —continuó—, ¿qué hay de él? ¿Insistirá en casarte con Ko-tah?

—No puede ser de otra manera —me respondió ella—, pues Ko-tah es muy poderoso. Si mi padre se niega a autorizar mi matrimonio con él, Ko-tah puede expulsarlo del trono, y una vez muerto mi padre, si todavía me negara a casarme con él, podría asesinarme y convertirse en Jemadar con facilidad, pues la sangre de los Jemadars fluye por sus venas.

—Me da la sensación, Nah-ee-lah, que estarás tan mal en casa como en cualquier otro lugar de Va-nah. Me parece lamentable que no pueda llevarte a mi propia tierra, donde estarías completamente a salvo y feliz.

—Deseo que pudieras hacerlo, Julian —me respondió con sencillez.

Estaba a punto de responder cuando posó sus esbeltos dedos sobre mis labios.

—¡Silencio, Julian! —susurró—. Nos están siguiendo por este pasadizo. Vámonos, aprisa, debemos huir antes de que nos apresen.

Y diciendo así, se giró y corrió por aquel pasillo que conducía hasta un destino desconocido para ambos.

Pero pronto lo averiguamos, pues no habíamos recorrido más que una corta distancia cuando llegamos al final del túnel: una gran cámara circular en cuyo extremo se alzaba una tribuna sobre la que había un enorme altar profusamente tallado y una silla de características similares. Bajo la tribuna había otras sillas dispuestas en hileras con un amplio pasillo entre ellas. El mobiliario, aunque de extraño diseño y elaboradamente tallado con extrañas figuras de bestias sobrenaturales y reptiles, no era a pesar de todo diferente a los artículos que se fabricaban en la Tierra para el mismo propósito. Las sillas poseían cuatro patas, altos respaldos y amplios brazos, diseñadas en apariencia tanto para ser duraderas como útiles y cómodas.

Miré rápidamente alrededor mientras entrábamos en la sala, de cuyos detalles ya me ocuparía más tarde, y comprobé que no había más salidas que aquella por la que habíamos entrado.

—Tendremos que esperar aquí, Nah-ee-lah —le dije—. Sin embargo, quizá todo salga bien... puede que los Kalkars se muestren amistosos.

—No —me dijo moviendo la cabeza negativamente—, no van a mostrarse amistosos.

—¿Qué pueden hacernos? —la interrogué.

—Nos van a esclavizar —me respondió—, y pasaremos el resto de nuestras vidas trabajando sin descanso hasta que caigamos derrengados bajo el más cruel de los capataces, pues los Kalkars nos odian a los de Laythe y no dudarán ante nada que nos dañe o nos humille.

Apenas había terminado de hablar cuando apareció en la entrada de la cueva la figura de un hombre de mi altura aproximada y vestido con una túnica similar a la de Nah-ee-lah, pero fabricada evidentemente de cuero. Llevaba un cuchillo enfundado en una vaina que colgaba de una bandolera y en su mano derecha portaba una estilizada lanza. Tenía los ojos muy juntos, pegados a una prominente nariz aguileña, acuosos, casi de pez y de color azul. Su pelo era espeso, crecía profusamente sobre su escasa frente y era muy rubio. Poseía un físico admirable, a excepción de que andaba perceptiblemente encorvado. Tenía los pies muy grandes y su forma de andar era muy extraña. Tras él pude ver las cabezas y los hombros de algunos otros.

Permanecieron allí unos instantes sonriéndonos burlescamente, casi con

malevolencia, y finalmente penetraron en la caverna... casi una docena de ellos. Todos eran muy diferentes, con colores de pelo y ojos distintos, desde el rubio claro al moreno y del azul intenso al castaño.

Cuando salieron del pasillo se desplegaron y avanzaron lentamente hacia nosotros.

Estábamos arrinconados como ratas. ¡Cómo deseé haber sentido el peso de mi automática en la cadera! Les envidié las estilizadas lanzas y los puñales. Si tan solo hubiera podido disponer de una de aquellas armas, al menos podría haber tenido la oportunidad de librar a Nah-ee-lah de sus garras y salvarla del odioso destino de la esclavitud entre los Kalkars, pues yo había adivinado a qué tipo de esclavitud se había referido ella y sabía que ella preferiría morir a someterse a semejante destino. Por mi parte, el futuro me importaba poco; hacía tiempo que había abandonado toda esperanza de regresar a mi propio mundo, o de encontrar la nave y reunirme con West, Jay y Norton. No obstante, en ese momento me di cuenta de que desde que habíamos abandonado el poblado de los No-vans me había sentido muy feliz, y que debía atribuir aquel sentimiento a la compañía de Nah-ee-lah... un sentimiento que me hizo comprender que me sentiría completamente desdichado si la apartaban de mi lado. ¿Iba a permitir abúlicamente que nos apresaran y que me arrojaran a mí a la esclavitud y a ella a un destino aún peor, con tal de que no me separaran de ella? No; alcé una mano en dirección a los Kalkars para que se detuvieran.

—¡Alto! —les ordené—. Antes de que avancéis más, quiero saber vuestras intenciones hacia nosotros. Hemos entrado en este túnel por error, confundiéndolo con el que conduce a la ciudad de mi compañera. Permitidnos partir en paz y todo acabará bien.

—De todas maneras, todo acabará bien —respondió el líder de los Kalkars—. Eres una extraña criatura, tal y como nunca se ha visto una en Va-nah. No sabemos nada de ti, excepto que no eres un Kalkar y, por tanto, eres un enemigo nuestro; pero esa otra es de Laythe.

—¿No nos permitirás marchar en paz? —le interrogué.

—Ni de ninguna otra manera —me respondió riendo nasalmente.

Yo estaba de pie, en medio del pasillo entre las sillas, con una mano apoyada en una de ellas y cerca de la tribuna. En ese momento me giré hacia Nah-ee-lah, que estaba muy cerca de mí.

—Ven —le dije—, sígueme y permanece pegada a mí.

Varios Kalkars se aproximaban a nosotros a lo largo del pasillo y, cuando me giré hacia ellos tras hablar con Nah-ee-lah, levanté la silla sobre la que tenía posada la mano, y haciéndola girar velozmente alrededor de la cabeza la arrojé con todas mis fuerzas contra la cara del líder.

Cuando cayó, Nah-ee-lah y yo corrimos hacia delante, ganando un poco de terreno hacia la entrada del túnel; sin detenerme arrojé una segunda silla, una tercera y una cuarta en rápida sucesión.

Los Kalkars intentaron derribarnos con sus lanzas, pero estaban tan ocupados esquivando las sillas que no podían apuntar con precisión, y las que podrían habernos alcanzado quedaron desviadas por mi curioso sistema de defensa.

Cuatro Kalkars habían avanzado hacia nosotros por el pasillo central. El resto del grupo se había dividido; una mitad estaba rodeando la caverna por la izquierda y la otra mitad lo estaba haciendo por la derecha, con la intención evidente de penetrar por el pasillo central a nuestras espaldas. La maniobra había comenzado antes de que yo empezara a arrojar las sillas hacia los cuatro guerreros que se encontraban frente a nosotros, y cuando los que intentaban sorprendernos por la espalda advirtieron que podíamos llegar hasta la

entrada de la gruta, varios de ellos corrieron hacia nosotros por los pasillos laterales, lo que provocó que me girara y centrara mi atención en ellos. En cabeza iba un guerrero enorme que avanzaba saltando de silla en silla; como era el que se encontraba más cerca de mí, se convirtió lógicamente en mi primer blanco.

Las sillas eran muy pesadas, así que la que arrojé contra él lo alcanzó de lleno en el pecho con tal fuerza que le hizo soltar un aullido y lo arrojó contra las sillas que había tras él, donde quedó tirado como si fuera un trapo e inmóvil. A continuación centré mi atención sobre los que estaban frente a nosotros, todos los cuales habían caído ante mis enormes proyectiles. Tres de ellos yacían inmóviles, pero el cuarto había conseguido ponerse en pie y estaba a punto de arrojarnos su lanza. Detuve el lanzamiento con una silla y mientras aquel individuo se desplomaba vi por el rabillo del ojo que Nah-ee-lah recogía la lanza del primer Kalkar derribado y la lanzaba contra alguien que estaba a mis espaldas. Oí un aullido de rabia y dolor y me giré a tiempo de ver a otro Kalkar, caído casi a mis pies y con la lanza clavada en el corazón.

El camino frente a nosotros estaba temporalmente expedito, ya que los Kalkars a nuestras espaldas se habían detenido un momento, evidentemente indecisos ante los estragos que había causado con aquellos inesperados proyectiles ante los que no tenían defensa alguna.

—Recoge un par de cuchillos y un par de lanzas de los que han caído —le grité a Nah-ee-lah—, mientras yo detengo a esos.

Hizo lo que le pedí y retrocedimos lentamente hacia la boca del túnel. Para cuando llegamos hasta la zona despejada, cada uno armado con una lanza y un cuchillo, las sillas habían acabado con la mitad de nuestros enemigos.

—Ahora corre, Nah-ee-lah, corre como nunca lo has hecho en toda tu vida —le susurré a mi compañera—. Podré contenerlos hasta que llegues a la entrada del túnel y trepes hasta el borde del cráter. Si tengo suerte, te seguiré.

—No pienso dejarte, Julian —me respondió—. O nos vamos juntos, o no nos vamos.

—Pero debemos hacerlo así, Nah-ee-lah —insistí—, es por ti por lo que les estoy haciendo frente. ¿Qué me importa mi destino cuando aquí, en Va-nah, todos son mis enemigos?

La muchacha posó suavemente su mano en mi brazo.

—No pienso dejarte, Julian —repitió—, y esta es mi última palabra.

¡Los Kalkars del salón avanzaban ya hacia nosotros amenazadoramente!

—¡Alto! —les grité—. Ya veis qué final han encontrado vuestros compañeros por no dejarnos marchar en paz. Eso es todo lo que os pedimos. Ahora estoy armado, y mataré a cualquiera que ose seguirnos.

Se detuvieron y los vi murmurar entre sí mientras Nah-ee-lah y yo retrocedíamos por el túnel y llegábamos a un recodo que nos ocultó de su vista. A continuación nos dimos la vuelta y corrimos como ciervos a lo largo del serpenteante túnel. No sentí en ningún momento que estuviéramos seguros de que no nos capturaran, pero finalmente respiré más tranquilo cuando alcanzamos la gruta en la que los Kalkars habían comenzado a perseguirnos hasta llevarnos a un callejón sin salida y no vimos a ninguno más de ellos. No escuchamos ruidos de persecución, pero aquello por sí solo no significaba nada, ya que los Kalkars calzaban unas sandalias de cuero blando, un material que, al igual que los demás productos hechos de cuero, estaba fabricado con la piel de los Va-gas y de los prisioneros de Laythe.

Cuando llegamos a la pila de pértigas engarfiadas que señalaba el último giro antes de llegar a la entrada del túnel suspiré de alivio internamente. Me agaché, las recogí todas en una brazada y corrimos hasta la entrada del cráter, donde arrojé al abismo todas las pértigas menos una.

Enganché la que quedaba en el borde del cráter y a continuación me giré hacia Nah-ee-lah y le ordené que ascendiera.

—Deberías haber reservado dos pértigas —me dijo—, y así podríamos haber ascendido juntos; pero me daré prisa para que puedas seguirme de inmediato, pues no sabemos más que nos están persiguiendo, y no puedo concebir que nos dejaran escapar con tanta facilidad.

Mientras hablaba pude escuchar las pisadas de unos pies calzados con sandalias en el túnel.

—Aprisa, Nah-ee-lah —le grité—. ¡Ya vienen!

En el mejor de los casos, trepar por una pértiga es un trabajo lento, pero cuando uno ha de hacerlo al borde de un precipicio sin fondo y no se tiene la seguridad de que el garfio que sujeta la pértiga se mantenga firme, es preciso hacerlo con mucha cautela. Y aun así, Nah-ee-lah trepó con tanta rapidez que me llenó de preocupación por su seguridad. Mis temores no estaban enteramente infundados, pues como yo me encontraba en la entrada del túnel, donde podía vigilar con un ojo a Nah-ee-lah y con el otro el recodo por el que en su momento deberían aparecer nuestros perseguidores, vi que la joven se agarraba con una mano al borde del cráter en el mismo instante en que el garfio se desenganchaba y la pértiga caía por mi lado hacia el abismo. Podría haberla agarrado durante su caída, pero tenía toda mi atención centrada sobre Nah-ee-lah y el grave peligro que corría. ¿Sería capaz de alzarse o caería? La vi esforzarse frenéticamente por alzar su cuerpo por sobre el borde del volcán, y entonces por el túnel al que daba la espalda me llegó un grito de victoria y me giré para enfrentarme a un musculoso Kalkar que corría hacia mí.

X La ciudad Kalkar

En ese momento, en verdad, tuve motivos para maldecirme por mi estupidez al arrojar al abismo todas las pértigas engarfiadas salvo una, pues la que había reservado se había perdido y yo me encontraba sin medios para escapar del túnel.

Mientras aquel tipo corría velozmente hacia mí le arrojé la lanza, pero como no estaba acostumbrado a aquel tipo de armas, fallé y un instante más tarde estaba sobre mí, dejando caer su propia lanza al mismo tiempo que saltaba a mi encuentro, pues resultaba evidente que su intención era atraparme vivo e ileso. En aquel momento pensé que ya era mío, pues me creía muy superior a él, pero en todos los tipos de lucha existen trucos y aquel guerrero selenita estaba evidentemente muy bien entrenado en sus propios métodos de combate. Me pareció que apenas me tocaba, y sin embargo consiguió ponerme la zancadilla y empujarme simultáneamente de manera que caí pesadamente de espaldas, aunque conseguí girarme a tiempo para evitar golpear la pared del túnel con la cabeza. Esto es lo último que recuerdo, pues cuando recuperé la consciencia me encontraba en la misma caverna en la que Nah-ee-lah y yo habíamos visto por primera vez a los Kalkars. Estaba rodeado por un grupo de ocho Kalkars, dos de los cuales medio cargaban conmigo y medio me arrastraban. Más tarde me enteré que durante la lucha ante aquella tribuna había acabado con la vida de cuatro de ellos.

El individuo que me había capturado estaba de un humor excelente, indudablemente a causa de su victoria, y cuando se enteró de que yo había recuperado la consciencia, comenzó a charlar conmigo.

—Pensaste que podrías escapar de Gaphth, ¿verdad? —me gritó—. Pues nunca lo habrías conseguido; podrías escapar de los otros, pero no de mí... no, no de Gaphth.

—Pero he logrado hacer lo más importante —repliqué, deseando saber si Nah-ee-lah había escapado.

—¿Y de qué se trata? —me interrogó Gaphth.

—He conseguido que mi compañera escapara —le respondí.

Aquel individuo hizo una mueca ante mis palabras.

—Si Gaphth hubiera llegado un momento antes, ella tampoco habría escapado —afirmó, y gracias a aquellas palabras supe que la joven había escapado, a menos que hubiera caído al cráter. Sentía que mi captura merecería la pena si con ella había conseguido ganar la libertad para Nah-ee-lah.

—Aunque no he conseguido escapar en esta ocasión —le dije—, sí lo haré en la próxima.

—No habrá próxima ocasión —me dijo mientras reía groseramente—, pues te estamos llevando a la ciudad y, una vez allí, no hay huida posible, pues esta es la única vía por la que se puede llegar al mundo exterior y una vez que estés dentro de la ciudad te será imposible desandar tus pasos hasta la boca del túnel.

Yo no estaba muy convencido de aquellas palabras, pues mi sentido de la orientación y de la ubicación está muy desarrollado. El grado de perfección en orientación alcanzado por algunos oficiales de la Flota Internacional de Paz ha sido descrito como casi milagroso, e incluso entre tales oficiales mi habilidad en esta materia provocaba comentarios. Por tanto, me alegré de que aquel individuo me lo hubiera advertido, pues a partir de aquel momento estaría particularmente atento a cada retazo de información que

podiera fijar en mi memoria a través de la ruta que recorriamos. Desde la gruta en la que había recuperado la consciencia no había más que un solo camino hasta la boca del túnel, pero desde allí hasta la ciudad debía grabarme cada giro y bifurcación y cruce en la memoria y dibujarme un mapa detallado de la ruta completa.

—Ni tan siquiera encerramos a nuestros prisioneros —continuó Gaph—. Una vez que los marcamos, queda determinada su propiedad.

—¿Cómo los marcáis? —le pregunté.

—Los marcamos aquí con un hierro al rojo —me dijo mientras posaba un dedo sobre mi frente, justo por encima de los ojos.

«Qué agradable» pensé. A continuación, añadí en voz alta:

—¿Y yo te perteneceré?

—No lo sé —me respondió—, pertenecerás a quien decidan Los Veinticuatro durante el reparto.

Continuamos adelante en silencio durante un considerable trecho. Yo estaba ocupado tomando notas mentales de cada saliente característico que pudiera servirme cuando volviera a recorrer aquella ruta, pero no encontré más que un pasillo serpenteante suavemente ascendente, sin cruces ni bifurcaciones, hasta que llegamos al pie de una larga escalera de piedra en cuya cima emergimos a una enorme cámara en cuyas paredes debían abrirse al menos una docena de portales ante los que, para mi enorme decepción, me vendaron los ojos.

Me hicieron dar varias vueltas, pero lo hicieron a la ligera, pues tan solo di un giro completo y fueron a detenerme justo en la misma posición en la que había estado. Estaba seguro de ello, pues en el Servicio Aéreo el sentido de la orientación se pone a prueba precisamente con este tipo de ejercicios. A continuación me llevaron en línea recta hacia un portal situado exactamente en el extremo opuesto del que había entrado en la cámara. Pude advertir cuándo abandonamos la enorme sala y penetramos en el túnel debido al sonido diferente que hacían nuestros pasos.

Avanzamos por este túnel durante noventa y siete pasos, a continuación giramos repentinamente a la derecha y tras avanzar treinta y tres pasos penetramos en otra sala, cosa que pude notar de nuevo en el instante en que cruzamos el umbral por el sonido de nuestros pasos. Me hicieron recorrer la sala un par de veces con la intención evidente de desorientarme, aunque no lo consiguieron, pues cuando volvieron a introducirme en un túnel supe que era el mismo por el que acabábamos de salir y que retrocedíamos sobre nuestros pasos. Esta vez retrocedimos treinta y tres pasos y giramos a la derecha. No pude evitar sonreírme cuando noté que estábamos recorriendo el mismo pasillo que habíamos recorrido inmediatamente después de que me hubieran vendado los ojos por primera vez; aquella pequeña excursión a través del corto túnel hacia la segunda sala no había tenido otra intención más que intentar desorientarme. Poco después, a los pies de una escalera, me quitaron el vendaje de los ojos, evidentemente satisfechos ahora de que yo fuera incapaz de desandar mis pasos y encontrar el túnel principal que conducía hasta el cráter, aunque, de hecho, yo habría sido capaz de retroceder sobre mis pasos incluso con los ojos vendados.

A partir de este punto estuvimos subiendo una escalera interminable, atravesamos numerosos túneles y cámaras, todos iluminados por aquella sustancia cargada de radio que cubría techos y paredes, y en su momento fuimos a emerger a una terraza que se abría al aire libre, donde pude obtener mi primera visión de una ciudad selenita. Estaba construida alrededor de un cráter, y habían levantado los edificios en terrazas a partir de su borde; aquellas terrazas estaban dedicadas a la plantación de huertos y de árboles frutales y

arbustos de bayas. La ciudad se elevaba varios cientos de pies, y las casas, tal y como supe más tarde, se construían unas sobre otras, por lo que la mayoría de ellas carecían de ventanas que se abrieran al mundo exterior.

Me condujeron por una terraza durante un trecho, y durante aquella breve oportunidad para observar mi entorno deduje que habían cultivado los huertos sobre los techos de los edificios dispuestos en gradas descendentes. A mi derecha podía ver las terrazas en escalones que se extendían hasta el borde del cráter. Casi todas estaban cubiertas de vegetación, y en numerosos lugares vi lo que parecían ser Va-gas que se alimentaban de las plantas. Más tarde supe que aquello era cierto, y que los Kalkars, cuando eran capaces de capturar miembros de la raza de los Va-gas, los mantenían en cautividad y los alimentaban como ganado para consumir su carne. Es necesario, hasta cierto punto, cambiar la dieta de los Va-gas hasta transformarla en una casi exclusivamente vegetariana, aunque esta dieta recibe el añadido suplementario de la carne de los Kalkars, y de los esclavos laytheanos, que murieran. Así los Va-gas se veían impelidos a servir con un doble propósito: producir carne para los Kalkars y actuar como animales carroñeros.

A mi izquierda se alineaban las fachadas de los edificios, todos de dos alturas, con alguna estilizada torre ocasional que se elevaba quince, veinte y a veces hasta treinta pies de los huertos colgantes. Mis captores me condujeron hasta el interior de uno de estos edificios tras recorrer una corta distancia, donde me encontré en un amplio aposento en el que había varios Kalkars varones y un escritorio situado frente a la entrada en el que estaba sentado un hombre grande y completamente calvo que aparentaba una edad considerable. Gaph me condujo ante aquel hombre, al que relató mi captura y la huida de Nah-ee-lah.

El individuo ante el que me habían llevado me interrogó brevemente. No hizo comentario alguno cuando le conté que venía de otro mundo, pero examinó mi ropa cuidadosamente y, tras un rato, se dirigió a Gaph.

—Lo retendremos para que sea interrogado por Los Veinticuatro —le dijo—. Si no es de Va-nah, no es ni Kalkar ni laytheano y, en consecuencia, debe pertenecer a un orden de carne inferior y puede ser comido. —Hizo una pausa y se inclinó para examinar un grueso libro que parecía lleno de esquemas sobre los que aparecían extraños jeroglíficos. Pasó varias hojas hasta que finalmente llegó a la página que evidentemente estaba buscando; la recorrió lentamente con el índice hasta que llegó al centro del esquema—. Puedes confinarlo aquí —le dijo a Gaph—, en la cámara Ocho de la sección Veinticuatro, en la elevación Séptima y podrás sacar provecho de él cuando se reciban las órdenes correspondientes en cuanto Los Veinticuatro lo hayan interrogado. —Y a mí—: Es imposible que puedas escapar de la ciudad, pero si lo intentas, puede que nos resulte difícil encontrarte de inmediato, y cuando lo consigamos serás torturado hasta la muerte como ejemplo para los otros esclavos. ¡Vete!

Me marché siguiendo a Gaph y a los otros que me habían conducido ante aquel individuo.

Me llevaron de regreso al mismo túnel por el que habíamos emergido a la terraza y hasta el corazón de aquel asombroso laberinto durante una media milla; a continuación me arrojaron al interior de un aposento situado en el túnel de la derecha con la admonición de que me quedara allí hasta que vinieran a buscarme. Me encontraba en una habitación rectangular tenuemente iluminada y pobremente ventilada, y en un primer vistazo descubrí que no me encontraba solo, pues un hombre estaba sentado sobre un camastro adosado a la pared opuesta. Levantó la cabeza en cuanto entré y vi que sus rasgos eran muy hermosos y que su cabello era negro como el de Nah-ee-lah. Me miró durante unos instantes con una

expresión de desconcierto en los ojos y a continuación me habló:

—¿Tú también eres un esclavo? —me preguntó.

—No soy un esclavo —repliqué—. Soy un prisionero.

—Es lo mismo —me dijo—. Pero, ¿de dónde vienes? Jamás he visto a uno de los tuyos en Va-nah.

—No soy de Va-nah —le respondí y a continuación le conté brevemente mi origen y cómo había llegado a aquel mundo.

Tengo el convencimiento de que no me entendía, pues aunque parecía ser, y de hecho lo era, muy inteligente, no podía concebir algo que jamás había experimentado por sí mismo y en ese aspecto no difería en absoluto de los hombres de la Tierra más inteligentes y educados.

—¿Y tú? —le pregunté finalmente—. No eres un Kalkar. ¿De dónde eres?

—Soy de Laythe —me respondió—. Caí fuera de la ciudad y me capturó una de sus partidas de caza.

—¿A qué se debe esta enemistad entre los habitantes de Laythe y los Kalkars? —le interrogué—. ¿Quiénes son los Kalkars?

—No eres de Va-nah, eso me resulta evidente, o no me habrías hecho esa pregunta. La palabra *Kalkar* deriva de la corrupción de un término que significa *Los Pensadores*. Hace muchas eras formábamos una sola raza, un pueblo próspero que vivía en paz con todos los habitantes de Va-nah. Criábamos a los Va-gas por su carne, tal y como hacemos hoy en día en el interior de nuestra ciudad de Laythe y tal y como hacen los Kalkars en su ciudad. Nuestras ciudades, pueblos y aldeas cubrían las faldas de las montañas y llegaban hasta el mar. Todos los rincones de los tres océanos conocían nuestros barcos, y nuestras ciudades estaban conectadas por una red de rutas recorridas por trenes impulsados por la energía eléctrica —no utilizó la palabra trenes, sino un término que podría traducirse libremente como «naves terrestres»—, mientras que otros grandes cargueros cruzaban el aire. Nuestros sistemas de comunicación entre puntos distantes quedaron simplificados por la ciencia por medio del uso de la energía eléctrica, con el resultado de que aquellos que vivían en una parte de Va-nah podían hablar con aquellos que vivían en otro lugar de Va-nah, aunque se encontraran en los extremos más remotos del mundo. Existían diez grandes divisiones, cada una de ellas gobernada por un Jemadar, y cada una de ellas competía con las demás en los servicios que ofrecía a sus habitantes. Había habitantes que disfrutaban de una elevada posición, y los había que pertenecían a una posición más baja; los había ricos y los había pobres, pero los favores del Estado se distribuían por igual entre ellos, y los hijos de los pobres disfrutaban de las mismas oportunidades de educación que los hijos de los ricos, y entonces comenzaron nuestros problemas. Existe un dicho en nuestro pueblo: «no hay mejor enseñanza que la que es comedida», y opino que eso es muy cierto cuando pienso en la historia de mi mundo, donde, a medida que las masas iban siendo educadas, iban formando pequeños grupúsculos que comenzaron a criticar a cualquiera que tuviera unos conocimientos o un poder superiores a los de ellos. Finalmente, se organizaron en el seno de una sociedad secreta llamada «Los Pensadores», aunque son más conocidos entre el resto de los habitantes de Va-nah como «Aquellos que creen que Saben». Se trata de una larga historia, pues abarca un extenso período de tiempo, pero el resultado fue que, aunque lentamente al principio y con mayor rapidez al final, Los Pensadores, que hablaban más que pensaban, sembraron el descontento entre la población hasta que finalmente se produjo un levantamiento y tanto el gobierno como el comercio de nuestro mundo quedaron en sus manos. Los Jemadars fueron expulsados y la clase gobernante quedó apartada del poder y

la mayoría fueron asesinados, aunque algunos consiguieron huir y así fue como mis ancestros fundaron la ciudad de Laythe.

»Existe la creencia de que hay ciudades similares en lugares remotos de Va-nah, habitadas por los descendientes del Jemadar y de las clases nobles, pero Laythe es la única ciudad de la que tengo conocimiento. Los Pensadores no trabajaban, y el resultado fue que tanto el Gobierno como el comercio cayeron rápidamente en la decadencia. No poseían ni la formación ni la inteligencia necesarias para desarrollar nuevas ideas, pero tampoco fueron capaces de sacar adelante las antiguas por las que habían sido gobernados. Las artes y las ciencias languidecieron y murieron junto con el comercio y el Gobierno, y Va-nah se vio abocada a la barbarie. Los Va-gas vieron su oportunidad y se sacudieron el yugo que los había sometido durante incontables eras. Al igual que los Kalkars habían expulsado a la nobleza hacia las elevadas montañas, lo mismo hicieron los Va-gas con los Kalkars. Prácticamente cualquier vestigio de la antigua cultura y de los avances comerciales de Va-nah desapareció de la superficie del mundo. Los habitantes de Laythe hemos preservado nuestros conocimientos durante muchos siglos, pero nuestro número no ha aumentado.

»Muchas generaciones se sucedieron antes de que los laytheanos pudieran erigir su refugio en la ciudad de Laythe, y durante aquel período ellos también perdieron todo contacto con la ciencia y el progreso y la cultura del pasado. Tampoco había manera posible de volver a levantar lo que los Kalkars habían derribado, ya que habían destruido todos los documentos escritos y todos los libros de todas las bibliotecas de Va-nah. Y así se ven ambas razas, arrastrando una precaria existencia en la que apenas existen posibilidades de realizar progreso alguno; eso se encuentra mucho más allá de la capacidad intelectual de los Kalkars, y los laytheanos son muy inferiores en número para poder llevar a cabo nada.

—Parece una situación desesperanzada —le dije—, casi tanto como la nuestra. Me imagino que no existe ninguna posibilidad de fuga de esta ciudad Kalkar, ¿verdad?

—No —me aseguró—; ninguna en absoluto. Tan solo existe un camino, y estábamos tan confundidos cuando fuimos traídos aquí que nos resultaría imposible encontrar una salida a través de ese laberinto de túneles y cámaras.

—Y si alcanzáramos el mundo exterior estaríamos en una situación igualmente peligrosa, pues jamás podríamos encontrar Laythe, y tarde o temprano los Kalkars volverían a capturarnos o seríamos presa de los Vagas. ¿Estoy en lo cierto?

—No —me dijo—, estás equivocado. Si pudiera llegar al borde del cráter más allá de la ciudad, podría encontrar el camino a Laythe. Conozco bien la ruta, pues soy uno de los cazadores de Ko-tah y estoy perfectamente familiarizado con el territorio que rodea Laythe hasta una gran distancia.

Así que este era uno de los hombres de Ko-tah. Me alegré mucho por no haber mencionado a Nah-ee-lah ni su posible huida, ni mi relación con ella.

—¿Y quién es Ko-tah? —le pregunté fingiendo ignorancia.

—Ko-tah es el noble más poderoso de Laythe —me contó—. Algún día será Jemadar, pues ahora que Nah-ee-lah, la princesa, ha muerto, y Sagroth, el Jemadar, envejece, no pasará mucho tiempo antes de que se produzca el cambio.

—Y si la princesa regresara a Laythe —le pregunté—, ¿aún así Ko-tah se convertiría en Jemadar tras la muerte de Sagroth?

—Será Jemadar bajo cualquier circunstancia —replicó mi compañero—, pues si la princesa no hubiera sido arrastrada por el viento que corre, Ko-tah la habría desposado, a menos que ella lo rechazara, en cuyo caso ella moriría... ya sabes que la gente muere.

—¿Entonces, no sientes lealtad alguna por tu viejo Jemadar, Sagroth, o por su hija,

la princesa? —le pregunté.

—Todo lo contrario, siento una gran lealtad hacia ellos, pero como muchos otros, temo a Ko-tah, pues es muy poderoso y sabemos que tarde o temprano se convertirá en el gobernante de Laythe. Ese es el motivo de que muchos miembros de la alta nobleza se hayan acercado a él... Ko-tah alimenta sus filas a través del miedo, no del amor.

—¡Pero la Princesa! —exclamé—. ¿No se alzarían los nobles en su defensa?

—¿De qué serviría? —me preguntó—. Los habitantes de Laythe vivimos confinados entre los muros de nuestra ciudad prisión. No existe en esta vida un futuro brillante hacia el que podamos mirar, pero puede que las próximas reencarnaciones nos deparen unas perspectivas más favorables. Así, no resulta una crueldad matar a aquellos que viven bajo el caótico reino de la anarquía que ha reducido Va-nah al salvajismo.

Entendí en gran medida su desesperado punto de vista y me di cuenta de que aquel hombre no era malo o desleal, sino que, como el resto de su raza, se había visto abocado a un estado de desesperanza resultado de eras de regresión de la que no veían salida.

—Puedo encontrar el camino hasta la entrada del túnel que se abre al cráter —le confié—. Pero, ¿cómo podremos atravesar desarmados una ciudad poblada de enemigos que nos matarían nada más vernos?

—Nunca hay demasiada gente en los túneles o en las cámaras más alejadas de las terrazas, y si nos marcaran en la frente como esclavos, tal y como hacen con los esclavos aceptados, y si tu atuendo no fuera tan llamativo, podríamos llegar al túnel desarmados.

—Sí —admití—, mi atuendo es una desventaja. Llamaría la atención inmediatamente sobre nosotros; no obstante, merece la pena correr el riesgo, pues sé que puedo encontrar el camino al cráter y prefiero morir a permanecer esclavo de los Kalkars.

La verdad del asunto era que no era tanto el aborrecimiento que sentía por lo que me deparaba el destino como mi deseo por saber si Nah-ee-lah había conseguido escapar. Me sentía constantemente asaltado por el terrible temor de que su asidero en el borde del cráter hubiese fallado y ella se hubiese visto arrojada al interior del abismo. Gaphth creía que había escapado, pero yo sabía que podría haber caído sin que ninguno de los dos la hubiéramos visto, ya que yo había enganchado la pértiga que ella había utilizado un poco más allá de la boca del túnel, de manera que si su sostén hubiese fallado, ella habría caído sin pasar frente a la apertura. Cuanto más pensaba en ello, más ansioso me sentía por llegar a Laythe y comenzar su búsqueda.

Mientras continuábamos con nuestra discusión sobre las posibilidades de fugarnos, dos esclavos nos trajeron una comida consistente en vegetales crudos y fruta. Los examiné cuidadosamente en busca de armas, pero no tenían ninguna, circunstancia que les salvó la vida.

Podría haber utilizado sus ropas si no hubieran sido esclavos, pero yo estaba bosquejando un plan más intrépido que aquel y debía esperar pacientemente a que se presentara una oportunidad favorable para su puesta en marcha.

Tras comer sentí sueño, y ya estaba a punto de tumbarme sobre el suelo de nuestra prisión cuando mi compañero, que se llamaba Moh-goh, me informó que había un dormitorio junto a la habitación en la que nos encontrábamos y que había sido dispuesto para nuestro uso.

La puerta que conducía al dormitorio estaba cubierta con unas pesadas colgaduras y cuando las aparté y penetré en la cámara contigua, me encontré sumido en una oscuridad casi completa, ya que ni las paredes ni el techo habían sido tratados con la capa luminosa utilizada en los pasillos y aposentos que deseaban mantener iluminados. Más tarde supe que

sus dormitorios quedaban así de oscurecidos a propósito. En un ángulo de la habitación había un montón de vegetación seca que adiviné que serviría en caso de que necesitara un colchón o una manta. Sin embargo, no me hicieron falta en absoluto, pues me había acostumbrado a dormir en los lugares más incómodos desde que había abandonado mi lujoso camarote a bordo de la *Barsoom*. Ignoro cuánto tiempo dormí, pero me despertó la voz de Moh-goh que me llamaba. Estaba inclinado sobre mí y me sacudía por los hombros.

—Te requieren —musitó—. Vienen a llevarnos ante Los Veinticuatro.

—Diles que se vayan al diablo —le dije, pues estaba profundamente dormido y le hablé entre sueños. Evidentemente, él ignoraba qué significaba «diablo», pero estaba claro que juzgó por mi tono de voz que mi respuesta suponía una falta de respeto hacia los Kalkars.

—No provoques su ira —me aconsejó—, tan solo vas a conseguir que tu destino empeore. Cuando Los Veinticuatro ordenan, todos obedecemos.

—¿Quiénes son Los Veinticuatro? —le pregunté.

—Componen el comité que gobierna esta ciudad Kalkar.

Ya estaba totalmente despierto y me puse en pie para seguirlo hasta la cámara anexa, donde vi a dos guerreros Kalkars que nos esperaban con aspecto impaciente. Cuando los vi, una frase me vino a la mente y allí permaneció, repitiéndose: «No son más que dos, no son más que dos».

Estaban frente a nosotros, al otro lado de la habitación junto a la entrada, y Moh-goh se encontraba muy cerca de mí.

—No son más que dos —le susurré en voz muy baja—, tú te ocupas de uno y yo de otro. ¿Te atreves?

—Me ocuparé del de la derecha —replicó, y juntos atravesamos la habitación lentamente hacia los confiados guerreros.

En el mismo momento en que los tuvimos a nuestro alcance saltamos sobre ellos simultáneamente. No vi cómo atacó Moh-goh a su contrario, pues yo estaba muy ocupado con el mío, aunque tan solo me costó un instante acabar con él, pues le asesté un único y potente puñetazo en la barbilla y cuando cayó salté sobre él, le arrebaté el puñal de su funda y se lo clavé en el corazón antes de que se recuperase de mi puñetazo. A continuación me giré para ayudar a Moh-goh tan solo para descubrir que no necesitaba de mi asistencia, pues ya se estaba apartando del cuerpo de su antagonista, cuya garganta había cortado de oreja a oreja con su propia arma.

—¡Aprisa! —le grité a Moh-goh—. Arrastrémoslos hasta el dormitorio antes de que nos descubran.

Un momento después depositamos los dos cadáveres en el oscuro apartamento contiguo.

—Vamos a salir de la ciudad vestidos como guerreros Kalkars —le dije mientras empezaba a quitarle el equipo y la ropa al hombre que acababa de matar.

—No es mala idea —me dijo Moh-goh sonriendo—. Si eres capaz de encontrar el camino hasta el cráter, tendremos una oportunidad de escapar.

Tan solo tardamos unos instantes en efectuar el cambio y, tras ocultar los cadáveres bajo la vegetación que nos había servido como cama y salir a la otra habitación, donde nos inspeccionamos cuidadosamente el uno al otro, concluimos que si no nos miraban detenidamente podríamos atravesar seguros los túneles que se extendían bajo la ciudad Kalkar, pues sus habitantes son de una raza mestiza que abarca diferentes tipos. Mi complexión, que difería grandemente tanto de los Kalkars como de los laytheanos,

constituía nuestro mayor peligro, pero debíamos correr el riesgo y al menos estábamos armados.

—Condúcenos —me dijo Moh-goh—, y si eres capaz de encontrar el cráter, te aseguro que podrás llegar a Laythe.

—Muy bien —le dije—. Vamos.

Salimos al pasillo y avanzamos confiadamente en dirección hacia donde yo sabía que encontraríamos los túneles y escaleras por los que me habían llevado desde el túnel del cráter.

Estaba tan seguro de nuestro éxito como si estuviera paseando por el barrio más conocido de mi ciudad natal.

Viajamos una distancia considerable sin encontrarnos con nadie, y finalmente llegamos a la cámara en la que me habían vendado los ojos. Cuando entramos en ella vimos más de una veintena de Kalkars recostados sobre los bancos o descansando sobre la vegetación esparcida por el suelo. Levantaron la mirada cuando entramos y al mismo tiempo Moh-goh se puso ante mí.

—¿Quiénes sois y a dónde os dirigís? —nos interrogó uno de los Kalkars.

—Cumplimos órdenes de Los Veinticuatro —le respondió Moh-goh mientras penetraba en la habitación.

Al instante advertí que ignoraba qué dirección tomar y que esa indecisión podría echarlo todo a perder.

—Todo recto, al otro lado de la sala —le susurré, y él echó a andar con paso enérgico hacia la entrada del túnel.

Afortunadamente para nosotros, aquella sala no estaba excesivamente iluminada y los Kalkars se encontraban al otro extremo; de lo contrario, habrían descubierto sin dudas mi engaño, pues cualquier mirada más atenta habría puesto en evidencia el hecho de que yo no era de Va-nah. No obstante, no nos detuvieron, aunque yo tenía la certeza de que uno de ellos me miró con desconfianza y he de admitir que di mis últimos veinte pasos manteniendo la respiración.

Sin embargo fue un proceso rápido y en un instante nos encontramos en el túnel que conducía directamente al cráter sin tener que pasar por más bifurcaciones confusas.

—Hemos sido muy afortunados —le dije a Moh-goh.

—Sí que lo hemos sido —replicó.

A continuación, y en silencio para que pudiéramos oír cualquier señal de persecución o de Kalkars frente a nosotros, apresuramos el paso a lo largo del túnel descendente que conducía a la entrada del cráter; finalmente, cuando giramos un recodo y vimos la luz del día frente a nosotros, lancé un profundo suspiro de alivio, aunque mi felicidad se convirtió bruscamente en desesperación al advertir que no había pértigas engarfiadas con las que ayudarnos a alcanzar el borde del cráter. ¿Qué podíamos hacer?

—Moh-goh —le dije a mi compañero cuando nos detuvimos a la salida del túnel—, no hay pértigas con las que ascender. Lo había olvidado, pero para evitar que los Kalkars subieran detrás de mí, las arrojé todas menos una al abismo, y la que reservé se soltó del borde y también se perdió justo en el momento en que mis perseguidores estaban a punto de alcanzarme.

No le había contado a Moh-goh que había tenido una compañera ya que me habría resultado muy difícil responder a cualquier pregunta que me hiciera al respecto sin comprometer la identidad de Nah-ee-lah.

—Oh, podemos solventar ese problema —me respondió mi compañero—. Tenemos

estas dos lanzas, que son extremadamente resistentes, y además como disponemos de mucho tiempo podemos arreglarlas de manera que nos permitan ascender hasta el borde del cráter. Es una suerte que no nos hayan perseguido.

Las lanzas Kalkars disponían de una pequeña hoja en forma de media luna en la base de su punta similar a las de mayor tamaño de los Va-gas. Moh-goh pensó que podríamos empalmar fuertemente las dos lanzas y enganchar el pequeño garfio de la superior al borde del cráter, y a continuación probar meticulosamente su resistencia antes de que intentáramos el ascenso. Bajo su túnica llevaba una cuerda enrollada alrededor de la cintura que, según me explicó, formaba parte del equipamiento de cualquier laytheano. Su idea era la de atar uno de los extremos alrededor de la cintura del que ascendiera en primer lugar, y que el otro retrocediera todo lo posible hacia el interior del túnel para que, en caso de que el agarre fallara, el escalador se salvara de la muerte, aunque me imaginé que no se libraría de una violentísima sacudida y algunas importantes magulladuras en el mejor de los casos.

Me ofrecí a escalar en primer lugar y comencé a atarme el extremo de la cuerda alrededor de la cintura mientras Moh-goh empalmaba fuertemente las dos lanzas con un trozo de cuerda que había cortado del otro extremo. Trabajó rápidamente con dedos ágiles y hábiles y con aspecto de saber muy bien lo que se hacía. En caso de que llegara a salvo a la cima, debía alzar las lanzas y a continuación tirar de Moh-goh con la cuerda.

Una vez que hube asegurado la cuerda a mi gusto, me acerqué al borde del abismo tanto como me atrevía, y levanté la mirada hacia el cráter, a unos veinte pies por encima de mi cabeza, en un vano intento por seleccionar desde allí abajo, si me era posible, un lugar razonablemente seguro en el que enganchar el garfio. Mientras así me encontraba junto al borde de la eternidad, sujetándome con una mano a la pared del túnel, me llegó desde su interior un sonido inequívoco.

Moh-goh también lo había escuchado, y me miró mientras movía con tristeza la cabeza y se encogía de hombros.

—Todo está en nuestra contra, Hombre de la Tierra —me dijo, pues ese era el nombre que me había dado desde que le había dicho cómo se llamaba mi planeta.

XI Reunión con Ko-tah

No teníamos a la vista aún a nuestros perseguidores, pero yo sabía por la cercanía del sonido de sus pasos que nos sería imposible terminar de empalmar las lanzas, encontrar un lugar seguro donde enganchar el garfio y trepar hasta el borde del cráter y tirar de Moh-goh antes de que cayeran sobre nosotros. Nuestra situación parecía casi desesperada. No era capaz de idear un plan de retirada aunque me esforzaba en ello, y mientras permanecía allí de pie, con la cabeza inclinada y la mirada fija en el suelo del túnel, mis ojos se posaron sobre la cuerda cuidadosamente enrollada a mis pies, uno de cuyos extremos lo tenía atado alrededor de la cintura. Al instante tuve una idea descabellada. Levanté la vista hacia el borde del cráter. ¿Podría hacerlo? Tenía una oportunidad... la menor fuerza gravitatoria de la Luna situaba aquel intento dentro de los límites de lo posible; y sin embargo, los estándares de la Tierra establecían que aquello era imposible. No esperé, no podía esperar, pues si me hubiera detenido un minuto más a reflexionar sobre el asunto, no habría tenido el nervio necesario para intentarlo. A mis espaldas se abría un abismo que conducía a las profundidades del espacio y al que me vería arrojado si mi descabellado plan fallaba; pero ¿qué importaba? Mejor la muerte que la esclavitud. Me agaché todo lo que me fue posible, y a continuación, concentrando todas mis facultades en conseguir una coordinación absoluta de mente y músculos, salté directamente hacia arriba con toda la fuerza de mis piernas.

¿Y en qué pensé durante aquellos instantes en los que mi vida quedó en suspenso? ¿En mi hogar, en la Tierra, en mis amigos de la niñez? No, pensé en una cara pálida y encantadora, con ojos grandes y oscuros y una frente perfecta, coronada por una cabellera negra como ala de cuervo. Era la imagen de Nah-ee-lah, la Doncella de la Luna, que de poder haber llevado conmigo a la eternidad no me habría importado morir en ese instante.

Pero no morí. Mi salto me llevó por encima del borde del cráter, al que me agarré yendo a caer con los brazos abiertos sobre el suelo. Al instante me di la vuelta, me tumbé boca abajo y tiré de la cuerda con ambas manos.

—¡Aprisa, Moh-goh! —le grité a mi compañero—. ¡Átate la cuerda, agarra las lanzas y yo tiraré de ti!

—Tira —me respondió al instante—. No tengo tiempo de atarme la cuerda alrededor. Están casi sobre mí, tira y sé rápido.

Hice como me dijo, y poco después sus manos se agarraban al reborde del cráter y con mi ayuda llegaba a la cima arrastrando tras de sí las lanzas. Estuvo unos instantes mirándome en silencio con una expresión muy extraña en el rostro; a continuación, meneó la cabeza.

—Todavía no lo entiendo —me dijo—. ¿Cómo lo has hecho? Ha sido increíble.

—Yo mismo apenas creía poder conseguirlo —le respondí—, pero cualquier cosa es preferible a la esclavitud.

Desde abajo nos llegaban las voces de los Kalkars discutiendo acaloradamente. Moh-goh cogió un trozo de roca e inclinándose sobre el borde del cráter la arrojó sobre ellos.

—He eliminado a uno —me dijo entre risas—. Le he hecho caer en la nada, y eso es algo que odian. Creen que no hay reencarnación para aquellos que caen en el interior del cráter.

—¿Crees que intentarán seguirnos? —le pregunté.

—No —me aseguró—, durante un buen rato tendrán miedo de utilizar sus pértigas engarfiadas, ya que creerán que permaneceremos por aquí para soltarlas y arrojarlos al interior del cráter. Voy a tirar otra roca por si se le ocurre asomarse a algún otro y a continuación nos pondremos en marcha. De todas maneras, no los temo aquí en las colinas. Hay una gran cantidad de rocas sueltas en los llanos, y nosotros los de Laythe estamos entrenados para utilizarlas con la máxima efectividad. Prácticamente soy capaz de hacer blanco al límite de mi lanzamiento.

Los Kalkars se habían retirado al interior del túnel, así que Moh-goh perdió su oportunidad de despachar a otro y poco después se retiró del cráter y se encaminó hacia las montañas. Yo lo seguí de cerca.

Puedo asegurarle que en aquellos momentos me sentía mucho mejor, ya armado con una lanza y un cuchillo, y mientras marchábamos me entrené en arrojar rocas por sugerencia de Moh-goh, y siguiendo sus instrucciones hasta que conseguí perfeccionar tal arte.

No le aburriré con la narración de nuestro viaje a Laythe. Ignoro cuánto tiempo nos tomó.

Puede que pasaran un día, una semana o un mes, pues el tiempo carecía de significado en Va-nah, pero finalmente, tras escalar fatigosamente desde el fondo de una profunda garganta, nos encontramos al borde de una ondulada meseta en la que, a cierta distancia, se alzaba lo que a primera vista se me antojó una montaña en forma de cono que se elevaba más de una milla sobre la superficie de la meseta.

—¡Allí! —exclamó Moh-goh—. ¡Allí está Laythe! El cráter en el que se abre la salida del túnel que conduce a la ciudad se encuentra tras ella.

A medida que nos aproximábamos a la ciudad, cuya base debíamos rodear para alcanzar el cráter a sus espaldas, fui capaz de hacerme una mejor idea de los métodos de construcción que se habían empleado en aquella enorme ciudad interior selenita y de sus dimensiones, cuya base levemente circular abarcaba un diámetro de unas seis millas y cuya altura iba desde unos pocos metros hasta el millar desde el nivel de la meseta. La ciudad parecía asentarse sobre la pared exterior de un antiguo volcán extinguido cuya cima había debido de saltar por los aires durante una terrorífica explosión sucedida en alguna era pasada. Los antiguos laytheanos habían iniciado sobre aquella montaña la construcción de su ciudad, cuyas casas se alzaban unas sobre otras tal y como sucedía en la ciudad Kalkar de la que habíamos escapado. La época dorada de Laythe quedaba atestiguada por la vertiginosa altura a la que se alzaban aquellos edificios superpuestos y por la muralla más alta de la ciudad, que se alzaba una milla sobre el nivel del suelo. Unas estrechas terrazas circundaban la periferia de la elevada ciudad, y a medida que nos aproximábamos vi puertas y ventanas que se abrían a las terrazas y figuras moviéndose de un lado a otro, y todo el conjunto se me antojó una enorme colmena. Cuando llegamos a la base de la ciudad, vi que nos habían descubierto, pues directamente sobre nuestras cabezas se asomaba gente desde varios lugares que incuestionablemente nos miraban mientras hacían comentarios.

—Nos están mirando —le dije a Moh-goh—. ¿Por qué no los saludas?

—Nos han confundido con Kalkars —me respondió—. Nos va a resultar más fácil penetrar en la ciudad a través del túnel, donde no tendré problemas en identificarme.

—Si nos toman por Kalkars, ¿nos atacarán?

—No —me explicó—, los Kalkars siempre pasan de largo en Laythe. Si no intentan

entrar en la ciudad, no los molestamos.

—¿Entonces tu gente les tiene miedo? —le pregunté.

—Podrías expresarlo de esa manera —replicó—. Nos superan en número, quizá en mil a uno, y como desconocen la justicia, la piedad o el honor, intentamos no enfrentarnos a ellos innecesariamente.

Llegamos finalmente a la boca del cráter, y allí Moh-goh ató su cuerda alrededor de un arbolillo que crecía cerca del reborde y descendió a la entrada del túnel que se abría directamente bajo sus pies. Seguí su ejemplo, y cuando estuve a su lado, Moh-goh dio un tirón de la cuerda, la enrolló alrededor de su cintura y comenzamos nuestro camino por el túnel que conducía a Laythe.

Tras mi larga serie de aventuras con los hostiles habitantes de Va-nah, tenía la sensación de ser alguien que regresaba a casa tras una larga ausencia, pues Moh-goh me había asegurado que la gente de Laythe me recibiría cordialmente y me trataría como a un amigo. Incluso me aseguró que se ocuparía de conseguirme un buen puesto junto a Ko-tah. Lo único que lamentaba en aquel momento era que mi compañero fuera Moh-goh, y no Nah-ee-lah. Tenía el convencimiento de que estaba perdida, pues si había conseguido escapar cayendo fuera del cráter que se alzaba en el exterior de la ciudad Kalkar, dudaba que hubiese encontrado su camino de regreso a Laythe.

Sentía el corazón pesado desde nuestra separación, y era consciente de que la amistad de mi pequeña Doncella de la Luna significaba más de lo que había llegado a imaginarme. Apenas podía pensar en ella sin sentir un nudo en la garganta, pues me parecía una crueldad que una doncella tan joven y encantadora hubiera encontrado un final tan prematuro.

La distancia que separaba el cráter de la ciudad de Laythe no era muy grande, y al poco rato fuimos a salir a una terraza inferior de la ciudad. Esta iba a dar directamente al borde del cráter sobre el que se había construido la ciudad de Laythe, y allí fuimos a dar con una partida de unos cincuenta guerreros.

Moh-goh salió del túnel, sujetando su lanza con ambas manos por encima de la cabeza con la punta hacia atrás, y yo lo imité, pues así me había advertido que hiciera. Los guerreros quedaron tan sorprendidos al ver a unos hombres emerger de un túnel que había estado tan largo tiempo en desuso que nos habrían dado muerte antes de advertir que nos acercábamos a ellos en señal de paz.

La guardia que vigila las entradas internas de los túneles está considerada por los laytheanos poco más o menos como un cuerpo honorario, cuyas obligaciones se llevan a cabo con dejadez.

—¿Qué hacéis aquí, Kalkars? —nos interrogó el comandante de la guardia.

—No somos Kalkars —replicó mi compañero—. Soy Moh-goh el Paladar, y este es mi amigo. ¿Es posible que tú, Ko-vo el Kamadar, no me reconozcas?

—¡Ah! —exclamó el comandante de la guardia—. Ciertamente, eres Moh-goh el Paladar. Se te había dado por perdido.

—Y, en efecto, estaría perdido si no hubiera sido por él, mi amigo —respondió Moh-goh mientras hacía un gesto con la cabeza en mi dirección—. Me capturaron los Kalkars y me encarcelaron en la Ciudad número 337.

—¿Habéis escapado de una ciudad Kalkar? —exclamó Ko-vo con evidente incredulidad—. Eso es imposible. Jamás se ha conseguido semejante cosa.

—Pues nosotros lo hicimos —replicó Moh-goh—, gracias a mi amigo.

A continuación le narró brevemente a Ko-vo los detalles de nuestra fuga.

—Apenas me parece posible —comentó el laytheano cuando Moh-goh hubo terminado su relato—. ¿Y cuál es el nombre de tu amigo, Moh-goh, y de qué país dices que viene?

—Se llama Ju-lan-fit —le respondió Moh-goh, pues así era la mejor manera en la que podía pronunciar mi nombre.

Y así, como Ju-lan-fit, fui conocido entre los laytheanos durante el tiempo que estuve entre ellos. Creían que «Fifth», que ellos pronunciaban *fit*, era un título similar a los que ellos usaban a continuación de sus nombres para identificar a su poseedor, como Sagroth el Jemadar, o emperador; Ko-vo el Kamadar, un título que correspondía aproximadamente al del duque inglés; y Moh-goh el Paladar, o conde. Y así, para complacerlos, les conté que mi título era equivalente al de su Javadar, o príncipe. A partir de entonces, me llamaban unas veces Ju-lan-fit y otras veces Ju-lan Javadar, según les moviera el ánimo.

A petición de Moh-goh, Ko-vo el Kamadar destacó a varios hombres de su compañía para que nos escoltaran hasta la vivienda de Moh-goh a fin de que no nos encontráramos con dificultades para atravesar la ciudad ataviados como Kalkars.

Mientras charlábamos con Ko-vo, mi mirada había estado recorriendo el interior de aquella ciudad selenita. El cráter sobre el que estaba construida Laythe medía aproximadamente unas tres o cuatro millas de ancho, los edificios de la parte exterior se elevaban en terrazas consecutivas hasta alcanzar una milla de altura, y su arquitectura y ornamentación eran mucho más elaboradas que las de la ciudad Kalkar número 337. Las terrazas eran amplias y estaban bien cultivadas, y a medida que ascendíamos hacia la vivienda de Moh-goh vi que se habían afanado considerablemente con la jardinería paisajística en muchas de ellas, construyendo estanques, arroyos y cascadas en numerosos lugares. Al igual que en la ciudad Kalkar, había pequeñas manadas de Va-gas alimentándose en varias terrazas. Estaban lustrosos y gordos y parecían satisfechos, y más tarde me informaron que se sentían perfectamente a gusto con su situación y que no eran conscientes del motivo por el que se les alimentaba ni del destino que les esperaba, tal y como sucede con el ganado en la Tierra.

Los U-gas de Laythe habían inducido aquel estado mental en los rebaños de Va-gas a través de una cuidadosa selección que abarcaba posiblemente un extenso período de tiempo durante el cual habían seleccionado concienzudamente, para propósitos de cría, a los miembros más estúpidos y faltos de inteligencia de cada manada.

Al llegar al hogar de Moh-goh nos dieron una calurosa bienvenida todos los miembros de su familia (su padre, su madre y sus dos hermanas), todos los cuales, al igual que cualesquiera de los otros laytheanos que había visto, tenían un aspecto imponente. Los hombres eran altos y bien parecidos, mientras que las mujeres poseían un cuerpo perfecto y una deslumbrante belleza.

Pude entender por aquellos cariñosos saludos que intercambiaron un claro indicio de una vida familiar y de unos vínculos similares a los que se dan en la Tierra, mientras que la cálida y elegante acogida que recibí hablaba de personas de una sensibilidad altamente refinada. Primero de todo, escucharon el relato de Moh-goh y, a continuación, tras habernos felicitado y elogiado, dispusieron unos baños y vestiduras limpias para nosotros, donde fuimos atendidos por un cuerpo de sirvientes; descendiente, según me contó, de los fieles sirvientes que habían permanecido leales a las clases nobles y que los habían seguido al exilio.

Descansamos un rato tras tomar nuestros baños y, a continuación, Moh-goh me

comunicó que debíamos presentarnos ante Ko-tah, ya que debía informarle y pensaba llevarme con él. Yo vestía ahora una ropa que se ajustaba a mi rango y portaba las armas propias de un caballero laytheano; una lanza de astil corto, o más bien una jabalina, una daga y una espada; pero debido a mi piel comparativamente oscura y mi pelo rubio, yo jamás podría aspirar a ser otra cosa más que alguien digno de mención ante los demás laytheanos. A causa del color de mi pelo, algunos llegaron a pensar que yo era un Kalkar, pero tras aquella suposición, mi físico los sacaba de su error.

La vivienda de Ko-tah era ciertamente principesca; ocupaba una amplia terraza de casi un cuarto de milla y sus dos plantas poseían numerosas torres y minaretes. Toda la fachada del edificio estaba minuciosa y bellamente tallada con escenas de las vidas de los más sobresalientes ancestros de Ko-tah.

Unos nobles armados hacían guardia a ambos lados de la amplia entrada, y mucho antes de que llegáramos ante la presencia de aquel príncipe selenita advertí que acceder a él era mucho más difícil que conseguirlo con uno de sus homólogos terrestres, aunque finalmente nos llevaron ante su presencia y Moh-goh, con la más absoluta deferencia, me presentó a Ko-tah el Javadar.

Como yo había adoptado un nombre y una vestimenta principescos, también decidí adoptar unas prerrogativas propias de mi condición con la creencia de que mi posición entre los laytheanos se reforzaría y que apoyarían mis intereses si creían que por mis venas corría sangre real; y así, agradecí mi presentación ante Ko-tah como si fuéramos iguales y me hubieran presentado al Javadar en pie de igualdad.

Vi que, al igual que sus conciudadanos, era un hombre muy guapo, pero con una expresión levemente siniestra que no me gustó en absoluto. Probablemente estaba condicionado contra él por lo que Nah-ee-lah me había contado, pero sea como fuere, cobré antipatía y desconfianza hacia él en el mismo momento en que posé mis ojos sobre su figura, y creo, igualmente, que debió advertir mi actitud pues, aunque me mostraba gentil y atento, creo que jamás le gustó a Ko-tah el Javadar.

Es cierto que insistió en asignarme aposentos en su palacio y que me ofreció un puesto elevado entre sus seguidores, pero en aquel momento yo no era más que una novedad entre ellos, y Ko-tah no era el único entre la realeza al que le habría gustado entretenerme y mostrarme sus favores, exactamente igual a lo que hacen los terrestres cuando un extraño con título nobiliario o un famoso extranjero llega a su país.

Aunque no me sentía preocupado por él, no me mostré muy reacio a aceptar su hospitalidad, ya que a causa de mi amistad con Nah-ee-lah sentía que debía mi lealtad a Sagroth el Jemadar, y si establecerme en el campo enemigo podía servir de algo al padre de Nah-ee-lah, estaba más que justificado que yo así lo hiciera.

Me encontraba en una posición verdaderamente extraña en el palacio de Ko-tah, ya que se daba por hecho que yo apenas conocía, si es que no las ignoraba por completo, las condiciones internas de Laythe, mientras que la verdad era que había recibido de Nah-ee-lah y de Moh-goh una gran cantidad de información sobre las intrigas y la política de aquella ciudad selenita. Por ejemplo, se suponía que yo ignoraba la existencia de Nah-ee-lah. Ni tan siquiera Moh-goh sabía que yo la conocía; así que hasta que no se mencionó su nombre, yo no pude hacer preguntas acerca de ella, aunque me sentía verdaderamente angustiado por enterarme si, por un milagro obrado por el azar, había regresado a la seguridad de Laythe o si nada se sabía sobre su destino.

Ko-tah me retuvo con su conversación durante un tiempo considerable, haciéndome una infinidad de preguntas sobre la Tierra y mi viaje desde aquel planeta hasta la Luna.

Sabía que era escéptico, y sin embargo era un hombre de suficiente inteligencia como para darse cuenta de que había de existir algo en el universo que sobrepasara su entendimiento o sus conocimientos. Sus ojos le decían que yo no era nativo de Va-nah, y sus oídos corroboraban el testimonio de estos; pues aunque yo lo intentaba, jamás fui capaz de hablar el idioma de Va-nah lo suficientemente bien como para pasar por un nativo.

Al finalizar nuestra conversación, Ko-tah anunció que Moh-goh también estaba autorizado para quedarse en los aposentos del palacio, sugiriéndome así que si yo lo deseaba, podría compartir con mi compañero mis aposentos.

—Nada me proporcionaría mayor placer, Ko-tah el Javadar —le dije—, que tener a mi buen amigo, Moh-goh el Paladar, junto a mí.

—¡Excelente! —exclamó Ko-tah—. Ambos debéis sentir os fatigados. Id, pues, a vuestros aposentos y descansad. Dentro de poco me dirigiré al palacio del Jemadar con mi corte y a ambos se os notificará con suficiente antelación para que os preparéis para acompañarme.

La audiencia llegó a su término y varios nobles del palacio de Ko-tah nos condujeron hasta nuestros aposentos, que se encontraban en el segundo piso, en unas agradables habitaciones que se asomaban a las terrazas situadas al borde del enorme cráter que se abría bajo nosotros.

Hasta que no me tiré sobre el mullido colchón que me serviría de cama, no me di cuenta de cuán agotado físicamente estaba. Apenas me había permitido relajarme en esa placentera calma que precede al sueño cuando caí en un profundo sueño que debió durar un considerable tiempo, pues cuando desperté estaba completamente descansado. Moh-goh ya se había levantado y estaba dándose un baño en una voluminosa bañera de mármol alimentada por un chorro continuado de helada agua procedente de los nevados picos de las elevadas montañas que se alzaban tras Laythe. Quien quiera que tomara un baño carecería de jabón, pero utilizaría un áspero guante de fibra con el que se frotaría la piel hasta que brillara. Estos baños le quitaban a uno el aliento, pero la impresión del agua helada bien merecía la pena por la posterior sensación de excitación y bienestar que proporcionaban.

Además del baño privado que poseía cada aposento, todas las terrazas disponían de un baño público de los que disfrutaban hombres, mujeres y niños. Aquello me recordó a los antiguos baños romanos de los que se habla en los libros de historia terrestre.

Los baños privados del Jemadar, que posteriormente tuve la ocasión de admirar en el palacio de Sagroth, eran una maravilla de belleza y lujo. Allí, cuando el Emperador disfrutaba de sus baños, sus invitados se entretenían nadando y lanzándose de cabeza al agua, cosa que, por lo que pude discernir, son los deportes nacionales laytheanos. A los Kalkars les importaba menos el agua, mientras que los Va-gas tan solo se metían en ella por necesidad.

Sustituí a Moh-goh en el baño, y mi primera sensación fue que iba a morir congelado.

Mientras nos vestíamos llegó un mensajero de Ko-tah que nos informó que se requería nuestra presencia junto con instrucciones para que nos preparáramos para acompañarlo al palacio de Sagroth el Jemadar.

XII

El peligro aumenta

El Palacio del Emperador se alzaba, como una mole imponente, sobre la terraza más elevada de Laythe, abarcando por completo el enorme cráter. Tan solo tres caminos conducían hasta sus puertas desde las terrazas inferiores: tres magníficas escaleras que podían bloquearse con unas enormes puertas, aparentemente de piedra trabajada en una sola losa, e intrincadamente talladas con unos espectaculares diseños, de manera que vistas en la distancia semejaban un maravilloso encaje. Cada una de las puertas estaba guardada por una compañía de cincuenta guerreros vestidos con túnicas con el símbolo imperial dentro de un círculo sobre el pecho izquierdo.

La ceremonia de nuestra entrada a la terraza imperial fue por demás impresionante y espléndida. Enormes tambores y trompetas nos enviaron su saludo cuando nos aproximábamos al pie de las escaleras que debíamos ascender para llegar al palacio. Altos dignatarios vestidos con espléndidos ropajes descendieron varios tramos para encontrarse con nosotros y examinar las credenciales de Ko-tah y sancionar nuestra entrada. A continuación, nos guiaron a través de una puerta de acceso y por una hermosa terraza bellamente diseñada y ornamentada con estatuas que evidentemente eran obra de los más hábiles artistas. Estas obras de arte se componían tanto de figuras a tamaño natural como de otras de dimensiones heroicas representando individuos o conjuntos de ellos que ponían en escena hechos o héroes de tiempos pasados, aunque también estaban presentes las imágenes de todos los gobernantes de Laythe hasta llegar al mismo Sagroth, el actual Jemadar.

Tras penetrar en el palacio, nos condujeron a un salón de banquetes donde nos sirvieron alimentos de una manera evidentemente ritual y acorde a una antigua ceremonia, pues allí había muy poco que comer y los invitados apenas probaron aquellos alimentos que se les presentaron.

Esta ceremonia duró tan solo unos pocos minutos terrestres, y a continuación nos guiaron a través de unas vastas estancias hasta el salón del trono del Jemadar, un aposento de gran belleza y considerable tamaño. Su decoración y diseño eran muy sencillos, casi espartanos, y no obstante emanaba una dignidad y magnificencia regias. Sobre un estrado situado en el extremo de la sala se elevaban tres tronos; el del centro estaba ocupado por un hombre que inmediatamente identifiqué con Sagroth, mientras que los de los extremos lo ocupaban sendas mujeres.

Ko-tah avanzó e hizo una reverencia ante su soberano, y tras intercambiar unas pocas palabras regresó y me condujo hasta el pie del trono de Sagroth.

Se me había instruido para que, siguiendo el protocolo de la corte, mantuviera la mirada en el suelo hasta que me presentaran y Sagroth me dirigiera la palabra, a continuación sería presentado a la Jemadav, o Emperatriz, y podría elevar los ojos hacia ella; finalmente, me llevarían ante la ocupante del tercer trono y sería presentado con igual formalidad.

Sagroth me habló gentilmente, y cuando elevé la mirada vi ante mí a un hombre de elevada estatura y evidente fuerza de carácter. Era, con mucho, el hombre de aspecto más regio que había visto nunca, mientras que su voz, de volumen bajo y bien modulado aunque de tono autoritario, acentuaba la majestad de su porte. Fue él quien me presentó a su Jemadav, en quien descubrí a una criatura tan regia en su aspecto como su imperial compañero, y aunque obviamente había pasado su madurez, aún poseía una impresionante

belleza que se reflejaba claramente en el parecido de Nah-ee-lah con su madre.

Una vez más bajé la mirada mientras Sagroth me presentaba a la ocupante del tercer trono.

—Ju-lan el Javadar —me dijo repitiendo la fórmula—, alza tu mirada ante la hija de Laythe, Nah-ee-lah la Nonovar.

Cuando mis ojos, que reflejaban indudablemente mi sorpresa e incredulidad, se fijaron en el rostro de Nah-ee-lah, estuve a punto de soltar un grito de alegría y felicidad al volver a verla y al saber que había regresado a salvo a su ciudad junto a sus padres. Pero cuando mis ojos se encontraron con los de ella mi felicidad quedó tan brusca y rápidamente apagada por la frialdad de su mirada y la altivez de su porte como si hubiera recibido un puñetazo en pleno rostro.

No se produjo un solo indicio de reconocimiento en la expresión de Nah-ee-lah. Me saludó fríamente asintiendo con la cabeza ante mi presentación y entonces hizo pasar su mirada por encima de mi cabeza hacia el otro extremo del salón. Mi orgullo quedó herido y me sentí airado, pero no podía dejar translucir mi amargura. Siempre me he sentido orgulloso de mi autocontrol, y así recuperé las riendas de mis emociones y me giré una vez más hacia Sagroth como si hubiera recibido de su hija, la Nonovar, el favor que había esperado recibir. Si el Jemadar había notado algo extraño en la actitud de Nah-ee-lah o en la mía, lo disimuló. Volvió a hablarme gentilmente y, a continuación, me dio permiso para retirarme, asegurándome que volveríamos a encontrarnos más tarde.

Una vez que hubimos abandonado la sala del trono, Ko-tah me informó que tras la audiencia tendría la oportunidad de encontrarme de nuevo con Sagroth en términos menos formales, ya que había ordenado que permaneciera en palacio como su invitado durante el banquete que se celebraría a continuación.

—Es una señal de distinción —me dijo Ko-tah—, pero recuerda, Ju-lan el Javadar, que has aceptado la amistad de Ko-tah y eres su aliado.

—No me mezcles en las intrigas políticas de Laythe —repliqué—. Soy un extranjero sin interés alguno en los asuntos internos de tu país por el sencillo motivo de que no los conozco.

—Se es amigo o enemigo —afirmó Ko-tah.

—No dispongo de relaciones suficientes como para ser una cosa u otra —le dije—, y tampoco elegiré mis amigos de Laythe hasta que los conozca lo suficiente, y tampoco permitiré que ellos me elijan a mí.

—Aquí eres un extraño —argumentó—. Tan solo hablo en nombre de tus intereses. Si quieres triunfar aquí, incluso si quieres seguir viviendo, debes elegir rápido y debes elegir sabiamente. Yo, Ko-tah el Javadar, he hablado.

—Yo elegiré mis propios amigos —le respondí— de acuerdo a los dictados de mi honor y mi corazón. Yo, Ju-lan el Javadar, he hablado.

Me hizo una reverencia en reconocimiento, y cuando volvió a mirarme a los ojos tuve la certeza por su expresión de que su consideración hacia mí había quedado marcada más por el respeto que por el resentimiento.

—Ya veremos —fue todo lo que añadió; a continuación se retiró y me dejó en las atentas manos de un caballero de la corte de Sagroth que se había mantenido a una respetuosa distancia para no oír ni las palabras de Ko-tah ni las mías. Aquel caballero estuvo charlando conmigo un rato hasta que se me ordenó que me reuniera con Sagroth en otra parte del palacio.

Me encontré con un hombre que evidentemente se había librado de las restricciones

de las formalidades de la audiencia, aunque su dignidad y su majestad no habían quedado reducidas en lo más mínimo. Me habló con mayor libertad y con unas maneras mucho más democráticas. Me rogó que tomara asiento y él no lo hizo hasta que yo no me hube sentado, un extremo de la etiqueta cortesana de Laythe que me impresionó enormemente, ya que daba a entender que el primero de los caballeros de Laythe también debía ser el primero en cortesía. Me hizo una pregunta tras otra acerca de mi mundo y de los medios que había utilizado para viajar hasta Va-nah.

—Existen leyendas fragmentadas, extremadamente fragmentadas, de enorme antigüedad, que sugieren que nuestros más remotos ancestros poseían ciertos conocimientos sobre ese otro mundo del que me hablas —me contó—, pero siempre se las ha considerado como simples mitos. ¿Puede ser que, después de todo, estén basadas en la verdad?

—Lo más notable de ellas —le sugerí— es que existan, ya que resulta difícil de creer que ciertos conocimientos del espacio exterior pudieran llegar hasta las profundidades de Va-nah.

—No, de ninguna manera —me respondió—, si lo que me cuentas es cierto, pues nuestras leyendas exponen la teoría de que Va-nah se encontraba en el interior de un enorme globo y que nuestros progenitores vivían en la superficie exterior de ese globo, hasta que finalmente se vieron obligados, por alguna circunstancia que la leyenda ni tan siquiera sugiere, a abrirse paso hasta el mundo interior.

Meneé la cabeza. Aquello parecía imposible.

—Y sin embargo —añadió, notando la duda que mi expresión evidentemente había delatado—, tú mismo afirmas que has llegado a Va-nah desde un gran mundo situado muy lejos de nuestra esfera que tú llamas Luna. Si has llegado hasta nosotros desde otro mundo, ¿resulta tan difícil creer que aquellos que nos precedieron llegaron a Va-nah desde la corteza exterior de la Luna? Es casi un hecho histórico que nuestros antepasados poseían grandes naves que navegaban a través del aire. Si tú penetraste en Va-nah por un medio de transporte similar, ¿por qué no pudieron hacer ellos otro tanto?

Tenía que admitir que aquello se encontraba dentro del rango de las posibilidades y, si lo hacía así, tenía que otorgarles a los habitantes de la Luna una antigüedad de millones de años superior a la de sus hermanos de la Tierra.

Pero, después de todo, ¿es tan difícil llegar a esa conclusión cuando se considera el hecho de que la Luna, al ser más pequeña, hubiese generado una atmósfera mucho antes que la Tierra y, gracias a esta, se hubiese vuelto habitable para el hombre muchas eras antes que nuestro planeta?

Tuvimos una agradable charla sobre muchas otras cosas durante un largo rato hasta que, finalmente, Sagroth se levantó.

—Ahora nos uniremos a los demás en las mesas —me dijo mientras me mostraba el camino desde el aposento en el que habíamos estado charlando a solas. Varias puertas de piedra se abrieron a nuestro paso como por arte de magia, indicando así que el Jemadar de Laythe no solo estaba bien atendido, sino también bien protegido, o posiblemente bien vigilado.

Tras abandonar nuestra audiencia privada, varios guardias se nos unieron, algunos precediendo al Jemadar y otros siguiéndonos, y así avanzamos, en situación de semialerta, a través de varios pasillos y salones hasta que llegamos a un balcón situado en el segundo piso del palacio y que se asomaba a las terrazas y al cráter.

Allí, dispuestas a lo largo del pasamanos del balcón, se habían colocado varias

mesas, cada una de las cuales estaba ocupada por dos comensales. Todas, a excepción de dos, acogían a miembros de la realeza y de la nobleza acompañados por sus mujeres. Cuando el Jemadar salió al balcón, todos se levantaron y se giraron hacia él respetuosamente, y simultáneamente, a través de otra puerta, salieron la Jemadav y Nah-ee-lah.

Ambas permanecieron en pie, a la espera de que Sagroth y yo nos acercáramos a ellas.

Mientras así hacíamos, Sagroth me explicó educadamente el protocolo que yo debía seguir.

—Tú te situarás a la izquierda de la Nonovar —finalizó— y la conducirás hasta su mesa de la misma manera que lo haré yo con la Jemadav.

Nah-ee-lah mantuvo la cabeza muy alzada cuando me aproximé a ella y se dignó a saludarme con una leve inclinación de cabeza en respuesta a mi respetuoso saludo. Seguimos en silencio a Sagroth y a su Emperatriz hasta las mesas reservadas para nosotros. Todos permanecimos en pie hasta que, a una señal de Sagroth, tomamos asiento. Me hizo falta observar cuidadosamente al resto de los invitados, pues yo nada sabía de las costumbres sociales de Laythe; pero cuando advertí que todos charlaban relajadamente me dirigí a Nah-ee-lah.

—¿Tan pronto se olvida la Princesa de Laythe de sus amigos? —le pregunté.

—La Princesa de Laythe jamás olvida a sus amigos —me respondió.

—No sé nada de vuestras costumbres —le dije—, pero en mi mundo incluso la realeza saluda a sus amigos con cordialidad y aparente placer.

—Aquí también —me replicó.

Comprendí que algo sucedía, que ella estaba enfadada conmigo, aunque era incapaz de imaginarme la causa. Quizá pensara que yo la había abandonado a la entrada del túnel que conducía hasta la ciudad Kalkar. Pero no; debía haber adivinado la verdad. ¿Cuál, entonces, debía ser la causa de una actitud ahora fría y distante cuando, la última vez que nos habíamos visto, esta había sido cálida y amistosa?

—Me pregunto —le dije intentando una nueva aproximación— si te has sentido tan sorprendida por verme vivo como yo me sentí al verte a ti viva. Te había dado por perdida, Nah-ee-lah, y mi dolor era mayor del que puedo expresarte. Cuando te vi en la sala de audiencias apenas fui capaz de reprimirme, pero cuando vi que tú no deseabas reconocermé, tan solo pude respetar tus deseos.

Ella no me respondió, sino que se giró y miró más allá de las terrazas y el cráter hasta el otro lado de Laythe. Aquella que había sido fuego era ahora hielo. Ya no era la pequeña Nah-ee-lah, aquella compañera de fatigas y peligros. Ya no era mi amiga y confidente, sino una fría y altiva Princesa, que evidente me miraba con desagrado. Su actitud ultrajaba los sagrados principios de la amistad, y aquello me indignó.

—Princesa —le dije—, si es costumbre de los laytheanos romper así los sagrados vínculos de la amistad, me sentiría más cómodo entre los Va-gas o los Kalkars.

—Las puertas están abiertas —me respondió con altivez—. No estás prisionero en Laythe.

A partir de ahí la conversación languideció y murió, al menos en lo que respecta a Nah-ee-lah y a mí, y me sentí más que aliviado cuando aquella desagradable pantomima dio a su fin.

Dos jóvenes nobles me tomaron a su cargo cuando finalizó la comida; como todo apuntaba a que yo iba a permanecer como invitado del palacio durante un largo tiempo, y

como yo había expresado mi deseo de ver todo lo que se me permitiera de la residencia imperial, ambos me condujeron cortésmente en una visita guiada. Fuimos hasta las terrazas exteriores que se asomaban a los valles y las montañas, y jamás en mi vida he contemplado un paisaje tan majestuoso o inspirador como aquel. El cráter de Laythe, situado sobre una amplia meseta enteramente rodeada por altas montañas, picos titánicos que habrían empequeñecido los Alpes hasta hacerlos parecer insignificantes y que habrían reducido el Himalaya hasta convertirlo en sus estribaciones, quedaba empequeñecido por la distancia, mientras que las cimas nevadas de las montañas parecían alzarse muy por encima de nuestras cabezas, mientras que por debajo de nosotros, a unos mil pies, los tonos rosas y lavandas de la extraña vegetación selenita se extendían como una suave alfombra sobre el suelo levemente ondulado de la meseta.

No obstante, mis guías parecían menos interesados en el paisaje que yo. Me bombardeaban con continuas preguntas hasta que sentí la necesidad perentoria de librarme de ellos. Me hicieron unas cuantas preguntas sobre mi propio mundo y me interrogaron sobre mi parecer sobre Laythe, y si no encontraba encantadora a la princesa Nah-ee-lah, y mi opinión sobre el Emperador Sagroth. Mis respuestas debieron ser satisfactorias, pues poco después se me acercaron y uno me susurró al oído:

—No debes temer hablar libremente en nuestra presencia. Nosotros también somos amigos y aliados de Ko-tah.

«¡Diablos!», pensé. «Están decididos a enredarme en sus nimias intrigas. ¿Qué me importan Sagroth o Ko-tah o...?». Y de repente mis pensamientos se dirigieron hacia Nah-ee-lah. Me había tratado con crueldad. Su actitud distante y fría y su estudiado desdén me habían herido, y no obstante era incapaz de pretender que Nah-ee-lah no significaba nada para mí. Había sido mi amiga, y yo el suyo, y seguiría considerándome como tal hasta el fin de mis días. Quizás, entonces, si esa gente estaba decidida a enredarme en sus disputas políticas, convertiría sus confidencias en pruebas que presentar ante Nah-ee-lah. En ningún momento les había dicho que fuera un hombre de Ko-tah, pues no lo era, y jamás le había dicho a Ko-tah que yo me considerara un enemigo de Sagroth; de hecho, le había dado a entender justamente lo contrario. Y así les di a aquellos dos una respuesta evasiva que podría haber dado a entender cualquier cosa y que ellos decidieron interpretar como que yo era uno de ellos. Bien, ¿qué podía hacer? No era responsabilidad mía si ellos insistían en engañarse, y Nah-ee-lah aún podría necesitar la amistad que había menospreciado.

—¿Entonces Sagroth carece de los suficientes seguidores leales —les pregunté— como para que vosotros estéis seguros del éxito del *coup d'état* de Ko-tah?

—¡Ah, entonces estás enterado! —exclamó uno de ellos—. Disfrutas de la confianza del Javadar.

Dejé que así lo creyeran. Al menos, eso no me perjudicaría.

—¿Te ha dicho cuándo se llevará a cabo? —me preguntó el otro.

—Quizá, aunque ya he dicho demasiado —le respondí—. Las confidencias de Ko-tah no son para propagarlas a la ligera.

—Estás en lo cierto —comentó el último—. Es necesario ser discreto, pero permítenos asegurarte, Ju-lan el Javadar, que somos tan iguales en la confianza y en los favores de Ko-tah como cualquiera que lo sirva; de lo contrario, no nos habría confiado una parte del trabajo que ha de llevarse a cabo en el interior del palacio del Jemadar.

—¿Tenéis muchos cómplices aquí? —le interrogué.

—Muchos —respondió— fuera de la guardia del Jemadar. Ellos son leales a Sagroth. Es una de las tradiciones de la organización y morirían por él como un solo

hombre. —Y añadió con un encogimiento de hombros—: Morirían sin sentir temor alguno. Cuando llegue el momento y se dé la señal convenida, cada miembro de la guardia será atacado por dos seguidores de Ko-tah.

Ignoro cuánto tiempo permanecí en la Ciudad de Laythe. El tiempo pasó rápidamente, y me sentí muy feliz cuando regresé al hogar de Moh-goh. Nadé y me lancé de cabeza con su familia y sus amigos en los baños de nuestra terraza, y lo mismo hice en compañía de Ko-tah. Aprendí a utilizar las alas voladoras que había visto por primera vez sobre la espalda de Nah-ee-lah el día que cayó exhausta en las garras de los Va-gas, y muchas fueron las maravillosas y agotadoras excursiones que hicimos por las elevadas montañas de la Luna cuando Moh-goh o sus amigos organizaban aquellos viajes de placer. Al estar constantemente rodeado por gente refinada del mundo de la cultura, por hombres valerosos y bellas mujeres, mi tiempo estaba tan lleno de actividades placenteras que no hice esfuerzo alguno por medir su paso. Me sentía capaz de pasar el resto de mi vida allí y de acoger todos los placeres que Laythe pudiera ofrecerme.

No vi a Nah-ee-lah durante todo ese tiempo, y aunque seguía recibiendo una gran cantidad de información respecto a la conspiración contra Sagroth, llegué a darle muy poca importancia a todo aquello desde el momento en que me enteré que aquella conjura llevaba elaborándose trece kelds, o aproximadamente unos diez años terrestres, y todo indicaba, según mis informadores, y al igual que había sucedido en el pasado, que nunca llegaría a consumarse.

A esta gente no le importa mucho el tiempo y me dijeron que aún habrían de pasar veinte kelds antes de que Ko-tah entrara en acción, aunque, por otro lado, podría atacar durante la siguiente ola.

Durante este período se produjo un suceso que atrajo mi curiosidad, pero ante el que Moh-goh se mostró muy reticente. En cierta ocasión en que fui invitado al palacio de Ko-tah, me encontraba atravesando un pequeño pasillo apenas utilizado para pasar de un salón a otro, cuando frente a mí se abrió una puerta y un hombre salió por ella. Cuando escuché mis pasos a sus espaldas, aquel sujeto se giró y me miró, a continuación volvió a entrar rápidamente en el aposento que acababa de abandonar y cerró a toda prisa la puerta. No habría habido nada digno de tenerse en cuenta en aquel suceso si no hubiera sido por el hecho de que aquel hombre no era un laytheano, sino, a todas luces, un Kalkar.

Creyendo que había descubierto un enemigo en el mismo corazón de Laythe, salté hacia delante, abrí la puerta de un empujón y penetré en la habitación en la que había desaparecido aquel individuo. Para mi asombro, me encontré frente a seis hombres, tres de los cuales eran Kalkars, mientras que los otros tres eran laytheanos, y entre estos últimos reconocí al instante al propio Ko-tah. Cuando me vio enrojeció a causa de la ira, pero antes de que él pudiera decir una sola palabra, hice una profunda reverencia y expliqué mis actos.

—Te imploro tu perdón, Javadar —le dije—. Creí haber visto a un enemigo de Laythe en el corazón de tu propio palacio y que prendiéndolo te haría el mejor servicio —y comencé a retirarme de la sala.

—Aguarda —me dijo—. Has actuado correctamente, pero con el fin de evitar que malinterpretes su presencia aquí, he de aclararte que estos tres son mis prisioneros.

—Me di cuenta de inmediato en cuanto te vi, Javadar —repliqué, aunque sabía perfectamente que me mentía; a continuación salí de la habitación y cerré la puerta detrás de mí.

Se lo conté a Moh-goh la siguiente vez que me encontré con él.

—No viste nada, amigo mío —me dijo—. Recuérdalo... no viste nada.

—Si quieres decirme que no es asunto mío, Moh-goh —repliqué—, estoy completamente de acuerdo contigo; y puedes tener la seguridad de que no voy a meterme en asuntos que no me conciernen.

No obstante, medité profundamente sobre aquel asunto y quizá me desvié de mi camino un poco más de lo que lo habría hecho si me hubiera limitado estrictamente a mis propios asuntos, pues a pesar de lo que le aseguré a Moh-goh y de cuán firmemente intenté convencerme de que aquel asunto no me interesaba, la verdad es que se impuso la idea de que cualquier cosa que afectase al destino de Nah-ee-lah era de importancia superior a cualquier otra cosa que sucediera en Va-nah, al menos en cuanto a mí concernía.

El discreto espionaje que llevé a cabo dio finalmente sus frutos, hasta el extremo que me permitió enterarme de que varias delegaciones de Kalkars habían visitado la residencia de Ko-tah al menos en otras tres ocasiones.

El hecho de que aquel antiguo palacio del Príncipe de Laythe se convirtiera en una fuente inagotable de interés para mí, me alentó en mi tarea autoimpuesta de espiar aquella conspiración; además, por añadidura, los criados de Ko-tah ya estaban acostumbrados a verme deambular por los pasillos y corredores más remotos, siempre lejos de las zonas habitadas del edificio.

Con ocasión de una de aquellas excursiones, descendí hasta la terraza inferior a través de una larga escalera de piedra que descendía en espiral y allí descubrí una habitación tenuemente iluminada en la que habían almacenado varias obras de arte antiguas. Estaba examinándolas detenidamente cuando oí voces en la sala contigua.

—No va a ayudarte bajo ninguna circunstancia, Javadar —dijo alguien en primer lugar.

—Sus demandas son escandalosas —replicó un segundo interlocutor—. Me niego a tenerlas en cuenta. Laythe es impenetrable. Jamás la tomará.

Aquella era la voz de Ko-tah.

—No lo conoces, laytheano —le respondió el segundo—. Nos ha proporcionado máquinas de destrucción con las que podríamos destruir cualquier ciudad de Va-nah. Te dará Laythe. ¿No es suficiente?

—¡Pero él se convertirá en Jemadar de Jemadars y nos gobernará a todos! —exclamó Ko-tah—. El Jemadar de Laythe no se somete ante nadie.

—Si no aceptas, tomará Laythe aunque te opongas y tú quedarás reducido a la condición de esclavo.

—¡Ya es suficiente, Kalkar! —gritó Ko-tah con la voz temblando de pura ira—. ¡Vete! Dile a tu amo que Ko-tah rechaza sus demandas.

—Lo lamentarás, laytheano —replicó el Kalkar—, pues ignoras lo que esa criatura ha traído desde otro mundo en conocimientos de guerra y ciencia de destrucción de la vida humana.

—No lo temo —espetó Ko-tah—, mis espadas son muchas, mis lanceros están bien entrenados. Vete, y no vuelvas hasta que tu amo no esté listo para solicitar una alianza con Ko-tah.

Escuché pasos que se alejaban y, a continuación, un silencio que creí que indicaba que todos los interlocutores habían abandonado aquella sala, pero entonces volví a oír la voz de Ko-tah.

—¿Cuál es tu opinión? —preguntó, y a continuación escuché la voz de un tercer sujeto, evidentemente un laytheano.

—Opino que si existe alguna verdad en las afirmaciones de ese individuo, no

deberíamos precipitar la caída de Sagroth y su sustitución por ti en el trono de Laythe, pues tan solo unidos podríamos enfrentarnos a un enemigo común exterior.

—Estás en lo cierto —le respondió el Javadar—. Reúne a nuestras fuerzas. Atacaremos dentro de una ola.

Quería escuchar más, pero salieron de la sala y sus voces se convirtieron en un murmullo apagado que rápidamente se transformó en silencio. ¿Qué podía hacer? En seis horas Ko-tah atacaría a las fuerzas de Sagroth, y yo era muy consciente de lo que aquello significaría para Nah-ee-lah; o su boda con el Jemadar, o su muerte, y adivinaba que aquella orgullosa princesa elegiría esta última antes que a Ko-tah.

XIII

¡Muerte dentro y fuera!

Ascendí tan rápido como me fue posible, terraza tras terraza, desde el palacio de Ko-tah hasta el palacio del Jemadar. Nunca antes me había presentado en el palacio de Sagroth desde que Nah-ee-lah me había ofendido tan gravemente. Ni tan siquiera estaba familiarizado con el procedimiento que era preciso seguir para obtener una audiencia con el Emperador, pero sea como fuere me presenté osadamente ante las puertas labradas y solicité hablar con el oficial al mando de la guardia. Cuando llegó, le dije que deseaba hablar con Sagroth o con la Princesa Nah-ee-lah de inmediato sobre un asunto de la mayor importancia.

—Espera —me dijo— y llevaré tu mensaje al Jemadar.

Estuvo ausente durante un espacio de tiempo que me pareció una eternidad, aunque finalmente regresó comunicándome que Sagroth me vería de inmediato, por lo que me escoltaron a través de las puertas y hasta el palacio, hasta la pequeña sala de audiencias en la que en tiempos me había recibido Sagroth tan gentilmente. Cuando me hicieron entrar en la estancia, me encontré frente a Sagroth y Nah-ee-lah. La actitud del Jemadar me pareció disimuladamente crítica, pero la de la princesa era abiertamente hostil.

—¿Qué haces aquí, traidor? —me demandó ella sin esperar a que Sagroth hablara, y al mismo tiempo una puerta situada al otro extremo del salón se abrió de golpe y tres guerreros penetraron de un salto con las espadas desenvainadas. Los tres vestían con la librea de Ko-tah y supe de inmediato con qué propósito estaba allí. Desnudé mi propia espada y salté hacia delante.

—¡He venido a defender la vida del Jemadar y de su princesa! —grité mientras me interponía entre ellos y los tres atacantes.

—¿Qué significa esto? —demandó Sagroth—. ¿Cómo osáis presentaros ante vuestro Jemadar con las espadas desnudas?

—¡Son asesinos enviados por Ko-tah para daros muerte! —grité—. ¡Defendedos, Sagroth de Laythe! —Y con aquellas palabras intenté enfrentarme a los tres hasta que llegara ayuda.

No soy un novato en el manejo de la espada. El arte de la esgrima ha sido una de mis principales aficiones desde mis días de cadete en la Escuela del Aire, y no me dan ningún miedo los laytheanos, aunque sabía que, aunque eran unos espadachines mediocres, no podría aguantar durante mucho tiempo los embates de los tres a la vez. Sin embargo, no necesitaba preocuparme al respecto, pues inmediatamente después de hablar, la espada de Sagroth abandonó su vaina y, situándose a mi lado, luchó noblemente y con destreza en defensa de su vida y su honor.

Uno de nuestros enemigos intentó entablar combate conmigo mientras los otros dos intentaban asesinar al Jemadar, por lo que entendí que pretendía distraerme. Consciente de que podría hacerme con él con facilidad, fui obligándolo a retroceder hasta que me encontré al lado de uno de los atacantes de Sagroth. Entonces, antes de que uno de ellos pudiera advertir mis intenciones, me giré y hundi mi espada en el corazón de uno de los que hacían frente al padre de Nah-ee-lah. Con tanta rapidez había hecho retroceder a mi antagonista, y tan veloz había sido mi estocada, que estuve en disposición de enfrentarme al primer atacante antes de que este se diera cuenta de lo que había sucedido.

Aquello era ahora hombre contra hombre, y las oportunidades se habían igualado.

No tenía tiempo de mirar hacia Sagroth, pero por el ruido de los aceros chocando supe que ambos se enfrentaban fieramente. Mi propio adversario me mantenía muy ocupado. Era un magnífico espadachín, pero tan solo luchaba por su vida; yo luchaba por algo más... por mi vida y mi honor, ya que después de que Nah-ee-lah me arrojara a la cara la palabra «traidor», sentía la necesidad de redimirme ante sus ojos. No le presté un solo pensamiento al asunto de por qué debía preocuparme lo que Nah-ee-lah, la Doncella de la Luna, pensara sobre mí, pero algo en mi interior reaccionó furiosamente a la carga de desprecio que ella había puesto en aquella sola palabra.

Pude verla momentáneamente de pie tras el enorme escritorio tras el que habían estado sentados ella y su padre cuando entré en la sala. Estaba muy tensa, con los ojos, muy abiertos, clavados en mí con evidente incredulidad.

Casi había rendido a mi enemigo y ahora nos encontrábamos luchando de manera que yo me encontraba de cara a Nah-ee-lah y dando la espalda a la puerta a través de la cual habían penetrado los tres asesinos. Sagroth había hecho más que limitarse a defenderse, pues pude ver que su oponente retrocedía lentamente ante la embestida del anciano. Y entonces, por encima del entrechocar de los aceros, se elevó la voz de Nah-ee-lah llena de miedo.

—¡Julian, cuidado! ¡Detrás de ti! ¡Detrás de ti! —En el mismo momento de su advertencia los ojos de mi enemigo se apartaron de los míos, cosa que, por su propio bien, jamás debería haber hecho, y miraron por encima de mi hombro hacia algo o alguien a mis espaldas.

Su falta de concentración le costó la vida. Vi su brecha en el mismo momento en que se produjo, y con una estocada a fondo le atravesé el corazón con mi hoja. La volví a sacar y me giré para enfrentarme a una docena de hombres que entraban a la carrera en la sala. No me prestaron atención, sino que corrieron hacia Sagroth y, antes de que pudiera avisarlo, cayó atravesado por una docena de estocadas.

Al otro lado del escritorio, a espaldas de Nah-ee-lah, había otra puerta, y en el mismo instante en que vio caer a Sagroth me habló en voz baja:

—¡Vamos, Julian, deprisa! O nosotros, también, estaremos perdidos.

Dándome cuenta de que el Jemadar estaba muerto y que permanecer allí e iniciar una lucha en aquel lugar lleno de guerreros sería una estupidez, salté sobre el escritorio y seguí a Nah-ee-lah a través de la puerta. Se escuchó un grito emitido por alguien de la sala para detenernos, pero Nah-ee-lah se giró y cerró de un portazo la puerta ante ellos mientras corrían hacia nosotros, la atrancó desde nuestro lado y a continuación se giró hacia mí.

—Julian —me dijo—, ¿cómo podrás perdonarme? Has arriesgado tu vida por el Jemadar, mi padre, a pesar del desprecio con el que te traté a causa de mi ignorancia.

—Podría habértelo explicado —le respondí—, pero no me dejaste. Las apariencias estaban en mi contra, así que no puedo culparte por pensar de la manera en que lo hiciste.

—Fue una estupidez por mi parte no escucharte, Julian, pero pensé que Ko-tah te había ganado para su causa, tal y como ya había hecho con algunos de los más leales amigos de Sagroth.

—Deberías haber sabido, Nah-ee-lah, que, aun en el caso de que hubiera sido desleal a tu padre, jamás habría sido desleal a su hija.

—No lo sabía —me respondió—. ¿Cómo habría podido?

Entonces me invadió el deseo irrefrenable de tomarla entre mis brazos y cubrir de besos aquellos maravillosos labios. No puedo explicarme cómo me atrapó aquella ridícula obsesión, ni por qué; de repente, sentí miedo por la pequeña Nah-ee-lah, la Doncella de la

Luna. Debía tener un aspecto estúpido, allí de pie y mirándola, pero entonces me di cuenta del aspecto tan ridículo que debía presentar, así que me recuperé y me eché a reír.

—Vamos, Nah-ee-lah —le dije—, no debemos quedarnos aquí. ¿Dónde puedo llevarte que estés a salvo?

—En la terraza exterior debería haber algunos guardias leales —me respondió—, pero si Ko-tah ya ha tomado el palacio, la lucha será inútil.

—Por lo que sé de la conspiración, sería inútil —coincidí con ella—, pues tanto el servicio del palacio como el de Sagroth están infestados de espías y criados al servicio del Javadar.

—Ya lo sospechaba —me dijo—, pues los mismos hombres enviados para asesinar a Sagroth llevaban la librea imperial hace menos de una ola.

—¿Entonces no queda nadie leal a ti?

—La guardia del Jemadar siempre permanece leal —respondió ella—, pero no son más de un millar de hombres.

—¿Cómo podemos convocarlos?

—Vayamos a las terrazas exteriores y si queda alguno de ellos podremos reunir al resto, o a todos los que Ko-tah haya dejado vivos.

—Vamos, entonces —le dije—, y démonos prisa.

Y juntos, tomados de la mano, corrimos a través de los pasillos del palacio del Jemadar hasta las terrazas exteriores del nivel más elevado de Laythe. Allí encontramos a un centenar de hombres, y cuando les contamos todo lo que había sucedido en el interior del palacio desenvainaron sus espadas y, rodeando a Nah-ee-lah, gritaron:

—¡Hasta la muerte por Nah-ee-lah, Jemadav de Laythe!

Querían permanecer allí y protegerla, pero les hice ver que nada ganarían con ello, que tarde o temprano se verían superados por un número mayor de enemigos, y que la causa de Nah-ee-lah estaría perdida.

—Envía a una docena de hombres —le dije al comandante— para que reúnan a todos los guardias leales que queden vivos. Ordénales que vayan al salón del trono listos para dar sus vidas por la nueva Jemadav; a continuación, deja que esa docena de hombres se dirijan a la ciudad y reúnan al pueblo para que defiendan a Nah-ee-lah. Respecto a nosotros, la escoltaremos de inmediato hasta la sala del trono y, una vez allí, la pondremos en el trono y la nombraremos emperatriz de Laythe. Un centenar de hombres serán capaces de defender la sala del trono durante un tiempo considerable si somos capaces de llegar antes de que Ko-tah lo haga con sus hombres.

El oficial miró a Nah-ee-lah de manera inquisitiva.

—Tus órdenes, Jemadav.

—Seguid el plan de Ju-lan el Javadar —le respondió.

El oficial envió de inmediato una docena de hombres para que reunieran a la Guardia Imperial y levantaran a todos los ciudadanos leales de la ciudad para que protegieran a su nueva Jemadav, mientras que el resto de nosotros escoltábamos a Nah-ee-lah a través de un atajo hasta la sala del trono.

Cuando penetramos en la estancia por uno de sus extremos, Ko-tah y un puñado de guerreros lo hicieron por el otro, pero nosotros disponíamos de ventaja pues habíamos llegado a la sala directamente por detrás del trono y directamente sobre el estrado.

—Dispón a tus hombres frente a la entrada principal —le ordené al oficial de la guardia— y aguanta hasta que lleguen los refuerzos —y a continuación, mientras el centenar cargaba a través de la sala del trono contra un sorprendido y enfurecido Ko-tah,

acompañé a Nah-ee-lah hasta el trono central, donde tomó asiento. A continuación di un paso al frente y alcé la mano exigiendo silencio.

—¡El Jemadar Sagroth ha muerto! —grité—. ¡Contemplad a Nah-ee-lah, Jemadav de Laythe!

—¡Alto! —gritó Ko-tah—. Podrá compartir el trono conmigo, pero no lo ocupará ella sola.

—¡Prended al traidor! —le ordené a la guardia leal, que se lanzó hacia delante contenta de cumplir mis órdenes.

Él estaba acompañado tan solo por un puñado de hombres, y cuando vio que la guardia intentaba en verdad prenderlo y que quedaría en nuestras manos, se giró y huyó. Pero yo sabía que regresaría, y así lo hizo, pero no hasta que la mayor parte de la guardia de la Jemadav se hubo concentrado en la sala del trono.

Llegó acompañado por una gran cantidad de guerreros, y la batalla fue furiosa, pero igualmente podría haber lanzado a un millón de hombres contra nuestro millar y no nos habrían vencido, pues tan solo un limitado número de combatientes podían enfrentarse cada vez en aquella entrada hacia la sala del trono. Poco después, los cadáveres se amontonaban hasta alcanzar la altura de un hombre, aunque ni un solo miembro de las fuerzas de Ko-tah había conseguido cruzar el umbral.

Ignoro cuánto tiempo duró la batalla, pero debió ser un tiempo considerable ya que recuerdo que nuestros hombres luchaban por turnos, descansaron en muchas ocasiones y nos trajeron alimento desde diferentes partes del palacio a través del pasaje que se abría a espaldas del trono, y en varias ocasiones las fuerzas de Ko-tah se retiraron para descansar y recuperar fuerzas, aunque siempre regresaban en mayor número, y en su momento advertí que finalmente nos veríamos superados por la persistencia de sus repetidos ataques.

Y de repente se elevó un sonido lento y profundo que al principio fuimos incapaces de identificar. Se elevaba y descendía aumentando constantemente, hasta que finalmente distinguimos el sonido de voces humanas; la voz de una gran multitud... de una enorme masa de gente que se dirigía hacia nosotros lenta e irresistiblemente.

La multitud aumentaba de tamaño a medida que ascendía, terraza tras terraza, hasta el punto más elevado de Laythe. La lucha en la entrada de la sala del trono casi había cesado. Ambos bandos estábamos al borde del agotamiento, y permanecíamos en pie apoyándonos en nuestras armas a ambos lados de la pila de cadáveres que se alzaba entre nosotros y prestando atención al sonido en aumento de la multitud creciente que avanzaba lentamente hacia nosotros.

—¡Ya vienen! —exclamó uno de los nobles de Nah-ee-lah—. ¡Vienen a aclamar a la nueva Jemadav y a hacer pedazos a los traidores de Ko-tah!

Habló en voz lo suficientemente alta como para que Ko-tah y sus cómplices lo pudieran oír sin esfuerzo desde el exterior del salón.

—¡Vienen a arrancar del trono a la prole de Sagroth! —gritó uno de los seguidores de Ko-tah.

Y entonces, desde el trono, llegó la voz de Nah-ee-lah, dulce clara:

—Dejad que el pueblo haga su voluntad —dijo ella, y todos nos detuvimos, esperando el veredicto del pueblo.

No tuvimos que esperar mucho, pues en ese momento advertimos que la multitud había llegado a la terraza del palacio y estaba penetrando en el edificio. Podíamos escuchar a la horda gritando y moviéndose a través de pasillos y salones, hasta que finalmente aquellos gritos y aullidos se convirtieron en palabras articuladas:

—¡Sagroth ha muerto! ¡Gobiérnanos, Ko-tah, Jemadar de Laythe!

Me giré consternado hacia Nah-ee-lah:

—¿Qué significa esto? —grité—. ¿Se ha vuelto el pueblo contra ti?

—Los secuaces de Ko-tah han hecho un buen trabajo durante todos estos kelds — me explicó el comandante de la guardia de la Jemadav, que permanecía sobre el escalón superior del estrado, al pie del trono—. Han propagado tales mentiras y sediciones entre el pueblo que ni tan siquiera el reinado justo y gentil de Sagroth habría podido apagar.

—Que se haga la voluntad del pueblo —repitió Nah-ee-lah.

—¡Es la voluntad de unos locos engañados por un desalmado! —gritó el comandante de la guardia—. Mientras haya un solo corazón latiendo bajo la túnica de un solo guardia de la Jemadav, lucharemos por Nah-ee-lah, emperatriz de Laythe.

Las fuerzas de Ko-tah, ahora reforzadas por la muchedumbre, se abrían paso hacia la sala del trono empujando los cadáveres, así que nos vimos obligados a sumar nuestras fuerzas a la de los defensores de manera que aguantáramos mientras quedara uno solo de nosotros con vida.

Cuando el comandante de la guardia me vio luchar a su lado, me pidió que regresara junto a Nah-ee-lah.

—No debemos dejar sola a la Jemadav —me dijo—. Retrocede y mantente a su lado, Ju-lan el Jevadar, y cuando el último de nosotros hayamos caído, entierra tu daga en su corazón.

Me estremecí y regresé junto a Nah-ee-lah. El solo pensamiento de clavar mi daga en su suave pecho me asqueaba. Debía haber alguna otra manera y, sin embargo, ¿qué otro medio de escapar podría haber para Nah-ee-lah, quien prefería la muerte al deshonor de rendirse a Ko-tah, el asesino de su padre? Cuando me situé junto a Nah-ee-lah y me giré para enfrentarme a la entrada de la sala del trono, vi que los guerreros de Ko-tah estaban siendo empujados hacia el centro de la sala por la multitud que se agolpaba a sus espaldas y que nuestra guardia estaba siendo superada por el mayor número de sus enemigos. Ko-tah, junto con una docena de guerreros, avanzaba casi sin oposición gracias a la presión que se ejercía a sus espaldas, y así, sin nadie que se interpusiera, corría velozmente por el amplio pasillo central hacia el trono. Algunos que permanecían en la entrada lo vieron y, mientras colocaba un pie sobre el escalón inferior del estrado, gritaron:

—¡Ko-tah el Jemadar!

Con la espada desnuda, aquel individuo saltó hacia mí, que me interponía entre Nah-ee-lah y sus enemigos.

—¡Ríndete, Julian! —me gritó ella—. Es inútil oponerse. No eres de Laythe. Ni el honor ni el deber te imponen la obligación de sacrificar tu vida por uno de nosotros. ¡Perdónalo, Ko-tah —le gritó al Jevadar que avanzaba—, y me someteré al deseo del pueblo y te cederé el trono!

—¡Ko-tah el traidor jamás se sentará en el trono de Nah-ee-lah! —grité mientras saltaba adelante y me enzarzaba con el príncipe de Laythe.

Sus guerreros estaban ya muy cerca, y aquello me empujó a actuar con premura, de manera que luché como jamás me habría imaginado que sería capaz de hacerlo, y en el mismo instante en que la muchedumbre se abría paso a través de los restantes defensores y penetraba en el salón del trono de los Jemadars de Laythe, yo enterré la punta de mi espada en el corazón de Ko-tah.

Con un solo y agudo grito, elevó las manos sobre su cabeza y retrocedió a trompicones por los escalones y fue a morir a los pies del trono que había traicionado.

Durante un instante, el silencio reinó en la gran cámara. Amigos y enemigos quedaron en pie sumidos en una momentánea parálisis a causa de aquella asombrosa sorpresa.

Aquel intenso silencio no se había alargado más que un instante, cuando quedó roto por una terrorífica detonación. Sentimos que el palacio temblaba y se agitaba. La multitud miró espantada a su alrededor, con los ojos cargados de miedo y dudas. Pero antes de que nadie pudiera hacer una sola pregunta, otro atronador impacto retumbó en nuestros ensordecidos oídos, y entonces desde la ciudad bajo el palacio se elevaron los gritos y aullidos de la aterrorizada población. El palacio volvió a temblar y una enorme grieta se abrió en una de las paredes de la sala del trono. La gente lo vio, y en un instante su ira contra la dinastía de Sagroth quedó eclipsada por el mortal terror que sentían por su propia seguridad. Con gritos y chillidos se giraron y corrieron hacia la puerta. El más débil fue derribado y arrollado. Lucharon con puños y espadas y dagas en un enloquecido esfuerzo por escapar del edificio que se desmoronaba. Unos a otros se desgarraban las vestiduras intentando arrastrar hacia atrás al que tenían delante en un intento por ganar la carrera hacia el exterior.

Mientras la muchedumbre se mataba, Nah-ee-lah y yo permanecíamos ante el trono de Laythe, observándola, en tanto que por debajo de nosotros los supervivientes de la guardia del Jemadar permanecían en silencioso desdén contemplando el terror de la gente.

Una explosión siguió a otra en rápida sucesión. La muchedumbre había huido. El palacio estaba vacío, a excepción de un puñado de fieles que permanecían en la sala del trono.

—Vamos —le dije a Nah-ee-lah—, descubramos el origen de esos ruidos, y la extensión de los daños producidos.

—Ven —me respondió ella—, aquí hay un pasillo que conduce a la terraza interior, desde donde podremos ver toda la ciudad de Laythe. —A continuación, dirigiéndose al comandante de la guardia, le dijo—: Por favor, diríjase a las puertas de palacio y asegúradlas por si regresan nuestros enemigos, si es que no han abandonado definitivamente los terrenos de palacio.

El oficial hizo una reverencia, y seguido por los heroicos supervivientes de la guardia del Jemadar, se encaminó por otro pasillo hacia las puertas del palacio mientras que yo seguía a Nah-ee-lah por las escaleras que conducían hasta el tejado del palacio.

Cuando salimos al exterior corrimos hacia la barandilla que daba a la ciudad y al cráter. A nuestros pies, una muchedumbre gritaba y corría de acá para allá de terraza en terraza, mientras que de vez en cuando una terrorífica explosión hacía saltar por los aires unas estructuras de inmensa antigüedad y lanzaba por doquier una nube de escombros. Muchas terrazas mostraban enormes brechas y tambaleantes ruinas a causa de las explosiones, y el humo y las llamas se elevaban de una docena de lugares en la ciudad.

Me bastó un instante para darme cuenta de que aquellas explosiones estaban causadas por algo que caía desde las alturas sobre la ciudad, y cuando levanté la mirada vi un cohete describiendo un arco sobre el palacio, pasar por encima e ir a impactar sobre la terraza inferior, y entonces advertí que aquel proyectil había sido lanzado desde el exterior de la ciudad. Me giré rápidamente, corrí a lo largo de la terraza hasta el otro extremo, desde donde podía ver la meseta sobre la que se alzaba la ciudad. Fui incapaz de reprimir una exclamación de asombro cuando vi lo que se presentaba ante mis ojos, pues la superficie de la meseta bullía de guerreros. Nah-ee-lah me había seguido y estaba pegada a mi brazo.

—Los Kalkars —me dijo—. Han regresado para doblegar Laythe. Hace muchas

generaciones que lo intentaron por última vez, pero Julian ¿qué es lo que causa ese terrible sonido y esa destrucción y esos incendios en Laythe?

—Eso es precisamente lo que me sorprende —le respondí—, y no la presencia de los guerreros Kalkars. ¡Mira, Nah-ee-lah! —Y señalé hacia una colina que se alzaba al borde de la meseta, donde, a no ser que mis ojos me engañaran por completo, habían montado el mortero que lanzaba sus proyectiles al interior de la ciudad de Laythe—. Y allí, y allí —continué mientras señalaba a otras máquinas de destrucción montadas a intervalos regulares—. Han rodeado con morteros la ciudad, Nah-ee-lah. ¿Posee tu pueblo conocimientos sobre tales máquinas de guerra o sobre explosivos? —la interrogué.

—Tan solo se mencionan en nuestras leyendas —me explicó ella—. Hace eras que los habitantes de Va-nah perdieron el arte de fabricar tales cosas.

Mientras permanecíamos allí hablando, uno de los guardias del Jemadar salió del palacio y se nos acercó.

—Nah-ee-lah, Jemadav —gritó—, hay aquí alguien que solicita tu audiencia y que afirma que si le escuchas puedes salvar la ciudad de la destrucción.

—Traedlo —replicó Nah-ee-lah—. Lo recibiremos.

No tuvimos que esperar más que unos instantes antes de que los guardias regresaran con uno de los capitanes de Ko-tah.

—Nah-ee-lah, Jemadav —gritó cuando ella le dio permiso para que hablara—, me presento ante ti con un mensaje de uno que es Jemadar de Jemadars y Emperador de Va-nah. Si quieres salvar a tu pueblo y a tu gente, escúchame bien.

Los ojos de la muchacha se estrecharon.

—Te estás dirigiendo a tu Jemadav, ciudadano —le dijo—. Cuidado, no solo con tus palabras, sino con tu tono.

—No vengo más que a salvarte —replicó hoscamente el individuo—. Los Kalkars han descubierto a un gran líder, y han unido sus innumerables ciudades para derribar Laythe. Mi amo no desea destruir esta antigua ciudad, y no pone más que una condición para salvarla.

—Nombra su condición —le exigió Nah-ee-lah.

—Si aceptas casarte con él, hará de Laythe la capital de Va-nah, y tú reinarás junto a él como Jemadav de Jemadavs.

Los labios de Nah-ee-lah se curvaron a causa del desprecio.

—¿Y quién es ese presuntuoso Kalkar que osa aspirar a la mano de Nah-ee-lah? —le interrogó.

—No es un Kalkar, Jemadav —respondió el mensajero—. Viene de otro mundo, y dice que te conoce bien y que te ama desde hace tiempo.

—Su nombre —masculló Nah-ee-lah impacientemente.

—Su nombre es Or-tis, Jemadar de Jemadars.

Nah-ee-lah se giró hacia mí con las cejas alzadas y una sonrisa de incredulidad en el rostro.

—Or-tis —repitió.

—Ahora lo entiendo, mi Jemadav —le dije—, y empiezo a tener un leve indicio del tiempo que ha debido pasar desde que llegué a Va-nah, pues desde nuestra fuga de entre los Va-gas, Orthis ha tenido tiempo de descubrir a los Kalkars e integrarse entre ellos, conspirar con ellos para destruir Laythe y fabricar explosivos y proyectiles y las piezas de artillería necesarias para reducir a Laythe a su estado actual. Incluso aunque no hubiera oído su nombre, habría adivinado que se trataba de Orthis, pues así es él, un ingrato traidor

y un canalla.

—Regresa junto a tu amo —le ordenó ella al mensajero— y dile que Nah-ee-lah, Jemadav de Laythe, preferiría yacer con Ga-va-go de los Va-gas antes que con él, y que Laythe será destruida con alegría y su gente borrada de la faz de Va-nah antes de ser gobernada por semejante bestia. He hablado. Ve.

El sujeto se giró y abandonó la presencia de Nah-ee-lah acompañado por los guardias que lo habían llevado hasta allí y a quienes Nah-ee-lah ordenó que regresaran tan pronto como lo hubieran dejado a las puertas de palacio. A continuación me miró:

—Oh, Julian, ¿qué debo hacer? ¿Cómo puedo combatir contra esas fuerzas tan terribles que habéis traído a Va-nah desde otro mundo?

Meneé la cabeza.

—Nosotros también podríamos fabricar cañones y munición para hacerle frente, pero ya no disponemos de tiempo; Laythe quedará reducida a escombros antes incluso de que podamos empezar con ello. No existe otro camino, Nah-ee-lah, más que enviar a tu pueblo, a cada hombre capaz de luchar, y a las mujeres también, si son capaces de empuñar un arma, a la meseta en un intento por atravesar las líneas de los Kalkars y destruir los cañones.

Ella permaneció callada y pensativa durante un largo tiempo, y poco después regresó el oficial de la guardia y permaneció firmes frente a ella a la espera de sus órdenes. Ella levantó lentamente la cabeza y lo miró.

—Dirígete a la ciudad —le ordenó— y reúne a cada laytheano capaz de empuñar una espada, una daga o una lanza. Diles que se reúnan en las terrazas inferiores bajo el castillo y que yo, Nah-ee-lah, su Jemadav, me voy a dirigir a ellos. El destino de Laythe reposa sobre tus hombros.

XIV

¡La *Barsoom!*

La ciudad ya estaba en llamas en varios lugares, y aunque la gente luchaba valientemente por extinguir los incendios, estos parecían extenderse con mayor velocidad a medida que transcurrían los minutos. Y entonces, de repente, al igual que había comenzado, el bombardeo cesó. Nah-ee-lah y yo cruzamos la terraza para asomarnos al borde exterior e intentar advertir algún nuevo movimiento del enemigo, aunque no tuvimos que esperar mucho. Vimos que un centenar de escalas surgidas como por arte de magia se aproximaban a la terraza más baja, que no se alzaba más que un par de centenares de pies sobre la base de la ciudad. No pudimos ver a los hombres que cargaban con las escalas cuando se aproximaban a las murallas, pero adiviné por lo que pude distinguir de las escalas a medida que se acercaban que allí, una vez más, habían acudido en ayuda de los Kalkars los conocimientos terrestres y la experiencia de Orthis, pues tuve el convencimiento de que tan solo con algún tipo de escalera telescópica podrían alcanzar la terraza más baja.

Cuando vi sus intenciones, atravesé a la carrera el palacio hasta la terraza ante la que se abrían las puertas, donde estaba emplazada el resto de la guardia, y allí mismo les informé de lo que estaba sucediendo y les urgí a que enviaran a la gente hasta la terraza inferior para que rechazara al enemigo antes de que consiguiera establecer una cabeza de puente dentro de la ciudad. A continuación regresé junto a Nah-ee-lah y juntos contemplamos los resultados de la lucha, aunque casi desde el principio comprendí que Laythe estaba condenada, pues antes de que los defensores llegaran hasta la brecha, más de un millar de Kalkars habían trepado hasta la terraza y allí se defendían mientras que otro millar de guerreros ascendía sin ser atacado hasta la ciudad. Vimos que los defensores avanzaban a toda prisa para rechazarlos, y durante un momento fue tan impetuosa su carga que llegué a pensar que me había equivocado y que aún podrían expulsar de Laythe a los Kalkars. Una oleada de guerreros vociferantes luchaba en la terraza inferior, justo a nuestros pies. Los Kalkars se replegaban bajo el furioso ataque de los laytheanos.

—No tienen sangre en las venas —musitó Nah-ee-lah mientras se agarraba fuertemente a mi brazo—. Uno de mis nobles vale más que diez de ellos. Míralos. Ya están huyendo.

Y eso parecía, pues la brecha abierta por los Kalkars parecía estar cerrada de nuevo mientras que docenas de ellos caían sobre el borde de la terraza y se precipitaban hasta el suelo, a cientos de pies más abajo, sangrando y mutilados.

Pero de repente una nueva fuerza pareció infiltrarse en la batalla. Vi un caudal de Kalkars emerger sobre el borde de la terraza inferior... nuevos guerreros que trepaban por las escalas desde la meseta, y mientras así lo hacían gritaban algo que no pude entender pero ante lo cual los otros Kalkars parecieron cobrar ánimos y aguantar con mayor coraje la embestida de los nobles laytheanos. Vi a un guerrero, el líder de los recién llegados, cómo se abría paso hasta el corazón de la lucha. Poco después levantó las manos sobre la cabeza y arrojó algo entre las apretadas filas de los laytheanos.

Al instante se produjo una explosión terrorífica y un enorme y sangriento hueco se abrió en la terraza donde unos segundos antes la flor y nata de los guerreros de Laythe había defendido tan gloriosamente su ciudad y su honor.

—¡Granadas! —exclamé—. ¡Granadas de mano!

—¿Qué es eso, Julian? ¿Qué están haciendo allá abajo? —me gritó Nah-ee-lah—.

¡Están masacrando a mi pueblo!

—¡Sí, Nah-ee-lah, están masacrando a tu pueblo, y que Va-nah maldiga el día en el que los hombres de la Tierra pusieron el pie sobre tu mundo!

—No lo entiendo, Julian —me dijo.

—Esto es obra de Orthis —dije—; ha sido él quien ha traído desde la Tierra los conocimientos de esas diabólicas máquinas de destrucción. Primero bombardeó la ciudad con lo que parecen ser unos morteros muy primitivos, pues es imposible que haya tenido el tiempo suficiente para construir la maquinaria necesaria para fabricar aunque fuera el cañón más sencillo. Ahora sus tropas están arrojando granadas de mano sobre tus hombres. No tenemos la menor oportunidad, Nah-ee-lah, de que los laytheanos puedan imponerse con sus primitivas armas sobre esos modernos métodos de destrucción que Orthis ha fabricado para hacerles frente. Laythe debe rendirse o perecerá.

Nah-ee-lah apoyó la cabeza en mi hombro y sollozó.

—Julian —me dijo finalmente—, entonces esto es el fin. Por favor, llévame con la Jemadav, mi madre, y luego ve a firmar la paz con tu compañero de la Tierra. No me parece bien que tú, un extranjero que tanto ha hecho por mí, muera a mi lado por Laythe.

—Nah-ee-lah, la única paz que me siento capaz de firmar con Orthis —repliqué— es la paz de la muerte. Orthis y yo no volveremos a vivir juntos sobre el mismo planeta.

Ella sollozaba suavemente sobre mi hombro y yo la rodeé con un brazo en un esfuerzo por consolarla.

—Tan solo te he traído peligro y sufrimiento, y ahora la muerte, Julian —me dijo—, cuando tú no te merecerías más que felicidad y paz.

De repente sentí algo muy extraño y un peso me aplastó el corazón, de manera que cuando intenté hablar comenzó a retumbar de tal manera que no pude emitir una sola palabra y las rodillas me fallaron. ¿Qué me estaba sucediendo? ¿Era posible que Orthis hubiera liberado un gas venenoso? Finalmente conseguí reponerme.

—Nah-ee-lah —le dije—, no temo a la muerte si tú has de morir, pues no quiero otra felicidad más que estar contigo.

Alzó la vista de repente, y sus grandes ojos arrasados por las lágrimas miraron muy dentro de los míos.

—¿Quieres decirme, Julian, que...? ¿Quieres decirme que...?

—Quiero decirte, Nah-ee-lah, que te amo —le respondí aunque mis palabras se atropellaron de la forma más ridícula a causa de los nervioso que sentía.

—Ah, Julian —murmuró ella mientras me rodeaba el cuello con los brazos.

—¿Y tú, Nah-ee-lah? —le pregunté lleno de incredulidad mientras la apretaba contra mí—. ¿Es posible que mi amor se vea correspondido?

—Siempre te he amado —me respondió—. Desde el principio, desde que estuvimos prisioneros en la aldea No-van. Los terrestres debéis sufrir de ceguera, mi Julian. Un laytheano lo habría sabido de inmediato, pues creo recordar que en más de una docena de ocasiones te mostré mi amor abiertamente.

—¡Ah, Nah-ee-lah! Debía estar completamente ciego, pues hasta este mismo instante no he sabido que me amabas.

—Ahora —me aseguró— no me importa lo que pueda sucederme. Nos tenemos el uno al otro, y si morimos juntos, no me cabe duda de que viviremos juntos en nuestra próxima reencarnación.

—Eso espero —le dije—, pero preferiría no tener que comprobarlo y que viviéramos juntos en esta vida.

—Yo también, Julian, pero eso es imposible.

Nos encontrábamos ya atravesando los pasillos del palacio que conducían hacia los aposentos que ocupaba su madre, pero no la encontramos allí y Nah-ee-lah comenzó a preocuparse por su seguridad. Buscamos apresuradamente por otras salas del palacio, hasta que finalmente llegamos ante la pequeña sala de audiencias en la que habían asesinado a Sagroth, y cuando abrimos la puerta vi una escena que intenté ocultar a los ojos de Nah-ee-lah dándole la vuelta para que mirara hacia el pasillo. Con toda seguridad adivinó qué me empujaba a actuar así, pues meneó la cabeza y musitó:

—No, Julian; sea lo que sea debo verlo. —Y a continuación me apartó suavemente y pasó junto a mí, y ambos permanecemos en el umbral contemplando la espeluznante escena que se desplegaba ante nuestros ojos.

Allí yacían los cuerpos de los asesinos que Sagroth y yo habíamos abatido, y también el del Jemadar, exactamente en el lugar en el que había caído, mientras que sobre su pecho reposaba el cuerpo de la madre de Nah-ee-lah con una daga enterrada en el corazón por su propia mano.

Nah-ee-lah y yo nos quedamos allí unos instantes contemplándolos en silencio, como si estuviéramos musitando una oración, y a continuación ella se giró desalentada y abandonó la sala cerrando la puerta a sus espaldas. Caminamos en silencio durante un rato y ascendimos por las escaleras que conducían hasta la terraza superior. Las llamas ya se extendían por toda la zona inferior y por la ciudad y el fuego rugía como si fuera un inmenso horno mientras vomitaba grandes nubes de humo, pues aunque las terrazas laytheanas se apoyan sobre enormes arcos de albañilería, también se utiliza una gran cantidad de madera para levantar las estructuras de los edificios, además de que los cortinajes y el mobiliario eran muy inflamables.

—No tenemos ninguna oportunidad de salvar la ciudad —dijo Nah-ee-lah con un suspiro—. Nuestro pueblo, apartado de sus obligaciones por el traidor Ko-tah durante tanto tiempo, carece de líderes. Los bomberos, en lugar de permanecer en sus puestos, se han dedicado a buscar el fin de su Jemadar. ¡Triste día! ¡Triste día!

—¿Crees que habrían sido capaces de apagar los incendios? —le pregunté.

—Los pequeños estanques, los arroyos, las cascadas, los grandes baños públicos y los pequeños lagos que ves en todas las terrazas se construyeron con la idea de combatir los incendios. Es muy fácil desviar las corrientes y depósitos hasta cualquier edificio. ¡Si mi pueblo hubiera estado en sus puestos, esto al menos no habría sucedido!

Mientras permanecíamos allí observando las llamas, vimos de repente una enorme cantidad de gente que abandonaba varias de las terrazas inferiores. Saltaba a la vista que huían aterrorizados, y poco después otras figuras aparecieron sobre las terrazas por encima de la gente que huía; Kalkars que arrojaban granadas sobre los laytheanos que huían más abajo. Hombres, mujeres y niños corrían de acá para allá gritando y llorando y buscando refugio, pero desde los edificios a sus espaldas, cargando contra ellos, llegaron más Kalkars provistos de granadas. Los incendios acosaban a los habitantes de Laythe desde ambos lados y los Kalkars los atacaban desde arriba y desde atrás. Los más débiles cayeron y fueron pisoteados hasta la muerte, y vi a docenas morir por sus propias lanzas o apuñalar en el corazón a sus seres más queridos.

La masacre se extendió velozmente por toda la circunferencia de la ciudad y los Kalkars se llevaban a la gente desde las terrazas superiores hasta las inferiores a través de violentos incendios que aumentaban en número hasta que la boca del gran cráter quedó envuelta en fuego y humo. A través de ocasionales claros podíamos ver imágenes del

holocausto que se cometía a nuestros pies.

Una súbita corriente de aire surgió del cráter y aquella cortina de humo se elevó hasta el cielo durante unos momentos dejando al descubierto toda la circunferencia de la montaña, cuyo borde estaba atestado de laytheanos. Y entonces vi a un guerrero en pie sobre el lado opuesto saltar sobre el muro que bordeaba la terraza inferior que rodeaba la boca del cráter. Se giró y gritó algún tipo de mensaje a sus conciudadanos, a continuación se dio la vuelta, alzó los brazos sobre la cabeza y saltó al interior del profundo y enorme abismo. Al instante pareció que los demás quedaban contagiados por la locura de aquel acto. Una docena de hombres saltaron hasta el muro y se lanzaron de cabeza al cráter. Aquel acto se extendió lentamente al principio, pero fue cobrando la velocidad de un incendio en la pradera y recorrió la totalidad de la ciudad. Las mujeres arrojaban al cráter a sus hijos y a continuación saltaban tras ellos. La multitud luchaba por encontrar un lugar sobre el muro desde el que arrojarse a la muerte. Fue un espectáculo terrible y abrumador.

Nah-ee-lah se cubrió los ojos con las manos.

—¡Mi pobre gente! —lloró—. ¡Mi pobre gente!

Y muy por debajo de ella, a millares, se arrojaban hacia la eternidad mientras que por encima de ellos los aullantes Kalkars les lanzaban granadas y conducían al resto de los habitantes de Laythe, terraza tras terraza, hasta el borde del cráter.

Nah-ee-lah se apartó.

—Vamos, Julian —me dijo—. No puedo verlo, no puedo verlo. —Y juntos atravesamos la terraza y nos encaminamos hacia el lado opuesto de la ciudad.

Directamente por debajo de nosotros se encontraba una de las puertas del palacio, y cuando la tuvimos a la vista me sentí horrorizado al ver el torrente de Kalkars que llegaba desde las terrazas exteriores sobre las que se alzaban los muros del palacio. La guardia del Jemadar se encontraba allí lista para defenderlo contra los invasores. Las grandes puertas de piedra habrían soportado indefinidamente el ataque de lanzas y espadas, pero hasta la propia guardia se dio cuenta de que su destino había quedado sellado y que aquellas puertas, que se habían mantenido en pie durante largas eras, la mejor protección de los Jemadars de Laythe, estaban a punto de caer cuando los Kalkars se detuvieron a cincuenta yardas de distancia y desde sus filas surgió un individuo que se adelantó unos cuantos pasos.

Cuando mis ojos se posaron sobre él, no pude evitar apretar el brazo de Nah-ee-lah.

—¡Orthis! —grité—. ¡Es Orthis!

En ese mismo instante el hombre levantó la cabeza, deslizó su mirada por las puertas y fue a detenerse en nosotros. Una sucia sonrisa curvó sus labios cuando nos reconoció.

—Vengo a reclamar a mi prometida —gritó con una voz que nos llegó claramente —... y para ajustar mis cuentas contigo al fin —y me señaló con un dedo.

En la mano izquierda sostenía un objeto largo y cilíndrico y cuando terminó de hablar lo arrojó contra las puertas con la precisión con la que un pitcher de béisbol lanza una bola rápida.

El proyectil golpeó directamente contra la base de las puertas. Se produjo una violenta explosión y las grandes puertas de piedra se vinieron abajo explotando en un millón de fragmentos. La última defensa de la emperatriz de Laythe había caído, y con ella lo hicieron de forma sangrienta al menos la mitad de los miembros supervivientes de su leal guardia.

Los Kalkars cargaron de inmediato, arrojando sus granadas de mano por entre el

resto de la guardia.

Nah-ee-lah se giró hacia mí y me rodeó el cuello con los brazos.

—Bésame otra vez, Julian —me dijo—, y luego... tu daga.

—¡Jamás, jamás, Nah-ee-lah! —exclamé—. No puedo hacerlo.

—¡Pero yo sí! —gritó mientras extraía su propia daga de la vaina que llevaba colgando de la cadera.

—Eso no, Nah-ee-lah —le dije mientras agarraba su muñeca—. Debe haber otra manera. —Y de repente me llegó una inspiración descabellada—. ¡Las alas! ¿Dónde las guardan? Tu último súbdito ha muerto. El deber ya no te retiene aquí. Huyamos, aunque tan solo sea para frustrar los planes de Orthis y robarle la satisfacción de ser testigo de nuestras muertes.

—¿Pero a dónde podremos ir? —me preguntó.

—Podremos elegir nuestra propia manera de morir —repliqué—. Lejos de Laythe y de los ojos de un enemigo que se recrearía con nuestra perdición.

—Tienes razón, Julian. Aún disponemos de un poco de tiempo, pues dudo que Orthis y sus Kalkars sean capaces de encontrar con facilidad las escaleras que conducen hasta esta terraza. —Y a continuación me condujo hasta una de las muchas torres que se elevaban por encima del palacio.

Al entrar en ella ascendimos por una escalera de caracol hasta una gran cámara situada en la cima de la torre. Ajusté las alas de Nah-ee-lah y ella me ayudó con las mías, y a continuación nos lanzamos al vacío desde la cúspide de la torre, cruzamos sobre la ciudad en llamas y volamos velozmente hasta las tierras bajas y el mar. Tenía la intención de encontrar, si me era posible, la localización de la *Barsoom*, pues aún guardaba la insensata esperanza de que mis compañeros todavía estuvieran vivos... si yo lo había conseguido, ¿por qué no ellos?

El calor que emanaba de la ciudad era casi insoportable, y el humo resultaba sofocante, pero conseguimos superarlo, de manera que casi de inmediato estuvimos ocultos a la vista de aquella zona del palacio de la que habíamos partido, con el resultado de que cuando Orthis y sus Kalkars descubrieron finalmente el acceso a aquella terraza, como yo no había dudado que harían, habíamos desaparecido hacia un rumbo desconocido para ellos.

Volamos y nos dejamos llevar por los vientos que atravesaban aquel terreno montañoso hacia las llanuras y el mar. Mi intención era llegar a su orilla y seguir la línea costera hasta que llegáramos a un río que disponía de una isla en su desembocadura. Sabía que desde aquel lugar sería capaz de encontrar el lugar en el que había tomado tierra la *Barsoom*.

Nuestro largo vuelo debió durar un considerable tiempo, pues tuvimos que descender para descansar y buscar alimento muchas veces. Afortunadamente, no tuvimos contratiempos, y en las varias ocasiones en que fuimos descubiertos por bandas de Va-gas merodeadores fuimos capaces de remontar el vuelo a gran distancia de ellos y escapar con facilidad. Finalmente, tuvimos el mar a la vista y seguimos su costa hacia la izquierda, pero aunque pasamos por las desembocaduras de muchos ríos, no encontré ninguno que se ajustara a las características que tenía grabadas en la memoria.

Finalmente tuve la sospecha de que nuestra búsqueda era fútil, aunque ninguno de los dos éramos capaces de pensar en un lugar en el que pudiéramos refugiarnos y sentirnos seguros. El gas de nuestros depósitos iba perdiendo potencia y no teníamos manera de cargarlos. Aún aguantarían un cierto tiempo, aunque ignorábamos cuánto y tan solo

sabíamos que carecían de la potencia original.

Habíamos visto una sucesión casi continua de islas lejos de la costa, y le sugerí a Nah-ee-lah que intentáramos descubrir una en la que crecieran frutas y bayas y los vegetales necesarios para nuestra subsistencia y en la que pudiéramos disponer de un suministro constante de agua potable.

Descubrí que Nah-ee-lah sabía muy poco de aquellas islas, de hecho casi nada, e incluso ignoraba si estarían habitadas; no obstante decidimos explorar una, y a este fin elegimos una isla de una considerable extensión que se encontraba a unas diez millas de la costa. Llegamos a ella sin dificultad y la sobrevolamos en círculos, escrutando toda la zona cuidadosamente. Casi la mitad de su superficie era montañosa, pero el resto del terreno era ondulado y casi nivelado.

Descubrimos tres corrientes de agua y dos pequeños lagos y una abundancia casi selvática de vegetación, pero en ningún lugar pudimos descubrir el más mínimo indicio de que estuviera habitada. Así que finalmente, una vez que nos sentimos seguros, tomamos tierra sobre la llanura, cerca de la playa.

Era un lugar maravilloso, un auténtico Jardín del Edén, donde ambos podríamos pasar el resto de nuestras vidas en paz y seguridad, pues aunque más tarde exploramos la isla cuidadosamente, no encontramos la más mínima evidencia de que hubiera sido hollada por el pie del hombre.

Juntos levantamos un acogedor refugio contra las tormentas. Juntos recogimos alimentos, y durante nuestros largos períodos de inactividad yacíamos sobre el suave césped de la playa, y para pasar el tiempo le enseñé a Nah-ee-lah mi propio idioma.

Era una vida feliz, relajada y despreocupada la que vivíamos en aquella isla encantada y, sin embargo, aunque éramos felices en nuestro amor, ambos sentíamos la futilidad de aquella existencia en la que pasaríamos nuestras vidas en una inútil inactividad.

Sin embargo, habíamos abandonado finalmente cualquier esperanza de encontrar otra forma de vida. Y así, dejando pasar el tiempo, nos encontrábamos un día después de comer, tumbados de espaldas en una relajada inactividad sobre la suave hierba lunar, y con los ojos cerrados, cuando Nah-ee-lah me agarró de repente del brazo.

—¡Julian! —gritó—. ¿Qué es eso? ¡Mira!

Abrí los ojos y la encontré sentada y mirando hacia el cielo en dirección a tierra firme, mientras apuntaba con un estilizado dedo hacia el objeto que había atraído su atención y excitado su sorprendido interés.

Cuando mis ojos enfocaron el objeto que señalaba con su dedo, salté en pie con una exclamación de incredulidad, pues allí, navegando en paralelo a la costa a una altura de no más de un centenar de pies, había una nave cuyas líneas conocía yo tan bien como el rostro de mi madre. Era la *Barsoom*.

Puse en pie a Nah-ee-lah sujetándola por un brazo.

—¡Vamos, deprisa, Nah-ee-lah! —grité y la empujé hacia la cabaña donde habíamos guardado las alas y los depósitos de gas que no habíamos vuelto a utilizar pero que habíamos protegido cuidadosamente sin saber porqué.

Los depósitos aún tenían gas, al menos el suficiente como para mantenernos en el aire con la ayuda de nuestras alas, aunque volar a través de una larga distancia nos habría resultado fatigoso en exceso, y yo dudaba si seríamos capaces de cruzar las diez millas de mar que se extendían entre nosotros y tierra firme; aún así, yo estaba resuelto a intentarlo. Nos pusimos a toda prisa nuestras alas y depósitos y, elevándonos juntos, agitamos nuestras alas lentamente hacia tierra firme.

La *Barsoom* navegaba pausadamente en un rumbo que se cruzaría con el nuestro antes de que llegáramos a la orilla opuesta, pero yo guardaba la esperanza de que vieran nuestras siluetas y decidieran investigar.

Volamos tan rápido como nos atrevimos, pues no quería arriesgarme a que Nah-ee-lah se agotara, ya que era consciente de que me sería imposible soportar su peso y el mío con el gas casi agotado. No había manera de enviar señales a la *Barsoom*. Tan solo podíamos volar hacia ella. Aquella era nuestra mejor oportunidad, aunque finalmente, aun cuando lo estábamos intentando, me di cuenta de que llegaríamos demasiado tarde para interceptarla, y a menos que nos vieran y cambiaran su rumbo no estaríamos lo suficientemente cerca como para avisarlos. Ver a mis amigos pasar tan cerca, y sin embargo ser incapaz de avisarles de nuestra presencia me llenó de melancolía. Ninguna de las muchas vicisitudes y peligros que viví desde que había dejado la Tierra me deprimió más que el foco de la *Barsoom* pasando lentamente frente a nosotros. Vi cómo cambiaba de rumbo y se internaba en tierra firme alejándose de nosotros y no pude por menos que lamentarme de nuestra desgraciada situación, ya que ahora seríamos incapaces de alcanzar la seguridad de nuestra isla y yo dudaba si el gas que nos quedaba sería suficiente para llegar a tierra firme.

Sin embargo fue suficiente, y allí nos posamos y descansamos mientras la *Barsoom* se perdía de vista hacia las montañas.

—No voy a rendirme, Nah-ee-lah —exclamé—. Voy a seguir la *Barsoom* hasta que la encontremos, o hasta que muramos en el intento. Dudo que seamos capaces de llegar de nuevo hasta nuestra isla, pero podremos hacer vuelos cortos sobre tierra firme y, al hacerlos, podremos ganarle terreno a mi nave y a mis compañeros.

Tras descansar brevemente, volvimos a elevarnos, y cuando alcanzamos la cima de los árboles vi la *Barsoom* en la distancia, girando de nuevo esta vez hacia la izquierda, de manera que alteramos nuestro rumbo y volamos tras ella. Sin embargo, al rato advertimos que estaba describiendo una gran curva y la esperanza cobró brío en nuestros corazones, dándonos fuerzas para continuar volando, aunque nos veíamos forzados a aterrizar de vez en cuando para recuperar fuerzas. A medida que nos aproximábamos a la nave vimos que los círculos se volvían más estrechos, pero no fue hasta que estuvimos a unas tres millas de distancia cuando me di cuenta de que estaba rodeando la boca de un enorme cráter cuyas paredes se elevaban varios cientos de pies sobre el terreno circundante. Nos habíamos visto obligados a aterrizar de nuevo para descansar, cuando me vino a la mente de súbito el propósito de las maniobras de la *Barsoom*; estaba examinando el cráter como preparativo para salir al espacio exterior y regresar a la Tierra.

Cuando aquel pensamiento me golpeó, una oleada de horror desesperanzado me abrumó cuando pensé que mis compañeros me abandonarían para siempre y que unos pocos minutos nos robarían a Nah-ee-lah y a mí una vida de felicidad y paz, pues en aquel instante el casco de la *Barsoom* descendió tras el borde del cráter y desapareció de nuestra vista.

Me elevé rápidamente acompañado por Nah-ee-lah, volamos a tanta velocidad como nos lo permitían nuestros cansados músculos y nuestros agotados depósitos hacia el borde del cráter. En lo más íntimo de mi corazón sabía que llegaríamos demasiado tarde, pues una vez que se habían decidido a hacer aquel intento, la nave caería como una plomada en las profundidades, y que cuando llegáramos hasta la boca del abismo la perdería de vista para siempre.

Y aún así, me esforcé por continuar con los pulmones a punto de reventarme a causa

de mis esfuerzos por ganar velocidad. Nah-ee-lah había quedado muy atrás, pues si uno de los dos alcanzaba la *Barsoom* a tiempo, ambos estaríamos salvados, y yo era capaz de volar más rápido que Nah-ee-lah; de lo contrario jamás me habría separado de ella más que un centenar de yardas.

Aunque mis pulmones bombeaban aire como un fuelle, me atreveré a afirmar que mi corazón se paró durante varios segundos antes de alcanzar el borde del cráter.

En el mismo instante en que esperaba que todas mis esperanzas quedaran destrozadas y reducidas a la nada irrevocablemente y para siempre, atravesé el borde y contemplé la *Barsoom* a no más de veinte pies más abajo, justo al borde del abismo, y sobre la cubierta se encontraban West, Jay y Norton.

Cuando surgí ante su vista directamente sobre ellos, West desenfundó su revólver y me apuntó, pero en el mismo instante en que su dedo iba a apretar el gatillo, Norton se adelantó a la carrera y le golpeó en la mano.

—¡Por Dios, señor! —exclamó con voz juvenil—. ¡Es el capitán! —Y en ese momento todos me reconocieron; un instante después me derrumbé y caí sobre la cubierta de mi amada nave.

Mi primer pensamiento fue para Nah-ee-lah, y bajo mis órdenes la *Barsoom* se elevó grácilmente y avanzó a su encuentro.

—¡Por Dios! —exclamó mi invitado saltando en pie y mirando a través de las ventanas del camarote—. No me había dado cuenta de que lo he tenido despierto durante toda la noche. Ya hemos llegado a París.

—Pero el resto de su historia... —le pedí—. No la ha terminado, lo sé. Anoche, cuando se encontraba contemplando a la gente de celebración en el Salón Azul, hizo usted una afirmación que me hizo pensar que alguna terrible calamidad amenaza el planeta.

—Y así es —me dijo—, y mi intención era contárselo, pero era necesario que le relatara esa historia sobre mi tercera reencarnación para que usted entendiera cómo esa gran catástrofe arrasó la población de este planeta.

—¿Pero regresaron a la Tierra? —le exigí saber.

—Sí —me respondió—, en el año 2036. Había permanecido diez años en Va-nah, pero ignoraba si habían pasado diez meses o un siglo hasta que regresé a la Tierra. —A continuación sonrió—. Habrá observado que he dicho «regresé». A veces me resulta difícil recordar qué reencarnación me encuentro viviendo. Quizá le resulte más fácil de entender si le digo que Julian V regresó a la Tierra en el año 2036, y que ese mismo año su hijo, Julian VI, nació de su esposa, Nah-ee-lah, la Doncella de la Luna.

—¿Pero cómo pudieron regresar a la Tierra en una *Barsoom* tan averiada?

—Ah —me dijo—, eso hace surgir un punto que resultó de gran interés para Julian V. Una vez estuvimos a bordo de la *Barsoom*, evidentemente una de mis primeras preguntas fue acerca del estado de la nave y de sus intenciones, y cuando supe que habían estado intentando pasar a través del cráter para navegar hacia la Tierra, les hice varias preguntas más y me enteré de que el teniente de corbeta Norton había reparado los motores, y que había sido capaz de hacerlo gracias a la información que había conseguido de Orthis tras ganarse su amistad. Aquello explicaba aquella intimidad entre los dos, que tanto había deplorado yo, pero que entendí que había fomentado Norton por motivos patrióticos.

»Ya hemos atracado y debemos desembarcar. Le agradezco su hospitalidad y su generoso interés —y me ofreció su mano.

—Pero la historia de Julian IX —insistí—. ¿Jamás he de oírla?

—Si volvemos a encontrarnos, sí —me prometió con una sonrisa.

—Me atenderé a ello —le dije.

—Si volvemos a encontrarnos —repitió y se fue cerrando la puerta del camarote a sus espaldas.

Los hombres de la Luna

I

Un extraño encuentro

Levanté mi inhóspito campamento, durante los primeros días de marzo de 1969, sobre una desolada playa a unas cincuenta millas al sudeste de isla de Herschel, a la caza del oso polar.

Había llegado al Ártico el año anterior para disfrutar de mis primeras vacaciones auténticas. El fin de la Gran Guerra, producido dos años antes, había dejado un exhausto planeta en paz; una condición que jamás antes se había dado y que no sabíamos cómo abordar.

Creo que todos nos sentíamos perdidos sin una guerra en la que luchar; al menos a mí me sucedía. No obstante, conseguí mantenerme muy ocupado con los cambios que trajo la paz a mi oficina, la Oficina de Comunicaciones, provocando reajustes en sus actividades ante las necesidades de una actividad mundial que ya no se veía influenciada por la guerra. Durante la totalidad de mi vida oficial me había visto obligado a combinar ambos tipos de comunicaciones: la comunicación bélica y la comercial, de manera que los ajustes no supusieran una tarea hercúlea. Me ocupó muy poco tiempo, apenas nada, y una vez que todo el asunto estuvo perfectamente cerrado solicité un permiso por tiempo indefinido, que me concedieron.

Mis compañeros de caza eran tres esquimales, el más joven de los cuales, un muchacho de diecinueve años, jamás antes había visto a un hombre blanco; hasta ese punto habían terminado los últimos veinte años de la Gran Guerra con el exiguo comercio establecido entre sus aislados asentamientos y las tierras más favorecidas de la así llamada «civilización».

Pero esto no es un relato sobre mis emocionantes experiencias en el redescubrimiento de las regiones árticas. Es, más bien, una manera de explicar cómo volví a encontrarme con él tras un lapso de dos años.

Nos habíamos aventurado una corta distancia desde la orilla cuando yo, que iba en cabeza, descubrí un oso en la distancia. Había trepado un morón de hielo sucio y endurecido cuando lo descubrí, e indicándoles a mis compañeros que me siguieran, descendí deslizándome y dando traspiés hasta la superficie comparativamente nivelada de un extenso témpano que se extendía más allá del morón y que crucé a la carrera hasta alcanzar otro refugio de hielo que me ocultó de la vista del oso. Cuando llegué allí me giré para localizar a mis compañeros, pero todavía no estaban a la vista. De hecho, no volví a verlos.

Aquella masa de hielo estaba en movimiento y se resquebrajaba y crujía constantemente; pero yo estaba tan acostumbrado a aquel tipo de sucesos que no le presté apenas atención hasta que trepé hasta el siguiente morón, desde donde volví a ver al oso, que se dirigía directamente hacia mí aunque se encontraba aún a una distancia considerable. Volví a mirar hacia atrás en busca de mis compañeros. No estaban a la vista, pero sí vi algo que me llenó de preocupación: el témpano se había desgajado del primer morón, por lo que yo estaba ahora aislado de la tierra firme por una franja de agua helada que se ampliaba

constantemente. Jamás supe qué les sucedió a los tres esquimales, quizá el témpano se partiera directamente bajo sus pies y el agua helada se los tragara. Esta posibilidad apenas me parece creíble, incluso con mi limitada experiencia en las regiones árticas, pero si no fue eso lo que los quitó de mi vista para siempre, ¿qué fue?

Volví mi atención de nuevo hacia el oso. Evidentemente me había visto y asumí que yo era la presa que venía a buscar a paso rápido. Los ominosos crujidos y gemidos del hielo aumentaron, y para mi desesperación vi que se estaba rompiendo a mí alrededor y que hasta donde me alcanzaba la vista témpanos grandes y pequeños se alzaban y caían como si cabalgaran una enorme y veloz ola.

En ese momento una brecha de agua se abrió entre el oso y yo, aunque aquel enorme ejemplar no detuvo su paso. Se arrojó al agua, atravesó a nado la brecha y trepó el enorme témpano sobre el que yo me tambaleaba. Se encontraba a unas doscientas yardas, pero yo apunté hacia su hombro izquierdo con mi mira telescópica y abrí fuego. Lo alcancé, dejó escapar un rugido terrible y cargó hacia mí a la carrera. En el mismo instante en que iba a volver a disparar, el témpano volvió a partirse justo frente a sus pies y el animal desapareció bajo las aguas durante un momento.

Cuando reapareció volví a dispararle, pero erré el blanco. A continuación comenzó a trepar de nuevo aquel témpano que disminuía constantemente de tamaño. Volví a disparar. Esta vez le rompí el hombro, aunque se las apañó para subir al témpano y avanzar hacia mí. Pensé que ese animal jamás moriría y que me alcanzaría para desatar su venganza sobre mí, pues aunque le alcancé con un disparo tras otro continuó con su avance, aunque finalmente apenas podía arrastrarse hacia delante, gruñendo y haciendo terribles muecas. No estaba a más de diez pies de distancia cuando mi témpano volvió a partirse directamente entre el oso y yo y justamente al pie de la cresta sobre la que me encontraba, que giró sobre sí misma y me arrojó al agua a unos pocos pies de la gran bestia moribunda. Me giré e intenté trepar hasta el témpano desde el que había caído, pero sus bordes eran demasiado escarpados y no tenía manera posible de alzarme a otro trozo de hielo que no fuera aquel en el que el oso agonizaba gruñéndome. No había soltado mi rifle y sin más lo clavé en el borde del témpano a unas pocas yardas del lugar en el que la bestia yacía aparentemente esperándome.

No se movió mientras subía al trozo de témpano, se limitó a girar la cabeza para no perderme de vista. No se acercó a mí y yo decidí no volver a dispararle si no lo hacía, pues había descubierto que mis balas no conseguían otra cosa más que enfurecerlo. El arte de la caza mayor había estado prácticamente muerto durante todos aquellos años en los que los rifles y la munición solo se habían fabricado para matar hombres. Al estar al servicio del Gobierno, no me había encontrado con dificultades para obtener un permiso de armas para propósitos deportivos, pero el Gobierno era el dueño de todas las armas de fuego y cuando respondieron a mi solicitud, me encontré con que tan solo disponían del modelo de rifle de reglamento perfeccionado cerca del final de la guerra, en 1967. Era una excelente herramienta para matar hombres, pero su munición no era lo suficientemente potente para la caza mayor.

Las vías de agua se abrían a nuestro alrededor cada vez a mayor velocidad, mientras que el hielo se dirigía a mar abierto imparablemente; y allí estaba yo, solo, empapado hasta la médula, con una temperatura que rondaba el cero y acompañado por un oso polar herido y enfurecido que, a aquella distancia, me parecía del tamaño de la catedral de la Primera Iglesia Presbiteriana de mi ciudad.

Ignoro cuánto tiempo pasó hasta que perdí la consciencia. Cuando volví a abrir los

ojos me encontraba yaciendo sobre un mullido catre de hierro blanco en la enfermería de un crucero de la recién formada Flota Internacional de Paz que patrullaba y vigilaba el mundo. Un enfermero y un oficial médico se encontraban a mi lado mirándome desde arriba, mientras que a los pies del catre había un hombre con un aspecto estupendo y vestido de almirante. Lo reconocí de inmediato.

—¡Ah! —exclamé en un volumen que fue poco más que un susurro—. Ha venido a contarme la historia de Julian IX. Ya sabe que me lo prometió, y voy a obligarle a cumplir con su promesa.

—Posee una buena memoria —me dijo sonriendo—. Cumpliré lo prometido cuando usted mejore.

Más tarde me informaron que volví a caer inconsciente, aunque a la mañana siguiente desperté descansado y, a pesar de mi terrible experiencia, los únicos daños que mostraba eran unas marcas de congelación en la nariz y las mejillas. Aquel atardecer me encontraba sentado en el camarote del almirante con un *highball* de whisky escocés en la mano, cuyo principal ingrediente había sido destilado en Kansas, y mi anfitrión sentado frente a mí.

—Ciertamente que fue una afortunada circunstancia para mí que se encontraran patrullando el Ártico en ese momento —comenté—. El capitán Drake me ha contado que cuando el vigía me descubrió, aquel oso polar se estaba arrastrando hacia mí, pero que cuando descendieron lo suficiente como para descolgar a un hombre hasta el témpano, la bestia había muerto a menos de un pie de distancia de mí. Me salvaron por los pelos, y soy incapaz de expresarles todo mi agradecimiento a ustedes y al motivo, fuera cual fuera, por el que se dirigieron a ese lugar.

—Esa es la primera cosa de la que quería hablarle —me respondió—. Estábamos buscándolo. Evidentemente, Washington sabía dónde planeaba usted acampar, pues le había contado detalladamente sus planes a su secretario antes de marcharse, y cuando el Presidente necesitó de usted, me enviaron de inmediato a buscarlo. De hecho, yo solicité la misión cuando me ordenaron que enviara una nave en su búsqueda. Deseaba en primer lugar renovar nuestra amistad y, en segundo, recorrer esta parte del mundo que jamás había tenido la oportunidad de contemplar.

—¡El Presidente me necesita! —repetí.

—Sí; White, el Secretario de Comercio, murió en su cincuenta cumpleaños y el Presidente desea que usted se haga cargo de la cartera.

—Muy interesante, ciertamente —respondí—, pero ni la mitad de interesante que la historia de Julian IX, de eso estoy seguro.

Soltó una agradable carcajada.

—¡Muy bien! —exclamó—. ¡Allá vamos!

Permítame prologar esta historia, tal y como hice con la anterior que le relaté a bordo del crucero *Harding* hace dos años, con un importante ruego: que tenga presente de continuo la teoría de que no existen cosas tales como el tiempo... que no existen ni pasado ni futuro... que tan solo existe el ahora, que jamás ha existido otra cosa que el ahora y que jamás existirá otra cosa más que el ahora. Es una teoría análoga a la que propone que no existe el espacio. Puede que haya gente que crea que lo entiende, pero yo no me encuentro entre sus filas. Sencillamente sé lo que sé... no intento entenderlo. Recuerdo sucesos de mis reencarnaciones previas con la misma facilidad con que recuerdo cosas de esta reencarnación; pero lo que resulta más notable es que recuerdo cosas (¿o debería decir que preveo?) de mis reencarnaciones futuras. No, no las preveo; las he vivido.

Ya le he contado el intento que hicimos por llegar a Marte a bordo de la *Barsoom* y cómo boicoteó la misión el capitán de corbeta Orthis. Aquello sucedió en el año 2026. Recordará cómo Orthis, a causa del odio y la envidia que sentía por Julian V, estropeó las máquinas de la *Barsoom*, por lo que fue necesario aterrizar en la Luna, y cómo la nave se vio arrastrada a través de la boca de un gran cráter lunar y por la corteza de nuestro satélite hasta el mundo interior.

Tras ser capturados por los Va-gas, cuadrúpedos humanos del interior de la Luna, Julian V se fugó junto con Nah-ee-lah, princesa de Laythe, hija de una raza de humanos selenitas iguales a nosotros, mientras que Orthis entablaba amistad con los Kalkars, o Pensadores, otra raza humana selenita. Orthis enseñó a los Kalkars, enemigos de los habitantes de Laythe, a fabricar pólvora, proyectiles y cañones, y así armados atacaron y destruyeron Laythe.

Julian V y Nah-ee-lah, la Doncella de la Luna, huyeron de la ciudad en llamas y más tarde fueron rescatados por la *Barsoom*, que había sido reparada por Norton, un joven teniente de corbeta, quien, junto con otros dos oficiales, había permanecido a bordo. Diez años después de aterrizar sobre la superficie interior de la Luna, Julian V y sus compañeros hicieron que la *Barsoom* atracara a salvo en la ciudad de Washington, abandonando al capitán de corbeta Orthis en la Luna.

Julian V y la princesa Nah-ee-lah contrajeron matrimonio aquel mismo año, 2036, y tuvieron un hijo al que bautizaron con el nombre de Julian VI. Él fue el bisabuelo de Julian IX, cuya historia me ha pedido que le relate y en quien volví a vivir durante el siglo Veintidós.

Por algún motivo no se volvió a intentar llegar a Marte, planeta con el que habían estado en comunicación por radio desde hacía años. Quizá se debiera al surgimiento de un culto religioso que predicaba contra cualquier forma de progreso científico y que, a través de la presión política, fue capaz de reformar e influir en varias administraciones débiles de un partido notoriamente débil que se había fundado casi un siglo antes por un grupo de sujetos que buscaban la paz a cualquier precio.

Fueron ellos los que abogaron por un desarme completo a nivel mundial, lo que habría supuesto la disolución de las fuerzas de la Flota Internacional de Paz, la destrucción de todas las armas y municiones y el derribo de las fábricas de munición controladas por los gobiernos de Estados Unidos y de Gran Bretaña, que en ese momento gobernaban el mundo en coalición. Fue el Rey de Inglaterra el que nos salvó del completo desastre causado por aquella descabellada política, aunque los peles de este país, ayudados por los peles de Gran Bretaña, consiguieron que la Flota de Paz quedara dividida en dos, una parte convertida en marina mercante, que se redujeran el número de fábricas de armas y que se destruyera la mitad del armamento mundial.

Y entonces, en el año 2050, recibimos el golpe. El capitán de corbeta Orthis, tras una estancia de veinticuatro años en la Luna, regresó a la Tierra con cien mil Kalkars y un millar de Va-gas.

Llegaron a bordo de un millar de grandes naves portando armas y munición y unas nuevas y extrañas máquinas de destrucción ideadas por la mente brillante del archivillano del universo.

Nadie más que Orthis lo habría intentado. Nadie más que Orthis lo habría conseguido. Fue él quien perfeccionó los motores que hicieron de la *Barsoom* una realidad. Una vez que se convirtió en la fuerza dominante entre los Kalkars de la Luna, excitó su imaginación con cuentos sobre un mundo grande y rico que se encontraba a distancia de

ataque, desarmado y descuidado. Le resultó muy fácil alistar una fuerza de trabajo para la construcción de las naves y la fabricación de los incontables elementos necesarios para que aquella gran aventura tuviera un feliz término.

La Luna suministró todos los materiales necesarios, los Kalkars la mano de obra y Orthis los conocimientos, el cerebro y el liderazgo. Había necesitado diez años para extender su propaganda y alzarse como líder de los Pensadores, y luego le hicieron falta catorce años para construir y preparar la flota.

Cinco días antes de su llegada, los astrónomos detectaron la flota como diminutas motas en los oculares de sus telescopios. Se produjeron muchas especulaciones, pero fue Julian V el que descubrió la verdad. Advirtió a los gobiernos de Londres y Washington, pero aunque se encontraba al mando de la Flota Internacional de Paz, sus llamamientos fueron tratados con ligereza y burlas. Conocía a Orthis y, por tanto, era consciente de que le resultaría muy fácil a aquel sujeto, dada su habilidad, el construir una flota; y también era consciente de que Orthis tan solo regresaría a la Tierra acompañado por un número tan grande de naves con un solo propósito.

Aquello significaba la guerra, y la Tierra tan solo disponía de un puñado de cruceros con los que defenderse... no había en el planeta ni veinticinco mil militares organizados, y el equipamiento disponible no alcanzaba ni para la mitad de ese número.

Sucedió lo inevitable. Orthis cayó sobre Londres y Washington simultáneamente. Sus bien equipadas fuerzas armadas no se encontraron prácticamente con ninguna resistencia. No se produjo ninguna resistencia porque no había con qué resistir. Poseer armas de fuego estaba considerado un delito. Incluso las armas blancas cuyas hojas superaran las seis pulgadas habían sido prohibidas por ley. El entrenamiento militar, excepto para los pocos miembros de la Flota Internacional de Paz, había sido derogado hacía años. Y sobre esta miserable fuerza de defensa cayeron cientos de miles de guerreros bien armados y entrenados con máquinas de destrucción desconocidas por el hombre de la Tierra. La descripción de una sola de ellas será suficiente para explicar lo completamente desesperada que era la causa del hombre.

Este instrumento, del que los invasores tan solo habían traído un modelo, se encontraba montado sobre la cubierta de su nave insignia y lo manejaba Orthis en persona. Era un invento propio que ningún Kalkar era capaz de entender o hacer funcionar. En pocas palabras, era un aparato que generaba radioactividad a la velocidad de vibración que se deseara y que podía dirigirse contra cualquier objeto que se encontrara dentro de su alcance. Ignoramos cómo lo llamaba Orthis, pero los terrestres de aquella época lo denominaron cañón electrónico.

Evidentemente se trataba de una invención reciente y, por tanto, en algunos aspectos era muy burda, pero sea como fuere, sus efectos eran lo suficientemente letales como para permitirle a Orthis exterminar la práctica totalidad de la Flota Internacional de Paz en menos de treinta días con la misma rapidez con el que las naves entraban en el radio de acción de aquel cañón electrónico. Para el profano, los efectos visuales provocados por aquella extraña arma eran atroces y espantosos. Un poderoso crucero vibrante de vida y poder volaba majestuosamente al encuentro de la nave capitana de los Kalkars cuando, como por arte de magia, todas sus partes fabricadas en aluminio se evaporaron en el aire como el rocío ante el calor del Sol, y como casi el noventa por ciento de los componentes de un crucero de la Flota de Paz, incluyendo su casco, estaban contruidos de aluminio, es fácil imaginarse el resultado: en un momento dado era una poderosa nave avanzando con fuerza a través del aire, con sus banderas y gallardetes flameando al aire, su banda tocando

himnos, sus oficiales y marinería preparados en sus puestos; al momento siguiente, una masa de motores, madera pulimentada, cordaje, gallardetes y seres humanos precipitándose a tierra para encontrarse con la muerte.

Fue Julian V quien descubrió el secreto de aquella letal arma y quien consiguió su destrucción al proyectar sobre las naves de la Flota de Paz un haz de radioactividad con una velocidad de vibración idéntica a la de del aluminio con el resultado de que, al quedar así excitada su estructura, los electrones de la sustancia agredida aumentaban su velocidad de vibración hasta un punto que se volvían a descomponer en sus elementos básicos e invisibles; en otras palabras, el aluminio se transmutaba en otro elemento tan invisible e intangible como el éter. Quizá fuera en realidad éter.

Una vez que se hubo asegurado de lo acertado de su teoría, Julian V hizo que su propia nave insignia se retirara hasta un lugar remoto del planeta acompañada por los cruceros supervivientes de la flota. Orthis estuvo buscándolos durante meses, pero no fue hasta finales del año 2050 que las dos flotas se encontraron de nuevo y por última vez. Por aquel entonces, Julian V había perfeccionado los planes por los que se habían ocultado, y ahora se enfrentaba a la flota Kalkar y a su viejo enemigo, Orthis, con alguna esperanza de éxito. Su nave insignia avanzaba a la cabeza de una pequeña columna formada por la última esperanza del mundo, y Julian V se encontraba en cubierta junto a una caja pequeña y de aspecto inocente montada sobre un robusto trípode.

Orthis avanzó a su encuentro; pensaba destruir las naves, una tras otra, a medida que avanzara. Se regocijó ante aquella fácil victoria al alcance de su mano. Apuntó con su cañón electrónico hacia la nave insignia de su enemigo y pulsó un botón. De repente frunció el ceño.

¿Qué era aquello? Examinó el cañón. Sostuvo un trozo de aluminio frente al cañón y vio cómo el metal se desvanecía. El mecanismo funcionaba, pero no sucedía lo mismo con las naves del enemigo. Entonces adivinó la verdad, pues su propia nave se encontraba ahora a muy corta distancia de la de Julian V y podía ver que esta última estaba enteramente recubierta de una sustancia grisácea que supuso al instante de qué se trataba: un material aislante que volvía las partes de aluminio de las naves de la flota inmunes al fuego invisible de su cañón.

El ceño fruncido de Orthis se transformó en una lúgubre sonrisa. Giró dos diales de una caja de control conectada al arma y volvió a pulsar el botón. Al instante los portahélices de la nave terrestre se disolvieron en el aire junto con numerosos componentes y partes de la cubierta superior. Lo mismo le sucedió a las partes de bronce expuestas del resto de la Flota Internacional de Paz, dejando todo convertido en un escuadrón de pecios a merced del enemigo.

La nave insignia de Julian V se encontraba en aquel momento a no más de unas pocas brazas de la de Orthis. Ambos podían ver claramente el rostro del otro. La expresión de Orthis era de salvaje satisfacción, la de Julian de sobriedad y dignidad.

—¡Así que pensabas vencerme! —se burló Orthis—. Dios, cuánto he esperado, trabajado y sudado por este día. He doblegado un mundo tan solo para derrotarte, Julian V. Para derrotarte y matarte, pero también para hacerte saber que voy a matarte... a matarte de forma tal como jamás se ha matado a un hombre, de una forma que tan solo un cerebro como el mío habría podido concebir. Has aislado vuestras partes de aluminio pensando que así desbaratarías mis planes, pero ignorabas, tu débil intelecto ignoraba, que con la misma facilidad que destruí el aluminio puedo, gracias a unos sencillos ajustes, sintonizar este arma para poder destruir un centenar de sustancias diferentes, entre ellas la carne o el hueso

humanos.

»Esto es lo que voy a hacer ahora, Julian V: en primer lugar voy a disolver tu estructura ósea. Sucederá sin dolor... puede que incluso ni te provoque la muerte inmediata, y espero que sea así, pues quiero que conozcas el poder de una verdadera inteligencia, una inteligencia a la que robaste los frutos del esfuerzo de toda una vida; pero eso no volverá a suceder, Julian V, pues hoy morirás... primero serán tus huesos, a continuación tu carne, y después de ti, tus hombres, y tras ellos tu progenie, el hijo que la mujer que yo amaba te ha dado; pero ella... ¡Ella será mía!

»¡Llévate esta afirmación al infierno! —Y se giró para ajustar los diales de su letal arma.

Pero Julian V posó una mano sobre la cajita colocada sobre el robusto trípode ante él, y fue él el que pulsó un botón antes de que Orthis pudiera pulsar el suyo. Al instante el cañón desapareció ante los ojos de Orthis, al mismo tiempo ambas naves se abordaron y Julian V saltó sobre la borda hasta la nave enemiga y corrió hacia su archienemigo.

Orthis se quedó mirando horrorizado al lugar en el que había estado un instante antes el mayor invento de su gigantesca inteligencia, y a continuación miró a Julian V, que se acercaba, y lanzó un horrible aullido.

—¡Detente! —gritó—. Durante todas nuestras vidas has estado robándome los frutos de mis esfuerzos. De alguna manera has conseguido hurtar el secreto de mi mayor invento, y ahora lo has destruido. Que Dios...

—¡Sí! —gritó Julian V—. Y voy a destruirte a ti también a menos que te rindas junto con todas tus fuerzas.

—¡Jamás! —balbuceó Orthis, que parecía casi enloquecido por el poder de su ira—. ¡Jamás! Esto es el fin, Julian V, para ambos —y mientras decía la última palabra bajó una palanca montada sobre un panel de control situado frente a él. Se produjo una explosión terrible y ambas naves, reventando entre llamas, se precipitaron como meteoritos hacia el océano.

Así se dirigieron Julian V y Orthis al encuentro de sus muertes, llevándose con ellos los secretos de aquella terrible fuerza destructora que este último había traído consigo desde la Luna; pero la Tierra ya estaba doblegada. Permanecía indefensa ante sus conquistadores. Tan solo puede conjeturarse cuál habría sido el resultado de todo aquello si Orthis hubiera vivido. Quizá hubiera llevado el orden a todo aquel caos y hubiera creado y establecido un reinado de la razón.

Al menos, los terrestres habrían tenido la protección de su maravilloso intelecto y de su poder para gobernar a los ignorantes Kalkars que había traído desde la Luna.

Habría quedado un atisbo de esperanza si los hombres de la Tierra se hubiesen unido en un frente común contra el enemigo, pero no lo hicieron. Algunos elementos que se sentían descontentos con esta o aquella administración se unieron a los invasores. Los perezosos, los inútiles, los desafectos, que siempre cargaban sus fracasos sobre los hombros de los triunfadores, se agruparon bajo las banderas de los Kalkars, a quienes veían como almas gemelas.

Las facciones políticas, tanto las liberales como las conservadoras vieron, o creyeron ver, una oportunidad para tomar ventaja de una manera u otra que resultara dañina para los intereses del otro. Las flotas Kalkars regresaron a la Luna para embarcar más Kalkars hasta que se estimó que unos siete millones de individuos llegaban cada año a la Tierra.

Julian VI, junto con su madre, Nah-ee-lah, vivía, al igual que Or-tis, el hijo de

Orthis y una mujer Kalkar; pero mi historia no va a tratar sobre ellos, sino sobre Julian IX, que nació exactamente un siglo después día del nacimiento de Julian V.

Julian IX va a contar su propia historia.

II

Soor, el recaudador de impuestos

Nací en el Teivos de Chicago el 1 de enero de 2100, de la unión entre Julian VIII y Elizabeth James. Mi padre y mi madre no estaban casados, pues el matrimonio había sido ilegalizado. Me llamaron Julian IX. Mis padres pertenecían a la clase intelectual, en rápida extinción, y ambos sabían leer y escribir. Ambas artes me transmitieron a mí, aun cuando resultaba un ejercicio fútil; tal era su religión. La imprenta era un arte perdido y la última biblioteca pública había sido destruida años antes de que yo alcanzara la madurez, de manera que apenas disponía de qué leer, ya que poseer un libro lo marcaba a uno con el estigma de uno de aquellos odiados intelectuales, provocando la burla y el desprecio de la chusma Kalkar y la sospecha y la persecución de las autoridades lunares gobernantes.

Los primeros veinte años de mi vida pasaron sin incidentes. De niño jugaba entre las desmoronadas ruinas de lo que en tiempos había sido una magnífica ciudad; incendiada y saqueada un centenar de veces, Chicago aún mostraba los esqueletos de enormes edificios alzándose sobre las cenizas de su antiguo esplendor. De adolescente añoré los románticos días del pasado de mis ancestros, cuando el hombre de la Tierra aún poseía la fuerza suficiente como para luchar por su existencia. Lamenté la callada resignación de la gente de mis tiempos, en los que tan solo algún aislado asesinato rompía la monotonía de nuestra triste existencia. Incluso la Guardia Kalkar estacionada a orillas del gran lago apenas nos molestaba, a menos que recibieran una llamada urgente de las altas autoridades solicitándoles una recaudación de impuestos adicional, pues nosotros los alimentábamos bien y ellos se llevaban nuestras mujeres y muchachas más bellas... o al menos a casi todas, como más tarde se verá.

El comandante de la guardia llevaba allí destinado varios años y nosotros nos considerábamos muy afortunados de que fuera más perezoso e indolente que cruel u opresivo.

Sus recaudadores de impuestos siempre estaban entre nosotros los días de mercado; pero nunca recaudaban tanto como para sumirnos en la pobreza, tal y como sucedía en Milwaukee, según nos habían contado los refugiados.

Recuerdo a un pobre diablo de Milwaukee que penetró tambaleándose en nuestro mercado un sábado. No era más que un saco de huesos y nos contó que más de diez mil personas habían muerto de inanición el mes anterior en su Teivos. La palabra teivos se aplica por igual tanto a un distrito como al cuerpo de funcionarios que administran malamente sus asuntos. Nadie sabe exactamente qué significa esa palabra, aunque mi madre me había contado que su abuelo le había dicho que era una palabra de otro mundo, de la Luna, al igual que sucedía con Guardia Kash, que también carecía de significado: un soldado es un guardia Kash, diez mil soldados son una Guardia Kash. Si un hombre te mostraba un trozo de papel escrito que tú eras incapaz de leer y mataba a tu abuela o se llevaba a tu hermana, decías: «Lo hizo la Guardia Kash».

Aquella era una de las muchas inconsistencias de nuestro sistema de gobierno que provocaban mi indignación, incluso de niño; me refiero a las Veinticuatro proclamas y órdenes promulgadas para un pueblo al que se le había prohibido aprender a leer y escribir. Creo que ya le he dicho que la imprenta era un arte perdido. Esta aseveración no es completamente cierta, a no ser que nos refiramos a la masa de la población, pues Los Veinticuatro aún mantenían en funcionamiento un departamento de impresión desde el que

se emitían papel moneda y manifiestos. El dinero se utilizaba como sustituto del sistema tributario; quiero decir que, cuando nos veíamos tan asfixiados por la recaudación de impuestos que nuestras quejas apenas musitadas llegaban hasta la clase de los Kalkars, las autoridades enviaban agentes para que nos compraran nuestras mercancías y nos pagaran con un dinero que carecía de valor y que no utilizábamos para otra cosa que no fuera alimentar nuestras chimeneas.

Los impuestos no podían pagarse con dinero, pues Los Veinticuatro tan solo aceptaban oro y plata, o productos manufacturados, y como todo el oro y la plata habían desaparecido de la circulación cuando mi padre aún era adolescente, nos veíamos obligados a tributar con lo que criábamos o cosechábamos.

Los recaudadores visitaban nuestro mercado tres sábados al mes para valorar nuestros productos, y el último sábado recaudaban el uno por ciento de todo lo que habíamos llevado al mercado o vendido durante ese mes. Nada tenía un valor fijo; un día podías pasarte media hora regateando para conseguir una piel de cabra a cambio de una pinta de judías, y a la semana siguiente, si querías judías, te veías obligado a pagar cuatro o cinco pieles por esa misma pinta, y los recaudadores de impuestos sacaban ventaja de aquello: valoraban las mercancías según el precio más alto de aquel mes.

Padre poseía un rebaño de cabras de pelo largo que llamaban cabras de Montana, aunque él me decía que en realidad eran cabras de Angora, y madre solía tejer ropa con sus vellones. Con aquella ropa, la leche y la carne de nuestras cabras vivíamos acomodadamente; además disponíamos de una pequeña huerta junto a nuestra casa; no obstante, había algunas necesidades que debíamos cubrir comprando en el mercado. Estaba prohibido el trueque privado, ya que de ser así los recaudadores de impuestos nada habrían sabido sobre los ingresos de esas personas.

Bien, un invierno mi madre enfermó mientras sufríamos una necesidad perentoria de carbón con el que calentar la habitación en la que reposaba, así que padre fue a ver al comandante de la Guardia Kash para solicitarle permiso para comprar carbón antes del día de mercado. Enviaron a un soldado con él para que se presentara ante Hoffmeyer, el agente de los Kalkars, o Pthav, quien tenía la concesión del carbón en nuestro distrito (los Kalkars lo poseían todo), y cuando Hoffmeyer descubrió la gravedad de nuestra necesidad le dijo que por cinco cabras lecheras le daría a padre la mitad del peso de los animales en carbón.

Padre protestó, pero fue en vano, y como era consciente de la necesidad de calor que tenía mi madre le llevó a Hoffmeyer las cinco cabras y se llevó el carbón. Durante el siguiente día de mercado, pagó una cabra por un saco de judías igual a su peso y cuando el recaudador de impuestos llegó para recaudar el diezmo, le dijo a padre:

—Has pagado cinco cabras por la mitad de su peso en judías, y como todos sabemos que las judías valen veinte veces su valor en carbón, el carbón que adquiriste debe valer ahora cien cabras, y como las judías valen ahora veinte veces su valor en carbón, y como ahora posees tantas judías como su valor en carbón, tienes un capital de doscientas cabras, que en el valor de mercado mensual suponen una renta de trescientas. Has de entregarme tres de tus mejores cabras.

Era un recaudador de impuestos nuevo; el viejo habría sido incapaz de hacer semejante cosa; pero fue entonces cuando todo comenzó a cambiar. Padre le respondió que jamás se le habría ocurrido que las cosas fueran a peor; pero más tarde vio las cosas de modo distinto. El cambio comenzó en 2017, justo después de que Jarth se convirtiera en Jemadar de los Teivos Unidos de América. No todo sucedió a la vez, evidentemente. Washington está muy lejos de Chicago y no existía una línea férrea que las conectara

directamente. Los Veinticuatro mantenían activas unas pocas líneas inconexas; pero resultaba muy complicado mantenerlas en funcionamiento debido a que ya no había mecánicos bien formados para su mantenimiento. Jamás se tardaba menos de una semana en viajar desde Washington a Gary, la estación terminal del Oeste.

Padre decía que la mayoría de las líneas férreas quedaron destruidas durante las guerras que se produjeron antes de que los Kalkars invadieran el país y se permitiera a los trabajadores trabajar tan solo cuatro horas al día, cuando les apeteciera, e incluso así, la mayoría de ellos estaban tan ocupados redactando nuevas leyes que apenas disponían de tiempo para trabajar, y la carencia de mano de obra se convirtió en algo tan endémico que se abandonó el mantenimiento de las carreteras, aunque aquello no fue lo peor. La práctica totalidad de los hombres que entendían los detalles técnicos de aquellas operaciones de mantenimiento, que sabían de ingeniería y mecánica, fueron incluidos en la clase culta de los terrestres y, consecuentemente, fueron expulsados de sus trabajos y posteriormente asesinados.

Durante setenta y cinco años no se construyeron nuevas locomotoras y en aquellas que aún quedaban se practicó muy poco mantenimiento. Los Veinticuatro habían intentado demorar lo inevitable permitiendo que los pocos trenes que quedaban funcionaran tan solo para sus necesidades: el transporte de oficiales gubernamentales y tropas; pero tan solo iba a ser una cuestión de poco tiempo que las operaciones ferroviarias cesaran por completo. Aquello no significaba mucho para mí, pues jamás había viajado en tren; de hecho, jamás había visto otra cosa que sus oxidados restos, retorcidos y torturados por el fuego, que reposaban en varios lugares de nuestra ciudad; sin embargo, padre y madre consideraron aquello como una calamidad: la transición entre la vieja civilización y la nueva barbarie.

Las naves aéreas, los automóviles, los buques de vapor e incluso el teléfono habían desaparecido mucho antes de que ellos nacieran, pero habían oído a sus padres hablar de esta o aquella maravilla. El telégrafo todavía funcionaba, aunque su servicio era pobre y tan solo quedaban unas pocas líneas entre Chicago y el litoral del Atlántico. Al oeste de nuestra posición no había ni líneas férreas ni telégrafo. Cuando tenía diez años vi a un hombre que había llegado a caballo desde un Teivos en Misuri. Había salido de allí con otros cuarenta jinetes para visitar el Este y enterarse de lo que había pasado por allí durante los últimos cincuenta años; pero entre los bandidos y la Guardia Kash los habían matado a todos menos a él durante su largo y arriesgado periplo.

Jamás olvidaré cómo devoré cada retazo de la excitante narración que salía de sus labios ni cuán excitada estuvo mi imaginación durante las semanas siguientes mientras intentaba imaginarme a mí mismo como el héroe de aventuras similares en aquel misterioso y desconocido Oeste. Nos informó de que las condiciones eran muy malas en todas las zonas del país por las que había pasado; pero que en los distritos agrícolas la vida era más fácil dado que la Guardia Kash acudía allí con menos frecuencia y la gente podía ganarse la vida trabajando la tierra.

Opinaba que nuestras condiciones eran más penosas que las de Misuri y que no pensaba quedarse con nosotros, sino que prefería enfrentarse a los peligros de un viaje de regreso antes que vivir en un lugar tan cercano a la residencia de Los Veinticuatro.

Padre estaba muy enfadado cuando regresó del mercado después de que el recaudador de impuestos le hubiera marcado un tributo de tres cabras. Madre ya estaba en pie y la ola de frío nos había abandonado dejando la calidez de la primavera insinuándose en el aire de marzo. El hielo se había fundido de las riberas del río en las que vivíamos y yo esperaba impaciente el momento de mi primer chapuzón del año. Habíamos retirado las

pieles de cabra que cubrían las ventanas de nuestra pequeña casa y el aire fresco y cargado de luz del sol recorría las tres habitaciones.

—Se acercan malos tiempos, Elizabeth —dijo padre una vez que le hubo contado la injusticia cometida—. En el pasado ya eran malos, pero ahora que esos canallas han coronado al rey de los canallas como Jemadar...

—Shhh... —le advirtió mi madre mientras señalaba con la cabeza hacia la ventana abierta.

Padre quedó en silencio, escuchando. Oímos unos pasos que rodeaban la casa hacia la fachada y, un momento más tarde, la silueta de un hombre ensombreció la puerta. Padre respiró aliviado.

—¡Ah! —exclamó—. Se trata tan solo de nuestro buen hermano Johansen. Pasa, hermano Peter, y cuéntenos las nuevas.

—Y son importantes nuevas —exclamó el visitante—. El viejo comandante ha sido sustituido por uno nuevo, un tipo llamado Or-tis... uno de los amigos de Jarth. ¿Qué opinas al respecto?

El hermano Peter se encontraba entre padre y madre, dándole la espalda a esta última, de manera que no vio cómo madre se llevaba rápidamente a los labios indicándole a mi padre que vigilara sus palabras. Vi que la frente de padre se fruncía levemente, como si le molestara la advertencia de madre; pero cuando habló, sus palabras fueron aquellas que los de nuestra clase habíamos aprendido a través del sufrimiento eran las más seguras.

—No me corresponde a mí opinar —le respondió—, o cuestionar de forma alguna los actos de Los Veinticuatro.

—Ni a mí —le respondió prontamente Johansen—; pero entre amigos... un hombre no puede evitar pensar y a veces dar salida a sus pensamientos, ¿eh?

Padre se encogió de hombros y se giró. Pude ver que hervía en deseos por descargarse del odio que sentía por las degradadas bestias que el Destino había colocado en el poder casi un siglo antes. Su niñez había estado lo suficientemente cerca del glorioso pasado de su orgulloso país como para haber impreso, a través de los cuentos de sus mayores, una punzante comprensión de todo lo que se había perdido y cómo se había perdido. Tanto él como madre habían intentado enseñarme todo aquello, tal y como el resto de los cada vez más escasos intelectuales intentaban mantener la chispa de una cultura agonizante en el pecho de sus descendientes ante la esperanza, casi imposible, de que llegaría el día en que el mundo comenzara a emerger del cieno de la ignorancia y la brutalidad en el que la crueldad de los Kalkars lo habían hundido.

—Bueno, hermano Peter —dijo padre finalmente—. Debo marcharme a llevarle tres cabras al recaudador de impuestos, o me penalizará con otra como multa.

Vi que intentaba hablar con naturalidad, aunque era incapaz de disimular la amargura de su voz.

Peter alzó las orejas.

—Sí —le dijo—, ya he oído lo de semejante negocio. El nuevo recaudador de impuestos se estaba riendo al recordarlo ante Hoffmeyer. Opinaba que era un chiste estupendo y Hoffmeyer le dijo que como habías conseguido el carbón por mucho menos de su valor real, pensaba presentarse ante Los Veinticuatro para solicitarles que se te obligara a pagarle las noventa y cinco cabras que dice el recaudador que cuesta en realidad ese carbón.

—¡Oh! —exclamó madre—. No creo que sean capaces de hacer algo tan cruel... Estoy segura de que no serán capaces.

—Quizá tan solo estaban bromeando —le dijo Peter encogiéndose de hombros—; estos Kalkars son grandes bromistas.

—Sí —dijo padre—, son grandes bromistas; pero algún día les haré yo mi mejor broma —y salió hacia los rediles donde guardábamos a las cabras cuando no estaban pastando.

Madre lo siguió con la mirada con la preocupación reflejada en los ojos y la sorprendí mirando furtivamente a Peter, que poco después siguió a padre fuera de la casa y desapareció.

Padre y yo le llevamos las cabras al recaudador de impuestos. Este era un hombre pequeño coronado por una maraña de pelo rojo, una nariz fina y ojos pequeños y muy juntos. Se llamaba Soor. Tan pronto como vio a padre comenzó a echar pestes.

—¿Cómo te llamas, hombre? —le preguntó con insolencia.

—Julian VIII —replicó padre—. He traído las tres cabras para el pago del impuesto de mi renta de este mes... ¿debo meterlas en el redil?

—¿Cómo has dicho que te llamas? —le preguntó secamente aquel individuo.

—Julian VIII —repitió padre.

—¡Julian VIII! —gritó Soor—. ¡Julian VIII! Supongo que eres un caballero demasiado fino como para ser hermano de alguien como yo, ¿no?

—Hermano Julian VIII —dijo mi padre hoscamente.

—Vete a guardar tus cabras en el redil y a partir de ahora recuerda que todos los hombres son hermanos, buenos ciudadanos y leales siervos de nuestro gran Jemadar.

Una vez que padre introdujo las cabras en el redil nos dispusimos a regresar a casa, pero cuando pasábamos por su lado, Soor gritó:

—¿Y bien?

Padre se giró y lo miró con ojos interrogantes.

—¿Y bien? —repitió aquel sujeto.

—No entiendo —le dijo padre—, ¿acaso no he hecho todo lo que me exige la ley?

—¿Qué pasa con vosotros, pandilla de cerdos? —le gritó Soor—. En los Teivos del Este un recaudador de impuestos no se muere de hambre por culpa de su miserable salario... la gente le hace pequeños regalos.

—Muy bien —le dijo padre con tono tranquilo—, la próxima vez que vaya al mercado te llevaré algo.

—Preocúpate de hacerlo —respondió Soor con tono seco.

Padre no dijo palabra durante todo el camino a casa, y tampoco abrió la boca hasta que no hubimos concluido nuestra cena a base de queso, leche de cabra y bollos de maíz. Yo estaba tan rebosante de ira que apenas era capaz de contenerme; pero había crecido en una atmósfera tan saturada de represión y terror que aprendí bien pronto a mantener la lengua dentro de la boca.

Cuando padre hubo terminado de comer, se levantó bruscamente (tan bruscamente que su silla salió volando a través de la sala hasta la pared opuesta), cuadró los hombros y se dio un golpe terrible en el pecho.

—¡Cobarde! ¡Perro! —gritó—. ¡Dios! No puedo soportarlo. Me volveré loco si tengo que aguantar mucho más tiempo esta humillación. No soy un hombre. ¡Ya no hay hombres! No somos más que gusanos que unos cerdos aplastan en la tierra con sus pezuñas. Y no me he atrevido a decir palabra. Me quedé allí, parado; ese descendiente de una generación de serviles lameculos me insultó y me escupió a la cara y yo no me atreví a decir palabra, sino que me despedí de él sumisamente. Es nauseabundo.

»En unas pocas generaciones han conseguido arrancar la hombría del americano. Mis ancestros combatieron en Bunker Hill, en Gettysburg, en San Juan, en Château Thierry. ¿Y yo? Me humillo ante cualquier criatura que ostente la autoridad de esas bestias de Washington... y ni uno de ellos es americano... ni uno de ellos es terrestre. Inclino la cabeza ante la escoria de la Luna... Yo, uno de los pocos supervivientes del pueblo más poderoso que el mundo jamás conoció.

—¡Julian! —gritó mi madre—. Sé prudente, cariño. Puede estar escuchando alguien. —Vi que temblaba.

—¡Y tú te consideras una mujer americana! —gruñó mi padre.

—¡Julian, no! —le rogó ella—. No lo hagas por mí... sabes que no me importa... hazlo por ti y por nuestro hijo. No me importa lo que pueda sucederme; pero no soportaría ver cómo te apartan de nosotros como ya hemos visto apartados de sus familias a otros que se atrevieron a decir lo que sentían.

—Lo sé, corazón mío —le dijo tras un breve silencio—. Lo sé... es lo que estamos abocados a hacer todos. No me atrevo por ti y por Julian... tú no te atreves por nosotros dos... y así sucesivamente. Ah... si tan solo hubiera más de los nuestros... ¡Si fuera capaz de encontrar a un millar de hombres que se atrevieran!

—Shhh... —le advirtió mi madre—. Hay muchos espías. Nunca se sabe. Por eso te avisé cuando el hermano Peter vino hoy. Nunca se sabe.

—¿Sospechas de Peter? —le preguntó padre.

—No sé nada —le respondió madre—. Me asusta todo el mundo. Vivimos una existencia llena de temor y me da la sensación de que he vivido así toda la vida, y mi madre antes que yo y su madre antes que ella. Jamás me he acostumbrado a ello.

—El espíritu americano ha sido doblegado, pero no roto —dijo padre—. Mantengamos la esperanza de que jamás se rompa.

—Si tenemos el coraje suficiente como para seguir aguantando, no se romperá —le dijo madre—; pero es duro, tan duro que incluso llegas a odiar el traer un niño a este mundo —y me miró—, por culpa de la miseria y el sufrimiento al que se verá abocado de por vida. Siempre he ansiado tener hijos, pero temía quedarme embarazada... sobre todas las cosas, temía que fueran niñas. Ser una niña en este mundo... ¡Oh, qué terrible!

Tras la cena, padre y yo salimos y ordeñamos a las cabras y nos aseguramos de que los rediles estuvieran bien cerrados contra la noche y los perros. Me daba la sensación de que aquellos depredadores eran más numerosos y atrevidos cada año que pasaba. Había manadas donde tan solo había habido un ejemplar cuando yo era niño, e incluso para un hombre adulto resultaba muy peligroso atravesar una zona deshabitada durante la noche. No se nos permitía poseer armas de fuego, ni tan siquiera arcos y flechas, de modo que no podíamos exterminarlos y parecía que ellos eran conscientes de nuestra debilidad, aproximándose cada vez más a nuestras casas y rediles durante la noche.

Eran unas bestias enormes, temerarias y muy fuertes. Había una manada más temible que las demás, que padre decía que eran mestizos de collie y airedale; los miembros de aquella manada eran más grandes, taimados y feroces y se estaban convirtiendo en el terror de la ciudad. Los llamábamos la Jauría del Infierno.

III

La Jauría del Infierno

Tras regresar a casa con la leche, Jim Thompson y su mujer, Mollie Sheehan, vinieron a hacernos una visita. Vivían río arriba, aproximadamente a una milla de distancia en una granja vecina, y eran nuestros mejores amigos. Eran las únicas personas en las que padre y madre confiaban enteramente, de modo que cuando estábamos solos, decíamos libremente lo que pensábamos. Incluso siendo un niño me había resultado extraño que hombres tan fornidos como padre y Jim temieran expresarse libremente ante cualquiera, y aunque yo había nacido y crecido sumido en una atmósfera de sospechas y terror, jamás pude aceptar aquella actitud de servilismo y cobardía que nos estigmatizaba a todos.

Y sin embargo, yo sabía que mi padre no era un cobarde. Era un hombre de aspecto imponente, altísimo y con una musculatura magnífica; lo había visto luchar contra hombres y perros y en una ocasión defendió a mi madre contra un guardia Kash y mató al soldado con las manos desnudas. Estaba enterrado justo en el centro del redil de las cabras, con su fusil, su bayoneta y la munición cuidadosamente envueltos en varias capas de trapos aceitados y depositados a su lado. No habíamos dejado ninguna pista y jamás sospecharon de nosotros; pero ahora sabemos dónde hay un fusil, una bayoneta y munición.

Jim había tenido problemas con Soor, el nuevo recaudador de impuestos, y estaba muy enfadado. Jim era un hombre muy grande y, al igual que padre, siempre iba perfectamente afeitado al igual que casi todos los americanos, que era como llamábamos a toda la gente que llevaba viviendo aquí desde mucho tiempo antes de la Gran Guerra. Los otros (los auténticos Kalkars) eran lampiños. Sus ancestros habían llegado de la Luna muchos años antes. Habían estado llegando en sus extrañas naves año tras año, hasta que finalmente, una tras otra, las habían ido perdiendo, y como ninguno de ellos sabía cómo construirlas o cómo manejar sus motores, llegó el momento en el que ya no pudieron llegar a la Tierra más Kalkars.

Aquello nos favorecía, aunque sucedió demasiado tarde, pues los Kalkars de la Tierra se reproducían como moscas en un establo umbrío. Los Kalkars de sangre pura eran los peores, aunque había millones de mestizos que también eran malos, y creo que nos odiaban a los terrestres de pura cepa más de lo que lo hacían los auténticos Kalkars, o selenitas.

Jim estaba fuera de sí. Nos dijo que no sería capaz de soportar aquello mucho más, que prefería morir a vivir en un mundo tan terrible; sin embargo, yo estaba acostumbrado a tales discursos... llevaba escuchándolos desde mi infancia. La vida era muy dura; tan solo trabajo, trabajo y trabajo para mal vivir aplastados por los impuestos. Nada de placeres, pocas comodidades u holguras; absolutamente ningún lujo, y, lo peor de todo, una carencia absoluta de esperanzas. En raras ocasiones se veía a alguien sonreír... los de nuestra clase y los ancianos jamás reían. Los niños sí reíamos, un poco, no mucho. Matar el espíritu infantil es tarea muy difícil, pero la fraternidad humana casi lo había conseguido.

—Eso es culpa tuya, Jim —le dijo padre. Siempre culpaba a Jim de nuestros problemas, pues los familiares de Jim habían sido trabajadores americanos antes de la Gran Guerra; mecánicos y artesanos en varios oficios—. Tu gente jamás se enfrentó a los invasores. Se dejaron engañar por la teoría de la hermandad que los Kalkars trajeron de la Luna.

Los invasores escucharon a los portavoces de los descontentos y, posteriormente,

cuando los Kalkars enviaron entre nosotros a sus discípulos, «primero resistieron, luego se compadecieron de sí mismos, y finalmente abrazaron la nueva causa». Poseían el número y la fuerza para enfrentarse a la oleada de locura que nació con la catástrofe lunar y extenderse por todo el planeta; podrían haberla mantenido fuera de América, pero no lo hicieron; en su lugar, escucharon las palabras de los falsos profetas y pusieron su gran fuerza en manos de líderes corruptos.

—¿Y qué hay de los tuyos? —le hizo frente Jim—. Demasiado ricos y perezosos e indiferentes incluso para votar. Intentaron oprimirnos mientras nosotros trabajábamos y ellos engordaban.

—¡El viejo sofisma! —le espetó padre—. Jamás ha existido en el mundo una clase humana más independiente o próspera que la clase trabajadora americana del siglo Veinte.

—¡Estás hablando de nosotros! Mi gente fue la primera en entablar combate... mi gente luchó y vertió sangre por mantener la *Vieja Gloria* ondeando sobre el Capitolio de Washington; pero éramos demasiados pocos y ahora es la bandera Kash de los Kalkars la que ondea en su lugar y desde hace casi un siglo se considera un crimen castigado con la pena de muerte poseer una *Barras y Estrellas*.

Padre se dirigió a paso vivo hasta el otro extremo de la sala hasta la chimenea y sacó una piedra de la pared sobre la burda repisa de madera. Metió la mano por la abertura y se giró hacia nosotros.

—Aunque me han acobardado y degradado —gritó—, he de dar gracias a Dios por que aún me quede una chispa de hombría... he tenido la fuerza para retarles tal y como mis antepasados hicieron. He guardado esto, que me fue legado y que he guardado para que mi hijo lo legue a su hijo, y le he enseñado que ha de morir por ello al igual que murieron sus antepasados y al igual que yo moriría de buena gana.

Nos mostró un pequeño paquete de tela y, sujetándolo por las esquinas con las yemas de los dedos de ambas manos, dejó que se desplegara ante nosotros: un paño oblongo con barras alternas de color rojo y blanco con un rectángulo azul en una esquina en el que habían bordado una gran cantidad de pequeñas estrellas blancas.

Jim y Mollie y madre saltaron en pie y vi a madre mirar con gesto preocupado hacia la puerta de la calle. Durante un instante permanecieron así, en silencio, mirando con los ojos muy abiertos hacia aquella cosa que padre sostenía; a continuación, Jim se acercó a la bandera y, arrodillándose, tomó una de sus esquinas entre sus enormes y callosos dedos y se la llevó a los labios, y la llama de la vela que había sobre la mesa, chisporroteando a causa de la brisa que hacía que la piel de cabra que cubría la ventana ondeara, proyectó su débil luz sobre los tres.

—Esta es la Bandera, hijo mío —me dijo padre—. Es *Vieja Gloria*... la bandera de tus antepasados... la bandera que hizo del mundo un lugar decente en el que vivir. Poseerla supone la muerte; pero cuando yo me haya ido, tómala y guárdala como nuestra familia la ha guardado desde que el regimiento que la portaba regresó de Argonne.

Sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas; por qué, habría sido incapaz de decirlo, y giré la cabeza para ocultarlas. Giré la cabeza hacia la ventana y allí, tras la piel ondeante de cabra, vi un rostro recortado contra la oscuridad. Siempre he sido rápido de pensamiento y de acción; pero jamás en mi vida me moví con mayor velocidad con que lo hice al instante siguiente de descubrir aquella cara en la ventana. Con un solo movimiento barrí la vela de la mesa, sumiendo la sala en la oscuridad, y salté junto a mi padre arrebatándole la bandera de las manos y guardándola en la abertura sobre la repisa. La piedra reposaba sobre ella, de manera que no me tomó más que un momento buscarla a

tientas en la oscuridad; un instante después volví a encajarla en el nicho.

Tan arraigadas estaban la aprensión y la sospecha en la mente humana que los cuatro adultos que estaban en la sala sintieron intuitivamente la causa de mis actos y una vez que hube buscado la vela, encontrado y vuelto a encenderla, vi que allí seguían, tensos y paralizados donde los había visto por última vez. No me hicieron una sola pregunta. Padre fue el primero en abrir la boca.

—Has sido muy descuidado y torpe, Julian —me dijo—. Si querías coger la vela, ¿por qué no lo has hecho con más cuidado en lugar de lanzarte a por ella de semejante manera? Pero esta es la manera en la que haces las cosas... siempre andas dándole golpes a todo.

Alzó la voz levemente mientras hablaba, aunque aquello no era más que un pobre intento por disimular y yo me di cuenta al instante, al igual que todos. Si el hombre cuyo rostro había visto en la oscuridad escuchaba sus palabras también se daría cuenta.

Tan pronto como encendí la vela me dirigí a la cocina y salí por la puerta trasera; a continuación, manteniéndome a la sombra de la casa, me deslicé cautelosamente hacia la fachada delantera de la casa, pues deseaba saber, si me era posible, quién era aquella persona que había espiado una escena de alta traición. Era una noche sin luna pero clara, y yo era capaz de ver a buena distancia en cualquier dirección ya que nuestra casa se encontraba en una parcela despejada de buen tamaño cerca del río. Al sur, un sendero trepaba hasta la entrada de un viejo puente largo tiempo atrás destruido por las masas enfurecidas o por el paso de las estaciones, ignoro cuál de las dos cosas. Poco después vi la figura de un hombre silueteada contra el cielo estrellado en el momento en que esta llegaba a la entrada. Aquel sujeto cargaba a la espalda con un saco lleno hasta los topes. Aquel hecho dejaba claro, en cierta medida, que aquel fisgón se encontraba llevando a cabo alguna misión ilegal y no podía permitirse el lujo de preocuparse por los actos de los demás. He visto a muchos hombres cargando con sacos y fardos durante la noche... yo mismo lo he hecho. Siempre ha sido la única manera en la que un hombre puede burlarle al recaudador de impuestos lo suficiente para poder vivir y mantener a su familia.

Este tráfico nocturno era muy habitual, y bajo el mando indolente del antiguo comandante y del antiguo recaudador de impuestos no había sido una empresa tan peligrosa como uno pueda imaginarse cuando te das cuenta de que es una actividad que se castiga con una pena de encarcelamiento de diez años y trabajos forzados en las minas de carbón y, en los casos más graves, con la pena de muerte. Se consideraban como casos graves aquellos en los que se descubría a un individuo llevando un contrabando nocturno de productos que el recaudador de impuestos o el comandante desearan para ellos mismos.

No seguí a aquel individuo ya que estaba seguro de que era alguien de nuestra clase, sino que regresé a la casa, donde encontré a los cuatro adultos hablando en susurros. Ninguno volvimos a elevar la voz aquella noche.

Padre y Jim hablaban, como era habitual de ellos, sobre el Oeste. Parecía ser que presentían que en algún lugar, muy lejos hacia poniente, debía existir algún pequeño rincón de América donde el hombre podía vivir en paz y libertad, donde no existía la Guardia Kash, ni los recaudadores de impuestos ni los Kalkars.

Debían haber pasado ya tres cuartos de hora, pues Jim y Mollie se preparaban para marcharse, cuando sonó una llamada en la puerta y esta se abrió antes de que se invitara a pasar al recién llegado. Nos giramos y vimos a Peter Johansen sonriéndonos. Jamás me gustó Peter.

Era un hombre larguirucho de largas extremidades que sonreía con la boca, pero

jamás con los ojos. No me gustaba la forma que tenía de mirar a madre cuando creía que nadie lo veía, ni el hábito que tenía de cambiar de compañera todos los años o cada dos. Aquello se parecía demasiado a las costumbres Kalkars. Siempre sentí hacia Peter lo mismo que cuando, siendo niño y caminando descalzo, pisé una serpiente oculta entre la hierba alta.

Padre le dio la bienvenida al recién llegado cálidamente:

—Bienvenido, hermano Johansen.

Jim se limitó a asentir y frunció el entrecejo, pues Peter tenía la costumbre de mirar a Mollie de la misma manera que lo hacía con madre, y ambas mujeres eran muy hermosas. Creo que jamás vi a mujer más guapa que mi madre y, a medida que crecí y aprendí más sobre los hombres y el mundo, me maravillé de que padre hubiera sido capaz de mantenerla a su lado y entendí por qué jamás emprendió un viaje, sino que se mantuvo siempre cerca de la casa y de la granja. Jamás la vi ir al mercado tal y como hacían la mayoría de las demás mujeres. Pero yo tenía veinte años y no conocía el mundo.

—¿Qué te trae aquí a esta hora tan tardía, hermano Johansen? —le pregunté.

Siempre utilizábamos el preceptivo «hermano» para aquellas personas de las que no estábamos seguros. Odiaba aquella palabra; para mí «hermano» significaba enemigo, al igual que para todos los de mi clase, e imagino que para las demás clases... incluidos los Kalkars.

—Estaba siguiendo a un cerdo extraviado —respondió Peter a mi pregunta—. Ha seguido esa dirección —y señaló con una mano en dirección al mercado.

Cuando hizo aquel gesto, algo cayó de la espalda de su abrigo; algo que había estado sosteniendo con el brazo. Era un saco vacío. De inmediato supe de quién era la cara que había visto en la oscuridad, semioculta por la piel de cabra. Peter recogió el saco del suelo con gestos desordenados y sorprendí en su rostro una expresión taimada cuando lo sostuvo frente a padre.

—¿Es esto tuyo, hermano Julian? —le preguntó—. Lo he encontrado fuera de tu puerta y he pensado que debía pasar a preguntártelo.

—No —le respondí yo sin esperar a que padre lo hiciera—. No es nuestro... debe pertenecer al hombre al que vi cargándolo a la espalda, lleno, no hace mucho. Se dirigía por el sendero hacia el viejo puente.

Miré directamente a Peter a los ojos. Se sonrojó y seguidamente empalideció.

—No he visto a nadie —dijo finalmente—, pero si este saco no es vuestro me lo quedaré... al menos no se considera traición que alguien lo posea.

A continuación, y sin añadir una sola palabra, se dio la vuelta y salió de la casa.

Todos éramos muy conscientes de que Peter había presenciado la escena de la bandera. Padre nos dijo que no teníamos nada que temer, que Peter era un buen tipo; pero Jim pensaba de manera diferente, al igual que Mollie y madre, y yo estaba de acuerdo con ellos. No me gustaba Peter. Jim y Mollie se fueron poco después que Peter y nosotros nos dispusimos a acostarnos. Yo dormía en una cama hecha con pieles de cabra en la habitación más grande, que llamábamos sala de estar. La tercera habitación era la cocina. También la utilizábamos de comedor.

Madre siempre me obligaba a desnudarme y a vestir un pijama de mohair antes de meterme en la cama. Los otros jóvenes que yo conocía dormían con la misma ropa que habían vestido durante el día; pero madre se mostraba inflexible al respecto e insistía en que me pusiera el pijama y en que me bañara al menos una vez por semana en invierno. En verano acudía con tanta frecuencia al río que me bañaba al menos una o dos veces al día.

Padre también era muy cuidadoso con su higiene personal. Los Kalkars eran muy diferentes.

Mi ropa interior invernal estaba confeccionada con fino mohair. En verano no llevaba nada: poseía una recia camisa de mohair y unos pantalones del mismo tejido muy ajustados a la cintura y a las rodillas y sueltos entre medias, y chaqueta y botas de piel de cabra. No sabía qué podríamos haber hecho sin las cabras... esos animales nos proporcionaban alimentos y ropa. Las botas eran muy holgadas y se ajustaban por encima de las pantorrillas con cordones para evitar que se soltaran. Yo no llevaba nada para cubrirme la cabeza, ya fuera en verano o en invierno, pero es que mi pelo era muy espeso. Siempre lo llevaba cepillado hacia atrás y cortado por debajo de las orejas. Para evitar que me cayera sobre los ojos me ataba una tira de piel de cabra sobre la frente.

Acababa de quitarme la camisa cuando oí muy cerca el aullido de la Jauría del Infierno.

Pensé que estaban entrando en el redil de las cabras, así que esperé un momento, escuchando atentamente, y oí los gritos de terror de una mujer. Sonó en dirección al río, cerca del redil de las cabras, y entremezclado con los gritos de la mujer escuché los violentos gruñidos y ladridos de los perros. No esperé a oír más, sino que empuñé mi cuchillo y mi vara larga. No se nos permitía poseer armas cortantes que tuvieran una hoja superior a las seis pulgadas. Aunque era algo muy pobre, era la mejor arma que poseía y aquello era mucho mejor que nada.

Salí a la carrera por la puerta principal, que era la que tenía más cerca, y giré en dirección al redil y hacia los profundos gruñidos de los perros y los gritos de la mujer.

A medida que me aproximaba al redil y mis ojos se acostumbraban a la intensa oscuridad conseguí distinguir lo que me pareció una figura humana precariamente subida a uno de los galpones que formaban parte de la pared del redil. Las piernas y la parte inferior del tronco colgaban por el borde del tejado y vi que tres o cuatro perros saltaban para alcanzarlos, mientras que otro, que evidentemente había conseguido hacer presa, se sostenía sobre una pata mientras intentaba arrastrar al suelo a aquella persona.

Mientras corría comencé a gritarles a las bestias y aquellas que estaban saltando hacia su presa se detuvieron y se giraron en mi dirección. Yo sabía algo sobre el temperamento de aquellos animales y esperaba que cargaran contra mí, pues no temían en absoluto al hombre ordinario; no obstante, yo corrí hacia ellos a tal velocidad y con tanta determinación que aquellas bestias se giraron entre gruñidos y huyeron.

El animal que tenía agarrada a aquella persona consiguió hacerla caer al suelo justo antes de que yo llegara junto a ellos, entonces me descubrió y se giró manteniéndose en pie sobre su presa, con las fauces completamente abiertas y amenazándome con sus terroríficos colmillos. Era una bestia enorme, casi tan grande como una cabra adulta, y todo un reto incluso para varios hombres tan pobremente armados como yo. En circunstancias normales, me habría mantenido muy alejado del animal; ¿pero qué podía hacer cuando la vida de una mujer corría peligro?

Era un americano, no un Kalkar; aquellos canallas habrían arrojado la mujer a la Jauría del Infierno para salvar sus propios pellejos, y a mí me habían criado venerando a la mujer en un mundo en el que se la consideraba a la par de la vaca, la cabra y la marrana, y aun menos valiosa que estas últimas, que no se consideraban propiedad del Estado.

Yo era consciente de que la muerte me rondaba muy de cerca mientras me enfrentaba a aquella terrible bestia y contemplaba por el raballo del ojo cómo el resto de la jauría volvía a aproximarse. No tenía tiempo ni de pensar, así que corrí hacia aquel perro

del Infierno empuñando mi vara y mi cuchillo. Mientras así hacía, vi los ojos aterrorizados de una joven muchacha que me miraban desde debajo de la bestia. Anteriormente, ni se me habría pasado por la imaginación abandonarla a su destino; pero tras aquella mirada, no lo habría hecho ni aunque me hubiera enfrentado a un millar de muertes.

Ya estaba casi frente a la bestia cuando esta se tiró a por mi cuello, elevándose sobre sus cuartos traseros y saltando recta como una flecha. La vara me resultaba inútil, de manera que la dejé caer y enfrenté la embestida con mi cuchillo y una mano desnuda. Por suerte, los dedos de mi mano izquierda dieron con la garganta de la criatura al primer intento, aunque el impacto de su cuerpo contra el mío me arrojó al suelo bajo el animal y allí, gruñendo y revolviéndose, buscó clavar sus aguzados colmillos en mí. Manteniendo sus mandíbulas a una distancia prudencial, le clavé en el pecho mi cuchillo, y no fallé ningún golpe. El dolor de las heridas enloqueció a la bestia y, sin embargo, para mi completo asombro, fui capaz de seguir agarrándola con una sola mano y no solo eso, sino que fui capaz de luchar por ponerme de rodillas y a continuación en pie mientras continuaba manteniendo a aquel animal a una distancia segura.

Siempre había sido consciente de que era un joven musculoso, pero hasta ese momento no se me habría ocurrido ni tan siquiera soñar con la enorme fuerza con la que me había dotado la Naturaleza, pues nunca antes se me había presentado la ocasión de tener que poner en juego toda la potencia de mis músculos. Fue como una revelación del Cielo y un instante después me sorprendí a mí mismo sonriendo, y en ese momento se produjo el milagro: todo el terror hacia aquellas odiosas bestias desapareció de mi cerebro como un soplo de aire y junto con ese miedo también desapareció el miedo hacia cualquier hombre. Yo, que había nacido de un útero de temor a un mundo de terror, que había mamado y me había nutrido de aprensión y timidez... Yo, Julian IX, a la edad de veinte años, perdí en una fracción de segundo cualquier miedo a hombre o bestia. Fue la consciencia de mi poder la que lo causó... eso y, quizás, aquellos ojos de mirada pura que yo sabía que me estaban mirando.

Los otros perros ya se encontraban muy cerca de mí cuando la bestia que yo agarraba quedó inerte. Mi hoja había debido de encontrar su corazón. Y entonces los otros cargaron contra mí y vi que la muchacha se había puesto en pie a mi lado, sosteniendo mi vara entre las manos y lista para entablar combate.

—¡Al tejado! —le grite, pero ella no me obedeció; en su lugar se mantuvo firme y le propinó un violento golpe al líder de la manada cuando lo tuvo a su alcance.

Alcé a la bestia muerta sobre mi cabeza y arrojé su cadáver contra las demás, de manera que se dispersaron y volvieron a retirarse; entonces aproveché para volverme hacia la joven y, sin decir palabra, la cogí en brazos y la subí sin esfuerzo hasta el tejado del galpón. Yo podría haberla seguido sin dificultad alguna si algo no hubiera invadido mi cerebro produciéndome un efecto similar al que yo imaginaba que producía aquel repugnante brebaje que destilaban los Kalkars y que consumían en exceso y que suponía la prisión para nosotros si nos sorprendían en su posesión. Al menos era consciente de la excitación que sentía... un extraño deseo de llevar a cabo maravillas ante los ojos de aquella extraña; y así hice frente a los cuatro miembros de la Jauría del Infierno restantes que se había agrupado para reanudar el ataque, y, sin esperar a que avanzaran cargué yo contra ellos.

No huyeron, sino que se mantuvieron firmes, gruñendo violentamente, con el pelo de la espalda y del cuello erizado y sus enormes colmillos desnudos y babeantes; no obstante me abrí paso entre ellos y el propio impulso de mi ataque rompió sus filas. Una de

las bestias se lanzó contra mí, la agarré por el cuello y, sujetando su cuerpo entre las piernas, le retorcí por completo la cabeza hasta que oí cómo chascaban sus vértebras. Los otros tres ya estaban sobre mí, saltando y lanzando mordiscos, pero yo no sentí miedo alguno. Los enfrenté uno a uno y con mis poderosas manos los alcé sobre la cabeza y los arrojé violentamente lejos de mí. Tan solo dos regresaron para reanudar su ataque y a ambos los derroté con las manos desnudas despreciando el uso de mi cuchillo en semejante carroña.

Fue entonces cuando vi que un hombre se acercaba corriendo hacia mí desde el río y otro desde nuestra casa. El primero era Jim, que había oído el tumulto y los gritos de la chica y el otro era mi padre. Ambos habían presenciado la última parte de la batalla y ninguno de ellos podía creer que fuera yo, Julian, el que había hecho aquello. Padre se sentía muy orgulloso de mí, al igual que Jim, quien, al no tener hijos, decía que padre debía compartirme con él.

Entonces me volví hacia la chica, que había descendido del tejado y se acercaba a nosotros.

Se movía con la misma grácil dignidad con la que se movía madre... en absoluto con los movimientos zafios tan propios de los Kalkars. Avanzó directamente hacia mí y posó una de sus manos en mi brazo.

—¡Gracias! —me dijo—. Dios te bendiga. Tan solo un hombre tan valiente y fuerte como tú podría haber hecho lo que tú has hecho.

Y entonces, de repente, ya no me sentí tan valiente, sino muy débil y mareado; todo lo que fui capaz de hacer fue jugar con mi cuchillo y mirar al suelo. Fue padre quien rompió el silencio y aquella interrupción sirvió para que me librara de mi vergüenza.

—¿Quién eres? —le preguntó—. ¿Y de dónde vienes? No es habitual el encontrar a una joven vagando sola en la noche; pero más extraño aún resulta escucharla atreverse a invocar a una deidad prohibida.

Hasta aquel momento no me había percatado de que ella había utilizado Su nombre; pero cuando lo hice, no pude evitar mirar a mi alrededor para ver si por allí había alguien más que la pudiera haber oído. Yo estaba seguro de padre y de Jim, pues entre nuestras familias se había establecido un lazo común nacido de los rituales religiosos secretos que llevábamos a cabo semanalmente. Desde aquel odioso día en que todo había ocurrido, mucho antes de que padre naciera... aquel día, que nadie se atrevía a mencionar más que en susurros, cuando los representantes de todas las religiones, hasta su último miembro, fueron exterminados por orden de Los Veinticuatro, se había considerado delito la adoración de Dios en cualquier forma.

Algunos dementes de Washington, intoxicados indudablemente con los vapores de aquella asquerosa bebida que los volvía incluso más brutales de lo que los había hecho la propia Naturaleza, emitieron aquella terrible orden bajo el pretexto de que la iglesia estaba intentando usurpar las funciones del Estado y que incluso los sacerdotes estaban incitando al pueblo a la rebelión... no me cabe duda de que esto último fuera cierto. Ciertamente, fue una pena que no dispusieran de más tiempo para que llevaran a cabo su perfecto plan.

Llevamos a la muchacha a casa, y cuando madre la vio y advirtió lo joven y bella que era la tomó entre sus brazos, la joven se vino abajo y rompió a llorar abrazada a madre. Ninguna de ellas dijo una sola palabra durante largo tiempo. A la luz de la vela vi que la extraña poseía una belleza increíble. Ya he dicho que mi madre era la mujer más hermosa que había visto jamás, y estas palabras son ciertas; pero aquella joven que se había presentado de repente entre nosotros era la más hermosa de las jóvenes.

Tenía unos diecinueve años, era de formas delicadas y, sin embargo, carente de debilidad.

Había una fuerza y una vitalidad patentes en cada uno de los movimientos que hacía, así como en la expresión de su rostro, en sus gestos y en su forma de hablar. Tenía aspecto de niña y al mismo tiempo parecía poseer una gran firmeza y un gran carácter. Estaba muy bronceada, cosa que demostraba que había pasado mucho tiempo al sol, y sin embargo su piel era muy clara, casi transparente.

Su ropa era semejante a la mía; las vestiduras propias a la gente de nuestra clase, tanto para hombres como para mujeres. Vestía la camisa, los pantalones y las botas del mismo tipo que madre, Mollie y todos nosotros vestíamos; no obstante, había una pequeña diferencia: jamás había advertido cuán bonita era su ropa. La banda que llevaba anudada a la frente era más ancha de lo habitual y sobre ella habían cosido varias conchas diminutas, muy juntas y formando una trama. Era su único alarde de lujo; pero incluso así resultaba muy llamativo en un mundo en el que las mujeres se esforzaban por parecer poco atractivas en lugar de hermosas... algunas incluso llegaban al extremo de desfigurarse permanentemente su propio rostro y los de sus hijas, mientras que otras mujeres, muchas, muchas otras, mataban a sus propias hijas mientras eran bebés.

Mollie ya lo había hecho en dos ocasiones. ¡No era de extrañar que los adultos jamás rieran y apenas sonrieran!

Cuando la muchacha hubo terminado de llorar sobre el pecho de madre, padre quiso reanudar su interrogatorio, pero madre le dijo que esperara a la mañana, que la niña estaba agotada y trastornada y necesitaba dormir. Entonces surgió el problema de dónde dormiría. Padre dijo que él podría dormir en la sala de estar conmigo y que la extraña podría dormir con madre, pero Jim sugirió que, ya que Mollie y él disponían de tres habitaciones al igual que nosotros, podría irse a su casa y dormir en su sala de estar. Y así se dispuso, aunque yo habría preferido que se quedara con nosotros.

Al principio se mostró reacia a marcharse, hasta que madre le dijo que Jim y Mollie eran muy buenos, personas de gran corazón y que estaría tan segura como con su propio padre y su propia madre. Al oír mencionar a sus padres, sus ojos se llenaron de lágrimas y se volvió impulsivamente hacia madre y la besó, tras lo cual le dijo a Jim que estaba preparada para marcharse con él.

Ella comenzó a despedirse de mí y a darme las gracias de nuevo, pero yo había conseguido encontrar mi lengua al fin y le dije que los acompañaría hasta la casa de Jim. Aquello pareció agradaarle y salimos juntos. Jim iba en cabeza y yo lo seguía junto a la chica, y durante el camino descubrí una cosa muy extraña. En cierta ocasión, padre me enseñó un trozo de hierro que atraía hacia sí las virutas de hierro. Me dijo que era un imán.

Aquella chica desconocida y estilizada no era, evidentemente, de hierro, ni yo era una viruta de nada; pero aún así, era incapaz de separarme de ella. Soy incapaz de explicarlo... por muy amplio que fuera el sendero, yo me veía impelido a pegarme a ella, de manera que nuestros brazos se rozaban y en una ocasión nuestras manos se tocaron, y entonces el estremecimiento más delicioso que jamás había sentido recorrió mi cuerpo.

Solía pensar que la casa de Jim estaba muy lejos de la nuestra cuando de niño tenía que transportar algo hasta allí, pero aquella noche su hogar estaba demasiado cerca... a no más de uno o dos pasos de nuestra casa.

Mollie nos oyó llegar y salió a la puerta cargada de preguntas, pero cuando vio a la muchacha y escuchó parte de nuestra historia se adelantó y rodeó a la chica con sus brazos, tal y como madre había hecho. Antes de que la condujeran al interior, la chica se volvió y

alargó una mano.

—¡Buenas noches! —me dijo—. Y gracias una vez más, y, una vez más, que Dios, nuestro Padre, te bendiga y te proteja.

Y entonces oí que Mollie murmuraba; «¡Por todos los Santos!», y entraron y la puerta se cerró y yo regresé a casa, caminando por el aire.

IV El hermano general Or-tis

Al día siguiente me dispuse, como siempre, a vender la leche de nuestras cabras de puerta en puerta. Se nos permitía comerciar con productos perecederos en otros lugares que no fuera el mercado, aunque debíamos llevar una rigurosa contabilidad de tales productos malvendidos. Por regla general, dejaba a Mollie para el último lugar, ya que Jim poseía un profundo pozo de agua muy fría en su parcela donde me gustaba apagar mi sed tras toda una mañana yendo de un lado para otro; pero aquella mañana fue Mollie la que recibió su leche en primer lugar, y casi media hora antes de mi hora habitual de comenzar con el reparto.

Cuando llamé a la puerta y me invitó a entrar, al principio me miró sorprendida durante un instante, pero a continuación asomó a sus ojos una extraña expresión... mitad de regocijo, mitad de lástima; seguidamente se levantó y se dirigió a la cocina en busca de la lechera. Vi cómo se limpiaba los ojos con el reverso de un dedo, pero no conseguí entender el motivo... al menos entonces.

La chica forastera debía haber estado en la cocina ayudando a Mollie y esta última había debido decirle que yo me encontraba en el salón, pues salió directamente para saludarme.

Aquella fue la primera vez que pude verla con claridad, pues la luz de la vela no es muy brillante en el mejor de los casos. Si la noche anterior me había sentido cautivado por ella, no tengo en mi limitado vocabulario las palabras necesarias para expresar el efecto que me causó a la luz del día.

Ella... pero no; es inútil. ¡Soy incapaz de describirla!

Mollie necesitó un buen rato para encontrar su lechera (¡Dios la bendiga!), aunque a mí me pareció un instante, y mientras ella la buscaba, aquella chica forastera y yo comenzamos a conocernos. Primero me preguntó por padre y por madre y a continuación nos preguntó nuestros nombres. Cuando le dije el mío ella lo repitió varias veces.

—Julian IX —dijo—. ¡Julian IX! —Y a continuación me sonrió—. Es un bonito nombre; me gusta.

—¿Y tú cómo te llamas?

—Juana —me dijo pronunciando «Whanna»—; Juana St. John.

—Me alegro —le dije— que te guste mi nombre; pero a mí me gusta más el tuyo.

Fue una frase estúpida y me hizo sentir como tal, pero a ella no se lo pareció, o al menos no me lo hizo ver. He conocido a muchas chicas; pero la mayoría de ellas eran poco atractivas y estúpidas. A las más guapas raramente se las permitía acudir al mercado; me refiero a las chicas de nuestra clase. Los Kalkars permitían a sus muchachas salir cuando ellas lo deseaban, pues no les importaba quién las tomara siempre y cuando fuera uno de ellos; pero los padres y madres americanos habrían preferido matar a sus hijas antes que mandarlas al mercado, y aquella era una realidad cotidiana. Las chicas Kalkars, incluso las nacidas de madre americana, tenían un aspecto hosco y brutal; de cejas caídas, vulgares y de gesto bovino. Ninguna generación es susceptible de mejorarse, o incluso de mantenerse en un nivel normal, si no acceden a ella machos de calidad.

Aquella muchacha era tan completamente diferente de cualquier otra que yo hubiera visto anteriormente que me maravilló que pudiera existir una criatura tan perfecta. Quería saberlo todo sobre ella. Me daba la impresión de que durante largos años se me había

despojado de aquel derecho mientras ella había vivido y respirado y hablado y continuado con su vida sin yo saberlo o sin conocerla. Quería recuperar todo aquel tiempo perdido, de manera que le hice infinidad de preguntas.

Me contó que había nacido y se había criado en el Teivos que se encontraba al oeste de Chicago, que se extendía por la orilla del río Desplaines y abarcaba una amplia zona despoblada y con algunas granjas dispersas.

—La casa de mi padre se encuentra en un distrito que llaman Oak Park —me contó —, y la nuestra era de las pocas casas de los viejos tiempos que continuaba en pie. Estaba construida de cemento y ocupaba una esquina entre dos calles... debió ser un lugar muy bonito, y ni tan siquiera el paso del tiempo o la guerra habían sido capaces de estropear su belleza. Tres grandes álamos crecían al norte, junto a las ruinas de lo que mi padre decía que había sido un lugar en el que su dueño, muerto hacía mucho tiempo, había guardado coches. En el sur de la casa crecían muchas rosas salvajes y exuberantes, mientras que las paredes de cemento, de las que se habían desprendido grandes porciones de enlucido, estaban prácticamente cubiertas de hiedra trepadora que llegaba hasta los aleros de la casa. Aquella era mi casa, y yo la quería mucho; pero ahora se ha perdido para siempre. La Guardia Kash y los recaudadores de impuestos venían raramente... vivíamos demasiado lejos del destacamento y del mercado, que estaba al sudoeste, en Salt Creek.

Pero hace poco, el nuevo Jemadar, Jarth, nombró a otro comandante y a un nuevo recaudador de impuestos. No les gustaba el puesto de Salt Creek de manera que buscaron una nueva ubicación y, tras inspeccionar todo el distrito, eligieron Oak Park, y como la casa de mi padre era la más cómoda e importante, le ordenaron que se la vendiera a Los Veinticuatro.

»Ya sabes qué significa eso. La valoraron muy por lo alto; cincuenta mil dólares que pagaron en papel moneda. No teníamos nada que hacer, así que nos preparamos para mudarnos. En cada ocasión en que habían venido a ver la casa, mi madre me había ocultado en un cuchitril que había en el descansillo entre la segunda y la tercera planta y me cubría con una pila de basura, pero el día en que abandonamos nuestro hogar para levantar uno nuevo en las riberas del Desplaines, donde padre creía que podríamos vivir sin ser molestados, el nuevo comandante llegó sin previo aviso y me vio.

»—¿Qué edad tiene la chica? —le preguntó a mi madre.

»—Quince —le respondió secamente.

»—¡Mientes, puerca! —le gritó lleno de odio—. ¡Tiene al menos dieciocho!

»Padre permanecía a nuestro lado, pero cuando el comandante le habló a mi madre de aquella manera, vi que mi padre empalideció y entonces, sin decir una sola palabra, se lanzó sobre aquel canalla y antes de que la Guardia Kash de la escolta pudiera evitarlo, padre casi mató al comandante con sus manos desnudas.

»Ya sabes lo que sucedió a continuación... no hace falta que te lo cuente. Mataron a mi padre ante mis ojos. A continuación, el comandante le ofreció mi madre a un guardia Kash, pero ella consiguió sacarle la bayoneta de la funda y se atravesó el corazón antes de que él pudiera evitarlo. Yo intenté imitarla, pero me lo impidieron.

»Me arrastraron hasta mi propio dormitorio en la segunda planta de la casa de mi padre y me encerraron allí. El comandante me dijo que vendría a verme aquella misma tarde y que no me pasaría nada. Yo sabía lo que significaba aquello y me propuse que me encontrara muerta.

»Tenía el corazón roto por la pérdida de mi padre y mi madre, y sin embargo el deseo de vivir que sentía era muy fuerte. No quería morir... algo me urgía a vivir, y además

estaban las enseñanzas de mi padre y mi madre. Ambos eran de descendencia cuáquera y eran muy religiosos. Me educaron en el temor a Dios y a no hacer nada malo de pensamiento u obra a los demás; y no obstante había visto a mi padre intentar matar a un hombre, y había visto cómo mi madre se había dado muerte. Todo mi mundo se había dado la vuelta. Estaba medio enloquecida de dolor y terror y no sabía qué era lo correcto que debía hacer.

»Y entonces llegó la noche y oí que alguien ascendía las escaleras. Las ventanas del segundo piso están a demasiada altura del suelo como para intentar saltar; pero la hiedra es vieja y fuerte. El comandante no estaba lo suficientemente familiarizado con el lugar como para tomar en consideración la hiedra y antes de que los pasos llegaran hasta la puerta yo ya había salido por la ventana y, agarrándome a la hiedra, descendí hasta el suelo por el rugoso y fuerte tallo.

»Aquello sucedió hace tres días. Me oculté y deambulé... ignoro en qué dirección. En una ocasión una anciana me acogió durante una noche, me alimentó y me dio provisiones para el día siguiente. Creo que me volví un poco loca, pues casi todos los sucesos acontecidos durante los tres últimos días se reducen a una mezcla de recuerdos fragmentados. ¡Y entonces la Jauría del Infierno! ¡Y luego tú!

No sé qué hubo en la forma en que ella dijo aquello, pero creo que significó para mí mucho más de lo que ella fue consciente. Fue casi como una oración de acción de gracias por haber encontrado finalmente un refugio... un refugio seguro y permanente. Sea como sea, me gustó la idea.

Y entonces entró Mollie, y mientras me marchaba me preguntó si vendría a verlas aquella tarde.

—¡Oh, sí, ven! —exclamó Juana, y yo le prometí que así lo haría.

Una vez que finalicé con las entregas de la leche de cabra, me encaminé hacia casa y en el camino me encontré con el viejo Moisés Samuels, el judío. Se ganaba la vida, malamente, tiñendo pieles. Era un tintorero excelente, pero como casi todo el mundo sabía cómo teñir no disponía de muchos clientes, aunque algunos Kalkars solían llevarle sus pieles para que las tiñera. No sabían hacer nada útil, pues descendían de generaciones formadas por la gente más ignorante e iletrada de la Luna, y en el mismo momento en que conseguían una migaja de poder, ni tan siquiera se molestaban en trabajar en los insignificantes oficios que sus antepasados habían practicado en tiempos, de manera que tras una o dos generaciones tan solo eran capaces de vivir gracias al trabajo de otros. No creaban nada, no producían nada, se volvieron la clase de parásitos más gravosa que el mundo jamás había soportado.

Las clases ricas improproductivas de los viejos tiempos eran una bendición para el mundo en comparación con ellos, pues estas al menos disfrutaban de la inteligencia e imaginación suficientes para mandar sobre los demás y fueron capaces de transmitir a sus descendientes las cualidades mentales esenciales para que el mundo obtuviera cultura, progreso y felicidad.

De manera que los Kalkars utilizaban frecuentemente las artes de Samuels para que tiñera sus pieles, y si le hubieran pagado, aquel viejo judío habría sido rico; pero no le pagaban si no era en papel moneda. Aquellos billetes ni tan siquiera ardían bien, tal y como decía Samuels.

—Buenos días, Julian —me dijo cuando nos encontramos—. Pronto necesitaré unas cuantas pieles, pues el nuevo comandante de la Guardia Kash ha oído hablar del viejo Samuels y me ha encargado cinco pieles teñidas de la mejor calidad. ¿Has visto a Or-tis,

Julian? —me preguntó mientras bajaba la voz.

Moví la cabeza negativamente.

—¡Que el Cielo nos ayude! —murmuró el viejo—. ¡Que el Cielo nos ayude!

—¿Tan malo es, Moisés? —le pregunté.

El anciano se retorció las manos.

—Se acercan malos tiempos, hijo mío —me dijo—. El viejo Samuels ya conoce a los de su clase. No es un perezoso como lo era el último y es mucho más cruel y lascivo. Pero hablemos de las pieles; aún no te he pagado las últimas... ya sabes que me pagan en papel moneda; pero jamás se lo ofrecería a un amigo ni tan siquiera como pago por un nido de pájaro del año pasado. Quizá no pueda pagarte las nuevas pieles hasta dentro de un tiempo, todo depende de cómo me pague Or-tis. Algunas veces son muy liberales... al menos con las propiedades de los demás; pero si es de verdad un mestizo, tal y como he oído, le dará una paliza al judío y este se quedará sin nada. Sin embargo, si es un Kalkar de pura sangre, puede que la cosa sea diferente... los Kalkars auténticos no odian a los judíos mucho más de lo que odian al resto de los terrestres, aunque sí existe un judío que odia a un Kalkar.

Aquella noche conocimos a Or-tis. Vino en persona, pero permítame que le relate cómo sucedió todo. Tras cenar me encaminé a casa de Jim. Juana permanecía en el umbral de la casa mientras yo subía por el camino. Ahora tenía un aspecto descansado y parecía casi feliz. La expresión asustada había abandonado sus ojos y me sonrió mientras me acercaba a ella. Era casi el anochecer, pues las tardes primaverales aún eran cortas; pero el aire era cálido, de manera que nos quedamos charlando en el exterior.

Le conté los últimos chismorreos que había escuchado durante mi jornada de trabajo: Los Veinticuatro habían elevado los impuestos de los productos agrícolas; la mujer de Andrew Wright había dado a luz mellizos, niño y niña, pero la niña había fallecido (no hace falta que volvamos a comentar el detalle de que la mayoría de las niñas morían); Soor había dicho que cargaría de impuestos el distrito hasta que todos muriéramos de hambre... un tipo de lo más agradable, aquel Soor; un guardia Kash se había llevado a Nellie Levy; Hoffmeyer decía que el invierno siguiente habría que pagar más por el carbón; Dennis Corrigan había sido condenado a diez años en las minas por haber sido sorprendido transportando contrabando durante la noche.

Aquellos chismorreos eran lo de siempre... todo pura sordidez o tragedia; pero es que entonces la vida era una tragedia en la que vivíamos inmersos.

—Vaya estupidez por su parte elevar los impuestos agrícolas —comentó Juana—; sus antepasados acabaron con los fabricantes y con el comercio, y ahora ellos van a acabar con la poca agricultura que queda.

—Cuanto antes lo hagan, mejor para el mundo —repliqué—. Cuanto antes consigan que los granjeros mueran de hambre, antes morirán ellos por falta de alimentos.

Y, de repente, se acordó de Dennis Corrigan:

—Habría sido más clemente que lo hubieran matado —me dijo.

—Por eso precisamente no lo hicieron —le respondí.

—¿Tú haces contrabando nocturno? —me preguntó, y antes de que pudiera responderle añadió—: No me lo digas. No te lo tendría que haber preguntado; pero espero que no lo hagas... es muy peligroso; casi siempre los detienen.

—Casi nunca —le respondí riendo—, o la mayoría de nosotros estaríamos en las minas desde hace mucho tiempo. No podríamos sobrevivir de otra manera. Esos malditos impuestos son injustos... siempre han sido injustos, pues siempre van a recaer sobre los que

menos pueden soportarlos.

—¡Pero las minas son terribles! —exclamó estremeciéndose.

—Sí —reconocí—, las minas son terribles. Preferiría morir antes que ir allí.

Después de un rato llevé a Juana a casa para que visitara a mi madre. Le gustó mucho nuestra casa. El padre de mi padre había levantado aquella casa con sus propias manos. Está construida con materiales de las ruinas de la vieja ciudad, con piedra y ladrillo. Padre dice que cree que los ladrillos pertenecen a las viejas aceras, pues todavía se pueden ver trozos de aquellos antiguos ladrillos en varias localidades. Casi todas nuestras casas están construidas de esa manera, pues la madera escasea. Los cimientos y los muros de carga, hasta una altura de tres pies, están hechos de piedra basta, y el resto es de ladrillo. Las piedras son desiguales y algunas sobresalen más que otras, creando un efecto extraño y atractivo. Los aleros son muy bajos y sobresalen mucho, y el techo es de paja. Es una casa muy bonita, y madre la mantenía escrupulosamente limpia.

Madre, padre, Juana y yo llevábamos hablando una hora aproximadamente, sentados en la sala de estar, cuando la puerta se abrió de golpe sin previo aviso y al levantar la mirada vimos a un hombre vestido con el uniforme de la Guardia Kash frente a nosotros. A su espalda había otros. Todos nos levantamos y permanecemos en silencio. Dos entraron y se situaron a ambos lados de la puerta mientras un tercero penetraba en la sala de estar; un hombre alto, moreno y con uniforme de comandante, y en ese instante supimos que era Or-tis. Tras él entraron otros seis hombres.

Or-tis nos miró uno por uno y a continuación, dirigiéndose a padre, le dijo:

—Eres el hermano Julian VIII.

Padre asintió. Or-tis lo estudió durante un instante y a continuación su mirada se paseó entre madre y Juana, y vi que una nueva expresión relajaba el fiero entrecejo que había ensombrecido su rostro en el momento de su entrada. Era un hombre alto, pero no del tipo pesado que era tan común entre los de su clase. Su nariz era fina y bien formada, sus ojos grises, fríos y de penetrante mirada. Era muy diferente de aquel cerdo obeso que le había precedido... muy diferente y más peligroso. Incluso yo me percaté de aquello. Pude advertir un labio superior delgado y de gesto cruel y un labio inferior lleno y sensual. Si los demás eran unos cerdos, aquel era un lobo y poseía la agitación de un lobo... y la vitalidad necesaria para llevar a cabo cualquier salvaje proyecto que le entretuviera.

Aquella visita a nuestra casa era algo típico en aquel sujeto. El antiguo comandante jamás había acompañado a sus hombres en una excursión de aquel tipo; pero el Teivos vería a Or-tis en numerosas ocasiones. No confiaba en nadie... debía verlo todo por sí mismo y no era perezoso, cosa muy mala para nosotros.

—¡Así que tú eres el hermano Julian VIII! —repitió—. No me han llegado buenos informes sobre ti. Esta noche he venido por dos motivos. Uno es advertirte que la Guardia Kash está ahora bajo el mando de un hombre muy diferente a aquel al que he relevado. No toleraré ni frivolidades ni traiciones. Debéis ofrecerle vuestra incuestionable lealtad al Jemadar en Washington... todas las leyes nacionales y locales serán respetadas. Los problemáticos y los traidores serán despachados sin rodeos. El sábado se leerá un manifiesto en todos los mercados; es un manifiesto que acabo de recibir de Washington. Nuestro gran Jemadar ha dotado de poderes ilimitados a todos los comandantes de la Guardia Kash. Vendréis a mí con todas vuestras quejas. Cuando la justicia se equivoque, yo seré el tribunal de última instancia. Cualquier sentencia de cualquier tribunal podrá recurrirse ante mí.

»Por otro lado, que los malhechores tengan cuidado, pues bajo la nueva ley

cualquier causa podrá ser juzgada por un consejo de guerra presidido por el comandante de la Guardia Kash.

Entendimos de inmediato qué quería decir; no hacía falta mucha inteligencia para ver toda aquella infamia y horror. Significaba, ni más ni menos, que nuestra vida y libertad estaban en manos de un solo hombre y que Jarth había propinado su golpe más brutal a la felicidad humana en un lugar en el que creíamos que tal sentimiento ya no existía... nos arrebató el último remedo de libertad perdida que nos quedaba y construyó para su propio engrandecimiento una poderosa maquinaria político-militar.

—Y —continuó Or-tis— también he venido por otro motivo... un motivo que no pinta bien para ti, hermano Julian, pero ya veremos. —Y girándose hacia los hombres que tenía a sus espaldas, les dio una orden seca—: ¡Registrad todo el lugar!

Aquello fue todo, pero vi en mi memoria a otro hombre en pie en aquella misma sala de estar; un hombre desde cuya espalda había caído un saco vacío cuando había levantado un brazo.

Durante una hora estuvieron registrando aquella pequeña casa de tres habitaciones. Durante una hora desparramaron por el suelo nuestras pocas pertenencias; pero sobre todo inspeccionaron la sala de estar y, con especial cuidado, la chimenea en busca de algún rincón oculto. El corazón se me paró una docena de veces mientras los veía inspeccionar las piedras sobre la repisa de la chimenea.

Todos sabíamos qué era lo que buscaban (todos menos Juana), y todos éramos conscientes de qué sucedería si lo encontraban. La muerte para padre y quizá también para mí, y un destino peor para madre y la joven. ¡Y pensar que Johansen había hecho aquello para buscar el favor del nuevo comandante! Sabía que había sido él... estaba tan seguro como si el propio Or-tis me lo hubiera dicho. Para buscar el favor del comandante. Entonces pensé que aquel era el motivo.

¡Dios, si hubiera sabido la auténtica razón!

Y mientras sus hombres registraban, Or-tis hablaba con nosotros. Se dirigía sobre todo a madre y a Juana. Yo odiaba la manera en que las miraba, especialmente a Juana; no obstante, sus palabras fueron muy educadas. Parecía estar intentando sonsacarles sus ideas políticas... él, que pertenecía a aquella clase que les había arrebatado brutalmente a las mujeres el reconocimiento que se habían ganado en el siglo XX tras eras de esclavitud y sufrimientos. ¡Él, intentando sondear sus opiniones políticas! No las tenían (ninguna mujer las tenía), tan solo sabían que odiaban y detestaban al opresor que las había arrojado de vuelta a una auténtica esclavitud.

Aquellas eran sus ideas políticas; aquella era su religión. Odio. Pero en aquellos tiempos el mundo estaba formado por odio... odio y miseria.

Padre dice que no siempre fue así, que en tiempos el mundo fue un lugar feliz; al menos, nuestra parte del mundo, pero que la gente ignoraba que poseía aquel sentimiento. Otros llegaron de todos los rincones del planeta para compartir nuestra felicidad, y cuando lo hubieron hecho, buscaron destruirla, y cuando vinieron los Kalkars, colaboraron con ellos.

Bien, estuvieron buscando durante una hora para encontrar nada; pero yo era consciente de que Or-tis no estaba convencido de que lo que buscaba no estuviera allí, y casi al final de la inspección vi que se estaba impacientando. Se hizo cargo de la búsqueda y cuando no consiguieron mayor éxito bajo su dirección, se irritó aún más.

—¡Cerdos yanquis! —gritó de repente girándose hacia padre—. Descubriréis que no podéis engañar a un descendiente del gran Jemadar Orthos con la misma facilidad con

que lo habéis estado haciendo con otros... ya no. Tengo olfato para los traidores... puedo oler a un yanqui a mayor distancia de lo que la mayoría de los hombres podría ver a uno. Acordaos de esta advertencia y transmitídsela a los demás: todos los traidores de los Teivos serán condenados a muerte o a las minas.

Quedó en silencio durante unos instantes mirando fijamente a padre, y a continuación desplazó su mirada hacia Juana.

—¿Quién eres, muchacha? —la interrogó—. ¿Dónde vives y a qué te dedicas para ayudar a que tu comunidad prospere?

«¡Ayudar a que tu comunidad prospere!». Aquella era una frase que siempre tenía en los labios y que siempre lanzaba contra nosotros... una frase sin sentido, ya que la prosperidad no existía. Manteníamos a los Kalkars, y aquella era su idea de prosperidad. Supongo que nuestra prosperidad se basaba en obtener lo suficiente como para seguir viviendo y adquirir las fuerzas necesarias para continuar con nuestra esclavitud.

—Vivo con Mollie Sheehan —replicó Juana— y la ayudo con los pollos y los lechones; también la ayudo en las tareas hogareñas.

—¡Hmmm! —murmuró Or-tis—. ¡Tareas hogareñas! Eso es bueno... voy a necesitar a alguien que mantenga mis aposentos limpios. ¿Qué te parece, muchacha? Es una tarea fácil, y te pagaré bien... nada de pollos ni de lechones con los que ensuciarte, ¿eh?

—Pero a mí me encantan los lechones y los pollos —pretextó ella—, y soy muy feliz con Mollie... no deseo cambiar de trabajo.

—No deseas cambiar de trabajo, ¿eh? —se burló él. Juana se había apartado de padre y se había situado a mis espaldas, como si buscara mi protección. Yo podía sentir su cuerpo apretado contra el mío—. No me cabe duda de que Mollie será capaz de ocuparse de sus propios cerdos y sus pollos sin ayuda. Si posee tantos animales que es incapaz de cuidarlos, eso quiere decir que posee demasiados, y tendremos que investigar por qué esa mujer es más próspera que el resto de nosotros... probablemente tendremos que cargarla con impuestos más altos. Ya veremos.

—¡Oh, no! —gritó Juana, aterrorizada por el destino de Mollie—. Por favor, tan solo posee unos pocos animales, apenas los suficientes como para que ella y su hombre puedan vivir tras pagar los impuestos.

—Entonces va a resultar que no necesita tu ayuda —le dijo Or-tis sonriendo al fin, aunque con una sonrisa sucia—. ¡Vendrás a verme y trabajarás para mí, muchacha!

Y entonces fue cuando Juana me sorprendió; nos sorprendió a todos, y en particular a Or-tis.

Anteriormente había estado suplicándole y había mostrado un aspecto levemente asustado; pero ahora se alzó en toda su estatura y con la barbilla alzada miró directamente a Or-tis a los ojos.

—No voy a ir —le dijo altivamente—. No deseo ir.

Eso fue todo lo que dijo.

Or-tis parecía sorprendido; sus soldados, conmocionados. Nadie dijo una sola palabra durante unos momentos. Miré a madre. Al contrario de lo que yo había esperado, no estaba temblando. También tenía la cabeza alzada y miraba con un no disimulado desprecio a los Kalkars. Padre se mostraba como siempre lo había hecho frente a ellos, con la cabeza agachada; no obstante, vi que miraba fijamente a Or-tis por el raballo del ojo y que movía los dedos como si los estuviera cerrando alrededor de la garganta de alguien odiado.

—Vendrás —le dijo Or-tis, con el rostro levemente enrojecido a causa del desafío

—. Siempre existen maneras.

A continuación me miró fijamente; luego giró sobre los talones y, seguido por la Guardia Kash, abandonó la casa.

V

La lucha del día de mercado

Cuando la puerta se hubo cerrado tras ellos, Juana se cubrió el rostro con las manos.

—Oh, qué sufrimientos llevo a donde quiera que voy... —sollozó—. A mi padre y a mi madre les causé la muerte, y ahora os he traído la ruina y quizá la muerte a todos vosotros y a Jim y a Mollie. ¡Pero no pienso consentirlo... no vais a sufrir por mi culpa! Julian, cuando lanzó sus amenazas te miró directamente. ¿Qué planea hacer? Tú no has hecho nada. Pero no os preocupéis. Sé cómo deshacer todo el daño que sin querer he causado.

Intentamos asegurarle que nada de aquello nos preocupaba, que la protegeríamos lo mejor que pudiéramos y que no debía pensar que nos había echado encima una carga mayor de la que ya soportábamos; pero ella se limitó a menear la cabeza, y finalmente me pidió que la llevara a casa de Mollie.

Se mantuvo en silencio durante todo el camino de regreso, aunque yo hice todo cuanto pude por animarla.

—No puede obligarte a trabajar para ellos —insistí—. Ni siquiera Los Veinticuatro, así se pudran, se atreverían a apoyar semejante orden. Todavía no estamos completamente esclavizados.

—Pero temo que encuentre alguna vía para conseguirlo —replicó ella— a través de ti, amigo mío. Vi cómo te miraba y fue una mirada muy desagradable.

—No me da miedo —le dije.

—Yo tengo miedo por ti. ¡No, no va a suceder nada! —lo dijo con una firmeza tan vehemente que casi consiguió sobresaltarme; a continuación me deseó buenas noches, entró en casa de Mollie y cerró la puerta.

Me sentí muy preocupado por ella durante todo el camino de regreso, pues no me gustaba verla tan infeliz. Pensaba que sus temores eran exagerados, pues ni un hombre tan poderoso como el comandante era capaz de obligarla a trabajar para él si ella no quería hacerlo. Más adelante podría tomarla por esposa si Juana carecía de compañero, pero incluso en esas circunstancias ella tendría la oportunidad de decidir; un mes durante el cual podría elegir a algún otro hombre si no le importaba parir sus hijos. Era ley.

Evidentemente, los Kalkars conseguían encontrar formas de burlar la ley cada vez que deseaban realmente a alguna muchacha: el hombre que ella deseaba podía ser detenido a causa de unos cargos inventados, o incluso podía amanecer misteriosamente asesinado. Debía ser una mujer verdaderamente heroica aquella que se opusiera a ellos durante mucho tiempo, y un hombre debía amar muchísimo a una muchacha para sacrificar su vida por ella... y finalmente ser incapaz de salvarla. Tan solo había una manera y para cuando me preparé para acostarme estaba casi frenético de miedo deseando que ella no cayera en lo mismo.

Durante varios minutos me dediqué a pasear por la habitación, y cada minuto que pasaba aumentaba mi convencimiento de que iba a suceder lo peor. Llegó a convertirse en una obsesión.

Podía verla con tanta claridad como si la estuviera viendo con mis propios ojos, y entonces fui incapaz de aguantarlo por más tiempo.

Atravesé la puerta a toda prisa y corrí hacia la casa de Jim a toda la velocidad que me permitieron las piernas. Cuando llegué, distinguí una figura indefinida que se

encaminaba hacia el río. No podía distinguir de quién se trataba, pero me lo figuré y redoblé mis esfuerzos.

Un peñasco bajo se asomaba sobre la corriente y, en aquel lugar, justo en su borde, vi que la figura se detenía unos instantes y a continuación desaparecía. En el mismo momento en el que llegué al borde del peñasco escuché un chapoteo en el agua... un chapoteo y unas ondas que se extendían por el río a la luz de las estrellas.

Lo vi todo (la totalidad de la escena) en una fracción de segundo, pues apenas me detuve sobre el borde del peñasco, sino que me arrojé de cabeza a las ondulantes aguas, muy cerca del centro de las ondas.

Salimos juntos, uno al lado del otro, y yo alargué una mano y la agarré por la camisa y así, sujetándola con el brazo extendido, nadé hasta la orilla tirando de ella y obligándola a mantener la barbilla fuera del agua. Ella no ofreció resistencia y cuando finalmente estuvimos en pie sobre la orilla ella se giró hacia mí, sin lágrimas en los ojos pero sollozando.

—¿Por qué lo has hecho? —gimió—. Oh, ¿por qué lo has hecho? Era la única manera... la única manera.

Tenía un aspecto tan triste y tan desdichado y era tan arrebatadoramente bella que apenas pude contenerme de abrazarla, pues entonces, de súbito, me di cuenta de algo que mi propia estupidez me había impedido advertir anteriormente... la amaba.

No obstante, me limité a tomarla de las manos y apretárselas fuertemente y rogarle que me prometiera que no volvería a intentar hacer semejante cosa. Le dije que quizá no volvería a oír hablar de Or-tis y que sería una crueldad que se diera muerte mientras hubiera esperanza.

—No temo por mí —me dijo—. Siempre he sido capaz de encontrar una solución en el último minuto; por quien temo es por vosotros, que habéis sido tan buenos conmigo. Si desaparezco ahora no volveréis a estar en peligro.

—Prefiero estar en peligro que dejarte ir —me limité a decirle—. No tengo miedo.

Y me prometió antes de que nos separáramos que no volvería a intentarlo hasta que no le quedara otra opción.

Mientras regresaba lentamente a casa, mis pensamientos se llenaron de amargura y pesar. Mi alma se revolvía contra este cruel orden social que incluso a la juventud le robaba la felicidad y el amor. Aunque poco de ambos sentimientos había llegado yo a presenciar, algo en mi interior (sospecho que algún tipo de instinto intrínseco) gritaba que aquellos eran mis derechos de nacimiento y que los descendientes de unos intrusos selenitas me estaban despojando de ellos. El sentimiento de americanismo estaba fuertemente arraigado en mí; más fuertemente, quizá, a causa del siglo de esfuerzos que llevaban empleando nuestros opresores para erradicarlo y que todos nos veíamos obligados a ocultar al exterior. Nos llamaban, con gran desprecio, yanquis, pero aquel calificativo era para nosotros motivo de orgullo. Y nosotros, a nuestra vez, los llamábamos káiseres; pero no a la cara. Padre dice que en el mundo antiguo aquella palabra poseía el más elevado de los significados, pero ahora no era más que un insulto.

Cuando me aproximé a casa, vi que la vela de la sala de estar todavía estaba encendida.

Había salido tan precipitadamente que no me había acordado de ella, y a medida que me acercaba pude ver algo más: iba caminando muy despacio, y mis botas de suela blanda no provocaban sonido alguno sobre el polvo del camino; de lo contrario, no habría visto lo que vi: dos figuras, ocultas entre las sombras de la pared, miraban a través de la

pequeña ventana de la sala de estar.

Avancé sigilosamente hasta que me encontré lo suficientemente cerca como para ver que una de las figuras iba vestida con el uniforme de la Guardia Kash, mientras que la otra iba vestida como la gente de mi clase. En esta última reconocí los hombros caídos y la figura desgarrada de Peter Johansen. No me sorprendió mucho que mis sospechas se vieran corroboradas de esa manera.

Sabía para qué estaban allí (esperaban descubrir el escondite de la Bandera), pero también era consciente de que a menos que ya conocieran el lugar, no corríamos el más mínimo peligro de que lo descubrieran desde el exterior, ya que, sabiendo que éramos sospechosos, habían retirado la bandera de aquel lugar (que yo supiera, aquella había sido la primera vez que se había hecho tal cosa y puede que jamás se volviera a hacer). Así que me oculté y los observé durante un rato; a continuación rodeé la casa y entré por la puerta principal como si ignorara la presencia de los observadores, pues no deseaba hacerles saber que habían sido descubiertos.

Me desvestí y me metí en la cama tras apagar la vela. Ignoro cuánto tiempo se quedaron allí, pero fue suficiente para sentir que me estaban observando, y aunque no era una sensación agradable me alegré de que estuviéramos sobre aviso. Al llegar la mañana les conté a padre y a madre todo lo que había visto. Madre suspiró y meneó la cabeza.

—Se acerca —dijo—. Siempre he sabido que tarde o temprano llegaría el momento. Han ido acabando con todos nosotros de uno en uno... ahora ha llegado nuestro momento.

Padre no dijo una palabra. Terminó su desayuno en silencio y cuando salió de casa caminó con la mirada fija en el suelo, los hombros hundidos y la barbilla pegada al pecho... caminaba lentamente, casi tambaleándose, como un hombre que tuviera el corazón y el alma rotos.

Vi que madre contenía un sollozo mientras contemplaba cómo se alejaba y la rodeé con un brazo.

—Temo por él, Julian —me dijo—. Un espíritu como el suyo sufre terriblemente el agujijón de la injusticia y la degradación. Los demás no parecen tomárselo tan a pecho como él; pero es que él es un hombre orgulloso de un linaje orgulloso. Temo... —hizo una pausa como si incluso temiera dar voz a sus miedos—, temo que se quite la vida.

—No —le dije—, es demasiado valiente como para hacer eso. Todo esto pasará... solo tienen sospechas... no saben nada, seremos muy cuidadosos y todo volverá a estar bien... tan bien como siempre han estado las cosas en este mundo.

—¿Y Or-tis? —preguntó ella—. No cesará hasta que no se haya salido con la suya.

Yo sabía que se refería a Juana.

—Jamás conseguirá lo que desea —afirmé—. ¿Acaso no estoy yo aquí?

Me sonrió con indulgencia.

—Eres muy fuerte, hijo mío —me dijo—, ¿pero qué son un par de brazos musculosos contra la Guardia Kash?

—Serán suficientes para Or-tis —repliqué.

—¿Lo matarías? —susurró ella—. ¡Te harían pedazos!

—Solo podrían hacerme pedazos una vez.

Era día de mercado, así que fui con algunos machos castrados, varias pieles y quesos. Padre no fue conmigo; de hecho, le aconsejé que no viniera, ya que Soor estaría allí, al igual que Hoffmeyer. Me llevé un queso como tributo para Soor. ¡Dios, cómo odiaba hacer eso! Pero tanto padre como madre pensaban que era lo mejor para apaciguar a aquel individuo. Supongo que tenían razón. Una vida de sufrimiento no le hace a uno propicio a

buscarse problemas.

El mercado estaba lleno, pues yo me había retrasado. Había muchos miembros de la Guardia Kash a la vista... más de lo normal. Era un día templado (el primero del que disfrutábamos), y un grupo de hombres se hallaba sentado bajo un toldo en un lateral del mercado, frente a la oficina de Hoffmeyer. A medida que me acercaba vi que Or-tis estaba allí, al igual que Pthav, el magnate del carbón, y Hoffmeyer, evidentemente, junto con otros, incluyendo algunas mujeres y niños Kalkars.

Reconocí a la mujer de Pthav, una renegada yanqui que se había ido con él voluntariamente, y su hija, una niña de unos seis años. La pequeña estaba jugando en la tierra, frente al toldo, a unos cien pies del grupo, y yo apenas la había reconocido cuando vi algo que casi provocó que el corazón se me detuviera durante unos instantes.

Dos hombres estaban conduciendo un pequeño rebaño hasta la plaza del mercado desde el otro lado del toldo cuando vi que uno de los animales, un toro enorme, se separaba del rebaño y, con la cabeza gacha, cargaba hacia la diminuta figura que jugaba en la tierra inconsciente del peligro. Los pastores intentaron detener la carga de la bestia, pero sus esfuerzos fueron inútiles.

Todos los que estaban sentados bajo el toldo se dieron cuenta del peligro al mismo tiempo que yo y se levantaron gritando advertencias. La mujer de Pthav soltó un grito y Or-tis llamó a voces a la Guardia Kash, pero nadie se atrevió a interponerse en el camino de la bestia para rescatar a la niña.

Yo era quien estaba más cerca de ella, y en el mismo momento en que advertí el peligro que la pequeña corría salte hacia adelante; pero incluso mientras corría hacia ella por mi mente pasaron unos pensamientos terribles. ¡Es una Kalkar! ¡Es un vástago de esa bestia de Pthav y de una mujer que se ha convertido en una traidora a sus iguales para conseguirse seguridad, una vida desahogada y riqueza! ¡Demasiadas vidas infantiles habían sido apagadas por su padre y los de su clase! ¿Salvarían ellos a mi hermana o a mi hija?

Pensé en todo ello mientras corría; no obstante, no detuve mi carrera... algo en mi interior me empujaba a salvarla. Quizá todo se redujera a que no era más que una niña y yo era descendiente de los caballeros americanos. No, todavía luchaba por enfrentarme al hecho de que mi sentido de la justicia clamaba que dejara morir a la niña.

La alcancé un instante antes de que lo hiciera el toro, y cuando el animal me vio allí, entre él y la niña, se detuvo y con la testa agachada rascó la tierra esparciendo nubes de polvo a su alrededor y mugió... y cargó contra mí. Con todo, yo lo estaba esperando a medio camino, decidido a aguantar su embestida hasta que la niña escapara si aquello era humanamente posible.

Era una bestia enorme, y evidentemente agresiva, lo que posiblemente explicara el motivo de que la condujeran al mercado, y de repente comprendí que aquel animal podría despacharme en un instante; pero yo estaba decidido a morir luchando.

Le grité a la niña que corriera y de repente el toro y yo estábamos juntos. Lo agarré por los cuernos mientras el animal intentaba cornearme y puse en juego toda la fuerza de mi joven cuerpo. Creía que la noche anterior le había mostrado a la Jauría del Infierno todo el poder de mis músculos; pero en aquellos momentos supe que aún disponía de más fuerza en reserva, pues para mi propio asombro conseguí aferrarme a la bestia y, lentamente, muy lentamente, comencé a retorcerle la cabeza hacia la izquierda.

El animal se debatió, luchó y mugió violentamente; yo podía sentir cómo los músculos de mi espalda y de los brazos y piernas se endurecían a causa de la tensión que estaban soportando; pero prácticamente desde el principio de la lucha supe que yo

prevalecería. La Guardia Kash ya llegaba a la carrera, y escuché cómo Or-tis les gritaba que abrieran fuego sobre el toro; pero antes de que pudieran acercarse di un último y violento tirón de los cuernos del animal, que primero cayó sobre una rodilla y a continuación se desplomó sobre un costado, y allí quedó hasta que un sargento se aproximó y le metió una bala en la cabeza.

Cuando el animal hubo muerto, Or-tis, Pthav y los demás se me acercaron. Los vi llegar mientras yo volvía a mis machos castrados, mis pieles y mis quesos. Or-tis me llamó y yo me giré y me quedé mirándolo como si no quisiera tener nada que ver con ellos si podía evitarlo.

—Ven aquí, amigo —me pidió.

Avancé con gesto hosco hacia él unos cuantos pasos y volví a detenerme.

—¿Qué quieres de mí? —le pregunté.

—¿Quién eres? —En aquel momento estaba mirándome fijamente—. Jamás había visto semejante fuerza en un hombre. Deberías enrolarte en la Guardia Kash. ¿No te gustaría?

—No me gustaría —repliqué.

Creo que fue entonces cuando me reconoció, pues su mirada se endureció.

—No —dijo—, no queremos a nadie como tú entre hombres leales. —Giró sobre los talones, pero se volvió hacia mí de nuevo—. Ocúpate, jovencito —me espetó—, de utilizar esa fuerza con sabiduría y para buenas causas.

—La utilizaré sabiamente —repliqué—, y para la mejor de las causas.

Creo que la mujer de Pthav había tenido la intención de darme las gracias por salvar a su hija, y quizá también la había tenido el propio Pthav, pues ambos se habían acercado a mí; pero cuando vieron la abierta hostilidad que Or-tis mostraba hacia mí, se dieron la vuelta, cosa que yo agradecí. Vi que Soor presenciaba todo aquello con una sonrisa sardónica y que Hoffmeyer me contemplaba con esa taimada expresión tan propia de él.

Reuní mis mercancías y me encaminé hacia la zona del mercado en la que habitualmente exponíamos nuestras mercancías, tan solo para encontrarme con que un tipo llamado Vonbulen se me había adelantado. Hay una ley no escrita que establece que cada familia dispone de su propio puesto en el mercado. Yo era la tercera generación de Julianes en exponer sus productos en aquel lugar; sobre todo caballos en la antigüedad, pues proveníamos de una familia de jinetes; pero más recientemente cabras desde que el Gobierno se había hecho con el control de la cría caballar. Aunque padre y yo domábamos caballos ocasionalmente para Los Veinticuatro, ya ni los criábamos ni los poseíamos.

Vonbulen había poseído un pequeño redil en una esquina muy alejada, donde el comercio no era tan activo como lo solía ser en nuestra sección, por lo que yo era incapaz de entender qué estaba haciendo en nuestro puesto, donde había expuesto tres o cuatro cerdos raquíuticos y unos cuantos sacos de grano. Me acerqué y le pregunté qué hacía allí.

—Este es mi puesto ahora —me dijo—. El recaudador de impuestos Soor me ha dicho que lo ocupara.

—Vas a largarte ahora mismo —le respondí—. Sabes que este es nuestro puesto, todo el mundo en el Teivos sabe que lo es y que lo lleva siendo desde hace muchos años. Mi abuelo lo levantó y mi familia lo ha mantenido y cuidado. ¡Lárgate!

—No pienso largarme —repliqué con agresividad.

Era un hombre muy grande y cuando se enfadaba adquiría un aspecto muy fiero, ya que poseía unos enormes bigotes que llevaba cepillados hacia arriba, a ambos lados de la nariz, imitando los colmillos de uno de sus cerdos.

—O te largas o te saco yo —le dije, pero él puso una mano sobre la puerta e intentó impedirme la entrada.

Sabiendo que aquel tipo era lento de ideas y un tanto estúpido, planeé tomarle por sorpresa, cosa que conseguí; agarrándome con una mano al dintel, abrí la puerta de golpe acertándole en la cara y le golpeé en el pecho con ambas rodillas enviándolo a trompicones hasta el redil donde guardaba sus cerdos. Lo golpeé con tanta violencia que dio una vuelta de campana, y mientras se ponía tambaleante en pie soltando juramentos vi la muerte en sus ojos. ¡Y cómo se abalanzó contra mí! En todos sus aspectos fue exactamente igual a la embestida del enorme toro que yo acababa de vencer, excepto que creo que Vonbulen estaba más cabreado que el animal y tenía un aspecto menos gallardo.

Agitaba los puños muy violentamente y tenía la boca abierta como si tuviera la intención de devorarme vivo; no obstante, por algún motivo yo no sentía miedo. De hecho, no pude evitar sonreír al ver su rostro y su bigote empapados en suciedad.

Esquivé sus fieros puñetazos y, aproximándome a él, lo golpeé levemente en el rostro (estoy seguro de que no lo hice muy violentamente, pues no lo quería así; tan solo quería jugar con él), pero el resultado fue tan asombroso para mí como lo debió haber sido para él, aunque no tan doloroso. Rebotó contra mi puño, retrocedió tres pasos y volvió a caer al suelo escupiendo sangre y dientes.

A continuación lo levanté agarrándolo por el cogote y por el fondillo de los pantalones y, alzándolo sobre mi cabeza, lo arrojé fuera del puesto hacia la plaza del mercado donde, por primera vez, vi una multitud de absortos espectadores.

Vonbulen no era una persona muy popular en el Teivos y muchas fueron las amplias sonrisas que sorprendí en los rostros de los de mi clase; pero también hubo muchos que no sonreían. Los Kalkars y los mestizos.

Todo aquello lo percibí de un solo vistazo y a continuación regresé al trabajo, pues todavía no había terminado. Vonbulen permanecía donde había caído y ante él y sobre él, uno tras otro, arrojé sus sacos de grano y sus famélicos cerdos; a continuación abrí la puerta y comencé a meter en el interior mis propios productos y animales. Mientras así hacía casi me di de bruces con Soor, que permanecía allí mirándome con una expresión verdaderamente maligna en el rostro.

—¿Qué significa esto? —me gritó a la cara.

—Significa —repliqué— que nadie puede robarle el puesto a un Julian con la facilidad que Vonbulen creía.

—No ha robado nada —aulló Soor—. Yo se lo di. ¡Fuera! Es suyo.

—No te corresponde a ti dárselo —le respondí—. Conozco mis derechos y ningún hombre se apropiará de mi puesto sin pelear por él. ¿Me entiendes?

A continuación pasé junto a él sin volver a mirarlo y metí mis cabras en el redil. Mientras lo hacía vi que nadie sonreía ya... mis amigos parecían muy apesadumbrados y asustados; sin embargo, un hombre se aproximó por mi derecha y se quedó a mi lado, mirando a Soor, y cuando me giré para mirar en su dirección vi que era Jim.

Fue entonces cuando fui consciente de la gravedad de mis actos a los ojos de los demás, y lamenté que Jim se hubiera puesto a mi lado y así diera a entender que me apoyaba en todo lo que había hecho. Nadie más se acercó a nosotros, aunque muchos eran los que odiaban a los Kalkars tanto como nosotros.

Soor estaba furioso, pero era incapaz de detenerme. Tan solo Los Veinticuatro tenían la potestad de quitarme mi puesto. Me lanzó toda una sarta de epítetos y me amenazó; pero me di cuenta de que hizo todo aquello cuando se hubo alejado unos cuantos

pasos de mí. Advertir que uno de nuestros opresores me temía fue como darle comida a un hambriento. Hasta aquel momento, aquel había sido el día más feliz de mi vida.

Metí a toda prisa las cabras en el redil y a continuación, con uno de los quesos en la mano, llamé a Soor. Este se giró para ver qué quería mostrando los dientes como una rata acorralada.

—Le ordenaste a mi padre que te trajera un regalo —le grité a voz en grito, de manera que todo el mundo me oyó y se dio la vuelta—. ¡Aquí tienes! —le grité—. ¡Aquí está tu soborno! —Y le arrojé el queso a la cara con todas mis fuerzas.

Cayó como un buey derribado y la gente se dispersó como conejos asustados. A continuación regresé al puesto y me puse a abrir y disponer las pieles a través de la valla de madera para que los compradores potenciales pudieran inspeccionarlas.

Jim, cuyo puesto era vecino al nuestro, permaneció mirándome a través de la valla durante varios minutos. Finalmente me habló:

—Has hecho algo muy temerario, Julian —me dijo, y a continuación añadió—: Te envidio.

No me quedó muy claro el significado de sus palabras y, sin embargo, me di cuenta de que él también habría estado dispuesto a morir por la satisfacción de desafiar a un Kalkar. Yo no había hecho todo aquello empujado tan solo por la fuerza de mi odio o el orgullo de mi fuerza, sino por el recuerdo de la cabeza agachada de mi padre y las lágrimas de mi madre... por la consciencia de que estaríamos mejor muertos que vivos a menos que fuéramos capaces de alzar nuestras cabezas con orgullo, tal y como deberían hacer los hombres. Sí, aún era capaz de ver la barbilla de mi padre hundida en su pecho y su paso vacilante y me sentí avergonzado de él y de mí mismo; pero yo había sido capaz de lavar aquella mácula y finalmente se había cristalizado en mi mente algo que llevaba allí inadvertido durante largo tiempo... caminar el resto de mi vida con la cabeza alta y los puños listos... sería un hombre por muy corto que fuera aquel camino.

VI El consejo de guerra

Aquella tarde vi un pequeño destacamento de la Guardia Kash que atravesaba la plaza del mercado. Se encaminaron directamente a mi puesto y se detuvieron ante él. El sargento al mando se dirigió a mí:

—¿Eres el hermano Julian IX? —me interrogó.

—Soy Julian IX —repliqué.

—Será mejor que seas el hermano Julian IX cuando te dirijas al hermano general Or-tis —me espetó—. Estás bajo arresto. ¡Acompáñame!

—¿Por qué motivo? —le pregunté.

—El hermano Or-tis te lo dirá si no lo sabes... vamos a conducirte ante su presencia.

¡Vaya! El momento había llegado y había sucedido rápidamente. Sentí pena por madre; pero, en cierta forma, me sentí contento. Si tan solo no hubiera existido en el mundo una persona como Juana St. John me habría sentido casi feliz, pues sabía que madre y padre llegarían en breve y, tal y como ella se había ocupado de enseñarme, volveríamos a encontrarnos en un mundo más feliz situado al otro lado... un mundo en el que no habría Kalkars ni impuestos; pero en este mundo, del que yo estaba tan seguro, había una Juana St. John, mientras que ni yo ni nadie había visto jamás aquel otro lugar.

No veía motivos para negarme a acompañar a la Guardia Kash. Podrían haberse limitado a matarme a tiros, mientras que si iba con ellos podría presentármese la oportunidad de acabar con algún puerco más importante que ellos antes de que acabaran conmigo... si es que tenían el propósito de matarme. Uno jamás sabe cuál puede ser su intención... aparte de eso, siempre se tratará de lo peor.

Bien, pues me llevaron al cuartel general del Teivos, muy lejos, junto a la orilla del lago; no obstante, como me llevaron en un enorme carruaje tirado por caballos, no supuso un viaje muy fatigoso y, como no estaba preocupado, disfruté del paseo. Atravesamos una multitud de mercados, pues numerosos distritos se extienden entre el nuestro y el cuartel general, y la gente se paraba para mirarme tal y como yo había hecho con los numerosos prisioneros que se habían llevado en carro hacia un destino desconocido. Algunas veces regresaban... otras veces no. Me pregunté qué me tocaría a mí.

Finalmente, llegamos al cuartel general tras cruzar millas y millas de nobles ruinas entre las que yo había jugado y había explorado siendo niño. Me llevaron de inmediato ante Or-tis. Se encontraba en una enorme sala, sentado a una larga mesa ante la que vi sentados otros hombres ocupando ambos lados; se trataba de los representantes locales de aquella odiada autoridad conocida como Los Veinticuatro, el sistema de gobierno que los Kalkars habían traído con ellos desde la Luna un siglo antes. Los Veinticuatro consistían originalmente en un comité compuesto por ese número de individuos. Sin embargo, por aquel entonces no era más que un nombre para denominar el poder, el Gobierno y la tiranía. Jarth el Jemadar era, en realidad, lo que su título selenita indicaba: un emperador. A su alrededor giraba un comité de veinticuatro Kalkars; pero como todos y cada uno de ellos habían sido nombrados por él y él podía destituirlos a voluntad, no eran más que sus herramientas. Y aquel grupo ante el que me habían llevado tenía en nuestro Teivos el mismo poder que Los Veinticuatro que lo habían creado (o al menos así debió ser originalmente), de manera que también los denominábamos Los Veinticuatro, o el Teivos.

Reconocí a muchos de aquellos sujetos como miembros del Teivos. Pthav y Hoffmeyer estaban presentes como representantes de nuestro distrito, o más bien como falsos representantes, tal y como decía padre; sin embargo, yo estaba seguro de que aquello no era una reunión del auténtico Teivos como las que se llevaban a cabo en otro edificio situado mucho más al sur; un edificio impresionante, un apilamiento de diferentes estilos arquitectónicos que el Gobierno había restaurado parcialmente cuando había establecido allí sus cuarteles generales y que también había sido un maravilloso edificio en las épocas anteriores, con sus enormes leones haciendo guardia a ambos lados de la entrada principal.

No, no se trataba del Teivos. ¿Pero de qué podía tratarse? De repente, se me hizo evidente que debía ser el brazo de la nueva ley que Or-tis nos había anunciado, y así se demostró ser... un tribunal militar especial para delincuentes especiales. Aquella era su primera vista y la fortuna quiso que yo fuera tan afortunado como para cometer mi indiscreción justo a tiempo para ser llevado ante aquel tribunal exactamente en el momento en que necesitaban a alguien con quien experimentar.

Se me obligó a permanecer en pie, vigilado, ante la mesa, y mientras recorría con la mirada de un lado a otro los rostros frente a mí no vi una sola mirada amistosa (ni a gente de mi clase), tan solo puercos y más puercos. Hombres de ceños fruncidos y rostros brutales, repantingados en sus sillones, desaliñadamente vestidos, burdos, sin asear y de aspecto enfermizo. Aquellos eran los individuos que componían el tribunal que iba a juzgarme... ¿Para qué?

Or-tis preguntó quién me acusaba y cuáles eran los cargos. Entonces vi a Soor por primera vez. Debería haber estado en el distrito, recaudando sus impuestos, pero no era así. No, se encontraba allí para dedicarse a negocios más placenteros. Me dedicó una mirada malévolamente y expuso su caso: resistencia a un representante de la ley durante el uso de sus funciones y agresión al mismo con un arma letal con la intención de cometer asesinato.

Todos me miraron con ferocidad con la indudable esperanza de que me echaría a temblar de puro terror, como la mayoría de los de mi clase habían hecho anteriormente; pero yo no temblé... me tomé la acusación como algo ridículo. De hecho, me temo que sonreí. Sé que lo hice.

—¿Qué es eso? —Me preguntó Or-tis—. ¿Todo esto te divierte?

—Los cargos —repliqué.

—¿Y qué les ves de gracioso? —Me volvió a preguntar—. Ha habido hombres a los que se les ha disparado por menos... hombres que no eran sospechosos de cometer actos de traición.

—No opuse resistencia a ningún representante de la ley durante el uso de sus funciones —le dije—. No forma parte de las funciones de un recaudador de impuestos el arrebatarse a una familia su puesto en el mercado, ¿verdad? Un puesto que han ocupado durante generaciones. Te lo pregunto a ti Or-tis. ¿Tengo razón?

Or-tis se levantó a medias de su sillón.

—¿Cómo osas dirigirte a mí en esos términos? —me gritó.

Los demás giraron sus rostros de ceños fruncidos hacia mí mientras golpeaban la mesa con sus sucios puños y me gritaban y vociferaban al unísono; sin embargo, me mantuve altivo tal y como me había jurado hacer hasta la muerte.

Finalmente se calmaron, así que le repetí mi pregunta a Or-tis, y he de acreditarle el mérito de responderme con honradez.

—No —me dijo—, tan solo el Teivos puede hacer eso... el Teivos o su comandante.

—En ese caso, no opuse resistencia a oficial alguno durante el uso de sus funciones —repliqué—, tan solo me limité a negarme a abandonar un puesto que me pertenece. Y ahora, otra pregunta: ¿se considera un queso un arma letal? —Tuvieron que admitir que no era así—. Le exigí un regalo a mi padre —les expliqué—, y yo le llevé un queso. A ojos de la ley, no tenía derecho alguno a exigir semejante cosa, así que se lo arrojé y le golpeé en la cara. Así haré entrega de cada diezmo ilegal que se nos exija. La ley garantiza mis derechos y procuro que se respeten.

Jamás les había hablado nadie de aquella manera y de repente fui consciente de que, por puro azar, había dado con la única manera de hacer frente a aquellas criaturas. Eran unos cobardes, tanto física como moralmente. No eran capaces de enfrentarse a un hombre honrado y valiente, y ya mostraban señales de sentirse avergonzados. Sabía que la razón estaba de mi parte y, mientras que si hubiera agachado la cabeza ante ellos me habrían condenado, carecían del coraje suficiente para hacerlo en mi presencia.

El resultado natural de todo aquello fue que se vieron obligados a buscar un chivo expiatorio, y Or-tis estaba muy cerca de encontrar uno... su mirada torva se posó sobre Soor.

—¿Dice este hombre la verdad? —Le gritó al recaudador de impuestos—. ¿Lo expulsaste de su puesto? ¿Se limitó a arrojarte un queso?

Soor, un completo cobarde cuando se enfrentaba a la autoridad, se sonrojó y tartamudeó.

—Intentó matarme —farfulló sin convicción—, y estuvo a punto de matar al hermano Vonbulen.

Entonces les hablé de aquello... y continué dirigiéndome a ellos con tono autoritario y plantándoles cara. No los temía y ellos lo sabían. A veces creo que atribuyeron mi actitud a algún conocimiento que yo poseía y que podía suponer una amenaza para ellos, pues siempre se mostraban temerosos ante alguna revuelta. Ese es el motivo por el que siempre intentaban desgastar nuestra moral.

El resultado de todo aquello fue que se me permitió marchar libremente con una advertencia; la advertencia de que si no me dirigía a mis iguales como hermano sería castigado, e incluso entonces no pude evitar marcharme sin una pulla, pues les dije que no llamaría a nadie hermano a menos que lo fuera de verdad.

Todo aquel asunto no fue más que una farsa; pero todos los juicios son una farsa, tan solo sucede que, por regla general, el acusado es el bufón. No fueron capaces de conducirse de la forma digna o correcta con la que imagino debían llevarse a cabo los juicios en los tiempos antiguos. No había orden ni método.

Tuve que regresar a casa a pie (otra manifestación de su justicia), y llegué a casa una hora o dos después de la cena. Me encontré con que Jim, Mollie y Juana estaban allí y advertí que madre había estado llorando. Volvió a hacerlo cuando me vio entrar. ¡Pobre madre! Me pregunto si siempre habrá sido algo tan terrible ser madre; pero no, no puede ser, de lo contrario la raza humana habría quedado extinta mucho tiempo atrás... tal y como harán los Kalkars con facilidad, a pesar de todo.

Jim les había relatado todo lo sucedido en el mercado; el episodio del toro, el enfrentamiento con Vonbulen y el asunto de Soor. Por primera y única vez en mi vida, oí a padre reír a carcajadas. Juana también rio; pero aún así había una corriente oculta de terror que yo era capaz de sentir y a la que finalmente dio voz Mollie.

—Ahora vendrán a por nosotros, Julian —me dijo—, pero lo que has hecho bien merece la muerte.

—¡Sí! —Exclamó padre—. Después de esto, estoy dispuesto a dirigirme al Matarife con una sonrisa en los labios. Has hecho lo que yo siempre quise hacer pero no me atreví. Si soy un cobarde, al menos puedo darle gracias a Dios que yo fuera capaz de dar vida a un hombre valiente y temerario.

—¡No eres un cobarde! —Le grité, y madre me miró y sonrió. Entonces me alegré de haberle dicho aquello.

Puede que usted no entienda qué quiso decir padre con «dirigirme al Matarife», pero es algo muy simple. La fabricación de municiones era un arte perdido (me refiero a la munición de alta potencia que le gustaba utilizar a la Guardia Kash), de manera que vigilaban celosamente todas las enormes reservas de munición abandonadas desde la antigüedad, millones y millones de cartuchos, pues de lo contrario habrían sido incapaces de utilizar los fusiles que fueron dejados atrás junto con su munición. Tan solo utilizaban la munición en casos de extrema necesidad, un hecho que ponía a las antiguas escuadras de fusileros al mismo nivel que las máquinas voladoras o los automóviles. Así, cuando querían matarnos, nos cortaban el cuello y el hombre que se ocupaba de ello era conocido como el Matarife.

Acompañé a Jim, Mollie y Juana a su casa; pero en especial acompañé a Juana. Una vez más sentí aquella extraña fuerza magnética que me atraía hacia ella, de manera que me veía chocando contra ella cada par de pasos y, de manera intencionada, hacía oscilar el brazo más cercano a ella con la esperanza de que mi mano tocara la suya. No me vi condenado a la decepción, pues con cada roce todo mi cuerpo se estremecía. No pude evitar advertir que Juana no mencionó en absoluto mi torpeza, ni hizo gesto alguno por evitar nuestro contacto físico, y sin embargo le tenía miedo... miedo de que advirtiera todo aquello y miedo de que no lo advirtiera. Soy muy bueno con los caballos y las cabras y contra la Jauría del Infierno, pero no lo soy tanto con las chicas.

Habíamos charlado sobre una multitud de asuntos y ya conocía sus puntos de vista y sus ideas y ella conocía los míos, así que cuando nos separamos y le pregunté si querría ir conmigo al día siguiente, primer domingo del mes, ella supo claramente qué quería decirle. Me dijo que sí y me marché a casa muy contento, pues ya sabía que ambos nos disponíamos a desafiar a nuestro enemigo común uno junto a otro... que tomados de la mano nos enfrentaríamos a la Parca por el bien de una causa mayor para la Tierra.

De regreso a casa alcancé a Peter Johansen, que se dirigía a nuestra casa. Por la expresión de su rostro pude ver que no esperaba encontrarse conmigo y de inmediato se puso a explicarme con todo lujo de detalles por qué había salido por la noche, pues lo primero que hice fue preguntarle qué extraños asuntos le obligaban a salir de su casa tan tarde tras la puesta del sol.

Incluso en la penumbra pude ver cómo enrojecía.

—Pues mira —exclamó—, esta es la primera vez en meses que salgo de mi casa después de cenar. —Y en aquel momento algo en aquel individuo me hizo perder la sangre fría y di salida a todo lo que guardaba en mi corazón.

—¡Mentiroso! —le grité—. ¡Estás mintiendo, maldito espía!

Y entonces Peter Johansen empalideció y, sin previo aviso, extrajo un cuchillo de entre sus ropas y saltó hacia mí mientras intentaba alcanzar cualquier parte de mi cuerpo con su hoja. Al principio estuvo a punto de conseguirlo, tan inesperado y cargado de odio fue su ataque; pero aunque me acertó un par de veces en un brazo y sufrí varios cortes, me las apañé para proteger cualquier parte vital y un instante después lo agarré por la muñeca de la mano con la que empuñaba el arma. Aquel fue el final, pues me limité a retorcérsela

levemente (no me hizo falta aplicar apenas fuerza) y algo chascó dentro de su muñeca.

Peter dejó escapar un terrible aullido, el puñal se escapó de sus dedos, le di un empujón para apartarlo de mí y al mismo tiempo le propiné una buena patada mientras se marchaba; una patada que creo que recordó durante mucho tiempo. A continuación recogí su cuchillo y lo arrojé tan lejos como me fue posible en dirección al río, donde creo que fue a caer, y reanudé mi camino a casa silbando.

Cuando entré, madre salió de su habitación y, rodeándome el cuello con sus manos, me atrajo hacia ella.

—Mi querido muchacho —murmuró—, me siento muy feliz al ver tu felicidad. Es una muchacha encantadora, y la quiero tanto como tú.

—¿Qué sucede? —le pregunté—. ¿De qué me estás hablando?

—Te he oído silbar —me contó—, y sé lo que eso significa... los hombres crecidos tan solo silban una vez en su vida.

La alcé entre mis brazos.

—¡Oh, querida madre! —grité—. Desearía que fuera cierto y puede que algún día se haga realidad... si no fuera tan cobarde. Pero no aún.

—¿Entonces por qué silabas? —me preguntó, sorprendida y un tanto escéptica, imagino.

—Silaba —le expliqué— porque acabo de romperle la muñeca a un espía y lo he pateado fuera del camino.

—¿Peter? —me preguntó temblorosa.

—Sí, madre, Peter. Lo acusé de espía y él intentó apuñalarme.

—¡Oh, hijo mío! —exclamó—. No lo sabías. Es culpa mía; debería habértelo contado. Ya no volverá a enfrentarse a nosotros entre las sombras; ahora lo hará a la luz del día, y cuando lo haga yo estaré perdida.

—¿Qué quieres decir? —la interrogué.

—No me importa morir —me dijo—, pero acabarán antes con tu padre por mi culpa.

—¿Qué quieres decirme? No sé a dónde quieres llegar.

—Entonces escúchame —me explicó—. Peter me desea. Ese es el motivo por el que se dedica a espiar a tu padre. Si fuera capaz de probar algo contra él y padre fuera ejecutado o enviado a las minas, Peter me reclamaría.

—¿Cómo sabes todo eso?

—El propio Peter me ha dicho que me quiere para él. Intentó obligarme a abandonar a tu amado padre y a irme con él, y cuando lo rechacé se jactó de que contaba con el favor de los Kalkars, y que al final me conseguiría. Ha intentado comprar mi honor a cambio de la vida de tu padre. A eso se debe mi miedo y mi desdicha; pero sabía que tú y padre preferiríais morir antes de permitirme hacer semejante cosa, y gracias a eso he podido resistir.

—¿Se lo has contado a padre? —le pregunté.

—No me atrevo. Habría matado a Peter y eso habría supuesto el fin para todos nosotros, pues Peter ocupa un lugar muy elevado entre los favorecidos por las autoridades Kalkars.

—¡Lo mataré! —le dije.

Madre intentó disuadirme hasta que finalmente tuve que prometerle que esperaría hasta que sufriera una provocación que las autoridades no tuvieran más remedio que admitir. Bien sabe Dios que tuve provocaciones más que suficientes.

Al día siguiente, tras desayunar, salimos de casa por separado y en diferentes direcciones cumpliendo con nuestras costumbres del primer domingo de cada mes. En primer lugar me dirigí a casa de Jim para recoger a Juana, pues ella ignoraba el camino ya que jamás había estado con nosotros. La encontré preparada y esperándome sola, ya que Jim y Mollie había partido unos minutos antes, y aparentemente muy contenta de verme.

No le conté nada sobre Peter, ya que suficientes problemas había en el mundo como para cargar las espaldas de la gente con cualquier cosa que no les afectara directamente. La guié río arriba durante una milla y durante todo el camino estuvimos vigilando que no nos siguieran. A continuación, encontramos un pequeño bote, que yo había ocultado previamente, y atravesamos el río. Tras volver a ocultarlo, continuamos nuestro camino durante media milla. Allí encontramos una balsa que había construido y sobre ella, impulsándonos con una pértiga, volvimos a cruzar hasta la otra orilla... si alguien nos hubiera seguido, se habría visto obligado a nadar, pues no había más embarcaciones en aquella parte del río.

Yo había recorrido aquel camino a lo largo de los años, de hecho desde que tenía quince, y nadie había sospechado jamás de mí o me había seguido, aunque jamás relajé mi vigilancia, cosa que quizá influyera en que jamás fuera apresado. Jamás nadie me descubrió abordando el pequeño bote o la balsa y nadie habría sido capaz de adivinar mi lugar de destino de tan tortuoso que era.

A una milla al oeste del río se alzaba un espeso bosque de árboles muy viejos, y hacia él guié a Juana. Nos sentamos junto a su borde evidenciando nuestra intención de descansar, pero en realidad observando si se aproximaba alguien que pudiera habernos seguido o si en las proximidades había alguien que pudiera sorprendernos en nuestro siguiente movimiento. No había nadie a la vista y, por tanto, con el ánimo ligero, nos levantamos y penetramos en el bosque.

Durante un cuarto de milla recorrimos un tortuoso sendero hasta que torcí a la izquierda en ángulo recto y penetramos en una tupida maleza en la que se perdía el sendero. Siempre llevábamos a cabo aquella maniobra, sin seguir jamás la misma ruta para evitar que se marcara un sendero que alguien pudiera seguir.

Al poco rato, llegamos a un montón de broza bajo el que se abría una abertura a través de la cual, si uno se agachaba lo suficiente, se podía entrar. Aquella abertura quedaba oculta por el tronco de un árbol caído sobre el que habían amontonado ramas rotas. Aquella entrada quedaba secreta a los ojos de los viajeros, incluso durante el invierno o los inicios de la primavera... si alguien hubiera pasado por allí. Alguien que le siguiera la pista a algún animal perdido podría descubrirla, pero nadie más, pues aquella era una zona solitaria y escasamente frecuentada.

Durante el verano, la estación en la que se corría el mayor riesgo de que descubrieran la entrada, ocultábamos la totalidad de la broza y su pantalla de ramas enredadas bajo tal masa de enredaderas que incluso a nosotros nos resultaba difícil encontrarla.

Guié a Juana a través de aquella entrada llevándola de la mano, como se haría con una persona ciega, aunque el interior no estaba tan oscuro como para que ella fuera incapaz de ver claramente cada paso que daba. Sin embargo, la tomé de la mano, una excusa tan pobre como cualquier otra. El serpenteante túnel discurría bajo la broza aproximadamente un centenar de yardas; deseé que hubieran sido un centenar de millas. El túnel finalizaba bruscamente ante una pared de roca desnuda en la que se abría una puerta maciza. Sus paneles de madera de roble estaban oscurecidos por el paso del tiempo y salpicados de

verde a causa de los tres enormes goznes que recorrían uno de sus lados más anchos, mientras que de los grandes tornillos que los ajustaban a la puerta chorreaban largas manchas marrones de óxido que se mezclaban con el verde y el negro. Parches de musgo crecían sobre su superficie, de manera que todo el conjunto daba una sensación de gran antigüedad que ni los más ancianos que la conocían se atrevían más que a suponer. Sobre la puerta, tallados en la piedra, podían verse un cayado de pastor y las palabras *Dieu et mon droit*.

Nos detuvimos ante la maciza puerta y golpeé una vez los paneles con los nudillos, conté hasta cinco y volví a llamar una sola vez; a continuación conté hasta tres y, con la misma cadencia, llamé tres veces. Aquel era el santo y seña del día... jamás se repetía la misma combinación. Si alguien utilizara la fórmula errónea y a continuación forzara la entrada, tan solo encontraría tras ella una sala vacía.

Poco después se abrió una rendija en la puerta y un ojo miró al exterior; a continuación se abrió completamente hacia afuera y penetramos en una sala baja y larga iluminada por unas mechas que flotaban en aceite. La sala estaba atravesada por bancos fabricados con madera basta y en su extremo se elevaba una plataforma sobre la que se encontraba Orrin Colby, el herrero, tras un altar formado con un tronco aserrado cuyas raíces, según la leyenda, todavía horadaban la tierra bajo la iglesia que se suponía había sido levantada a su alrededor.

VII Traicionados

Cuando entramos ya había doce personas sentadas en los bancos, de manera que con Orrin Colby, nosotros dos y el portero éramos dieciséis. Colby era la cabeza de nuestra iglesia; su abuelo había sido pastor metodista. Padre y madre estaban allí, sentados junto a Jim y Mollie, y también estaba Samuels el judío, Betty Worth, que era la mujer de Dennis Corrigan, y muchos otros rostros conocidos.

Habían estado esperándonos y tan pronto como nos sentamos comenzó el servicio con una oración durante la cual mantuvimos nuestras cabezas agachadas. Orrin Colby siempre comenzaba los oficios con la misma breve oración cada primer sábado del mes. La cosa era así, aproximadamente:

—Dios de nuestros padres, a través de generaciones de persecución y crueldad en un mundo de odio que se ha vuelo contra Ti, nosotros permanecemos a Tu derecha, leales a Ti y a nuestra Bandera. Para nosotros Tu nombre significa la justicia, la humanidad, el amor, la felicidad y el bien y nuestra Bandera es tu Emblema. Una vez al mes ponemos en riesgo nuestras vidas para que Tu nombre no perezca en la Tierra. ¡Amén!

Extrajo de detrás del altar un cayado de pastor al que habían atado una bandera igual a la que poseía mi padre y la sostuvo en alto y nosotros nos arrodillamos en silencio ante su presencia durante unos segundos. A continuación volvió a guardarlo y nos levantamos. Seguidamente entonamos una canción muy, muy vieja que comenzaba con el verso: «Adelante, soldados cristianos». Era mi canción favorita. Mollie Sheehan tocaba el violín mientras que el resto cantábamos.

Al finalizar la canción, Orrin Colby nos dirigió un sermón; siempre nos hablaba acerca de los asuntos prácticos que afectaban a nuestras vidas y a nuestro futuro. Se trataba de un sermón muy sencillo, pero lleno de esperanza por tiempos mejores. Creo que, a lo largo de nuestras vidas, tan solo durante estas reuniones mensuales oíamos hablar de la esperanza. Había algo en Orrin Colby que inspiraba confianza y esperanza. Aquellos días suponían los momentos más felices de nuestra anodina existencia.

Tras el sermón volvimos a cantar y, a continuación, Samuels el judío rezó una oración y los servicios finalizaron. Acto seguido, varios miembros de nuestra iglesia nos dirigieron breves charlas. Estas trataban principalmente del asunto que predominaba sobre todos nuestros demás pensamientos: una revolución que no iba más allá de las palabras. ¿Cómo podría ser de otro modo? Éramos probablemente el pueblo más brutalmente subyugado que el mundo jamás había conocido... sentíamos terror por nuestros amos y temíamos a nuestros vecinos. Ignorábamos en quién podíamos confiar fuera de nuestro pequeño círculo, y por tanto no nos atrevíamos a buscar nuevos miembros que se adhirieran a nuestra causa, aunque éramos conscientes de que debían existir miles de personas que simpatizarían con nosotros. Había espías e informadores por doquier... estos, la Guardia Kash y el Matarife eran las tres agencias a través de las que nos controlaban; pero lo que temíamos por encima de todo era a los espías e informadores. Por una mujer, por la casa de un vecino, e incluso, y por lo que sé, por una docena de huevos, algunos hombres habían delatado a sus amigos y los habían enviado a las minas o al Matarife.

Tras aquellas charlas nos dedicábamos a conversar y a chismorrear durante un par de horas, disfrutando de aquel extraño lujo de poder decir sin miedo y claramente lo que pensábamos.

Tuve que volver a contar varias veces mi experiencia ante el consejo de guerra de Or-tis y soy consciente de que les resultaba muy complicado creer que yo les hubiera dicho semejantes cosas a nuestros amos y hubiera salido de allí vivo y en libertad. Sencillamente, no podían entenderlo.

Todos fuimos advertidos acerca de Peter Johansen y de otros bajo sospecha de actuar como informadores para que nos mantuviéramos alerta contra ellos. No volvimos a cantar, pues incluso en aquellos días en que nuestros corazones se sentían más livianos aún nos pesaban demasiado como para cantar. A eso de las dos nos comunicaron el nuevo santo y seña para la siguiente reunión y partimos en solitario o por parejas. Yo me ofrecí a partir el último, acompañado por Juana, y a ocuparme de que la puerta quedara asegurada. Una hora más tarde nos marchamos, unos cinco minutos después de Samuels el judío.

La madre de Juana había recibido de forma oral una formación religiosa fuera de lo común para aquellos días y ella, a su vez, le había transmitido aquellos conocimientos a su hija. Parecía ser que ellos también habían creado una iglesia en su distrito, pero poco después las autoridades la habían descubierto y la destruyeron, aunque no habían conseguido aprehender a ninguno de sus miembros. A partir de aquellos sucesos habían establecido una vigilancia tan severa que no se habían atrevido a buscar otros lugares de reunión.

Me contó que su congregación era muy parecida a la nuestra en el número de miembros y que a causa de los conocimientos que poseía sobre las antiguas costumbres religiosas siempre le resultaba extraño ver los diferentes tipos de credo que se reunían bajo el mismo techo en una armonía mucho mayor de la que iglesias con las mismas creencias habían disfrutado en los tiempos antiguos. Entre nosotros había descendientes de metodistas, presbiterianos, baptistas, católicos romanos y judíos y de muchas otras creencias que yo ignoraba y que a ninguno nos importaba.

Nosotros adorábamos un ideal y una gran esperanza, ambos conceptos divinos, y los llamábamos Dios. No nos importaba lo que hubieran podido pensar nuestros bisabuelos sobre ambas ideas o lo que alguien que hubiera vivido hacía un millar de años hubiera pensado o hecho o el nombre que le hubiera dado al Ser Supremo, pues nosotros sabíamos que no había más que uno y que, ya lo denomináramos a Él de una manera u otra, no dejaría de verse alterado de forma alguna. Al menos, en esto habían acertado los Kalkars con sus acciones; pero habían llegado demasiado tarde. Aquellos que adoraban a algún tipo de dios eran cada vez menos. Nuestra propia congregación había disminuido en un año de veintidós miembros a quince, hasta que había llegado Juana para componer el número dieciséis.

Algunos habían sufrido muertes naturales y algunos habían sido enviados a las minas o al Matarife; pero el principal motivo de nuestra decadencia era el hecho de que nacían muy pocos niños que reemplazaran a los adultos que fallecían; esto y el miedo que sentíamos de buscar nuevos conversos. Nos extinguíamos, de aquello no cabía duda, y con nosotros se extinguían todas las religiones. Eso era lo que la filosofía lunar le estaba haciendo al mundo; pero aquello era, ni más ni menos, lo que uno podría haber esperado. Los hombres y mujeres inteligentes advertían aquello casi desde el mismo instante en que aquella teoría lunar asomaba su horrible cabeza sobre nuestro horizonte... un ideal político que hacía de todas las mujeres un bien común de todos los hombres no podía, ni remotamente, respetar, o al menos temer, una religión de los tiempos pasados, y los Kalkars había aplastado deliberada y concienzudamente todas las iglesias, tal y como cualquiera habría sospechado que harían.

Juana y yo ya habíamos salido del bosque cuando sorprendimos a un hombre que se movía cautamente por entre las sombras de los árboles por delante de nosotros. Parecía estar siguiendo a alguien y de inmediato me asaltó la idea de los espías.

En el momento en que tomó una curva del sendero y lo perdimos de vista, Juana y yo corrimos tan rápido como nos fue posible para poder verlo con mayor claridad, y no nos sentimos decepcionados. Lo vimos y lo reconocimos y también vimos a quién estaba acechando.

Se trataba de Peter Johansen, con uno de sus brazos en cabestrillo, moviéndose sigilosamente tras Samuels.

Era consciente de que si permitía que Peter siguiera a Samuels hasta su hogar, conocería el sinuoso camino que había recorrido el anciano e inmediatamente, aunque no hubiera tenido previamente motivos para sospechar, sabría que Moisés se encontraba metido en algo que no deseábamos que supieran las autoridades. Aquello supondría arrojar la sombra de la sospecha sobre el viejo Samuels, y las sospechas, por regla general, terminaban en una condena por un cargo u otro. Éramos incapaces de imaginar cuánto tiempo llevaba siguiéndolo, pero éramos conscientes de que se encontraba demasiado cerca de la iglesia como para sentirnos seguros. Me sentí muy preocupado.

Intentando idear algún plan que desviara a Peter de su pista, finalmente proyecté algo que puse inmediatamente en ejecución. Yo conocía la ruta que seguía el anciano para llegar a la iglesia y para abandonarla y sabía que tendría que trazar un amplio rodeo que lo llevaría hasta las orillas del río un cuarto de milla más abajo. Juana y yo podríamos dirigirnos directamente al lugar antes de que Samuels llegara. Y eso nos dispusimos a hacer.

Aproximadamente media hora antes de que llegáramos al lugar en el que sabíamos que iría a dar con el río, oímos sus pasos y nos ocultamos tras unos arbustos. Y allí llegé, inconsciente de la criatura que le seguía los pasos; un momento más tarde vimos a Peter salir a la vista y detenerse al borde del bosque. En ese momento Juana y yo abandonamos nuestro escondite y saludamos a Samuels.

—¿No las has visto? —le pregunté en un tono de voz lo suficientemente alto como para que Peter me oyera claramente y entonces, antes de que Samuels pudiera responderme, añadí—: Hemos buscado por toda la parte alta del río y no hemos encontrado ni rastro de las cabras... de todas maneras, no creo que vinieran por aquí; pero si lo hubieran hecho así, habría dado cuenta de ellas la Jauría del Infierno tras oscurecer. Vamos, larguémonos a casa y demos la búsqueda por un trabajo perdido.

Hablé tanto y tan rápido que Samuels se había dado cuenta de que yo tenía serios motivos para hacerlo, de manera que siguió andando y se limitó a decirme que no había visto una sola cabra. Ni Juana ni yo habíamos permitido que nuestras miradas traicionaran nuestro conocimiento sobre la presencia de Peter, aunque yo no pude evitar ver que se ocultaba tras un árbol en el mismo momento en que nos vio.

Los tres continuamos con nuestro camino de regreso a casa tomando el camino más corto mientras yo le susurraba a Samuels lo que habíamos visto. El anciano rio entre dientes, pues opinaba al igual que yo que mi ardid había dejado perplejo a Johansen... a menos que hubiera seguido a Moisés más lejos de lo que sospechábamos. Todos empaldecimos ante las consecuencias que semejante posibilidad podría arrojar sobre nuestras cabezas. No queríamos que Peter supiera que nosotros éramos conscientes de que nos estaba siguiendo, de manera que no miramos atrás ni una sola vez, ni tan siquiera Juana, algo notable para una mujer; ni tan siquiera volvimos a verlo, aunque presentíamos

que continuaba siguiéndonos. Por lo pronto, yo estaba seguro de que nos seguía los pasos a una distancia segura desde que nos reunimos con Samuels.

Durante la semana siguiente fue pasando cautamente de uno a otro la noticia de que Johansen había estado siguiendo a Samuels desde la iglesia; pero como las autoridades no le prestaban más atención a Moisés que antes, finalmente concluimos que habíamos conseguido apartar a Peter de la pista.

El domingo siguiente a nuestra reunión en la iglesia, nos encontrábamos todos sentados en el patio de Jim, bajo uno de sus árboles en los que ya comenzaban a brotar las hojas nuevas y que proporcionaba buena sombra. Habíamos estado charlando sobre asuntos hogareños (las cosechas, los recién nacidos, los lechones de Mollie...). El mundo parecía inusualmente acogedor. Las autoridades no nos habían acosado últimamente. Un respiro de un par de semanas nos parecía el paraíso. Estábamos completamente convencidos de que, en esta ocasión, Johansen no había descubierto nada y hacía largo tiempo que no sentíamos nuestros corazones tan livianos.

Y así nos encontrábamos, sentados en paz y satisfechos, disfrutando de un breve descanso de nuestras vidas dominadas por el tedio del trabajo, cuando escuchamos el sonido de los cascos de unos caballos sobre la tierra endurecida del sendero que conducía hasta el río en dirección al mercado. La atmósfera cambió brusca y radicalmente; la relajación se transformó en tensión, las miradas tranquilas recuperaron sus expresiones acosadas. ¿Por qué? Tan solo la Guardia Kash cabalgaba.

Y así fue como llegaron, cincuenta de ellos y con el hermano general Or-tis a la cabeza. Al llegar al acceso de la casa de Jim tiraron de las riendas y Or-tis desmontó y penetró en el patio.

Nos miró como alguien miraría un montón de carroña y no nos saludó, cosa que era muy apropiada para nosotros. Se encaminó directamente hacia Juana, que estaba sentada sobre un pequeño escabel junto al árbol sobre cuyo tronco yo me recostaba. No nos movimos ninguno. Él se detuvo frente a la chica.

—He venido a comunicarte —le dijo— que te he hecho el honor de elegirte como mi mujer, para que lleves mis hijos y mantengas en orden mi hogar.

A continuación se la quedó mirando y yo pude sentir cómo el pelo de mi cabeza se ponía de punta y las comisuras de mi labio superior se elevaban... ignoro el motivo. Lo único que sabía era que ansiaba lanzarme a su garganta y matarlo, desgarrar su carne con mis dientes... verlo morir. Y entonces me miró y retrocedió, tras lo cual hizo señas a varios de sus hombres para que se acercaran. Cuando llegaron, volvió a dirigirse a Juana, que se había levantado y permanecía balanceándose adelante y atrás, como alguien que hubiera recibido un violento golpe en la cabeza y estuviera noqueado.

—Puedes venir con nosotros ahora —le dijo él y entonces yo avancé, me interpuse entre ellos haciéndole frente y él volvió a retroceder.

—Ella no va a irse con vosotros ni ahora ni nunca —le dije y mi voz sonó muy baja, casi un susurro—. ¡Es mi mujer y ya la he tomado!

Era mentira, al menos la última parte. ¿Pero qué es una mentira para un hombre dispuesto a cometer asesinato por la misma causa? Ahora Or-tis se encontraba entre sus hombres y estos habían cerrado filas a su alrededor y supongo que aquel hecho le dio nuevos bríos, pues se dirigió a mí de manera amenazadora.

—No me importa quién sea —me gritó—. La quiero y la tendré. La reclamo ahora y la reclamaré cuando enviude. Cuando mueras seré su primera elección, y los traidores no viven mucho.

—Aún no estoy muerto —le recordé.

Se giró hacia Juana:

—Dispones de treinta días, tal y como estipula la ley; pero les ahorrarás muchos problemas a tus amigos si vienes ahora... no se les molestará y me ocuparé de que les bajen los impuestos.

Juana soltó un breve jadeo y nos miró, a continuación se irguió y se acercó a mí.

—¡No! —le dijo a Or-tis—. Jamás me iré contigo. Este es mi hombre... ya me ha tomado. Pregúntale a él si quiere renunciar a mí en tu favor. Jamás me tendrás... viva.

—No estés tan segura de eso —gruñó él—. Creo que ambos me estáis mintiendo, pues te he mantenido vigilada y sé que no vivís bajo el mismo techo. ¡Y tú! —me miró enfurecido—. Ándate con cuidado, pues los ojos de la ley encuentran traidores donde otros no los ven.

A continuación se giró y salió del patio a largas zancadas. Un minuto después desaparecieron entre una nube de polvo.

Nuestra felicidad y paz ya habían desaparecido (siempre sucedía así) y no teníamos esperanza alguna. No me atrevía a mirar a Juana después de lo que había afirmado; pero por otro lado ¿acaso no había dicho ella lo mismo? Estuvimos todos charlando sin convicción durante unos cuantos minutos y a continuación padre y madre se levantaron y un instante después Jim y Mollie entraron en su casa.

Me giré hacia Juana. Ella permanecía con los ojos clavados en el suelo y las mejillas preciosamente encendidas. Algo surgió de mi interior... una poderosa fuerza que jamás antes había conocido se apoderó de mí, y antes de que pudiera darme cuenta de qué me impulsaba a hacerlo ya había tomado a Juana entre mis brazos y estaba cubriendo su rostro y sus labios de besos.

Ella forcejeó por liberarse, pero yo no la dejé.

—¡Eres mía! —le grité—. Eres mi mujer. Lo he dicho... tú lo has dicho. Eres mi mujer. ¡Dios, cómo te quiero!

Entonces ella se relajó y me dejó besarla, y poco después me rodeó el cuello con los brazos y sus labios buscaron los míos en los escasos instantes en que mis labios se apartaban de su boca con una ternura en la que palpitaba la pasión. Aquella era una nueva Juana... una Juana nueva y maravillosa.

—¿Me quieres de verdad? —me preguntó finalmente—. ¡Te he oído decirlo!

—Te he querido desde el mismo momento en que te vi mirarme desde debajo del perro del Infierno —le respondí.

—Pues entonces lo has mantenido muy en secreto —bromeó—. Si me quieres tanto, ¿por qué no me lo has dicho antes? ¿Pensabas ocultármelo durante toda mi vida o es que tenías miedo? El hermano Or-tis no tuvo miedo de decir que me quería como su mujer. ¿Acaso mi hombre es menos valiente que él?

Sabía que simplemente me estaba tomando el pelo, así que le cerré la boca a besos y a continuación le dije:

—Si tú hubieras sido un perro del Infierno, o Soor, o incluso Or-tis —le dije—, te habría dicho directamente lo que pensaba de ti, pero como eres Juana y eres una nenita, las palabras no me salían. Soy un gran cobarde.

Paseamos hasta que fue hora de irse a casa para cenar y yo la tomé de la mano para conducirla hasta mi casa.

—Pero primero —le dije—, debes contarles a Mollie y a Jim lo que ha sucedido y que no regresarás a su casa. Durante un tiempo podremos vivir bajo el techo de mi padre,

pero tan pronto como reciba permiso por parte del Teivos para tomar la tierra vecina y trabajarla, construiré una casa.

Ella retrocedió mientras se sonrojaba.

—No puedo ir contigo todavía —me dijo.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté—. ¡Eres mía!

—No estamos casados —me susurró.

—Pero si nadie se casa —le recordé—. El matrimonio va contra la ley.

—Mi madre se casó —me contó—. Tú y yo podemos casarnos. Tenemos una iglesia y un predicador. ¿Por qué no podríamos casarnos? No está ordenado porque no hay nadie que pueda hacerlo; pero al ser la cabeza de la única iglesia que conoce, o que conocemos, resulta evidente que tan solo Dios puede ordenarlo y quién sabe si él no lo habrá hecho ya.

Intenté convencerla de que abandonara aquella idea; ahora que teníamos el cielo tan cerca yo no estaba dispuesto a esperar tres semanas para entrar en él. Pero ella no estaba dispuesta a ceder... se limitó a menear la cabeza y finalmente vi que ella estaba en lo cierto y cedí, tal y como habría hecho en cualquier otra circunstancia.

Al día siguiente busqué a Orrin Colby y abordé el tema con él. Se mostró entusiasmado ante la idea y lamentó no haber pensado en ello antes. Evidentemente, no lo había hecho debido a que el matrimonio había quedado tan obsoleto con el paso de los años que nadie había considerado necesaria la ceremonia ni, de hecho, lo era. Los hombres y las mujeres se mantenían por regla general más fieles los unos a los otros a lo largo de sus vidas que lo contrario... no había ceremonia o ritual que pudiera hacerlos más fieles. Pero si una mujer lo deseaba, lo conseguía. Y así convinimos que durante la siguiente reunión Juana y yo celebraríamos nuestro matrimonio.

Las tres semanas siguientes fueron las más largas de mi vida y, aun así, fueron unas semanas muy, muy felices, pues Juana y yo pasábamos mucho tiempo juntos, pues para que se hicieran realidad nuestras afirmaciones ante Or-tis ella debía venir a nuestra casa y vivir bajo nuestro techo. Ella dormía en la sala de estar y yo sobre una pila de pieles de cabra en la cocina. Si hubiera habido algún espía vigilándonos, y yo era consciente de que lo había, habría visto que dormíamos bajo el mismo techo.

Madre trabajaba arduamente en una nueva túnica y unos pantalones para mí, mientras que Mollie ayudaba a Juana con su nuevo vestido. La pobre muchacha había llegado a nosotros tan solo con lo puesto; así y todo, la mayoría de nosotros ni disponía más que de unas pocas mudas... las justas para mantenernos decentemente limpios.

Fui en busca de Pthav, que era uno de nuestros representantes ante el Teivos, y le pedí que me consiguiera la autorización para trabajar las tierras vacantes vecinas a las de mi padre. Toda la tierra pertenecía a la comunidad, pero cada hombre tenía derecho a trabajarla siempre y cuando hubiera parcelas disponibles, y había más que suficientes para todos.

Pthav se mostró muy desagradable; parecía haberse olvidado de que yo había salvado a su hija y me dijo que no sabía qué podría hacer por mí, que me había portado muy mal con el general Or-tis y que yo había caído en desgracia, aparte de ser sospechoso de otros cargos.

—¿Qué tiene que ver el general Or-tis con la distribución de las tierras del Teivos? —le pregunté—. ¿Va a negarme mis derechos el Teivos tan solo porque él quiere a mi mujer?

Ya no temía a ninguno de ellos y decía lo que pensaba con toda libertad... o casi.

Evidentemente, no me importaba lo más mínimo darle la oportunidad de llevarme a

juicio, cosa que con toda seguridad habría hecho si se me hubiera ocurrido decirle todo lo que me guardaba en el pecho, pero me mantuve firme en mis derechos y le exigí todo lo que sus podridas leyes me garantizaban.

La mujer de Pthav llegó cuando yo estaba hablando y me reconoció, pero no me dijo nada, sino que se limitó a mencionar que la niña había preguntado por mí. Pthav frunció el ceño al oír sus palabras y le ordenó que saliera de la habitación con las mismas maneras con las que un hombre le habría ordenado a una bestia que se moviera. Sin embargo, no me dijo nada mientras la mujer salía.

Finalmente le exigí a Pthav que me consiguiera la concesión a menos que fuera capaz de darme una razón válida para negarse a ello.

—La solicitaré —me dijo finalmente—, pero no te la van a conceder... tenlo por seguro.

Me di cuenta de que aquello era inútil, así que le di la espalda y salí de la sala preguntándome qué debía hacer. Evidentemente, podíamos seguir viviendo bajo el techo de padre, pero aquello no me parecía justo pues cada hombre debía levantar su propio hogar. Una vez que padre y madre murieran, nosotros podríamos regresar al antiguo hogar, tal y como padre había hecho tras fallecer mi abuelo, pero una pareja joven debía iniciar su vida marital en solitario y siguiendo sus propios pasos.

Mientras me alejaba de la casa, la mujer de Pthav me detuvo.

—Haré todo lo que esté en mi mano por ti —me susurró. Debió advertir que me apartaba de ella instintivamente como de un objeto sucio, pues se sonrojó y añadió a continuación—: ¡Por favor, no lo hagas! Ya he sufrido lo suficiente. He pagado el precio de mi traición, pero quiero que sepas, yanqui —y en ese momento acercó sus labios a mi oreja—, que, en el fondo de mi corazón, soy más yanqui que cuando hice lo que hice. Y jamás he dicho una sola palabra que pudiera causaros algún daño. ¡Diles eso, por favor, díselo! No quiero que me odien y, ¡por el Dios de nuestros padres...! Cuánto he sufrido... la degradación, la humillación... Ha sido mucho peor que lo que a vosotros se os ha hecho sufrir. Estas criaturas son más rastreras que las bestias del bosque. Podría matarlo si no fuera tan cobarde. Los he visto, y sé cómo son capaces de hacer sufrir a una persona antes de que muera.

No pude evitar sentir pena por ella, y así se lo dije. La pobre criatura se mostró muy agradecida y me aseguró que me ayudaría.

—Sé unas cuantas cosas sobre Pthav que él no querría que llegaran a oídos de Or-tis —me contó—, y aunque me propine una paliza por ello, le obligaré a que te consiga tus tierras.

Una vez más volví a agradecersele y me marché, dándome cuenta de que había otros que llevaban una existencia peor que la nuestra... que cuanto más cerca de los Kalkars vivía uno, más insoportable se tornaba la vida.

Finalmente llegó el día y nos encaminamos a la iglesia. Al igual que en la anterior ocasión guié a Juana, y aunque ella intentó disponer las cosas de otra manera, yo no le confié su seguridad a nadie. Llegamos al lugar sin problemas (dieciséis de nosotros) y, tras los servicios religiosos, Juana y yo nos situamos frente al altar y nos casaron... me imagino que a la manera de los antiguos.

Juana era la única de nosotros que conocía a ciencia cierta el desarrollo de la ceremonia, así que fue ella quien instruyó a Orrin Colby haciéndole memorizar tanta información que nos dijo que estuvo doliéndole la cabeza una semana entera. Por mi parte, todo lo que puedo recordar es que él me preguntó si la aceptaba como mi fiel esposa (me

quedé sin voz y solo fui capaz de graznar un débil «sí»), y que nos declaró marido y mujer, y entonces añadió algo acerca de que lo que había unido Dios que no lo separara el hombre. Me sentí muy casado y muy feliz, y entonces, cuando la alegría reinaba en el lugar y todo el mundo nos aplaudía, escuchamos una violenta llamada en la puerta y la orden: «¡Abra, en nombre de la ley!».

Nos miramos unos a otros y jadeamos. Orrin Colby se llevó un dedo a los labios para pedirnos silencio y abrió la marcha hacia el fondo de la iglesia, donde habían excavado un rudimentario nicho con varias baldas que contenían unas toscas velas. Todos sabíamos lo que teníamos que hacer, así que lo seguimos en silencio, a excepción de uno de los parroquianos, que se quedó atrás para apagar las luces. La llamada se volvió cada vez más insistente y pudimos oír los golpes que debían estar propinando en los paneles con un hacha. Finalmente, alguien disparó contra la pesada puerta y supimos que se trataba de la Guardia Kash.

Orrin agarró la balda inferior y tiró de ella hacia arriba con todas sus fuerzas, de manera que toda la estructura de madera se alzó revelando una abertura. Pasamos a través de ella, uno a uno, y descendimos un tramo de escaleras que conducía hasta un oscuro túnel. Una vez que hubo pasado el último, yo me ocupé de volver a colocar las estanterías en su posición original.

A continuación me di la vuelta y seguí a los demás agarrando a Juana de la mano.

Anduvimos a tientas, sumidos en la oscuridad del túnel, durante un breve trecho hasta que Orrin se detuvo y me susurró que fuera a su lado. Así lo hice y me arrodillé junto a él mientras me explicaba lo que quería que hiciera. Me había llamado porque yo era el hombre más alto y más fuerte. Sobre nuestras cabezas se abría una trampilla de madera. Tenía que alzarla.

Nadie la había movido durante generaciones, y pesaba muchísimo a causa de la tierra acumulada y las plantas que habían crecido sobre ella; a pesar de todo ello, apreté los hombros contra la plancha y esta tendría que haber cedido, o la trampilla o la tierra sobre ella, pero nada de eso sucedió. Finalmente conseguí vencer su resistencia y pocos minutos después me dediqué a ayudar a la gente a salir al centro de un denso bosque. De nuevo, todos supimos qué debíamos hacer, pues nos habíamos preparado constantemente para una emergencia como aquella y, uno tras otro, todos nos dispersamos en diferentes direcciones.

Ajustando nuestros movimientos a un plan preconcebido, llegamos a nuestros hogares desde direcciones diferentes y en momentos diferentes, algunos incluso al anochecer, con el fin de que, en caso de que estuviéramos siendo vigilados, nadie tuviera la seguridad de que habíamos estado en el mismo lugar o llevando a cabo la misma actividad.

VIII

El arresto de Julian VIII

Madre ya había preparado la cena para cuando Juana y yo llegamos. Padre nos informó que no habían visto a la Guardia Kash, al igual que nosotros, pero pudimos hacernos una idea de lo que había sucedido en la iglesia. La puerta había cedido finalmente ante sus golpes. Podíamos imaginarnos su ira cuando descubrieron que su presa había escapado sin dejar rastro alguno.

Incluso si habían sido capaces de localizar el túnel secreto, y dudábamos que lo hubieran hecho, el descubrimiento no les valdría de nada. Nos sentíamos muy tristes, pues habíamos perdido nuestra iglesia. Jamás podría volver a ser utilizada en esta generación. Debíamos anotar otro tanto en el marcador de Johansen.

A la mañana siguiente, mientras me dedicaba a vender la leche a los vecinos del mercado, el viejo Samuels salió de su pequeña barraca y me saludó.

—¡Me apetece un poco de leche esta mañana, Julian! —gritó, y cuando le llevé la lechera, me pidió que entrara.

Su hogar era muy pequeño y amueblado con gran sencillez, tal y como sucedía con todos aquellos que le daban poca importancia al mobiliario de cualquier tipo, llegando incluso a darse el caso de haber gente que tan solo tenía un montón de pieles en un rincón a modo de lecho y, a lo sumo, un par de banquetas que hacían las veces de mesa y silla. Sus tintorerías las llevaba a cabo en un patio trasero, donde también se alzaba un pequeño cobertizo que él denominaba «tienda» y donde exponía varios artículos confeccionados con pieles teñidas: cinturones, cintas para la frente, bolsos, etc.

Me condujo a través de su casa hasta el cobertizo, y una vez que estuvimos en su interior se asomó a la ventana para asegurarse que no había nadie por los alrededores.

—Tengo algo aquí —me dijo— que pensaba regalarle ayer a Juana como regalo de bodas; pero soy un anciano olvidadizo y me lo olvidé. De todas maneras, puedes llevárselo con los mejores deseos del viejo Samuels el judío. Lleva en mi familia desde la Gran Guerra, en la que mi gente luchó al lado de la tuya. Uno de mis antepasados fue herido en un campo de batalla en Francia y quedó al cuidado de una enfermera que era católica romana que le regaló esto para que lo llevara siempre consigo y no se olvidara de ella. La historia se resume en que ella lo amaba; pero como era monja, no podía casarse con él. Este objeto ha ido pasando en mi familia de padre a hijo... es mi posesión más preciada, Julian, pero soy un anciano y mi último deseo es que pase a aquellos que más quiero, pues dudo que vaya a vivir mucho más. Ayer volvieron a seguirme desde la iglesia.

Se dirigió a un armarito fijado a la pared, retiró el fondo falso y sacó del hueco una pequeña bolsa de cuero que me ofreció.

—Mira en el interior —me dijo— y luego guárdatela dentro de tu camisa para que nadie sepa que lo tienes.

Abrí la bolsita y extraje de su interior una diminuta imagen tallada en lo que me pareció un hueso muy duro; era la figura de un hombre clavado en una cruz... un hombre con una corona de espinas. Era una pieza de artesanía preciosa, jamás en mi vida había visto nada parecido.

—Es maravillosa —le dije—. Juana se sentirá más que agradecida.

—¿Sabes qué representa? —me preguntó; tuve que admitir que lo ignoraba.

—Es la figura del Hijo de Dios en la cruz —me explicó—, y está tallada en el colmillo de un elefante. Juana sin duda... —Pero no continuó—. ¡Aprisa! —susurró—. ¡Ocúltalo! ¡Alguien se acerca!

Deslicé la figurita en el interior de mi camisa justo en el momento en que varios individuos cruzaban de la casa de Samuels a la tienda. Se encaminaron directamente a la puerta y entonces vimos que se trataba de la Guardia Kash. Los mandaba un capitán. Se trataba de uno de los oficiales que habían acompañado a Or-tis y yo no lo conocía.

Primero dirigió su mirada hacia mí y a continuación hacia Samuels, y finalmente le habló a este.

—Por la descripción que me han facilitado —le dijo—, tú eres el hombre que busco. ¿Eres Samuels el judío?

Moisés asintió.

—Se me ha enviado a interrogarte —le informó el oficial—, y si sabes lo que te conviene no me responderás otra cosa más que la verdad, y sin reservas.

Moisés no respondió... se limitó a quedarse allí, un hombrecillo anciano y seco que parecía haberse encogido aún más desde la entrada del oficial. Entonces este se giró hacia mí y me miró de arriba abajo.

—¿Quién eres tú y qué haces aquí? —me preguntó.

—Soy Julian IX —repliqué—. Estaba vendiendo mi leche cuando me detuve aquí para hablar con mi amigo.

—Deberías ser más cuidadoso con tus amigos, jovencito —me espetó—. Tenía la intención de dejarte marchar, pero ahora que me has dicho que eres amigo suyo, te quedarás aquí. Puede que nos sirvas de ayuda.

Ignoraba qué quería, pero de lo que sí estaba seguro era de que conseguiría muy poca cooperación por parte de Julian IX. Se dirigió a Moisés.

—¡No me mientas! Ayer acudiste a una reunión prohibida para adorar a algún tipo de dios y conspirar contra el Teivos. Hace cuatro semanas te dirigiste al mismo lugar. ¿Quién más estaba presente ayer?

Samuels miró al capitán directamente a los ojos y continuó encerrado en su silencio.

—¡Respóndeme, sucio judío! —le gritó el capitán—. O encontraré una forma de obligarte. ¿Quién estaba contigo?

—No voy a responder —le dijo Samuels.

El capitán se dio la vuelta y le habló a un sargento que se encontraba tras él.

—Dele la primera razón por la que debería responderme —le ordenó.

El sargento, que llevaba la bayoneta calada, bajó su arma hasta que la hoja se posó en el muslo del anciano y con un puntazo hincó la bayoneta en la carne. El viejo gritó de dolor y retrocedió bamboleante hasta el pequeño banco. Yo salté hacia adelante pálido de ira, agarré al sargento por el cuello de su camisa y lo lancé al otro lado de la tienda. Todo sucedió en menos de un segundo y un instante después me encontré enfrentándome a tantos fusiles cargados como era capaz de contener la pequeña puerta. El capitán había desenfundado su pistola y me estaba encañonando a la cabeza.

Me maniataron y me arrojaron a un rincón de la tienda, y he de añadir que no fueron muy delicados al hacerlo. El capitán estaba furioso y me habría disparado allí mismo si el sargento no le hubiera susurrado algo. En vista de aquello, le ordenó al suboficial que nos registraran en busca de armas, y cuando así lo hicieron descubrieron la diminuta figura que llevaba oculta. Ante su visión, los labios del oficial se curvaron en una sonrisa de triunfo.

—¡Vaya! —exclamó—. He aquí una buena evidencia. ¡Ahora ya conocemos al

menos a uno que adora a los dioses prohibidos y conspira contra las leyes de su país!

—No es suyo —le dijo Samuels—. Es mío. Ni tan siquiera sabe qué es. Se lo estaba mostrando cuando escuchamos que os acercabais, así que le pedí que lo ocultara en el interior de su camisa. No le estaba enseñando más que una curiosa reliquia.

—Así que, después de todo, tú eres el adorador —le dijo el capitán.

El viejo Samuels le dedicó una sonrisa torcida.

—¿Quién ha oído nunca que un judío adore a Cristo? —le preguntó.

El oficial lo miró con dureza.

—Muy cierto —admitió—, tú no adorarías a Cristo; pero has estado rindiéndole culto a algo, y para mí todo es lo mismo... todas las religiones son iguales. Y esto va por todas ellas —y arrojó la imagen al suelo de tierra y la aplastó, haciéndola pedazos, con el tacón de su bota.

El viejo Samuels empalideció ante aquel acto y sus ojos se desencajaron, pero se mantuvo en silencio. Seguidamente se aplicaron sobre él, preguntándole los nombres de aquellos que habían estado con él el día anterior, y por cada pregunta que le hacían lo agredían con la bayoneta hasta que de aquel pobre y anciano cuerpo comenzó a manar la sangre desde una docena de crueles heridas. No obstante, no les dio un solo nombre y, ante aquello, el oficial ordenó que encendieran un fuego y calentaran al rojo una bayoneta.

—En ocasiones, el metal caliente es mejor que el frío —dijo—. Será mejor que me cuentes la verdad.

—No te diré nada en absoluto —gimió Samuels con una voz muy débil—. Puedes matarme, pero no me sacarás nada.

—Eso se debe a que nunca antes habías sentido el contacto del acero al rojo vivo —se burló el capitán—. Ha conseguido extraer los secretos de corazones más endurecidos que el que ocupa el mugriento cuerpo de un viejo y sucio judío. Vamos, ahórrate la agonía y cuéntame quiénes estaban allí, pues al final acabarás contándomelo.

Pero el anciano no le contó nada y finalmente llevaron a cabo su odiosa amenaza: tras atarlo al banco lo quemaron con su acero al rojo vivo.

Sus gritos y lamentos resultaban lastimosos... tanto que habrían ablandado a las piedras; pero los corazones de aquellas bestias eran aún más duros.

¡Sufrió! ¡Dios de nuestros Padres! Cómo sufrió; pero fueron incapaces de forzarle a declarar.

Finalmente perdió la consciencia y entonces aquella bestia con uniforme de capitán, lleno de ira a causa de su fracaso, atravesó la habitación y le propinó a aquel pobre anciano inconsciente un violento golpe en el rostro.

A continuación llegó mi turno. Se acercó a mí.

—¡Dime todo lo que sabes, cerdo yanqui! —me gritó.

—Estoy dispuesto a morir igual que lo ha hecho él —le dije, pues tenía el convencimiento de que Samuels había fallecido.

—Hablarás —aulló casi enloquecido por la ira—. Hablarás o te quemaremos los ojos en sus cuencas.

Llamó al desalmado que manejaba la bayoneta, que estaba ahora tan caliente que brillaba con un resplandor blanco.

Cuando aquel individuo se aproximó, el horror por las cosas que podría hacerme atormentó mi cerebro con una angustia tan dolorosa como el sufrimiento que podría infligirle aquel acero al rojo a mi carne. Yo me había esforzado por liberarme de mis ataduras para intentar socorrer a Samuels mientras ellos se dedicaban a torturarlo, pero

había fracasado. Y sin embargo, en aquel momento, y sin advertir el esfuerzo que estaba realizando, me levanté y las cuerdas se rompieron con un chasquido. Vi cómo retrocedían asombrados mientras yo me disponía a hacerles frente.

—Marchaos —les dije—. Marchaos antes de que os mate a todos. Incluso el Teivos, tan podrido como está, no tolerará esta usurpación de su poder. No estáis autorizados para torturar. Habéis llegado demasiado lejos.

El sargento susurró algo al oído de su superior, quien finalmente pareció aceptar renuente alguna proposición del otro, pues finalmente se dio la vuelta y salió de la pequeña tienda.

—No disponemos de pruebas contra ti —me dijo el sargento—. No tenemos ninguna intención de hacerte daño. Todo lo que buscábamos era asustarte para que nos contaras la verdad —y señaló con un pulgar hacia el viejo Samuels—. Tenemos pruebas contra él, y todo lo que hemos hecho ha sido obedecer órdenes. Mantén la lengua quieta o será peor para ti, y dale las gracias a las estrellas bajo las que naciste por no haber salido tan mal parado como él.

A continuación, él también salió y se llevó a los soldados. Los vi pasar a través de la puerta trasera de la casa de Samuels y, un momento más tarde, escuché el sonido de las pezuñas de sus caballos batiendo la tierra del mercado. Apenas podía creer que había salido bien librado.

Entonces ignoraba el motivo de aquello, pero no tardaría en saberlo y no resultó ser un milagro precisamente.

Me dirigí hacia el viejo Samuels. Aún respiraba, pero afortunadamente seguía inconsciente.

Aquel anciano cuerpo debilitado estaba horriblemente quemado y mutilado, y uno de sus ojos...

¿Pero de qué sirve entrar en descripciones morbosas? Lo transporté hasta su barraca y lo deposité sobre su camastro, a continuación busqué un poco de harina y con ella cubrí sus heridas... y eso fue todo lo que mis conocimientos me permitieron hacer por él. No disponíamos de médicos, tal y como tenían los antiguos, pues ya no existían lugares de aprendizaje en los que pudieran formarse. Los había que afirmaban que eran capaces de curar. Suministraban hierbas y extrañas cocciones, pero como sus pacientes por lo general morían de inmediato, no confiábamos mucho en ellos.

Una vez que cubrí sus heridas con harina, aproximé uno de los bancos y me senté a su lado de manera que cuando recuperara la consciencia encontrara a un amigo cuidando de él. Falleció mientras me encontraba a su lado, mirándolo. Mis ojos se llenaron de lágrimas a pesar de que había hecho todo lo que había estado en mi mano, pues los amigos son escasos y yo había querido a aquel viejo judío, al igual que él había amado a todos aquellos que lo conocían. Había poseído un carácter amable, había sido leal con sus amigos y se había sentido inclinado a perdonar a sus enemigos, incluso a los Kalkars. Que había sido un hombre valiente lo demostraba su propia muerte.

Subí otro tanto al marcador de Peter Johansen.

Al día siguiente, padre, Jim y yo enterramos al viejo Samuels, las autoridades llegaron y requisaron sus pobres y escasas pertenencias y su barraca fue cedida a otro ocupante. Pero yo tenía en mi poder otra cosa, su más preciada posesión, que ellos no habían descubierto, pues antes de abandonarlo tras su fallecimiento, regresé a la tienda y reuní los fragmentos del hombre crucificado y los volví a meter en la bolsita de cuero en la que habían estado guardados.

Cuando se la di a Juana y le conté lo que había sucedido, se echó a llorar y besó los fragmentos, y con un poco de adhesivo que fabricábamos a partir de las pieles y los tendones conseguimos recomponer la talla de tal manera que nadie habría sido capaz de decir por dónde se había roto. Una vez que se hubo secado, Juana se colgó la bolsita del cuello oculta bajo sus vestiduras.

Una semana después de la muerte de Samuels, Pthav mandó a buscarme y, con gran renuencia, me comunicó que el Teivos me había concedido la autorización para que trabajara la tierra adyacente a la parcela de mi padre. Al igual que había sucedido en la ocasión anterior, su mujer me detuvo cuando me marchaba.

—Resultó más fácil de lo que me imaginaba —me dijo—, pues Or-tis ha irritado al Teivos por intentar usurpar todos sus poderes, y sabiendo que te odia se sintieron encantados de concederte tus derechos a pesar de sus objeciones.

Ya había oído rumores sobre las crecientes diferencias entre Or-tis y el Teivos y me había enterado de que gracias a este último me había librado de la Guardia Kash aquel día... el sargento había advertido a su superior que si me maltrataban sin razones suficientes y justificadas, el Teivos aprovecharía aquella circunstancia para disciplinar a la Guardia Kash y aún no estaban preparados para lo que sucedería más tarde.

Durante los dos o tres meses siguientes estuve muy ocupado levantando nuestro hogar y poniendo mis cosas en orden. Había decidido criar caballos y había conseguido el permiso del Teivos para hacerlo, una vez más a pesar de las objeciones de Or-tis. Lógicamente, el Gobierno controlaba todo el tráfico de caballos, pero existían unos pocos jinetes expertos a los que se les permitía criarlos, aunque sus manadas podían ser requisadas por las autoridades en cualquier momento. Era consciente de que aquel podría no ser un negocio muy rentable, pero amaba los caballos y quería poseer un puñado de sementales y dos o tres yeguas. A estas las utilizaría para labrar mis campos y para el arrastre de los objetos más pesados, y al mismo tiempo criaría unas cuantas cabras, cerdos y pollos para asegurarnos la manutención.

Padre me regaló la mitad de sus cabras y unos cuantos pollos, y a Jim le compré dos jóvenes cochinas y un verraco. Más adelante cambié en el Teivos unas cabras por dos viejas yeguas de las que creían que ya no servían para nada y aquel mismo día me comentaron que Hoffmeyer poseía un semental que era un jovencito indómito. El animal tenía cinco años y era tan violento que nadie se atrevía a acercarse a él y estaban a punto de sacrificarlo.

Fui a ver a Hoffmeyer y le pregunté si podía comprarle el animal; le ofrecí una cabra a cambio y se mostró encantado con el trato, así que tomé una recia cuerda y fui a recoger mi propiedad. Me encontré con un precioso bayo con el temperamento de un perro del Infierno.

Cuando intenté entrar en el corral, galopó hacia mí con las orejas echadas hacia atrás y los ollares dilatados, pero supe que o lo doblegaba en ese momento o no lo conseguiría nunca, así que le hice frente con la cuerda en la mano. No solo me limité a esperarlo, sino que corrí hacia él, y cuando lo tuve a mi alcance le crucé la cara con la cuerda ante lo cual el animal giró en redondo y me lanzó una coz con las dos patas traseras. A continuación, agarré el lazo que había formado en un extremo de la cuerda y lo deslicé por su cuello, y durante la media hora siguiente estuvimos peleando.

En ningún momento lo golpeé a no ser que intentara morderme o cocearme, y finalmente debí convencerlo de que yo era el amo, pues me permitió que me acercara lo suficiente a él como para que pudiera palmearle el lustroso cuello, aunque resopló

sonoramente durante todo el tiempo. Una vez que lo hube tranquilizado lo suficiente, me las apañé para meterle el freno en la boca y conseguí sacarlo del cercado sin dificultad. En el exterior, tomé mi cuerda enrollada con la mano izquierda y, antes de que la criatura supiera qué estaba sucediendo, salté a su grupa.

Debo decir a su favor que se debatió espectacularmente, pues se revolvió durante un cuarto de hora y puso en práctica todos los trucos conocidos por los caballos para desmontar al jinete.

Tan solo mi habilidad y mi fuerza me mantuvieron sobre su grupa y ante semejante lucha hasta los Kalkars que nos observaban se sintieron impulsados a aplaudirnos.

Tras aquello, todo resultó más fácil. Lo traté con delicadeza, algo que nunca antes le había sucedido, y como se trataba de un animal inusualmente inteligente, pronto aprendió que yo no solo era su amo, sino su amigo. De ser un joven indómito pasó a ser uno de los animales más amistosos y tratables que jamás he poseído, hasta tal punto que Juana solía cabalgarlo a pelo.

Amo los caballos y siempre he poseído alguno, pero creo que jamás amé a un animal tanto como a *Rayo Rojo*, que fue como lo bautizamos.

Las autoridades nos dejaron tranquilos durante un tiempo debido a que se dedicaban a disputar entre ellos. Jim nos contó que había un dicho muy antiguo sobre que los hombres honrados disfrutaban de la paz mientras los ladrones discuten que se ajustaba perfectamente al caso. Pero la paz no dura para siempre, y cuando desapareció el golpe que nos asestaron fue la peor calamidad que nunca antes habíamos sufrido.

Padre fue arrestado un anochecer acusado de contrabando nocturno y se lo llevó la Guardia Kash. Lo apresaron cuando regresaba a casa desde el corral de las cabras y ni tan siquiera le permitieron despedirse de madre. Juana y yo estábamos cenando en nuestra propia casa, que se encontraba a unas trescientas yardas de distancia, y no nos enteramos de nada hasta que madre llegó corriendo para contárnoslo. Nos dijo que todo había sucedido tan deprisa que habían apresado a padre y se habían marchado antes de que pudiera llegar corriendo desde su casa hasta el lugar en el que lo habían arrestado. Habían traído con ellos un caballo de reserva y habían montado a padre a la fuerza, y a continuación habían galopado hasta el lago. Nos resultó extraño que tanto Juana como yo no hubiéramos oído el galope de los cascos, pero así fue.

Fui de inmediato a ver a Pthav y le exigí saber por qué padre había sido arrestado, pero él proclamó su absoluta ignorancia sobre el asunto. Yo había galopado hasta su casa a lomos de *Rayo Rojo* y desde allí me dirigí a los cuarteles de la Guardia Kash, donde se encontraba la prisión militar. Iba contra la ley acercarse a los cuarteles sin permiso tras el ocaso, así que dejé a *Rayo Rojo* al amparo de las sombras de unas ruinas que se encontraban a un centenar de yardas y me aproximé a pie al puesto de guardia de aquella parte, donde sabía que se encontraba la prisión. El puesto consistía en una empalizada muy alta tras la que se habían construido unos toscos refugios. Guardias armados patrullaban sobre sus techos. El centro de aquel rectángulo era un espacio vacío en el que hacían ejercicio los prisioneros, cocinaban sus alimentos y hacían la colada... si es que les preocupaba aquello. No había más de cincuenta presos en aquel momento, pues aquello no era más que un centro de internamiento para tener controlados a aquellos en espera de juicio y a los condenados a las minas. Por regla general, a estos últimos los trasladaban cuando alcanzaban un número de entre veinticinco y cuarenta.

Los llevaban a pie vigilados por guardias a caballo hasta las minas más cercanas, a unas cincuenta millas al sudoeste de nuestro Teivos, conduciéndolos como si fueran ganado

por medio de pesados látigos confeccionados con piel de buey. Tal y como nos contaron algunos fugitivos, tal era la crueldad de la marcha que invariablemente uno de cada diez convictos moría durante ella.

Aunque algunas veces las condenas eran muy cortas, no más de cinco años en las minas, nadie regresaba de ellas aparte de un puñado de fugitivos que habían sido tratados brutalmente y apenas alimentados. Trabajaban doce horas al día.

Me las apañé para llegar hasta la sombra que proyectaba la empalizada sin que me descubrieran, pues la Guardia Kash estaba formada por soldados perezosos, ineficaces e insubordinados. Hacían lo que les venía en gana, aunque acepto que bajo el régimen de Jarth se llevaron a cabo varios esfuerzos tanto para aplicar la disciplina como para instituir una oligarquía militar. Desde la llegada de Or-tis habían intentado recuperar el antiguo saludo militar y el uso de los títulos de rango en lugar del habitual «hermano».

Una vez que hube llegado a la empalizada no supe cómo establecer contacto con mi padre, pues cualquier ruido que yo hiciera atraería indudablemente la atención de los guardias.

Finalmente, conseguí interesar a un prisionero a través de una grieta entre dos tablones. El hombre se acercó a la empalizada y le susurré que quería hablar con Julian VIII. Por suerte, había ido a dar con un tipo decente, y no pasó mucho tiempo hasta que regresó acompañado de padre y pudimos hablar entre susurros.

Me contó que lo habían arrestado bajo el cargo de contrabando nocturno y que lo juzgarían cuando llegara la mañana. Le dije que si deseaba escapar yo encontraría los medios si así me lo pedía, pero me dijo que era inocente de los cargos y que no había salido de la granja durante el anochecer desde hacía meses y que indudablemente se trataba de un caso de identidad equivocada y que lo liberarían por la mañana.

Yo tenía mis reservas, pero él no quería oír hablar de una fuga ya que aquello demostraría su culpabilidad y entonces tendrían motivos para detenerlo.

—¿A dónde podría ir si me fugara? —me preguntó—. Podría ocultarme en los bosques, ¡pero vaya vida! Jamás podría regresar junto a tu madre y estoy tan seguro de que serán incapaces de probar algo contra mí que estoy dispuesto a someterme al juicio antes de enfrentarme al futuro como un forajido.

Ahora tengo el convencimiento de que rechazó mi oferta de ayuda no porque esperara ser liberado, sino porque temía que la maldad pudiera caer sobre mí si me veía envuelto en su fuga.

En cualquier caso, no hice nada, pues él no me lo permitió y regresé a casa con el corazón en un puño y lúgubres presentimientos.

Los juicios del Teivos eran públicos, o al menos eso se suponía, aunque los hacían tan incómodos para los espectadores que muy pocos, si es que acudía alguno, tenían la temeridad de acudir. Pero bajo las nuevas normas de Jarth los procedimientos de los consejos de guerra eran secretos y padre iba a ser llevado ante tal tribunal.

IX

El azote al oficial

Pasamos varios días angustiosos; no escuchábamos nada, no sabíamos nada; hasta que, una noche, un único Guardia Kash llegó a caballo hasta la casa de padre. Juana y yo estábamos haciéndole compañía a madre. Aquel individuo desmontó y llamó a la puerta... una cortesía de lo más excepcional viniendo de uno de ellos. Entró a petición mía y permaneció allí inmóvil durante un instante mirando a madre. No era más que un chaval... un niño grande y demasiado crecido cuyos ojos no mostraban atisbo de crueldad y en cuyas facciones no se reflejaba la marca de la bestia. Evidentemente, en sus venas predominaba la sangre de su madre y saltaba a la vista que no era un Kalkar.

Unos segundos después rompió el silencio:

—¿Quién es la mujer de Julian VIII? —preguntó, aunque miró hacia madre como si ya lo supiera.

—Soy yo —le dijo madre.

El chaval movió los pies con nerviosismo y cogió aire... era como si estuviera a punto de echarse a llorar.

—Lo siento —dijo—; lamento tener que traerte una noticia tan triste.

En ese mismo instante supimos que había sucedido lo peor.

—¿Las minas? —le preguntó madre y él asintió con la cabeza.

—¡Diez años! —exclamó como alguien que anunciara una sentencia de muerte, pues de hecho de eso se trataba—. En ningún momento tuvo una oportunidad —opinó voluntariamente—. Fue algo terrible. ¡Son unas bestias!

No pude evitar mostrar mi más absoluta sorpresa al oír hablar en aquellos términos a un guardia Kash, y él debió advertir aquello en mi rostro.

—No todos somos bestias —se apresuró a aclarar.

Comencé a interrogarle sobre todo el asunto y me contó que le habían asignado la guardia a la puerta del tribunal, de manera que se había enterado de todo. Tan solo habían presentado a un testigo... un individuo que había informado acerca de las actividades de padre, y padre no había tenido una sola oportunidad de defenderse.

Le pregunté sobre el nombre del informador.

—No estoy seguro de quién era ese tipo —me respondió—, era un hombre alto, cargado de hombros. Creo que lo llamaron Peter.

Yo ya lo sabía antes de preguntárselo. Miré a madre y vi que tenía los ojos secos y la línea de su boca se había endurecido hasta adquirir una expresión que yo jamás había soñado que pudiese llegar a asumir.

—¿Eso es todo? —le preguntó.

—No —replicó el joven—, no es todo. Se me ha ordenado que te notifique que dispones de treinta días para tomar a otro hombre o abandonar estas propiedades.

Entonces dio un paso hacia madre.

—Lo siento, señora —le dijo—. Es una crueldad. ¿Pero qué podemos hacer? Cada día es peor. Ahora incluso purgan a la Guardia Kash, así que muchos de nosotros... —de repente se detuvo como si hubiera advertido que estaba a punto de cometer traición frente a unos extraños y, girando sobre sus talones, salió de la casa y un instante más tarde se alejaba al galope.

Me esperaba que madre se derrumbara de un momento a otro, pero no sucedió así.

Era una mujer muy valiente; pero en sus ojos asomaba ahora una expresión nueva y terrible... aquellos ojos que siempre habían estado iluminados con amor. Ahora mostraban amargura y odio. No lloró (le ruego a Dios que lo hubiera hecho); en su lugar, hizo algo que jamás me imaginé que fuera capaz de hacer: se echó a reír. Se echó a reír sin motivo alguno, o al menos sin motivo conocido. Nos sentimos preocupados por ella.

Todo lo contado por el Guardia Kash desencadenó en mi mente una serie de ideas que les conté a madre y a Juana, y tras aquello madre se mostró más serena durante un rato, como si yo hubiese infundado alguna esperanza, aún débil, donde antes no la había. Apunté que si la Guardia Kash se sentía descontenta, el momento de la revolución estaba cercano, pues si conseguíamos que tan solo una fracción de ellos se uniera a nosotros, seríamos con seguridad los suficientes como para superar a los leales. A continuación liberaríamos a los prisioneros y estableceríamos una república propia tal y como habían hecho nuestros antepasados.

¡Por el Dios de nuestros padres! ¿Cuántas veces... cuántos miles de veces había escuchado discutir y volver a discutir aquellos planes? Daríamos caza a todos los Kalkars del planeta, y volveríamos a vender la tierra para que los hombres se enorgullecieran de su propiedad y se sintieran animados a trabajarla duramente y a enriquecerla para sus hijos, pues bien sabíamos por nuestra larga experiencia que ningún hombre se preocupaba por una tierra que regresaría al Gobierno en el momento de su muerte, o que el Gobierno le podría arrebatar en cualquier momento. Animaríamos a los artesanos; levantaríamos escuelas e iglesias; tendríamos música y danza; de nuevo viviríamos tal y como habían vivido nuestros padres.

No pretendíamos una forma perfecta de Gobierno, pues éramos conscientes de que la perfección se encuentra más allá del alcance de los mortales... nos limitaríamos a los felices días de nuestros antepasados.

El desarrollo de mi plan se tomó su tiempo. Hablé con todo aquel en el que confiaba y me encontré con que todos estaban dispuestos a unirse a mí cuando fuéramos los suficientes.

Mientras tanto, me ocupaba de mis tierras y de las de padre... estaba muy ocupado y el tiempo transcurría velozmente.

Un día, aproximadamente un mes más tarde de que prendieran a padre, regresé a casa en compañía de Juana, que había ido conmigo en busca de una cabra extraviada. Habíamos encontrado un cadáver, o más bien un montón de huesos, abandonado por la Jauría del Infierno.

Madre no estaba en nuestra casa, donde pasaba ahora la mayor parte de su tiempo, así que me encaminé a la casa de padre para verla. A medida que me aproximaba a la puerta comencé a oír unos ruidos de pelea y de voces sofocadas que provocaron que las últimas yardas las cruzara a la carrera.

Sin detenerme a llamar, incumpliendo las enseñanzas de madre, irrumpí en la sala de estar para encontrar a madre en las garras de Peter Johansen. Ella intentaba librarse de sus brazos, pero él era un hombre grande y fuerte. Me oyó justo cuando me lanzaba contra él y, girándose, intentó enfrentarse a mí. Trató de asirme con una mano mientras desfundaba su cuchillo con la otra, pero le propiné un puñetazo en la cara y lo envié al otro extremo de la sala tambaleándose. Se recuperó en un instante, sangrando por la nariz y la boca, y regresó empuñando su arma y soltando furiosas cuchilladas. Volví a golpearle, y cuando se levantó y volvió a avanzar, le agarré la mano del cuchillo y lo arrojé a un lado. No tenía la más mínima oportunidad contra mí, y pronto fue consciente de ello, pues

comenzó a retroceder y a pedir clemencia.

—Mátalo, Julian —me dijo madre—. Mata al asesino de tu padre.

No hizo falta que sus palabras influyeran en mi decisión, pues en el mismo instante en que sorprendí a Peter allí supe que la larga espera para acabar con él había tocado a su fin. Entonces comenzó a llorar... mientras unas enormes lágrimas corrían por sus mejillas, saltó hacia la puerta e intentó escapar. Fue un auténtico placer para mí jugar con él como un gato juega con un ratón.

Lo aparté de la puerta agarrándolo y lanzándolo al otro extremo de la sala. A continuación le permití llegar hasta la ventana, a través de la cual intentó salir arrastrándose. Le permití que se hiciera ilusiones sobre que podía escapar y entonces volví a agarrarlo y lo arrastré por el suelo, a continuación lo puse en pie y le obligué a luchar.

Le golpeé levemente en el rostro varias veces, a continuación lo derribé de espaldas sobre la mesa y, arrodillándome sobre su pecho, le hablé suavemente:

—Has conseguido que asesinaran a mi amigo, el viejo Samuels, y a mi padre, y ahora vienes a agredir a mi madre. ¿Qué te esperabas, puerco, aparte de esto? ¿No tienes cerebro? ¡Deberías haber sabido que te mataría... habla!

—Dijeron que iban a apresarte hoy —farfulló—. Me han mentido. No han cumplido con la promesa que me hicieron. Me aseguraron que en este momento te encontrarías en el cercado cuartel. ¡Malditos sean! ¡Me han mentido!

¡Vaya! ¿Así que se trataba de eso? La afortunada circunstancia de la cabra extraviada me había permitido vengar a mi padre y salvar a mi madre; no obstante, no tardarían en llegar. Debía apresurarme o llegarían antes de que finalizara. Así que tomé su cabeza entre mis manos y le doblé el cuello sobre el borde de la mesa hasta que escuché cómo sus vértebras se partían, y aquel fue el fin del más rastrero traidor que jamás haya vivido... uno que ofrecía su amistad abiertamente mientras conspiraba entre las sombras por llevarnos a la ruina. Cargué con su cuerpo a plena luz del día hasta el río y lo arrojé a sus aguas. No me importaba en absoluto que se enteraran. Venían a por mí y lo harían tuvieran un pretexto o no. Pero decidí que les haría pagar un precio, así que me guardé el cuchillo enfundado bajo la camisa. Pero no vinieron... le habían mentido a Peter tal y como le mentían a cualquiera.

El día siguiente era jornada de mercado, así que me dirigí a la plaza con las cabras y los productos necesarios para hacer mis ventas y pagar mis impuestos. Cuando Soor llegó al mercado para cobrar sus impuestos, o más bien para cargarnos con sus gravámenes, pues nos veíamos obligados a llevarle a su oficina nuestras mercancías, entendí por las palabras de aquellos junto a los que pasaba que estaba sembrando la indignación entre la gente de la comuna.

Me pregunté a qué se debería todo aquello y no tuve que esperar mucho para descubrirlo, pues poco después llegó a mi puesto. Soor no sabía leer ni escribir, pero poseía un impreso suministrado por el Gobierno en el que se mostraban una serie de números que sus agentes debían aprender a leer y que hacían referencia a los diferentes tipos de productos, ganado y manufacturas. A lo largo del mes, hacía marcas en unas columnas que se desplegaban bajo los números que indicaban las cantidades de cada mercancía que yo había vendido... todo aquello era torpe e inexacto, evidentemente, pero como siempre inflaban nuestras cifras y luego se veían obligados a ajustar los posibles errores resultantes a nuestro favor, el Gobierno se mostraba satisfecho, aunque a nosotros nos sucediera lo contrario.

Como yo sabía tanto leer y escribir como hacer cálculos, siempre sabía exactamente

qué se me debía a causa del sobrepago de mis impuestos, y siempre acababa discutiendo con Soor, discusión de la que siempre surgía victorioso el Gobierno.

Aquel mes debía hacerle entrega de una cabra, pero él me exigió tres.

—¿A qué se debe eso? —le pregunté.

—Según el antiguo sistema de impuestos, me debías el equivalente a una cabra y media; pero como las tasas se han duplicado bajo la nueva ley, me debes tres. —Entonces comprendí el motivo del enfado que había observado en otras partes del mercado.

—¿Y cómo esperáis que vivamos si nos lo quitáis todo? —le pregunté.

—Al Gobierno no le importa si vivís o morís —replicó—, mientras sigáis pagando los impuestos.

—Te pagaré las tres cabras —le dije— porque me veo obligado a ello; pero el próximo día de mercado te traeré como regalo el queso más duro que pueda encontrar.

No dijo palabra, pues yo le aterrorizaba a menos que se encontrara rodeado por guardias Kash, pero me echó una desagradable mirada. Una vez que se hubo encaminado hacia su siguiente víctima, yo me dirigí hacia un grupo de hombres que estaban comentando abiertamente el nuevo impuesto. Eran unos quince o veinte, la mayoría de ellos yanquis, y estaban muy irritados; pude advertirlo incluso antes de aproximarme lo suficiente como para oír lo que decían.

Cuando me uní a ellos uno me preguntó qué opinaba sobre aquella nueva atrocidad.

—¡Que qué opino! —exclamé—. Opino lo que siempre he opinado... que mientras nos sigamos sometiendo sin una sola queja, ellos continuarán aumentando nuestras cargas, que ya son más de las que podemos soportar.

—Se han llevado hasta mis semillas de judías —comentó uno de ellos que se dedicaba casi en exclusiva al cultivo de legumbres—. Como todos sabéis, las cosechas del año pasado fueron muy escasas y las judías se han encarecido, de manera que han aumentado mis impuestos y me han obligado a pagar las tasas de las judías a un precio mayor que el año pasado. Llevan haciendo eso todo el año, pero guardaba la esperanza de ahorrar lo suficiente como para poder volver a sembrar, pero con este nuevo aumento no voy a poder hacerlo el año que viene.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó otro con desesperanza—. ¿Qué podemos hacer?

—Podemos negarnos a pagar los impuestos —le respondí.

Me miraron igual que habrían mirado a alguien que hubiera dicho: «Si no os gusta, podéis suicidaros».

—La Guardia Kash se ocuparía de la recaudación y sería mucho peor, pues nos matarían y nos arrebatarían las mujeres y todas nuestras posesiones —afirmó uno.

—Los superamos en número —le dije.

—Pero no podemos enfrentarnos a sus rifles con las manos desnudas.

—Eso ya se ha hecho —insistí—, y es mejor morir como hombres, frente a la balas, que de hambre como simples gusanos. Somos cientos, sí, cientos por cada uno de ellos, y tenemos nuestros cuchillos, y tenemos horcas y hachas y todos los garrotes que seamos capaces de fabricar. ¡Por el Dios de nuestros Padres! ¡Preferiría morir así, cubierto por la sangre de esos puercos, que vivir como nos obligan a vivir!

Vi que algunos de ellos miraban a los de su alrededor para ver si alguien podía oírme, pues a causa de mi excitación había alzado la voz; no obstante, unos pocos me miraron atentamente y asintieron aprobadoramente.

—¡Si podemos reunir a la suficiente gente, hagámoslo! —gritó uno.

—Tan solo tenemos que dar el primer paso —les dije—, y los demás se reunirán a nuestro alrededor.

—¿Pero cómo empezamos? —me preguntó otro.

—Yo empezaré por Soor —le respondí—. Deberíamos matarlo, y a Pthav y a Hoffmeyer los primeros, y a continuación deberíamos registrar las casas de los Kalkars donde podríamos encontrar rifles, y matarlos uno tras otro. Para cuando le lleguen las noticias a la Guardia Kash y envíen tropas, deberíamos tener muchos seguidores. Si podemos vencerlos y ocupar sus cuarteles, seremos demasiado fuertes incluso para una tropa más numerosa, y necesitarán un mes para traer más tropas desde el este. Muchos miembros de la Guardia Kash se unirán a nosotros; están descontentos, me lo contó un de ellos. Será fácil si somos valientes.

Comenzaron a tomarse en serio mis palabras e incluso uno de ellos gritó «¡Abajo los Kalkars!», pero me apresuré a calmarlos, pues nuestro éxito dependía de lo inesperado de nuestro ataque.

—¿Cuándo lo haremos? —me preguntaron.

—Ahora —les respondí—; si los tomamos por sorpresa, tendremos éxito en la primera fase y eso impulsará a los demás a unirse a nosotros. Tan solo gracias a nuestro número, a nuestro número superior, triunfaremos.

—¡Muy bien! —gritaron—. ¡Vamos! ¿Por dónde empezamos?

—Soor —les dije—. Se encuentra en el otro extremo del mercado. Primero lo mataremos a él y clavaremos su cabeza en una pértiga. La llevaremos con nosotros y a medida que vayamos matándolos iremos clavando sus cabezas en más pértigas. Así inspiraremos a los otros a seguirnos y llenaremos de terror los corazones de nuestros enemigos.

—¡Condúcenos, Julian IX! —gritaron—. ¡Nosotros te seguiremos!

Me giré y me encaminé hacia Soor, y ya habíamos cubierto la mitad de la distancia cuando una compañía de la Guardia Kash penetró a caballo en el mercado justo por el lugar en el que se encontraba Soor trabajando.

Debería usted haber visto a mi ejército. Se disolvió como la niebla bajo el sol, dejándome solo en el centro del mercado.

El comandante de la Guardia Kash debió advertir aquella multitud y su súbita dispersión, pues se acercó a mí, que ya estaba solo. No pensaba darle la satisfacción de que creyera que le temía, así que me quedé allí esperándolo. Mis pensamientos no podían ser más amargos... no por mí, sino por el lamentable estado en que había dejado el sistema Kalkar al americanismo.

Aquellos hombres que habían desertado de mi lado habrían supuesto en días más felices la flor y nata de la hombría americana; pero generaciones de opresión y servilismo habían convertido su sangre en agua. Aquel día habían agachado las orejas y habían huido ante un puñado de hombres armados, un puñado de soldados escasamente disciplinados. El terror de aquella falacia lunar se había asentado en sus corazones y los había podrido.

El oficial tiró de las riendas frente a mí y entonces reconocí a la bestia que había torturado y asesinado al viejo Samuels.

—¿Qué haces aquí? —vociferó.

—Ocuparme de mis propios asuntos, tal y como deberías hacer tú —repliqué.

—Vosotros, cerdos, os estáis volviendo insoportables —me gritó—. Vete a tu corral, que es a donde perteneces. No pienso tolerar ni multitudes ni insolencias.

Me limité a quedarme allí mirándolo, pero mi corazón estaba rebosante de impulso

asesino.

Él sacó del pomo de su silla el látigo de piel de toro.

—Voy a tener que arrearte, ¿verdad? —Estaba lívido de ira y su voz no era más que un aullido.

A continuación me lanzó un violentísimo latigazo hacia la cara. Esquivé el látigo y lo así, arrebatádoselo de su débil agarre. A continuación aferré las bridas del caballo y, aunque el animal luchó y se encabritó, azoté al jinete una docena de veces con todas mis fuerzas antes de que cayera desde la silla hasta la pisoteada tierra del mercado.

Un instante después, sus hombres estaban sobre mí y perdí el sentido a causa de un culatazo en la cabeza. Me maniataron mientras me encontraba inconsciente y me arrojaron sobre la silla de un caballo. Estuve medio inconsciente durante la terrible cabalgada que nos llevó hasta la prisión militar en los cuarteles, y durante todo el camino aquel capitán maniaco cabalgó a mi lado azotándome con su látigo.

X Revolución

A continuación me arrojaron al cercado en el que retenían a los prisioneros y, una vez que se hubieron marchado, me vi rodeado por el resto de los encarcelados. Cuando se enteraron de mis actos, menearon la cabeza y suspiraron. Todo habría acabado para mí cuando llegara la mañana, me dijeron, pues para una ofensa como la mía no había otra cosa más que el Matarife.

Estaba allí, tirado en el endurecido suelo, magullado y cubierto de llagas, sin preocuparme por mi futuro sino por lo que les sucedería a Juana y a madre si a mí también me apartaban de ellas. Aquel pensamiento me insufló nuevas fuerzas y me hizo olvidar mis dolores, pues mi mente estaba llena de planes, los planes más descabellados de fuga y venganza. La venganza era el sentimiento que reinaba en mi mente.

A intervalos oía moverse, sobre mi cabeza, al centinela que caminaba de un lado a otro sobre el techo. Yo era capaz de calcular el momento en el que pasaba sobre mi cabeza y la dirección en la que se movía. El centinela necesitaba cinco minutos para pasar sobre mi cabeza, llegar hasta los límites de su puesto de guardia y regresar. Esto sucedía cuando se movía hacia el oeste.

Cuando lo hacía hacia el este, no necesitaba más de dos minutos. Por tanto, cuando pasaba sobre mí en dirección oeste, me daba la espalda durante unos dos minutos y medio; pero cuando lo hacía hacia el este, tan solo necesitaba un minuto para que su rostro se volviera hacia donde yo descansaba.

Evidentemente, sería incapaz de verme mientras yo me mantuviera al abrigo del cobertizo; pero mi plan (aquel por el que me había decidido finalmente) no contemplaba el quedarme allí.

Había trazado varios planes muy sutiles para llevar a cabo mi fuga; pero finalmente los deseché todos y me incliné, en su lugar, por el más atrevido. Era consciente de que, en el mejor de los casos, las oportunidades de que mi plan llegara a buen puerto eran tan escasas que el más descabellado de todos me parecía tan válido como cualquier otro, y por añadidura tenía la ventaja de la rapidez. Sería libre o moriría unos instantes después de intentarlo.

Esperé, por tanto, hasta que el resto de los prisioneros se hubo dormido y el silencio en los cuarteles y en el patio de armas me aseguró que había pocos guardias por los alrededores. El centinela se aproximó, se alejó y volvió a aproximarse en su monótona ronda. Ahora se dirigía hacia mí desde el este y yo estaba preparado, en el exterior del cobertizo y bajo la parte más baja del alero, que podría alcanzar de un salto. Lo oí pasar y le di un minuto para que se alejara la distancia que yo consideraba necesaria para que no oyera los ruidos de mis movimientos. A continuación salté hacia el alero, me agarré con la punta de los dedos y me alcé rápidamente al techo.

Creí haberlo hecho con gran silencio, pero aquel individuo debía tener el oído de un perro de la Jauría del Infierno, pues apenas yo había puesto los pies sobre el techo del cobertizo para atravesarlo a la carrera cuando sonó una llamada de advertencia en dirección al centinela y casi simultáneamente un disparo de fusil.

Al instante se desató un pandemónium. Los centinelas corrían gritando desde todas las direcciones, las luces se encendían en las barracas, los rifles abrían fuego a ambos lados y desde mi espalda, mientras que a mis pies se elevaban los lúgubres gritos de los

prisioneros. Parecía como si un centenar de centinelas hubieran estado al tanto de mis planes y esperándome; pero yo ya estaba lanzado y aunque me hubiera arrepentido de ello, no tenía otra cosa que hacer más que seguir adelante fuera cual fuese el final que me deparara el destino.

Parecía un milagro que ninguna de aquellas balas me hubiese alcanzado; pero, obviamente, era noche cerrada y yo me movía rápidamente. Me han hecho falta varios segundos para relatar todo aquello, pero en la realidad necesité menos de uno para atravesar a toda velocidad el techo y saltar hacia el terreno abierto que se extendía más allá del cercado de la prisión. Vi luces en movimiento al oeste de mi posición, así que eché a correr hacia el este en dirección al lago y, poco después, el fuego cesó como si me hubiesen perdido de vista, aunque seguía oyendo los ruidos de la persecución. Sea como fuere, sentí que lo había conseguido y ya estaba felicitándome por la facilidad con la que había llevado a cabo algo en apariencia imposible cuando, de repente, surgió ante mí en lo más oscuro de la noche la silueta de un enorme soldado que me encañonaba con su fusil. No gritó ninguna advertencia ni me dio orden alguna, se limitó a dispararme a bocajarro. Pude escuchar cómo el percutor golpeaba el cartucho, pero no se produjo el disparo. Ignoro cuál fue el motivo, y jamás lo sabré. Todo lo que sé es que el rifle no disparó y que a continuación el soldado desenfundó su bayoneta mientras yo me lanzaba contra él.

¡Pobre estúpido! Pero en aquel momento él ignoraba que se estaba enfrentando a Julian IX.

Me lanzó una patética e inútil cuchillada, pero yo agarré el fusil, se lo arrebaté de las manos y, alzándolo sobre mi cabeza, lo dejé caer con toda mi fuerza sobre su cráneo. El soldado se derrumbó sobre sus piernas como un buey herido de muerte y a continuación cayó de cara contra el suelo. Jamás se dio cuenta de que había muerto.

Oí a mis espaldas que mis perseguidores cada vez se aproximaban más y que debían haberme visto, pues volvieron a abrir fuego y escuché el ruido de cascos de caballos a mi izquierda y derecha. Estaban rodeándome por tres lados y frente a mí se extendía el gran lago. Un momento más tarde me encontraba al borde del viejo rompeolas mientras a mis espaldas se alzaban los gritos de victoria de mis perseguidores. Me habían descubierto y sabían que estaba en su poder.

O al menos eso creían. No esperé a que se acercaran más, sino que levanté los brazos por encima de la cabeza y me lancé a las frías aguas del lago. Buceé rápidamente hacia la oscuridad y me dirigí hacia el norte.

Yo había pasado gran parte de los veranos de mi vida nadando en el río, de manera que me sentía tan a mis anchas en el líquido elemento como en tierra firme, aunque evidentemente esto lo ignoraba la Guardia Kash; y aunque hubieran sabido que Julian IX sabía nadar, ignoraban en aquel momento quién era el prisionero que había escapado, de manera que creo que pensaban lo que yo quería que pensarán: que había preferido ahogarme antes que dejarme capturar de nuevo.

Sin embargo, tenía el convencimiento de que buscarían por las orillas en ambas direcciones, de manera que me mantuve dentro del agua tras salir a la superficie. Nadé durante un largo rato hasta que tuve la certeza de que ya no corría el riesgo de que me descubrieran desde la orilla, pues era noche cerrada. Y así continué hasta que calculé que me encontraba en la desembocadura del río, momento en el que giré hacia el oeste en su busca.

La suerte me acompañaba. Nadé directamente hacia la desembocadura y penetré en el río, avanzando a través de sus lentas aguas hasta que calculé que había dejado atrás el

lago; pero ni incluso entonces me dirigí hacia la orilla, sino que preferí cruzar el centro de la vieja ciudad a nado antes de salir a tierra.

Finalmente salí por la orilla norte del río, que es la más alejada de los cuarteles de la Guardia Kash, y me encaminé lo más rápidamente posible, siguiendo la orilla del río, hacia mi casa. Una vez allí, varias horas más tarde, me encontré con una Juana llena de ansiedad esperándome, pues se había enterado de todo lo sucedido en el mercado. Yo había estado trazando mis planes y no tardé en contárselos a Juana y a madre. No les quedaba otra opción más que aceptar, pues tan solo nos esperaba la muerte si nos quedábamos en casa otro día más. Incluso me sorprendía que no hubieran caído ya sobre Juana y madre. Sea como fuere, podrían llegar en cualquier momento. No había tiempo que perder.

Tras empaquetar a toda prisa unas cuantas pertenencias, saqué la Bandera de su escondite sobre la repisa de la chimenea y la introduje en el interior de mi camisa. Ya estábamos listos.

Nos dirigimos al corral y sacamos a *Rayo Rojo*, las dos yeguas y tres de las mejores cabras lecheras. Até las patas de las tres y, una vez que Juana y madre hubieron montado a lomos de las yeguas, deposité una cabra frente a la silla de cada una y la tercera la coloqué frente a mí sobre *Rayo Rojo*, que no aceptó al principio semejante carga y me causó bastantes problemas.

Cabalgamos río arriba, dejando tras nosotros las puertas de los corrales abiertas para que las cabras pudieran escapar y, si teníamos suerte, borrarán nuestras huellas hasta que pudiéramos abandonar el sendero polvoriento que finalizaba tras la casa de Jim. No nos atrevimos a detenernos para despedirnos de Jim y Mollie, no fuera que nos prendieran nuestros enemigos en su hogar y metiéramos en problemas a nuestros buenos amigos. Fue una situación muy triste para mi pobre madre el verse obligada a abandonar su hogar y a sus queridos amigos, que habían sido para ella sus familiares; pero era una mujer tan valiente como Juana.

Ninguna de ellas intentó en ningún momento disuadirme de llevar a cabo el desesperado plan que les había contado. Muy al contrario, me apoyaron y Juana depositó una mano sobre mi brazo mientras cabalgábamos juntos y me dijo:

—Prefiero que muramos de esta manera antes que vivir como simples siervos oprimidos, sin felicidad ni esperanza.

—No vamos a morir —le dije—, al menos hasta que yo no haya completado mi tarea. Luego, si he de morir, me sentiré contento de saber que dejo atrás un país más feliz, del que podrán disfrutar mis compatriotas.

—¡Amén! —susurró Juana.

Aquella noche las oculté entre las ruinas de una vieja iglesia que descubrimos que había sido parcialmente quemada por los Kalkars. Durante unos instantes abracé a ambas, a mi madre y a mi esposa, y a continuación las dejé para cabalgar en solitario hacia el sudoeste y las minas de carbón. Las minas se encontraban a unas cincuenta millas hacia el oeste y el sur según había oído. Yo jamás había estado en ellas, pero sabía que debía hallar el lecho de un antiguo canal y seguirlo a través del distrito de Joliet y continuar durante unas quince o veinte millas más, donde debía girar hacia el sur y, tras pasar un lago muy grande, dar finalmente con las minas. Cabalgué el resto de la noche y hasta bien entrada la mañana hasta que comencé a divisar gente trabajando en los campos apenas poblados por los que pasaba.

A continuación me oculté en un bosque por el que pasaba un riachuelo y allí encontré pasto para *Rayo Rojo* y descanso para mí. No había traído comida, ya que había

dejado el poco pan y queso que nos habíamos llevado de la casa para que se alimentaran madre y Juana. No esperaba estar ausente más de una semana y sabía que con la leche de las cabras, aquellos alimentos y lo que pudieran encontrar en el campo no correrían peligro de morir de hambre antes de mi regreso... tras lo cual esperábamos vivir en paz y abundancia el resto de nuestros días.

Mi viaje fue menos azaroso de lo que había previsto. Atravesé algunos pueblos en ruinas y ciudades de mayor o menos antigüedad, la mayor de las cuales era la antigua Joliet, que había quedado abandonada durante la plaga que se había desatado hacía quince años, cuando desplazaron el cuartel general del Teivos y la estación unas cuantas millas hacia el oeste, junto a la orilla de un pequeño río. La mayor parte del territorio que atravesé estaba cubierta por densos bosques, aunque aquí y allá se abrían pequeños claros no reclamados aún por la naturaleza. De vez en cuando pasaba junto a aquellas sombrías y solitarias torres en las que los antiguos almacenaban el alimento invernal para su ganado. Las que aún se mantenían en pie habían sido construidas de cemento y varias de ellas apenas mostraban los estragos del paso del tiempo, salvo por las densas enredaderas que las cubrían frecuentemente desde la base hasta el capitel, mientras que otras varias se encontraban encerradas en el centro de densos bosques con ancianos árboles entrelazándose con ellas; tal es la celeridad con la que la Naturaleza reclama lo que le pertenece cuando el hombre desaparece.

Una vez que hube rebasado Joliet me vi obligado a hacer preguntas, y lo hice despreocupadamente con los pocos hombres que vi trabajando los diminutos campos desperdigados a lo largo de mi ruta. Aquellos descendientes de la antigua clase de los terratenientes americanos, tan rica y poderosa, se veían pobremente vestidos.

Muy temprano en el segundo amanecer, llegué a la vista de la empalizada que rodeaba las minas. Incluso a aquella distancia pude apreciar que era una obra débil y ruinosa y que los centinelas que hacían guardia sobre ella eran todo lo que mantenía a los prisioneros dentro de su perímetro.

De hecho, muchos habían escapado; aunque poco después, a causa de los informes de los granjeros de la vecindad, eran capturados y ejecutados. El alcaide de la prisión había ideado una diabólica ordenanza por la cual se ejecutaba a un granjero por cada prisionero fugado que no era capturado.

Me mantuve oculto hasta el anochecer y entonces, cautelosamente, me aproximé a la empalizada dejando a *Rayo Rojo* atado en el bosque. No tuvo mucho mérito el llegar hasta ella, pues la espesa vegetación que crecía en el exterior me ocultaba por entero. Espié a uno de los centinelas desde un lugar oculto; un tipo enorme, un zopenco aburrido que caminaba con la barbilla sobre el pecho y que parecía medio dormido.

La empalizada no era muy alta y toda la construcción se asemejaba a la prisión de Chicago; evidentemente había sido diseñada por el mismo comandante varios años atrás. Podía oír a los prisioneros conversando en el interior de los cobertizos situados más allá del cercado y, poco después, cuando uno de ellos se acercó al lugar desde donde yo estaba escuchándolos, intenté atraer su atención emitiendo un sonido sibilante.

Tras lo que me pareció un tiempo larguísimo, me oyó; pero incluso entonces transcurrió un tiempo hasta que asumió la idea de que alguien intentaba atraer su atención. Entonces se acercó más a la empalizada e intentó mirar a través de una grieta, pero como ya era noche cerrada no pudo ver nada.

—¿Eres un yanqui? —le pregunté—. Si es así, soy amigo.

—Soy yanqui —me respondió—. ¿Acaso esperabas encontrarte con un Kalkar

trabajando en las minas?

—¿Conoces a un prisionero que se llama Julian VIII? —le interrogué.

Pareció meditar durante unos instantes y a continuación me respondió:

—Me parece haber oído ese nombre. ¿Qué quieres de él?

—Quiero hablar con él... soy su hijo.

—¡Espera! —susurró—. Creo que he oído a algún tipo mencionar hoy ese nombre.

Lo encontraré... anda por aquí cerca.

Llevaba esperando aproximadamente diez minutos cuando oí que alguien se acercaba desde el interior y poco después una voz me preguntó si seguía allí.

—Sí —respondí—. ¿Eres tú, padre? —pues me pareció que era su tono de voz.

—¡Julian, hijo mío! —Su voz era casi un sollozo—. ¿Qué haces aquí?

Le expliqué brevemente mi plan.

—¿Tienen los prisioneros el coraje necesario para intentarlo? —le pregunté finalmente.

—No lo sé —me respondió, y no pude evitar advertir un cierto tono de desesperanza en su voz—. Querrían hacerlo, pero en este lugar nos han roto el cuerpo y el alma. Ignoro cuántos poseen el coraje suficiente como para intentarlo. Espera y hablaré con algunos... todos son hombres leales; tan solo están débiles por el exceso de trabajo, el hambre y las palizas.

Esperé durante casi una hora hasta que regresó.

—Algunos nos ayudarán desde el principio —me dijo—; otros esperarán a que vencamos. ¿Crees que merece la pena correr el riesgo? Te matarán si fracasas... nos matarán a todos.

—¿Y qué es la muerte comparada con vuestros sufrimientos? —le pregunté.

—Lo sé —me dijo—, pero el gusano atravesado por el anzuelo todavía se revuelve y se aferra a la vida. Regresa, hijo mío; no podemos hacer nada contra ellos.

—No pienso regresar —susurré—. No pienso regresar.

—Te apoyaré, pero no puedo hablar por los otros. Puede que se nos unan o puede que no.

Tan solo hablábamos cuando el centinela se encontraba a cierta distancia, y nos manteníamos en silencio cuando se acercaba al lugar en el que nos encontrábamos. Durante aquellos intervalos de silencio podía oír la agitada inquietud de los prisioneros y supuse que lo que yo le había contado al primer prisionero había pasado de boca en boca hasta que el cobertizo adyacente pareció hervir con algo semejante al nerviosismo. Me pregunté si aquello despertaría sus espíritus lo suficiente como para que se mantuvieran firmes los siguientes diez minutos. Si era así, el éxito estaba garantizado.

Padre ya me había contado todo lo que necesitaba saber; la posición del cuerpo de guardia y de los barracones y el número de Guardias Kash destacados allí. ¡Cincuenta hombres para vigilar a cinco mil! ¡Cuán elocuentemente hablaba este hecho de la humillación del pueblo americano y del completo desprecio que nuestros ruines amos sentían por nosotros...! ¡Cincuenta hombres para vigilar a cinco mil!

Y entonces puse en marcha mi plan... un plan desesperado trazado por la pura demencia. El centinela se acercó hasta llegar al lugar opuesto al que yo me encontraba; entonces salté para agarrarme al alero al igual que había hecho en la prisión de Chicago; solo que esta vez salté desde el exterior, donde el alero estaba más próximo al suelo haciendo menor el esfuerzo. Salté y conseguí un agarre; seguidamente me alcé a espaldas del centinela y antes de que sus embotados sentidos le avisaran de que había alguien a sus

espaldas caí sobre él y los mismos dedos que habían derribado un toro furioso se cerraron alrededor de su tráquea. La lucha fue breve... murió rápidamente y lo deposité suavemente sobre el techo. A continuación me vestí con su uniforme, incluyendo el cinto de munición, agarré su rifle y comencé a recorrer su puesto con paso lento y con la barbilla pegada al pecho imitando sus movimientos.

Al llegar hasta el límite de mi puesto de guardia, me quedé allí esperando al otro centinela y cuando vi que se aproximaba a mi posición, me giré y él hizo otro tanto, alejándose de mí.

Entonces giré rápidamente y le propiné un violento golpe en la cabeza con mi fusil. Diría que murió aún más rápidamente que el anterior.

Recogí su arma y munición y las bajé hasta el interior de la empalizada, donde las recogieron unas manos expectantes. A continuación me encaminé hacia el siguiente puesto de guardia, y al siguiente, hasta que hube acabado con cinco soldados más y enviado sus armas a los prisioneros que esperaban abajo. Mientras llevaba a cabo mi operación, los cinco prisioneros que se presentaron como voluntarios ante padre subieron al tejado del cobertizo, desnudaron los cadáveres y vistieron sus uniformes.

Todo aquello se llevó a cabo en silencio, y en la oscuridad de la noche nadie era capaz de ver lo que estaba sucediendo más allá de unos cuantos pies de distancia. Tuve que detenerme cuando llegamos al puesto de guardia. Allí me di la vuelta y me deslicé hasta el interior de la empalizada junto con mis cómplices, que habían estado visitando al resto de los prisioneros acompañados de padre para amotinarlos. Ya era la gran mayoría la que estaba dispuesta a seguirme, pues hasta aquel momento mi plan se había mostrado exitoso. Con igual sigilo redujimos a los hombres que se encontraban en el interior del cuerpo de guardia y a continuación nos encaminamos como un solo hombre hacia los barracones.

Nuestro ataque fue tan repentino e inesperado que nos opusieron muy poca resistencia.

Éramos casi cinco mil contra no más de cuarenta. Nos precipitamos sobre ellos como una manada de bestias salvajes sobre su enemigo y les disparamos y los pasamos a bayoneta hasta que no quedó vivo ninguno. Nadie escapó. Nos sentíamos tan eufóricos que hasta el prisionero más apocado se convirtió en un león lleno de coraje.

Los que estábamos vestidos con el uniforme de la Guardia Kash nos desnudamos para volver a ponernos nuestra ropa, pues no teníamos la más mínima intención de salir de allí vistiendo los odiados uniformes de nuestros opresores. Aquella misma noche ensillamos sus caballos con las cincuenta sillas del destacamento e igual número de hombres montó a pelo en los caballos de fresco. Aquello hacía un total de cien jinetes, por lo que los demás debían seguirnos a pie hasta Chicago. «¡A Chicago!» era nuestra consigna.

Viajamos con precaución, aunque me resultó muy complicado conseguirlo, ya que a los hombres se les había subido a la cabeza aquel primer triunfo. Mi intención era conservar los caballos y llevar hasta Chicago la mayor cantidad de hombres posible, de manera que dejamos que montaran los más debilitados mientras que los que estábamos más fuertes nos limitamos a caminar, aunque me costó un gran esfuerzo que *Rayo Rojo* admitiera a un extraño en su lustrosa grupa.

Algunos se quedaron en el camino debido al agotamiento o al miedo, pues cuanto más nos aproximábamos a Chicago, más disminuía su valor. Con tan solo pensar en los temidos Kalkars y su Guardia Kash a muchos se les helaba hasta el tuétano de los huesos. No creo que nadie pudiera culparlos, pues el espíritu del hombre posee un cierto aguante, y

cuando este se sobrepasa tan solo un milagro puede arreglar los daños en esa misma generación.

Llegamos ante las ruinas de la iglesia una semana más tarde de haber dejado a madre y a Juana ocultas entre sus ruinas, y lo hicimos con menos de doscientos hombres, así de veloces habían sido las deserciones durante las últimas millas que habíamos recorrido antes de penetrar en el distrito.

Padre y yo apenas podíamos esperar a ver a nuestras amadas de manera que nos adelantamos al galope para saludarlas, pero en el interior de la iglesia tan solo encontramos tres cabras muertas y a una mujer agonizante... mi madre con un cuchillo sobresaliéndole del pecho.

Todavía estaba consciente cuando entramos y vi que sus ojos se iluminaban de felicidad cuando se posaron sobre padre y sobre mí. Miré a mi alrededor buscando a Juana y mi corazón se detuvo ante el temor por no encontrarla allí, o por cómo podría encontrarla.

Madre aún era capaz de hablar, y cuando nos inclinamos sobre ella nos contó sin apenas aliento y de forma inconexa, mientras padre la sostenía entre sus brazos, la historia de lo que les había sucedido. Habían vivido en paz hasta ese mismo día, cuando la Guardia Kash había caído sobre ellas; se trataba de un numeroso destacamento encabezado por el propio Or-tis. Las habían apresado dispuestas a llevárselas, pero madre ocultaba un cuchillo entre su ropa y había preferido utilizarlo de la forma que veíamos antes de someterse al destino que les aguardaba. Aquello era todo, excepto que Juana no había dispuesto de un cuchillo y Or-tis se la había llevado consigo.

Presenció cómo moría madre en brazos de padre y le ayudé a enterrarla una vez que nuestros hombres hubieron llegado y les hubimos mostrado lo que habían hecho aquellas bestias, aunque ellos bien lo sabían y habían sufrido lo suficiente por ellos mismos como para saber qué esperar de los puercos.

XI El Matarife

Más tarde continuamos con nuestra marcha, padre y yo llenos de una ira y una amargura y un odio aún mayores de los que habíamos sentido anteriormente. Nos dirigimos hacia el mercado de nuestro distrito, y por el camino nos detuvimos en el hogar de Jim, que se nos unió. Mollie lloró cuando le contamos lo que había sucedido con madre y con Juana, pero finalmente consiguió controlarse y nos animó a continuar adelante y a Jim a que se nos uniera, aunque a Jim no le hizo falta que lo animara. Lo despidió con un beso mientras sus ojos se llenaban de lágrimas y orgullo por igual.

—Adiós, cariño. Guarda siempre el cuchillo contigo. —Fue todo lo que le dijo él.

Y así continuamos con nuestro camino, con la frase de Mollie, «¡Que los santos os acompañen!», resonando en nuestros oídos. Volvimos a detenernos junto al redil de nuestras cabras y allí desenterramos el fusil, el cinto y la munición del soldado que padre había matado muchos años atrás. Le dimos el arma a Jim.

Antes de que alcanzáramos el mercado nuestras fuerzas comenzaron a reducirse de nuevo; muchos de nuestros hombres eran incapaces de superar el terror que sentían por la Guardia Kash, un pánico que se había estado nutriendo desde su infancia con historias susurradas y experiencias reales. Todavía hoy opino que no eran cobardes, aunque se portaran como tales. Puede que aquello se debiera a toda una vida de condicionamiento que les impulsaba a huir inconscientemente ante la Guardia Kash, pues ni tan siquiera la actual situación les ayudó a superarlo. Aquel terror se había vuelto tan instintivo en ellos como la revulsión natural que siente el hombre ante las serpientes. Eran tan incapaces de hacer frente a la Guardia Kash como algunos hombres lo son de tocar una cascabel aunque sepan que está muerta.

Era día de mercado y la plaza estaba abarrotada. Yo había dividido mis fuerzas, de manera que penetramos en el lugar desde dos direcciones diferentes formando un amplio frente, de unos quinientos hombres cada columna, y rodeamos el lugar. Como entre nuestras filas tan solo había un puñado de hombres pertenecientes a nuestro distrito, yo había impartido órdenes para que no se produjeran bajas que no fueran de la Guardia Kash hasta que los que conocíamos a la población no hubiéramos seleccionado a los sujetos adecuados.

Cuando los primeros trabajadores del mercado nos vieron se sintieron tan sorprendidos que no supieron qué pensar. Jamás en sus vidas habían visto hombres como nosotros, armados y un centenar de ellos montados a caballo. Al otro extremo de la plaza había un puñado de guardias Kash holgazaneando frente a la oficina de Hoffmeyer. El primer grupo al que vieron fue el mío, pues los demás se aproximaban a sus espaldas, por lo que montaron y se dirigieron a nuestro encuentro. En ese mismo momento extraje la Bandera de mi pecho y, agitándola sobre la cabeza, impulsé a *Rayo Rojo* hacia adelante mientras gritaba «¡Muerte a la Guardia Kash! ¡Muerte a los Kalkars!».

Y entonces, de súbito, la Guardia Kash pareció ser consciente de que se enfrentaba a una fuerza de hombres armados y toda su bravuconería se tornó en cobardía. Se giraron para huir tan solo para encontrarse con que otra fuerza se acercaba tras ellos. Los espectadores ya habían entendido lo que estaba sucediendo y nuestras intenciones, por lo que todo el mundo se reunió en torno nuestro gritando, aullando, riendo y llorando.

—¡Muerte a la Guardia Kash! ¡Muerte a los Kalkars! ¡La Bandera! —escuché más

de una vez.

—*¡Vieja Gloria!* —exclamó alguien a quien, como yo, no se le había permitido olvidar.

Una docena de hombres que corrían junto a mí se llevaron la ondeante bandera a los labios y la besaron mientras las lágrimas caían por sus mejillas.

—¡La Bandera! ¡La Bandera! —gritaron—. ¡La Bandera de nuestros padres!

Fue entonces, antes de que se disparara un solo disparo, cuando uno de los guardias Kash se aproximó a mí agitando un trapo blanco sobre la cabeza. Lo reconocí de inmediato como el joven que le había llevado aquella cruel noticia a madre y que había demostrado tanta desolación ante los actos de sus superiores.

—No nos matéis —me dijo—; queremos uniros a vosotros. Muchos guardias Kash acuartelados en los barracones también lo harán.

Y así se unieron a nosotros aquella docena de soldados de la plaza del mercado mientras una mujer salía corriendo de su casa portando la cabeza de un hombre clavada en una corta pértiga y gritando su odio contra los Kalkars... un odio que era el vínculo común entre todos nosotros. A medida que se aproximaba pude ver que era la mujer de Pthav y que la cabeza empalada en la pértiga era la cabeza de Pthav. Aquel fue el comienzo... aquella fue la diminuta chispa que necesitábamos. Como auténticos maníacos, riendo espantosamente, la gente cargó contra las casas de los Kalkars y los arrastraron al exterior para darles muerte.

Por encima de los chillidos y los aullidos y el estruendo podían oírse gritos por la Bandera y los nombres de aquellos seres queridos que estaban siendo vengados. En más de una ocasión pude escuchar el nombre de Samuels el judío. Jamás un hombre se vio tantas veces vengado como él durante aquel día.

Dennis Corrigan estaba con nosotros, liberado de las minas, y Betty Worth, su mujer, lo encontró allí, con los brazos rojos hasta los codos por la sangre de nuestros opresores. Nunca habría imaginado que lo volvería a ver con vida, y cuando escuchó su historia y la manera en la que había escapado, la mujer corrió hacia mí y casi me tiró de la grupa de *Rayo Rojo* intentando abrazarme y besarme.

Fue ella la que impulsó a la multitud a que gritara mi nombre hasta que me vi rodeado por una masa enfervorizada y arrebatada por la alegría. Intenté calmarlos, pues era consciente de que aquella no era la manera adecuada para que nuestra causa prosperara, hasta que conseguí obtener un silencio parcial. Entonces les dije que aquella locura debía cesar, que aún no habíamos obtenido la victoria, que tan solo habíamos conseguido hacernos con un pequeño distrito y que debíamos continuar adelante tranquilos y siguiendo un plan específico si queríamos resultar victoriosos.

—Recordad —les advertí— que en la ciudad aún hay miles de hombres armados y que deberemos vencerlos a todos ellos, y luego habrá otros miles que Los Veinticuatro lanzarán contra nosotros, pues no rendirán este territorio hasta que no sean definitivamente derrotados desde aquí hasta Washington, y para eso no harán falta meses, sino años.

Cuando la multitud se calmó un tanto, trazamos los planes para marchar de inmediato sobre las barracas y tomar a la Guardia Kash desprevenida. Fue entonces cuando padre encontró a Soor y lo mató.

—Te lo dije —le dijo padre justo antes de atravesar al recaudador de impuestos con la bayoneta—; te dije que algún día sería yo el que te la jugaría, y ese día ha llegado.

Poco después uno de nuestros hombres encontró a Hoffmeyer en su escondite y el pueblo lo despedazó literalmente, y aquello fue de nuevo el inicio del pandemónium. Se

escuchaban gritos de «¡A los barracones!» y «¡Muerte a la Guardia Kash!» seguidos de un movimiento general en dirección al lago. Durante la marcha nuestro número se incrementó gracias a los voluntarios; veíamos salir de las casas hombres y mujeres de nuestra clase dispuestos a luchar o ensangrentadas cabezas de Kalkars que llevamos con nosotros, empaladas y agitándolas en el aire. Yo cabalgaba a la cabeza portando a *Vieja Gloria*, que ahora ondeaba en su mástil.

Intenté mantener un cierto orden, pero me resultó imposible y, así, avanzamos demasiado separados, chillando y matando, aullando y riendo, cada uno según se lo dictaran sus emociones.

Las mujeres parecían las más enloquecidas, quizá debido a que eran las que más habían sufrido, y la mujer de Pthav era la que las comandaba. Vi a algunas abrazando contra su pecho a un bebé con una mano mientras que con la otra aferraban la cabeza sangrante de un Kalkar, un informador o un espía. No era posible culparlas sabiendo la vida de terror y desesperanza que habían sufrido.

Acabábamos de cruzar el nuevo puente que conducía hacia el corazón de la gran ciudad en ruinas cuando caímos en una emboscada realizada con todas las fuerzas de la Guardia Kash.

Apenas tenían disciplina, pero estaban armados, mientras que nosotros, aunque también éramos indisciplinados, estábamos pobremente armados. No éramos más que una horda iracunda a la que los guardias disparaban una descarga cerrada tras otra.

Hombres, mujeres y niños caían mientras que muchos daban la espalda para huir; sin embargo, hubo otros que avanzaron a la carrera y llegaron al combate cuerpo a cuerpo contra la Guardia Kash arrebatándoles sus armas. Los que montábamos a caballo cargamos contra ellos. A mí me resultaba imposible llevar la Bandera y luchar, de manera que la saqué de su mástil y volví a guardarla en el interior de mi camisa, y a continuación agarré mi fusil a modo de maza y me sumergí en el combate.

¡Por el Dios de nuestros padres! Fue una batalla excelente. Si hubiera sabido que moriría irremediamente un segundo después, lo habría hecho contento a causa de la exaltación que sentí durante aquellos minutos. Caían frente a mi embestida, a derecha e izquierda, desplomándose de sus sillas de montar con los cráneos aplastados y los cuerpos rotos, pues acertara donde acertara mi golpe, no había diferencia alguna en el resultado: morían si se ponían al alcance de mi fusil, que ahora no era más que un tubo doblado y retorcido de metal ensangrentado.

Y así atravesé sus líneas, con un puñado de hombres siguiéndome. A continuación volvimos grupas para subir a una elevación formada por las desmoronadas ruinas y desde aquel altozano formado por los restos de un pasado muerto observé el desarrollo de la batalla que se estaba llevando a cabo en el río y un nudo se me formó en la garganta. Todo había acabado... todo menos aquella sangrienta masacre. Mi pobre ejército finalmente había cedido y huía. Había sido acorralado y estaba siendo empujado hacia el estrecho puente, donde caía bajo las descargas cerradas que la Guardia Kash disparaba casi a bocajarro contra aquella masa de carne humana.

Cientos saltaban al agua, tan solo para morir por los disparos de los soldados apostados en las orillas.

Veinticuatro jinetes me rodeaban... los restos de mi fuerza de combate, y casi dos mil guardias Kash se interponían entre nosotros y el río. Aun cuando hubiéramos podido abrirnos paso entre sus filas, nada habríamos podido hacer por salvar a mi gente. Estábamos condenados a morir, pero decidimos infligir todo el daño que nos fuera posible antes de

caer.

Veía mentalmente la imagen de Juana entre las garras de Or-tis (ni una sola vez me había abandonado aquella terrible idea), así que les dije que cabalgaría hasta sus cuarteles para buscarla y ellos me respondieron que cabalgarían junto a mí y que daríamos muerte a todos los que pudiéramos antes de que las tropas regresaran.

Nuestros sueños se habían desvanecido, nuestras esperanzas estaban muertas. En silencio cruzamos las calles en dirección a los barracones. La Guardia Kash no había cruzado hasta nuestro lado del río, tal y como habíamos esperado; quizá si lo hubieran hecho, habríamos tenido alguna esperanza de victoria, pero para una muchedumbre compuesta por hombres, mujeres y niños enfrentada a tropas armadas no cabía la menor posibilidad de victoria.

Demasiado tarde me di cuenta de que nuestros planes habían sido insuficientes; incluso aunque hubiéramos superado aquella emboscada, no habría servido de nada si se hubiera dado el caso de que alguien hubiera escapado y hubiese dado aviso a la Guardia Kash. De haber podido tomarlos por sorpresa en sus barracones, el resultado habría sido el que se había dado en los mercados por los que habíamos pasado. Me había dado cuenta de nuestra debilidad y de el hecho de que si nos hubiéramos tomado nuestro tiempo en trazar y preparar nuestros planes, algún espía o a un informador los habría transmitido a las autoridades mucho antes de que nosotros hubiéramos sido capaces de llevarlos a cabo. Ciertamente, no nos quedaba otra opción más que confiar en un ataque por sorpresa y en la violencia de nuestro primer golpe.

Recorrí con la mirada a mis seguidores mientras avanzábamos al trote.

Jim estaba con nosotros, pero no padre... jamás volví a verlo. Probablemente cayó en la batalla del puente nuevo. Orrin Colby, herrero y pastor de nuestra iglesia, avanzaba a mi lado cubierto de sangre; de la suya propia y de la de los guardias Kash. Dennis Corrigan también estaba presente.

Nos dirigimos directamente al patio de los barracones, pues debido a su falta de disciplina y eficiencia militar habían enviado la totalidad de sus fuerzas contra nosotros a excepción de un puñado de hombres que permanecía vigilando a los prisioneros y otro puñado en el interior de los edificios de los cuarteles. A estos últimos los liquidamos sin apenas lucha, y al que tomamos prisionero nos informó dónde se encontraban los aposentos de Or-tis.

Les dije a mis hombres que habíamos cumplido con nuestros objetivos y les ordené que se desperdigaran y huyeran de la mejor manera que les fuera posible, pero me respondieron que se quedaban conmigo. Les dije que lo que se avecinaba debía enfrentarlo solo y les pedí que liberaran a los prisioneros mientras yo buscaba a Juana. Me respondieron que aguardarían en el patio y nos separamos.

Los aposentos de Or-tis se encontraban en la segunda planta de un edificio situado en el ala este y no tuve dificultades en hallarlos. Cuando me acercaba a la puerta escuché unas voces llenas de ira y carreras, como si alguien corriera de un lado para otro. Reconocí la voz de Or-tis soltando juramentos y entonces oí el grito de una mujer y supe que era Juana.

Moví el picaporte y vi que estaba bloqueado. Era una puerta maciza, igual que aquellas que se encontraban en los grandes edificios públicos de la antigüedad, e indudablemente debía tratarse de una de ellas, por lo que dudé de poder forzarla. Estaba enloquecido por la aprehensión y las ansias de venganza, y si es cierto que los maníacos cobran la fuerza de diez hombres cuando la locura se apodera de ellos, yo debí

transformarme en un maníaco en esos momentos, pues, tras retroceder unos cuantos pasos, me arrojé contra la puerta, el pestillo saltó por los aires a través de la madera astillada y las hojas giraron sobre sus goznes con un violento estrépito.

Ante mí, en el centro de la habitación, se encontraba Or-tis aferrando a Juana. La tenía recostada contra una mesa y con una de sus peludas manos intentaba estrangularla. Él alzó la mirada ante el estruendo de mi súbita entrada, y cuando me vio empalideció y soltó a Juana mientras que al mismo tiempo desenfundaba la pistola que llevaba al costado. Juana también me vio y, agarrando su brazo, lo bajó violentamente en el mismo momento en el que Or-tis apretaba el gatillo, de manera que la bala se incrustó inocuamente en el suelo.

Antes de que Or-tis pudiese apartarla de un empujón, salté sobre él y le arrebaté el arma de la mano. Lo agarré con una mano como alguien podría sujetar a un niño (se encontraba enteramente a mi merced) y le pregunté a Juana si él le había causado algún daño.

—Aún no —me respondió—, vino aquí tras enviar a la Guardia Kash. Ha sucedido algo. Va a producirse una batalla; pero él se ha ocultado en la seguridad de sus cuarteles — entonces pareció advertir por primera vez que yo estaba cubierto de sangre—. ¡Ha habido una batalla! —gritó—. Y tú has participado en ella.

Le confirmé que así había sido y que se lo contaría todo una vez me hubiera ocupado de Ortis. Él comenzó a pedir clemencia y a continuación empezó a gimotear. Me prometió libertad e inmunidad contra castigos y persecuciones si le permitía seguir viviendo. Me prometió que jamás volvería a molestar a Juana y que nos daría protección y ayuda. Me habría prometido el Sol y la Luna y todas las estrellas de habérselo pedido, pero yo tan solo deseaba una cosa y así se lo dije: verlo morir.

—Si le hubieras hecho el más mínimo daño —le dije—, habrías sufrido una muerte lenta y terrible; pero he llegado a tiempo de salvarla, así que te has ahorrado semejante sufrimiento.

Cuando fue consciente de que nada podría salvarlo, comenzó a sollozar y sus rodillas se aflojaron de tal manera que no fueron capaces de sostenerlo, de manera que tuve que levantarlo del suelo con una mano mientras que con la otra le propiné un violentísimo puñetazo entre los ojos... un puñetazo que le rompió el cuello y le aplastó el cráneo. A continuación lo arrojé al suelo y abracé a Juana.

Brevemente, mientras nos dirigíamos hacia la entrada del edificio, le conté todo lo que había sucedido desde nuestra separación, y que durante un tiempo debería permanecer sola en el mundo hasta que yo volviera a reunirme con ella. Le dije a dónde debía dirigirse y esperarme: un lugar olvidado por todos que yo había descubierto cuando atravesaba el viejo canal en mi camino hacia las minas. Ella gritó y se aferró a mí, rogándome que le permitiera quedarse a mi lado, pero yo era consciente de que aquello era imposible, pues podía escuchar el ruido del combate que se estaba desarrollando en el patio. Podríamos considerarnos afortunados si uno de nosotros lograba escapar. Finalmente conseguí que me lo prometiera bajo la condición por mi parte de que me reuniría con ella de inmediato, cosa que, por supuesto, pretendía hacer tan pronto como se me presentara la ocasión.

Rayo Rojo permanecía donde lo había dejado, ante la puerta. Una compañía de la Guardia Kash, de regreso de la batalla, estaba luchando contra mi pequeño grupo, que retrocedía lentamente hacia los edificios de los barracones. No había tiempo que perder si quería que Juana escapase. La alcé hasta la silla de *Rayo Rojo*, desde donde se inclinó para rodearme el cuello con sus adorables brazos y cubrirme de besos los labios.

—Vuelve pronto junto a mí —me rogó—. Te necesito... y no ha de pasar mucho tiempo hasta que otra persona más te necesite.

La estreché contra mi pecho.

—Y si no regreso —le dije—, toma esto y dáselo a mi hijo para que lo custodie tal y como hicieron antes de él sus antepasados.

Depositó la Bandera en sus manos.

Las balas silbaban a nuestro alrededor, así que la obligué a marchar y me quedé contemplándola mientras aquel noble caballo se lanzaba al galope a través del patio de armas y desaparecía entre las ruinas situadas al oeste. A continuación me dirigí a la batalla para encontrarme con que tan solo me quedaban una decena de hombres. Orrin Colby había caído, al igual que Dennis Corrigan. Quedaban Jim y otros nueve. Luchamos lo mejor que pudimos, pero nos habían arrinconado y más guardias estaban llegando a los cuarteles desde otros lugares y nosotros nos estábamos quedando sin municiones.

Nos superaban veinte a uno y, aunque nos empleamos a fondo, finalmente nos aplastaron.

Afortunadamente para Jim, cayó inmediatamente, pero a mí se limitaron a derribarme de un culatazo en la cabeza.

Aquella misma noche me presentaron ante un consejo de guerra y me sometieron a tortura intentando que delatara los nombres de mis cómplices. Pero, aunque yo hubiera estado dispuesto a delatarlos, no quedaba nadie vivo entre mis conocidos. Así y todo, me negué a hablar. No había vuelto a decir palabra desde que me había despedido de Juana, a excepción de unas cuantas palabras de aliento para los pocos que quedaron a mi lado hasta quemar el último cartucho.

Muy temprano a la mañana siguiente me llevaron a presencia del Matarife.

Recuerdo cada instante hasta el momento en que el cuchillo se posó en mi garganta y noté una levisima sensación punzante, luego... el olvido.

Era pleno día cuando finalizó, tan veloz había transcurrido la noche, y pude ver gracias a la luz que entraba a través del ojo de buey del camarote en el que nos encontrábamos que tenía el rostro demacrado y ojeroso y que incluso entonces sufría las penurias y amarguras de aquella vida dura y carente de esperanza que acababa de describirme.

Me levanté para retirarme.

—¿Eso es todo? —le pregunté.

—Sí —me respondió—, eso es todo respecto a aquella reencarnación.

—¿Pero aún recuerda otra? —le interrogué.

Él se limitó a sonreír mientras cerraba la puerta.

El Halcón Rojo

I La Bandera

El sol de enero caía a plomo mientras tiraba de las riendas de *Rayo Rojo* sobre la cima de una colina desnuda y contemplaba las fértiles y abundantes tierras que se extendían ante mis ojos hasta donde alcanzaba la vista. Hacia aquella dirección se encontraba el poderoso mar, quizá a un día de cabalgada hacia el oeste... aquel mar que ninguno de nosotros había visto; aquel mar que se había convertido en una fábula propia de las leyendas de la Antigüedad durante los casi cuatrocientos años que habían transcurrido desde que los hombres de la Luna habían caído sobre nosotros y habían derrotado a la Tierra en su enloquecido y sangriento carnaval revolucionario.

En la distancia, el verdor de las ramas de los naranjos se burlaba de nosotros, junto con nogales que habían perdido sus hojas, mientras que más allá, hacia el sur, podían verse las zonas terrosas de los viñedos esperando el sol de abril y mayo para desplegar, ellas también, su desenfrenado y exuberante verdor. Y desde aquel jardín de la abundancia un serpenteante sendero trepaba hasta la ladera de la montaña para ir a desembocar en el mismo lugar en el que nos encontrábamos sentados contemplando la última fortaleza de nuestros enemigos que se alzaba frente a nosotros.

Cuando los antiguos construyeron aquel sendero, este debió haber sido ancho e impresionante, pero durante los siglos que habían transcurrido, tanto el hombre como los elementos lo habían estropeado. La lluvia había borrado partes de su trazado, mientras que los Kalkars habían cavado profundas zanjas a lo largo de su recorrido en un intento por disuadirnos a nosotros, sus enemigos, de invadir el único territorio que les quedaba y de empujarlos hasta el mar; y a cada lado de aquellas profundas zanjas habían levantado fortines que alojaban guarniciones permanentes. Así era en cada paso que conducía hasta su país. ¡Y bien hacían en guardarse con tanto celo!

Desde la muerte de mi antepasado, Julian IX, en el año 2122, al finalizar el primer levantamiento contra los Kalkars, habíamos estado empujándolos lentamente a lo largo del planeta. Aquello había sucedido hacía casi trescientos años. Desde hacía un centenar de años, nos habían detenido aquí, a un día a caballo del océano. Ignorábamos a qué distancia se encontraba, pero en el año 2048 mi abuelo, Julian XVIII, había cabalgado en solitario casi hasta el mar.

Estaba a punto de regresar a salvo cuando fue descubierto y perseguido casi hasta las tiendas de campaña de su gente. Se desató una batalla, y los Kalkars que habían osado invadir nuestro territorio fueron destruidos, pero Julian XVIII murió a causa de sus heridas sin ser capaz de decir más que un territorio increíblemente rico se extendía entre nosotros y el mar, que no se encontraba a más de un día a caballo. Un día de cabalgada, para nosotros, significaba una distancia inferior a cien millas.

Éramos un pueblo del desierto. Nuestros rebaños pacían en un territorio en el que apenas encontraban forraje y en el que sabíamos que nos hallábamos muy cerca de la meta que nuestros ancestros habían dispuesto para nosotros: las orillas del mar occidental, en cuyas aguas nuestro destino había dispuesto que arrojáramos a nuestros opresores.

Los bosques y montañas de Arizona eran ricos en pastos, pero se encontraban muy lejos de la tierra de los Kalkars, donde la última tribu de Or-tis se aferraba a su defensa final, de manera que preferíamos vivir en el desierto, cerca de nuestros enemigos, pastoreando nuestros rebaños a lo largo de enormes distancias cuando surgía la necesidad, en lugar de establecernos en una tierra fértil y cesar en aquella antigua lucha entre la casa de Julian y la casa de Or-tis.

Una brisa ligera agitaba las negras crines del semental zaino que yo montaba al igual que agitaba mi melena de color azabache que sobresalía bajo la tira de cuero que rodeaba mi frente y que la mantenía apartada de mis ojos. Movía los oscilantes flecos de la manta de Gran Caudillo que llevaba atada tras la silla de montar.

Durante el decimosegundo día del octavo mes del año que acababa de finalizar aquella manta de Gran Caudillo había protegido los hombros de mi padre, Julian XIX, de los ardientes rayos del sol estival en el desierto. Aquel día cumplía veinte años, y en aquel día mi padre cayó frente a la lanza de un Or-tis durante la Gran Batalla, y yo me convertí en Caudillo de Caudillos.

Aquel día me rodeaban, mientras yo permanecía contemplando la tierra de mis enemigos, cincuenta de los más fieros jefes de clan del centenar de clanes que habían jurado fidelidad a la casa de Julian. Eran hombres bronceados y, en su mayoría, llevaban la barba afeitada.

Mostraban los símbolos de sus clanes pintados con una gran variedad de colores sobre la frente, las mejillas y el pecho. Utilizaban el ocre, y el azul y el blanco y el escarlata. Las plumas surgían de las tiras de cuero con las que se sujetaban el cabello... las plumas del cuervo, el halcón y el águila. Yo, Julian XX, llevo tan solo una pluma. Proviene de la cola de un halcón rojo, el símbolo del clan de mi familia.

Todos íbamos vestidos de manera semejante. Permítame que le describa a Lobo, y en su retrato verá una composición del resto de nosotros. Era un hombre nervudo y de buena constitución de unos cincuenta años, con ojos grises azulados de penetrante mirada bajo unas cejas permanentemente fruncidas. Poseía una cabeza bien formada y que denotaba una gran inteligencia. Sus rasgos eran muy marcados y fuertes y su mirada era capaz de hacer que el terror penetrara en el corazón de un enemigo... cosa que sucedía frecuentemente, y así lo denotaban las cabelleras de Kalkars que festoneaban su manta. Sus pantalones, anchos desde las caderas hasta las rodillas, y ajustados como una segunda piel a partir de la articulación, estaban confeccionados con piel de ciervo. Sus suaves botas, altas hasta la pantorrilla, eran del mismo material. Por encima de la cintura se cubría con un chaleco de piel de becerro con el pelo del animal teñido. En el caso de Lobo, los colores eran el pardo y el blanco.

En ocasiones, los chalecos se veían adornados con pequeñas cuentas de colores, de piedra o de metal, y bordados que creaban variados diseños. De la diadema que rodeaba la cabeza de Lobo, justo sobre su oreja derecha, pendía la cola de un lobo estepario, el símbolo del clan de su familia.

De su cuello colgaba un escudo ovalado que le cubría desde la nuca hasta los riñones y sobre el que habían pintado la cabeza de un lobo. Se trataba de un escudo ligero y resistente fabricado con una estructura de madera endurecida y cubierto de piel de toro. Todo su contorno estaba adornado con colas de lobos. En estos casos de ornamentación, los hombres, con la ayuda de las mujeres de sus clanes, dejaban volar su imaginación.

No obstante, los símbolos de los clanes y de los jefes son sagrados. El uso de uno de ellos por parte de un hombre que careciera del derecho a llevarlo podría significar su

condena a muerte.

Acabo de decir «podría» porque carecíamos de leyes inflexibles. De hecho, teníamos muy pocas leyes.

Los Kalkars estaban dictando continuamente leyes, de manera que nosotros las odiábamos.

Nosotros juzgábamos cada caso basándonos en los méritos de cada individuo, y prestábamos más atención a los motivos del juzgado que a lo que había hecho.

El Lobo estaba armado, al igual que el resto de nosotros, con una lanza ligera de unos ocho pies de longitud, un cuchillo y una espada de doble filo. Llevaba guardado en una funda de cuero que colgaba junto a su estribo derecho un recio arco corto, mientras que un carcaj lleno de flechas colgaba del otro lado.

El metal con el que estaban confeccionadas las hojas de su espada y de su cuchillo y la punta de su lanza provenía de un lejano lugar llamado Kolrado y lo fabricaba una tribu famosa por la dureza y temple del metal de sus hojas. Los Utaws también nos traían metal, pero el suyo era de una calidad inferior, y tan solo lo utilizábamos para calzar nuestros caballos y proteger sus pezuñas de las afiladas piedras y arenas que cubrían nuestro duro y desnudo territorio.

Los Kolrados viajaban durante muchos días para llegar hasta nosotros, y lo hacían dos veces al año. Atravesaban, sin ser molestados, los territorios de muchas tribus pues comerciaban con lo que, de otra manera, nadie habría tenido y que tan necesario nos resultaba en nuestra interminable cruzada contra los Kalkars. Aquel era el único vínculo que mantenía unidos a los desperdigados clanes y tribus que se extendían de norte a sur más allá del alcance de la vista. A todos nos movía el mismo propósito: arrojar al mar al último de los Kalkars.

Los Kolrados nos traían las pocas noticias que teníamos sobre los clanes que vivían más allá del sol poniente. Lejos, muy lejos hacia el este, nos decían, tan lejos que un hombre no podría llegar hasta allí aunque invirtiera toda una vida, se extendía otro gran mar, y allí, al igual que aquí en el borde oriental del mundo, los Kalkars presentaban su última resistencia. El resto del mundo había sido recuperado por la gente de nuestra propia sangre: los americanos.

Siempre nos alegraba ver a los Kolrados, pues nos traían noticias de otros pueblos; y también eran bienvenidos los Utaws, aunque no éramos un pueblo muy amistoso, pues matábamos a cualquier extraño que se aproximara a nosotros por temor, principalmente, a que fueran espías enviados por los Kalkars.

De padre a hijo se había transmitido la leyenda de que no siempre había sido así, y que la gente del mundo antiguo iba de acá para allá con absoluta seguridad y que todos hablaban el mismo idioma; pero ahora todo es diferente. Los Kalkars habían sembrado entre nosotros el odio y la sospecha hasta un extremo tal que ya solo confiábamos en los miembros de nuestra propia tribu o clan.

Los Kolrados, a fuerza de visitarnos, eran capaces de entendernos, y nosotros a ellos, gracias a unas cuantas palabras y unos pocos signos, aunque cuando hablaban en su propio idioma mientras estaban entre nosotros éramos incapaces de entenderlos a excepción de alguna palabra ocasional que se asemejaba a alguna nuestra. Nos decían que cuando el último de los Kalkars hubiera sido expulsado del mundo, viviríamos en paz unos con otros; sin embargo, yo tenía el convencimiento de que eso jamás sucedería, pues, ¿quién viviría su vida sin romper una lanza o sin mojar la hoja de su espada de vez en cuando con la sangre de un desconocido? No el Lobo, eso podía jurarlo; y mucho menos el Halcón Rojo.

¡Por la Bandera! Sentía mayor placer encontrándome con un extraño en mi camino que con un amigo, pues no podía embestir con mi lanza a un amigo ni oír el silbido del viento mientras *Rayo Rojo* me conducía hasta mi presa y yo me agachaba sobre la silla sintiendo la emoción de la embestida.

Yo era el Halcón Rojo. Tenía poco más de veinte años, y aún así los feroces jefes de un centenar de belicosos clanes se inclinaban ante mi voluntad. Yo era Julian (el vigésimo Julian) y desde aquel año 2430 era capaz de seguir mi línea hasta quinientos treinta y cuatro años en el pasado, hasta Julian I, que nació en 1896. De padre a hijo, a través de la tradición oral, se había ido transmitiendo la historia de cada uno de los Julian, y no existía una sola mancha en el escudo de uno solo de ellos en toda esa larga estirpe, y ninguna mancha afeará el escudo de Julian XX.

Desde los cinco a los diez años aprendí, palabra por palabra, tal y como habían hecho mis antepasados, las hazañas de mis antecesores y a odiar a los Kalkars y a la tribu de Or-tis. Todo esto, junto con la monta, resumía mi formación. De los diez a los quince años aprendí el manejo de la lanza, de la espada y del cuchillo, y el día en que cumplí los dieciséis cabalgué junto a los otros adultos... ya era un guerrero.

Aquel día, mientras permanecía allí sentado mirando hacia las tierras de los malditos Kalkars, mi mente regresó hasta las hazañas del decimoquinto Julian, quien había empujado a los Kalkars a través del desierto y por las laderas de aquellas montañas hasta el valle que se extendía a mis pies un centenar de años antes de mi nacimiento, y me volvía hacia el Lobo mientras señalaba hacia los verdeantes sembrados y las distantes colinas y más allá, hacia donde se extendía el misterioso océano.

—Nos llevan bloqueando en este punto desde hace un centenar de años —le dije—. Es demasiado tiempo.

—Demasiado tiempo —asintió el Lobo.

—Cuando pasen las lluvias, el Halcón Rojo conducirá a su pueblo hasta la tierra de la abundancia.

La Roca alzó su lanza y la agitó violentamente hacia el valle de más abajo. El mechón de cabellera anudado justo bajo la punta flameó con el viento.

—¡Cuando pasen las lluvias! —gritó la Roca. Sus ojos de feroz mirada se iluminaron con el fuego del fanatismo.

—¡El verde de sus cultivos quedará teñido del rojo de su sangre! —gritó Serpiente de Cascabel.

—Con nuestras espadas, no con nuestras palabras —les dije mientras ponía grupa al este.

El Coyote se echó a reír y los otros se le unieron mientras descendíamos la colina en dirección al desierto.

Al atardecer del día siguiente llegamos a la vista de nuestras tiendas, que estaban agrupadas en torno a la corriente amarillenta del río. Cinco millas antes habíamos visto unas volutas de humo que se elevaban de la cima de una colina situada al norte de nuestra posición. Le comunicaban al campamento que un grupo de jinetes se aproximaba por el oeste, y a nosotros que los centinelas estaban atentos y todo estaba bien.

A mi señal, mis guerreros formaron en columna de a dos intercalándose en sus posiciones.

Un instante más tarde se elevó otra señal de humo informando al campamento que éramos amigos y que nuestra señal había sido correctamente interpretada.

Poco después, realizando una furiosa carga mientras agitábamos furiosamente

nuestras lanzas, cruzamos al galope por entre las tiendas. Los perros, los niños y los esclavos se escabullían precipitadamente en busca de refugio mientras los animales ladraban, y los niños y los esclavos gritaban y reían a pleno pulmón. Cuando desmontamos frente a nuestras tiendas, los esclavos corrieron a tomar las riendas de nuestras monturas, los perros comenzaron a hacer cabriolas a nuestro alrededor mientras gruñían brindándonos su exuberante bienvenida y los niños se arrojaban sobre sus progenitores, sus tíos o sus hermanos exigiéndoles historias sobre la cabalgada y recuerdos de sus botines y persecuciones. A continuación, saludamos a nuestras mujeres.

Yo no poseía esposa, pero tenía una madre y dos hermanas, y las encontré aguardándome en la tienda del círculo interior, sentadas sobre un diván bajo cubierto, al igual que el suelo, con las coloridas mantas que nuestros esclavos tejían a partir de la lana de las ovejas. Me arrodillé frente a mi madre, tomé su mano y la besé, a continuación la besé en los labios y de la misma manera saludé a mis hermanas, comenzando por la mayor.

Esta era la costumbre entre mi pueblo, pero también constituía un placer hacerlo, pues amábamos a nuestras mujeres. Y si no fuera así, lo simularíamos, aunque tan solo fuera porque los Kalkars no las amaban. Eran unos puercos brutales.

A nuestras mujeres no se les permitía hacer uso de la palabra en el consejo de los hombres; con todo, su influencia en nuestras asambleas se hacía notar incluso desde su aislamiento en las tiendas interiores. Ciertamente, resultaba extraño que una madre no dejara oír su voz entre los hombres a través de su esposo o sus hijos, y lo conseguía gracias al amor y el respeto que sus hombres sentían por ella y no a base de regañarlos y machacarlos.

Nuestras mujeres eran maravillosas. Era a causa de ellas y de nuestra Bandera por lo que habíamos combatido contra nuestros enemigos a lo largo de todo mundo durante trescientos años. Era por ellas por las que continuaríamos adelante y los arrojaríamos al mar.

Mientras los esclavos preparaban la comida nocturna, me dediqué a charlar con mi madre y mis hermanas. Mis dos hermanos, el Buitre y Nube Lluviosa, se encontraban recostados a los pies de mi madre. El Buitre contaba dieciocho años, era un guerrero espléndido, un auténtico Julian.

Nube Lluviosa tenía por entonces dieciséis, creo que era la criatura más hermosa que jamás había visto. Acababa de convertirse en guerrero, pero su disposición era tan cariñosa y afectuosa que el hecho de arrebatar una vida humana parecía un acto absolutamente incongruente viniendo de él; y no obstante era un Julian, y no le quedaba otra alternativa.

Todo el mundo lo amaba y lo respetaba aunque él jamás había sobresalido en el uso de las armas, hacia las que no parecía sentirse atraído; sin embargo, lo respetaban porque todos sabían que era valiente y que sería capaz de luchar con tanto coraje como cualquiera de ellos, incluso careciendo del estómago para hacerlo. Personalmente, consideraba a Nube Lluviosa un guerrero tan valiente como yo, pues yo sabía bien que él llevaría a cabo tal tarea aunque le resultara odiosa, mientras que yo tan solo era capaz de llevar a cabo semejante tarea porque me gustaba.

El Buitre era muy semejante a mí tanto en su apariencia física como en su apetito por la sangre, de manera que dejábamos a Nube Lluviosa en casa para que se ocupara del cuidado de las mujeres y los niños, cosa que no resultaba en absoluto una humillación, pues se consideraba una responsabilidad altamente honorable y sagrada, y nosotros nos encaminábamos hacia donde indudablemente encontraríamos rivales contra los que

combatir; y si no encontrábamos alguno, continuaríamos hasta hallarlo. ¿Cuántas veces cabalgué a través de los senderos que cruzaban nuestras extensas fronteras anhelando encontrar algún jinete extraño contra el que enfrentar mi lanza?

No hacíamos preguntas cuando nos encontrábamos con un extraño y nos acercábamos lo suficiente como para distinguir el símbolo de su clan y saber que pertenecía a otra tribu y que él también estaba tan deseoso de entablar combate como nosotros, pues de lo contrario habría intentado evitarnos. Tirábamos de nuestras riendas cuando nos hallábamos a escasa distancia y preparábamos nuestras lanzas, a continuación cada uno decía su nombre en voz alta, y finalmente, soltando un juramento, caíamos el uno sobre el otro. Por último, uno de los dos se alejaba de la justa llevando una cabellera recién cortada y un caballo nuevo que sumar a su rebaño, mientras que el otro quedaba para alimentar a los buitres y los coyotes.

Dos o tres de nuestros enormes y peludos sabuesos entraron en la tienda y se tendieron entre nosotros mientras charlábamos con madre y las dos chicas, Nallah y Neeta. Tras mi madre y mis hermanas se encontraban acucilladas tres muchachas esclavas, listas para cumplir con sus deseos, pues nuestras mujeres no trabajaban. Se dedicaban a montar a caballo, pasear y nadar para mantener sus cuerpos fuertes y en forma para poder parir guerreros fuertes, pues el trabajo era indigno para ellas, al igual que lo era para nosotros.

Cazábamos y combatíamos y cuidábamos nuestros propios rebaños, pues aquella no era una tarea humillante, aunque el resto de los trabajos los llevaban a cabo los esclavos. Los encontramos aquí cuando llegamos a estas tierras. Siempre habían estado aquí; un pueblo estólido, de piel oscura, trenzadores de cestas y tejedores de alfombras, alfareros y trabajadores de la tierra. Éramos amables con ellos y ellos eran felices.

Los Kalkars, que nos habían precedido, no se portaban bien con ellos. Había pasado de padre a hijo, a lo largo de más de un centenar de años, la historia de la crueldad que los Kalkars habían ejercido sobre ellos, y sentían auténtico odio por aquellos recuerdos; y sin embargo, si se diera el caso de que nos viéramos expulsados de allí por los Kalkars, aquel sencillo pueblo se quedaría allí y volvería a servir a sus crueles amos, pues jamás abandonarían sus tierras.

Poseían unas extrañas leyendas en las que se hablaba de lejanos tiempos en los que grandes caballos de hierro atravesaban al galope el desierto mientras tiraban de tiendas de hierro llenas de gente, y señalaban los agujeros excavados en las laderas de las montañas a través de los cuales viajaban aquellos monstruos de hierro hasta los verdes valles junto al mar, y nos contaban de hombres que volaban como pájaros e igual de velozmente; pero, evidentemente, sabíamos que tales cosas jamás habían sido ciertas y que eran leyendas que sus ancianos y sus mujeres les contaban a los niños para entretenerlos. Sin embargo, nos gustaba escucharlos.

Le conté a mi madre mis planes de descender hasta el valle de los Kalkars tras las lluvias.

Se mantuvo un rato en silencio hasta que me respondió.

—Sí, por supuesto —me dijo—, no serías un Julian si no lo intentaras. Al menos una veintena de veces a lo largo de un centenar de años han invadido nuestros guerreros el valle de los Kalkars y han sido rechazados. Me habría gustado que hubieses tomado una esposa y hubieras dejado un hijo que pudiera ser llamado Julian XXI antes de embarcarte en una expedición de la que quizá no regreses. Piensa en ello, hijo mío, antes de seguir adelante. Un año o dos más no van a suponer ninguna diferencia. Pero tú eres Gran Jefe, y si decides ir no podremos hacer otra cosa que esperar aquí a tu regreso y rezar para que no

te suceda nada.

—No lo entiendes madre —le respondí—. Te he dicho que vamos a penetrar en la tierra de los Kalkars tras las lluvias. No he dicho nada de que regresemos. No te he dicho que vayáis a permanecer aquí a esperar nuestro regreso. Nos acompañaréis.

»La tribu de Julian descenderá hasta el valle de los Kalkars cuando pasen las lluvias, y llevará consigo a sus mujeres y sus niños y sus tiendas y todos sus rebaños y manadas y cualquier otra posesión que pueda transportarse, y no regresarán jamás para vivir en el desierto.

No me respondió, sino que se limitó a seguir sentada inmersa en sus pensamientos.

Al poco entró un esclavo para conducirnos a los guerreros hasta la comida de la noche. Las mujeres y los niños tomaban sus comidas en el interior de las tiendas, pero los guerreros nos sentábamos alrededor de una enorme mesa redonda llamada el Círculo del Consejo.

Aquella noche nos encontrábamos alrededor de ella un centenar de guerreros. Los esclavos, sujetando antorchas, como hacía el propio fuego de la hoguera que llameaba en el centro del círculo, nos proporcionaban luz. Los demás se mantuvieron en pie hasta que yo tomé asiento, señal que sirvió para que comenzara el banquete.

Varios esclavos nos sirvieron carne y vegetales: carne de res y carnero, ambos cocidos y a la parrilla, patatas, judías y maíz. También había cuencos de higos y uvas y ciruelas pasas. También nos trajeron venado y carne de oso y pescado.

Se produjeron largas charlas y una gran cantidad de carcajadas, espontáneas y escandalosas, pues la comida de la tarde en nuestro campamento era siempre un suceso excepcional.

Cabalgábamos hasta la extenuación, cabalgábamos continuamente y cabalgábamos enormes distancias; siempre nos encontrábamos luchando y pasábamos largas temporadas lejos de casa.

Por tanto, siempre disponíamos de muy escasos alimentos y nada de beber más que agua, que siempre estaba caliente y sucia y escaseaba en nuestros territorios.

Nos encontrábamos sentados en un largo banco que rodeaba el perímetro de la mesa, y en el mismo momento en que tomé asiento los esclavos comenzaron a traernos platos de comida que nos presentaban desde el interior de la mesa. A medida que depositaban los alimentos frente a cada guerrero, este se levantaba y se inclinaba sobre la mesa, tomaba una porción del alimento con el pulgar y un dedo y la cortaba limpiamente con su afilado cuchillo. Los esclavos pasaban en lenta procesión, sin pausa, y había un constante relampagueo de cuchillos y de cambios de colores de guerra cuando los guerreros se levantaban y se inclinaban sobre la mesa a medida que la móvil luz de las llamas jugaba sobre sus cabezas y sus ornamentos metálicos y las coloridas plumas de sus diademas. ¡Y el ruido!

Una veintena de peludos perros husmeaban acá y allá por entre los guerreros buscando los restos que los guerreros les arrojaban; eran unas bestias enormes y salvajes criadas para proteger nuestros rebaños de los coyotes y los lobos, la Jauría del Infierno y los leones, y eran más que capaces de hacerlo.

A medida que los guerreros terminaron de comer, el barullo fue calmándose y, a una orden mía, un joven que se encontraba en cuclillas a mi lado extrajo un profundo sonido de un tambor.

Se produjo el silencio instantáneamente. Entonces hablé:

—A lo largo de cientos de años hemos morado bajo el calor de este desnudo erial

mientras nuestros enemigos ocupan un exuberante jardín y sus mejillas se ven acariciadas por las refrescantes brisas del mar. Ellos viven en la abundancia; sus mujeres comen deliciosos frutos, recién recogidos de los árboles, mientras que las nuestras deben contentarse con nuestra seca y arrugada existencia.

»Poseen diez esclavos para llevar a cabo sus trabajos por cada uno que nosotros poseemos; sus rebaños y manadas disfrutan de pastos frescos y corrientes de agua junto a las tiendas de sus amos, mientras que nuestros animales deben buscar su escaso alimento a lo largo de miles de millas cuadradas de desierto arenoso y rocas. Pero estas cosas son las que menos hieren el espíritu del Halcón Rojo. El vino se torna amargo en mi boca cuando recorro con el ojo de mi mente los ricos valles de los Kalkars y recuerdo que tan solo allí, en todo el mundo, no ondea la Bandera. —Un profundo gruñido surgió de las fieras gargantas—. Desde mi juventud he atesorado un anhelo en mi pecho para el día en que la manta de Gran Jefe reposara sobre mis hombros. Ese día ha llegado, y esperaré a que pase por completo el tiempo de las lluvias antes de hacer que esa idea se vuelva una realidad. Veinte veces durante un centenar de años han penetrado a la fuerza los guerreros de Julian en el territorio de los Kalkars, pero sus mujeres y sus hijos y sus rebaños han quedado siempre atrás, en el desierto... un argumento indiscutible para su regreso.

»No volverá a suceder algo así. En abril la tribu de Julian abandonará el desierto para siempre. Con nuestras tiendas y nuestras mujeres y nuestros rebaños y manadas descenderemos y viviremos entre los naranjos. Esta vez no habrá regreso. Yo, el Halcón Rojo, he hablado.

El Lobo se puso en pie de un salto, con la hoja desnuda brillante a la luz de las antorchas.

—¡Por la Bandera! —gritó.

Un centenar de guerreros se alzaron, un centenar de hojas se elevaron, brillando sobre nuestras cabezas.

—¡Por la Bandera! ¡Por la Bandera!

Me subí a la mesa y alcé una enorme jarra de vino en el aire.

—¡Por la Bandera! —volví a gritar y todos bebimos hasta apurar nuestras jarras.

Y entonces entraron las mujeres, mi madre portando la Bandera, enrollada en un largo mástil.

Se detuvo al pie de la mesa, el resto de las mujeres se agolparon a sus espaldas, y desató los cordones que la cerraban y la Bandera se desplegó con la brisa del desierto y todos nos arrodillamos e inclinamos la cabeza ante aquel desvaído trozo de tela que había pasado de padres a hijos a través de todas las vicisitudes y sufrimientos y derramamientos de sangre de aquellos más de quinientos años desde el día en que Julian I la portó hacia la victoria en una larga y olvidada guerra.

Esta, nuestra Bandera, se conocía entre todas las demás banderas como la Bandera de Argonne, aunque el origen y el significado de aquella palabra que la describe se habían perdido entre las brumas del tiempo. Era de barras alternas rojas y blancas, con un cuadrado azul en una esquina en la que se encontraban bordadas una multitud de estrellas blancas. El color blanco se había vuelto amarillo con el paso del tiempo, y el azul y el rojo se habían desvaído, y en algunos lugares estaba desgarrada, y estaba salpicada de manchas marrones; la sangre de los Julian que murieron protegiéndola y la de nuestros enemigos. Nos llenaba de asombro, pues poseía poder sobre la vida y la muerte, y traía las lluvias y los vientos y el trueno. Por eso nos inclinábamos ante ella.

II Éxodo

Abril llegó, y con él también llegaron los clanes atendiendo a mi convocatoria. En breve, el riesgo de lluvias torrenciales en los valles costeros se reduciría al mínimo. Para un ejército habría resultado fatal ser sorprendido por las lluvias en aquella zona, pues el fango es profundo y espeso y nuestros caballos habrían quedado atascados en aquel lodazal y los Kalkars habrían caído sobre nosotros y nos habrían destruido.

Nos superaban grandemente en número, así que nuestra única esperanza residía en la movilidad. Éramos conscientes de que la habíamos reducido al llevar con nosotros a nuestras mujeres y nuestros rebaños, pero teníamos el convencimiento de que nuestra situación sería tan desesperada que no nos quedaría otra opción más que conquistar el territorio, pues la única alternativa posible a la victoria era la muerte... la muerte para nosotros y un destino peor para nuestras mujeres e hijos.

Los clanes llevaban dos días concentrándose, y todos habían acudido: unas cincuenta mil almas; y los caballos, cabezas de ganado y ovejas debían contarse por miles de miles, pues nuestra ganadería era rica. Durante los dos últimos meses, siguiendo mis órdenes, todos nuestros cerdos habían sido sacrificados y su carne ahumada, pues nuestra larga marcha a través del desierto no podía verse entorpecida por ellos, aun cuando hubieran sobrevivido.

En aquella época del año podía encontrarse agua y algo de alimento en el desierto, pero nuestra marcha sería dura y terrible. Perderíamos muchas cabezas de ganado, una de cada diez quizá; aunque el Lobo opinaba que serían cinco de cada diez.

Comenzaríamos nuestro viaje al día siguiente, una hora antes de la salida del sol, con una marcha corta de unas diez millas hasta un lugar donde había una corriente de agua que corría junto a un camino que utilizaban los antiguos. Resultaba extraño recorrer el desierto contemplando las evidencias de sus grandes logros. Tras quinientos años, la ubicación de sus caminos tan bien nivelados, con sus amplias y suaves curvas, resultaba muy sencilla. Se trataba de un sendero estrecho, pero existían evidencias de otro, mucho más amplio, que descubríamos ocasionalmente. Seguía la dirección de otro camino, y lo cruzaba una y otra vez sin motivo aparente. El viento casi lo había destruido, y la lluvia lo había ido borrando a lo largo de las eras.

Tan solo las zonas construidas con un material semejante a la piedra habían resistido.

¡Las molestias que se tomaban los antiguos por aquellas cosas! ¡El tiempo, los hombres y el esfuerzo que malgastaron! ¿Y para qué? Habían desaparecido, y sus obras con ellos.

Aquella primera noche, mientras cabalgábamos, Nube Lluviosa se mantenía junto a mí con la mirada fija en las estrellas, tal y como era su costumbre.

—Pronto lo sabrás todo sobre ellas —le dije riendo—, pues siempre te sorprendo espiándolas. Cuéntame algo de sus secretos.

—Los estoy aprendiendo —me respondió seriamente.

—Tan solo la Bandera, que las puso allí para que iluminaran nuestros caminos, los conoce —le recordé.

Mi hermano meneó la cabeza.

—Creo que estaban allí mucho antes de que existiera la Bandera.

—¡Calla! —le reprendí—. No blasfemes contra la Bandera.

—No blasfemo contra ella —replicó—. Para mí es lo más importante. La adoro tanto como tú, y sin embargo pienso que las estrellas son más ancianas que la Bandera, al igual que la Tierra ha de serlo.

—La Bandera creó la Tierra —le recordé.

—¿Y entonces dónde se encontraba antes de que crease la Tierra? —me preguntó.

Me rasqué la cabeza.

—No nos corresponde a nosotros hacernos tales preguntas —le respondí—. Es suficiente que nuestros padres nos contaran que fue así. ¿A qué viene que te preguntes tales cosas?

—Me gustaría saber la verdad.

—¿Y qué bien te haría? —le pregunté.

Esta vez le tocó a Nube Lluviosa rascarse la cabeza.

—No está bien ser un ignorante —afirmó finalmente—. Más allá de este desierto, hacia donde quiera que haya cabalgado, he visto colinas. Ignoro qué hay más allá de ellas. Me gustaría verlo.

»Hacia el este se encuentra el océano. Quizá lleguemos a él mientras esté vivo. Construiré una canoa y atravesaré el océano y veré qué hay más allá.

—Llegarás al borde del mundo y caerás por él, y ese será tu final y el de tu canoa.

—No lo sé —me respondió—. Tú crees que la Tierra es plana.

—¿Y quién no habría de pensarlo? ¿Acaso no vemos que es plana? Mira a tu alrededor... es una torta grande y redonda.

—¿Con tierra en su centro y agua a su alrededor? —me preguntó.

—Por supuesto.

—¿Y qué evita que el agua caiga por los bordes? —me exigió saber.

Jamás había pensado en ello, así que le respondí con el único argumento que se me ocurrió en aquel momento.

—La Bandera, evidentemente —afirmé.

—No seas tonto, hermano mío —me dijo Nube Lluviosa—. Eres un gran guerrero y un jefe poderoso; pero deberías ser más sabio, pues el hombre sabio sabe que nada, ni tan siquiera la Bandera, puede evitar que el agua corra colina abajo si no se la confina.

—Entonces debe estar confinada —argüí—. Debe haber tierra que evita que el agua caiga por el borde del mundo.

—¿Y qué hay más allá de esa tierra?

—Nada —repliqué con confianza.

—¿Y sobre qué se mantienen las colinas? ¿Sobre qué reposa la Tierra?

—Flota sobre un gran océano —le expliqué.

—¿Rodeada de colinas que evitan que el agua se desborde?

—Así lo creo.

—¿Y qué sostiene ese océano y esas colinas? —continuó.

—No seas necio —le dije—. Supongo que debe haber otro océano bajo el primero.

—¿Y qué sostiene todo eso?

Creí que jamás se detendría. No me lo pasaba nada bien pensando en asuntos tan inútiles.

Resultaba una pérdida de tiempo, aunque ahora que me había obligado a comenzar a meditar, comprendí que me vería obligado a continuar adelante hasta que se sintiera satisfecho. De alguna manera estaba comenzando a sospechar que mi querido y pequeño

Nube Lluviosa se lo estaba pasando en grande a costa de hacerme sentir ridículo, de manera que me obligué a pensar sobre ello, y cuando hube terminado de hacerlo comprendí lo absurdo de las creencias que sosteníamos.

—Tan solo sabemos de las tierras que podemos ver y de los océanos que sabemos que existen gracias a que otros los han visto —le dije finalmente—. Estas cosas, por lo que sabemos, forman la Tierra. Ignoramos qué sostiene la Tierra, pero es indudable que flota en el aire tal y como lo hacen las nubes. ¿Estás ya satisfecho?

—Pues ahora te voy a contar lo que yo pienso —me dijo—. He estado observando el Sol, la Luna y las estrellas todas las noches desde que tenía la edad suficiente para pensar en otras cosas que no fuera el pecho de mi madre. He visto, al igual que tú, al igual que puede ver cualquiera que tenga ojos, que el Sol, la Luna y las estrellas son redondos como las naranjas. Siempre recorren el mismo camino a través del aire, aunque no todos lo hacen a través de la misma senda. ¿Por qué debería ser diferente la Tierra? Probablemente no lo es. También es redonda y recorre su camino. Ignoro qué evita que todos caigan.

Me eché a reír ante aquel discurso, y llamé a Nallah, nuestra hermana, que cabalgaba cerca de nosotros.

—Nube Lluviosa cree que la Tierra es redonda como una naranja.

—Pues nos resbalaríamos, si eso fuera verdad —me dijo.

—Sí, y toda el agua caería afuera —añadí.

—No obstante, hay algo que no llego a entender —admitió Nube Lluviosa—, aunque aun así creo que tengo razón. Hay tanto que ninguno de nosotros sabemos. Nallah ha dicho que el agua caería fuera de la Tierra si esta fuera redonda. ¿Alguna vez os habéis parado a pensar que toda el agua en movimiento corre siempre hacia abajo desde los lugares más altos? ¿Cómo lo hace para regresar?

—Las lluvias y nieves —repliqué con presteza.

—¿Y estas de dónde vienen?

—Lo ignoro.

—Hay tanto que ignoramos —suspiró Nube Lluviosa—; y no obstante, todos nuestros pensamientos los dedicamos a la lucha. Me sentiré muy contento cuando hayamos arrojado al último de los Kalkars al mar, pues así algunos de nosotros podremos sentarnos en paz y pensar.

—Se nos ha transmitido que los antiguos se enorgullecían de sus conocimientos, ¿pero qué provecho sacaron de todo ello? Creo que nosotros somos más felices. Debieron esforzarse toda su vida para hacer las cosas que hicieron y para llegar a saber todas las cosas que sabían, y no obstante no pudieron comer o dormir o beber en toda su existencia más que nosotros. Y ahora han desaparecido para siempre de la faz de la Tierra y lo mismo ha sucedido con sus obras, y todo su conocimiento se ha perdido.

—Y en nuestro momento, nosotros desapareceremos —añadió Nube Lluviosa.

—Y dejaremos tras nosotros tanto como ellos dejaron para aquellos que nos sigan —repliqué.

—Quizá tengas razón, Halcón Rojo —me dijo Nube Lluviosa—, y sin embargo no puedo evitar querer saber más de lo que sé.

La segunda marcha también se llevó a cabo durante la noche, y fue un poco más larga que la primera. Teníamos una buena luna, y la noche en el desierto era brillante. La tercera marcha se extendió a lo largo de unas veinticinco millas; y la cuarta, más corta, tan solo cubrió diez millas.

Y allí abandonamos el sendero de los antiguos y tomamos un rumbo sudoriental

hacia otro sendero que seguía una serie de corrientes de agua que provocaron que el resto del viaje se resolviera a base de marchas cortas hasta que alcanzáramos un lago que nuestros esclavos llamaban lago del Oso.

Evidentemente, aquel camino era bien conocido por todos nosotros, y todos sabíamos lo que nos esperaba más adelante durante la temida quinta marcha, que sería terrible, con mucho la peor de todas. Atravesaba una zona del desierto escabrosa y rota que cruzaba una cadena de montañas desnudas. Serpenteaba a lo largo de cuarenta y cinco achicharradas millas de pozo a pozo.

Para tan solo jinetes aquello supondría una ardua marcha, pero acompañados de ganado y rebaños de ovejas a los que guiar a través de un erial carente de agua aquella sería una misión terrible. Cada bestia lo suficientemente fuerte cargaba con sacos de forraje, avena o cebada, pues no podíamos depender por completo del escaso alimento que ofrecía el desierto para alimentar a una caravana tan numerosa; pero agua no podíamos transportar en cantidades suficientes para dar de beber a todas las cabezas de ganado. Llevábamos suficiente, no obstante, para dar de beber a las mujeres y a los niños menores de dieciséis años durante una marcha larga y para que tomaran toda la que quisieran las madres lactantes y los niños menores de diez años durante las marchas cortas.

Descansamos una jornada entera antes de comenzar la quinta marcha, que se inició tres horas antes de la puesta del sol. Partimos desde cincuenta campamentos en cincuenta filas paralelas.

Cada hombre, mujer y niño iba montado. Las mujeres llevaban a los niños menores de cinco años, por lo general sentados tras la mujer a horcajadas sobre una manta cruzada sobre la grupa del caballo. El resto cabalgaba solo. La mayor parte de los guerreros y todas las mujeres y los niños se habían dispuesto delante del ganado, que seguía nuestra marcha lentamente, vigilado a los lados por varios jinetes y seguido por una retaguardia de guerreros.

Un centenar de los jinetes más veloces cabalgaba a la cabeza de la columna, y a medida que la noche avanzaba aumentaron gradualmente su distancia hasta que se perdieron de vista de la caravana. Su misión consistía en llegar al siguiente campamento antes que los demás y llenar los tanques de agua que los esclavos habían estado preparando durante los dos meses anteriores.

Nos llevamos muy pocos esclavos; tan solo servidores personales para las mujeres y aquellos que no habían querido separarse de sus amos y que habían sido elegidos para acompañarnos; pues la mayor parte de los esclavos había preferido quedarse en su territorio, y nosotros accedimos a ello, pues aquello supondría menos bocas que alimentar durante aquel largo viaje, y sabíamos que en los territorios de los Kalkars encontraríamos gran cantidad de ellos para que los sustituyeran, pues pensábamos arrebatárselos a los Kalkars que matáramos.

Tras cinco horas de marcha habíamos formado una columna que se extendía a lo largo de diez millas, mientras que los jinetes que nos flanqueaban se mantenían a una distancia de media milla; sin embargo, nada teníamos que temer de un ataque por parte de un enemigo humano, pues el propio desierto era nuestra mejor defensa. Tan solo nosotros, los habitantes del desierto, conocíamos sus caminos y sus pozos de agua, tan solo nosotros estábamos endurecidos ante la dureza de su desnudez, su calor y su crueldad.

Pero teníamos otros enemigos, y durante aquella larga marcha se mantuvieron tenazmente en nuestros flancos, rodeando prácticamente las grandes manadas con un cordón de ojos brillantes y colmillos veloces: los coyotes, los lobos y la Jauría del Infierno.

Pobre de aquella oveja o vaca apartada del resto y que quedara aislada de la protección de los flanqueadores o de la retaguardia.

Un coro salvaje, un movimiento fugaz y la desgraciada criatura quedaba literalmente despedazada en aquel mismo lugar. Una mujer o un niño junto con su montura podrían encontrarse con una muerte similar, e incluso un guerrero solitario podía verse expuesto a aquel peligro. Si aquellas bestias hubieran sido conscientes de sus propias fuerzas, tengo el convencimiento de que nos habrían exterminado, tan apabullante era su número; tan solo durante aquella larga marcha su número debió elevarse hasta un millar de bestias acosándonos.

Sin embargo, aquellas fieras nos tenían un gran temor, pues nos habíamos enfrentado a ellas ininterrumpidamente durante cientos de años y el temor que sentían hacia nosotros había arraigado en sus instintos. Tan solo se atrevían a atacar a un guerrero veterano cuando se habían reunido en gran número y el hambre extremo las espoleaba. Nos mantuvieron muy ocupados durante todas las noches de aquella agotadora marcha, y también mantuvieron muy ocupados a nuestros peludos sabuesos. Los coyotes y los lobos era una presa muy fácil para ellos, pero la Jauría del Infierno suponía todo un reto y era nuestro enemigo más temido. Nuestros perros, que sumados a los de los otros cincuenta clanes debían sumar un total de dos mil ejemplares, se aplicaron con incansable eficacia y un mínimo de esfuerzo inútil durante aquella marcha.

Cuando acampábamos, luchaban incansablemente entre ellos, pero jamás durante la marcha.

Una vez que acampábamos, se permitían perseguir fútilmente a los conejos, pero cuando estábamos en marcha jamás gastaban sus energías inútilmente. Los perros de cada clan tenían su propio líder de la manada, que por lo general era un perro experimentado propiedad del montero del clan. El Buitre era nuestro montero, y su perro, el viejo *Lonay*, el líder de la manada. Llevaba a cabo su tarea y dirigía su manada sin apenas una orden por parte del Buitre, que poseía unos cincuenta animales en su rehala; a veinticinco los situaba a intervalos regulares entre el ganado, mientras que el viejo *Lonay* se llevaba a los veinticinco restantes a la retaguardia.

Un ladrido corto y agudo de unos de sus centinelas avisaba del ataque, y conducía a *Lonay* y sus perros al rescate. A veces se producía un ataque masivo por parte de los coyotes, los lobos y la Jauría del Infierno simultáneamente desde dos o tres lugares, y era entonces cuando la disciplina y la inteligencia del viejo *Lonay* y su rehala hacían mérito del afecto y la amistad que sentíamos por aquellas enormes y peludas bestias.

Girando rápidamente dos o tres veces, *Lonay* emitía una serie de profundos gruñidos y ladridos e inmediatamente la manada se dividía en dos, tres o más unidades, cada una de las cuales echaba a correr hacia un lugar diferente del ataque. Si en algún momento se veían superados por el número y la seguridad del ganado quedaba expuesta, emitían un ensordecedor aullido al unísono indicando que necesitaban la ayuda de los guerreros; una señal que jamás quedaba desatendida. En aquellos casos, al igual que en la caza, los perros de las demás rehalas llegaban al rescate, y todos trabajaban en perfecta armonía, aun cuando si a uno de aquellos mismos perros, media hora más tarde, se le hubiera ocurrido penetrar en un campamento ajeno los demás lo habrían despedazado.

Pero basta de estas historias y de aquella larga y agotadora marcha. En su momento llegó a su final. Todos aquellos años que había dedicado a pensar en ello, los dos meses de preparativos que habían precedido al viaje, nuestra enorme cantidad de víveres, la disposición y ánimo de mi pueblo, todo dio su fruto y llevamos a término todo aquello sin

perder un solo hombre, mujer o niño y con unas pérdidas en nuestras manadas y ganado de menos de dos de cada cien cabezas.

El cruce de las montañas durante aquella memorable quinta marcha fue lo más duro de todo aquello, ya que la mayor parte de las ovejas y los corderos que perdimos se debió a que cayeron al vacío.

Tras dos días de descanso llegamos, al finalizar la décima marcha y el décimo día, hasta el lago llamado del Oso y hasta el rico territorio que lo rodeaba, rebosante de alimento y caza. Allí abundaban las cabras salvajes, los ciervos y las ovejas silvestres; así como los conejos, las codornices y los pavos, y los maravillosos toros salvajes que, según las leyendas de nuestros esclavos, descendían del ganado de los antiguos.

No entraba en mis planes que permaneciéramos en aquel lugar más de lo necesario para que el ganado recuperara fuerzas y ánimos. Nuestras monturas no estaban cansadas, ya que habíamos dispuesto de suficientes caballos como para cambiarlos frecuentemente. De hecho, los guerreros no habíamos cabalgado en ningún momento sobre nuestros caballos de batalla durante aquel viaje. *Rayo Rojo* penetró en aquel último campamento bien alimentado y lustroso.

Haber permanecido durante más tiempo en aquel lugar habría supuesto advertir a nuestro enemigo de nuestros planes, pues los Kalkars y sus esclavos cazaban en aquellas montañas vecinas a su territorio, y si un cazador hubiera visto aquel inmenso campamento de los Julianes, nuestra llegada habría sido transmitida a lo largo de todo el valle en un solo día, y nuestro propósito habría sido advertido por todos.

Así que, tras un día de descanso, envié al Lobo y a un millar de guerreros hacia el oeste, hacia el paso principal de los antiguos, con la orden de que simularan que intentaríamos penetrar en el valle por la fuerza por aquel punto. Durante tres días debía intentar llevar a cabo un falso avance, y durante ese plazo yo debía expulsar a todos los combatientes Kalkars del valle situado al sudoeste del lago del Oso. Mis centinelas estaban dispuestos sobre cualquier promontorio que les facilitara una vista de los valles y los caminos que discurrían entre el paso principal de los antiguos y el que habríamos de tomar para caer desde el lago del Oso hasta los campos y sembrados de los Kalkars.

El tercer día pasó en medio de preparativos. La última flecha quedó preparada y repartida.

Revisamos el cuero de nuestras sillas y las bridas. Aguzamos el filo de nuestras espadas y cuchillos una vez más y cambiamos las puntas de nuestras lanzas por otras más afiladas.

Nuestras mujeres mezclaron las pinturas de guerra y volvieron a empaquetar nuestras pertenencias para otra marcha. Reunieron el ganado y lo dispusieron en manadas muy compactas y cerradas.

Los jinetes me informaban a intervalos de las novedades de los puestos de vigía y del sendero que nos llevaría hasta las granjas Kalkars. Ningún enemigo nos había visto, pero que habían visto al Lobo y a sus guerreros nos resultaba más que evidente por los informes que nos llegaban desde los puestos de vigía y que nos informaban que los caminos del oeste y del sur hervían de guerreros Kalkars que se dirigían a defender el paso de los antiguos.

Durante el tercer día descendimos sin prisas por los senderos de la montaña, y a la caída de la noche nuestra vanguardia de un millar de guerreros se desplegó por los campos de los Kalkars.

Dejando atrás un millar de guerreros, la mayor parte de ellos jóvenes, para que

protegeran a las mujeres, los niños, el ganado y las caballerías, me dirigí velozmente hacia el noroeste hacia el paso de los antiguos a la cabeza de más de veinte mil guerreros.

Habíamos conducido a nuestros caballos de batalla lentamente durante el descenso de las montañas mientras montábamos otros animales, y no fue hasta que estuvimos preparados para iniciar la galopada de veinticinco millas hasta el paso de los antiguos que ensillamos y montamos aquellos animales de los que dependería aquella noche el destino de los Julianes. Como consecuencia, nuestros animales estaban frescos gracias a aquel descanso de dos semanas. Tres horas al galope nos llevarían hasta el flanco de nuestros enemigos.

A la Roca, un guerrero valiente y veterano, lo había dejado en retaguardia para que protegiera a las mujeres, a los niños y el ganado. Serpiente de Cascabel, junto con cinco mil guerreros, avanzaba por una ruta más oriental que, tras quince millas, le haría caer sobre la retaguardia del enemigo mientras yo atacaba sobre el otro extremo; en ese momento debía maniobrar para situarse entre el cuerpo principal del enemigo, situado al pie del paso, y su fuente de suministros y refuerzos.

Con el Lobo, las montañas y el desierto a un lado y Serpiente de Cascabel y yo bloqueándolos al sur y al sudeste, la posición de los Kalkars sería desesperada.

Hacia la medianoche ordené un alto en espera de los informes de los exploradores que nos habían precedido y no pasó mucho tiempo hasta que comenzaron a llegar. Por sus informes supe que los fuegos de los campamentos Kalkars eran visibles desde un alto a menos de una milla. Di la señal de avanzar.

Lentamente, la gran masa de guerreros se movió hacia adelante. El camino descendía durante un corto trecho hacia un pequeño valle y a continuación volvía a ascender hasta la cima de una cadena de colinas bajas sobre las que, unos pocos minutos más tarde, tiré de las riendas de *Rayo Rojo*.

Ante mis ojos se extendía un amplio valle bañado por la suave luz de la Luna y de las estrellas. Reconocí unas masas oscuras que se recortaban en primer término como un naranjal incluso sin la ayuda del dulce olor de sus flores, que flotaba sobre el valle gracias al aire inmóvil.

Más allá, hacia el noroeste, una enorme porción del terreno estaba punteada por los mortecinos fuegos de campamento.

Me llené los pulmones con aquel aire frío y dulce; sentí que mis nervios se estremecían y una oleada de excitada alegría me recorrió el cuerpo; *Rayo Rojo* tembló bajo mis piernas. ¡Tras casi cuatrocientos años, un Julian se alzaba en el umbral de la venganza final!

III Armagedón

Avanzamos silenciosamente por entre los naranjales, cerca, cada vez más cerca, de nuestro enemigo dormido. En algún lugar al oeste de nosotros, bajo la plateada Luna, Serpiente de Cascabel se aproximaba furtivamente para iniciar el ataque. Poco después, la quietud de la noche quedaría rota por el estruendo de sus tambores de guerra y los ásperos gritos de su salvaje horda.

Aquella sería la señal para que el Lobo bajara de las alturas montañosas para caer sobre el enemigo y el Halcón Rojo cargara desde los naranjales para clavar sus colmillos y sus garras en la odiada carne de los Kalkars, mientras que Serpiente de Cascabel atacaría a sus espaldas.

Esperamos en silencio la señal de Serpiente de Cascabel. Un millar de arqueros ansiosos por dejar escapar las flechas que guardaban en sus aljabas; las espadas reajustadas en sus vainas para que las empuñaduras permanecieran a mano; los hombres escupiéndose en la mano derecha para asegurar el agarre de la lanza. La noche se arrastraba ante el amanecer.

El éxito de mi plan dependía de lo inesperado del ataque mientras nuestro enemigo dormía.

Sabía que Serpiente de Cascabel no me fallaría, pero algo debía haberlo retrasado. Di la señal de avanzar en silencio. Nos movimos como sombras a través de los naranjos y nos desplegamos en un frente de dos millas, con un millar de arqueros en primera línea y, tras ellos, líneas y más líneas de lanceros y espadachines.

Avanzamos lentamente hacia el campamento dormido. ¡Cómo era posible que aquellos estúpidos y perezosos Kalkars no hubieran dispuesto centinelas! Indudablemente, debían estar todos en el frente que había abierto el Lobo. Debían estar listos para hacer frente a un enemigo que eran capaces de ver, pero no disponían de la imaginación suficiente como para prever otra situación.

Tan solo el desierto y su enorme número habían evitado que fueran exterminados durante los últimos cien años.

Éramos capaces de ver ya, a no más de una milla, los resplandores ocasionales de los restos agonizantes de las hogueras más cercanas, y entonces, desde el distante este, avanzó como un trueno el apagado retumbo de los lejanos tambores de guerra. Siguió un momentáneo silencio y, a continuación, me ensordecieron los gritos de guerra de nuestro pueblo. A mi señal, nuestros propios tambores desgarraron el silencio que nos rodeaba.

Aquella fue la señal para cargar. Desde veinte mil gargantas salieron los terribles gritos de batalla, veinte mil pares de riendas fueron soltadas, y ochenta mil cascos herrados hicieron que la tierra temblara mientras se precipitaban sobre un sorprendido enemigo, y desde las alturas llegó el gruñido de los tambores del Lobo y los espectrales aullidos de su horda pintada.

Ya despuntaba el alba cuando caímos de lleno sobre el campamento. Nuestros arqueros, guiando sus monturas con las rodillas y la inclinación de sus cuerpos, galopaban a través de los desconcertados Kalkars lanzando sus flechas armadas con púas contra aquella maldita multitud aullante que huía ante ellos tan solo para ir a derrumbarse bajo las pezuñas de nuestros caballos.

Tras los arqueros cargaban los lanceros y los espadachines, lanceando y tajando a

aquellos que habían sobrevivido. Desde nuestra izquierda nos llegó el tumulto del asalto de Serpiente de Cascabel, y allá adelante, por encima de nosotros, oímos los sonidos de batalla que proclamaban que el Lobo había caído sobre el enemigo.

Frente a mí pude ver las tiendas de los líderes Kalkars, así que espoleé a *Rayo Rojo* hacia ellas. Allí debían estar los representantes de la casa de Or-tis, y allí se formaría el centro de la batalla.

Frente a nosotros, los Kalkars comenzaban a formar con cierto orden para intentar hacernos frente y repelernos. Eran hombres muy grandes y guerreros feroces, pero pude advertir que nuestro ataque sorpresa los había desmoralizado. Cedieron ante nuestra embestida antes de que sus jefes pudieran organizarlos para que resistieran, aunque volvían a cerrar filas una y otra vez.

Ahora avanzábamos más lentamente y la batalla había degenerado en combates cuerpo a cuerpo; estaban aguantando a pie firme, pero no nos habían detenido. Tan grande era su número que, aun cuando hubieran estado desarmados, a nuestros caballos les habría costado un gran esfuerzo abrirse camino entre sus apiñadas filas.

Tras su primera línea ya estaban comenzando a ensillar y a montar, cosa que habían sido incapaces de hacer aquellos que habían tenido que soportar el embate de nuestra primera carga.

Habíamos cortado las cordadas en las que habían estado atados sus caballos y los habíamos conducido, aterrorizados, frente a nosotros para confundir aún más a nuestro enemigo. Caballos sin jinete corrían salvajemente de acá para allá, tanto de los Kalkars como de los nuestros, cuyos amos habían caído en la batalla.

El tumulto era aterrador, pues a los aullidos de los heridos y los gritos de los agonizantes había que sumar los relinchos de los caballos lastimados y los roncros alaridos salvajes de los hombres enloquecidos por la batalla y, por debajo de todo ello, el sordo retumbar de los tambores de guerra. Sobre nuestras cabezas ondeaba la Bandera, no la Bandera de Argonne, sino un duplicado rodeado por tambores y piqueros.

La Bandera y los tambores avanzaban a medida que nosotros lo hacíamos. Y junto a mí avanzaba la bandera del clan de mi familia con el Halcón Rojo en ella, y a su lado los tambores.

En suma, se encontraban presentes aquel día en el campo de batalla un centenar de enseñas de diferentes clanes, y los tambores de cada familia retumbaban incesantemente desafiando al enemigo.

Sus jinetes ya habían formado, y los infantes se estaban reuniendo tras ellos, y poco después un líder Kalkar a lomos de un enorme caballo me hizo frente. Mi hoja ya estaba cubierta de sangre. Hacía tiempo que había arrojado mi lanza, pues nos encontrábamos combatiendo a muy corta distancia y me habría resultado inútil, pero el Kalkar todavía empuñaba la suya y apenas nos separaba una corta distancia; no obstante, se agachó sobre su silla, picó espuelas y cargó contra mí.

Era un hombre muy grande, como la mayoría de los Kalkars, pues con ese objetivo habían sido criados a lo largo de quinientos años, y muchos de ellos llegaban a los dos metros diez e incluso más. Tenía un aspecto muy fiero con aquellos bigotes negros y sus ojos inyectados en sangre.

Llevaba un casco de hierro para protegerse la cabeza de los tajos de las espadas y un peto de hierro lo protegía contra lanzazos o cuchilladas o flechazos. Nosotros, los Julianes, o americanos, despreciábamos tales protecciones y confiábamos en nuestra habilidad y agilidad sin entorpecernos ni a nosotros ni a nuestros caballos con el peso de todo aquel

metal.

Llevaba mi escudo ligero en el brazo izquierdo y empuñaba mi espada de doble filo con la mano derecha. Una presión con las rodillas, una ligera inclinación de mi cuerpo y una palabra susurrada en su puntiaguda oreja era todo lo necesario para que *Rayo Rojo* respondiera a mis deseos, incluso sin sujetar sus riendas.

Aquel individuo cayó sobre mí soltando un estruendoso aullido y *Rayo Rojo* saltó a su encuentro. La lanza del Kalkar apuntaba directamente a mi pecho, y yo tan solo disponía de mi espada para defenderme de su lanzada, y hubiera acabado conmigo en ese mismo instante si yo hubiera intentado desviarla de esta manera, pues los Kalkars portan lanzas muy pesadas y aquella estaba manejada por un individuo muy grande a lomos de un caballo enorme.

Esos detalles son los que marcan la diferencia, se lo digo por mi amplia experiencia. El peso tras la lanza cuenta mucho en el éxito o fracaso de muchos combates. Una espada puede enfrentarse contra una lanza pesada, aunque no con la velocidad de una jabalina, y la punta de la lanza por lo general ha penetrado tres pies en tu cuerpo antes de que tu espada sea capaz de desviar el lanzazo... tres pies dentro de tu cuerpo con todo el impulso que es capaz de aplicarle un caballo al galope.

Debes procurar aplicar tu golpe rápidamente y con gran potencia si tu intención es la de desviar la punta de la lanza aunque sean unas pocas pulgadas durante esa fracción de segundo antes de que penetre en tu carne.

Habitualmente solía realizar esta maniobra con un tajo muy poderoso hacia abajo y hacia afuera, pero con semejante movimiento siempre se corría el peligro de golpear la cabeza del caballo a menos que te alzaras sobre los estribos y te inclinaras todo lo posible hacia adelante antes de aplicar el golpe, de manera que, en realidad, tu golpe pasara frente al hocico del caballo.

Esta era la mejor forma de desviar una lanzada dirigida al vientre o el estómago, pero aquel amigo iba a por mi pecho, y para que mi defensa hubiera tenido algún efecto, habría tenido que desviar demasiado la punta de su lanza en el poco tiempo que me quedaba para que mi defensa hubiera tenido algún éxito. Así que me decidí por cambiar de táctica.

Con la mano derecha me agarré a la crin de *Rayo Rojo* y, en el mismo instante en que el Kalkar quedaba convencido de que su lanza me atravesaría el pecho, me tiré de la silla hacia un lado y quedé pegado al costado de *Rayo Rojo* mientras que lanza y Kalkar pasaban sin efecto alguno sobre una silla vacía. Vacía durante un instante, sin embargo.

Volví a subirme a la silla en el mismo momento en que hacía que *Rayo Rojo* girara grupas y me situé a espaldas del Kalkar en el mismo instante en que la masa de combatientes le obligaba a detenerse. Estaba girando para volver a hacerme frente, pero en el mismo momento en que me miró mi espada descendió sobre su casco de hierro, lo partió en dos y se incrustó en su cráneo y su cerebro. Un infante me lanzó un violento tajo mientras yo recuperaba mi arma del golpe que le había propinado al jinete Kalkar, de manera que tan solo pude bloquear parcialmente el golpe con mi escudo, con el resultado de que la hoja de su espada me abrió una herida en el hombro; una herida que tan solo afectaba a la carne, y que aunque sangraba profusamente no impidió mi contraataque, que le golpeó en la clavícula y se abrió paso a través de su pecho hasta el corazón.

Una vez más espoleé mi montura hacia las tiendas de los Or-tis, sobre las que ondeaba los estandartes rojos de los Kalkars y alrededor de los cuales cerraban filas la flor y nata de las fuerzas Kalkars; demasiado juntas, quizás, para llevar a cabo una defensa

eficiente, pues los acosábamos desde tres direcciones diferentes y se estaban amontonando como las huevas en el vientre de una hembra de salmón.

De repente cargaron y nos hicieron retroceder por la fuerza de su número, a continuación cargamos nosotros y los rechazamos hasta que les obligamos a ceder el terreno ganado. A veces, la presión de nuestro ataque los empujaba hacia un lado, mientras que desde el extremo contrario sus guerreros empujaban con tanta fuerza que llegaban a penetrar entre las filas de los clanes, de manera que nuestras maniobras envolventes desgajaban un destacamento de fuerzas enemigas en ciertos momentos, mientras que en otros una veintena de nuestros hombres quedaba engullida por aquella remolineante horda Kalkar hasta que, cuando el día casi llegó a su fin, el campo de batalla se convirtió en una mezcla de destacamentos aislados de guerreros americanos y Kalkars atacando y retrocediendo sobre restos ensangrentados mientras que las herraduras empapadas en sangre de sus monturas aplastaban los cadáveres de amigos y enemigos hasta convertir el terreno en una sangrienta ciénaga.

A veces se producían interrupciones en los combates cuando, como si fuera por mutuo acuerdo, ambas partes nos retirábamos durante unos breves instantes para descansar, pues todos nos encontrábamos luchando al límite de nuestras fuerzas. Entonces nos sentábamos, estribo contra estribo con nuestros enemigos, el pecho agotado por el esfuerzo de respirar y con nuestras monturas cabizbajas, respirando pesadamente y temblorosas.

Nunca antes me había dado cuenta de la extrema resistencia que puede tener un hombre antes de desmoronarse, y vi a muchos desmoronarse aquel día, sobre todo Kalkars, pues nosotros siempre habíamos procurado mantenernos en forma. Tan solo los muy jóvenes y los muy mayores de entre los nuestros sucumbían a la fatiga, y de entre ellos tan solo una mínima fracción, mientras que los Kalkars cayeron a centenares durante las horas más calurosas de aquel día.

Muchas veces durante la batalla, mientras me enfrentaba a un enemigo, vi cómo sus agotados dedos perdían el agarre de su espada y su cuerpo se derrumbaba de la silla para ir a caer bajo los cascos de los caballos antes de que yo hubiera tenido tiempo de propinarle un solo golpe.

En una ocasión, ya avanzada la tarde, durante una pausa en la batalla, me senté contemplando aquel caos. *Rayo Rojo* y yo, teñidos de rojo por nuestra propia sangre, que manaba de una docena de heridas, así como de la de amigos y enemigos, permanecíamos jadeantes en el centro de aquella carnicería. Las tiendas de los Or-tis se encontraban al sur de nuestra posición (habíamos conseguido abrirnos paso hasta la mitad del camino), aunque durante las horas más crudas del combate habíamos estado a no más de un centenar de yardas de distancia de ellas. Algunos guerreros del Lobo se encontraban muy cerca de mí, demostrando con qué dureza aquel viejo y canoso caudillo había luchado desde el amanecer por abrirse paso, y un instante después vi los relampagueantes ojos del Lobo tras una máscara de sangre a no más de una veintena de pasos de distancia.

—¡El Lobo! —grité, y él alzó la mirada y sonrió al reconocirme.

—El Halcón Rojo está verdaderamente rojo —replicó—, aunque sus alas aún están libres.

—Y los colmillos del Lobo aún no se han caído —le repliqué.

Un enorme Kalkar, jadeando como un perro agotado, situó su agotado caballo entre ambos.

Al oírnos alzó su cabeza.

—¿Eres el Halcón Rojo? —me preguntó.

—Soy el Halcón Rojo —repliqué.

—Llevo buscándote dos horas —me dijo.

—Pues no he estado muy lejos de aquí, Kalkar. ¿Qué quieres del Halcón Rojo?

—Traigo un mensaje de Or-tis, el Jemadar.

—¿Y qué tiene un Or-tis que decirle a un Julian? —le demandé.

—El Jemadar está dispuesto a ofrecerte la paz —me explicó.

Me eché a reír.

—Hay una sola paz que estaría dispuesto a que compartiéramos ambos —le dije—, y es la paz de la muerte... esa es la paz que pienso ofrecerle y la que tendrá que venir a buscar. No hay nada más que un Or-tis pueda ofrecerle a un Julian.

—Detendría el combate mientras discutís los acuerdos de paz —insistió el Kalkar—. Detendría esta sangría que tarde o temprano aniquilará tanto a Kalkars como a yanquis.

Utilizó el término que los Kalkars nos habían aplicado durante eras de modo despectivo, pero que a nosotros se nos había enseñado a considerar como un apelativo honorable, aunque su verdadero significado resultaba desconocido para nosotros y sus raíces se habían perdido en la Antigüedad.

—Regresa junto a tu Jemadar —le dije—, y dile que el mundo no es lo suficientemente grande como para contener a Kalkars y yanquis, Or-tis y Julianes; que los Kalkars deberán exterminarnos o ser exterminados.

El mensajero hizo dar la vuelta a su caballo para regresar a las tiendas de los Or-tis, y el Lobo y sus guerreros le permitieron marchar en paz. Poco después fue tragado por las apretadas filas de los suyos y entonces un Kalkar atacó a uno de los nuestros desde atrás y la batalla se reanudó.

Jamás seré capaz de imaginar cuántos hombres cayeron, pero los cadáveres de los guerreros y de los caballos eran tan numerosos que las monturas no podían hacer otra cosa que intentar saltar sobre ellos y tropezar, y en ocasiones la altura de los cadáveres que se interponía entre yo y mi enemigo era tal que alcanzaba la altura de un hombre, de manera que me veía obligado a forzar a *Rayo Rojo* a que saltara sobre aquel sangriento obstáculo para que pudiera ofrecerle carne fresca a mi espada. Y entonces, lentamente, la noche fue cayendo hasta que los combatientes no fueron capaces de distinguir entre amigo y enemigo; no obstante, llamé a los guerreros que estaban más cerca de mí y les ordené que fueran pasando la orden de que nadie se moviera de allí durante aquella noche, y que permanecieran en sus puestos hasta que las primeras luces del amanecer nos permitieran distinguir entre Kalkar y yanqui.

Las tiendas de los Or-tis volvían a estar al norte de mi posición. Yo me había estado batiendo a su alrededor durante todo aquel largo día, y no había conseguido ganar más que unas doscientas yardas, aproximadamente; pero era consciente de que estaban más debilitados que nosotros, y que serían incapaces de aguantar ni unas pocas horas más de una jornada parecida a la que acaba de finalizar. Estábamos cansados, pero no agotados, y nuestras monturas de guerra, tras una noche de descanso, estarían en plena forma para el nuevo día, incluso sin alimentarse.

A medida que la oscuridad nos imponía su tregua, me dediqué a componer mis clanes rotos, disponiéndolos en un impenetrable anillo alrededor de las posiciones de los Kalkars. A veces localizábamos a un Kalkar perdido entre nuestras filas y separado de sus compañeros; a esos los apartábamos de cualquier peligro dejándolos yacer donde los encontrábamos. Nos habíamos retirado un poco, no más de una veintena de yardas de los Kalkars, y en nuestra nueva posición, en pequeños grupos, desmontamos y nos dedicamos a

desensillar y a refrescar a nuestras monturas para que descansaran unos pocos minutos; también dedicamos aquella tregua para retirar a los heridos y para darles un piadoso descanso a aquellos que, de otra manera, habrían muerto en medio de una terrible agonía. Aquel acto compasivo lo teníamos tanto con amigos como con enemigos.

Durante toda la noche pudimos oír un movimiento considerable de hombres y caballos en el campo Kalkar, y juzgamos que debían estar recomponiendo sus filas para el ataque del amanecer, y entonces, de repente y sin previo aviso, vi una masa negra dirigiéndose hacia nosotros. Eran los Kalkars, todos ellos, y cabalgaban hacia nosotros, no a la carga, pues la enorme cantidad de cadáveres que cubrían el terreno y aquel fango resbaloso se lo impedían, pero sin pausa, en un número abrumador, como un enorme y tranquilo río de hombres y caballos.

Cayeron sobre nosotros y entre nuestras filas, o nos arrastraron con ellos. Su primera línea se estrelló contra nosotros en una sangrienta ola y todos cayeron, y aquellos que cabalgaban tras ellos pasaron sobre los cadáveres de sus compañeros caídos. Nosotros soltábamos cuchilladas hasta que nuestros agotados brazos apenas eran capaces de mantener la espada a la altura del hombro. Los Kalkars seguían cayendo entre gritos de agonía, pero les resultaba imposible detenerse ni retroceder, pues aquella enorme masa en movimiento los empujaba hacia adelante; tampoco podían girar a izquierda o derecha pues nosotros habíamos cubierto sus flancos; tampoco podían huir hacia adelante, pues también habíamos cerrado el frente.

Arrollado por aquella imparable marea, me vi arrastrado y rodeado por ella. Me inmovilizó los brazos en los costados y me aplastó las piernas. Incluso me arrebató la espada de la mano. En ocasiones, cuando la vanguardia detenía su avance por unos instantes y las fuerzas que la seguían continuaban con su empuje, el centro se elevaba hasta que los caballos se veían alzados del suelo y la retaguardia se veía obligada a trepar por las espaldas de aquellos que estaban delante, hasta que los caballos volvían a caer al suelo y los demás pasaban por encima de sus cuerpos agonizantes, a no ser que el obstáculo consiguiera hacerse a un lado de manera que la marea de guerreros volvía a fluir libremente y volvía a pasar por entre las filas de centelleantes espadas de los Julianes, tajando, tajando sin cesar, aquella corriente incesante de Kalkars.

Jamás en mi vida había presenciado semejante espectáculo cuando la luz de la Luna reveló lo que la noche ocultaba: nunca, en la memoria o en la tradición del hombre, se había producido semejante holocausto. Miles y miles de Kalkars habían caído en las riberas de aquel torrente mientras continuaban con su lento avance por entre las espadas de mis guerreros pintados, que apuñalaban aquella masa viviente hasta que los brazos les caían a los lados de puro agotamiento y cedían su puesto a los miles tras ellos que esperaban ansiosos su turno.

Y hacia adelante yo me veía arrastrado, incapaz de liberarme de aquella marea irresistible y tétrica que me transportaba hacia el sur en dirección hacia la zona más ancha del valle. Los Kalkars que avanzaban a mi alrededor parecían no darse cuenta de que yo era un enemigo, o no parecían advertir mi presencia en absoluto. Poco después abandonamos el campo de batalla del día anterior y el terreno dejó de estar completamente cubierto de cadáveres, por lo que la velocidad del avance aumentó, y mientras así lo hacía, la masa de jinetes se abrió a izquierda y derecha lo suficiente como para permitir una mayor libertad de movimientos, aunque no la suficiente como para que me pudiera liberar de aquella marea humana.

No obstante, mis esfuerzos por liberarme fueron los que atrajeron al principio la

atención sobre mí, pero fueron la pluma de halcón rojo y mi ropa, tan diferente de la de los Kalkars, las que terminaron por descubrirme.

—¡Un yanqui! —gritó uno de los jinetes que avanzaban junto a mí, y entonces otro desenvainó su espada y me lanzó un tajo que yo conseguí detener con mi escudo mientras desfundaba mi puñal, un arma miserable para enfrentarse a un espadachín.

—¡Alto! —gritó una voz llena de autoridad a mi lado—. Ese es el que llaman el Halcón Rojo, su caudillo. Llévalo vivo ante el Jemadar.

Intenté abrirme camino entre ellos, pero cerraron filas a mi alrededor, y aunque utilicé mi cuchillo con gran eficacia en varios de ellos, me sobrepasaron con su número y uno debió golpearme en la cabeza con la parte plana de la hoja de su espada, pues de repente todo se volvió negro y de aquellos momentos tan solo recuerdo que caí de mi silla de montar.

IV El Capitolio

Cuando recuperé la consciencia era otra vez de noche. Me encontraba tumbado sobre el suelo, bajo las estrellas. Por un instante sentí una maravillosa sensación de bienestar, hasta que mis nervios despertaron y me hablaron del dolor y el agarrotamiento y de numerosas heridas y la cabeza me palpitó de puro dolor. Intenté tocármela con una mano y fue entonces cuando descubrí que estaba maniatado. Podía sentir el pelo enmarañado y rígido y supe que lo tenía cubierto de sangre, evidentemente del golpe que me había dejado inconsciente.

Al intentar moverme para aliviar mis agarrotados músculos descubrí que tenía atados los tobillos tan apretadamente como las muñecas, pero conseguí rodar sobre mí mismo y alzar un poco la cabeza del suelo para mirar a mi alrededor; descubrí que estaba rodeado de Kalkars dormidos y que habíamos acampado en una cañada desnuda rodeada de colinas. No habían encendido hogueras, y por ello deduje que no estaban más que haciendo una breve pausa para descansar y ocultarse del enemigo que los perseguía.

Intenté dormir, pero tan solo conseguí hacerlo de forma incierta y poco después pude oír el rumor de hombres que comenzaban a moverse y en breve se acercaron a despertar a los que dormían junto a mí. Me soltaron las ataduras de los tobillos y posteriormente me trajeron a *Rayo Rojo* y me ayudaron a montar. De inmediato reanudamos la marcha. Un vistazo a las estrellas me mostró que nos dirigíamos hacia el oeste. Nuestro camino nos conducía a través de las colinas y siempre era accidentado, evidenciando que no estábamos siguiendo una ruta ya abierta, sino que los Kalkars estaban intentando huir por una ruta desconocida.

Tan solo fui capaz de imaginar su número, pero se me hizo evidente que no se trataba de una horda muy numerosa la que había conseguido escapar del campo de batalla del paso de los antiguos. No puedo ni tan siquiera conjeturar si se habían dividido en unidades más pequeñas o si el resto de sus fuerzas habían sido exterminadas; pero de lo que sí estaba seguro era que sus pérdidas habían sido tremendas.

Cabalgábamos durante todo el día, y tan solo nos deteníamos ocasionalmente cuando encontrábamos agua para los caballos y los hombres. A mí no se me ofreció ni agua ni alimento, y yo tampoco los pedí. Habría preferido morir antes de pedirle un favor a un Or-tis. De hecho, ni dije una sola palabra durante todo aquel día, ni Kalkar alguno se dirigió a mí.

Había visto más Kalkars en los dos últimos días que durante toda mi vida y ya me había acostumbrado a su aspecto. Tenían una altura que variaba entre el metro ochenta y los dos metros diez, aunque la mayoría de ellos poseía una altura intermedia. Muchos de ellos llevaban barba, pero algunos se afeitaban por completo la cara o parte de ella. Varios tan solo llevaban barba hasta el labio superior.

Entre ellos había una gran variedad fisionómica, pues era una raza mestiza resultado de cientos de años de hibridación entre los hombres de la Luna originales y las mujeres de la Tierra que capturaron como esclavas cuando invadieron y conquistaron el mundo. Entre ellos podía verse ocasionalmente a algún individuo que podría haber pasado por yanqui, al menos en lo que respecta a su aspecto exterior; no obstante, aquellos rasgos brutales, toscos y viles propios de los Kalkars preponderaban.

Vestían con camisetas blancas y calzones de algodón tejidos por sus esclavos y largos

capotes de lana fabricados por las mismas laboriosas manos. Sus mujeres colaboraban tanto en estos trabajos como en las tareas del campo, pues las mujeres Kalkars no estaban consideradas mejores que los esclavos, con la posible excepción de aquellas que pertenecían a las familias del Jemadar y de sus nobles. Sus capotes eran de color rojo, con el cuello de diferentes colores, o con cenefas u otros diseños que denotaban su rango.

Sus armas eran similares a las nuestras, pero más pesadas. Eran jinetes mediocres. Eso se debía, creo, a que tan solo montaban por pura necesidad y, no como nosotros, por amor a la monta.

Aquella noche, tras el ocaso, llegamos a un enorme campamento Kalkar. Se trataba de uno de los campamentos de los antiguos, el primero que yo había visto en toda mi vida. Debía cubrir una zona muy grande y algunas de las grandes tiendas de piedra todavía se mantenían en pie. Los Kalkars vivían en su interior o en sucias chozas apoyadas en ellos. Vi que los Kalkars habían construido pequeñas tiendas en algunos lugares a partir de los materiales de construcción que habían conseguido recoger por entre las ruinas del viejo campamento, pero por regla general se contentaban con sus chamizos llenos de suciedad, o las medio derruidas y nunca reparadas estructuras de los antiguos.

Aquel campamento se encontraba a unas cuarenta y cinco o cincuenta millas al oeste del campo de batalla, entre preciosas colinas y ricos campos y sobre las riberas de lo que en tiempos debió ser un caudaloso río, pues su cauce, horadado a lo largo de las eras, era muy profundo.

Me arrojaron al interior de una choza donde una esclava me dio de comer y de beber. En el exterior se desató una gran excitación y un estruendoso barullo, y a través de la puerta abierta pude escuchar retazos de las conversaciones de los Kalkars mientras pasaban por delante. Por lo que pude entender, la derrota de los Kalkars había sido completa y estaban huyendo hacia la costa y hacia su principal campamento, que ellos llamaban el Capitolio, que, según me dijo la esclava, se encontraba unas pocas millas hacia el sudoeste. Aquel campamento, me contó, era maravilloso, con tiendas que se elevaban a tal altura en el cielo que la Luna rozaba sus techos cuando cruzaba el firmamento.

Me habían liberado las manos, pero aún tenía atados los pies y dos Kalkars se encontraban acuclillados en el exterior de la puerta para vigilar que no escapara. Le pedí a la esclava un poco de agua caliente para poder lavarme las heridas; una vez que estuvieron limpias, ella me aplicó una loción que calmó en gran medida mis dolores y finalmente me las vendó lo mejor que supo.

Me sentí muy recuperado tras el tratamiento, y una vez que hube comido y bebido me sentí razonablemente feliz, pues había conseguido aquello por lo que mi pueblo había estado luchando durante un centenar de años: una cabeza de puente hacia la costa oriental. Nuestra primera victoria había sido mucho mayor de lo que yo me habría atrevido a imaginar y si era capaz de escapar y reunirme con mi pueblo, me sentía capaz de conducirlos hasta las aguas del océano sin apenas detenernos mientras los Kalkars aún sufrían la desmoralización de la derrota.

Cuando estaba sumido en aquellos pensamientos un jefe Kalkar entró en la cabaña. Más allá del umbral de la puerta estaban esperando la veintena de guerreros que lo escoltaban.

—¡Vamos! —me ordenó el Kalkar mientras me indicaba que me levantara.

Señalé mis tobillos atados.

—Corta mis ligaduras —le ordené a la esclava.

Cuando estuve libre me levanté y seguí al Kalkar al exterior. Allí los guardias me

rodearon y marchamos, a través de avenidas bordeadas por unos espléndidos árboles que nunca antes había visto, hasta la tienda de los ancianos; una estructura parcialmente derruida de impresionante altura que cubría un área enorme. Su interior estaba iluminado por innumerables antorchas y a la entrada se encontraban guardias y esclavos sosteniendo más antorchas.

Me condujeron hasta una gran sala que parecía haberse mantenido tal cual desde que la dejaron los antiguos, aunque yo había visto desde el exterior que en otras partes de aquella tienda los techos se habían hundido y las paredes estaban desmoronándose. Aquel lugar estaba lleno de Kalkars de la más alta clase, y en el extremo opuesto de la sala, sobre una plataforma, había uno sentado a solas sobre un enorme sillón tallado (un sillón con alto respaldo y reposabrazos). Era demasiado grande para un solo hombre. Se trataba de lo que ahora denominamos escaño.

Los Kalkars lo llamaban silla, pero a este, según me enteré, lo llamaban trono, pues era un pequeño escaño sobre el que se sentaban sus gobernantes. En aquel momento ignoraba todo aquello.

Me condujeron ante aquel individuo. Poseía un rostro afilado y una nariz larga y fina y labios crueles y ojos de mirada taimada. Sus rasgos, sin embargo, eran correctos. Podría haber pasado en cualquier compañía por un yanqui de pura sangre. Mis guardias me detuvieron frente a él.

—Es él, Jemadar —le informó el jefe que me había conducido hasta allí.

—¿Quién eres? —me demandó el Jemadar, hablándome directamente.

Su tono no me gustó en absoluto. Era desagradable y dictatorial. No estoy acostumbrado a eso, ni tan siquiera viniendo de mis iguales, y un Julian no tiene superiores. Lo miré como si fuera un puñado de heces. Por todo aquello, me negué a responder.

Me repitió la pregunta lleno de ira. Yo me giré hacia el jefe Kalkar que permanecía junto a mi codo:

—Dile a este sujeto que se está dirigiendo a un Julian —le dije—, y que no me gustan sus maneras. Dile que se dirija a mí en un tono más civilizado si necesita algún tipo de información.

Los ojos del Jemadar se entornaron a causa de la irritación y se alzó a medias del escaño.

—¡Un Julian! —exclamó—. Todos sois Julian... pero tú eres el Julian. Eres el gran caudillo de los Julian. Dime —su tono se tornó repentinamente más civilizado, casi conciliador—, ¿no es cierto que tú eres Julian, El Halcón Rojo, que ha conducido sus hordas contra nosotros?

—Soy Julian XX, el Halcón Rojo —repliqué—. ¿Y tú?

—Soy Or-tis, el Jemadar —me respondió.

—Ha pasado mucho tiempo desde que un Or-tis y un Julian se encontraron por última vez —le dije.

—Hasta ahora siempre se habían encontrado como enemigos —me respondió—. He enviado a buscarte para ofrecerte paz y amistad. Hemos estado combatiendo inútilmente a lo largo de quinientos años tan solo porque nuestros dos antepasados se odiaban mutuamente. Tú eres el vigésimo Julian. Yo soy el decimosexto Or-tis. Nunca antes nos habíamos visto, y aún así somos enemigos. ¡Qué estupidez!

—No puede haber amistad entre un Julian y un Or-tis —le dije fríamente.

—Puede haber paz —me dijo—, y la amistad llegará más tarde; quizá mucho después de que tú y yo hayamos muerto. Hay sitio suficiente en este rico y gran país para

todos. Regresa con tu pueblo. Te enviaré escoltado y con ricos presentes. Dile a tu pueblo que los Kalkars compartirían su territorio con los yanquis. Tú gobernarás sobre una mitad y yo sobre la otra. Si el poder de uno de nosotros se ve amenazado, el otro acudirá en su ayuda con hombres y caballos. Podremos vivir en paz y nuestros pueblos prosperarán. ¿Qué me dices?

—Ayer te envié mi respuesta —le respondí—. Hoy será la misma... la única paz que tú y yo podemos compartir es la paz de la muerte. Este territorio tan solo puede tener un gobernante, y será un Julian; si no yo, otra línea de mi sangre. No hay sitio en todo el mundo para Kalkars y yanquis. Os hemos estado empujando hacia el mar a lo largo de trescientos años. Ayer comenzamos nuestro empujón final, y este no parará hasta que el último de vosotros haya desaparecido de este mundo que llevasteis a la ruina. Esta es mi respuesta, Kalkar.

El Kalkar se sonrojó y a continuación empalideció.

—No tienes ni idea de nuestra fuerza —me dijo tras unos momentos de silencio—. Ayer nos sorprendisteis, pero aun así no nos derrotasteis. Ignoras el resultado de la batalla. Ignoras que, tras ser capturado, nuestras fuerzas se volvieron contra tus debilitados guerreros y los empujaron hasta las faldas de las montañas. Ignoras que incluso ahora están pidiéndonos la paz. Si quisieras salvar sus vidas y la tuya, aceptarías mi oferta.

—No; no sabía esas cosas, pero tú tampoco —repliqué con una expresión de burla y desprecio—. Lo que sí sé es que estás mintiendo. La mentira siempre ha sido la enseña del clan de los Or-tis.

—¡Lléváoslo! —gritó el Jemadar—. Enviadle este mensaje a su pueblo: les ofrezco la paz bajo estos términos: podrán poseer todo el territorio que se extiende al este de la línea que puede trazarse desde el paso de los antiguos hacia el sur hasta el mar; nosotros ocuparemos el territorio situado al oeste. Si aceptan, les devolveré a su gran caudillo. Si rechazan mi oferta, lo enviaré al Matarife, y recordadles que no será él el primer Julian que un Or-tis ha enviado al Matarife. Si aceptan, no habrá más guerras entre nuestros pueblos.

A continuación me condujeron a la choza de la vieja esclava y allí dormí hasta el alba, cuando una gran conmoción en el exterior me despertó. Varios hombres estaban gritando órdenes y maldiciones mientras corrían de un lado para otro. Oí los cascos de los caballos y los ruidos metálicos de las armas y los equipamientos. Poco después escuché, desde una gran distancia, un sonido familiar y mi sangre se aceleró. Era el grito de guerra de mi pueblo, y por debajo de este, el redoble de sus tambores.

—¡Vienen! —debí haber exclamado en voz alta, pues la anciana esclava, ocupada en alguna labor hogareña, se giró hacia mí.

—Que vengan —me dijo—. No pueden ser peores que estos, y ya es hora de que cambiemos de amos. Ha pasado mucho tiempo desde el gobierno de los antiguos, quienes, según se dice, no eran indiferentes a nosotros. Antes que ellos hubo otros antiguos, y antes que estos, otros. Siempre venían de lugares remotos, nos gobernaban y se marchaban desplazados por otros. Tan solo nosotros seguimos aquí.

»Al igual que el coyote, el venado y las montañas, nosotros hemos estado aquí siempre. Pertenecemos a la Tierra, somos la Tierra... cuando el último de vuestros gobernantes haya desaparecido, nosotros seguiremos aquí, tal y como estábamos al principio... inmutables. Vienen y mezclan su sangre con la nuestra, pero al cabo de unas pocas generaciones sus últimas trazas desaparecen, disuelta por el lento e inmutable fluir de la nuestra. Vendréis y os marcharéis sin dejar rastro; pero una vez que hayáis sido olvidados, nosotros seguiremos aquí.

La escuché sorprendido, pues nunca antes había escuchado a un esclavo hablar como aquella mujer y me habría gustado preguntarle muchas cosas. Su extraña profecía me interesaba. Pero en aquel momento los Kalkars penetraron en la choza. Entraron a toda prisa y, con la misma celeridad, se marcharon llevándome con ellos. Volvieron a atarme las muñecas y me vi prácticamente arrojado sobre la grupa de *Rayo Rojo*. Un instante después nos vimos tragados por un torrente de jinetes que venían del sudoeste.

Menos de dos horas más tarde entrábamos en el mayor campamento que hubiera visto hombre alguno. Cabalgamos por su interior a lo largo de varias millas, con nuestro destacamento reducido a una docena de guerreros que me escoltaban. Los demás se habían detenido en las afueras del campamento para hacer frente a mi pueblo, y mientras nosotros avanzábamos a través de los extraños caminos de aquel campamento, nos cruzamos con miles y miles de Kalkars que corrían a defender el Capitolio.

Atravesamos extensas zonas dispuestas en cuadro, que era la costumbre de los antiguos, bordeadas por caminos y subimos montículos cubiertos de hierba que cubrían las ruinas de sus tiendas. Aquí y allá, una pared derruida alzaba su ruina sobre la desolación, o alguna estructura más sólidamente construida se elevaba casi intacta, a excepción de sus paredes y techo. A medida que avanzábamos encontrábamos cada vez más y más estructuras de aquel tipo, construidas con aquella sustancia rocosa cuyo secreto había desaparecido junto con los antiguos.

Al poco, aquellas grandes tiendas construidas por un pueblo poderoso se volvieron más grandes. Zonas enteras se mantenían en pie, e incluso las había que aún mostraban en el cielo sus desgastadas cabezas. Me resultó muy fácil creer que, durante la noche, la Luna se rozaría contra ellas. Muchas estructuras eran muy hermosas, con grandes esculturas en ellas y, a medida que avanzábamos, cada vez más tiendas presentaban sus paredes y techos intactos. Aquellos eran los hogares de los Kalkars. Aquellas tiendas se alzaban a los lados de los caminos, como impresionantes cañones entre montañas con sus frentes perforadas por cientos de aberturas.

El sendero que avanzaba entre las tiendas estaba cubierto de polvo y basura. En algunos lugares las lluvias habían lavado aquel suelo de piedra sólida de los antiguos, pero las capas de escombros acumuladas por el paso de las eras lo cubrían casi todo, elevándose más allá de las aberturas más bajas de las tiendas en muchos lugares y extendiéndose por los suelos de muchas estructuras.

Arbustos, plantas trepadoras y espiguillas crecían pegados a los muros y en cualquier lugar protegido de las pisadas de los habitantes. Despojos animales se veían descuidadamente tirados a lo largo de los senderos en tal profusión que mi olfato, desarrollado en el desierto, casi se colapso a causa de aquel hedor. Algunas mujeres Kalkars de aspecto zafio, acompañadas por su sucia progenie, se asomaban a través de las aberturas que se abrían por encima del nivel del sendero y, cuando me veían, me gritaban los más groseros insultos.

Cuando dirigí mi mirada hacia aquellas espectaculares tiendas, que se extendían a lo largo de millas y millas en todas las direcciones, intenté imaginarme los increíbles esfuerzos, tiempo y recursos que habían invertido los antiguos en su construcción, pero entonces mis ojos se posaron sobre aquella andrajosa horda bajo cuyos viles usos habían caído involuntariamente y mi mente se deprimió al comprender la absoluta futilidad del esfuerzo humano. ¡Durante cuánto tiempo y a qué precio se habían esforzado los antiguos para alcanzar las metas finales de su poderosa civilización! ¿Y para qué?

¡Durante cuánto tiempo y a qué precio habíamos luchado por arrebatar aquellos

escombros de las manos de los saqueadores! ¿Y para qué? No había respuesta... tan solo sabía que seguiríamos adelante, y que las generaciones que nos seguirían continuarían adelante con su lucha, esforzándose siempre, pues todo aquello estaba más allá de nuestro control... quizá éramos víctimas de alguna antigua maldición lanzada sobre nuestros más antiguos ancestros.

Y recordé a la anciana esclava y su profecía. Su pueblo continuaría allí, firme, como las colinas, sin aspirar a nada, sin obtener nada, excepto quizá la única cosa que todos anhelábamos... satisfacción. Y cuando el final llegara, fuera cual fuese ese final, el mundo, indudablemente, se sentirá tan a gusto sin ellos como sin nosotros, pues al final no quedará nada.

Mi escolta giró bajo una elevada entrada formada por un arco de poderosa estructura. Por entre la suciedad amontonada del suelo se elevaban impresionantes columnas de piedra pulida y ricamente jaspeada. Los capiteles estaban tallados y decorados con pinturas y pan de oro. El lugar estaba lleno de caballos, atados en largas hileras que abarcaban casi la totalidad de la longitud del lugar, de columna a columna. En uno de los extremos se elevaba una escalera de piedra que conducía a un lugar más elevado.

Tras desmontar, me condujeron por aquellas escaleras. Muchos Kalkars iban y venían.

Pasamos junto a ellos mientras atravesábamos una estrecha avenida de suave piedra blanca en cuyos laterales se abrían aberturas que conducían a otras cámaras.

Pasamos por una de aquellas aberturas y penetramos en una enorme cámara, donde volví a ver al Or-tis que ya había visto la noche anterior. Se encontraba de pie ante una de las aberturas que se abrían al sendero situado más abajo mientras charlaba con varios de sus nobles. Uno de ellos alzó los ojos y me siguió con la mirada mientras llamaba la atención del Jemadar sobre mí.

Or-tis se giró hacia mí. Le habló a alguien que se encontraba muy cerca de él y que se asomó por otro arco de la cámara y le hizo gestos a alguien que se encontraba afuera. Al instante entraron unos guardias Kalkars escoltando a un joven de uno de mis clanes del desierto. Al verme, el joven guerrero se llevó una mano a la frente a modo de saludo.

—Te doy otra oportunidad para que consideres mi oferta de la pasada noche —me dijo Or-tis mientras me miraba—. Este joven de los tuyos puede llevarle el mensaje a tu pueblo si aún estás decidido a condenarlos a una guerra inútil y sangrienta, y junto con esas noticias también les comunicará que serás enviado al Matarife al amanecer si tus guerreros no se retiran y tus jefes no se comprometen a mantener la paz de ahora en adelante. En caso afirmativo, serás devuelto a los tuyos. Si todo esto me lo prometes, tú mismo podrás llevarles en persona mi mensaje a las tribus de los Julianes.

—Mi respuesta —le respondí— es la misma que la de anoche y que la de mañana. —A continuación me giré hacia el guerrero yanqui—: Si se te permite marchar, ve a ver de inmediato al Buitre y dile que mi última orden ha sido que lleve la Bandera hasta el mar. Eso es todo.

El Or-tis estaba temblando a causa de la decepción y la rabia. Posó una mano sobre la empuñadura de su espada y dio un paso hacia mí, pero fuera cual fuese su intención, pareció pensárselo mejor y se contuvo.

—Llévalo arriba —le ordenó secamente a mi guardia—, y al Matarife al amanecer. Estaré presente —me dijo—, y veré rodar tu cabeza por el polvo y tu cadáver alimentar a los cerdos.

Me sacaron de la cámara y me condujeron a lo largo de una interminable escalera, o

al menos a mí me pareció interminable antes de que finalmente alcanzáramos el último piso de aquella enorme tienda. Allí me empujaron al interior de una sala cuya puerta estaba vigilada por dos gigantescos guerreros.

Acuclillado sobre el suelo de la sala, y con la espalda apoyada contra la pared, se encontraba un Kalkar. Alzó la mirada para contemplarme mientras yo entraba, pero no dijo una sola palabra.

Paseé la mirada por la cámara vacía, cuyo suelo estaba cubierto de polvo y detritos acumulados por el paso de los años, las paredes estaban sucias hasta la altura de un hombre a causa de la suciedad y la grasa de los cuerpos que se habían recostado contra ellas.

Me acerqué a una de las aberturas que se abrían en la pared de enfrente. Muy por debajo, como una estrecha tira de cuero, se extendía el sendero lleno de gente diminuta y caballos no mayores que conejos. Podía ver a los cerdos hozando en la basura... ellos y los perros eran los carroñeros del campamento.

Me quedé contemplando durante un buen rato aquel extraño panorama. La tienda en la que me encontraba confinado se contaba entre las más altas de las estructuras cercanas levantadas por los antiguos y desde su piso superior era capaz de ver un vasto mar de techos de tiendas y algunas estructuras que, en apariencia, se encontraban en un excelente estado de conservación, mientras que acá y allá un montículo cubierto de hierba marcaba el lugar en que alguna de ellas se había derrumbado.

Podía ver numerosas evidencias de fogatas y de humo, y saltaba a la vista que cualquier estructura que los antiguos hubieran construido con otro material que no fuera su piedra eterna hacía tiempo que había desaparecido, mientras que muchos de los edificios supervivientes habían sido devorados por las llamas, que tan solo habían dejado el esqueleto, tal y como ponían en evidencia los cientos de aberturas ennegrecidas por el humo que se extendían ante mi vista.

Mientras permanecía allí, mirando hacia las distantes colinas que se alzaban más allá de los límites del campamento, fui consciente de una presencia junto a mí. Al girarme, vi que era el Kalkar que había visto recostado contra la pared cuando entré en la sala.

—Mira bien, yanqui —me dijo con una voz en absoluto desagradable—, pues no vas a disponer de mucho tiempo para mirar. —Estaba sonriendo torvamente—. En este lugar disfrutamos de unas vistas maravillosas —continuó—; durante un día despejado, puedes ver el océano y la isla.

—Me gustaría ver el océano —le dije.

Mi interlocutor meneó la cabeza.

—Estás muy cerca —me comentó—, pero nunca lo verás. A mí mismo me gustaría volver a verlo, pero no podré.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Mañana iré contigo a ver al Matarife —me replicó con gran sencillez.

—¿Tú?

—Sí, yo.

—¿Por qué?

—Porque soy un auténtico Or-tis —replicó.

—¿Y por qué tendrían que enviar a un Or-tis al Matarife? —le interrogué—. No me resulta extraño que un Or-tis envíe a un Julian a visitarlo, pero ¿por qué un Or-tis enviaría a otro Or-tis?

—Porque no es un auténtico Or-tis el que me envía al Matarife —me respondió aquel individuo, a continuación se echó a reír.

—¿Por qué te ríes?

—¿Acaso no es un extraño chiste del destino —exclamó— que un Julian y un Or-tis vayan juntos a hacerle una visita al Matarife? ¡Por la sangre de mis antepasados! Creo que nuestros enfrentamientos han tocado a su fin, Julian, al menos en lo que a ti y a mí respecta.

—Jamás sucederá así con los Kalkars —repliqué.

Él meneó la cabeza.

—Si mi padre hubiera vivido para poder llevar a cabo sus planes, creo que la guerra habría terminado —insistió él.

—¿Mientras un Or-tis y un Julian siguieran vivos? ¡Jamás!

—Eres joven, y el odio que habéis mamado tú y los tuyos del pecho de vuestras madres durante largas eras aún corre con gran fuerza en vuestra sangre; pero mi padre era anciano y vio cosas que muy pocos de los míos, me imagino, han visto. Era un hombre bueno y muy culto y llegó a sentir tanto odio hacia los Kalkars y hacia las terribles cosas que el primer Or-tis le hizo al mundo y a nuestra gente cuando la trajo desde la Luna como vosotros hayáis sentido desde siempre. Conocía los errores y quería arreglarlos.

»Ya había trazado sus planes para poder comunicarse con los Julianes y unirse a ellos para enmendar todo el mal que nuestros ancestros le habían hecho a este mundo. Era un Jemadar, pero habría renunciado al trono con tal de volver a estar con los suyos. Nuestro linaje es tan puro como el vuestro... somos americanos. Por nuestras venas no corre ni sangre Kalkar ni mestiza. Quizá entre nosotros no haya más que un millar de miembros cuyo árbol genealógico no posea una sola mácula. A ellos se los habría llevado mi padre, pues todos estaban asqueados de esas bestias Kalkar.

»Pero algunos nobles Kalkars se enteraron de sus planes, y entre ellos estaba ese que se llama a sí mismo Or-tis y Jemadar. Es hijo de una mujer Kalkar y de un tío mío renegado. Por sus venas corre sangre de Or-tis, pero una sola gota de sangre Kalkar lo convierte a uno en Kalkar; por tanto, no es un Or-tis.

»Asesinaron a mi padre y a continuación se dedicaron a exterminar a todos los Or-tis de sangre pura y a todos los americanos naturales que no le prometieran fidelidad. Algunos así lo hicieron para salvar el pellejo, pero muchos fueron enviados al Matarife. Por lo que sé ahora mismo, soy el último del linaje de Or-tis. Tenía dos hermanos y una hermana, todos ellos más jóvenes que yo. Todos huimos y no he vuelto a tener noticias de ellos, pero tengo el convencimiento de que han muerto. El usurpador no me lo dice... se limita a reírse en mi cara cuando le pregunto.

»Sí, si mi padre hubiera vivido, toda esta sangría habría finalizado; pero mañana el Matarife le pondrá fin a todo. Sin embargo, de haber sucedido lo contrario, todo habría sido mejor. ¿Qué opinas, Julian?

Permanecí meditando en silencio durante un largo rato. Me pregunté si, después de todo, el plan del fallecido Jemadar no habría sido lo mejor.

V El mar

Me resultaba ciertamente extraño verme a mí mismo conversando amigablemente con un Or-tis.

Debería estar agarrándolo del cuello, pero había algo en él que me desarmó, y tras sus palabras sentí, y me avergüenza reconocerlo, una cierta amistad hacia él.

Después de todo, yo era un americano, y él odiaba a nuestro común enemigo. ¿Acaso era él responsable de los demenciales actos de un ancestro muerto hacía cuatrocientos años? Pero aquel odio que formaba parte de mi propio ser no se apaciguó por entero... él era un Or-tis, y así se lo dije.

—No sé si debo culparte por ello —me dijo—. ¿Pero qué importa? Ambos estaremos muertos mañana. Al menos firmemos una tregua hasta entonces.

Era un muchacho joven de rostro agradable, quizá dos o tres años más joven que yo, con un don de gentes que desarmaba. Habría resultado muy difícil odiar a aquel Or-tis.

—¡De acuerdo! —le dije mientras le alargaba una mano. La tomó y se echó a reír.

—¡Treinta y cuatro antepasados se revolverían en sus tumbas si pudieran ver esto! —exclamó.

Estuvimos charlando frente a la abertura durante un largo rato, mientras que en el sendero más abajo una riada continua de Kalkars se dirigía al campo de batalla. Apagadamente, desde una gran distancia, llegaba el eco de los tambores.

—Ayer los golpeaste a base de bien —me dijo—. El terror los tiene atrapados.

—Volveremos a golpearlos hoy y mañana y pasado mañana hasta que los arrojemos al mar —le dije.

—¿Con cuántos guerreros cuentas? —me preguntó.

—Tenía más de veinticinco mil cuando salimos del desierto —le respondí lleno de orgullo.

Meneó la cabeza dubitativo.

—Ellos deben contar con diez o veinte veces tus veinticinco mil —me informó.

—Aunque tuvieran cuarenta veces veinticinco mil, venceríamos —insistí.

—Es probable que así sea, pues sois mejores guerreros; pero ellos disponen de muchísimos jóvenes criándose en la casta de los guerreros todos los días. Os harán falta años para expulsarlos. Se reproducen como conejos. Por ley, sus mujeres se casan antes de los quince años. Si no han parido hijos a los veinte, se ven sometidas al desprecio general; y si siguen sin parirlos a los treinta, las matan; y a menos que sean unas excelentes trabajadoras, las matarán inevitablemente cuando cumplan los cincuenta, pues dejarán de ser útiles para el Estado.

La noche cayó. Los Kalkars no nos trajeron ni agua ni alimento. Estaba muy oscuro. En el sendero de abajo y en algunas de las tiendas que lo bordeaban las bengalas hacían de la noche un espectáculo extraño y trémulo. El cielo estaba cubierto por nubes ligeras. Los Kalkars situados en el pasillo más allá de nuestra celda se encontraban sumidos en un duermevela. Toqué al Or-tis en el hombro cuando se tumbó en el duro suelo junto a mí.

—¿Qué sucede? —susurró.

—Me largo de aquí —le conté—. ¿Quieres venir?

Se sentó de inmediato.

—¿Y cómo piensas largarte? —me exigió saber, hablando aún en susurros.

—No lo sé todavía, y tampoco sé hasta dónde voy a poder llegar; pero me largo, aunque solo sea a distancia suficiente como para esquivar al Matarife.

Se echó a reír.

—¡Bien! Me voy contigo.

Había necesitado bastante tiempo para superar todos aquellos prejuicios heredados y había meditado largamente antes de decidirme a preguntarle a un Or-tis si quería compartir conmigo el riesgo de una fuga; pero ya estaba hecho. Esperaba no tener que arrepentirme.

Me levanté y me acerqué cautamente a la puerta. Una bujía que ardía en una vasija de barro llena de aceite propagaba una agonizante luz. Estaba colgada sobre dos musculosos Kalkars que daban cabezadas recostados contra la pared sentados sobre el suelo pétreo del pasillo.

Lógicamente, me habían arrebatado el cuchillo y me encontraba desarmado; pero he aquí que había una espada a mi alcance y otra al alcance del Or-tis. La empuñadura de una de ellas sobresalía del interior de la túnica del Kalkar más cercano. Acerqué una mano y estaba a punto de asirla cuando el guerrero se movió. No me atrevía a esperar a enterarme si se había despertado o si se estaba moviendo en sueños. Me lancé a por la empuñadura, la agarré y aquel individuo se despertó; en ese mismo instante, Or-tis se lanzó a por el otro Kalkar.

Aquel al que yo había atacado se puso pesadamente en pie e intentó agarrar la mano que casi había extraído su espada de la vaina mientras que lanzaba un terrorífico aullido. Le golpeé en la mandíbula con el puño. Lo hice con tanta fuerza como me fue posible mientras se cernía sobre mí con sus casi dos metros y medio.

El Or-tis lo estaba pasando mal con su adversario, que lo había agarrado por el cuello y estaba intentando sacar su cuchillo para matarlo. Ignoro si el arma se había atascado momentáneamente en su vaina o si se había enredado en la túnica roja. Lo ignoro. Tan solo vi todo aquello por el rabillo del ojo mientras mi adversario se ponía rígido y a continuación se derrumbaba en el suelo.

Entonces me giré hacia el otro Kalkar empuñando la hoja desnuda. Cuando me vio arrojó al Or-tis a un lado y echó mano a su propia espada, pero fue demasiado lento. En el momento en que enterraba la punta de mi espada en su corazón escuché los ruidos de unos pies a la carrera que ascendían por la escalera y los gritos de varios hombres. Le di mi espada al Ortis y le quité la suya al guerrero que acababa de matar.

A continuación tiré al suelo aquella diminuta luz y la pateé tan lejos como me fue posible y le dije al Or-tis que me siguiera. La luz se extinguió y juntos corrimos a lo largo del pasillo hacia la escalera, en la que podíamos oír a los guerreros subiendo en respuesta a los gritos de nuestros fallecidos antagonistas.

Llegamos a las escaleras un instante antes de que lo hicieran los Kalkars. Eran tres, y uno de ellos portaba una bengala humeante y débil que más que iluminar lanzaba contra las paredes unas sombras enormes y grotescas que danzaban sobre ellas y sobre el tiro de la escalera y que ponía al descubierto a nuestros enemigos sin exponernos a nosotros.

—Ocúpate del último —le susurré al Or-tis.

Nos inclinamos sobre la barandilla y mientras él golpeaba en la cabeza al último, yo me ocupé del segundo. El primero, que era el que portaba la bengala, se giró para encontrarse con dos espadas apuntándolo. Lanzó un grito y echó a correr por el pasillo.

Aquello no lo podíamos permitir. Si se hubiera estado quieto, le habríamos dejado vivir, pues teníamos prisa; pero no lo hizo, de manera que tuvimos que perseguirlo. Mientras huía a través de la oscuridad me recordó a un cometa con su cola de luz, aunque la

suya era muy pequeña. No obstante, era un cometa muy veloz y no seríamos capaces de darle alcance hasta que no llegara al extremo del pasillo, donde quedaría acorralado; sin embargo, en lugar de suceder aquello, el guerrero resbaló y cayó al suelo.

Llegué junto a él en el mismo momento, pero algo detuvo mi espada cuando debería haberla hundido en su cuerpo. En vez de hacerlo, lo agarré antes de que pudiera recuperarse y, levantándolo del suelo, lo arrojé a través de la abertura que se abría al extremo del pasillo. Aún sujetaba su lámpara, y cuando me asomé por la abertura se me antojó en verdad un cometa, aunque su luz se extinguió rápidamente cuando su cuerpo se estrelló contra el pavimento del patio más abajo.

El Or-tis rio entre dientes a mi lado.

—¡Estúpido patán! —exclamó—. Incluso enfrentándose a la muerte fue incapaz de soltar esa bengala cuando, si la hubiera arrojado a un lado y se hubiera escabullido por cualquiera de estas salas, nos habría burlado y aún viviría.

—Quizá necesitaba la luz para iluminar su camino al infierno —le sugerí.

—No necesitan ayuda para encontrar ese camino —me aseguró el Ortis—, pues todos van a ir a parar allí, si es que existe tal lugar.

Deshicimos nuestros pasos hasta la escalera, pero volvimos a oír a varios hombres ascendiendo. El Or-tis me tiró de la manga.

—Ven —susurró—, es inútil intentar escapar por ese lado ahora que la guardia ha despertado. Estoy familiarizado con este lugar. Ya he estado aquí en otras ocasiones. Si nos mantenemos serenos tendremos una oportunidad de escapar. ¿Me vas a seguir?

—Por supuesto —le respondí.

Los cadáveres de nuestros últimos enemigos yacían a nuestros pies, al pie de la escalera, que era donde permanecíamos. Or-tis se agachó y los despojó de sus túnicas y sus gorras.

—Nos van a hacer falta si llegamos abajo vivos —me explicó—. Sígueme de cerca.

Se giró, siguió el pasillo y, poco después, penetró en una sala que se abría a la izquierda.

Podíamos oír a los Kalkars a nuestras espaldas subiendo las escaleras. Llamaban a sus compañeros del piso superior, de los que jamás recibirían respuesta, aunque subían lentamente, cosa que les agradecemos.

Or-tis cruzó la cámara hasta una abertura en una de las paredes.

—Más abajo está el patio —me dijo—. Es un descenso muy largo. Estas paredes están construidas de forma irregular. Un hombre ágil sería capaz de llegar hasta abajo sin caer. ¿Lo intentamos? Podemos bajar pegados a las aberturas, de manera que podamos descansar cuando lo deseemos.

—Tú baja por un lado y yo por el otro —le dije.

Hizo un paquete con las túnicas y las gorras y lo arrojó hacia aquel abismo de tinieblas, a continuación nos deslizamos a través de la abertura. Sujetándome con las manos, encontré un lugar en el que apoyar los pies, y a continuación encontré otro apoyo más abajo.

Los saledizos no tenían un ancho superior a la mitad de mi mano. Algunos de ellos estaban redondeados a causa del paso del tiempo y de los elementos. Esos no ofrecían un buen apoyo. No obstante, llegué a la abertura inferior sin mayores dificultades y una vez allí, he de confesarlo, me alegré de poder hacer una pausa momentánea pues jadeaba como si hubiera corrido una milla.

Or-tis también llegó sin problema.

—El Matarife me parece ahora menos terrible —me dijo.

—Él habría acabado con nosotros más deprisa —le respondí entre risas.

Nuestro siguiente descenso nos llevó a dos pisos más abajo antes de hacer una nueva pausa.

Estuve a punto de resbalar y caer en un par de ocasiones. Cuando tomé asiento junto a mi compañero estaba cubierto de sudor.

No me apetece volver a recordar aquella aventura. Cada vez que lo hago me recorren escalofríos, incluso en estos momentos, aunque finalmente llegó a su fin, alcanzamos el patio juntos y nos pusimos las túnicas y las gorras de los Kalkars. Las espadas nos las metimos en los cinturones, pues no habíamos cogido las vainas, aunque las túnicas ocultaban el hecho de que no las tuviéramos.

El olor de los caballos penetró con fuerza en nuestras narices mientras nos acercábamos sigilosamente a la entrada. Todo estaba sumido en la oscuridad, y cuando penetramos en el interior con las manos por delante nos encontramos con que estábamos en el interior de una pequeña habitación con una puerta en el extremo opuesto. Casi todas las puertas construidas por los antiguos habían quedado destruidas, ya fuera por el fuego que había arrasado el interior de la mayoría de los edificios, por la podredumbre o por los Kalkars que las habían utilizado como combustible; pero algunas quedaban... eran las construidas en metal, y aquella era una de ellas.

La empujé lo suficiente como para poder ver si había luz más allá. La había. Se trataba de un gran salón situado en la planta baja donde guardaban los caballos. No era una luz muy brillante, sino una llama triste y solitaria. Incluso las luces de los Kalkars eran mugrientas y sucias. Emitía una pálida luminiscencia bajo ella, el resto de la estancia estaba cubierto por espesas sombras.

Cada vez que los caballos se movían dibujaban sombras gigantescas sobre las paredes y el suelo y sobre las enormes columnas de piedra pulida.

Una guardia haraganeaba ante la puerta que daba paso al sendero que pasaba frente a la puerta. Estaba compuesta por cinco o seis guerreros. Supongo que habría otros en alguna sala cercana. La puerta por la que nos asomábamos estaba protegida por las sombras.

La abrí lo suficiente como para que cupieran nuestros cuerpos y nos deslizamos por aquella abertura. Un instante después, estábamos a cubierto de la mirada de los guardias gracias a los caballos. Algunos se agitaron inquietos cuando nos acercamos. ¡Si pudiera encontrar a *Rayo Rojo*!

Había inspeccionado una línea entera que abarcaba toda la longitud del salón, y había comenzado con la segunda cuando escuché muy cerca un suave relincho. ¡Era él! ¡Por el amor de la Bandera! Fue como volver a encontrarme con mi propio hermano.

Las sillas y las bridas, típico de las maneras desaliñadas de los Kalkars, se encontraban tiradas en medio de la suciedad, en un pasillo que se extendía tras los caballos. Por fortuna, fui capaz de encontrar la mía sin muchas dificultades ya que era muy diferente a las sillas Kalkars, y mientras yo ensillaba a *Rayo Rojo*, el Or-tis seleccionó su montura al azar y procedió a ensillarla y embriarla.

Tras una breve consulta entre susurros, condujimos nuestros caballos por las riendas hasta la parte trasera de la cuadra y allí montamos, ocultos por las sombras y sin ser descubiertos por la guardia. A continuación, salimos por detrás de las líneas de caballos y avanzamos lentamente hacia la entrada, charlando y soltando carcajadas y en lo que esperábamos que pareciera una actitud despreocupada, con el Or-tis situado en la posición

más cercana a la guardia y levemente adelantado, de manera que *Rayo Rojo* quedara oculto a los guerreros, pues sospechábamos que podrían reconocer a mi montura con más facilidad que a nosotros.

Cuando vieron que nos aproximábamos, dejaron de parlotear y alzaron la mirada, pero nosotros no les prestamos atención y nos limitamos a avanzar hacia el arco que conducía al sendero en el exterior del edificio. Creo que podríamos haber pasado sin que nos interrogaran de no haber sido porque de una puerta que, por lo que juzgo, debía ser el acceso a la sala de guardia, surgió una figura excitada que gritó para que todo el mundo le oyera:

—¡Que no salgan! ¡Son el Julian y el Or-tis que han escapado!

Los guardias corrieron a través de la entrada en el mismo momento en que yo picaba espuelas a *Rayo Rojo*, sacaba mi espada y cargaba contra ellos. El Or-tis siguió mi ejemplo. Yo derribé a uno que se aproximaba por la izquierda y *Rayo Rojo* derribó a otro bajo sus pezuñas de hierro.

Ya estábamos sobre el sendero y el Or-tis galopaba a mi lado. Nos desviamos hacia la izquierda y avanzamos hacia el sur unas cuantas yardas antes de tomar otro camino que se dirigía hacia el oeste mientras los gritos y maldiciones de los Kalkars resonaban en nuestros oídos.

Aflojamos las riendas y permitimos a nuestras monturas que galoparan a la mayor velocidad que la oscuridad y aquel camino lleno de basura les permitiera, y no fue hasta que no hubimos dejado a nuestras espaldas una milla completa que nos permitimos adoptar un trote más lento. El Or-tis tiró de las riendas para situarse a mi lado.

—Jamás me imaginé que pudiera hacerse algo así, Julian —me dijo—; y sin embargo, aquí estamos, cabalgando por el campo como hombres libres.

—Pero todavía bajo la sombra del Matarife —le respondí—. ¡Escucha! Nos siguen a galope tendido.

El sonido de los cascos de los caballos de nuestros perseguidores se hacía más audible a medida que escuchábamos. Volvimos a picar espuelas, pero poco después llegamos a un sector del camino bloqueado por un muro derribado.

—¡Que el Matarife me mate! —exclamó el Or-tis—. Me había olvidado de que este camino estaba bloqueado. En el último cruce deberíamos haber girado al norte o al sur. Vamos, debemos retroceder, y a toda prisa, si queremos llegar al cruce antes que ellos.

Giramos y pusimos nuestras monturas al galope largo regresando por el camino que acabábamos de recorrer. El cruce de caminos estaba a muy poca distancia, aunque nuestra situación parecía desesperada, pues incluso en la oscuridad podíamos distinguir a los Kalkars que nos perseguían. Todo se reduciría a quién sería capaz de llegar primero a la encrucijada.

—Tú gira hacia el sur —le grité al Or-tis— y yo lo haré hacia el norte. Así uno de nosotros tendrá una oportunidad de escapar.

—¡Bien! —aceptó—. Son demasiados para quedarnos y hacerles frente.

Estaba en lo cierto... el camino estaba lleno de enemigos, y podíamos escuchar a otros que llegaban al encuentro de aquella vanguardia. Era como un pequeño ejército. Yo me desvié hacia el sendero de la izquierda y Or-tis se dirigió al de la derecha. Alcanzamos la encrucijada un segundo antes de que llegara la vanguardia de nuestros perseguidores.

Me lancé de cabeza a la oscuridad del nuevo sendero y los Kalkars me imitaron. Espoleé a *Rayo Rojo* y mi montura me respondió al instante, como sabía que haría. Era una locura galopar en medio de aquella completa oscuridad por una ruta desconocida a tal

velocidad, y aún así era mi única oportunidad.

Con gran velocidad, mi semental fue dejando atrás las torpes y mal cuidadas monturas de mis perseguidores. Al llegar a la primera encrucijada, volví a girar al oeste, y aunque me topé con una colina escarpada y escabrosa, alcanzar su cima no me tomó más que un momento; tras superarla, el sendero se llenó de ondulaciones, aunque afortunadamente corría cuesta abajo.

Las estructuras levantadas por los antiguos se volvieron cada vez más escasas a medida que avanzaba, y una hora más tarde habían desaparecido por completo. El camino, no obstante, estaba muy bien marcado y, tras un breve desvío hacia el sur, continuaba en dirección oeste casi en línea recta a través del ondulado terreno.

Había reducido nuestro paso para reservar las fuerzas de *Rayo Rojo*, y como no había trazas de mis perseguidores, reduje la velocidad hasta un trote corto, un ritmo que *Rayo Rojo* era capaz de aguantar durante horas sin fatigarse. No tenía ni idea de adónde me conduciría aquel sendero, y en aquel momento ni tan siquiera sabía que me conducía hacia el oeste, pues el cielo estaba completamente cubierto, aunque suponía que aquella debía ser la dirección. Mi principal preocupación era la de poner la máxima distancia entre el campamento Kalkar y yo mismo y, tan pronto como amaneciera, dirigirme a las colinas y poner rumbo al norte y el este para reunirme con mi pueblo.

Y así continué mi camino, a través de un territorio que a veces era completamente llano y a veces ondulado, durante las siguientes tres horas. Una brisa fría se levantó y me acarició el rostro. Era refrescantemente húmeda y poseía un extraño olor que me resultaba desconocido por completo. Yo estaba agotado a causa del esfuerzo continuado, por la ausencia de sueño y la carencia de alimento y agua, pero aquella extraña brisa me despejó y me llenó de nuevas energías y vitalidad.

Estaba muy oscuro, aunque sabía que el amanecer estaba cerca. Me preguntaba cómo era capaz *Rayo Rojo* de encontrar su camino a través de la oscuridad. En aquello andaba meditando cuando repentinamente se detuvo.

No podía ver nada, y no obstante sabía que *Rayo Rojo* debía haber tenido una buena razón para detenerse. Escuché, y llegó a mis oídos un extraño y profundo rugido... una pulsación profunda que jamás había escuchado. ¿De qué podía tratarse?

Desmonté para que mi querida montura descansara mientras escuchaba y buscaba una explicación para aquel sonido monótono y repetitivo. Finalmente, decidí esperar a que amaneciera. Me acosté con las riendas enrolladas en la muñeca, consciente de que, si surgía alguna amenaza, *Rayo Rojo* me avisaría. Un minuto más tarde había caído dormido.

Ignoro durante cuánto tiempo dormí, quizá una hora, pero cuando desperté ya era de día y lo primero que despertó mis sentidos fue aquella pulsación monótona y apagada, aquella pulsación repetitiva que me había dado hasta que caí dormido.

Jamás olvidaré la escena que surgió ante mis asombrados ojos cuando me levanté. Ante mí se abría un vertiginoso acantilado que caía a plomo y ante cuyo borde se había detenido *Rayo Rojo* la noche anterior; y más allá, tan lejos como alcanzaba la vista, había agua... una inmensa extensión de agua, extendiéndose más y más. ¡El mar! Al fin un Julian lo veía.

Rolaba sobre la arena, pulsando, retrocediendo y regresando, retumbando. Retrocedía incansable, irresistiblemente y, al mismo tiempo, terrible y tranquilizador... terrible en su inmensidad y misterio, tranquilizador en su incansable majestuosidad rítmica.

Lo contemplé... la meta de cuatrocientos años de lucha... y me llenó de fuerzas renovadas y nueva determinación para conducir a mi pueblo hasta él. Allí estaba, como

siempre había estado, inalterado, inalterable.

A lo largo de su orilla, perdiéndose en la distancia en ambas direcciones hacia unos distantes promontorios que la bruma difuminaba, podía verse una débil línea que se dibujaba al pie de aquellos enormes acantilados que muy bien podría haber sido hecha por la mano del hombre... un sendero abierto por los antiguos, pero del hombre o de sus obras no había ni rastro. En completa soledad aquellas aguas rolaban para ir a romper sobre la arena, y ningún oído las escuchaba.

A mi derecha arrancaba un camino que se introducía en un profundo cañón que desembocaba en la playa. Monté a *Rayo Rojo* y seguí las revueltas de aquel casi desaparecido sendero de los antiguos bajo las ramas de gigantescos robles y sicómoros y a través del lecho del cañón hasta la playa. Quería sentir sus frías aguas y calmar mi sed.

Rayo Rojo también debía sentirse sediento, pero las grandes olas que chocaban contra la orilla debían haberlo asustado, de manera que no sin dificultad pude llevarlo hasta el borde del agua; sin embargo, el entrenamiento y los genes son más poderosos que el miedo, y finalmente atravesó la arena hasta el agua, que avanzaba y se rizaba en sus patas. Inmediatamente me tiré de su grupa sobre la arena tan largo como era, y cuando la siguiente ola llegó enterré la cara en ella y bebí un largo sorbo.

Uno fue suficiente. Escupiendo, atragantándome y dando arcadas me puse en pie. ¿Qué líquido venenoso se agitaba en aquel caldero diabólico? Me puse muy enfermo. Jamás en mi vida había experimentado unas sensaciones tan enfermizas.

Creí que me estaba muriendo, y en mi agonía vi que *Rayo Rojo* introducía su aterciopelado hocico en aquel líquido traidor.

Rayo Rojo tomó un sorbo, tal y como yo había hecho, y entonces, bufando, saltó hacia atrás apartándose de aquel estanque de iniquidad. Durante un instante se quedó allí, con los ojos completamente abiertos, mirando al agua con una dolorosa sorpresa reflejándose en ellos.

A continuación comenzó a temblar mientras que, con las patas totalmente abiertas, se balanceaba de un lado a otro. Estaba agonizando... estábamos muriendo juntos frente a la meta que habíamos alcanzado tras cuatrocientos años de batallas y sufrimientos.

Recé para poder vivir aunque solo fuera lo suficiente como para llegar junto a mi pueblo y advertirle contra aquel odioso monstruo que permanecía allí esperándolos. Mejor sería que huyeran de regreso al desierto antes de arrojarse a aquel mundo desconocido en el que hasta las más maravillosas aguas guardaban la muerte.

Pero no morí. Tampoco murió *Rayo Rojo*. Me sentí muy enfermo durante una hora, pero al cabo me recuperé rápidamente. Pasó mucho tiempo hasta que aprendí la verdad sobre el agua marina.

VI Saku, el nipón

Hambrientos y sedientos, *Rayo Rojo* y yo penetramos de nuevo en el cañón y nos encaminamos hacia el norte, pues deseaba atravesar aquellas montañas con la esperanza de encontrar un valle que corriera de este a oeste y que pudiera seguir hasta encontrarme con mi pueblo.

Tan solo habíamos recorrido una corta distancia a través del cañón cuando descubrí una corriente de agua dulce y a su alrededor gran abundancia de pasto. No obstante, no sin miedo probé el líquido; pero el primer sorbo me confirmó su potabilidad y un instante después *Rayo Rojo* y yo nos encontrábamos bebiendo ávidamente del mismo estanque. A continuación le quité la silla y las bridas y lo dejé libre para que eligiera su alimento en aquellos pastos mientras que yo me desnudaba y tomaba un baño, cosa que, en aquellos momentos, necesitaba con urgencia.

Me sentí refrescado, y si hubiera sido capaz de encontrar comida habría vuelto a ser yo mismo; pero sin arco ni flechas mis oportunidades parecían bastante escasas a menos que me tomara el tiempo de construir una trampa y esperar a que cayera una presa.

No obstante, no tenía intención de hacer aquello, pues tenía el convencimiento de que tarde o temprano debería toparme con alguna construcción hecha por el hombre donde, a menos que me viera grandemente superado en número, podría encontrar alimento.

Durante una hora le permití a *Rayo Rojo* que se llenara el estómago de aquellas nutritivas plantas y a continuación lo llamé, volví a ensillarlo, y retomamos nuestro camino a través de aquel cañón arbolado y serpenteante siguiendo el bien trazado sendero a lo largo del cual me encontré constantemente con las huellas de coyotes, lobos, perros del Infierno, ciervos y leones, así como de animales domésticos y de los pies calzados con sandalias de los esclavos, pero no vi ni señal de pezuñas herradas que indicaran la presencia de Kalkars. Puede que las huellas de las sandalias tan solo indicaran el paso de cazadores nativos, o el camino hacia un campamento oculto. Esperaba que fuera esto último.

Pueden encontrarse campamentos de esclavos a todo lo largo del desierto, las montañas y el campo, pues no todos están sometidos al servicio de los blancos y muchos viven vidas nómadas siguiendo ciervos y pastos y eludiendo constantemente al hombre blanco. Dicen que fueron los Kalkars los primeros en calificarlos como esclavos, pero aquello fue después de que fueran conocidos por los antiguos como In-juns.

Entre ellos utilizan tan solo sus diferentes nombres tribales, tal y como Hopi, Navajo, Mojave, solo por nombrar a las tribus mejor conocidas con las que teníamos contacto en el desierto, las montañas y los bosques del este. A excepción de los Apaches y los remotos Yaqui, a los que tan solo conocíamos por su reputación, son pueblos pacíficos y hospitalarios con los extraños que se muestran amistosos. Por tanto, mis esperanzas estaban puestas en descubrir un campamento de nativos, donde estaba seguro de ser recibido en paz y donde se me ofrecería comida.

Había estado ascendiendo por aquel tortuoso camino a lo largo de unas tres millas cuando fui a dar con un pequeño prado y con el cumplimiento de mis deseos, pues allí se alzaban tres de las típicas tiendas puntiagudas de los esclavos, que consistían en un número variable de pértigas inclinadas hacia el interior y atadas juntas en su extremo superior y cubiertas finalmente con un demencial conjunto de pieles de animales cosidas entre sí. Aquellas tiendas, sin embargo, tenían una particularidad, y es que eran muy pequeñas.

Cuando quedé a la vista del campamento, me descubrieron y una horda de flacos chuchos se me acercó con los pelos erizados y gañendo para avisar a sus amos de la presencia de un extraño.

Una cabeza surgió por la abertura de una de las tiendas y se retiró precipitadamente.

Anuncié en voz alta que me gustaría hablar con el líder y a continuación esperé en completo silencio a lo largo de todo un minuto. Al no recibir respuesta alguna, volví a hacer mi llamada, más perentoria esta vez, pues no estoy acostumbrado a que me hagan esperar.

Esta vez me llegó la respuesta.

—Vete, Kalkar —gritó la voz de un hombre—. Este es nuestro territorio. Vete o te mataremos.

Saltaba a la vista que aquella gente se atrevía a ponerle voz a su antipatía hacia los Kalkars, y conociendo yo la reputación de estos últimos me di cuenta de que aquello resultaba de lo más extraño en cualquier territorio que estos ocuparan. Que odiaran los Kalkars no me sorprendió... todo el mundo los odiaba. Sobre aquel convencimiento de un odio común había basado mis esperanzas de recibir la amistosa ayuda de cualquier esclavo que pudiera encontrar en un territorio Kalkar.

—No soy un Kalkar —respondí, por tanto, a aquella voz cuyo propietario todavía se ocultaba tras las pieles de su diminuta tienda, sobre cuyo suelo debía estar sentado, pues no había hombre que pudiera permanecer en pie en su interior.

—¿Quién eres? —me interrogó la voz.

—Soy un yanqui solitario —respondí, esperando que estuviera más familiarizado con aquella palabra que con «americano» o «Julian».

—Eres un Kalkar —insistió—. ¿Acaso no veo tu piel, aun cuando tu túnica y tu gorra no fueran pruebas suficientes de que eres un Kalkar?

—Pero si no soy un Kalkar. He escapado de ellos y llevo mucho tiempo sin comer. Necesito alimentarme y luego continuaré con mi camino, pues estoy buscando a mi pueblo, que está luchando contra los Kalkars justo a las puertas de su gran campamento situado al este.

Mi interlocutor sacó bruscamente la cabeza a través de la abertura y me miró más detenidamente. Su rostro era pequeño y muy arrugado y tenía una gran mata de pelo negro y crespo sin atar que apuntaba en todas direcciones. Su cabeza estaba a un nivel tan bajo que todavía pensaba que debía estar sentado o acucillado en el suelo de la tienda, pero un instante después, cuando, decidido evidentemente a comprobar mis afirmaciones con más detenimiento, apartó a un lado la solapa de la apertura y salió de la tienda, me sorprendió ver a un individuo de poco más de tres pies de altura situado frente a mí.

Estaba completamente desnudo y llevaba un arco en una mano y varias flechas en la otra. Al principio pensé que se trataba de un niño, pero su rostro arrugado y anciano y los músculos bien desarrollados bajo su piel bronceada me demostraron lo contrario.

Tras él venían otros dos hombres aproximadamente de la misma altura y, al mismo tiempo, de las otras dos tiendas salieron otros seis u ocho de aquellos diminutos guerreros. Formaron un semicírculo a mi alrededor con las armas preparadas.

—¿De qué territorio vienes? —me interrogó el pequeño líder.

Señalé hacia el este.

—Del desierto más allá de vuestras montañas más lejanas —repliqué.

El hombrecillo meneó la cabeza.

—Jamás hemos pasado más allá de nuestras montañas —me respondió.

Era muy difícil entenderlo, aunque estaba familiarizado con los dialectos de una

veintena de tribus y con aquella mezcolanza de lenguas que empleábamos tanto los Kalkars como nosotros para comunicarnos con los nativos, pero aún así conseguimos hacernos entender.

Desmonté y me acerqué, con una mano extendida hacia ellos, tal y como marcan las costumbres de mi pueblo para dirigirse a los amigos, con los que solemos estrecharnos las manos tras una larga ausencia, o cuando nos encontramos con extraños amistosos por vez primera. No parecieron entender mis intenciones y retrocedieron mientras colocaban una flecha en sus arcos.

No sabía qué hacer. Eran tan pequeños que haberlos atacado habría sido como si pasara a unos niños por mi espada y, por añadidura, necesitaba su amistad pues estaba convencido de que me resultarían de una ayuda imprescindible para descubrir la ruta más corta hasta mi pueblo y que, al mismo tiempo, estuviera libre de campamentos Kalkars.

Dejé caer la mano y sonreí, sin saber qué hacer para que se tranquilizaran. Mi sonrisa debió conseguirlo, pues de inmediato surgió una sonrisa del rostro del anciano.

—No eres un Kalkar —me dijo—, ellos jamás nos sonríen. —Bajó su arma, y los demás siguieron su ejemplo—. Ata tu caballo a un árbol. Te daremos comida.

Se giró hacia las tiendas y llamó a las mujeres para que salieran y prepararan comida.

Dejé caer las riendas al suelo, pues era toda la atadura que necesitaba *Rayo Rojo*, y avancé hacia aquellos hombrecillos, y cuando me quité mi túnica Kalkar y la gorra, todos se apiñaron a mi alrededor y me asietaron a preguntas y comentarios.

—No, no es un Kalkar —comentó uno—. Su túnica y su gorra son Kalkars, pero no lo es el resto de su ropa.

—Me capturaron los Kalkars —les expliqué—, y para poder escapar tuve que disfrazarme con esa túnica, que arrebaté a un Kalkar que maté.

Una verdadera riada de mujeres y niños salió de las tiendas, cuya capacidad debían haber superado largamente. Los niños eran como muñecos, así de diminutos eran, y, al igual que sus padres y sus madres, iban completamente desnudos y sin adorno o decoración algunos.

Formaron una multitud a mi alrededor, llenos de una sana curiosidad, y pude advertir que eran unas personitas alegres y amables; pero incluso estando allí rodeado por ellos apenas podía creer en su existencia, más bien me imaginaba víctima de un sueño caprichoso, pues jamás en mi vida había visto una raza tan diminuta de humanos.

Aprovechando aquella oportunidad de estudiarlos, advertí que no eran de la misma raza que los esclavos, o In-juns, sino que poseían una piel levemente marrón, diferentes formas craneales y ojos rasgados. Eran muy guapos y sus niños poseían una cualidad que los hacía a la vez hilarantes y muy atractivos, de manera que uno no podía evitar quererlos y reírse con ellos.

Las mujeres se dedicaron a encender fuegos y a traer carne (una pierna de venado), mientras que cuatro de ellas se dedicaban a hornear pan y otras a traer frutas frescas tales como albaricoques, fresas y naranjas. Charlaban y reían constantemente mientras me echaban constantes miradas y sonreían coquetamente tapándose con las manos.

Los niños y los perros correteaban por entre los pies, pero a nadie parecía importarles y nadie se quejaba, y veía cómo los hombres alzaban constantemente del suelo a los niños y los acariciaban. Parecía un pueblo muy feliz, muy al contrario de lo que otras gentes habrían parecido de haber vivido durante mucho tiempo en un territorio Kalkar. Le señalé aquel hecho al líder y le pregunté cómo podían sentirse tan felices bajo el cruel dominio de

los Kalkars.

—No vivimos bajo su gobierno —me respondió—. Somos un pueblo libre. Cuando intentan molestarnos, hacemos caer la guerra sobre ellos.

—¿Les hacéis la guerra a los Kalkars? —le pregunté lleno de incredulidad.

—Tan solo a aquellos que vienen a nuestras colinas —me respondió—. Jamás abandonamos estas colinas. Conocemos cada roca y cada árbol y cada cueva, y como somos un pueblo muy pequeño y acostumbrado a vivir en las colinas podemos desplazarnos muy rápidamente de un lugar a otro.

»Mucho tiempo atrás los Kalkars solían enviar guerreros para que nos mataran, pero nunca fueron capaces de encontrarnos; aunque, primero desde un lado y luego desde otro, nuestras flechas caían sobre ellos matando a muchos. Estábamos muy cerca de ellos, pero eran incapaces de vernos. Ahora nos dejan tranquilos. Las colinas son nuestras desde el gran campamento Kalkar hasta el mar, y desde allí hasta más allá durante muchas marchas. Las colinas nos proveen de todo lo que necesitamos y somos felices.

—¿Y cómo os llamáis a vosotros mismos? —le pregunté—. ¿De dónde venís?

—Somos los nipones —me explicó—. Yo soy Saku, jefe de distrito. Siempre hemos vivido aquí, en las colinas. El primer Nipón, nuestro antepasado, era un gigante muy honorable que vivía en una lejana isla, muy lejos en el centro del mar. Su nombre era Mik-do. Ahora vive allí. Cuando muramos, iremos allí y viviremos a su lado. Eso es todo.

—¿Los Kalkars ya no os molestan? —le pregunté.

—No han venido a luchar contra nosotros desde los tiempos del padre de mi padre —replicó Saku—. No tenemos otro enemigo más que Raban, el gigante, que vive al otro lado de las colinas. A veces viene para darnos caza con sus perros y sus esclavos. A aquellos que caza o mata, se los come.

»Raban es una criatura terrible. Monta un caballo enorme y se cubre con hierro, de manera que nuestras flechas y nuestras lanzas no le hieren. Es tres veces más alto que nosotros.

Asumí que, a la manera de los supersticiosos, se estaba refiriendo a la personificación imaginaria de las fuerzas de la naturaleza: una tormenta, un incendio o un terremoto; probablemente se refería a un incendio, pues su referencia a que aquel gigante devoraba a su gente me hizo pensar en el fuego y, así, desterré aquella información de mi memoria, junto con Mik-do y su fabulosa isla en el mar.

Cuán llena de creencias infundadas y supersticiones está la imaginación de los nativos ignorantes. Me recordó a mis propios esclavos, que contaban historias sobre caballos de hierro que tiraban de tiendas de hierro y sobre hombres que volaban a través del aire.

Mientras comía interrogué a Saku acerca de los senderos que pudieran hacerme llegar hasta mi pueblo. Me comentó que el sendero junto al que estaban acampados conducía hasta la cima de las colinas, y que posteriormente se unía a otro que desembocaba en un gran valle que creía que me conduciría hasta mi destino, aunque no estaba seguro de aquel dato, pues aquel conocimiento de un gran valle lo había adquirido tras contemplarlo brevemente desde la cima de una alta colina.

No obstante, me advirtió de manera explícita contra aquel sendero, afirmando que lo recorrería con relativa seguridad tan solo hasta la cima de la colina, pues al otro lado de la misma el camino pasaba junto a la gran tienda de piedra de Raban.

—El camino más seguro —me dijo— consiste en seguir el camino que recorre las faldas de las colinas y que retrocede hasta el campamento de los Kalkars; es un gran

sendero que fue construido en tiempo de Mik-do y desde el que podrás descender hasta el valle a través de uno de los muchos senderos que llevan allá. Estarás expuesto continuamente al peligro de Raban hasta que no hayas completado un día de marcha desde su tienda, pues suele cabalgar largas distancias en busca de sus presas; pero, al menos, estarás menos expuesto que si continuaras por el cañón, que es donde vive.

Pero Raban, aquel gigante imaginario, no me preocupaba mucho y aunque le agradecí a Saku sus advertencias y le hice creer que seguiría sus consejos, estaba secretamente decidido a tomar la ruta más corta hasta el valle más allá de las colinas.

Cuando terminé de comer les di las gracias a mis huéspedes y, cuando estaba preparándome para partir, vi que las mujeres y los niños desmontaban las tiendas entre en risas y gritos mientras que varios hombres comenzaban a avanzar por el cañón emitiendo extraños gritos. Miré a Saku interrogadoramente.

—Vamos a avanzar por el cañón en busca de ciervos —me explicó— y te acompañaremos parte del camino hacia la cima. Hay muchos árboles atravesados en el camino que podrían bloquearte el paso; los moveremos o te enseñaremos una ruta para sortearlos.

—¿Y debéis llevar con vosotros todo el campamento? —le pregunté al ver que las mujeres se esforzaban con aquellas tiendas de piel comparativamente pesadas enrollándolas y atándolas, mientras que otras reunían en atados los postes.

—Lo pondremos todo sobre nuestros caballos —me explicó mientras señalaba hacia el cañón.

Miré hacia la dirección en que señalaba y vi las más extrañas criaturas que jamás había visto: una reata de diminutos caballos peludos que los hombres que anteriormente se habían adentrado en el cañón buscándolos conducían hacia el campamento. Aquellos animalitos apenas alcanzaban la mitad de la altura de *Rayo Rojo* y avanzaban con tanta lentitud que parecía que no se movían.

Tenían unos estómagos muy grandes y gigantescas orejas que surgían de unas cabezas enormes y romas. Su aspecto era en parte oveja y en parte caballo, mezclado todo ello con una buena dosis de conejo orejudo del desierto.

Eran unas criaturas muy dóciles y, durante la tarea de cargarlas con los fardos, los niños jugaban entre sus patas o se subían a sus grupas, donde jugaban a cabalgarlas, mientras aquellos animales de ojos tristes y desanimados se mantenían inmóviles con las cabezas gachas y las orejas en constante movimiento. Cuando iniciamos la marcha todos los niños iban montados en aquellos pequeños caballos, algunas veces subidos sobre la carga y otras veces, en grupos de tres o cuatro, montando a lomos de uno solo de aquellos animales.

No necesité mucho tiempo para descubrir que *Rayo Rojo* y yo no teníamos cabida en aquella cabalgata, pues si marchábamos en última fila, les pisábamos constantemente los talones a aquellos lentos caballitos, y si marchábamos en cabeza, los perdíamos de vista nada más recorrer unas cuantas yardas, de manera que le expliqué a Saku que mi premura me obligaba a adelantarme, pero que si llegaba a algún obstáculo que me resultara imposible salvar, esperarí allí a que me alcanzaran.

Volví a agradecerles su amabilidad e intercambiamos votos de amistad que, aún hoy, creo que eran tan sinceros por su parte como por la mía. Eran un pueblo de gentes pequeñas, felices y encantadoras y lamenté tener que abandonarlos.

Avancé rápidamente sin encontrarme con obstáculos insuperables, y tras un par de horas de viaje fui a dar con un amplio sendero que arrancaba de la cima de una colina,

desde donde pude contemplar cómo se desplegaba ante mis ojos un precioso valle que se extendía hacia el este y el oeste. A mis pies corría el sendero que pasaba junto a la tienda del imaginario Raban y hacia allá conduje a *Rayo Rojo*.

Aún no había cruzado el viejo camino de los antiguos cuando oí el sonido de los cascos de unos caballos a la carrera que provenía del oeste. En aquel punto el sendero se elevaba y rodeaba la ladera de una montaña, y mientras miraba surgió a la vista un caballo a galope tendido con otro pisándole los talones. El jinete del segundo caballo se trataba evidentemente de un guerrero Kalkar, pues la túnica roja que ondeaba al aire a su espalda lo dejaba claro, mientras que fui incapaz de identificar al principio a la figura que montaba el caballo que iba en cabeza, aunque a medida que se aproximó el largo cabello que ondeaba tras ella la identifiqué como a una mujer.

Un Kalkar metido en una de sus andadas, pensé mientras los observaba. Tan centrado estaba aquel individuo en dar caza a su presa que no advirtió mi presencia hasta que no alcanzó al otro animal, agarró sus riendas y detuvo ambas monturas a no más de una docena de pasos de mí, entonces levantó la mirada sorprendido. Su cautiva también me miró.

Era una muchacha con unos preciosos y grandes ojos llenos de terror cuya mirada suplicante estaba nublada por la desesperanza, ya que, ¿qué ayuda podría esperar de un Kalkar contra otro Kalkar, pues evidentemente me había tomado por uno de ellos.

Era una mujer de aquella raza, pero aun así era una mujer, y por tanto estaba obligado a ayudarla. Incluso aunque no me hubiera visto impelido a ayudarla a causa de su sexo, habría matado a su compañero en cualquier otra circunstancia, ¿pues acaso no era un desconocido aparte de ser un Kalkar?

Dejé que mi túnica se deslizara hasta el suelo y arrojé la gorra junto a ella.

—¡Soy el Halcón Rojo! —grité mientras sacaba mi espada del cinturón y tocaba a *Rayo Rojo* con las espuelas—. ¡Lucha, Kalkar!

El Kalkar intentó poner en juego su lanza, pero la llevaba cruzada sobre la espalda y fue incapaz de empuñarla a tiempo; de manera que él también desenfundó su espada y, para ganar tiempo, condujo su caballo tras el de la chica. Pero la muchacha era ahora dueña de su propia montura, y con un azote de sus riendas hizo que su caballo saltara hacia adelante dejando al Kalkar al descubierto y frente a mí, cara a cara.

El Kalkar se empinó hacia mí, protegido por su peto y su casco de hierro, mientras que yo carecía incluso de la protección de un escudo; pero cualquier protección que le hubieran proporcionado aquellas cosas quedó superada por la velocidad y la agilidad de *Rayo Rojo* y la libertad de mis propios músculos, libres de la limitación de cualquier protección metálica.

Su caballo, grande y pesado, estaba mal manejado y, por encima de todo, la esgrima del Kalkar era tan pobre que casi me pareció impropio de un auténtico guerrero tomar aquella vida casi indefensa; pero era un Kalkar, y no quedaba otra alternativa. Incluso si lo hubiera encontrado desnudo y desarmado, en la cama e inconsciente a causa de la fiebre, mi deber habría sido acabar con él, aunque no hubiera habido gloria alguna en aquella muerte.

No obstante, no podía permitirme matarlo sin parecer que al menos le daba una oportunidad, de manera que me dediqué a jugar con él, bloqueando sus golpes y golpeándolo en el peto y el casco. Aquello debió insuflarle un poco de esperanza, pues de repente abrió su guardia y se lanzó a por mí con la espada por encima de su cabeza. Qué oportunidad me regaló, ofreciéndoseme de aquella manera, con el pecho, el vientre y las ingles expuestas, pues su peto de hierro jamás detendría la espada de un Julian.

Tan asombrosamente tosco fue aquel método de ataque que esperé a ver la naturaleza de aquella técnica antes de acabar con él. Yo me encontraba situado frente a él y a su izquierda, y cuando estuvo casi pegado a mí me lanzó un golpe descendente y hacia la izquierda, aunque fue incapaz de tener en cuenta al mismo tiempo dos factores (su caballo y su oponente), de manera que cuando descargó su golpe no lo hizo a la distancia correcta hacia su izquierda de manera que su hoja se clavó en el cráneo de su montura, exactamente entre las orejas, y aquel pobre animal, que continuaba avanzando al galope, cayó de cara y, dando una vuelta de campana, enterró al jinete bajo su cadáver.

Desmonté para liberar de sus miserias a aquel individuo, pues estaba seguro de que debía encontrarse malherido, pero me encontré con que había muerto. Me apropié de su cuchillo y su lanza, así como de su pesado arco y sus flechas aunque desconfiaba de mis habilidades con esta última arma, pues los arcos a los que estoy acostumbrado son mucho más cortos y ligeros.

No me había preocupado por la chica, pensando que, evidentemente, había tomado ventaja del duelo y había aprovechado para huir; pero cuando levanté la vista del cadáver del Kalkar aún se encontraba allí, montando su caballo a unas pocas yardas de distancia y mirándome con fijeza.

VII Bethelda

—¡Vaya! —exclamé—. ¿Por qué no has huido?

—¿A dónde?

—De regreso con tus amigos Kalkars —repliqué.

—Precisamente no he huido porque no eres un Kalkar —me dijo.

—¿Cómo sabes que no soy un Kalkar —la interrogué— y por qué, si no lo soy, no deberías huir de mí cuando debo ser un enemigo de tu pueblo?

—Lo llamaste «Kalkar» cuando cargaste contra él —me explicó—, y un Kalkar no llama Kalkar a un igual. Y yo tampoco soy una Kalkar.

En aquel momento recordé lo que el Or-tis me había contado sobre el millar de americanos que habían decidido abandonar a los Kalkars y unirse a nosotros. En tal caso, la chica debía ser uno de ellos.

—¿Quién eres? —le pregunté.

—Me llamo Bethelda —respondió—. ¿Y tú quién eres?

Me miró directamente a los ojos con una sinceridad carente de miedo que era cualquier cosa menos Kalkaria. Aquella fue la primera ocasión que tuve de echarle un buen vistazo... ¡y por la Bandera que no resultaba nada desagradable de mirar! Poseía unos enormes ojos grises rodeados por largas pestañas y un semblante jovial que incluso en aquellos momentos parecía encontrarse al borde de la risa. Poseía una cualidad casi amuchachada, y no obstante saltaba a la vista que era una chica. Me quedé mirándola durante tanto tiempo sin decir una palabra que la impaciencia nubló su frente.

—Te he preguntado quién eres —me recordó.

—Soy Julian XX, el Halcón Rojo —le respondí, y por un instante creí que sus ojos se habían abierto un poco más y que se asustaba; pero debí haberme equivocado, pues más tarde aprendería que hacía falta algo más que un simple nombre para asustar a Bethelda.

»Dime a dónde te diriges —le dije— y cabalgaré junto a ti para que no vuelvan a atacarte.

—No sé a dónde ir —me respondió—, pues donde quiera que voy me encuentro con enemigos.

—¿Dónde está tu gente?

—Me temo que todos han sido asesinados —me contó con un cierto temblor en la voz.

—¿Pero a dónde te dirigías? Debías estar dirigiéndote a algún lugar.

—Estaba buscando un lugar en el que ocultarme —me contó—. Si fuera capaz de encontrar a los nipones, me permitirían quedarme con ellos. Mi gente siempre se mostró amable con ellos. Sé que se mostrarían amistosos conmigo.

—Tu gente pertenecía a los Kalkars, incluso aunque afirmes que no eres una de ellos, y los nipones los odian. No te permitirían quedarte.

—Mi gente eran americanos. Vivía entre los Kalkars, pero no lo era. Vivimos a los pies de estas colinas durante casi cien años, y nos encontrábamos con los nipones constantemente. No nos odiaban, aunque odiaban a los Kalkars que vivían a nuestro alrededor.

—¿Conoces a Saku? —la interrogué.

—Conozco a Saku el Líder desde que era una niña —me respondió.

—En ese caso, vamos —le dije—; te llevaré junto a Saku.

—¿Lo conoces? ¿Está cerca?

—Sí. ¡Vamos!

Me siguió por el sendero por el que yo acababa de llegar, y aunque lamenté aquella demora, me alegré de poder desprenderme de aquella responsabilidad con tanta facilidad y rapidez; pues tenía claro que no podía dejarla sola y desprotegida, ni podía llevarla conmigo en aquel largo viaje aunque hubiera sido capaz de imponerme a mi propio pueblo para que la aceptara.

En menos de una hora llegamos al campamento de Saku, y la pequeña gente se sorprendió grandemente al volver a verme y se llenó de alegría al ver a Bethelda, dándome claramente a entender con sus acciones, mucho más que la muchacha con sus palabras, la enorme estima que sentían por ella los nipones. Cuando estaba a punto de darme la vuelta para continuar mi camino, insistieron en que me quedara hasta la llegada de la mañana haciéndome ver que el día ya estaba muy avanzado y que, al no estar yo familiarizado con los senderos, podría extraviarme fácilmente y perder más tiempo del que creía que ganaría.

La chica estaba escuchando nuestra conversación, y cuando finalmente insistí en que debía partir porque, aunque no conocía en absoluto aquellos caminos, estaría tan seguro de noche como de día, se ofreció a guiarme.

—Conozco el valle de un extremo al otro —me dijo—. Dime a dónde deseas ir y te llevaré hasta tu destino tanto de noche como de día.

—¿Pero cómo regresarás? —le pregunté.

—Si vas al encuentro de tu pueblo, quizá me permitan quedarme, ¿pues acaso no soy yo una Americana también?

Meneé la cabeza.

—Me temo que no te lo permitirían —le dije—. Sentimos mucha hostilidad hacia los americanos que no tuvieron problemas en convivir con los Kalkars... más que la que sentimos hacia los propios Kalkars.

—Yo jamás he convivido con los Kalkars —me respondió con orgullo—. Siempre los he odiado... desde que tuve la edad suficiente para hacerlo. ¿Acaso la estupidez que cometió mi gente hace cuatrocientos me hace culpable a mí también? Soy tan americana como tú, y odio a los Kalkars más que tú porque yo los conozco mejor.

—Mi gente no entendería tu razonamiento —le dije—. Las mujeres te echarían los perros y serías despedazada.

Ella se estremeció.

—Sois tan terribles como los Kalkars —me dijo con amargura.

—Te olvidas de las generaciones de humillaciones y sufrimientos que hemos sufrido a causa de los americanos renegados que trajeron sobre nosotros la maldición Kalkar —le recordé.

—Nosotros también hemos sufrido —me dijo—, y somos tan inocentes como vosotros. —De repente me miró directamente a los ojos—. ¿Cómo te sientes? ¿Tú también me odias más que si fuera una Kalkar? Quizá hoy me salvaste la vida. ¿Harías eso por alguien que odias?

—Eras una chica —le recordé—, y yo soy un Julian americano —añadí.

—¿Me salvaste tan solo porque soy una chica? —insistió ella.

Asentí.

—Sois un pueblo extraño —dijo—. Podéis ser valientes y generosos con aquellos que odiáis, y sin embargo les negáis la amabilidad del perdón... el perdón de un pecado que

no cometimos.

Recordé al Or-tis, que me había hablado de una forma parecida, y me sentí asombrado al sorprenderme dudando si no tendrían razón; pero somos un pueblo orgulloso y desde muchas generaciones antes de mi día nuestro orgullo se ha visto aplastado bajo los talones de los victoriosos Kalkars.

Y no obstante la herida estaba en carne viva. Y somos tercos... tercos en nuestro amor y en nuestro odio.

Ya me había arrepentido de mi amistad con el Or-tis, y ahora me encontraba charlando amistosamente con una Kalkar... me resultaba difícil no pensar en ellos como Kalkars. Debería estar odiándola... también debería haber sentido odio por el Or-tis, pero por algún motivo me resultó muy difícil sentir odio hacia ellos.

Saku había estado escuchando nuestra conversación, y debía haber entendido al menos parte de ella.

—Esperad hasta la mañana —dijo—, y entonces ella te acompañará al menos hasta la cima de las colinas y te señalará tu camino; pero sería sabio por tu parte llevarla contigo. Conoce cada sendero, y será mejor para ella que te acompañe hasta tu propio pueblo. No es una Kalkar, y si la atrapan la matarán.

»Si fuera una Kalkar la odiaríamos y la perseguiríamos hasta expulsarla de nuestro territorio; pero aunque es bienvenida entre nosotros, le resultaría muy duro quedarse entre nosotros. Movemos nuestro campamento constantemente y nuestros caminos conducen a lugares en los que una persona tan alta como ella tendría dificultades para seguirnos, y tampoco tiene un hombre que cace por ella, y hay veces en las que no tenemos alimento suficiente ni para nuestro pequeño pueblo.

—Esperaré hasta la mañana —le dije—, pero no puedo llevarla conmigo; mi gente la mataría.

Tenía dos motivos para quedarme durante la noche. Uno era el de levantarme temprano a la mañana siguiente y cazar un ciervo para los pequeños nipones como pago por su hospitalidad, mientras que el otro consistía en sacar provecho del conocimiento de la chica de los senderos, que podría señalármelos desde alguna de las colinas más altas. Tenía tan solo una vaga idea de la dirección que debía tomar para encontrar a mi pueblo, y como había visto desde la colina que el valle que se extendía más allá estaba enteramente rodeado por colinas, advertí que podría ganar tiempo si esperaba hasta el amanecer, cuando la chica pudiera señalarme la ruta del paso que debía seguir.

Tras la cena, encendí una fogata para la chica, pues el viento nocturno era helador y ella no disponía de ropa de abrigo. El pequeño pueblo tan solo disponía de sus tiendas y un puñado de pieles para protegerse, por lo que no había espacio en su interior para la chica de lo atestadas que estaban. Los nipones se retiraron a sus toscos refugios casi inmediatamente después de cenar, dejándonos a la chica y a mí solos. Ella se acurrucó junto al fuego con aspecto desesperanzado y desolado.

—¿Toda tu gente ha desaparecido? —le pregunté.

—Toda mi gente... mi padre, mi madre, mis tres hermanos... todos han muerto. Eso creo —me respondió—. Sé que mi padre y mi madre han muerto. Ella murió cuando yo no era más que una niña. Mi padre fue asesinado hace seis meses por los Kalkars. Mis tres hermanos y yo huimos, pues nos enteramos que también planeaban asesinarnos a nosotros.

»He oído que capturaron a mis hermanos; pero no estoy segura. Han asesinado a muchos habitantes del valle últimamente, pues en él viven muchos descendientes directos de los americanos, de sangre pura, y aquellos de nosotros que éramos sospechosos de

apoyar al verdadero Or-tis fuimos condenados a ser asesinados por el falso Or-tis.

»Me oculté en el hogar de un amigo de mi padre, pero era consciente de que si me descubrían allí, aquello supondría la muerte para él y su familia, así que hui con la esperanza de encontrar un lugar en el que me sintiera a salvo; pero creo que no existe tal lugar para mí... incluso mis amigos los nipones, que me permitirían quedarme con ellos, admiten que sería una tarea muy difícil suministrarme todo lo necesario.

—¿Qué piensas hacer? —le pregunté. De alguna manera, sentía mucha pena por ella.

—Buscaré algún lugar inaccesible en las colinas y me construiré un refugio —me respondió.

—Pero no podrás vivir sola en estas colinas —protesté.

Ella se encogió de hombros.

—¿Y dónde quieres que viva?

—Quizá solo durante un breve plazo —le sugerí—, hasta que los Kalkars sean empujados hasta el mar.

—¿Y quién va a empujarlos hasta el mar? —me preguntó.

—Nosotros —respondí lleno de orgullo.

—Y si lo hacéis, ¿en qué me voy a ver favorecida? Tu pueblo me arrojará a los perros... tú mismo me lo has dicho. Pero no vais a poder empujar a los Kalkars hasta el mar. No tenéis ni idea de su número. A todo lo largo de la costa, hasta distancias que ocuparían días cubrir hacia el norte y el sur, donde quiera que haya un valle fértil, se han reproducido como moscas. Llevan días llegando desde todas las direcciones, marchando hacia el Capitolio. Ignoro por qué se están congregando, ni por qué llegan tan solo guerreros. ¿Crees que se sienten amenazados? —De repente, una idea pareció golpearla—. ¡No puede ser! —exclamó—. ¡No puede ser que los yanquis los hayan atacado! ¿Ha vuelto a salir tu pueblo del desierto?

—Sí —respondí—. Ayer atacaron su gran campamento; hoy mis guerreros deben haber comido sus cenas en algunas tiendas de piedra de los Kalkars.

—¿Hablas del Capitolio?

—Sí.

—Tus fuerzas han llegado al Capitolio ¡Me parece increíble! Nunca antes habíais llegado tan lejos. ¿Tienes un ejército muy grande?

—Veinticinco mil guerreros marcharon fuera del desierto bajo la Bandera —le conté—, y empujamos a los Kalkars desde el paso de los antiguos hasta el Capitolio, como tú llamas a su gran campamento.

—¿Has perdido a muchos guerreros?

—Muchos han caído —repliqué—; miles.

—Entonces ahora no sois veinticinco mil, y los Kalkars son como hormigas. Mátalos, y llegarán más. Os desgastarán hasta que tus últimos y escasos supervivientes se sientan felices de poder escapar de regreso a su desierto.

—No nos conoces —le dije—. Hemos llevado a nuestras mujeres, a nuestros hijos, nuestros rebaños y manadas hasta los naranjales de los Kalkars, y allí han de quedarse. Si no somos capaces de arrojar hoy al mar a los Kalkars, deberemos esperar a mañana. Nos han hecho falta trescientos años para empujarlos hasta donde están ahora, pero durante todo ese tiempo jamás hemos cedido un paso que antes hubiéramos ganado; jamás hemos abandonado una posición a la que hayamos llevado a nuestras familias y nuestro ganado.

—¿Tienes una familia muy grande?

—No tengo esposa —le respondí mientras me levantaba para añadir algo de leña a la fogata.

Cuando regresé con una brazada de ramas vi que se había acercado más a las llamas y que temblaba de frío. Me quité la túnica Kalkar y se la puse sobre los hombros.

—No —exclamó mientras se levantaba—. No puedo aceptarla. Pasarás frío.

—Cógela —le dije—. La noche va a ser muy fría, y no vas a aguantar hasta la mañana sin abrigarte.

Meneó la cabeza.

—No —repitió—. No puedo aceptar favores de un enemigo que me odia.

Se quedó allí, alargándose la túnica roja. Tenía la barbilla alzada y su expresión era orgullosa.

Di un paso adelante y cogí la túnica y cuando dejaba caer la mano volví a cubrirla con la túnica y envolví su estilizada figura con ella. Ella intentó quitársela, pero yo la rodeaba con los brazos, manteniendo la túnica en su lugar, y cuando adiviné sus intenciones apreté más la túnica a su alrededor, cosa que provocó que ella se acercara más hasta que estuvimos cara a cara y su cuerpo se apretó contra el mío. Cuando bajé la mirada hasta su rostro alzado, nuestros ojos se encontraron y durante un instante permanecemos así, como tallados en piedra.

No sé qué pudo suceder. Sus ojos, completamente abiertos y con una expresión casi asustada, miraron en los míos, sus labios, abiertos, tomaron aire con algo parecido a un sollozo. Durante un instante permanecemos así, y entonces bajó la mirada, agachó la cabeza, la apartó a un lado y al mismo tiempo sus músculos se relajaron y quedó casi inerte en mis brazos.

Muy suavemente la deposité en su lugar junto al fuego y la abrigué con la túnica. Algo había sucedido en mi interior. Ignoraba de qué se trataba, pero de repente nada en este mundo me pareció más importante que el bienestar y la seguridad de Bethelda.

En silencio me senté frente a ella y la miré como si nunca antes la hubiera visto, y por la Bandera que es cierto que antes no la había visto, a no ser que ella fuera como los diminutos lagartos del desierto y tuviera la capacidad de cambiar su aspecto como ellos cambian de color, pues aquella no era la misma muchacha con la que había estado charlando hacía un momento; aquella era una criatura nueva y maravillosa de una belleza más allá de toda comparación.

No, ignoraba qué había sucedido y tampoco me importaba. Me limité a quedarme allí sentado y la devoré con la mirada. Y entonces ella miró hacia arriba y dijo tres palabras que me helaron el corazón en el pecho.

Alzó la mirada y sus ojos estaban apagados y llenos de dolor. Algo le había sucedido también a ella... podía verlo claramente.

—Soy una Or-tis —me dijo y volvió a dejar caer la cabeza.

Yo era incapaz de hablar. Me limité a quedarme allí, mirando aquella pequeña y estilizada figura hecha de la sangre de mis enemigos, sentada, abatida, junto al fuego. Tras un largo rato, se tumbó junto a la hoguera y cayó dormida, y supongo que yo también debí haberme dormido, pues, en una ocasión, cuando abrí los ojos, vi que el fuego se había apagado, yo estaba medio congelado y la luz de un nuevo día se abría paso sobre las escabrosas cimas de las colinas del este. Me levanté y reavivé el fuego. Tras hacerlo me propuse montar a *Rayo Rojo* y alejarme de ella antes de que despertara; pero cuando lo encontré, pastando a poca distancia del campamento, no lo monté y me alejé, sino que regresé al campamento. Por qué, lo ignoro. No quería volver a verla, y sin embargo algo me

arrastraba hacia ella.

Se había despertado y cuando la vi por primera vez estaba de pie mirando a su alrededor y hacia los dos extremos del cañón, y estoy seguro de que en su rostro se reflejó una expresión de alivio cuando me vio.

Me sonrió anhelante, y yo me sentí incapaz de mostrarme duro, tal y como debería haber hecho con un enemigo.

Opinaba que me había comportado como un amigo con su hermano, así que, ¿por qué no mostrarme de la misma manera con ella? Por supuesto, me marcharía y no volvería a verla; pero al menos me comportaría afablemente con ella mientras estuviera allí. Así lo decidí, y como tal me comporté.

—Buenos días —la saludé mientras me acercaba—. ¿Cómo estás?

—Magníficamente —me respondió—. ¿Y cómo estás tú?

El tono de su voz era rico y suave y sus ojos me embriagaban como el vino añejo. Oh, ¿por qué tenía que ser una enemiga?

Los nipones salieron de sus tiendas. Los niños desnudos se desperdigaron y empezaron a jugar con los perros en un intento por entrar en calor. Las mujeres encendieron fuegos y los hombres se apiñaron alrededor de las hogueras mientras sus compañeras preparaban el desayuno.

Tras desayunar, monté a *Rayo Rojo* y me dirigí hacia la parte inferior del cañón para cazar, y aunque guardaba mis dudas respecto a los resultados del uso del pesado arco Kalkar, lo hice mejor de lo que me esperaba, pues abatí dos gamos aunque su persecución me alejó del campamento más de lo que planeaba hacerlo.

Debía haber pasado ya la mayor parte de la mañana mientras *Rayo Rojo* avanzaba pesadamente de regreso al campamento por el sendero del cañón cargado con el peso de las dos presas y de mí mismo. Noté que se ponía nervioso a medida que nos acercábamos, dirigiendo sus orejas hacia adelante y resoplando ocasionalmente, pero yo no tenía ni idea del motivo de su perturbación y lo único que hice fue ponerme en alerta, pues *Rayo Rojo* siempre me había avisado con su actitud de que se avecinaba algún problema.

Cuando llegué al campamento, no me sorprendió que se hubiera sentido tan nervioso, pues sus sensibles ollares habían olfateado la tragedia mucho antes de que mis torpes sentidos fueran testigos de ello. Aquel pacífico y feliz campamento ya no existía. Las diminutas tiendas estaban esparcidas por el suelo y cerca de ellas yacían los cadáveres de dos de mis diminutos amigos... dos pequeños guerreros desnudos. Eso era todo. El silencio y la desolación reinaban donde unas pocas horas antes lo habían hecho la vida y la felicidad. Tan solo la muerte permanecía allí.

¡Bethelda! ¿Qué había sucedido con ella? ¿Qué había ocurrido allí? ¿Quién había perpetrado aquella crueldad? Tan solo había una respuesta... los Kalkars debían haber descubierto el diminuto campamento y lo habían asolado. Indudablemente, los nipones que no habían sido asesinados habían escapado, y los Kalkars se habían llevado prisionera a Bethelda.

De repente, frente a mis ojos descendió un telón rojo. Arrojé los cadáveres de los gamos al suelo, piqué espuelas a *Rayo Rojo* y ascendí por el sendero siguiendo las huellas de herraduras que los asesinos habían dejado. Vi las marcas de varios caballos, y entre ellas se destacó una huella enorme, de al menos dos veces el tamaño de la delicada huella de *Rayo Rojo*. Aunque las marcas de los caballos Kalkars eran grandes, esta era la más grande que jamás había visto.

Por las pistas que fui descubriendo, calculé que la partida debía estar compuesta por

no menos de veinte caballos, y aunque al principio me había lanzado ciegamente en su persecución, poco después el sentido común me hizo ver que serviría mejor a Bethelda, si es que era capaz de hacerlo, utilizando la estrategia, ya que un hombre solo sería incapaz, con tan solo sus medios, de vencer a una veintena de guerreros con solo la fuerza.

Por tanto, comencé a avanzar con mayor precaución, aunque si hubiera sido por mis deseos, no habría disminuido mi velocidad, pues una fuerza desconocida me empujaba hacia adelante, y si hubiera permitido que mi mente divagara sobre los peligros a los que podía estar enfrentándose Bethelda me habría olvidado de cualquier tipo de estrategia y de cautela y lo habría reducido todo a la fuerza bruta y la sangre.

¡Venganza! Estaba en mi médula, la había mamado a través de las generaciones que habían seguido a su emblema, la Bandera, hacia el oeste dejando tras de sí un sangriento rastro en dirección al mar. La Venganza, la Bandera y los Julian... los tres son uno. ¡Y allí estaba yo, Señor de la Venganza, Gran Caudillo de los Julian, Protector de la Bandera, avanzando a galope tendido para salvar o vengar a una hija de Or-tis! Debería haberme sonrojado de pura vergüenza, pero no fue así. Ni tan siquiera ante la llamada de la Bandera mi sangre había corrido tan caliente por mis venas. ¿Podría ser, entonces, que existiera algo más grande que la Bandera? No; no podía admitir aquello, pero había hallado algo que compartía en mí la gran importancia de la Bandera.

VIII Raban

Llegué hasta la cima de la colina sin alcanzarlos, pero era capaz de ver por las huellas que no se encontraban a mucha distancia. El sendero que recorría el cañón era muy tortuoso y lleno de vegetación, de manera que, a veces, un jinete que se encontrara a una docena de pasos de ti podría pasar desapercibido y el ruido de los pasos de tu propia montura podría apagar el del otro.

Por aquel motivo ignoraba, mientras me encontraba en el interior del cañón, cuán cerca podía estar de ellos, pero todo fue diferente cuando llegué a la cima. Entonces fui capaz de ver en todas las direcciones.

Los asesinos no estaban a la vista en el gran camino de los antiguos, así que cabalgué por el sendero que bajaba por la ladera norte de las montañas hasta el gran valle que ya había contemplado el día anterior. Aquella cara de las colinas estaba poblada por menos árboles y arbustos, y podía ver a intervalos el sendero por debajo de mi posición a medida que serpenteaba hacia abajo, y cuando volví a mirar pude ver el primer grupo de jinetes que se mostraba a la vista al salir la falda de una de las colinas abandonando el cañón.

A mi derecha, a escasa distancia, se extendía una cresta que descendía desde la cima y flanqueaba el cañón por el que iban apareciendo los jinetes. Un solo vistazo me bastó para calcular que tan solo me llevaría unos minutos de arriesgada cabalgada el llegar hasta la salida del cañón por delante de ellos sin ser visto, a menos que los matorrales fueran más espesos de lo que parecían o se me interpusiera una quebrada infranqueable.

Al menos merecía la pena correr con aquel riesgo, y así, sin echarle un segundo vistazo al enemigo, me giré y cabalgué a lo largo de la cima hasta la cresta que esperaba fuera ciertamente la vía que me llevara hasta la posición deseada, donde llevaría a cabo el tipo de guerra por el que tan famosos somos y que tanto nos gusta.

En la cresta encontré un sendero abierto por los ciervos y lo seguí a una velocidad suicida, obligando a *Rayo Rojo* a que avanzara por terrenos tan escabrosos e inclinados que debió pensar que me había vuelto loco, pues por lo general soy muy cuidadoso con sus patas, aunque aquel día me importaban tan poco como mi propia vida.

En cierto momento sucedió lo que más temía: una profunda quebrada cortaba directamente a lo ancho de la cresta y el corte de mi lado caía casi a plomo hasta una profundidad espeluznante.

No obstante, la caída era más suave a cierta distancia y *Rayo Rojo* no dudó en ningún momento cuando lo conduje hasta el borde. Agachándose sobre sus cuartos traseros y extendiendo rígidamente sus patas delanteras, fue deslizándose y trastabillando, acumulando ímpetu hasta que, a unos veinte pies del fondo, saltamos a la par, yendo a caer al fondo un tanto sacudidos pero ilesos.

No disponíamos de tiempo ni para recuperar el aliento. Ante nosotros se alzaba la escarpada pared del lado opuesto y, como un gato, *Rayo Rojo* subió a zarpazos y saltos, permaneciendo colgado sin moverse durante breves instantes, con los cascos profundamente enterrados en la tierra batida, mientras yo aguantaba la respiración esperando mientras el destino decidía si mi caballo se mantendría en pie o caería hasta el fondo del barranco; pero finalmente lo conseguimos y en breve nos vimos sobre la cima de la quebrada.

Ahora era el momento de avanzar con mayor cautela, pues mi camino y el del enemigo convergían y el peligro aumentaría constantemente. Ahora cabalgaba por debajo del nivel de la cresta, oculto de quien quiera que pudiera estar avanzado por el otro lado, y poco después pude ver la boca del cañón a mi derecha y por debajo de mi posición y partiendo de ella, el sendero que deberían seguir los Kalkars. Confiaba en que aún no hubieran salido del cañón, pues había avanzado rápidamente y casi en línea recta, mientras que ellos habían estado moviéndose lentamente, al menos cuando los vi por última vez, y el sendero que seguían, que contaba con un moderado desnivel, avanzaba y retrocedía por el lecho del cañón.

Cuando llegué al extremo de la cresta, que descendía en picado hasta el fondo del cañón, desmonté y, ocultando a *Rayo Rojo* entre los arbustos, me encaminé hasta el punto más alto, desde donde tenía una vista completa del sendero de al menos unas cien yardas hasta la salida del cañón y de más de media milla en dirección contraria. En la mano derecha llevaba el pesado arco Kalkar y en la derecha un haz de flechas, mientras que una veintena de ellas sobresalían de mi bota derecha. Coloqué una flecha en el arco y esperé.

No tuve que aguardar mucho. Escuché el sonido metálico de los equipamientos, el sonido apagado de unos cascos de caballo, las voces de varios hombres, y un instante más tarde apareció tras la falda de una colina la cabeza de una pequeña columna de jinetes.

Aquella misma mañana había entrenado con mi arco Kalkar haciendo blanco contra los gamos, y ahora sentía mayor seguridad. Era un buen arco, y la principal objeción que le encontraba era que resultaba demasiado aparatoso para un jinete. No obstante, era muy potente y llevaba sus pesadas flechas hasta una gran distancia. Ya sabía qué era capaz de hacer con él.

Esperé hasta que una docena de guerreros estuvieron a la vista mientras cubría la zona por la que iban apareciendo y, cuando el siguiente jinete se dejó ver, solté la flecha. Acerté a aquel individuo en la ingle y, como la flecha le llegó desde arriba, lo atravesó y se clavó en el caballo.

El animal, herido, retrocedió, se encabritó y cayó sobre su jinete, aunque aquello lo vi por el raballo del ojo, pues en aquel momento estaba disparando otra flecha al hombre que le precedía.

Cayó con una saeta atravesándole el cuello.

En aquel momento la situación había degenerado en un pandemónium. Aullando y soltando maldiciones, el resto de la tropa galopó hasta salir al exterior, vi a un individuo como jamás habían visto unos ojos mortales hasta aquel momento y, roguemos por ello, jamás vuelvan a ver.

Montaba un caballo enorme, que al instante reconocí como al animal que había dejado aquellas enormes huellas en el sendero que había estado siguiendo hasta la cima; y él mismo era una criatura de tal envergadura que empuñecía a los fornidos Kalkars que lo rodeaban.

Al instante lo reconocí como al gigante Raban, a quien anteriormente había tomado por una creación de la imaginación o la superstición de Saku. Sobre un caballo situado junto a Raban cabalgaba Bethelda. Por un instante me sentí tan asombrado por el tamaño de Raban que me olvidé de qué hacía allí, sobre aquella cresta, aunque solo fue durante un instante. No podía disparar contra aquel gigante por temor a herir a Bethelda, aunque en rápida sucesión derribé al hombre que los seguía y al que los precedía.

Por aquel entonces, los Kalkars se encontraban cabalgando en círculos buscando al enemigo, por lo que me presentaban unos blancos excelentes, tal y como había supuesto

que sucedería.

¡Por la sangre de mis padres! No hay mejor deporte que esta forma de guerra. Siempre superados en número por los Kalkars, nos habíamos visto obligados a adoptar tácticas encaminadas a hostigar al enemigo y a desgastarlo lentamente: atacando constantemente sus flancos, sin dar cuartel, desgajando destacamentos de sus cuerpos principales y aniquilándolos, cayendo súbitamente sobre sus aislados puestos avanzados, merodeando por el territorio que los rodeaba y presentado batalla a cualquier individuo que nos encontráramos en los caminos, habíamos conseguido empujarlos dos mil millas a lo largo del mundo hasta sus últimas posiciones a la orilla del mar.

Mientras los Kalkars seguían sumidos en la confusión en el fondo del cañón, hice caer una flecha tras otra sobre ellos, aunque jamás conseguí un blanco claro de Raban el gigante, pues siempre mantenía a Bethelda entre ambos una vez que me hubo localizado, adivinando, evidentemente, que era por ella por lo que yo atacaba a su partida. Aulló como un toro urgiendo a sus hombres a que subieran hasta la cresta para atacarme, y algunos lo intentaron, con escaso entusiasmo e impulsados indudablemente por el miedo a su superior; un miedo que debía ser superior que el que debían sentir hacia aquel enemigo desconocido situado sobre sus cabezas. No obstante, aquellos que comenzaron a trepar en mi busca jamás regresaron, pues pronto descubrieron que, con mi pesado arco, era capaz de alcanzarlos con unas flechas que atravesaban sus petos de hierro igual que si hubieran estado tejidos en lana.

Raban, viendo que la batalla se volvía en su contra, picó espuelas de repente a su enorme montura y atravesó pesadamente el cañón llevando el caballo de Bethelda tras él mientras que los pocos hombres que quedaban vivos cubrían su retirada.

Aquello no me convenía. No me sentía particularmente interesado en los Kalkars que había dejado tras de sí, sino en él y en su cautiva, de manera que corrí de regreso a *Rayo Rojo* y monté.

Mientras galopaba por el flanco de la cresta en dirección al fondo del cañón vi que los Kalkars se precipitaban a seguir a Raban. No quedaban más que seis, y estaban desperdigados a lo largo del sendero.

Mientras cabalgaban echaban miradas hacia atrás en mi dirección como si esperasen ver una enorme fuerza de guerreros persiguiéndolos. Cuando me descubrieron no regresaron para hacerme frente, sino que continuaron con su huida tras Raban.

Encajé mi arco bajo la correa de cuero de mi estribo derecho, guardé las flechas restantes en el carcaj mientras *Rayo Rojo* descendía por la cresta y extraje mi lanza. Una vez en el lecho del cañón, susurré una palabra a la enhiesta oreja, enristré la lanza y me agaché en la silla mientras aquel espléndido animal se extendía en su carga a galope tendido.

El último Kalkar de la columna en retirada, en lugar de recibir mi lanzada a través de su espalda desprotegida, prefirió girar la grupa, empuñar su lanza y esperarme en el centro del sendero. Aquel fue su error.

No hay guerrero que sea capaz de hacer frente a los sutiles trucos de un lancero situado sobre la espalda de un caballo rampante, pues es incapaz de desviarse hacia un lado u otro con la velocidad necesaria para eludir la punta de la lanza de su enemigo o de tomar ventaja de cualquier zona desprotegida que su contrario le pudiera ofrecer, y aquello fue lo que le sucedió a aquel Kalkar montado sobre un caballo torpe y despatarrado.

Tan torpes eran tanto el jinete como la montura que apenas habrían sido capaces de apañárselas por sí mismos, así que mucho menos lo fueron contra mí, de manera que lo

alcancé donde deseaba mientras impactaba contra ellos, que fue en el pecho, y mi pesada lanza lo atravesó, lo arrancó de la silla, y se hizo astillas mientras el jinete caía al suelo. Arrojé a un lado el inútil mástil mientras refrenaba a *Rayo Rojo* y le hacía volver la grupa.

Vi al Kalkar más cercano parado en el sendero para observar el desenlace del choque, y cuando vio que su compañero caía muerto y que yo había perdido mi lanza, se lanzó a por mí, y asumo que debió pensar que yo huía pues era cierto que *Rayo Rojo* se alejaba de él a la carrera, de regreso al enemigo caído, aunque alguien más versado en el arte de la guerra habría descubierto mis intenciones. Cuando pasé junto al cuerpo del Kalkar, me incliné sobre mi silla y tomé la lanza de donde se encontraba, tirada en el suelo junto a su dueño, y a continuación, sin siquiera reducir nuestra velocidad, giré y regresé para enfrentarme a aquel temerario que cabalgaba hacia su destrucción.

Íbamos al encuentro a una velocidad terrorífica, y a medida que nos aproximábamos el uno al otro descubrí la táctica que pensaba emplear aquel nuevo adversario para acabar conmigo, y he de reconocer que utilizó un sentido común inesperado para la supuesta capacidad de aquel cráneo aplastado, pues mantuvo la cabeza de su caballo apuntando directamente a la de *Rayo Rojo* con la intención de alcanzarlo de lleno y desmontarme, cosa que, considerando la disparidad de sus pesos, habría conseguido si hubiéramos impactado de frente, cosa que no sucedió.

Mis riendas reposaban sobre la cruz de *Rayo Rojo*. Con un leve toque de mi rodilla izquierda, desvié al semental rojo hacia la derecha y me pasé la lanza a la mano izquierda, todo aquello en menos tiempo del que se tarda en relatarlo, y cuando nos encontramos fui a dar con un Kalkar desvalido, pues no se esperaba que le atacara por mi lado izquierdo y su caballo era incapaz de realizar maniobras con la agilidad de *Rayo Rojo*, de manera que me bastó con hacer blanco y liberar a aquel individuo de sus miserias... pues debía ser una miseria ser una criatura tan vil como un Kalkar.

La punta de mi lanza le alcanzó en la garganta, pues no tenía la menor intención de romper otra a la vista de otros dos enemigos que galopaban a mi encuentro, y como el arma estaba fabricada de madera muy dura, le desgarró la carne a mi enemigo cuando cayó de su silla hasta el polvo del camino.

Quedaban cuatro Kalkars entre yo y el gigante que, en algún lugar del cañón, ahora fuera de mi vista, se llevaba a Bethelda hacia algún lugar o destino desconocidos. Los cuatro estaban desplegados escalonadamente a lo largo del sendero y parecían indecisos entre seguir a Raban o esperarme y solventar sus diferencias conmigo. Quizá guardaban la esperanza de que me diera cuenta de la futilidad de sacrificarme ante su mayor número, pero cuando bajé la lanza y cargué contra el más cercano, debieron comprender que yo actuaba sin criterio alguno y que debían enfrentarse a mí y abatirme.

Por suerte para mí, estaban separados por unos considerables intervalos, por lo que no tuve que enfrentarme contra todos a la vez. El más cercano, animado por el ruido de sus compañeros al acercarse al galope, bajó su lanza y recorrió la mitad de la distancia que nos separaba, pero creo que su entusiasmo debió desvanecerse al contemplar lo que les había deparado el destino a los otros dos al enfrentar sus torpes destrezas contra mí, pues su ataque careció tanto de inspiración como de pasión, y se asemejó más a un peñasco que rodara montaña abajo sin sentido alguno que a una criatura dotada de nervios y cerebro impulsada por los elevados sentimientos de patriotismo y honor.

¡Pobre tonto! Un instante más tarde, el mundo era un lugar mejor en el que vivir, pues había un Kalkar menos; no obstante, el encuentro me costó otra lanza, una herida superficial en la parte superior del brazo y me dejó frente a los tres compañeros restantes,

que ya estaban tan cerca de mí que no disponía ni de tiempo para arrebatarme la lanza de sus dedos muertos.

Tan solo me quedaba recurrir a la espada así que, desfundándola, me enfrenté al siguiente de ellos con tan solo una hoja contra su larga lanza; no obstante, conseguí que errara el blanco, me pegué a él y, mientras él intentaba maniobrar, le propiné un tajo que lo abrió desde el hombro hasta el centro del pecho.

Aquello me tomó un instante, aunque aquel instante me supuso un gran problema, pues mis dos enemigos ya estaban sobre mí. Me giré a tiempo de bloquear parcialmente la punta de la lanza del más cercano, aunque aquello supuso que el asta me golpeará de lado en la cabeza y tal hecho es lo último que recuerdo de los sucesos inmediatamente posteriores.

Cuando volví a abrir los ojos, me sacudía atado a una silla y tumbado sobre un caballo.

Dentro de mi radio de visión tan solo veía un trecho del polvoriento sendero que se renovaba constantemente y cuatro peludas patas grises que se movían de manera monótona. Al menos sabía que no estaba sobre *Rayo Rojo*.

Apenas acababa de recuperar la consciencia cuando el caballo que cargaba conmigo fue obligado a detenerse y los dos Kalkars que me escoltaban desmontaron y se acercaron a mí.

Desataron las ataduras que me mantenían sujeto a la silla y me arrojaron sin ceremonias al suelo, y cuando me puse en pie se sorprendieron al comprobar que estaba consciente.

—¡Sucio yanqui! —gritó uno y me golpeó en la cara con la mano abierta.

Su compañero posó una mano sobre su brazo.

—Espera, Tav —le reconvino—, ha luchado valientemente a pesar de que lo tenía todo en su contra.

El que hablaba era un hombre de aproximadamente mi misma estatura y podría haber pasado perfectamente por un yanqui de pura sangre aunque, tal y como pensé al principio, debía ser un mestizo.

El otro hizo un gesto de disgusto.

—Un sucio yanqui —repitió—. Vigílalo aquí, Okonnor, mientras voy a buscar a Raban y le pregunto qué hacemos con él.

Se giró y nos dejó solos.

Nos habíamos detenido al pie de una colina baja sobre la que crecían unos árboles tremendamente viejos y de tal variedad que me maravillé ante su vista. Entre los que reconocí había pinos, cipreses, abetos, sicómoros y acacias, y muchos otros que nunca antes había visto, y entre los árboles crecían arbustos en flor. Los claros estaban alfombrados por enormes masas de flores de todos los colores, y aquí y allí podía ver pequeños estanques rebosantes de lirios e incontables pájaros y mariposas. Jamás había visto un lugar tan absolutamente maravilloso.

A través de los árboles pude ver las siluetas de las ruinas de una de las tiendas de piedra de los antiguos que se alzaban en la cima de la colina. Hacia aquellas ruinas se dirigía el llamado Tav.

—¿Qué lugar es este? —le pregunté al guerrero que me vigilaba empujado por una curiosidad que sobrepasaba mi natural aversión a dirigirles la palabra a aquellos individuos.

—Es la tienda de Raban —me respondió—. Hasta hace poco era el hogar de Or-tis, el Jemadar... el verdadero Or-tis. El falso vive en las grandes tiendas del Capitolio. No

duraría mucho en este valle.

—¿Quién es ese tal Raban? —le interrogué.

—Es un gran ladrón. Asalta a todos y lo hace en tal grado que ha introducido tal terror en los corazones de aquellos que han oído de él que hace lo que le viene en gana y sin oposición. Cuentan que devora la carne de los humanos, pero si eso es verdad lo ignoro... Llevo con él muy poco tiempo. Tras el asesinato del verdadero Or-tis me uní a él porque ataca a los Kalkars.

»Vivió durante mucho tiempo en el extremo occidental del valle, donde rapiñaba por los alrededores del Capitolio, y por aquel entonces ni asaltaba ni mataba a la gente del valle; pero con la muerte de Or-tis vino hasta estos lugares y aquí se asentó, y ahora se dedica a asaltar tanto a mi gente como a los Kalkars, pero sigo a su lado porque, o bien tendría que servir a los Kalkars, o bien ellos le servirán a él.

—¿No eres un Kalkar? —le pregunté, y bien podía creérmelo debido a su buen apellido americano, Okonnor.

—Soy un yanqui; ¿y tú?

—Soy Julian XX, el Halcón Rojo —le respondí.

Alzó las cejas.

—He oído hablar de ti durante los últimos días —me comentó—. Tu pueblo lucha ferozmente justo al borde del Capitolio, pero van a ser rechazados... los Kalkars son demasiados. Raban se alegrará de verte si son ciertas las historias que cuentan de él. Una es que devora los corazones de los guerreros valientes que son tan desafortunados como para caer en sus manos.

—¿Qué es esa criatura? —le pregunté sonriendo—. ¿De dónde ha salido semejante ser?

—Es tan solo un Kalkar —replicó Okonnor—, pero es aún más monstruoso que sus colegas. Dicen que nació en el Capitolio de padres Kalkars ordinarios, y que pronto desarrolló un gusto por la sangre que ha ido en aumento con el paso de los años. Todavía alardea de su primer asesinato: mató a su madre cuando tenía diez años.

Me estremecí al oír aquello.

—Y en semejantes manos ha ido a caer una hija del Or-tis —le dije—. Y tú, un americano, has participado en su captura.

Me miró sorprendido.

—¿La hija de un Or-tis? —exclamó.

—De el Or-tis —repetí.

—Lo ignoraba —me dijo—. No estuve cerca de ella en ningún momento y pensé que tan solo se trataba de una mujer Kalkar. Ya sabes que algunas son pequeñas... las mestizas.

—¿Qué vas a hacer? ¿Puedes salvarla? —le exigí saber.

Una llama blanca pareció iluminarle el rostro. Extrajo su cuchillo y cortó las ligaduras que me ataban los brazos a la espalda.

—Ocúltate tras esos árboles —me ordenó— y guárdate de Raban hasta mi regreso. No será hasta que anochezca, pero traeré ayuda. Este valle está casi exclusivamente habitado por gente que se ha negado a mezclarse con los Kalkars y han mantenido su raza pura desde los tiempos antiguos. Hay casi un millar de guerreros de pura raza yanqui dentro de sus confines. Debería ser capaz de reunir a los suficientes como para poner fin a Raban para siempre, y si una hija de Or-tis en peligro no es capaz de ponerlos en movimiento y sacarlos de su vergüenza y cobardía, eso que no hay esperanza para ellos. —Montó en su

caballo—. ¡Aprisa! Ocúltate entre los árboles.

—¿Dónde está mi caballo? —le pregunté mientras se alejaba al galope—. No lo habréis matado...

—No —me respondió—, huyó cuando caíste. No intentamos atraparlo.

Un instante más tarde desapareció tras la cara oeste de la colina y yo me interné en el bosque en miniatura que la cubría. A través del espeso velo de mi aflicción se abrió paso un rayo de felicidad... *Rayo Rojo* estaba vivo.

A mi alrededor crecían unos ancianos árboles de tamaño enorme con unos troncos de cinco o seis pies de diámetro y unos follajes que se alzaban a más de cien pies por encima de mi cabeza.

Sus ramas más espesas impedían el paso del sol y, por debajo de estas, unos retoños de árboles luchaban por una existencia casi carente de luz solar o unos monstruos blanquecinos, caídos hacía largo tiempo, yacían incrustados en moldes hechos de hojas muertas marcando el lugar en el que un antiguo largamente desaparecido había esparcido unas semillas que habrían de sobrevivir a toda su ascendencia.

Era un lugar maravilloso para ocultarse, aunque fuera un acto al que no estaba acostumbrado ningún Julian ni para el que tuviera estómago. No obstante, en aquella ocasión la causa lo justificaba... ¡Un Julian ocultándose de un Kalkar con la esperanza de ayudar a una Or-tis! ¡Por los espectros de los diecinueve Julianes! ¿Qué había hecho yo, Julian XX, con mi orgulloso nombre?

Y sin embargo no podía sentirme avergonzado. Había algo que luchaba obstinadamente contra todos los escrúpulos que había heredado y era consciente de que finalmente vencería... de que ya había vencido. Habría vendido mi alma por aquella hija de mi enemigo.

Me encaminé colina arriba hacia la ruinoso tienda, pero cerca de la cima los arbustos eran tan densos que apenas era capaz de ver algo. Unas rosas salvajes que se alzaban unos quince pies y que crecían tan apretadas que parecían formar una muralla ocultaban todo a mis ojos. Ni tan siquiera era capaz de abrirme paso.

Cerca de mí se alzaba un enorme árbol coronado de unas extrañas hojas en forma de pluma.

Era un árbol que nunca antes había visto, aunque aquel hecho no me importaba tanto como el de que podía treparlo hasta un lugar en el que fuera capaz de poder ver por encima de las rosas.

Lo que vi fueron dos tiendas de piedra, no tan arruinadas como la mayoría de las que había visto anteriormente, y entre ellas un estanque de agua... un estanque artificial de líneas rectas.

Algunas columnas de piedra yacían a su alrededor y las enredaderas y las plantas trepadoras habían crecido al borde del agua, cubriendo prácticamente el reborde del estanque.

Mientras contemplaba todo aquello, un grupo de hombres llegó desde la tienda en ruinas situada al este atravesando una enorme arcada cuya estructura gemela se había desmoronado.

Todos eran Kalkars, y entre ellos se encontraba Raban. Aquella fue mi primera oportunidad de contemplarlo detenidamente.

Era una criatura de aspecto completamente repulsivo. Su enorme tamaño habría llenado fácilmente de un temor reverencial el corazón más templado, pues su altura alcanzaba los buenos nueve pies de altura y sus hombros, pecho y brazos eran enormes. Su

frente estaba tan hundida que podría haberse dicho que carecía de ella, de manera que la espesa mata de pelo crespo que le cubría la cabeza casi se unía con las cejas.

Sus ojos eran pequeños y estaban muy pegados a una tosca nariz, y todo en él resultaba bestial. Ni en sueños me habría atrevido a imaginar que el rostro de un hombre resultara tan repulsivo. Los pelos de sus bigotes parecían crecer en todas las direcciones y proclamaban claramente, en el mejor de los casos, que jamás habían conocido un peine.

Estaba hablando con el Kalkar que me había dejado al pie de la colina para informar a Raban sobre mi captura... aquel era el individuo que me había abofeteado mientras tenía las manos atadas y que se llamaba Tav. El gigante hablaba con una voz rugiente y semejante al bramido de un toro que en aquel momento se me antojó, al igual que su actitud de perdonavidas y su jactancia, no más que una pose para llenar de terror a aquellos que lo rodeaban.

No podía mirar a aquella criatura y creer que dentro de un cuerpo tan vil pudiera residir algún valor. Conocía a muchos hombres intrépidos... al Buitre, al Lobo, a la Roca y a cientos de ellos... y en cada uno de ellos el coraje se reflejaba en algún atributo físico de dignidad y majestad.

—¡Traédmelo! —le rugió a Tav—. ¡Traédmelo! Me comeré su corazón para la cena.

Tras marcharse Tav para llevarme ante el gigante, este se quedó allí con el resto de sus seguidores, rugiendo y bramando, y siempre acerca de él mismo y de sus hazañas y de todo lo que planeaba hacer. Me parecía el tipo de exageraciones que ya antes había visto, y en las que los gestos remedaban la acción, los ruidos simulaban el valor y las mañas sustituían al cerebro.

Lo único impresionante acerca de él era su enorme tamaño, e incluso aquello tampoco me impresionó en exceso... había conocido hombres más pequeños, a los que respetaba, que me habían asombrado mucho más. No le temía.

Creo que tan solo los ignorantes lo podrían haber temido, y no creía en absoluto todos aquellos cuentos acerca de su apetito por la carne humana. Soy de la opinión de que si un hombre tuviera en verdad la intención de comerse el corazón de otro, no diría nada en absoluto.

Poco después, Tav regresó a la carrera a la colina. Estaba muy nervioso, tal y como me imaginaba que se encontraría.

—¡Se ha marchado! —le gritó a Raban—. ¡Ambos se han marchado... Okonnor y el yanqui! ¡Mira! —Le mostró las correas que me habían atado las muñecas—. Las han cortado. ¿Cómo podría habérselas cortado con las manos atadas a la espalda? Eso es lo que me gustaría saber. ¿Cómo ha podido hacerlo? No habría podido a menos que...

—Debía haber habido otros con él —rugió Raban—. Os siguieron y lo liberaron y se llevaron a Okonnor prisionero.

—No había otros —insistió Tav.

—Quizá lo liberó Okonnor —les sugirió otro.

Una explicación tan lógica no podía haber surgido del cerebro del tamaño de un guisante de Raban, de manera que añadió:

—Lo sabía desde el principio... ha sido Okonnor. Le arrancaré el hígado con mis propias manos y me lo comeré para desayunar.

Algunos insectos, sapos y hombres hacen muchos ruidos innecesarios, pero la enorme mayoría del resto de los animales pasan por la vida envueltos en un silencio solemne. El respeto que sentimos por esos animales es lo que hace que adoptemos sus

nombres. ¿Quién ha escuchado alguna vez a un halcón gritar sus intenciones al mundo? Planea a gran altura sobre la cima de los árboles en silencio y envuelto en ese mismo silencio desciende velozmente y ataca.

IX Reunión

A través de la conversación entre Raban y sus satélites me enteré de que Bethelda estaba encerrada en las ruinas orientales, pero como Raban no fue más allá durante todo el atardecer, aguardé con la esperanza de que la fortuna me favoreciera con una mejor oportunidad tras el anochecer para intentar su liberación con menos riesgos de que me interrumpieran o de que me descubrieran de los que habría corrido durante el día, cuando tanto hombres como mujeres entraban y salían constantemente de la tienda occidental. También existía la posibilidad de que Okonnor regresara con ayuda, y yo no quería hacer nada, mientras tuviera esperanzas, que pusiera en peligro las oportunidades de Bethelda de escapar.

La noche estaba cayendo y no había señales de Okonnor. Del edificio principal en ruinas llegaban los sonidos de unas risotadas groseras, y yo imaginaba a Raban y a sus seguidores cenando y engullendo sus alimentos con el ardiente licor de los Kalkars. No había nadie a la vista, de manera que decidí salir de mi escondite e inspeccionar la estructura en la que creía que estaba encerrada Bethelda. Si podía liberarla, perfecto; si no, debería esperar al regreso de Okonnor.

Cuando estaba a punto de descender del árbol, el viento transportó desde el cañón situado al sur un sonido muy familiar: el suave relincho de mi semental rojo. Aquello fue música para mis oídos. Debía responder a su llamada aun cuando me arriesgara a despertar las sospechas de los Kalkars.

Mi silbido de respuesta, agudo y claro, se elevó tan solo una vez por encima de los sonidos de la noche. No creo que los Kalkars llegaran a oírlo... estaban haciendo demasiado ruido detrás de las puertas; pero el relincho lleno de ansiedad que me devolvió el viento me dejó claro que un par de orejas estilizadas y finas habían entendido aquella llamada familiar.

En lugar de encaminarme directamente hacia la ruina oriental, descendí la colina para encontrarme con *Rayo Rojo*, pues era bien consciente de que él supondría la diferencia entre el éxito o el fracaso para mí y la libertad o la muerte para Bethelda. Finalmente, cuando llegué al pie de la colina, escuché el amortiguado y maravilloso ruido de sus pezuñas que, aumentando de volumen constantemente, se aproximaba a mí en la oscuridad. ¡El sonido de unas pezuñas al galope! ¡El redoble de un tambor de guerra! ¿Qué sonido más dulce existe en el mundo?

Me vio, por supuesto, antes de que yo lo distinguiera a él, pero se detuvo en medio de una nube de polvo a unas pocas yardas de mí mientras husmeaba el aire. Susurré su nombre y lo llamé para que se acercara. Se aproximó a mí con renuencia, deteniéndose frecuentemente, alargando su estilizado cuello, y con actitud de huir inmediatamente.

Un caballo depende grandemente de sus ojos, de sus oídos y de sus ollares, pero en ningún momento se sentirá satisfecho hasta que su suave e interrogante hocico no haya revisado el objeto de sus sospechas. Poco después resopló y a continuación tocó mi mejilla con sus labios aterciopelados, soltó un enorme suspiro y frotó su cabeza contra mi cuerpo, satisfecho. Lo oculté bajo los árboles al pie de las colinas y le insté a que esperara en silencio.

Extraje el arco y un haz de flechas de la silla y, siguiendo el camino por el que Tav había llegado hasta la cima de la colina, evité el muro de rosas y poco después llegué a la

arcada derruida del sur. Más allá se abría un pequeño patio central con puertas y ventanas que se abrían a él. La luz de las bengalas iluminaba varias habitaciones y arrojaba algo de luz al patio, aunque en su mayor parte estaba sumido en la oscuridad.

Pasé bajo el arco y me encaminé al extremo más alejado del claustro donde, a mi derecha, pude ver una ventana y una puerta que daban a una habitación doble en la que varios Kalkars se encontraban comiendo y bebiendo frente a dos largas mesas. No podía verlos a todos. Si Raban estaba allí, se encontraba fuera del alcance de mi vista.

Siempre es adecuado llevar a cabo un reconocimiento antes de proceder con cualquier plan de acción, y con aquella idea en mente abandoné el patio por el mismo sitio por el que había entrado y me dirigí hacia el extremo oriental del edificio con la intención de rodearlo por completo y continuar por el lado norte del edificio occidental, donde esperaba encontrar a Bethelda e idear los medios para su rescate.

En la esquina sudoriental de aquella ruina se alzaban tres gigantescos cipreses que habían crecido tan juntos que parecían un solo árbol colosal, y cuando me detuve tras ellos para inspeccionar qué había frente a mí, vi a un guerrero Kalkar solitario que salía del edificio y se internaba en un espacio herboso, de plantas altas hasta la rodilla, que se extendía ante el edificio.

Encajé una flecha en mi arco. Aquel sujeto tenía algo que yo quería: una espada. ¿Podría derribarlo en silencio? Si se daba la vuelta estaba seguro de poder conseguirlo, y eso hizo, como si mi deseo le hubiera impelido a hacerlo. Estaba de espaldas a mí.

Lancé la flecha con todas mis fuerzas. La cuerda tañó cuando la liberé, pero no se produjo otro sonido, a excepción del golpe amortiguado cuando la flecha penetró en la columna de mi víctima, justo en la base del cerebro. Murió en silencio. No había nadie más por allí. Corrí hacia adelante y le quité el cinturón del que colgaban su espada y su puñal.

Mientras me alzaba abrochándome el cinturón eché un vistazo a la habitación iluminada de la que él acababa de salir. Era la misma que había visto anteriormente desde el patio situado al otro lado y anexa a ella estaba la otra sala que había visto. Ahora era capaz de ver a todos los ocupantes que anteriormente no había sido capaz de distinguir.

Raban no estaba allí. ¿Dónde se encontraba? De repente, el terror me invadió. ¡Pudiera ser que durante el breve intervalo que había transcurrido cuando bajé a encontrarme con *Rayo Rojo* él hubiera abandonado la fiesta para dirigirse a la ruina oriental! Me estremecí mientras corría a lo largo del frente de la casa y por su extremo norte hasta la otra estructura.

Me detuve frente a ella y escuché. ¡Sonido de voces! ¿De dónde provenía? Aquel edificio era muy peculiar, construido sobre la ladera de una colina con uno de sus pisos situado a nivel de la cima, otro nivel situado por encima y el tercero bajo los otros dos y tras ellos. Ignoraba dónde se encontraban las entradas y cómo podía seleccionar la correcta.

Desde mi refugio del árbol había visto que la sala central, situada en la cima, era una sola construcción con una entrada cavernosa que se extendía a todo lo ancho del edificio, mientras que en la parte sur y en la parte trasera de aquella construcción se abrían dos puertas, aunque era incapaz de averiguar a dónde conducían.

No obstante, me pareció lo mejor probar primero con aquellas puertas, de manera que corrí de inmediato hacia ellas, y al llegar allí el sonido de las voces se me hizo más distinguible y pude adivinar el tono rugiente y bovino de Raban.

Probé la puerta más cercana. Se abrió por completo, y ante a mí vi un tramo de escalera que descendía y distinguí las voces, que se tornaron más audibles; había abierto la puerta correcta.

Una luz mortecina temblaba más abajo, como si proviniera de una cámara situada al pie de las escaleras.

Todo aquello no fueron más que impresiones instantáneas a las que no presté mayor atención en aquel momento, pues en cuanto percibí las voces me lancé hacia abajo y un instante más tarde me encontraba mirando el interior de una cámara muy larga y de techo alto en la que ardía una sola llama que apenas iluminaba lo suficiente como para que pudiera distinguir la figura de Raban alzándose sobre Bethelda, a quien arrastraba por el pelo hacia la puerta.

—¡Una Or-tis! —aullaba—. ¡Una Or-tis! ¿Quién se habría imaginado que Raban llegaría a capturar a la hija del Jemadar y la haría suya? Ah... no te agrada la idea, ¿eh? Podrías elegir a otro hombre si tuvieras la oportunidad, pero no la tienes, pues, ¿quién se atrevería a negarse a Raban el Gigante?

—¡El Halcón Rojo! —le dije penetrando en la cámara.

Aquel individuo se giró y a la luz parpadeante de la débil bengala vi que su rostro enrojecido se tornaba púrpura y del púrpura pasaba al blanco, o más bien a un sucio remedo del amarillo.

¡Por la sangre de mis Antepasados! Cómo se alzó ante mí, cual montaña perfecta de carne. Yo tengo una altura de seis pies, pero Raban debía ser más de la mitad de alto que yo; sus buenos nueve pies, ¡pero le juro que me pareció que medía veinte pies y otro tanto de ancho!

Durante un instante quedó en silencio, mirándome como si lo hubiera pillado por sorpresa, y entonces arrojó a Bethelda a un lado, desenfundó su espada y avanzó hacia mí, rugiendo y aullando con el propósito, presumo, de aterrorizarme y, no pude evitar pensarlo en ese momento, de atraer la atención y la ayuda de sus camaradas.

Avancé a su encuentro y aquel individuo parecía una montaña, tan alto era; pero a pesar de todo su tamaño no sentí la preocupación que solía sentir cuando me enfrentaba a hombres de mi tamaño y cuyo honor y valor merecían todo mi respeto. Me vino bien aquella actitud mental, pues me sentí fortalecido para el duelo que se avecinaba pues, por la Bandera, que necesitaría de todo el coraje que pudiera reunir.

El peso y la altura de aquel individuo habrían bastado para superar al guerrero más poderoso aun cuando Raban hubiera sido un torpe para la lucha, cosa que no era en absoluto. Sostenía la espada con mano de maestro y, a causa de la cobardía que le había atribuido, luchó con un frenesí provocado por el miedo, tal y como lucha una bestia acorralada.

Necesitaba hacer uso de toda mi habilidad, y dudo que me hubiera bastado tan solo con eso de no haberse visto reforzada y multiplicada por el amor y la necesidad de proteger al objeto de mi amor. La presencia de Bethelda la Or-tis me sirvió de acicate e inspiración. Todos los golpes que propiné fueron por ella, y los que paré fue como si detuviera golpes dirigidos a su suave piel.

Cuando nos acercamos, me propinó tal tajo que de haberme alcanzado me habría partido en dos, pero hice una finta y al mismo tiempo me incliné. Me encontré con que no tenía sus enormes piernas protegidas y clavé mi espada en uno de sus muslos. Raban saltó hacia atrás soltando un aullido de dolor, pero yo seguí su retroceso con una estocada de mi espada que penetró por debajo del borde de su peto de hierro y le hirió el vientre.

Ante aquella herida soltó un horrible aullido, y aunque estaba dolorosamente herido comenzó a manejar su espada con una maestría que nunca habría imaginado en él. Con la mayor dificultad, pude bloquear los envites de su enorme espada y me salvé varias veces

gracias a la agilidad de mis pies y mi habilidad como espadachín.

Y también le debo mucho a la inteligencia de Bethelda, quien, poco después de que cruzáramos nuestras espadas, había corrido hacia la gran chimenea y tomado la bengala de donde estaba colocada sobre la repisa para situarla tras mis hombros, de manera que la ventaja de la luz jugaba a mi favor. Su posición era peligrosa y le rogué que se situara a distancia segura, pero no lo hizo, como tampoco huyó cuando la oportunidad se lo permitió, tal y como yo la urgí a hacer.

Esperaba ver a los hombres de Raban penetrar a la carrera en la cámara de un momento a otro, pues no era capaz de entender que sus gritos no hubieran llegado hasta cualquier oído que se encontrara a una milla a la redonda o más, de manera que luché aún más desesperadamente por deshacerme de él y poder huir antes de que llegaran. Raban, que ya jadeaba en busca de aire, carecía de aliento para continuar gritando y pude advertir, ya fuera por el esfuerzo, el terror o la pérdida de sangre, que se estaba debilitando.

Fue entonces cuando escuché a unos hombres gritando en el exterior y los pasos de unos pies a la carrera. ¡Ya llegaban! Redoblé mis esfuerzos y Raban los suyos... yo para matarlo, él para sobrevivir hasta que llegara su socorro. Sangraba por una docena de heridas y yo estaba seguro de que la herida de su vientre era fatal; pero aún así se aferraba a la vida con gran tenacidad, y luchaba con un espumarajo sanguinolento causado por una herida en la garganta cubriéndole los labios.

Se tambaleó y cayó sobre una rodilla, y mientras se esforzaba por ponerse en pie creí que ya era mío, pero entonces escuchamos el ruido de unos hombres descendiendo a la carrera por la escalera. En aquel instante Bethelda arrojó la bengala al suelo y nos sumimos en una oscuridad absoluta.

—¡Vamos! —me susurró mientras posaba una mano en mi brazo—. Serán demasiados... deberemos escapar en el momento en que penetren en la cámara o estaremos perdidos.

Los guerreros estaban en el umbral soltando maldiciones y pidiendo luces.

—¿Quién está ahí? —gritó uno de ellos—. ¡Adelántate y considérate preso! Somos un centenar de espadas.

Bethelda y yo nos pegamos a la pared cerca del umbral con la esperanza de pasar por entre ellos antes de que trajeran luces. Del centro de la cámara, donde había dejado a Raban, surgió un gruñido seguido por un jadeo que ascendía desde el suelo y un extraño gorgoteo. Llegué hasta la puerta llevando a Bethelda de la mano. Vi que era impenetrable, pues los hombres la bloqueaban.

—¡A un lado! —les dije—. Voy a traer una luz.

La punta de una espada se posó en mi vientre.

—¡Atrás! —me advirtió una voz situada tras la espada—. Comprobaremos quién eres antes de dejarte pasar... ya hay otros que han ido a por luz.

Retrocedí y crucé mi espada con la suya. Quizá pudiera abrirle a Bethelda un camino hacia la libertad, a tajos, en medio de la oscuridad. Aquella parecía ser nuestra única esperanza, pues el ser atrapados por los sicarios de Raban ahora, tras las heridas que le había infligido, significaría la muerte segura para mí y algo mucho peor para Bethelda.

Cruzamos nuestros aceros en la oscuridad, guiados tan solo por el tacto, pero me resultó imposible alcanzarlo, y a él a mí, aunque advertí que era un experto en esgrima. Creí que estaba ganando ventaja cuando percibí el brillo de una luz que se acercaba al umbral de las escaleras.

Alguien se acercaba con una bengala. Redoblé mis esfuerzos, pero todo fue en vano.

Y entonces la luz llegó a nuestro lado y cuando iluminó a los guerreros yo retrocedí, asombrado, y bajé mi espada. La luz que los iluminaba reveló mi rostro y ante su visión mi antagonista soltó un grito de alegría.

—¡El Halcón Rojo! —gritó y me agarró por un hombro.

Era el Buitre, mi hermano, y junto a él se encontraban Serpiente de Cascabel y un centenar de guerreros de nuestros queridos clanes. Trajeron más luces y vi a Okonnor y a un puñado de extraños guerreros vestidos con atavíos Kalkars amontonados en las escaleras junto a guerreros de mi propio clan, y ninguno de ellos alzaba su espada contra el otro.

Okonnor señaló hacia el centro de la cámara y todos miramos hacia allá, y allí yacía Raban el Gigante, muerto.

—El Halcón Rojo, Julian XX —dijo mientras se giraba hacia los que se apiñaban a sus espaldas—. ¡Gran Caudillo de la Tribu de los Julian... nuestro caudillo!

—¡Y Jemadar de toda América! —gritó otra voz y los guerreros, apiñados en la sala, alzaron sus espadas y sus roncadas voces para aclamarme. Y aquel que así me había llamado se abrió paso a través de ellos y se situó frente a mí, y vi que no se trataba de otro más que del verdadero Or-tis con quien yo había estado prisionero en el Capitolio y junto a quien había escapado. Descubrió a Bethelda y se precipitó hacia ella tomándola en brazos, y por un instante sentí celos al olvidar que se trataba de su hermano.

—¿Y qué ha podido suceder —le interrogué— para que los Or-tis y los Julian hayan podido llegar hasta aquí en paz?

—Escúchame —me dijo mi hermano— antes de que nos juzgues. Larga ha sido la hostilidad entre los Julian y los Or-tis a causa de los crímenes de un hombre muerto hace cientos de años. Demasiado pocos son los americanos de sangre pura como para que el odio los mantenga separados cuando deberían estar unidos por la amistad.

»El Or-tis llegó hasta nuestro campamento tras escapar de los Kalkars y nos contó tu fuga y el deseo de su padre de que reinara la paz entre nosotros y se ofreció a llevarnos hasta los Kalkars por caminos que nosotros desconocíamos, y el Lobo se reunió en consejo conmigo y también estaban la Roca, Serpiente de Cascabel y el Coyote, junto con todos los demás jefes de guerra, y en tu ausencia yo acabé con la hostilidad que había reinado entre nosotros y los jefes aplaudieron mi decisión.

»A continuación, guiados por el Or-tis, penetramos en el Capitolio y empujamos a los Kalkars frente a nosotros. Grande era su número, pero no tenían a la Bandera junto a ellos, por lo que en su momento debían caer.

»Luego —continuó— nos llegaron noticias, traídas por los pequeños nipones de las colinas, de que te encontrabas en las montañas cerca de la tienda de Raban el Gigante y vinimos en tu busca, y por el camino nos encontramos con Okonnor, que conducía a muchos guerreros, y grande fue la alegría que sintieron por la paz que habíamos establecido y nos unimos a ellos, que también se dirigían a acabar con Raban y a rescatar a la hermana del Or-tis.

»Y aquí estamos, esperando una palabra del Gran Caudillo. Si esa palabra significa la paz entre los Julian y los Or-tis, estamos contentos; si significa la guerra, nuestras espadas están listas.

—Siempre será para la paz —le respondí, y entonces el Or-tis se acercó a mí, se arrodilló y tomó mis manos entre las suyas.

—Ante mi gente —me dijo con gran sencillez— juro fidelidad a Julian XX, el Halcón Rojo, Jemadar de América.

X Paz

Todavía hubo muchos combates que librar, pues aunque habíamos expulsado a los Kalkars del Capitolio, aún poseían los territorios del sur y del oeste, y nosotros no estaríamos satisfechos hasta que no los hubiéramos arrojado al mar, y así nos preparamos para volver a cabalgar hacia el campo de batalla aquella misma noche, pero antes de que nos marcháramos quise decirle unas palabras a Bethelda, quien debería quedarse allí con un séquito adecuado y una guardia suficiente de su propia gente.

Llevando a *Rayo Rojo* por las riendas, la busqué entre las ruinas y por la zona que las rodeaba, hasta que finalmente la encontré bajo un enorme roble que crecía en la esquina noroeste del edificio con sus enormes ramas cubriendo las ruinas. Estaba sola. Me aproximé a ella y me quedé en pie a su lado.

—Me voy ya —le dije—, para empujar a tus enemigos y a los míos hasta el mar. He venido para decirte adiós.

—Adiós, Julian —me alargó una mano.

Había llegado cargado de palabras importantes y una gran determinación, pero cuando tomé aquella mano estilizada y suave entre las mías, no pude hacer otra cosa más que quedarme allí en silencio y tembloroso. Yo, Julian XX, el Halcón Rojo, por primera vez en toda mi vida, conocí el miedo. ¡Un Julian acobardado ante una Or-tis!

Durante un minuto entero me quedé allí intentando decir algo, en vano, y entonces me puse de rodillas, a los pies de mi enemiga, y con los labios pegados a su maravillosa mano murmuré aquellas palabras que había sido demasiado cobarde para decir mirándola a los ojos:

—¡Te amo!

Ella me levantó y alzó sus labios hacia los míos, y yo la tomé entre mis brazos y cubrí su boca de besos; y así fue como llegó a su fin esa antigua hostilidad entre los Julian y los Or-tis, una hostilidad que había durado cuatrocientos años y había arruinado un mundo.

Dos años más tarde arrojamos a los Kalkars al mar, y los supervivientes se dirigieron hacia el oeste navegando en grandes canoas que habían construido y botado en una maravillosa bahía situada a un centenar de millas o más al sur del Capitolio.

Nube Lluviosa afirmó que si no los hundían las tormentas y los tifones, podrían navegar hasta dar la vuelta al mundo y regresar por la costa oriental de América, pero todos los demás sabíamos que navegarían hasta el borde de la Tierra, donde caerían para encontrar su fin.

Vivíamos ya en una paz tal que resultaba muy complicado encontrar a un enemigo con el que uno pudiera probar su lanza, pero aquello no me importaba en exceso, pues mi tiempo pasaba ocupado en mis manadas y rebaños, el gobierno de mi pueblo y la educación de Julian XXI, el hijo de un Julian y una Or-tis, quien algún día será Jemadar de todas las Américas sobre las que, una vez más, ondeará una sola bandera: la Bandera.

Posfacio

Un asunto político o La extraña génesis de la *Trilogía de la Luna* de Edgar Rice Burroughs

Edgar Rice Burroughs nunca se mostró amable con los defensores del socialismo o sus derivados. Resulta particularmente evidente en sus novelas *Tarzán el Invencible* (*Tarzan the Invincible*, 1930/1931), *Piratas de Venus* (*Pirates of Venus*, 1932) y *Perdidos en Venus* (*Lost on Venus*, 1933), que contienen episodios especialmente virulentos relacionados con esta ideología.

Y, sobre todo, en la *Trilogía de la Luna* que hay que considerar como la confesión ilustrada de un tema político.

En la Revolución de octubre de 1917, Burroughs no tardó en ver una amenaza contra los regímenes que hubiera en el resto del mundo. El 4 de diciembre de 1918, como comandante al mando de la Milicia de Reserva de Oak Park (en el estado de Illinois), dirigió al Ministerio de Justicia una carta en la que se inquietaba por las consecuencias desastrosas para la civilización occidental de una victoria de los bolcheviques. Sintiendo implicado con la guerra europea, ya había escrito y publicado su novela *El continente perdido* (*Beyond Thirty*, 1916/1930), obra en la que imaginaba que la Europa del siglo XXII había vuelto a la Edad de Piedra por la eternización del conflicto y la no intervención de Estados Unidos. Inquieto por aquel nuevo peligro, se proponía hacer de ello el tema de una nueva novela que —siempre en la carta citada más arriba— consideraba de la siguiente manera:

Tengo en mente una novela de anticipación que muestra las condiciones de lo que podría llegar a ser dentro de cien o doscientos años, suponiendo que el bolchevismo sea adoptado por el mundo entero. No entra en mis intenciones escribir nada que revolucione la opinión pública, y mis historias las escribo principalmente para divertir, pero si pudiera obtener informaciones acerca del movimiento llamado I. W. W. en nuestro país así como escritos bolcheviques que me permitan escribir de manera más inteligente sobre los objetivos y fines de esos partidos, mi historia tendría la posibilidad de hacer reflexionar a mucha gente sobre los resultados que obtendría la difusión persistente de este tipo de propaganda.

La respuesta que llegó dos días más tarde le sugería que se limitara a temas como los que había manejado hasta ese momento. Sin embargo, E. R. Burroughs no se desanimó y, el 21 de mayo de 1919, acabó un manuscrito que había comenzado el 30 de abril bajo el título de *Under the Red Flag* (*Bajo la Bandera Roja*).

Con treinta novelas y novelas cortas ya publicadas, E. R. Burroughs podía considerarse razonablemente como un autor ya establecido. Ya no se encontraba en ese punto donde a un escritor le cuesta colocar sus manuscritos. Y, sin embargo, esta obra conoció al menos once rechazos. Al parecer, los redactores de las revistas a las que lo envió se quedaron desorientados por el tema y lo consideraron demasiado candente para el lector estadounidense medio. Los tiempos aún no estaban maduros. Observemos, de paso, que la política ya se había dejado ver en la ciencia ficción estadounidense, especialmente con Jack London (*El talón de hierro* [*The Iron Heel*, 1907] y algunos relatos) y George Allan England (*The Golden Blight*, 1912; *The Air Trust*, 1915). Pero estos eran escritores socialistas. Habría que esperar a 1937 para que otro autor estadounidense, en realidad una mujer, Ayn Rand, publicara *¡Vivir!* (*Anthem*, 1938; existe una versión ligeramente diferente

en 1948), una de las obras maestras del anticomunismo en ciencia ficción y en literatura en general. Este panfleto violento es tanto más interesante puesto que trata el mismo tema que *Under the Red Flag*. La autora describe en él con un talento incomparable salvo por su virulencia una civilización futura donde la aplicación de métodos colectivistas solo permite el mantenimiento de una tecnología sumaria que ha conducido a un empobrecimiento extremo del pensamiento y los sentimientos humanos.

En *Under the Red Flag*, E. R. Burroughs describe la vida en la comuna número 31 del Soviet de Chicago a comienzos del siglo XXI bajo la bota del camarada general Otto Bergst, comandante de la Guardia Roja de Chicago, bajo el régimen de Lanski Petrov, Presidente de Estados Unidos desde 2016 en un mundo dominado por los soviéticos. Aunque no consiguió vender la historia, nunca renunció. Su agudo sentido de los negocios (cosa que había demostrado en sus tratos con sus editores) le decía que era imprescindible rentabilizar el tiempo y el esfuerzo invertidos en aquella novela. El único medio de recuperar el fruto de su trabajo le pareció que era rehacerla para que resultase publicable. Tomó la decisión en 1922. El resultado fueron tres novelas en lugar de una sola.

De hecho, al principio pensaba escribir dos novelas que se complementasen. Empezó por revisar el manuscrito original en un único día, el 24 de enero de 1922. Luego, del 22 de junio al 20 de julio del mismo año, redactó *La doncella de la Luna* (*The Moon Maid*). En ella imaginaba que, tras medio siglo de guerra devastadora, el planeta había encontrado finalmente la paz bajo la benévola dirección de los pueblos anglosajones y la vigilancia de una Flota Internacional de Paz.

En 2025, tras un contacto por radio establecido entre la Tierra y Marte, se lanza una expedición hacia Marte al mando de Julian. Pero un sabotaje del teniente Orthis desvía la astronave hacia la Luna. Es la rivalidad entre esos dos hombres la que va a determinar la naturaleza de las relaciones Tierra-Luna en los cuatro siglos siguientes. Atraída hacia un cráter, la U. S. S. *Barsoom* se hunde en sus entrañas y llega a un mundo interior análogo al de Pellucidar, pero sin sol central. A partir de ese momento, la historia sigue el esquema burroughsiano habitual: una raza extraña y salvaje, una hermosa princesa y una rivalidad amorosa entre Julian y Orthis. Sin embargo, el autor no renuncia a su propósito político: los kalkars (es decir, los Pensadores), enemigos de los aristocráticos habitantes de Laythe, son designados claramente como comunistas, antiguos depositarios de una brillante civilización que dejaron periclitarse pues, según el autor, ese tipo de doctrina significa la muerte del progreso.

La Doncella de la Luna se continúa en *Los hombres de la Luna* (*The Moon Men*), un nuevo refrito de *Under the Red Flag*. Al final del primer volumen, los kalkars atacan y destruyen Laythe bajo el mando del teniente Orthis, que les ha dado armas nuevas. Julian y la princesa Nah-ee-lah escapan, y encuentran la nave *Barsoom*, que les devuelve a la Tierra. Al comienzo de la segunda novela, en el año 2050, los kalkars invaden el planeta que, atascado en el pacifismo, solo cuenta con una ridícula Flota Internacional de Paz que oponer a las poderosas máquinas de guerra con las que Orthis ha dotado a los kalkars. Julian y Orthis se matan el uno al otro en una batalla aérea. Pero ya es demasiado tarde: el mundo queda bajo el yugo de los kalkars.

No parece que E. R. Burroughs hiciese muchos cambios sobre la versión primitiva de *Los hombres de la Luna* se contentó con cambiar los nombres, armonizar los detalles y, sobre todo, añadir un capítulo preliminar en el que relata principalmente la conquista de la Tierra. El resto está formado por la breve historia de Julian IX, nacido en 2100 en lo que queda de Chicago, bajo la bota del Jemadar de Washington, señor de Estados Unidos de

América. Es una civilización en plena decadencia la que pinta el autor: todo cae en ruinas y están en desuso los conocimientos capaces de mantener en pie lo que todavía persiste. El intento de revuelta organizado por Julian IX no cambiará nada y él mismo encontrará la muerte.

La tercera entrega de la Trilogía de la Luna, *El Halcón Rojo* (*The Red Hawk*, 1925/1926) no estaba prevista inicialmente, y E. R. Burroughs la escribió tres años después de la primera novela de la serie (del 20 de abril al 14 de mayo de 1925). Sin duda, el abrupto final de la segunda novela le incitó a hacerlo. Autor patriota, incluso chauvinista, no podía soportar la idea de que su país quedase para siempre bajo el talón del colectivismo lunar. Es la fase final de la reconquista de Estados Unidos la que nos describe: a la cabeza de las tribus de yanquis, Julian XX rechaza a los últimos kalkars hasta el Pacífico. Y además, para poner punto final a una rivalidad que dura cuatro siglos, se casa con una descendiente de Orthis. La historia se desarrolla en 2340, pero, haciendo abstracción de las ruinas de las ciudades estadounidenses ocupadas por los kalkars, prefigura bastante las dos novelas apaches que escribiría el autor: *The War Chief* (1927) y *Apache Devil* (1928). En efecto, la vida de los estadounidenses del siglo XXV es calcada de la los indios de las llanuras del siglo XIX, a cuyos últimos representantes conoció y admiró durante su breve carrera en Caballería. Reciprocidad justa: el colonizador vuelve al modo de vida del ocupante legítimo. Es la única marca de carácter político con que cuenta este último volumen de la trilogía.

La Trilogía de la Luna ocupa un puesto aparte en la obra de E. R. Burroughs. Presenta, sin embargo, todas las características habituales de su prosa: el mismo esquema de construcción y progresión de la intriga, la misma rudimentaria psicología de los personajes, un sentimentalismo victoriano y un poco simplista. Sin embargo, hay una disonancia: en el volumen central, el personaje principal muere (dos veces) en lugar de recibir la justa recompensa a sus esfuerzos.

Pero lo cierto es que se reencarna y que el conjunto de la trilogía cubre sus sucesivos avatares.

De hecho, la historia del conflicto Tierra-Luna queda personalizada a través del enfrentamiento entre Julian y Orthis.

Si este volumen central no añade nada verdaderamente nuevo, recupera, no obstante, las características presentes en el resto de la obra de nuestro autor, aunque aquí aparezcan de un modo singularmente hipertrofiadas. Es lo que se puede derivar del tratamiento del tema político original: Estados Unidos bajo la bota del bolchevismo. Incluso edulcorado bajo la invasión lunar, ilumina el conjunto de la trilogía con una luz particular. Es algo que acaba por llevar al lector —y al investigador— a preguntarse si la redacción de *Under the Red Flag* en 1919 no sería un giro decisivo en el caso de Burroughs; un giro fallido cuando decidió reescribir el texto; un giro que empezó cuando empezó a redactar *El continente perdido* (*Beyond Thirty*, 1916) en 1915. Esta curiosa historia es también una novela de alcance político, pues imagina una América totalmente unificada bajo la bandera de las barras y las estrellas según la doctrina Monroe y el aislacionismo hasta un punto en que Estados Unidos permitió la autodestrucción de Europa. Es una pena que el autor se negara a explotar un poco más las consecuencias de tal implicación desviándose hacia un relato de aventuras un poco chapuceras, al menos al final del libro. Rechazada al menos en cuatro ocasiones antes de acabar en 1916 apareciendo en las páginas de una oscura y efímera revista, *El continente perdido* prefiguraba también las dificultades que tendría E. R. Burroughs para colocar sus manuscritos más heterodoxos,

como *Under the Red Flag*, en las publicaciones destinadas al «gran público».

Si analizamos el pensamiento político de E. R. Burroughs en el conjunto de su obra, constataremos que es bastante reducido, aunque madurase un poco con la edad. El autor reconoce su falta de información en cuanto al bolchevismo de manera bastante ingenua en su carta al Ministerio de Justicia (ya citada). Es un hombre de formación militar, pero de la vieja escuela, más cercano a las ideas del general Custer que a las de Patton, y que se mostró más militarista cuando su vocación fue contrariada. Eso no le impidió dar pruebas de un sólido sentido común. Sabía también que el desarme y el pacifismo unilaterales son el pico y la pala que abren las tumbas de las democracias. Esa es la idea que desarrolla en el primer capítulo de *Los hombres de la Luna*, escrito poco después del final de la guerra europea, cuando todo el mundo hablaba de desarme y de paz universal. Ve el peligro que representa una Rusia agresiva por culpa del comunismo militante para unas naciones hastiadas de guerra. Muerto en 1950, tendrá el amargo consuelo de constatar cuánta razón tenía. Sin embargo, su punto de vista sobre la guerra había evolucionado. En 1925 todavía podía escribir: «La guerra es el estado normal de la naturaleza; es una locura combatirla. La paz debe solo considerarse como un período de preparación para el principal objeto de la existencia del hombre. Si no fuera por la guerra continua entre unas y otras formas de la vida, los planetas llegarían a encontrarse tan superpoblados que se asfixiarían» (en *El cerebro supremo de Marte* [*The Master Mind of Mars*, 1927]). Pero en 1940, cuando una vez más la guerra asola Europa, expresa una óptica más matizada en una nueva serie.

Como ocurrió con ocasión del precedente conflicto y sus secuelas, E. R. Burroughs se siente implicado y, olvidado de la lección, se lanza a una aventura literaria que deberá interrumpir ante la falta de un público receptivo. Su serie toma la forma de relatos concebidos para formar una novela completa. El primero de ellos, *Aventura en Poloda* (*Beyond the Farthest Star*, 1941), fue rechazada por cuatro revistas antes de encontrar editor; la siguiente, *El regreso de Tangor* (*Tangor Returns*) solo fue publicada en 1964; y las otras nunca fueron escritas. El autor imagina que un terrestre es proyectado 450 000 años luz sobre el planeta Poloda, un mundo tecnológicamente muy adelantado pero destruido por una guerra decenios antes de su llegada.

Aunque conserva su patriotismo intransigente y su desprecio por el pacifismo, E. R. Burroughs manifiesta en esta obra una repugnancia que no da lugar a error ante lo que los teóricos militares de entonces llamaban la guerra total: un hombre del siglo XIX que se quedó en las cargas de caballería. Ya no se trata de la guerra «buena» de John Carter. Y todavía no ha visto nada. Pero hay algo que no ha cambiado en él: su odio por el comunismo, al que se añade el que siente por el nacionalsocialismo y el fascismo (del que había despotricado copiosamente en *Carson en Venus* [*Carson of Venus*, 1938]). La visión que ofrece del estado de Kapara en *El regreso de Tangor* es una combinación de todo lo que pueden producir los totalitarismos de derechas y de izquierdas y constituye una prefiguración del 1984 (1984, 1949), de George Orwell, No se ha olvidado de *Under the Red Flag*, pero es evidente que se ha documentado sobre las doctrinas que estigmatiza. La verdad es que ya se habían publicado muchos libros de viajes a la U. R. S. S. y que las publicaciones de actualidad habían comentado largamente acerca del nacionalsocialismo.

Con la edad, E. R. Burroughs había empezado a redactar sus textos con mayor cuidado.

Cuando empezó a redactar *Under the Red Flag*, ¿qué sabía E. R. Burroughs acerca del socialismo? Aparentemente, poco más que lo que sabía el americano medio, es decir, lugares comunes y los ecos de la revolución bolchevique que divulgaba la prensa, pues el

movimiento no se implantó en serio en Estados Unidos. Él mismo sobrestimaba su influencia: «Conservar el original de *Under the Red Flag* que fue rechazado por los redactores por temor a los agentes bolcheviques en Estados Unidos», escribió en su manuscrito antes de archivarlo. Aquello era tratar el socialismo como si fuera el coco. En aquel período de un comunismo naciente, tendría que haber consultado una documentación muy especializada y rara en la que la teoría aún fuera más importante que la práctica. Por eso la historia que cuenta no se diferencia de la de cualquier otro país ocupado. Por eso mismo, el manuscrito fue tan fácil de rehacer. Y sin duda, por lo mismo, el autor sitúa los acontecimientos mucho tiempo después de la invasión. La falta de documentación política sería le obligaba a poner el acento en la ocupación del país por una fuerza extranjera y justificar de un modo bastante falaz la decadencia de la sociedad.

Contrariamente a Ayn Rand, que era una rusa blanca emigrada a Estados Unidos, E. R. Burroughs tenía tan solo una idea vaga de estos temas. Por eso *Under the Red Flag* palidece ante ¡*Vivir!*

Sin embargo, por sumarias que fuesen su visión y su información, E. R. Burroughs tenía razón en más de una cosa. En primer lugar —ya lo hemos dicho—, sobre la amenaza que representaba la emergencia del comunismo para las naciones capitalistas. Luego, sobre la oposición irreductible entre comunismo y religión. Antes de los años noventa del pasado siglo, un único país comunista, Albania, había plasmado en su programa la erradicación de todas las confesiones. Pero los países hermanos eran simplemente más hipócritas. En *Los hombres de la Luna*, los kalkars han eliminado las sedes y los ministros de todas las religiones, aunque los últimos fieles se reúnen juntos, confundidas todas las creencias. Ahí encontramos un aspecto que se justifica mejor en la versión primera, aunque el carácter colectivista de la ocupación extranjera apenas se dejaba ver en los títulos y los nombres que designaban a los señores rojos. En la segunda versión, el tradicional «camarada» es sustituido por «hermano» y los demás términos son de origen lunar, pero son, sobre todo, elementos de un decorado. La persecución religiosa en esta novela tiene que ser interpretada por encima de todo como un viraje del autor. En efecto, expresa muchas veces en su obra un desprecio socarrón por toda clase de culto, manifestación de la credulidad humana de la que solo se benefician los sacerdotes: *Los Dioses de Marte* (*Gods of Mars*, 1913) y *El Guerrero de Marte* (*The Warlord of Mars*, 1913/1914) tienen como tema la desmitificación de la religión marciana. En *Los hombres de la Luna* se detiene largamente en las reuniones secretas de los últimos fieles; pero el culto que practican es tan simplificado que la presencia de un judío no parece desplazada en lo más mínimo; además, se redobra el homenaje a la bandera estrellada, símbolo de una América que fuera fuerte y libre en otros tiempos; y en *El Halcón Rojo*, ¡la propia Bandera es divinizada! Es decir, que se trata de nacionalismo más que de religión. Es en el patriotismo y no en las supersticiones donde E. R. Burroughs ve la postura más saludable. Ya sea contra los kalkars o contra los comunistas. Otros eligen el patriotismo o la religión. Soñemos un poco: ¿cuál habría sido el impacto de una novela semejante en la Polonia de los años ochenta del siglo XX?

E. R. Burroughs permaneció fiel a sus ideas políticas y, casi hasta el fin, intentó compartirlas con sus lectores. ¿Hemos de lamentar que siguiera con su carrera de novelista de aventuras en lugar de dedicarse a un militarismo político-literario? ¿Hay que lamentar que reescribiera *Under the Red Flag* en lugar de conservarla hasta la llegada de la Guerra Fría? Con algunas revisiones, habría tenido, sin lugar a dudas, cierto éxito, pero, ¿habría valido la pena? Se puede uno preguntar lo que habría sido aquel manuscrito si el autor hubiera obtenido toda la documentación que reclamaba a sus superiores. ¿Habría seguido la

ruta iniciada con *El continente perdido*?

Militar fracasado, ¿también fue un escritor fracasado en la medida en que su vocación se dirigía hacia la ciencia ficción política? Hoy en día, este aspecto de su obra solo interesa a los investigadores. Casi podemos garantizar que si hubiera desarrollado esta faceta habríamos conocido obras más adultas, pero con ello muchas generaciones de lectores se habrían sentido decepcionadas.

J. P. Laigle

Glosario

Un glosario de los nombres y términos empleados en *La Trilogía de la Luna* Compilados por John F. Roy

ACTA DE LA PROHIBICIÓN: Un vano esfuerzo por eliminar la ingesta de bebidas alcohólicas de las costumbres de los americanos a principios del siglo XX.

AHORA: El secreto de todo este relato: «... tan solo existe el ahora, que jamás ha existido otra cosa que el ahora y que jamás existirá otra cosa más que el ahora» (capítulo I de la segunda parte de esta obra).

ALMIRANTE DEL AIRE: Cargo en las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos desempeñado por varios Julianes.

AMERICANOS: Los de pura cepa terrestre, comparables con los kalkars y los parcialmente kalkars.

ANTIGUOS: El término empleado en el siglo XXV para referirse a la gente de los días pre-lunares.

BANDERA DEL CLAN: Los colores de combate de un clan determinado. En el caso de Julian XX, su bandera muestra el emblema del Halcón Rojo.

BANDERA: Barras y Estrellas – Vieja Gloria.

BARSOOM: El nombre con el que los marcianos denominan su planeta.

BARSOOM: La nave espacial de Estados Unidos con la que Julian V y cuatro acompañantes zarparon hacia Marte el día de Navidad del año 2025.

BETHELDA: Hija del XV Or-tis, quien, por lo que ella misma decía, era de pura sangre americana. Llegó a convertirse en esposa de Julian XX.

BORDA: Uno de los volcanes de la Luna vistos desde la nave *Barsoom*.

BUITRE: Uno de los hermanos del Halcón Rojo. «Un espléndido guerrero, un verdadero Julian».

CABRAS DE MONTANA: Ganado de lana larga criadas por Julian VIII, quien pretendía que eran como las antiguas cabras de Angora.

CAMPAMENTO DE LOS ANTIGUOS: Nombre que les daba Julian XX a las antiguas ciudades.

CAÑÓN DE SANTA MÓNICA: En la cadena montañosa del mismo nombre.

CAÑÓN RÚSTICO: Un ramal del Cañón de Santa Mónica, al oeste de Los Ángeles.

CAPITAL: El campamento principal de los kalkars, lo que fuera la ciudad de Los Ángeles.

CARTER, JOHN: Un virginiano, actual Señor de la Guerra de Marte, con quien se pudo establecer una eventual comunicación mediante telegrafía sin hilos el 10 de junio de

1967.

CASA BLANCA: Los tripulantes de la U. S. S. *Barsoom* asistieron a un baile en sus salones el 24 de diciembre de 2025, el día antes de su partida hacia Marte.

CASA DE JULIAN: La familia gobernante que lidera los cien clanes que forman la tribu de Julian.

CASA DE OR-TIS: Descendientes del primer Orthis y líderes de todos los kalkars y sus mestizos.

CAUDILLO DE CAUDILLOS: Un título asignado al mayor de los Julianes tras el resurgimiento de los americanos y la formación de grupos tribales y clanes.

CHICAGO: Metrópoli de Estados Unidos junto al lago Michigan. Incluso después de su destrucción, se mantuvo como la base principal de las tropas kalkars.

CÍRCULO DEL CONSEJO: Una gran mesa circular alrededor de la cual los guerreros de Julian XX solían cenar.

CIUDAD NÚMERO 337: Una de las ciudades kalkar en el interior de la Luna.

COLBY, ORRIN: Un herrero de profesión y ministro por elección, amigo íntimo de Julian VIII. Fue asesinado en el levantamiento frustrado de 2122.

CORRIGAN, DENNIS: Amigo de Julian VIII, prisionero de los kalkars. Escapó, pero murió en la revuelta posterior.

COYOTE: Líder del clan Coyote de la tribu de Julian XX.

DÍA DE LA VICTORIA: El día 1 de abril de 1967 con el que terminó la Gran Guerra, que había empezado en 1914.

DÍA DE MARTE: 10 de junio de 1967. El día que se estableció con Marte una comunicación inteligible (a pesar de Jason Gridley).

DÍA DE NAVIDAD DE 2025: El día en que la U. S. S. *Barsoom* zarpó hacia Marte.

DÍA DEL ARMISTICIO: 11 de noviembre de 1918. Evidentemente, no era un término muy válido, pues la guerra duró hasta el año 1967.

DONCELLA DE LA LUNA: Nah-ee-lah, Nonovar, o princesa, de Laythe. Posteriormente, esposa de Julian V y la primera persona de la Luna en viajar a la Tierra.

DRAKE, CAPITÁN: Oficial Jefe del crucero de la Flota Internacional de Paz que rescató a Burroughs de un témpano de hielo en el Ártico (en la versión aparecida en revista de estas novelas).

ESCUELA AÉREA: El equivalente de West Point y Annapolis.

ESPACIO: Como el «tiempo», no puede ser explicado ni comprendido. (Véase el prólogo de la primera parte de esta obra).

FLOTA INTERNACIONAL DE PAZ: Aeronaves de diversas nacionalidades que patrullaron y controlaron policialmente el mundo tras la Gran Guerra.

GAPTH: Un kalkar de la ciudad número 337. Capturó a Julian V.

GA-VA-GO: Un Va-ga. Jefe de la tribu de No-van.

GRAN BATALLA: El continuo estado de guerra existente entre América y Kalkar.

GRAN GUERRA: Conflicto mundial que empezó en agosto de 1914 y se detuvo brevemente en 1918, alargándose posteriormente hasta 1967. El resultado fue «el absoluto dominio de la raza anglosajona sobre las otras razas por todo el mundo».

GRAN JEFE: Título otorgado al líder de la tribu de Or-tis.

GUARDIA KALKAR: Tropas de conquista de los hombres de la Luna empleadas para la aniquilación y esclavización de los americanos.

GUARDIA KASH: Una frase kalkar cuyo verdadero significado se ha perdido. Un soldado es un Guardia Kash, y diez mil soldados forman una Guardia Kash.

GU-E-OH: Una palabra lunar con, al menos, veintisiete significados distintos que dependen de la entonación que se le dé a cada una de sus tres sílabas.

HALCÓN ROJO: Nombre tribal de Julian XX. A la muerte de su padre se convirtió en Caudillo de Caudillos Tribal y tras su nombramiento condujo a sus seguidores a una exitosa invasión del territorio kalkar. Tras su victoria sobre los hombres de la Luna, se convirtió en Jemadar de Toda América. Se casó con Bethelda, hija del verdadero Ortis.

HARDING: Crucero transoceánico que operaba entre Chicago y París en 1967. Fue a bordo de esta nave donde Burroughs se encontró con Julian III y escuchó la historia de Julian V y la desafortunada expedición a Marte de los años 2005-2006.

HÉLIUM: La ciudad más importante de Marte y la patria adoptiva del virginiano John Carter.

HERMANO: El término impuesto por los kalkars para dirigirse a los demás con la falsa pretensión de una cierta igualdad.

HOFFMEYER: Mestizo kalkar. Oficial del mercado de Chicago y miembro de Los Veinticuatro. Resultó despedazado por la turba en el levantamiento liderado por Julian IX.

HOMBRES DE LA LUNA: Cuando se emplea en la Tierra se hace con referencia a las hordas kalkars.

HOOS: Una palabra lunar que significa «agujero». Los grandes Hoos son cráteres que conducen desde la superficie de la Luna al interior habitable de nuestro satélite.

IN-JUNS: Una corrupción de la palabra «indios», los auténticos norteamericanos, muchos de los cuales fueron esclavizados o por los kalkars o por los Julianes.

ISLA DE HERSCHEL: Una isla en las aguas de las costas del Ártico en Canadá. Burroughs acampó en ella cuando estuvo cazando osos polares en 1969 (en la versión aparecida en revista de estas novelas).

JAMES, ELIZABETH: «Mujer» de Julian VIII y madre de Julian IX. Se suicidó antes de ser tomada prisionera por la Guardia Kash.

JARTH: El Jemadar de los kalkars o gobernante de América en 2120, quien sugirió que este puesto nunca fuese a caer en manos de un Or-tis.

JAURÍA DEL INFIERNO: Perros salvajes, sin miedo, terribles bestias que corren formando jaurías.

JAVADAR: Palabra lunar que significa «príncipe».

JAY, TENIENTE: Uno de los cinco voluntarios que formaban la tripulación de la U. S. S. *Barsoom*.

JEMADAR DE JEMADARS: Generalísimo de los diversos Estados lunares. Un título conseguido por el Teniente General Orthis gracias a su capacidad científica y su despiadado dominio del pueblo de la Luna.

JEMADAR DE TODA AMÉRICA: Título otorgado a Julian XX tras su victoria sobre los kalkars.

JEMADAR: Palabra lunar que significa «gobernante».

JEMADAV: Palabra lunar que significa «emperatriz».

JOHANSEN, PETER: Un renegado americano que actuó como informador para la Guardia Kash. Murió a manos de Julian IX, que le descubrió atacando a su madre.

JOLIET: Un teivos abandonado a unas treinta millas al sudoeste de Chicago.

JU-LAN-FIT: La manera en que se pronunciaba en Laythe Julian V.

JULIAN: Nombre utilizado por una familia a lo largo de más de veinte generaciones.

JULIAN I: (1896-1918). Graduado de West Point y comandante a los veintidós

años. Murió el Día del Armisticio.

JULIAN II: (1917-1938). Murió en la batalla de Turquía.

JULIAN III: (1937-1992). Fue quien le contó las historias de Julian V y Julian IX, y presumiblemente de Julian XX, a ERB. Era Almirante del Aire y comandante de la Fuerza Internacional de Paz cuando murió en acto de servicio.

JULIAN IV: (1970-?). Almirante del Aire, muerto en acto de servicio.

JULIAN V: (2000-2050). Héroe de *La Doncella de la Luna* (primera parte de este libro). Sirvió en la FIP hasta que fue seleccionado por el Gobierno de Estados Unidos para el viaje inaugural a Marte de la U. S. S. *Barsoom*. Murió luchando contra las hordas de invasores kalkars desde la Luna bajo el mando del terrestre Orthis.

JULIAN VI: (2036-?). Su madre era Nah-ee-lah, La Doncella de la Luna.

JULIAN VII: De él no se sabe nada más que trabajó en el mercado de Chicago.

JULIAN VIII: (?-2122). El último de los Julianes en recordar los ferrocarriles. Detenido por una falsa acusación de contrabando, escapó y murió en un enfrentamiento con la Guardia Kash.

JULIAN IX: (2100-2122). Héroe de *Los hombres de la Luna* (segunda parte de este libro). Cuando la vida de los americanos dominados por los kalkars parecía carente de esperanza, él y un grupo de valientes compañeros levantaron «la bandera» en su lucha contra los hombres de la Luna y, aunque fue ejecutado, ni los Julianes ni quienes les apoyaron le olvidaron.

JULIAN X: (2122-?). Nacido de Juana St. John tras la muerte de su padre.

JULIAN XI, XII, XIII Y XIV: No hay registros.

JULIAN XV: Condujo a los kalkars por el desierto hasta las montañas del oeste.

JULIAN XVI y XVII: No hay registros.

JULIAN XVIII: (?-2408). Cruzó él solo las montañas y casi alcanzó las orillas del mar occidental. Fue mortalmente herido por los kalkars cuando regresaba de su viaje.

JULIAN XIX: (?-2429). Cayó «ante la lanza de un Or-tis en la Gran Batalla».

JULIAN XX: Nacido el 12 de agosto 2409. Conocido como el Halcón Rojo, se convirtió en Caudillo de Caudillos de las tribus de Julian cuando cumplió veinte años. Poco después, invadió con fortuna las fortalezas kalkars al oeste de las montañas. Tras su victoria, tomó a Bethelda, hija del verdadero Or-tis, y la hizo su esposa, con lo que terminó un conflicto que había durado cuatrocientos años.

JULIAN XXI: Nacido en 2431 o 2432. Hijo de Julian y Or-tis y elegido Jemadar de Toda América.

JULIANES: Nombre para los miembros de la Casa de Julian y sinónimo de la palabra «americano» en cuanto a la pureza de su sangre.

KALKAR: Una división política del pueblo de la Luna. Esta palabra es una corrupción de otra que significaba Los Pensadores. Al principio, una sociedad secreta de descontentos, que eventualmente se hicieron con el gobierno de la totalidad de Va-nah, como llamaban a la Luna. Pronto, gobierno y comercio, artes y ciencias, se perdieron y el pueblo volvió a la barbarie.

KAMADAR: Un título lunar muy parecido al inglés de «duque».

KELD: El año lunar de 272 días de tiempo terrestre. Se divide en diez meses o ulas.

KOLRADO: Un distrito famoso por su producción de metal de alta calidad. Sus habitantes trabajan como obreros del metal y comerciantes. Tienen un idioma propio, lo que sugiere que son descendientes de los indios americanos.

KO-TAH: Poderoso Javadar o príncipe de Laythe. Ocupó el trono, bien por su

matrimonio con Nah-ee-lah, hija del Emperador, o por la fuerza. Sus intentos de conseguir ayuda de los kalkars concluyeron con su caída.

KO-VO: Kamadar o noble de Laythe.

LA ROCA: Un veterano guerrero de la tribu de Julian, líder del clan de su mismo nombre.

LACUS SOMNIORUM: Punto geográfico importante en la superficie exterior de la Luna.

LANAY: Un viejo sabueso. Jefe de los perros del Clan del Buitre (en la versión aparecida en revista de estas novelas).

LAYTHE: Una de las pocas ciudades que quedan aún bajo las banderas anteriores a la llegada de los kalkars. Se encuentra en las montañas del interior de la Luna y fue construida en las paredes de un gran cráter. Sagroth, padre de Nah-ee-lah, fue su Jemadar o Emperador. Fue capturada e incendiada por los kalkars a las órdenes de Orthis.

LEVY, NELLIE: Muchacha americana del teivos de Chicago. Fue obligada a casarse con un Guardia Kash.

LOBO: Uno de los guerreros veteranos del Halcón Rojo, jefe el clan de su mismo nombre.

LOS VEINTICUATRO: En su origen, el comité gobernante de la ciudad de los kalkars. Tras ser traídos a la Luna desde la Tierra, degeneraron en algún tipo de autoridad kalkar. El Jemadar Kalkar de América tuvo su propio Veinticuatro y cada teivos tenía otro de menor rango. Los americanos se referían frecuentemente a estos últimos como los «Teivos».

LUNA: Satélite de la Tierra, conocido por sus habitantes como Va-nah.

LU-THANS: Una de la muchas tribus de Va-gas, el salvaje, medio humano cuadrúpedo de Va-nah.

MARE CRISIUM: Uno de los «mares» de la Luna.

MARTE: Planeta adoptivo de John Carter, también conocido como *Barsoom*.

MATARIFE: El título del oficial kalkar encargado de llevar a cabo las ejecuciones.

MIK-DO: El legendario antepasado de la tribu de los saku en Japón. Evidentemente, una corrupción de la palabra «Mikado».

MILWAUKEE: Un teivos a cierta distancia de Chicago. Casi fue destruida por los impuestos y la hambruna.

MOH-GOH: Paladar, o conde, de Laythe. Prisionero de los kalkars, junto con Julian V, escapó y logró llegar hasta Laythe.

NAH-EE-LAH: La Doncella de la Luna. Hija de Sagroth, Jemadar de Laythe, y descendiente de la que fuera una raza altamente civilizada conocida como U-ga. Cuando Laythe cayó en manos de Orthis, ella escapó con Julian V, con quien finalmente llegó a la Tierra en 2036.

NALLAH: La hermana mayor de Julian XX, el Halcón Rojo. No cabe duda de que este nombre es una corrupción de Nah-ee-lah y, como Julian, fue un nombre empleado en muchas generaciones.

NEETA: Hermana menor de Julian XX, el Halcón Rojo.

NIPONES: Tribu de pigmeos que vive en las montañas y que constantemente se esconde de sus enemigos kalkars. Obviamente, descendientes de los japoamericanos, quienes, como ocurrió con los americanos blancos y los indios, volvieron a la barbarie.

NONOVAR: Palabra lunar que significa «princesa».

NORTON, ALFÉREZ: Miembro de la tripulación de la U. S. S. *Barsoom*. Fue

quien reparó la grieta de la nave, lo que permitió que Orthis pudiera regresar a la Tierra.

NO-VANS: Una de las tribus más fuertes de Va-gas, a las órdenes del muy capaz Ga-va-go. Fueron los captos originales de Julian V.

NUBE LLUVIOSA: Hermano menor del Halcón Rojo. Más estudioso que guerrero, se dedicaba a resolver los misterios de la naturaleza.

OAK PARK: El teivos que se encuentra precisamente al oeste de Chicago. El hogar de Juana St. John.

OCEANUS PROCELLARUM: Uno de los «mares» de la superficie exterior de la Luna.

OCTAVO RAYO: Los científicos marcianos descubrieron que cada cuerpo solar refleja o propulsa la luz del Sol, dando cuerpo a una repulsión particular para cada uno de los planetas. Se conoce como Octavo rayo o Rayo de la Propulsión. El Octavo rayo solar es lo que impulsa la luz desde el Sol. Si se captura el Octavo rayo de cualquier cuerpo celeste se puede salir con su ayuda del planeta o satélite de que se trate. Existen octavos rayos de Mercurio, Venus, Júpiter, Marte o Barsoom, la Tierra y la Luna.

OFICINA DE COMUNICACIONES: Oficina del Gobierno de Estados Unidos de la que Burroughs estuvo encargado a mediados de la primera década del siglo XX (en la versión aparecida en revista de estas novelas).

OKONNOR: Miembro del grupo de americanos puros, o yanquis, que todavía se relacionan con los kalkars. Seguidores del verdadero Or-this.

OLA: Alrededor de seis horas y media en tiempo terrestre. Centésima parte de un ula o mes lunar.

OPPOLLONIUS: Otro punto de referencia en la superficie de la Luna.

OR-TIS XVI, JEMADAR: Líder de los kalkars en el momento de la invasión del Halcón Rojo. Parcialmente kalkar, alcanzó su puesto asesinando a su predecesor, un verdadero Or-tis.

ORTHIS, TENIENTE GENERAL: Compañero de clase de Julian V y uno de los hombres más brillantes jamás conocidos, aunque también el más carente de escrúpulos y falto de moral. Descubrió y aisló el Octavo rayo del Sol y de sus planetas cercanos, lo que permitió que el viaje interplanetario fuese seguro y sencillo.

OR-TIS: El nombre que sus seguidores kalkars le dieron a Orthis y que, durante cuatro siglos, fue el de todos sus sucesores.

OR-TIS, GENERAL: Comandante de la Guardia Kash en Chicago desde 2120 hasta 2122. Fue muerto por Julian IX.

OR-TIS, HIJO DE OR-TIS XV: Encarcelado por el falso Or-tis, escapó con Julian XX, Posteriormente, juró su alianza con el Halcón Rojo, lo que puso fin a un enfrentamiento que había durado cuatrocientos años.

OR-TIS, JEMADAR: Presumiblemente, el XV. Su sangre era totalmente americana y procuró la paz con los Julianes. A causa de ello fue asesinado por su sobrino, que se convirtió a su vez en Jemadar.

OSO, LAGO DEL: Lago que se encuentra al este de las montañas de San Bernardino y al sudeste del paso del Cajón.

PALADAR: Título lunar equivalente al inglés de «conde».

PARÍS: Lugar al que se dirigía ERB para encontrarse con Julian III en el crucero transatlántico *Harding* el 10 de junio de 1967.

PASADENA: Actualmente, un gran campamento kalkar, y antes una gran ciudad de los antiguos levantada entre las montañas y el mar occidental.

PASO DEL CAJÓN: Un paso entre las montañas de San Gabriel y las de San Bernardino a través del cual Julian XX marchó para atacar a los kalkars.

PASO DE LOS ANTIGUOS: Término general para describir la antigua carretera a través de las montañas.

PENSADORES: Al principio, un grupo de descontentos que eventualmente aumentaron su poder y llegaron a desbancar al Gobierno de Va-nah. Con una cada vez mayor ausencia de entrenamiento e inteligencia, el país no tardó en retomar a la barbarie. El nombre degeneró hasta convertirse en otra palabra del mundo lunar: kalkars.

PLANETA ROJO: Marte, o Barsoom, como le llaman sus habitantes.

PRESIDENTE: El ocupante de la Casa Blanca en 2025. Dio una fiesta para los tripulantes de la U. S. S. *Barsoom*.

PRESIDENTE: Jefe de Estado de Estados Unidos cuando ERB quedó a cargo de la Oficina de Comunicaciones a finales de la Gran Guerra en la década de 1960.

PROTECTOR DE LA BANDERA: Otro título honorífico concedido a los líderes del clan de los Julianes.

PTHAV: Un kalkar comerciante de carbón que vivía en el teivos de Chicago y cuya hija pequeña fue salvada del ataque de un toro loco por Julian IX.

RABAN: Gigantesco bandido kalkar que atacaba tanto a los kalkars como a los yanquis. Murió en un duelo a espada con el Halcón Rojo.

RAYO BARSOOMIANO: El nombre dado, erróneamente, por los terrestres al Octavo rayo terrestre.

RAYO ROJO: (a). Un semental bayo de cinco años comprado por Julian IX a Hoffmeyer, un comerciante kalkar. Salvaje al principio, cuando fue domado por Julian IX se convirtió en una magnífica y educada montura, (b). El inteligente semental bayo del Halcón Rojo, Julian XX. Al parecer, a partir de Julian IX, todos los Julianes pusieron a sus caballos el nombre de *Rayo Rojo*.

RIFLE ELECTRÓNICO: Inventado por el primer Orthis, este arma puede ajustarse con una tasa de radioactividad idéntica a la de cualquier sustancia, con el resultado de que dicha sustancia puede colapsar y desvanecerse.

RÍO DESPLAINES: Una corriente de agua al oeste de Chicago.

RÍO: Al parecer, el río Colorado que marca la frontera entre Arizona y California.

RYMPH: Serpiente con un único ojo y cuatro patas del interior de Va-nah, el mundo del interior de la Luna. Es considerada como la bestia más asquerosa y rastrera de la creación.

SAGROTH: Jemadar o Emperador de Laythe. Padre de Nah-ee-lah. Fue asesinado.

SAKU: Jefe de una tribu de nipones y amigo de Bethelda y de Julian XX.

SALA AZUL: La sala de recreo de los pasajeros a bordo del crucero transoceánico *Harding* en el que Burroughs se encontró con Julian III.

SALT CREEK: Centro comercial del teivos que se alza al oeste de Chicago.

SAMUELS, MOISÉS: El judío. Curtidor. El Viejo Samuels fue menospreciado por los kalkars y sus mestizos; en cambio, era muy considerado y se le tenía mucha confianza entre los americanos. Fue torturado y muerto por la Guardia Kash por negarse a revelar los lugares de culto.

SAPO VOLADOR: Una criatura lunar parecida al sapo terrestre con alas semejantes a las de los murciélagos.

SECCHI: Un pico volcánico de la Luna.

SECRETARIO DE COMERCIO: El puesto gubernamental que ocupó ERB en

1969.

SECRETARIO DE LA PAZ: Al parecer, el oficial del Gobierno encargado del vuelo de la U. S. S. *Barsoom*.

SEÑOR DE LA VENGANZA: Uno de los muchos títulos de los Julianes, que juraron librar América de la presencia de las hordas kalkars.

SERPIENTE DE CASCABEL: Guerrero de la tribu de Julian, líder del clan de su mismo nombre.

SHEEHAN, MOLLIE: La «mujer» de Jim Thompson. Vecina de Julian VIII.

SINIUS RORIS: Un punto de referencia de la superficie lunar.

SOOR: Un cobrador de impuestos del teivos de Chicago que dijo que cobraría impuestos hasta que todos los americanos fallecieran de hambre. Murió a manos de Julian VIII.

ST. JOHN, JUANA: Hija de una familia de cuáqueros de un teivos de los alrededores de Chicago, a donde se trasladó tras la muerte de sus padres a manos de la Guardia Kash. Julian IX. la rescató de las jaurías y más tarde se casó con ella.

TAV: Un kalkar seguidor de Raban el Gigante.

TEIVOS: Una palabra kalkar que significa tanto distrito como la sede donde se administran los asuntos de dicho distrito. (Pueden hacer la prueba de leerla al revés).

TEIVOS UNIDOS DE AMÉRICA: Nombre con el que los kalkars designaban Estados Unidos de América (en la versión aparecida en revista de esta obra).

TERRESTRE: Uno de los nombres que le dieron a Julian V los hombres de la Luna.

THOMPSON, JIM: Vecino y amigo íntimo de Julian VIII. Murió en los disturbios de 2122.

TIEMPO: Como Julian III le dijo a ERB: «[...] no existe algo como el Tiempo [...] el hombre es el inventor del Tiempo con objeto de justificar las limitaciones de su mente finita...».

TOR-HO: Un reptil lunar que tiene un tamaño parecido al de un puma y que cuenta con largos y curvos colmillos. La menor herida de sus garras resulta fatal, pues se alimenta con carne ponzoñosa de rymph y sapos voladores. Al parecer, el tor-ho es inmune al veneno.

TRIBU DE JULIAN: Tras las revueltas de 2122, los americanos adoptaron un estilo de vida nómada, formando clanes y tribus. Los más poderosos entre estos, los mismos que juraron arrojar a los kalkars al mar, fueron liderados por la familia de los Julianes.

TYCHO: Un pico volcánico de la Luna.

U-GA: Nombre lunar para designar a la raza humana del interior de la Luna.

ULA: Unidad de tiempo entre los Va-nah que corresponde a un mes sideral, o una revolución de la Luna alrededor de la Tierra.

UTAWS: Una tribu de americanos que trabajaba el metal y facilitaba herraduras a la tribu de Julian.

VA-GAS: Raza de humanos cuadrúpedos de Va-nah. Sus miembros superiores podían ser empleados como brazos o como piernas. Vivían en tribus y hablaban el lenguaje común del interior de la Luna. Eran una raza cruel y caníbal. La raza más avanzada de los U-gas no era para ellos más que simple ganado.

VALLE DE LOS KALKARS: El grande y fértil valle al oeste de las montañas de San Bernardino en el Sur de California. Allí, en los primeros años del siglo XXV, estaba la mayor concentración kalkar de América.

VA-NAH: Nombre lunar para el mundo interior de la Luna.

VERDADERO OR-TIS: Cualquier descendiente directo del Teniente General Orthis sin sangre kalkar. Ya fuera porque su esposa procediera de una progenie terrestre o porque se emparejó con una o más mujeres U-ga, sus descendientes se negaron a mezclarse con los kalkars.

VIEJA GLORIA: La Bandera – Barras y Estrellas. Como Julian VIII le dijo a su hijo: «La bandera de tus padres».

VIEJO PUENTE: Una antigua estructura sobre el río que corría cerca del hogar de Julian IX, destruido casi en su totalidad por la violencia de las turbas.

VONBULEN: Estúpido personaje que intentó, sin éxito, quedarse con el puesto de Julian cuando Julian VIII y Julian IX cayeron en desgracia ante la Guardia Kash.

WASHINGTON: La capital de Estados Unidos de América, incluso en el siglo XXII, cuando estos ya habían sido ocupados por los kalkars.

WEST POINT: Academia militar donde Julian I se graduó en 1916.

WEST, TENIENTE: Uno de los cinco voluntarios que formaron la tripulación de la U. S. S. *Barsoom*.

WHITE, SECRETARIO DE COMERCIO: Predecesor de ERB en el puesto. Murió en su despacho el 15 de marzo de 1969.

WORTH, BETTY: amiga de Julian VIII y «mujer» de Dennis Corrigan.

WRIGHT, ANDREW: Residente del teivos de Chicago. Su esposa le ofreció gemelos, un niño y una niña... ¡pero la niña murió!

YANQUI: Un término antiguo que los kalkars aplicaron a los americanos durante mucho tiempo como señal de desprecio... pero que los americanos consideraban como un honor. Su significado es desconocido y su etimología se ha perdido en la noche de los tiempos. (Véase *El Halcón Rojo*, capítulo 3.)

ZO-AL: Para el pueblo de la Luna, el Zo-al es una gran bestia que vive en los Hoos o cráteres de la Luna. Cuando está hambrienta, hace que lluevan cataratas del cielo y que soplen vientos huracanados. Provoca truenos y rayos.